

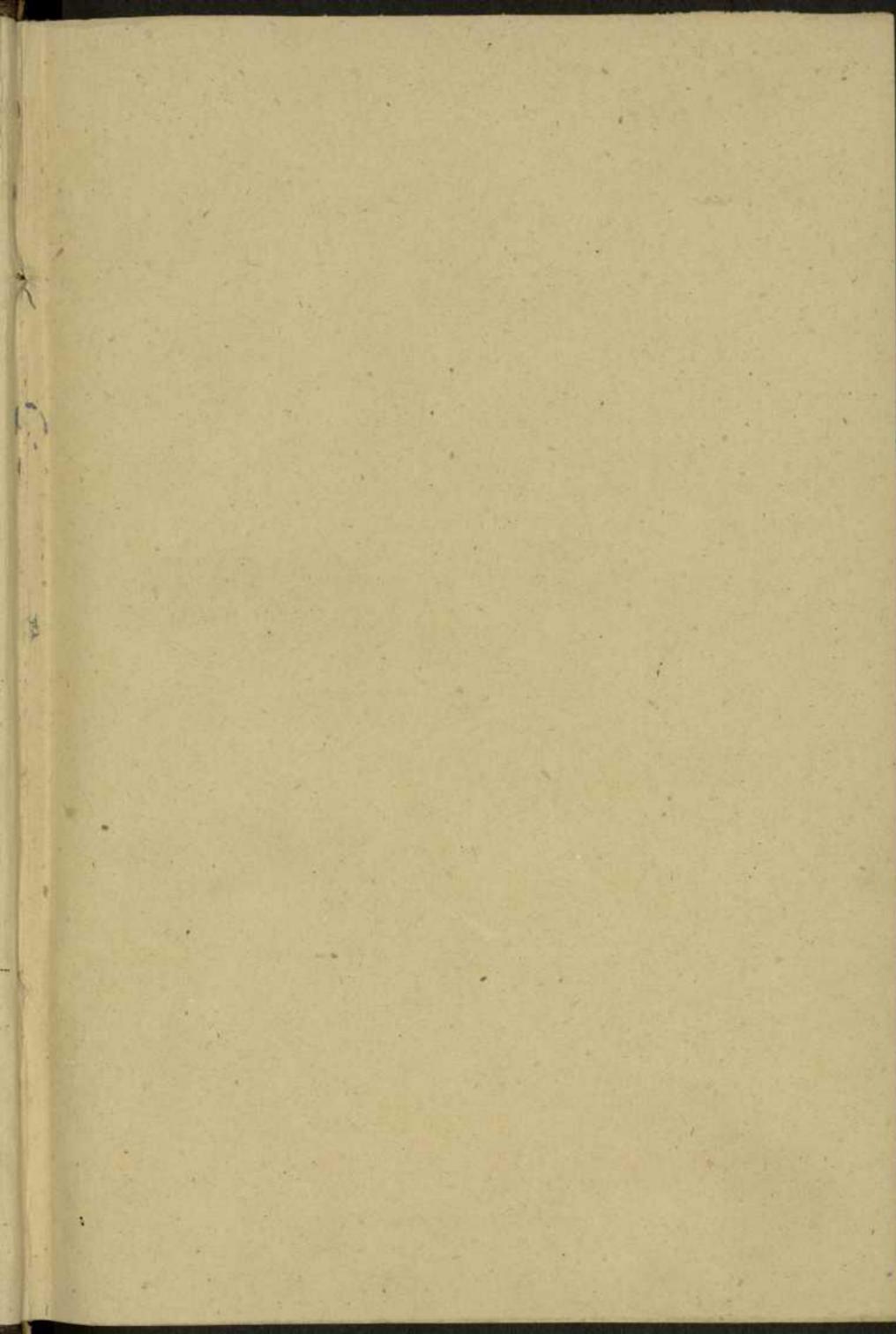


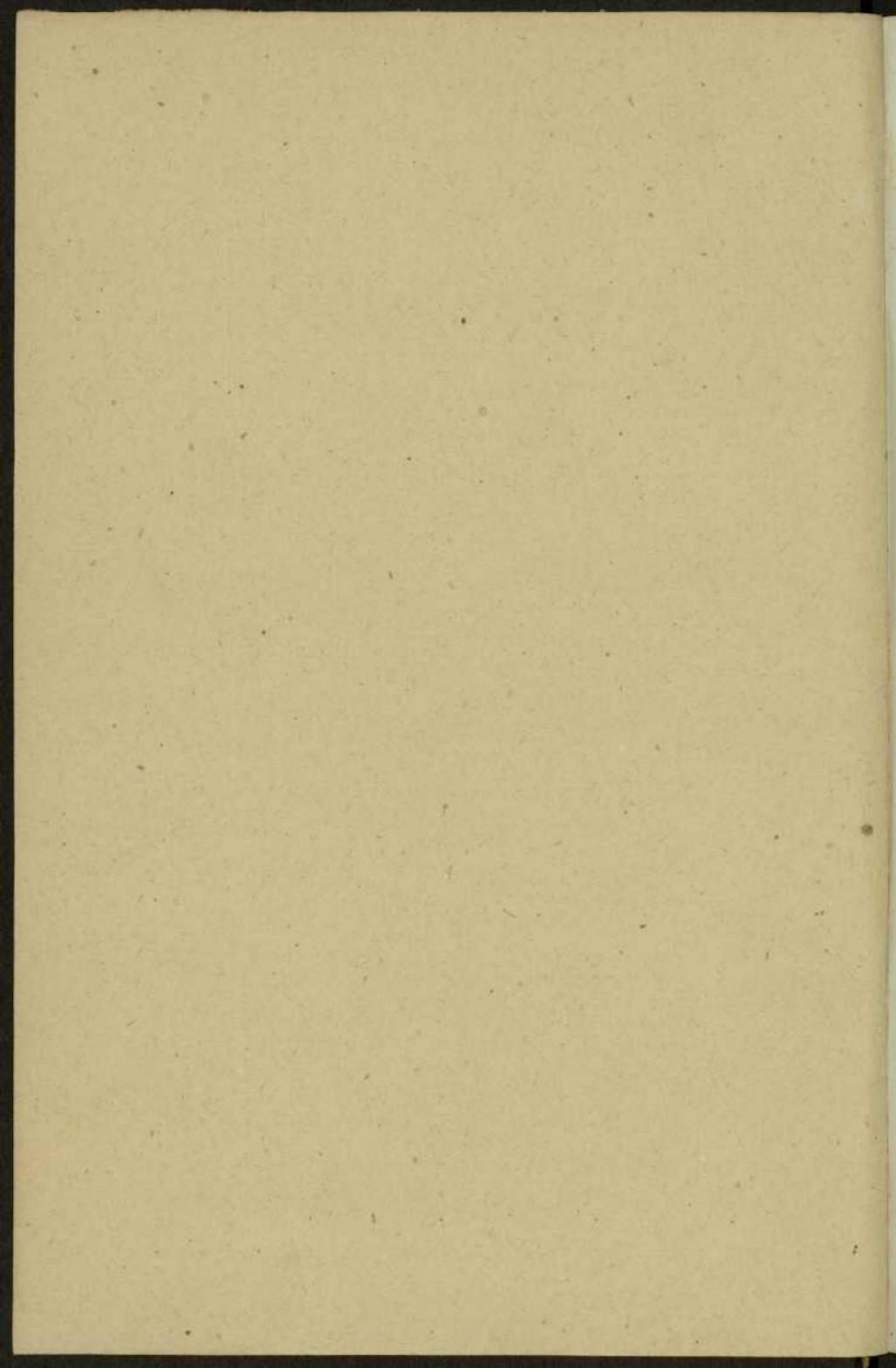
25

16125
~~2028~~

21
142

10540





LA MARAVILLA.

Administracion, calle de la Leona, n.º 4.—Barcelona.

Gran sociedad editorial

dirigida

POR D. MIGUEL DE RIALP.

Publica las mas grandes obras del saber humano en tomos de 350 á 400 páginas en 4.º, con primorosas láminas, y ricamente encuadernados á la suiza con mosaicos de oro y brillantes colores.

OBRAS PUBLICADAS.

Seccion Instructiva.		Seccion Recreativa.	
	Tomos		Tomos
La Geografía Universal, por Malte-Brun, Balbi y otros.. . . .	2	Historia de Gil Blas de Santillana, por Mr. Le Sage.	2
Atlas Geográfico Universal, compuesto de 18 magníficos mapas iluminados.	1	El Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha, por Miguel de Cervantes Saavedra.	2
Historia de Inglaterra, Escocia é Irlanda, por J. A. Fleury. . . .	3	Ivanhoe, por Sir Walter Scott. . .	1
Historia de Italia, por Julio Zeller.	2	Quintín Durward, por Sir Walter Scott.	4
La Moral Social, por Adolfo Garnier.	1	Rob Roy, por Sir Walter Scott. . . .	4
Compendio de los libros históricos de la Santa Biblia, por el P. Fernando Scio (con licencias).. . . .	1	Guy Mannering y el Oficial Aventurero, por Sir Walter Scott.	2
Historia Antigua, por Mr. Guillemin	2	Los Tres Mosqueteros, por Dumas. . .	2
Historia Romana, por V. Duruy. . .	2	Obras selectas, críticas, satíricas y juveniles, de D. Francisco de Quevedo y Villegas.	4
Historia de Portugal, por Bouchot..	4	A Bordo y en Tierra, por Fenimore Cooper.—Primera parte.	1
Historia de Rusia, por Romey y Jacobs.	2	Lucia Hardinge, por Fenimore Cooper.—Segunda parte de Abordo y en Tierra.	1
Historia de las Cruzadas, por Michaud y Poujoulat.	1	Veinte años Despues, por Dumas.—2.ª parte de los Tres Mosqueteros.	2
Historia de Francia por Teófilo Lavalée (van publicados 3 tomos.)		Los Amores de Paris, por Feval. . . .	2
		El Vizconde de Bragance 3.ª parte de los Tres Mosqueteros (van publicados 4 tomos.)	

EN PRENSA.

Historia de los Estados Escandinavos.
Historia de los Estados Unidos.
Historia filosófica de la Mujer.
Historia Griega.
Cronología Universal.

La Bruja del Mar.
El Corsario Rojo.
Los Piratas del Mississipi.
Bella-Rosa.
Recuerdos de un Médico.
El conde de Lavernie.

PUBLICADA FUERA DE SECCION.

La Sagrada Biblia, en latin y castellano, anotada por Scio de San Miguel. 40 tomos.

EN PRENSA.

Historia de los Soberanos Pontífices, por Artaud de Montor. . . de 12 á 14 tomos.
Publicados. 4 tomos.

LAS OBRAS DE LAMARTINE, traducidas por D. Angel Fernandez de los Rios.

LA MARAVILLA

Publicación semanal, editada en el número 1 de la calle de...

Se publica los días...

1898

FORO DE MICHIGAN DE BIENES

El foro de bienes de Michigan...

ORDEN DE BIENES

El orden de bienes...

El foro de bienes de Michigan...

El foro de bienes de Michigan...

EN BREVE

El foro de bienes de Michigan...

PERIÓDICO DE BIENES

El foro de bienes de Michigan...

EN BREVE

El foro de bienes de Michigan...



HISTORIA
DE LOS
FRANCESES

desde la época de los galos hasta nuestros días.

TOMO III.



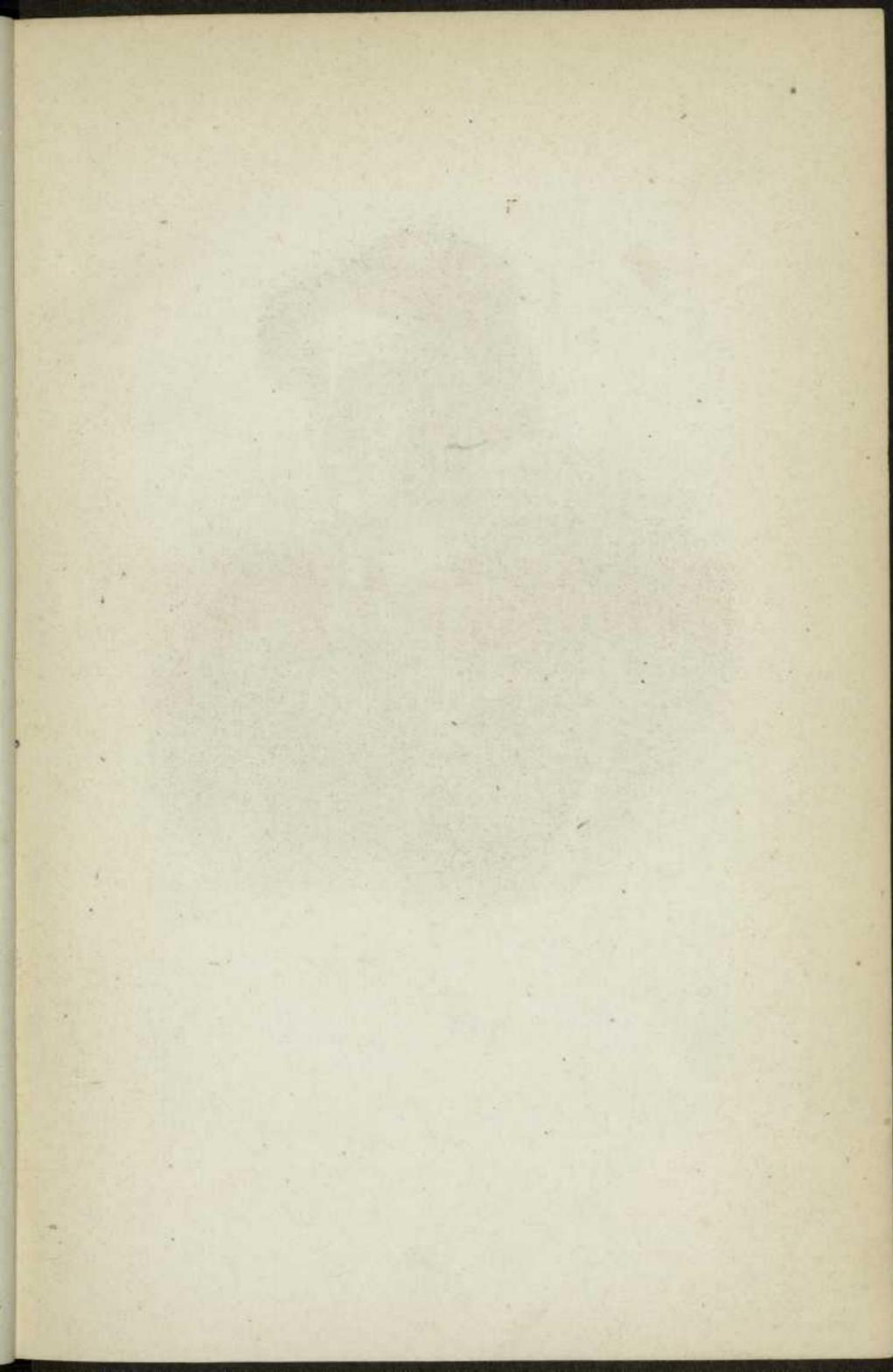
HISTORY

OF THE

FRANCISES

OF THE

TOMOR





Gomes

Diquez

HISTORIA
DE LOS
FRANCESES

DESDE LA ÉPOCA DE LOS GALOS HASTA NUESTROS DIAS,

POR M. TEÓFILO LAVALÉE

traducida de la última edición

POR D. GREGORIO AMADO LARROSA.

—
El hombre marcha, pero Dios le guía.
FENELON.

—
TOMO TERCERO.
—

MADRID
LIBRERÍA DE SAN MARTIN
calle de la Victoria, 9.

BARCELONA
LIBRERÍA DEL PLUS ULTRA
Rambla del Centro, 15.

1859.

HISTORIA

FRANCÉS

FOR M. LEOPOLDO LAVALLE

Imprenta de **LUIS TASSO**, en Barcelona,
calle Guardia, 45.

HISTORIA

DE LOS

FRANCESES

DESDE LA ÉPOCA DE LOS GALOS HASTA NUESTROS DIAS.

TOMO TERCERO.

CONTINUACION DEL LIBRO SEGUNDO.

CAPÍTULO III.

Desmembramiento de los estados de la casa de Borgoña. (1477-1483.)

§. I.—*Desmembramiento de los estados borgoñones.*—Luis XI supo muy pronto por medio de los correos, que habia inventado, la nueva de la muerte de Carlos el Temerario, y manifestó un excesivo regocijo. Todos los señores temblaron al presenciar su alegría, porque ya no existia ningun obstáculo entre ellos y la monarquía absoluta; «y no hubo ya desde entonces en Francia quién pudiese alzar la frente delante del rey ni contradijera su voluntad.»

Mandó en seguida á sus tenientes que entrasen en el ducado y condado de Borgoña para tomar de ellos posesion en su nombre, porque siendo estos ducados feudos masculinos, decia que debian volver á la corona, y además queria casar con el delfin á la hija del desventurado Carlos (9 de enero de 1477). Recibieron tambien órden de obligar á la sumision á la Picardía y el Artois, y se preparó un grande ejército.

La muerte de Carlos causó una fermentacion universal en sus estados, y volvieron á tomar su posicion natural todos los pue-

blos que habia reunido por la fuerza la casa de Borgoña. Los de la lengua alemana, como la Holanda, la Zelanda y Güeldre, se inclinaron hácia el imperio; los de lengua francesa, como la Borgoña y Picardía, hácia la Francia; y Flandes, país feudalmente francés, pero enemigo eterno de la Francia, manifestaba tendencias de quedar neutral é independiente entre la Francia y la Alemania. María, la hija única y heredera de Carlos, hubiera querido como su padre mantenerse soberana intermediaria entre las dos grandes potencias que la rodeaban, pero le fué preciso escoger el apoyo de la una ó de la otra. Su nacimiento y su lengua le inclinaban en favor de Francia; pero como la casa de Borgoña se habia hecho tan odiosa á la corona de los Valois, su destino la obligó á echarse en brazos de la Alemania.

Convocáronse los estados del ducado de Borgoña y recibieron del rey la demanda de reunion, pero respondieron que en la ley feudal las mujeres no estaban excluidas de la herencia, que el mismo rey Juan habia heredado de una mujer de Borgoña, y finalmente, que aun en la suposicion de ser masculino el feudo, existian herederos varones mas próximos que Luis XI. Inútiles eran todos estos argumentos y razones contra la voluntad y el poder del rey, y los estados se vieron en la precision de hacer un tratado por el cual la Borgoña se puso provisionalmente en poder de Luis hasta la completa decision de la cuestion de propiedad. Las tropas reales ocuparon la provincia, y se creó en Dijon un parlamento.

Igual suerte tuvo el condado de Borgoña, á pesar de ser feudo del imperio, y tambien se puso bajo la proteccion del rey por un tratado que no pudo impedir la jóven duquesa. Mas fácil y favorable fué el éxito en Picardía, pues como las ciudades del Somme se creian francesas, se sometieron voluntariamente. Solo resistió el Artois.

María no podia defender estas provincias, era muy jóven é ignorante, y se veia arrojada en medio de los negocios confusos de su padre y expuesta á las agitaciones de Flandes, que volvía á tomar el espíritu revolucionario de los tiempos pasados. La muerte de Carlos causó á este país trasportes de alegría, y estaba resuelto á sacudir el yugo de la casa de Borgoña que le habia abrumado de impuestos, quitado sus libertades, y mezclado

en todos los sucesos de Francia. No querian los flamencos en sus ciudades mas borgoñones ni tiranos, ni mas ministros, ni soldados adictos á los últimos duques; y perseguian con todo su odio al canciller Hugonet y al señor de Himbercourt, fieles servidores del duque Carlos, que formaban casi exclusivamente el consejo de su hija, y tenian tendencias de casarla con el delfin. Esta era la razon del odio que estos dos señores inspiraban á los flamencos, que de ningun modo querian caer bajo la dominacion directa de Francia, y en especial de un rey aborrecido por sus crueldades, su despotismo y sus perfidias.

Fue espantosa la rebelion: los feroces ganteses se vengaron de los príncipes guerreros, que habian encadenado su turbulencia, en la jóven que les habia sucedido: pasaron á cuchillo á todos los magistrados: obligaron á María á tomar un consejo compuesto de hombres del pueblo, y la tuvieron como una cautiva. El mismo Luis XI habia sido el causador de la sublevacion de Flandes; pues fiel á su tortuosa política, esperaba que María en su desesperacion se arrojaría en sus brazos sin condicion ni pacto alguno.

La duquesa habia intentado detener al rey en sus planes invasores anunciándole que habia formado su consejo con los señores de Himbercourt y de Hugonet, y que no anhelaba otra cosa mas que la conservacion de la paz, prometiéndole el homenaje por la Borgoña, el Artois y Flandes con la restitucion de la Picardía. Luis respondió que acababa de efectuar la reunion de los estados de Borgoña que pertenecian á la corona, que tomaba la custodia y tutela de su vasalla menor, é iba á concluir su casamiento con el delfin. Jamás habia pensado con formalidad en hacer esperar á una jóven de veinte años bella y graciosa la pubertad de un niño de ocho, disforme y enfermo; y desde que sus victorias le habian manifestado la facilidad de la reunion de todos los estados de Borgoña, solo por irrision hablaba de este enlace.

Mientras duraban aquellas negociaciones envió el rey sus tropas al Hainaut, donde era muy notable el odio de sus habitantes á la dominacion francesa, y fomentaba las revueltas de Flandes que eran cada dia mas amenazadoras. Reuniéronse en Gante los estados. Estos tan solo deseaban el desmembramiento de los

estados de Borgoña, la expulsión de los borgoñones del consejo de María, y su casamiento con un príncipe poco poderoso que no fuera francés; y escogieron para este objeto al duque de Gueldre, Adolfo el Parricida, que sacaron de la cárcel donde lo había encerrado Carlos. Viéndose la duquesa amenazada por sus súbditos, prometió dar gusto á todas sus exigencias, y los estados enviaron á Luis XI una embajada pidiéndole la paz. El rey respondió á los enviados flamencos poniéndoles dudas sobre la misión de que estaban encargados, y les dió á leer la carta de la duquesa, anunciándole que conservaba los dos ministros de su padre, y le decia que no diese crédito á ninguna proposición que no le llegara por su conducto. Los diputados se volvieron llenos de indignación á Flandes, insultaron á María presentándole su carta, y excitaron la ira de los ganeses contra los dos ministros. Todos los enemigos de Hugonet y de Himbercourt, como el conde Saint-Pol por la muerte de su padre, y los diputados de Lieja por la destrucción de su ciudad, unieron su furor y encono al de los flamencos; y los dos señores fueron presos, puestos en el tormento, condenados á muerte y decapitados (3 de abril de 1477). Su sangre llegó salpicando hasta la desventurada duquesa, que con las manos en cruz y bañada en lágrimas recorría la plaza donde estaba el cadalso, suplicando á los ganeses que perdonaran á sus ancianos servidores. La jóven entonces llena de terror por la traición de Luis XI, juró sufrirlo todo antes que caer en su poder, y se decidió á arrojarle al partido de Alemania para encontrar allí un protector y un esposo.

§ II.—*Casamiento de María de Borgoña con Maximiliano de Austria.—Guerra con Flandes.*—Luis XI acometió en tanto el Artois; todas las plazas se rindieron por fuerza ó por dinero: Arras consintió en obedecer al gobierno francés hasta que María le rindiera homenaje, y envió con este objeto á la duquesa veinte y tres diputados. Apenas salieron estos, cuando la ciudad recobrando todo su odio contra los franceses, arrojó la guarnición real y pidió socorro á los flamencos. Luis mandó prender y matar á los veinte y tres diputados, venció á los auxiliares flamencos, obligó á Arras á capitular, y la trató con el mas espantoso rigor. La provincia entera se conmovió de cólera é indignación, y se preparó á volver á tomar las armas.

Luis se contuvo, pues á fuerza de crueldades habia hecho fracasar la empresa. El Artois no estaba aun enteramente sumiso; los flamencos se preparaban para la guerra, y las dos Borgoñas, irritadas con la tiranía del señor de Craón, su gobernador, se habian sublevado y alcanzado auxilio de los suizos. Volvió á emplear su astucia; dió algunos pasos para llevar á cabo el casamiento de María con el delfin, y se encargó de la negociacion Oliverio Teufel, llamado el Gamo, su antiguo barbero, y convertido en conde de Meulan. El embajador fué recibido con bur-las é insultos, se vió obligado á huir, y los flamencos empezaron las hostilidades (junio). Luis redobló su actividad, se apoderó de Cambrai, ciudad imperial, atacó el Hainaut, destruyó á Avesnes desde los cimientos, y devastó todo el país; pero se estrelló en el sitio de Valenciennes, mientras se defendia con valor á su retaguardia la fortaleza de San Omer.

No se atrevió á avanzar hácia Brujas ó Bruselas sin apoderarse de estas dos plazas: sus crueldades, su perfidia y los saqueos que mandaba cometer á sus soldados, aumentaron el número y la desesperacion de sus enemigos; y quedó frustrada la conquista de Flandes.

Pero á pesar del heroísmo de sus súbditos, María necesitaba imperiosamente un protector; los flamencos ya no repugnaban verla enlazarse con un esposo poderoso y enteramente aleman, al ver amenazada su independencia, y además el duque de Güeldre habia muerto peleando con los franceses. Volviéronse entonces á abrir las negociaciones entabladas ya con el emperador para el enlace de su hijo Maximiliano con María. De todos los pretendientes á la mano de la rica heredera, este era el que mas le gustaba, « porque, segun dice Molinet, su corazon era enteramente aleman. » Aquel matrimonio era una verdadera fortuna para la casa de Austria, tan pobre entonces (1), que María se vió precisada á dar á su prometido el dinero necesario para su viaje. Maximiliano llegó á Gante en medio de los trasportes de alegría de los pueblos de Flandes, Brabante y Holanda, que le recibieron como un libertador. Celebróse su enlace con María al día siguiente de su llegada (20 de agosto de 1477), y empezó desde aquel dia el engrandecimiento de la casa de Austria.

(1) Poseía entonces el Austria, la Stiria, la Carintia y el Tirol.

La Francia veía alzarse una potencia que debía ser algún día su rival; pero el feudalismo soberano recibió á pesar de esto un golpe de muerte, y si en lo exterior se formaba una tempestad, estaba asegurada la calma en lo interior del reino. Además, no todos los estados del último representante de los grandes vasallos iban á ser extranjeros para la Francia, sino que entraban en la unidad francesa la Borgoña, el Artois y la Picardía. Una lucha de tres siglos se preparaba para discutir la posesion de los que quedaban separados ó impedían á la Francia ocupar el cuadro natural de la antigua Galia; pero no era ya una lucha feudal ó intestina, sino una contienda extranjera y nacional que iba á tener por teatro casi todos los países de la Europa, y que empezando con las guerras de los franceses en Italia, cesando en la tormenta religiosa del siglo diez y seis, recobrando todo su vigor con Richelieu y Luis XIV, los dos hombres encargados de continuar directamente la obra de unificación de Luis XI, iba por fin á renovarse con heroica energía durante la revolucion francesa.

§. III.—*Guerra entre Luis XI y Maximiliano.—Batalla de Guinegate.—Tregua.*—Luis XI recibió poco pesar al saber el casamiento de María, pues habia logrado, aunque á medias, su objeto obligando al feudalismo á declararse definitivamente enemigo y extranjero; y no habia de temer ya mas las ligas y las traiciones en el interior destruyendo su centro. En cuanto á la casa de Austria Luis no podia prever la felicidad siempre constante que debia formar su futuro engrandecimiento, y por otra parte se consideraba seguro de arrebatarle una parte considerable de los estados que acababa de adquirir. La fundacion de la nacion austriaca imponia empero á la Francia una nueva política que no podia comprender el talento y la instruccion de Luis, de modo que luego manifestó su irresolucion y embarazo al tratar con Maximiliano, y se dió prisa á pedirle una tregua. Veía á las dos Borgoñas completamente sublevadas, que era imposible la conquista de Flandes, y el Artois dispuesto á rebelarse: sabia que Maximiliano tramaba una liga con la Inglaterra y el emperador, en la que amenazaba entrar el duque de Bretaña; y temía chocar con la Alemania, ese país tan mal conocido, y con el que la Francia jamás habia tenido una seria contienda. Gracias

al reposo que le daba el armisticio , llegó á alcanzar una tregua de la Inglaterra , que segun sus condiciones duraria lo que la existencia de ambos reyes : respondió á las amenazas del emperador diciéndole que obraria mejor defendiendo el imperio atacado por los turcos, que trabar contiendas con los reyes cristianos por el interés de su casa ; é hizo inmensos preparativos de guerra, en especial de artillería, y comenzó las hostilidades.

Quitó Luis el gobierno de las Borgoñas al señor de Craon por su excesiva dureza , y se lo dió al señor de Amboise , persona hábil y de confianza, que quiso llevar á cabo la sumision de ambas provincias (abril de 1478).

Maximiliano desplegabá en Flandes una sorprendente actividad y llegó á reunir un brillante ejército. Volvió á tomar el Condé, se aproximó á Valenciennes y quiso presentar batalla. Fiel á su sistema Luis XI y recelando por otra parte que el rey de Aragon le atacase por los Pirineos , entró en negociaciones ; y luego que supo que la Borgoña habia vuelto á sucumbir bajo su dominacion , hizo una nueva tregua , por la que evacuó el Hainaut, Cambrai y el condado de Borgoña , quedándose el ducado, la Picardía y el Artois. « Bastante es por esta vez, » dijo ; y se entablaron negociaciones para la paz bajo la mediacion del papa (11 de julio de 1478).

Luis aplicó el plazo que la tregua le concedia en reformar su ejército. Su tristeza y su desconfianza habian tomado creces á medida que iba avanzando en edad , y llegó á despedir hasta diez de sus mas célebres capitanes de ordenanza , y entre ellos á Chabannes. Para estar mas seguro de la obediencia de sus soldados, aumentó el número de sus tropas mercenarias , y se hizo declarar vecino y primer aliado de la Suiza , de donde sacó seis mil hombres. Las negociaciones empero no produjeron ningun resultado, y el papa Sixto IV se declaró favorable á Maximiliano. Luis se vengó del pontífice enviando socorros á los florentinos, que estaban con él en guerra á consecuencia de la famosa conjuracion de los Pazzi (1) , hizo que su clero pidiera la convoca-

(1) Los Pazzi, el papa y el arzobispo de Florencia se conjuraron para matar á Julian y Lorenzo de Médicis en la catedral durante los divinos oficios. Julian murió y se salvó Lorenzo. Los florentinos ahorcaron al arzobispo y los excomulgó el papa.

cion de un concilio general para poner un límite á la tiranía de la corte de Roma (9 de octubre de 1478); y cuando logró del rey de Aragon un tratado definitivo dejándole la soberanía del Rosellon, volvió á emprender las hostilidades contra la casa de Borgoña (abril de 1479).

Acumuló sus principales fuerzas en el Condé, y sitió á Dole, que fué saqueada é incendiada, acarreado su caída la sumision de los demás pueblos, donde los suizos cometieron las mayores crueldades, y ocasionando la rendicion de la ciudad de Besanzon á pesar de ser libre é imperial. En seguida Luis se dirigió al Artois que se habia sublevado, haciendo en su capital un castigo horroroso (julio). Vengóse de ella «arrojando á todos los habitantes, y repoblándola con normandos y extranjeros; y para cambiar el espíritu local, le quitó el nombre de Arras y le puso el de *Franchtse* (1). »

Maximiliano puso sitio á Terouanne con un ejército de veinte y siete mil hombres, y los franceses acudieron por el lado de Hesdin en número de mil ochocientas lanzas y catorce mil arqueros mandados por el señor de Esquerdes. Se trabó la batalla en Guinegate, que fué casi una repeticion de la de Montlhery; hubo en cada ejército un ala vencida y otra victoriosa; pero se peleó con mas orden y quedaron en el campo mas de doce ó catorce mil cadáveres (7 de agosto). Los dos ejércitos se creyeron vencedores, y Maximiliano levantó el sitio de Terouanne. Luis se enojó de una accion que miraba como una derrota, y conociendo que no habia alcanzado la victoria por el afan de saqueo que animaba á sus soldados, mandó que en adelante se pusieran en comun los prisioneros y el botin, «con el objeto, decia, de que en otra ocasion no perdonasen á nadie la vida y despreciaran los prisioneros, los caballos y bagajes.»

Los dos príncipes se mantuvieron en la defensiva despues de aquella batalla, y continuó la guerra por espacio de un año con pequeños combates y sorpresas de ciudades. Pero Luis XI queria una paz que le asegurase sus conquistas: conocia que habia arrebatado á la casa de Borgoña todo lo que le era posible: veíase viejo, y se detenia cifrando en adelante su ambicion en consc-

(1) Molinet, cap. 40.

lidar todo lo que habia hecho ; y por otro lado temia que Eduardo IV tomase partido en favor de Maximiliano. Se hizo una nueva tregua (8 de febrero de 1480).

El papa envió un legado para activar las negociaciones , y pedir auxilio contra Mahometa II, que sitiaba á Rodas y acababa de desembarcar en Italia.

§. IV. — *Muerte de Santiago de Armañac.* — *Adquisicion de Provenza.*—Poca inquietud ni cuidado inspiraban á Luis XI los peligros de la cristiandad, y desembarazado de la guerra feudal, volvió todas sus miradas hácia el interior de su reino. Enfermo y disgustado por sus sufrimientos, cansado ya de todo y sin tener cariño á nadie en el mundo, solo un placer podia distraerle en sus dolencias y disgustos; este placer era la venganza. De modo que cuando experimentaba alguna adversidad en sus guerras ó negociaciones , apagaba su ardor político con la sangre de algun antiguo enemigo. Para consolarse del casamiento de María entregó repentinamente en manos de la justicia á Santiago de Armañac, duque de Nemours, encerrado dos años hacia en la Bastilla dentro de una jaula de hierro , de donde solo salia para ir al tormento. Era un señor amado de sus vasallos , ménos culpable que los demás grandes , pero que habiéndose mezclado en todas sus intrigas , habia sido dos veces perdonado é ingrato para con Luis XI. Confesó todos sus yerros en una carta muy persuasiva y humilde , en la que confesaba que á pesar de los tratados jamás se habia roto la liga de los grandes. El rey no se compadeció de él , porque jamás perdonaba á ningun enemigo político , no habiéndose olvidado de uno solo de los promotores del Bien público, y en fin porque detestaba el nombre de Armañac , signo de un partido feudal durante treinta años. Mandó comparecer al duque ante una comision , á pesar de la peticion que hizo de ser juzgado por sus pares, y conociendo que la comision seguia sus trámites con mucha lentitud, trasladó la causa al parlamento, al que agregó algunos comisionados.

Frecuentemente habia mostrado el parlamento dignidad al resistir á las iniquidades del rey , pero esta vez no se atrevió á oponerse á su voluntad , y á pesar de la profunda compasion que inspiraba el acusado le condenó á muerte. Santiago de Armañac sufrió la última pena en los mercados de Paris; se confisca-

ron sus bienes, y sus hijos encerrados en la Bastilla sufrieron los mas horribles tormentos. Las revelaciones de Armañac aumentaron la crueldad del rey: vió que todo el mundo le aborrecia, y despreciando á todos sus semejantes, desafió el odio universal, y trató solamente de conservar y defender su vida. Publicó una ordenanza por la que declaraba culpables de lesa majestad á los que siendo sabedores de una conspiracion tramada contra él no se la revelasen al momento; destituyó á tres consejeros por no haber votado la muerte de Santiago Armañac, y respondió á las manifestaciones del parlamento, diciendo «que no queria que se hiciese de su piel un mercado.»

El duque de Nemours fué pues el último gran señor que pereció en el cadalso, y no quedaban mas que los duques de Bretaña, de Borbon, de Alençon y de Anjou. El duque no se atrevia á moverse sabiendo que el rey hubiera preferido su ducado á todos los estados de Borgoña, para cerrar aquella puerta de la Francia siempre abierta á sus enemigos. El duque de Borbon siempre se hallaba provocado por los procesos intentados contra sus empleados por abusos de poder, y no obstante su hermano el señor de Beaujeu gozaba toda la confianza del rey, quien le dió en matrimonio á su primogénita Ana con la condicion de que los bienes de la casa de Borbon volverian á la corona si no tenia hijos varones. El duque de Orleans Luis, hijo de Carlos, que murió en 1464, era sospechoso al rey por su proximidad al trono, y se había visto obligado á casarse con su segunda hija Juana á pesar de ser fea y contrahecha, «con el objeto, segun decia el rey á Chabannes, de que no llegaran á completa robustez los hijos que resultasen de aquel enlace.» El duque de Alençon René, hijo de Juan V, se estaba quieto en sus dominios temiendo sufrir los disgustos que las rebeliones ocasionaron á su padre, y á pesar de su inaccion fué citado ante el parlamento que no le encontró culpable, pero que le condenó á admitir en sus castillos guarniciones reales. Finalmente el duque de Anjou, el buen rey René, murió dejando á su nieto René II duque de Lorena el ducado de Bar, y á su sobrino, el conde del Maine, el Anjou, la Provenza y sus derechos sobre el reino de Nápoles (1480).

Luis XI ocupaba ya el Barrois, se negó á devolverlo, y el duque de Lorena reclamó contra el testamento de René, pero las

tropas reales vencieron y arrojaron de la Provenza el ejército que enviara. Un año despues murió el conde del Maine instituyendo heredero suyo al rey de Francia, y á pesar de las reclamaciones de René II y la resistencia de los señores provenzales, Luis se apoderó de la Provenza, del Anjou y del Maine. El Anjou y el Maine fueron inmediatamente reunidos á la corona, pero la Provenza no lo fué hasta el año 1486 por un tratado que le dejó sus leyes particulares y sus derechos de provincia extranjera, y los reyes de Francia se han titulado hasta 1790 *condes de Provenza*. En cuanto á los derechos sobre el reino de Nápoles, Luis era un hombre demasiado positivo para pensar en hacerlos valer, y mas queria en Italia buenas alianzas que posesiones. Esta es la razon porque habiendo deseado ponerse bajo su poder la ciudad de Génova, dijo Luis XI: « Los genoveses se me entregan, pero yo los doy al diablo. »

§. V.—*Administracion de Luis XI.—Justicia, comercio, letras, imprenta.*—No existian ya señores y grandes cuyos proyectos hubieran de desbaratarse, ni mas estados generales que entorpecie an su gobierno, pues los hombres y las cosas se hallaban nivelados bajo una voluntad única. Su cabeza laboriosa podia dedicarse enteramente á las reformas administrativas que habia comenzado en medio de los incesantes entorpecimientos de la guerra feudal, que le estrechaba en su poder, y casi siempre le tenia vencido. Las tres palancas de su gobierno eran el ejército, la hacienda y la justicia. Tenia constantemente en pié de guerra un ejército de cinco mil lanzas y veinte y cinco mil arqueros con una hermosa infantería, y para pagarlo habia impuesto una contribucion de 4.700,000 libras. Creó tres nuevos parlamentos, uno en Grenoble, otro en Burdeos y otro en Dijon, dando de este modo una especie de independenciam al Delfinado, á la Guiena y á Borgoña, haciendo mas espedita la administracion de justicia y disminuyendo el poderío del parlamento de Paris. Renovó la ordenanza de su padre para la formacion de un gran reglamento de usos y costumbres; y con el objeto de dar fuerza á la ley, hizo á los jueces inamovibles, declarando que en adelante no se proveeria ningun empleo de judicatura, « sino por vacante de muerte, dimision ó delito. »

Creó un código municipal casi completo en el que la libertad

de las ciudades se hallaba disminuida en favor del poder central: organizó los oficios haciendo remontar hasta el trono la gerarquía de las cofradías y corporaciones, y se nombró jefe de todos los artesanos de Paris, regularizando al mismo tiempo la policía de esta gran ciudad. Alentaba el comercio y la industria por todos los medios posibles, creó ferias y mercados libres, dió á los prelados y nobles el derecho de comerciar, prohibió la importacion de las mercancías á Francia en barcos que no fuesen nacionales, estableció los correos, animó la explotación de las minas, el establecimiento de los gusanos de seda, las fábricas de paños, etc.; en fin tuvo el pensamiento de hacer uniformes los pesos y medidas. «Habiendo tenido, dice Comines, diferente educacion literaria de la que hasta entonces acostumbraban tener los reyes,» no permaneció insensible á la pasion hácia la antigüedad pagana que se habia apoderado del mundo cristiano: acogió y trató favorablemente á todos los sábios griegos arrojados de Constantinopla: aumentó los privilegios de la universidad de Paris: fundó una especial de medicina: restableció y aumentó la biblioteca empezada por Carlos V, y cuyos volúmenes se habian dispersado durante las guerras civiles, y confió su direccion á Roberto Gaguin, profundo erudito pero mediano historiador.

La literatura francesa tomó un nuevo carácter, estaba ya mas nutrida de ideas, y era mas metódica y reflexiva. Prueba esta asercion Comines, el grande escritor de este reinado, que abre una nueva senda á la historia. Comines no es como Froissard el gracioso narrador de las proezas caballerescas: es el hombre de estado con un superior conocimiento de los caracteres y los acontecimientos que explica con frialdad y sin pasion, y que cuenta las crueldades y perfidias de Luis XI sin mucha indignacion, porque el historiador, como ministro adicto al rey de Francia, estaba imbuido en sus principios políticos y lo perdonaba todo en gracia á su habilidad.

Luis escribió tambien una coleccion de cuentos licenciosos á imitacion de los de Bocacio, y trabajó en el *Rosal de las guerras*, obra de poco mérito, de política y de ciencia militar, que estaba destinada para la educacion de su hijo, y que fué el preliminar de las grandes crónicas de Francia que hizo escribir con el mismo objeto.

Finalmente este rey tan infamado por sus crímenes, pero que hizo, ensayó ó imaginó todas las innovaciones de la Francia moderna, unió su nombre al descubrimiento que ha renovado á la humanidad, á la imprenta. Fueron á Paris tres impresores alemanes, discípulos de Juan Fricot, y fundaron en 1470 en la Sorbona la primera imprenta francesa. Solo hacia trece años que se habia impreso el primer libro conocido, el *Sallerio de Maguncia*. La universidad y el parlamento se alzaron contra esta innovacion acusando de hechicería á los impresores, pero Luis XI los acogió bajo su poderosa proteccion.

No ha habido jamás una administracion tan laboriosa como la suya, ningun rey ha escrito tanto como él, pues la coleccion del Louvre encierra cuatro volúmenes de ordenanzas, actas é instrucciones de Luis XI, y están sellados con su mano dos mil y quinientos escritos. Mezclábase en todo, hasta en los mas insignificantes pormenores, queria saberlo todo para hacerlo por sí mismo, y escribia cartas sobre cartas á sus agentes en un estilo trivial, enérgico, cortado y algunas veces atroz (1). Con él empieza la diplomacia con sus fórmulas, sus convenciones y sus protocolos; esa diplomacia cautelosa é ímoral indudablemente, pero que no obstante ha sido la que ha empezado á establecer las mútuas relaciones entre los estados, las grandes combinaciones de alianzas y el sistema de equilibrio europeo. No habia en Europa ningun estado grande ó pequeño con quien dejase de tener negociaciones, donde no tuviese agentes ó no corrompiese algun ministro: el dinero era para él un medio de gobierno que reemplazaba á la espada; y lo repartia pródigamente para hacerse ministros, amigos y hechuras. Donde existia el mérito lo hallaba, y lo recompensaba, aprovechándose de él para su grande obra.

§. VI.—*Impopularidad de Luis XI.—Su vida interior.*—A pesar de tantos trabajos y beneficios, el pueblo aborrecia á Luis XI, y

E (1) «Enviádmele, dice de uno que le habia hecho traicion, que yo haré casar al galán con una borcea.» — «Tengo necesidad de una cabeza como la vuestra» decia en una carta á Saint Pol mientras se aquilaba su pérdida. — Decid á M. de Saint-André que no haga el torpe y el rehacio, porque es el primer capitan que ha desobedecido. Si así no lo hace, ponedle la mano sobre la cabeza, y os juro que yo se la pondré bien pronto debajo de las espaldas.

no reconocia en él al autor de una política nueva , al destructor del feudalismo , al fundador de la unidad de poder y de nacion, de la justicia civil, del ejército permanente, de la administracion pública y de la diplomacia ; al creador de los correos y de la imprenta ; al protector del comercio y de los oficios ; ni al rey por fin que sin dar batallas habia reunido á la corona la Picardía, el Artois, las dos Borgoñas, el Rosellon, la Provenza, el Anjou, etc. Era á sus ojos un tirano trivial , pérfido, feroz, maníaco, de bajas costumbres y de lenguaje y ademanes grotescos, sin consecuencia en sus proyectos, ocupado solo en rogar á la Virgen su *señora*, su *queridita*, su *buena amiga* , que perdonase sus crímenes, y sin tener mas compañeros que los verdugos ni mas diversiones que los suplicios. Se habia aumentado en efecto la miseria del reino con las enormes contribuciones y con tantas guerras y empresas , y la servidumbre era mayor aun con un rey á quien disgustaba toda especie de libertad. Decíase que habian perecido en su reinado á manos del verdugo pública ó secretamente mas de cuatro mil personas, y « que el reino de Francia no era mas que un reino de esclavos ; » acusaban á Luis de todos los males de la Francia , hasta de la carestía y de las enfermedades ; y no se miraba el fin que se proponia , sino los medios abominables que usaba para alcanzarlo. Se recordaban todos sus yerros y sobre todo su viaje á Perona ; no se reconocia en su conducta mas que egoísmo , bajos pensamientos de venganza y una política chismosa y de capricho ; y segun opinion general, solo habia sido abolida la pragmática por el odio que tenia al clero como cuerpo feudal, solo habia establecido la inmovilidad de los jueces para dar fuerza de ley á sus tiranías, y ordenado la uniformidad de usos para atacar las autoridades señoriales, lo mismo que se habian asalariado los suizos con el único objeto de tener una guardia segura.

Nada de esto ignoraba Luis, «ni que era odiado de los grandes personajes del reino y de muchos de ínfima clase (1),» y desconfiando hasta el extremo de ver la traicion antes de pensarla, se creia sin cesar rodeado de enemigos. La compasion le parecia falta. No podia tolerar la menor resistencia á su voluntad por

(1) Comines, t. III, p. 69.

extraña que fuese, según él decía, «por las consecuencias que esto podría acarrear,» y no quería más que súbditos.

No tenía un momento de descanso, ni otro placer que los negocios, «y no se le vió jamás, dice Comines, sin penas ni cuidados.» Sus consejeros eran muy pocos, «porque, añade el mismo autor, todo su consejo se hallaba dentro de su cabeza,» y los favoritos eran menos, pues solo tenía ministros y verdugos, que elegía sin mirar su categoría, que amoldaba á su genio y que impregnaba de sus ideas. Siempre familiar con los pequeños, pocas veces descargaba sobre ellos su venganza, pero si excitaban su odio sospechoso, derramaba su sangre como agua. En cuanto á los grandes, solo se le acercaba el señor de Beaujeu. Su mismo hijo era el objeto de su desconfianza, le tenía lejos de su lado «hacia que le custodiasen rigurosamente en el castillo de Amboise, y nadie le veía ni hablaba con él, dice Comines, sin orden expresa del rey.» Su mujer solo era la madre de sus hijos.

Su vida era sencilla y profundamente triste. La casa de Plessis-les-Tours, que era su morada ordinaria, estaba cercada de murallas, rastrillos, fosos y numerosos centinelas. Sombria mansion donde solo vivían él y sus criados más íntimos, y donde solo tenía por compañero ordinario al preboste Tristan, que á la menor señal hacía ahorcar ó ahogar á todos los que excitaban sus sospechas. No había en torno suyo mujeres ni niños; solo le rodeaban los astrólogos, los médicos y los sacerdotes, delante de los cuales se entregaba á todas las supersticiones y temores de la muerte. A pesar de estar enfermo, flaco y feo, no perdía nada de su espíritu activo é inquieto, se ocupaba de todo con un ardor que le devoraba, temblaba al pensar que se acercaba el fin de sus días, y suplicaba al cielo y á la tierra que se los prolongase. Su religion era en realidad una idolatría; no quería complacer á Dios por medio de la caridad, y lo compraba vertiendo el oro en sus altares, creyendo que corrompería á fuerza de dones á los santos y á los ángeles como á los ministros y favoritos de los soberanos.

§. VII.—*Paz de Arras.—Situación de la Europa.—Últimos años de Luis XI.*—Mientras la Francia permanecía melancólica y silenciosa como su terrible soberano, continuaban las negociaciones para la paz.

Luis veía con inquietud formarse una alianza entre Maximiliano Eduardo IV y el duque de Bretaña se llenaba de indignación al ver renacer continuamente la liga, siempre joven y ardiente á pesar de los golpes que la había dado, de la sangre en que la había inundado, y á pesar de haber consagrado toda su vida en luchar con ella; y resolvió ahogarla de una vez á cualquier precio. Preparó un brillante ejército, compuesto casi todo de suizos pues había licenciado á los francos arqueros, milicia nacional que le disgustaba por su poca disciplina, y mandó que entrase en el Luxemburgo al mismo tiempo que entablaba negociaciones con los flamencos.

Este pueblo de naturaleza voluble estaba ya descontento de su nuevo conde por su vanidad y sus excesivos gastos, y si permanecía sumiso era por adhesión á María, que era una buena y desgraciada princesa que se sacrificaba enteramente al amor de su esposo y de sus hijos, la cual murió dejando un hijo llamado Felipe y una hija llamada Margarita (1482).

Fué una buena fortuna para Luis. Todos los estados de Maximiliano se sublevaron contra él para obligarle á la paz, en especial los ganeses que querían por soberano á su hijo Felipe, pero con poco poderío, y con este objeto entablaron abiertamente negociaciones con el rey para casar al delfín con la joven Margarita, dándole en dote las provincias de lengua francesa. Luis estaba empeñado en llevar á cabo una paz tan afortunada y que realizaba sus primeros proyectos sobre los países borgoñones. Los estados de Flandes, Brabante, Hainaut, etc. declararon su voluntad á Maximiliano, que tuvo que consentir por fuerza en el tratado de Arras, el cual fué la última grande acta del feudalismo soberano, y que abre una nueva era en la diplomacia europea.

Margarita, hija de María y de Maximiliano, debía casarse por este tratado (23 de diciembre) con el delfín y llevar en dote los condados de Artois y de Borgoña con los señoríos de Macon, de Auxerre y de Salins, etc.; la Borgogna y la Picardía quedaban reunidas definitivamente á la corona; la Flandes rendía homenaje y reconocía la alta soberanía del rey, y quedaban á Maximiliano, en nombre de su hijo Felipe, el Brabante, el Hainaut, Anveres, Namur, Luxemburgo, el Güeldre, la Zelandia, la Holan-

da y la Frisa. Fué un tratado muy completo en el que quedaron detallados y especificados todos los intereses de las provincias, de las ciudades y de los individuos, lo mismo que las amnistías, los derechos de comercio, garantías de los privilegios, exención de impuestos, etc.

De este modo se llevó á cabo el desmembramiento de los estados de la casa de Borgoña, se separaron naturalmente los países ficticiamente reunidos, que tomaron desde entonces una posición distinta unos de otros y se completó la destrucción del feudalismo soberano. Desplegábase un nuevo porvenir para la Francia, empezando desde aquel momento su historia moderna.

Después de esta paz gloriosa, debió quedar satisfecho Luis al afrejar sus miradas en torno suyo, y al ver la posición que había hecho tomar á su reino. La Alemania era una confederación de príncipes enemigos en guerra perpetuamente, sobre los cuales no tenía ningún poder real el emperador, y que ningún temor podía inspirar á la Francia. Los suizos le obedecían como súbditos, tenía á su disposición á los flamencos, eran sus aliados los reyes de Escocia y de Portugal, Navarra obraba según su voluntad, España estaba en paz, y Fernando é Isabel solo buscaban amigos teniéndoles además en temor por causa del Rosellon, «y todos los príncipes de Italia querían tenerle por aliado y estaban confederados con él (1).» En cuanto á Inglaterra, Eduardo IV estaba muy enojado por el matrimonio del delfín con quien estaba prometida su hija, pero murió, y sus hijos fueron asesinados por el duque de Glocester que subió al trono con el nombre de Ricardo III. Las turbulencias civiles de Inglaterra aseguraron la tranquilidad de la Francia.

En lo interior solo quedaba un príncipe á quien Luis odiaba á muerte, pero que no pudo abatir, y se lo indicó á su sucesor como el mayor enemigo contra quien debía obrar. Era el duque de Bretaña. «Allí está el peligro,» decía con frecuencia. Y tenía un fuerte ejército en sus fronteras para inspirarle temor y respeto.

Siempre enfermo Luis veía de día en día agravarse su estado, pero en nada desmerecía su actividad, y se ocupaba con ardor

(1) Comines, t. III, p. 85.

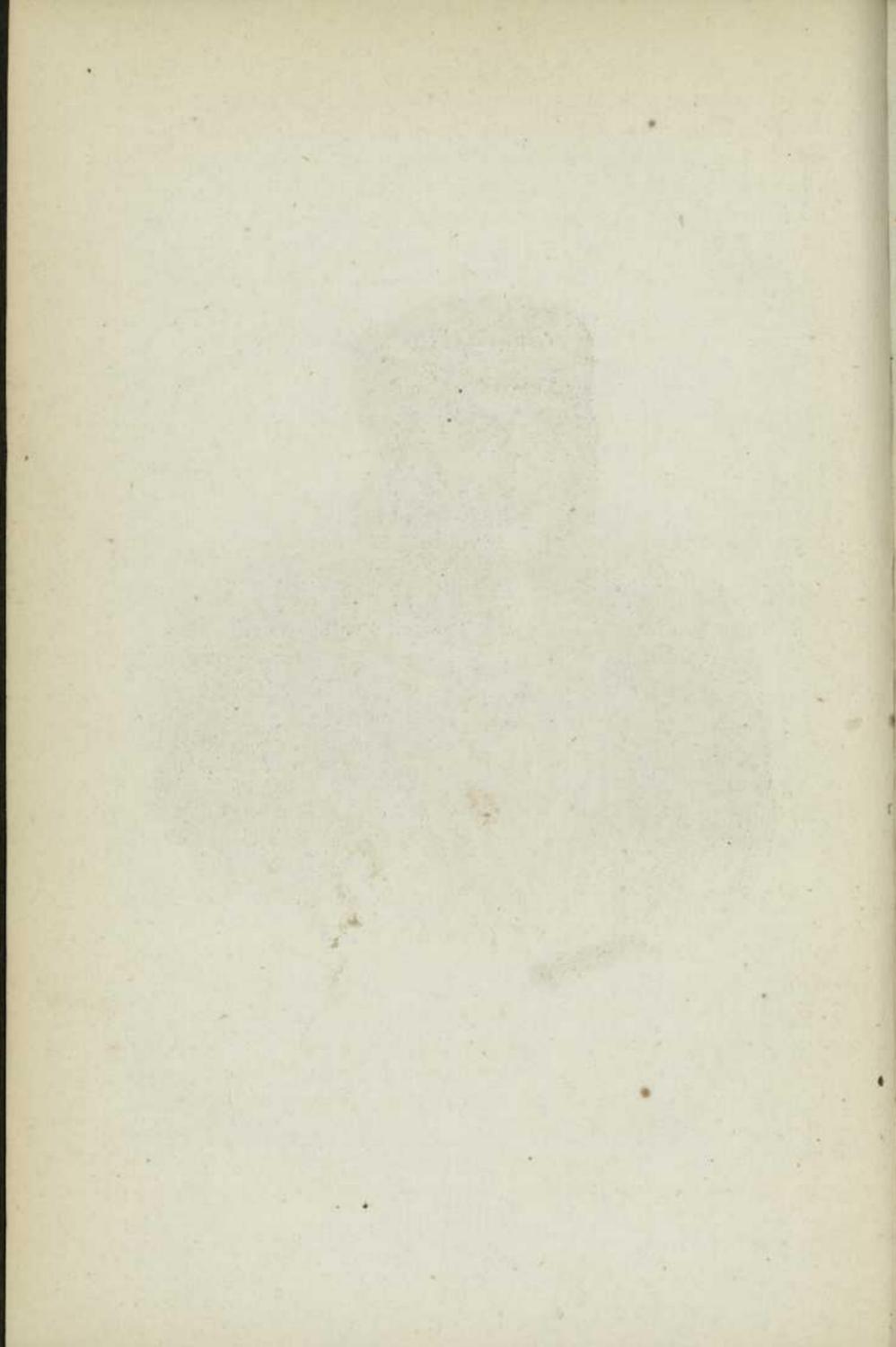
en el gobierno: cada día estaba mas encerrado, mas custodiado, mas lleno de sospechas y mas desapiadado; cambiaba sin cesar de servidores y de empleados como por un capricho febril, por necesidad de agitarse, por tormento físico ó por hacer ver que allí existia aun. Desplegaba una energía artificial en medio de los mayores sufrimientos, para hacer ostentacion de su laboriosidad y constancia; no queria que se conociese que declinaba; adornaba con ricas vestiduras su cadáver para dar ostentacion á la majestad real; deseaba ser siempre objeto de la fama; castigaba con mas severidad, para mostrar su poder, y como confesaba él mismo á Comines, por miedo de que le faltasen á la obediencia, no teniendo para mandar mas palabras que la expresion salvaje de «obedeced ó la muerte.» Continuaba siendo activa é injusta su administracion tanto en el interior como en el exterior, y veíanse multiplicar las negociaciones con España, Italia, Escocia y Suiza, las reformas del parlamento, las ordenanzas sobre los oficios, y las cartas lacónicas é imperativas. La máquina que habia creado marchaba como por instinto y por el terror general, y todo obedecia á la voz aguda de este fantasma sangriento que no podia moverse en su prision de Plessis rodeado de patíbulos, cepos, soldados y verdugos. Cuanto menos se le veia, mas terrible y poderoso parecia, nadie se le acercaba, estaban llenos los calabozos y las jaulas de hierro, y el tirano solo miraba en el mundo enemigos suyos. Quería vivir y tan pronto se prosternaba ante sus médicos, los llenaba de riquezas ó les trataba brutalmente, como se volvía hácia el cielo ofreciéndole comprar algunos dias de vida. Crédulo hasta la impiedad, se rodeaba de reliquias, de santos y de imágenes, inundaba con sus dones los altares y las iglesias; pero á pesar del temor que le inspiraba la muerte, dió pruebas de que no solo por sí la temia, porque en el momento que su médico pronunció rudamente la sentencia, la vió venir con la mas noble firmeza.

Hasta en aquel terrible momento conservó su cabeza libre y laboriosa este anciano tan mezquino y ruin que parecia un esqueleto; no pensaba mas que en asegurar su obra: habló de los negocios de estado con una lucidez perfecta hasta su último suspiro; hizo que fuera su hijo hasta su lecho de muerte, y le recomendó á sus servidores, en especial á los de mas ínfima cla-



Gomez

LLOPS



se. « Los grandes señores, dijo, serán los que mas ganarán con mi muerte; pero los pobres serán completamente despojados, desatendidos y tal vez ahorcados (1).» Confió la custodia de su hijo y el gobierno del reino á su hija Ana y al señor de Beaujeu; les instruyó de todo lo que habia hecho y de todo lo que queria hacer, y su último pensamiento lo consagró á su sueño querido, la unidad de la nacion. Sabiendo que el señor de Esquerdes habia querido tomar por sorpresa á Calais, dijo: « Hemos pensado muchas veces en arrojar á los ingleses del rincon que poseen en el reino; pero son negocios de mucha importancia y todo esto acaba conmigo. Son necesarios cinco ó seis años de una paz perfecta para aliviar los males del pueblo. Si Dios hubiera querido dejarme la vida, era seguro el orden en mi nacion, y este formaba mi pensamiento y mi único deseo.»

Así terminó la vida de aquel hombre tan notable por su talento y sus vicios, figura extraña y única en la historia francesa, personaje de una poesía sombría y terrible, genio monstruoso y lleno de contrastes, malvado y gran político, tirano justamente aborrecido mientras vivió, pero tambien el único rey verdaderamente notable de la dinastía de los Valois (30 de agosto de 1483).

CAPÍTULO IV.

Regencia de Ana de Beaujeu —Estados de 1484.—Tratado de Senlis. (1483—1493.)

§. I.—*Reaccion contra el gobierno de Luis XI.*—Carlos VIII, hijo único de Luis XI, solo tenia trece años de edad, y era mayor segun la ley; pero era imposible que reinase sin regencia un niño tan miserable, tan disforme, de tan poco entendimiento y de tan nula instruccion. Solo una persona era capaz de continuar el gobierno, su hermana Ana de Beaujeu, de veinte y dos años de edad, á quien Luis habia recomendado el cuidado de su reino, sin tener en cuenta su sexo ni las pretensiones del duque de Orleans, heredero presunto de la corona.

(1) Comines, t. II, p. 484.

Los príncipes estaban dispuestos á renovar todas sus ambiciosas contiendas: se reunieron é hicieron declarar teniente general y condestable al duque de Borbon, dejando solo á la señora de Beaujeu el cuidado de la salud y la educacion del jóven monarca. Principió pues la reaccion contra el gobierno de Luis XI; el duque de Lorena pidió el ducado de Bar, Maximiliano hizo recriminaciones sobre el tratado de Arras, y la familia de Armañac reclamó sus bienes y honores. Diéronse los puestos mas elevados al duque de Orleans y á sus amigos, licenciáronse seis mil suizos, los ministros advenedizos de Luis sufrieron persecuciones, Olivier el Gamo fué ahorcado, á Juan Doyat le cortaron las orejas, Andrés Coytier fué desterrado, y se abrieron las puertas de todas las cárceles. El reino iba á volver á caer en la anarquía, cuando el consejo, inspirado por Ana de Beaujeu, recurrió á los estados generales.

Componíanse estos estados, que fueron tan célebres é infructuosos como los de 1355, de doscientos cuarenta y seis diputados de los tres brazos, y procedentes de veinte y seis bailíos, diez y ocho senescalías y diez y seis condados. No habia aun reglamento fijo establecido para proceder á las elecciones, no se miraba la extension ni el número de habitantes, habia muchas provincias que descuidaban el hacerse representar, y generalmente las que predominaban por el número é influencia de sus diputados, eran generalmente las provincias de la antigua Francia, las del norte y las del centro.

No obstante, gracias al gobierno centralizador de Luis XI, no habia existido una representacion tan completa de Francia. Mostróse pues la asamblea llena de saber y buena voluntad, y hubiera podido evitar al reino muchas calamidades, á no haber sido convocada bajo la influencia de la reaccion contra el precedente reinado.

§. II. — *Estados de 1484.* — Inauguráronse los estados en Tours el dia 15 de enero de 1484, y para proceder mas fácilmente á la reforma de los abusos, se dividieron en seis *naciones* ó despachos, en los que se hallaban confundidos los tres brazos. Esta division era un gran defecto, porque se cruzaron contra todas las reformas los odios provinciales y las resistencias de localidad. Llenaron de confusion á la asamblea ya desde un principio las nume-

rosas proposiciones reprobando el gobierno de Luis XI; el bajo clero pedía el restablecimiento de la pragmática, el pueblo la abolición del impuesto de la sal, los príncipes la espulsión de los consejeros del rey difunto, el duque de Lorena la restitución del Barrois y la Provenza, etc. Pero la discusión vital y de importancia solo empezó al presentarse la cuestión fundamental de la regencia del reino y la custodia del rey.

«Algunos opinaban que recaía en los estados la suprema autoridad del reino, que no debían recurrir á las súplicas sino por mera fórmula, y que era forzoso decretar y mandar hasta que los estados hubiesen instuido el consejo que de ellos debía recibir el poder soberano (1).» Se propuso atribuir este poder á una asamblea compuesta de doce consejeros del difunto rey, á los que se agregasen otros doce miembros. Al ver los príncipes la tendencia enteramente democrática de la asamblea, declararon que esta no tenía ningun derecho para ocuparse de la cuestión de regencia, y que cuando el rey se hallaba imposibilitado de ejercer el poder, solo los príncipes de sangre real le reemplazaban. Felipe Pot, diputado por la nobleza de Borgoña, respondió con un discurso muy notable, donde se ven ya asomar las ideas republicanas de la reforma luterana.

«En un principio, dijo Pot, el pueblo soberano creó los reyes por su sufragio. Los príncipes fueron instituidos, no para enriquecerse á expensas del pueblo, sino para hacer rica, feliz y progresiva á la nación que representaban. Solo los aduladores atribuyen la soberanía al príncipe que solo existe por el pueblo. El interés público solo es el interés del pueblo, y él es quien se lo confía á los reyes. En cuanto á los que han poseído de otro modo el trono, solo pueden reputarse como tiranos ó usurpadores del bien ajeno. Es evidente que nuestro rey no puede gobernar el estado por sí mismo, pero no es á los príncipes á quienes este derecho pertenece, sino á nosotros... á todos. Del pueblo salió la soberanía, y al pueblo debe volver; pues yo llamo pueblo, nó al populacho ó solamente á los súbditos del reino, sino á los hombres de todas las clases, hasta los príncipes (2).»

(1) Diario de Masselin, edición de Bernier, p. 133.—(2) Masselin, p. 116.

Tal vez estos principios no eran mas que palabras declamatorias para el que las expresaba y los que las oían: hábituada la nacion á ser gobernada, era incapaz de gobernarse por sí misma; y esta discusion tan larga y tempestuosa terminó con esta declaracion. Que el rey haria por sí mismo las ordenanzas, expediria las actas y presidiria el consejo; que el duque de Orleans presidiria en su ausencia, despues de él el duque de Borbon, y en último lugar el señor de Beaujeu; y que los demás príncipes tendrian el derecho de asiento en el consejo y de voto en las deliberaciones. El consejo habia de componerse de los antiguos consejeros de Luis XI y de doce miembros mas, escogidos entre los representantes de los estados. No se hizo mencion de la señora Beaujeu, á quien solamente se dejó como mujer y hermana la custodia y la educacion del rey. Ella era no obstante, dice Brantome, «una fina é ingeniosa mujer, y en todo verdadera imágen de su padre,» la que preparó este resultado tan insignificante en apariencia, la que tuvo el cuidado de hacer presidir constantemente al rey, y la que separó del consejo á los duques de Orleans y de Borbon, dando en realidad la presidencia á su esposo, que no tenia mas voluntad que la suya. De este modo, á pesar de los príncipes, de la nacion y del mismo rey, se constituyó el gobierno de una mujer, la única digna y capaz de hacer que la Francia volviese al camino por donde la dirigiera Luis XI.

Despues de haber decidido la asamblea la cuestion de gobierno, redactó sus actas de reforma que debian discutirse en el gran consejo y reducirse á ordenanzas por el rey, pues segun las ideas de la época se creia que solo del trono podian emanar las leyes, y nó de otro poder. El clero pidió el restablecimiento de la pragmática sancion y de las libertades de la Iglesia, como habian sido definidas por los concilios de Constanza y Basilea; la nobleza pidió que se restableciesen las jurisdicciones judiciales, que se aboliera la convocacion de los feudatarios para la guerra, que los vasallos sirviesen solo bajo las banderas de sus señores, que no tuviesen la custodia de las plazas y el mando de las tropas los extranjeros, etc. El tercer brazo, despues de haber expuesto la extrema miseria del «pueblo que aunque llamado libre y franco era de peor condicion que el siervo,» por las exacciones de la corte de Roma y los saqueos de los soldados, pidió la ente-

ra supresion de las contribuciones, la disminucion del ejército, la abolicion de las pensiones, la reforma del orden judicial, la inamovilidad de los jueces, la estincion de las justicias de prebostazgos, la anulacion de las sentencias dadas por comisionados, la redaccion del código de usos mandado por Luis XI, la construccion de puentes y caminos, la disminucion de los derechos de aduanas, la prohibicion de la importacion de paños y sederías, y finalmente la convocacion de los estados generales cada dos años.

Estos informes se llevaron al consejo del rey, y nombraron los estados diez y seis comisionados para sostener la discusion. Se deliberó despues sobre la hacienda. Los estados pidieron que se pusiesen de manifiesto los documentos de ingreso y gasto de las rentas públicas, declarando que sin esta ceremonia no votarian ningun impuesto. El consejo se vió obligado á satisfacer esta peticion, y entregó recibos claramente falsos, de modo que la Normandía y el Languedoc manifestaban pagar cincuenta mil y doscientos cincuenta mil, siendo así que la primera pagaba realmente seiscientas mil libras y el segundo un millon quinientas mil. Indignése la asamblea y pidió la reduccion del ejército, de las pensiones y de las rentas de la casa real, y viendo la imposibilidad de reformar los abusos, concedió durante dos años un donativo de un millon doscientas mil libras (1).

La discusion fué muy tempestuosa, y la asamblea declaró que la votacion de los impuestos era un derecho nacional. Pero ninguna de las seis naciones estaba de acuerdo, no habian podido avenirse en el nombramiento de los doce miembros del consejo, y todas las provincias querian predominar en él por medio de sus diputados. El consejo se aprovechó de estos desórdenes para abrumar á los estados con amenazas, intrigas ó injurias, diciendole «que querian escribir las leyes de una monarquía imaginaria y abolir las antiguas (2),» y se manifestaron por fin abiertamente los odios provinciales en la reparticion de los impuestos. El dinero nos desunió, dice el historiador y orador de esta asamblea; él nos hizo casi enemigos á los unos de los otros, al luchar

(1) Cerca de seis millones de nuestra moneda, valiendo 11 libras el marco de plata. Otro tanto producian los dominios reales.—(2) Masselin, p. 148.

cada cual en provecho de su provincia y procurando evitar la menor carga de la renta pública (1).»

Perdió toda su consideracion la asamblea, que por otra parte dejaba sin apoyo la opinion popular, y los diputados se cansaron de luchar con las numerosas trabas que se oponian á sus buenas intenciones. «Despues que han obtenido nuestro consentimiento para cobrar el dinero, dijo uno de ellos, es indudable que nos desprecien y se rian de nosotros. ¿Qué caso han hecho de las peticiones de nuestras actas y de nuestras resoluciones definitivas? ¡Caiga la maldicion y execracion de Dios y de los hombres sobre los que han causado este mal (2)!»

Nombráronse entonces tres comisiones para acelerar la discusion de las actas que fueron generalmente truncadas, y los estados se disolvieron sin haber hecho otra cosa que manifestar su incapacidad política y su impotencia para detener el gobierno progresivo de Luis XI; pero demostraron tambien el desarrollo que habian tenido las ideas y el engrandecimiento de la inteligencia de la nacion, pues emitieron principios que no se convirtieron en hechos sino despues de haber pasado doce generaciones.

§. III.—*Revolucion de los señores.*—*Batalla de Saint Aubin de Cormier.*—Los príncipes se entregaban sin cuidado á una vida de placeres al verse libres y desembarazados de una asamblea agitadora por sus ideas de reforma, y despues de haber logrado de ella el oro y haberse repartido los empleos y las pensiones; olvidábanse ya de los tiempos de Luis XI, y volvian poco á poco á adquirir la independencia feudal. El duque de Orleans solo pensaba en torneos y galanterías, y el de Borbon estaba [siempre enfermo. Ana de Beaujeu se aprovechó de la indolencia de los príncipes para apoderarse silenciosamente de la autoridad. Dueña de la persona de un rey cuyos deseos eran leyes, le hizo hablar á su gusto, se dió el manejo de la hacienda, se hizo prestar juramento por los jefes del ejército, rodeó al jóven Carlos de hombres enteramente alictos, y bajo el pretexto de una conspiracion de los señores para arrebatarle su custodia, le sacó de Paris. Despertóse entonces el duque de Orleans, dirigió una protesta al

(1) Masselin, p. 438.—(2) Id. p. 614.

parlamento, á la universidad y á las ciudades, que fué oída con indiferencia, y se vió obligado á rendirse y á volver á entrar en el consejo privado de sus cargos y pensiones. Entonces solicitó el apoyo de los señores para hacer respetar las determinaciones de los estados, tomó las armas con el duque de Borbon, los condes de Angulema y de Dunois, y pidió auxilio al último sosten de la aristocracia feudal, al duque de Bretaña (1485).

Ana le persiguió, le sitió en Beaugency y le obligó á someterse; pero volvió en seguida á urdir sus intrigas con los duques de Lorena y de Saboya, el señor de Albret, y con los dos aliados exteriores de la antigua liga aristocrática, el rey de Inglaterra y Maximiliano. El alma del complot era Dunois, hijo del bastardo de Orleans. Se trataba de quitar la regencia á la señora de Beaujeu y de dar el gobierno á los príncipes.

Ana contraminó el triple apoyo de la liga feudal (1486). Los señores flamencos se hallaban en continúa discordia con Maximiliano, príncipe incapaz y pródigo, á quien querian arrebatár la tutela de su hijo Felipe, y ella hizo alianza con los descontentos y envió al señor de Esquerdes con un ejército que llegó hasta Gante. Los señores bretones se hallaban en plena rebelion contra su duque por su favorito Landois, y éste buscaba un apoyo contra ellos ofreciendo á todo el mundo la mano de la heredera de Bretaña. Los bretones hicieron alianza con Ana: obligaron al duque á entregarles su favorito y á hacer la paz con Francia. Landois murió en una horea. Ricardo III, odioso por sus crímenes, se veía amenazado por un pretendiente, que era el último descendiente de los Lancastre y estaba casado con la última heredera de los York, por Enrique Tudor conde de Richemont, que estaba refugiado en Bretaña. Ana de Beaujeu dió á este pretendiente dos mil soldados y sesenta mil francos para desembarcar en Inglaterra. Ricardo fué derrotado y muerto en Bosworth, el conde de Richemont subió al trono con el nombre de Enrique VII, y empezó la rama de los Tudor. Carlos VIII y el nuevo rey hicieron una alianza con el nombre de tregua.

De modo que, gracias á la destreza de la regenta, quedó desconcertada enteramente la liga de los príncipes, sin verse precisada á recurrir á las armas. Rindiéronse el duque de Lorena que habia recobrado el Barrois, y el conde de Angulema, á quien

hicieron casar con Luisa de Saboya, nieta de los príncipes de Borbon (1); y con el objeto de llevar á cabo la derrota de los confederados, hizo que marchase rápidamente al mediodía un ejército contra las casas de Foix y de Albret, que sublevaban la Guiena. Todos los señores tuvieron miedo, y el duque de Orleans huyó á Bretaña con el conde de Dunois (1487).

Maximiliano, que acababa de ser elegido rey de romanos, atacó la Picardía, pero el señor de Esquerdes le obligó á volver á entrar en Flandes. Tranquilizada Ana entonces sobre el estado del mediodía, cuyo gobierno dió á su marido, y sobre el del norte que protegía un hábil y experto capitán, quiso atacar á la liga feudal en sus últimas trincheras. Entró en Bretaña su ejército conducido por el rey y mandado por el señor de Tremoille. Abandonado el duque por su nobleza, buscó auxilios por todas partes ofreciendo la mano de su hija: Maximiliano le envió mil y quinientos hombres que hicieron levantar el sitio de Nantes; el señor de Albret le preparó cuatro mil gascones, y algunos señores ingleses llegaron á su campamento con dos mil hombres. A pesar de estos refuerzos sucumbieron todas las plazas ante la artillería francesa, que Luis XI había hecho la mas temida de Europa.

El ejército breton, mandado por el duque de Orleans y compuesto de diez á doce mil hombres, se presentó finalmente en batalla ante el ejército francés que sitiaba á Fougères. Trabóse el combate en Saint Aubin de Cormier, en el que fueron completamente vencidos los bretones y cayó prisionero el duque de Orleans (22 de julio de 1488).

Tremoille avanzó hasta Dinan y Saint Malo: Francisco se humilló y firmó el tratado de Sablé (21 de agosto), por el cual dejó en poder de los franceses las cuatro plazas principales de la Bretaña: se comprometió además á no admitir en su estado ningun enemigo de la Francia, y á no casar á su hija sin consentimiento del rey. Apenas firmó este tratado cuando murió el duque (9 de setiembre), dejando su herencia á Ana de trece años de edad y bajo la tutela del señor de Albret y del conde de Dunois.

§. IV.—*Casamiento de Ana de Bretaña con Carlos VIII.*—La se-

(1) De este enlace nació Francisco I.

ñora de Beaujeu, duquesa ya de Borbon, pues por muerte de su hermano heredó su esposo el Borbonés, la Auvernia, el Forez, etc., creyó llegado el momento de reunir á la corona aquella Bretaña tan independiente, que habia servido continuamente de lazo entre la Inglaterra y los enemigos interiores, y sin cuya posesion no podia esperarse el engrandecimiento de la Francia. Era forzoso acabar con aquellos príncipes orgullosos que rehusaban hasta el homenaje y la dignidad de par, y que pretendian «que desde la mas remota antigüedad los reyes, duques y príncipes de Bretaña no habian reconocido mas soberano que á Dios todopoderoso (1).» Lograda su destruccion, era ya imposible la liga feudal, y la Francia no debia esperar en adelante mas que enemigos extranjeros. Ana mandó que se renovasen las hostilidades (1489). No se hallaban de acuerdo los estados y consejeros de la duquesa de Bretaña: Rennes y Nantes, Dunois y Albret se hacian mutuamente la guerra: la provincia estaba inundada de soldados extranjeros que á porfía la devastaban, y era un foco de combates y de intrigas donde se defendia el feudalismo expirante. Reducida Ana de Bretaña á su ciudad de Rennes, temiendo á sus amigos tanto como á sus enemigos, y amenazada por todos lados por los invasores que querian casarla á la fuerza, se hallaba en el mayor apuro. Dunois intrigaba por toda Europa para salvar la independencia de la Bretaña y con ella la aristocracia feudal; y ofreció á Maximiliano la mano de la duquesa.

Luis habia dicho muy bien que allí estaba el peligro, y las potencias rivales de la Francia como el Austria, la Inglaterra y Aragon se interesaban por la salvacion de la Bretaña, persuadidas de que la posesion de este país hacia á la Francia el estado mas temible y compacto de Europa. A pesar de los favores que Enrique VII debia á Carlos VIII, se vió precisado por sus súbditos á enviar á Bretaña seis mil hombres. Fernando, rey de Aragon, reclamaba la restitucion del Rosellon, y habia emprendido con este objeto una guerra de fronteras de poca importancia, y envió tambien un pequeño ejército español. El Austria era la que debia hacer los mayores esfuerzos, y la jóven Ana conta-

(1) Sobineau, pruebas de la Historia de Bretaña, p. 1435.

ba con Maximiliano, á quien habia prometido su mano por la ambicion de llegar á ser emperatriz algun dia.

El rey de los romanos, despues de haber sido vencido por Esquerdos, tuvo que sufrir una nueva rebelion de los flamencos, se vió acometido en Brujas, cayó prisionero, recibió los mayores ultrajes, y no logró la libertad hasta que juró no tener mas pretensiones sobre el gobierno de Flandes. Pero faltó á sus juramentos, atacó á los flamencos con un ejército aleman, fué vencido, y se volvió por súplicas de su padre, á defender el Austria de los húngaros. Entretanto contemporizó con la Francia que habia tomado bajo su proteccion á los flamencos, y al mismo tiempo envió á Bretaña al conde de Nasau para casarse con la duquesa como procurador suyo (1490).

Este matrimonio fué conservado en el mas profundo secreto durante algunos meses, hasta que tomando Ana el título de reina de romanos; declaró el tratado de alianza que acababa de firmar con Maximiliano y los reyes de Inglaterra y de Aragon para el desmembramiento de la Francia. Desde entonces Ana de Beaujeu intentó apoderarse de la Bretaña; era preciso no cometer la falta de Luis XI y dejar caer en poder de Maximiliano, el esposo de las ricas herederas, otra María de Borgoña; y resolvió casar á Carlos VIII, aunque prometido á la hija de Maximiliano, con Ana de Bretaña.

Carlos empezó á gobernar por sí solo, y su hermana á medida que él se hacia hombre tenia la habilidad de ir desapareciendo. Libró de la cárcel al duque de Orleans, volvió el favor real al conde de Dunois, restituyó los bienes al duque de Nemours, alcanzó el cariño de los grandes por su ardor de conquistar, su espíritu caballeresco y su afan por los placeres. Un poderoso ejército invadió la Bretaña y se apoderó de Nantes por traicion (1491).

El conde de Dunois y el duque de Orleans solicitaban á la joven Ana para que se casara con el rey: ella se resistia por el odio que tenia á la Francia y queria refugiarse en Inglaterra; pero tambien estaba indignada del desdén olvido en que la dejaba Maximiliano, ocupado enteramente en su guerra de Hungría. El rey sitió en Rennes á la duquesa, la obligó á capitular, y firmó con ella un tratado que ponía al arbitrio de doce comisionados sus derechos respectivos sobre la Bretaña; pero cuando

las tropas auxiliares alemanas, españolas é inglesas evacuaron el país, partió secretamente á Rennes, y contrajo esponsales con la duquesa. En fin, quince dias despues (6 de diciembre), se celebró en Langrais de Turena el matrimonio que reunia la Bretaña á la Francia, completando la obra de Luis XI, y dando el golpe mortal á la aristocracia soberana.

§. V.—*Tratado de Senlis*.—La liga del interior habia muerto para siempre, y era preciso desembarazarse de la exterior. La doble afrenta que Maximiliano recibia quitándole su prometida esposa y despreciando á su hija, rompía el tratado de Arras; pero el rey de los romanos no pudo inducir á la dieta germánica á que apoyase su contienda, pues ocupaban todas sus fuerzas las guerras de Flandes y de Hungría (1492). Impelido Enrique VII por el loco y antiguo odio de los ingleses contra la Francia, desembarcó con un numeroso ejército y sitió á Boloña; pero como no hacia la guerra á gusto suyo y anhelaba la paz, solo buscó medios de desanimar á sus súbditos, y se contentó con aprovecharse de los subsidios que para la guerra le habia proporcionado el reino.

Fernando de Aragon estaba enteramente ocupado en la guerra contra los moros, cuya última ciudad acababa de arrebatarles. La liga pues era poco temible; mas Carlos VIII, como príncipe frívolo y caprichoso, queria á toda costa alcanzar una paz general para llevar á cabo los grandes y quiméricos proyectos que habia formado sobre Italia y Constantinopla, y á pesar de todos sus consejeros resolvió alcanzar su idea sacrificando una parte de las conquistas de su padre. Empezó pues por librarse de Enrique VII firmando con él una tregua ilimitada por la que pagó 750,000 escudos, devolvió á Fernando de Aragon el Rosellon y la Cerdaña, sin pedirle siquiera el dinero que habia ocasionado la ocupacion de estas provincias, é hizo con él un tratado de alianza contra la Alemania (18 de enero de 1492).

Maximiliano quedaba reducido de este modo á sus propias fuerzas, aunque á pesar de su incapacidad, las antiguas provincias borgoñonas veian en él al representante de su independencia. Los condados de Artois y de Borgoña se consideraban como pertenencia exclusiva de Margarita, y segun las expresas estipulaciones del tratado de Arras, creian que eran libres despues

del casamiento de Carlos y Ana, por cuya razon se rebelaron y arrojaron sus guarniciones. Entabláronse entonces las negociaciones que ocasionaron el tratado de Senlis, por el cual se devolvió á su padre la jóven Margarita dándole los condados de Artois y de Borgoña que habia traído por dote (23 de mayo de 1493).

La adquisicion de la Bretaña costaba cuatro de las provincias conquistadas por Luis XI; pero estaban tan lejanas y eran casi tan extranjeras, que muy bien podia dilatarse su reunion sin peligrar la nacionalidad francesa, siendo así que la adquisicion de la Bretaña aseguraba la destruccion de la aristocracia soberana, cuestion fundamental resuelta ya para en adelante, y desde la cual empieza una nueva era para la Francia.

SECCION IV.

Guerras de los franceses en Italia (1494—1559.)

CAPÍTULO I.

Conquista de Nápoles por Carlos VIII. (1494—1498.)

§. I.—*Progreso del siglo décimosesto.*—Desde el siglo XII, solo habia habido en Francia guerras feudales, si se exceptuan las cruzadas, pues eran las únicas que podia tener la Europa segun quedaba constituida en el tratado de Verdun. Pero al expirar el siglo décimoquinto ya no eran posibles las guerras de vasallo á vasallo, ó de vasallo á señor natural, porque habia dejado de existir la aristocracia soberana, y porque la Francia era un estado, si no del todo homogéneo, al menos el mas compacto de Europa, que tenia unidad de accion y de gobierno, y era de todos los demás por esta causa respetado y temido. Empezaba pues para ella una nueva existencia, en la que iba bien pronto á arrastrar á las demás naciones, debian engendrarse para ella guerras de género nuevo, guerras de estado á estado y de engrandecimiento exterior, que cambiarian la constitucion feudal de la Europa creada por el tratado de Verdun (842), y que harian

que sucediera al antiguo sistema político de equilibrio entre todos los estados el nuevo sistema establecido definitivamente en el tratado de Westfalia (1688).

Las expediciones de los franceses á Italia inauguran este gran movimiento político, y empieza al mismo tiempo en toda la Europa una era de trastorno universal. Por todas partes se ve la tendencia á la centralizacion y á la unidad, desaparecen las antiguas formas políticas, empieza la época de las monarquías, y Enrique VII, Fernando de Aragon, y Maximiliano tratan de imitar en sus estados lo que ejecutara Luis XI en Francia, atacando las libertades feudales, estableciendo ejércitos permanentes, y dando mas fuerza al poder central. A pesar de nacionalizarse mas estrechamente todas las naciones, tienen entre sí relaciones mas regulares y frecuentes: todas caminan hácia el progreso casi á un mismo paso; y todas confunden su existencia y su historia. Se apodera un nuevo ardor de todas las inteligencias, de todos los corazones y de todos los brazos; y va á inaugurarse el siglo décimosexto; esa época magnífica de progreso en todos sentidos, en la que todas las ideas y las cosas tienen un carácter de inspiracion y de mudanza; esa época de meditacion y de accion, de grandes luchas y de grandes pensamientos, de revoluciones prodigiosas y de personajes gigantescos; época en fin que solo puede compararse á la del establecimiento del cristianismo, ó á la de la revolucion francesa. Nunca habia trabajado tanto el entendimiento humano; cambió el sistema político de la Europa, descubrió un nuevo mundo, resucitó á la antigüedad, creó el arte moderno, dió al hombre un sexto sentido con la imprenta, y en fin dominó la tierra, la ciencia y el pensamiento!

§. II.—*Historia de los reinos de España.—Descubrimiento de América.—Poder de la Peninsula hispana.*—Arrojada la España por las conquistas de los árabes fuera del camino que siguieran las demás naciones europeas, no se vió obligada á entrar en la familia cristiana al sacudir el yugo de los infieles, y peleó contra ellos durante siete siglos con tanta lentitud, que parecia complacerse en esta guerra interior, que daba lugar á tantos brillantes hechos de armas y aventuras tan gloriosas. Si se exceptuan las contiendas de los reyes de Aragon con los grandes vasallos del mediodía, la alianza de los reyes de Castilla con los

Valois, la ascension al trono de Navarra de las dos familias francesas de Champaña y de Evreux, fueron casi nulas las relaciones de España con la Francia, y por consecuencia con el resto de Europa. Pero en el siglo décimoquinto solo poseían los moros el reino de Granada, y los numerosos reinos cristianos se habian ido fundiendo sucesivamente los unos en los otros, hallándose reducidos á cuatro: Navarra, Aragon, Castilla y Portugal. Tres de estos reinos iban á hacer con su reunion, de la península hispana una de las mayores potencias de Europa.

Extinguióse en 1425 con Carlos III en el trono de Navarra la casa de Evreux, y este rey solo dejó una hija casada con don Juan, hijo segundo del rey de Aragon, la cual murió en 1444 dejando un hijo llamado Carlos y dos hijas. En vez de ceder don Juan á Carlos el trono de Navarra siguiendo el derecho feudal, lo guardó para sí, contrajo segundas nupcias, y tuvo un hijo que debía hacerse célebre con el nombre de Fernando el Católico. Los navarros y aún los catalanes se sublevaron en favor de Carlos. Don Juan hizo prender á su hijo, pues tanto él como su primogénita, casada con Enrique IV rey de Castilla, le inspiraban un odio mortal; y solo amaba á Leonor su segunda hija casada con el conde de Foix. Era hermano mayor de este don Juan Alfonso V el Magnánimo, rey de Aragon, de Nápoles y Sicilia, que murió sin hijos legítimos, dejando su reino de Nápoles á su hijo bastardo Fernando y á su hermano Juan los de Aragon y Sicilia (1458). Este último, cuando se vió rey de Aragon, de Navarra y de Sicilia, hizo morir en la cárcel al hijo y á la hija que aborrecía, dejó su reino de Navarra á Leonor su segunda hija, y los de Aragon y Sicilia al hijo de su segundo matrimonio Fernando el Católico (1479). Este era el Fernando que un dia habia de reunir bajo su dominacion todos los reinos de España á excepcion de Portugal. Al principio su corona de Aragon comprendia además de este reino á Cataluña, Valencia, Murcia y las Baleares, y fuera de la Península el Rosellon, Sicilia y Cerdeña. Despues se casó con Isabel reina de Castilla.

La corona de Castilla comprendia las dos Castillas, Leon, Estremadura, Galicia, Asturias y Vizcaya. Era su rey en 1454 Enrique IV sucesor de Enrique de Trastamara, que se habia ca-

sado con la primogénita de Juan el rey de Navarra, y de la cual tenía una hija; pero sus súbditos se negaron á reconocerla por heredera suya, diciendo que era fruto de los amores adúlteros de su mujer, y proclamaron á Isabel, hermana del rey, que le sucedió en 1474 despues de largas guerras civiles, y que se casó con Fernando el Católico en 1469.

Leonor, cóndesa de Foix, dejó por heredero en Navarra á su nieto Felipe Febo; y este á su hermana Catalina que se casó en 1484 con Juan señor de Albret. Veremos despues en 1512 como llegó Fernando el Católico á desposeer á Catalina y á Juan haciendo pasar á sus sucesores el trono de Navarra. Fernando é Isabel unidos arrebataron á los moros el reino de Granada en 1492; y libre la España del yugo musulman, emprendió un nuevo camino, en el que habia hecho grandes progresos Portugal.

La única via del comercio de la Europa con el Asia y el África habia sido el Mediterráneo en la antigüedad y durante la edad media, y se creia que el Océano Atlántico era ilimitado é imposible de navegar. Las guerras de los portugueses con los moros de África inspiraron el deseo de explorar esta península, cuyas costas occidentales se decia que eran inhabitables. Seducido el príncipe Enrique de Portugal por los relatos maravillosos de Marco Polo (1) envió dos naves que se atrevieron á doblar el cabo Non en 1412. Formó entonces el proyecto de buscar una comunicacion ó camino para las Indias rodeando todo el África; y apoyado por el papa Martin V, que le dió todas las tierras que descubriera con indulgencia plenaria para los que murieran en el viaje, excitó el entusiasmo de los portugueses, que doblaron en 1433 el cabo Bojador, el cabo Blanco en 1440, y el ecuador en 1472. Advirtieron entonces que el continente se angostaba por el este, continuaron sus viajes, y en 1486 descubrieron el cabo de Buena Esperanza, que no se atrevieron á doblar.

Mientras esto acontecia, un genovés llamado Cristóbal Colon, que tenia una imaginacion mística, exaltada y ávida de maravillas, buscaba otro camino en sus meditaciones. Hacia mu-

(1) Noble veneciano que recorrió la mayor parte del Asia durante veinte años y visitó la China en 1271. La relacion de sus viajes era el manantial de todos los conocimientos geográficos sobre el Asia.

chos años que estaba establecido en Lisboa, desde donde hizo muchos viajes á las Canarias y á las Azores, se hallaba en relaciones con los navegantes portugueses, y concibió la idea de buscar por el ocaso lo que los demás creían hallar por el mediodía. Ligeras conjeturas y crasos errores eran los cimientos en que apoyaba su teoría, pues fundado en la opinion de los escritores antiguos sobre las dimensiones del Asia oriental, creía hallar el reino de Cipango tan ensalzado por Marco Polo, situado en esta parte del mundo y á menos de un millar de leguas de las costas occidentales de Europa. No obstante tenia una fe completa en su audaz idea, é impregnado del entusiasmo religioso de la edad media, consideraba su descubrimiento de las Indias y las riquezas que debía proporcionar, únicamente como el preliminar de otra empresa mas grande aun, la de la conquista de la Tierra Santa.

Despreciáronle los genoveses cuando les presentó su plan; le declaró loco y extravagante la corte de Portugal, á la que se lo ofreció en seguida, y partió entonces á España, propuso su proyecto á Fernando é Isabel, y sufrió durante dos años, ya que nó una negativa ultrajante, morosidades y desdenes. Todo el mundo le creía loco, pero él no cesaba, á pesar de su miseria profunda y á pesar de la irrisión pública, de mendigar á Isabel una sola nave en cambio de los cien reinos que queria regalar á la corona de Castilla. Por fin se cansó y se puso en camino hácia Inglaterra.

Isabel entonces, cediendo á las instancias del monje Perez, único amigo de Colon, envió un mensajero que detuvo al genovés; y regresando, hizo con la reina su tratado. Diéronsele tres grandes carabelas ó chalupas, y el 3 de agosto de 1492 partió de Paños, rebosando alegría y confianza. Era ya suyo el mar, y solo tenia que vencerlo.

Después de dos meses de navegacion sobre aquel Océano desconocido, sin límites, que terminaba tal vez en espantosos abismos, se llenó de terror la imaginacion de los marineros, y se sublevaron. Colon pudo apaciguarlos jurando volver atrás si no descubria la tierra después de tres dias. Durante este corto plazo lleno de ansiedad el grande hombre, fijas sus miradas en el Océano, creyó ver en la inmensidad la tierra que su genio

adivinara. Pero bien pronto aparecen algunas aves, yerbas, y en la noche del 11 de octubre una luz... la tierra tan anhelada! Por fin se hallaba descubierta la América!

¿Qué corazón de hombre habrá jamás latido tan dulcemente de alegría? Colon acababa como el Criador de hacer salir un mundo de la nada. Desembarcó en la isla de Guanahani, una de las Lucayas, plantó allí una cruz y tomó posesion en nombre de Isabel. Segun sus creencias, era aquella una de las islas del Japon.

Al año siguiente exploró todas las Antillas: su imaginacion delirante exaltándose siempre á la vista de las maravillas de la naturaleza del nuevo mundo, ya no creyó nada imposible: pensaba volver á hallar sin tardanza el Eden; se consideraba en el camino del paraíso terrestre, y decia que Dios le habia dado las llaves del Océano. Pero el mundo real que acababa de descubrir no era nada en comparacion del mundo ideal que habia soñado este genio extraño, lleno de sencillez, de poesía y de grandeza. Finalmente después de seis años de viajes llegó al continente á las bocas del Orinoco, pero no supo jamás que las Indias occidentales que creia haber descubierto eran un mundo entero que se interponia entre la Europa occidental y el Asia oriental, y que estas dos partes del globo, que suponía poco distantes, estaban separadas por todo un hemisferio.

Mientras tenian lugar tan gloriosos descubrimientos rivalizaban en esfuerzos los portugueses. Vasco de Gama dobló el cabo de Buena Esperanza en 1497, entró en el mar de las Indias, volvió á encontrar en la costa oriental de África el mahometismo y la lengua árabe, se lanzó en el mar de Oman, y llegó á Calicut. Trasportado de alegría el rey Manuel de Portugal tomó el título de señor de la navegacion, de la conquista y del comercio de Etiopía, de Arabia, de Persia y de las Indias. Gama fué recibido triunfalmente en Lisboa.

No tuvo igual acogida Colon en España; pues mirado al principio por el pueblo como un hombre extraordinario y lleno de aplausos, fué bien pronto perseguido por los cortesanos y los envidiosos de su gloria, y murió sin haber siquiera logrado el honor de dar su nombre al nuevo mundo.

Estos descubrimientos fueron golpes eléctricos para el género

humano: ardió en todos los espíritus una curiosidad, turbulencia y ambición de saber que les empujaba á los mas atrevidos viajes; y las aventuras de ultramar iban á ser las cruzadas de aquella época maravillosa. ¡Había llevado á cabo tan grandes cosas la audacia humana! ¡Qué inmenso campo se abrió á la imaginacion! ¡Cuántos mares desconocidos, ignoradas tierras en aquella naturaleza vírgen! ¡Qué inmenso manantial de riquezas en bruto había allí para hacer la fortuna de los comerciantes de Europa! La imaginacion se apoderó de todas estas maravillas, las cambió, trasformó, engrandeció y embelleció: veía allí en sus sueños oro, diamantes, frutos, y un suelo feraz; y todos se arrojaron al mar como sobre una presa, formando en el nuevo mundo pequeños estados que se convirtieron en grandes potencias. Bajó el precio de los metales, alzóse el de las mercancías, cambió de manos la propiedad territorial, empezó el poder de los capitalistas, y se renovó la sociedad, tanto en las relaciones morales y políticas, como en las rentísticas é industriales.

Guiados los portugueses por el gran Albuquerque, establecieron puntos comerciales en las costas de Sofala y de Mozambique, se apoderaron de Socotora, que domina el golfo Arábigo, y de Ormuz, que domina el golfo de Persia, fundaron á Goa, tomaron á Malaca, y conquistaron las islas Molucas. Venecia y Alejandría se vieron amenazadas de inminente ruina, y temblaron los árabes, el emperador de Marruecos, el sultan de Egipto y la India. Todos los reyes solicitaron la alianza de los portugueses, y esta pequeña nacion se vió entonces en el apogeo de su engrandecimiento.

Un puñado de aventureros españoles conquistó en la misma época Méjico y el Perú, únicos países donde la raza americana salió del estado salvaje, y donde desapareció su primitiva y grosera civilizacion. Se hizo morir la mitad de la poblacion en las minas para agotar el oro, pero se fundó un imperio maravilloso, obra admirable de sabiduría y de paciencia, que á pesar de la barbarie en que han caido sus restos, conserva profundas raices morales de civilizacion. El clero voló á auxiliar estas conquistas, y la mano pontificia trazó la línea de particion de las tierras descubiertas por los españoles y portugueses. La Península

hispana adquirió pues una masa de riquezas ficticias que le hicieron descuidar las reales, como la agricultura y la industria: agotaron su vida las colonias: vertíanse sus fuerzas por sus puertos; pero antes que se pudieran ver los piés de barro que sostenían este coloso de oro y de plata, con el producto de las minas del Potosí, llegó á hacer temblar la mayor parte de los estados cristianos y á dominar á la Europa por espacio de un siglo. El primer país donde los españoles iban á extender su poder era la Italia, que solo había temido hasta entonces á la Alemania, y sobre la cual habían lanzado sus miradas los franceses.

§. III. — *Situacion moral y política de Italia.*—La Italia llegó en el último siglo al mas alto grado de prosperidad material y de civilizacion intelectual que pudo conseguir la edad media, y era para la Europa una casa de banco, un establecimiento de lujo, y una escuela de política, de filosofía y erudicion. No existía allí la servidumbre territorial, la clase media era la soberana, la nobleza estaba por decirlo así proscrita y obligada á solicitar con ardor los derechos populares; el oficio de las armas había perdido toda consideracion, y los honores, concedidos á las profesiones pacíficas, hicieron venal la profesion militar. Francia no conocía este país y creía que era una tierra de riqueza y placeres, donde era fácil la guerra y abundante el botín; pero no había visto el fondo de este mundo extraño al fijar sus miradas en los palacios de mármol de Milan, en las ricas manufacturas de Florencia y en los navíos de Venecia, y no había penetrado en la vida interior de unas repúblicas cuya gloria de tres siglos iba á quedar desvanecida, cuya independencia estaba por todas partes amenazada, y que tenían una civilizacion lujuriosa, altiva y corrompida (1). La religion de San Pablo, tan degenerada ya en Francia, era en Italia material, pomposa, artista, magnífica en usos y ceremonias. Parecía que el arte era un dios en este país, pues en él se cifraba la ley, el amor y la religion: dábase al talento el nombre de *virtud*.

(1) Los dos millones de hombres libres que tenía la Italia en el siglo XIII, habían bajado al expirar el XIV á 47,000 á consecuencia de sus guerras civiles y de las mútuas proscriciones de todos los partidos.

¡Excelente corte por cierto entonces la de Roma! ¡Qué papas Sixto IV, Inocencio VII y Alejandro VI, ¡qué sacerdotes aquellos cardenales sábios y afeminados que se entregaban á las delicias de una civilizacion llena de molicie, ociosa y elegante, y al placer de las letras y de los goces materiales! La corrupcion habia invadido poco á poco las clases mas elevadas y descendido hasta el populacho, sin respetar el santuario, el campo y el hogar doméstico; y no existia el valor, que es la virtud que mas últimamente abandona á las naciones. No se hallaba un soldado, pero habia cien asesinos; las batallas eran vanos simulacros en los que no sucumbia ninguno, pero en las calles y en las casas se prodigaban los venenos y los puñales. No habia ideas grandes y generales, ni un corazon que respirase impelido por el interés comun, ni una cabeza que abrigara el pensamiento de hacer de la Italia una nacion como Francia, Inglaterra ó España. Los papas no tendian á dominar la península con el predominio de la Santa Sede, sino á adquirir pequeñas soberanías para sus parientes, y las repúblicas solo pedian la preeminencia de sus ciudades, los señores la independencia de sus castillos, y los *condottieri* la abundancia de botin. El país gastaba su energía en pequeñas guerras civiles, en mezquinas contiendas, en cobardes intrigas y en viles perfidias, y no tenia lazo social, ni ciudadanos, poder público ni patria. ¿Qué harán todos esos pequeños estados enemigos y divergentes, cuando la Italia vea amenazada su existencia, su reposo y sus riquezas contra un gigante tan fuerte y tan bien unido como la Francia? ¿Qué será de esa sociedad de mil constituciones anárquicas, de ese compuesto de cien repúblicas, al luchar contra la Francia, país compacto donde todo está por gerarquías clasificado; monarquía feudal, donde desde el rey hasta el mas humilde siervo, todos cifran en la guerra su honor y pretenden elevarse por medio de sus glorias? Las bajas conspiraciones con que la Italia está acostumbrada á aclarar su historia, serán capaces de burlar la política invasora de los reyes de Francia y Aragon? ¿Cómo se podrá hallar un patriota entre todos sus tiranos rodeados de asesinos y cortesanas, de sacerdotes y artistas asalariados? ¿De qué servirán los sonetos contra la furia francesa y la ferocidad española, los palacios de mármol contra las culebrinas, y los vestidos de

seda y oro contra las lanzas de los ginetes cubiertos de hierro? ¿Habr  tal vez entre todos esos investigadores del griego y del latín un poeta que haga sonar la trompa guerrera contra los extranjeros? ¿Dónde está el Dante? Se hallar  un hombre que se sacrifique por su patria entre esos prelados saciados de vino, oro y mujeres, y cercados de bufones, cómicos y cocineros? ¿Dónde está Hildebrando? La Italia, corrompida por una civilización precoz y bastarda, va á ser conquistada, saqueada, trastornada por todos los habitantes de Europa, para que se esparzan por todas partes los gérmenes de su civilización; y la Francia será la primera en dar principio   la empresa.

Cinco potencias principales se repartian la Italia, y eran Milán, Venecia, Florencia, el estado pontificio y el reino de N pols.

Posey  el ducado de Milán, creado por los Visconti en 1295, Francisco Sforza, que estaba casado con una hija bastarda del último Visconti, y que redujo   la nada las pretensiones de los duques de Orleans (1447). Su nieto Juan Galeas era entonces duque de Milán y estaba bajo la tutela de su t o Ludovico apellidado el Moro ó el Moral (1).

La república de Venecia, aunque debilitada en el exterior con las conquistas de los turcos y los descubrimientos de los portugueses, y señora aun de todo el país comprendido entre el Adda y el Isonzo, era siempre la reina de Italia por su política sagaz y constante, la escala de los mercados de Oriente, el campeón de la cristiandad contra los turcos, y la defensora de Italia contra los emperadores.

La república de Florencia, aliada siempre de la Francia,   quien tres siglos hacia surtia de contadores y banqueros, ilustre siempre por su industria y su amor   las artes, se habia convertido bajo el gobierno de los Médicis en una verdadera monarquía. Esta familia comerciante, salida de la oscuridad en el siglo d cimoquarto, ejerció la suprema autoridad en Florencia en la persona de Cosme I, llamado Padre de la patria (1434), y la heredó su nieto Lorenzo, conocido con el dictado de Padre de las letras (1464). Sucedi le   este, Pedro, jóven lleno de vanidad,

(1) *El Moro*,   causa del moral que tenia por divisa.

arrogancia y excesos, que pretendia la soberanía directa de su patria (1492).

El pontificado no recobró el brillo de santidad que hizo extinguir el gran cisma; continuaba aprovechándose del siglo, tomando la forma de una institucion política, y sirviéndose de los inmensos recursos que le daba su poder espiritual para engrandecer su soberanía temporal. Los antiguos vicarios y feudatarios de la Iglesia se apoderaron durante el destierro de los papas en Aviñon de las ciudades de la Romanía, trasformándolas en pequeñas soberanías hereditarias y haciendo continuamente una guerra cruel á la Sede pontificia; y rivalizaban entre ellos en crueldades, excesos y perfidias, teniendo al país en una completa anarquía. Los papas resolvieron arrancar del yugo de estos tiranos el patrimonio de S. Pedro, mas nó con intento de fundar un estado poderoso que equilibrase la balanza de Italia, sino para crear, á ejemplo de los Médicis y los Sforza, soberanías que pudieran legar á sus sobrinos, porque en aque-

lla época tempestuosa no se comprendia la soberanía sino adherida á una familia que la defendiese á precio de sangre, y que la consolidase y le diese el derecho hereditario. Este es el origen de los dones, riquezas y dominios prodigados por los pontífices á sus familias, y del *nepotismo* que desde Sixto IV se convirtió en un uso, que pasó, por decirlo así, al estado de institucion legal, y que dominó constantemente por espacio de un siglo en la historia del pontificado (1). De este modo el pontificado se fué haciendo cada vez mas pequeño hasta en sus planes de política terrenal mas dignos de alabanza; el libre albedrío de los monarcas agotó sus últimas fuerzas en los intereses domésticos y en las desavenencias de familia; los padres del mundo cristiano no abrigaron otra ambición que la de hacer la fortuna de sus parientes, y se limitaron á ser los oscuros fundadores de alguna oscura dinastía. Manifestóse mas ostensivamente esta nueva política bajo el pontificado de Alejandro VI (Rodrigo Borgia), persona cuyos vicios competian con su talento, que subió al solio en 1492 comprando abiertamente los votos

(1) El nepotismo estaba aprobado, aunque tácitamente, en Italia. Un orador del concilio de Basilea llegó á decir que era necesario para poder mejor humillar á los tiranos de la Romanía (Véase Schretch, Historia de la Iglesia, t. XXXII. p. 90.)

de los cardenales, y que resolvió reconquistar la Romanía para crear estados que heredase su familia.

Gobernaba el reino de Nápoles Fernando, hijo natural de Alfonso el Magnánimo, pero la casa de Anjou no había renunciado á los derechos que pretendía tener sobre estos estados, y que el conde del Maine, heredero del rey René, había legado á Luis XI que no quiso hacerlos valer. Acostumbrado el pueblo napolitano hacia tres siglos á mudar continuamente de señores, era el mas inconstante y móvil de toda Italia; siempre deseaba los reyes que no eran suyos, y acogia con entusiasmo el advenimiento de cualquiera dinastía nueva, pues era una ocasion de fiestas, danzas y placeres. Tambien los señores participaban de aquel espíritu de movilidad del pueblo, y la mayor parte echaba de menos con dolor á la casa de Anjou tan cariñosa, galante y pródiga, y tan amiga de las artes y deleites. Algunos de ellos, víctimas de la persecucion de Fernando, emigraron á Francia, y estimularon á Carlos VIII á que hiciese valer los derechos sobre el reino de Nápoles que su padre le había transmitido.

§. IV.—*Carlos VIII se prepara para conquistar el reino de Nápoles.*—Llena la imaginacion del jóven rey de las ideas romancescas de que se había empapado con los libros de caballería, se creia destinado á ser un Alejandro ó un Carlomagno: su espíritu débil y enfermizo, encerrado en un cuerpo ruin y contrahecho, soñaba en la expulsion de los turcos de Europa y en la conquista de Constantinopla; y como Nápoles era el punto de partida y de apoyo para desembarcar en Grecia, acogió con ardoroso entusiasmo las proposiciones de los emigrados napolitanos.

«Es una deshonra, decia, que un bastardo de Aragon haya quitado la corona de Nápoles á la casa de Francia;» y daban pábulo á sus ideas grandiosas sus frívolos consejeros Estéban de Vesc, su ayuda de cámara, y Brissonnet el receptor general de hacienda. La prudencia de los antiguos ministros de Luis XI solo rechazó débilmente un proyecto tan poco razonable, una guerra tan inmotivada y una expedicion engendrada por el capricho y la manía caballeresca del jóven príncipe. La actividad de la nobleza, que hasta entonces solo había podido saciarse en las guerras feudales, tenia necesidad de explayarse en lo exterior, y además la Francia gozaba de una paz completa, y no te-

nia por qué temer de sus vecinos. Se predicó pues una cruzada.

Carlos escribió á los obispos pidiéndoles subsidios , y diciéndoles que su intencion no se dirigia tan solo á recobrar el reino de Nápoles que le pertenecia , sino tambien á libertar la Tierra Santa.

Ludovico el moro tenia preso á su sobrino con intencion de apoderarse de sus estados , y tenia envidia de Venecia , de Florencia , del papa y sobre todo de Fernando de Nápoles , con cuya hija estaba Galeas casado. Temiendo ser despojado por la liga que se formaba contra él , buscó un apoyo exterior , indujo á Carlos VIII á que hiciese valer sus derechos sobre Nápoles , y prometió la armada genovesa , quinientas lanzas y 200,000 ducados si le dejaban llevar á cabo su injusta usurpacion. En vano propuso Fernando que reconoceria la soberanía feudal del rey de Francia , que le pagaría un tributo y le daría paso para la cruzada de Constantinopla , en vano tambien Pedro de Médicis hizo alianza con el rey de Nápoles , y el papa , halagado por la casa de Aragón , amenazó con su ira á la Francia , pues la guerra estaba ya resuelta. Los franceses tenian libre entrada en Italia por Saluces , feudo del Delfinado , por Asti , posesion del duque de Orleans , y sobre todo por Génova , que desde el año 1464 rendia vasallaje al duque de Milan , bajo la proteccion de Francia. De modo que la conquista de Nápoles prometia ser un paseo al considerar la alianza prometida por Ludovico , que los venecianos se comprometian á ser neutrales , que se esperaba adquirir muy fácilmente la amistad de Florencia , y que el papa no tenia la fuerza espiritual que en siglos anteriores podia mantener la paz entre los soberanos.

Carlos VIII envió una embajada á todos estos estados preparándolos para la invasion proyectada ; y el anuncio de una guerra que iba á trocar los destinos de Italia , á arrebatarle su independencia y á hacer cesar su prosperidad , excitó mas curiosidad que terror. Parecia que un loco deseo de exponerse á los trances de la suerte se habia apoderado de este país confiado en sus dichas y aletargado en sus deleites y opulencia ; y «por todas partes, dice Comines , empezaban los pueblos de Italia á tomar cariño á los franceses , deseando novedades y queriendo ver sucesos que hacia tanto tiempo no habian visto (1494).»

Carlos dejó encargado el gobierno del reino al duque y á la duquesa de Borbon, dió el mando de las provincias á señores poco poderosos, y arrastró consigo á los de mayor influencia (agosto). La nobleza acudió en tropel bajo las banderas del rey, que tanto simpatizaba con ella por su ligereza, su valor y su pasión por las fiestas y la gloria, y como no existía mas guerra que la del monarca, el servir á su lado era en adelante el único camino de fortuna para los caballeros. Por esta razón manifestaron tanta sumisión á Carlos VIII, siendo así que tan turbulentos habian sido con Luis XI.

La cita era en Lyon.

El rey llegó de los primeros, y se preparó para su expedición caballescaca con festejos y torneos en los que desapareció el tesoro, «porque no se habia proveido ni de consejos, dinero ni de nada de lo que era necesario para esta empresa, y los que le dirigian no tenian talento, experiencia ni instruccion (1).» Empezaba entonces el otoño, pero á nadie dió inquietud esta circunstancia, «de modo que era preciso, dice Comines, que Dios fuera el director de la expedición tanto á la ida como á la vuelta (2).» Empeñáronse las haciendas, se hicieron empréstitos al 56 por 100, se pidieron las alhajas á las princesas de Saboya y fueron empeñadas por 24,000 ducados. Tan pronto querian ir por tierra como resolvian embarcarse, y todos los días habia órdenes y contraórdenes de partida. Súpose finalmente que los aragoneses habian tomado la ofensiva en el mar contra Génova, y en la Romanía contra el Milanesado. Partió entonces en seguida hácia Génova el duque de Orleans con cuatro mil suizos, y Aubigny (3) hácia Milan con tres mil infantes y ochocientas lanzas. Siendo demasiado considerable los bagajes y la artillería para que pudieran ser trasportados al través de los Alpes y los Apeninos, bajaron por el cauce del Ródano, y se embarcaron para ir á reunirse con el ejército en el golfo de la Spezia.

§. V. Paso de los franceses por el Milanesado y la Toscana.—*Distribucion del ejército.—Entrada en Florencia.*—Murió Fernando de Nápoles mientras tenian lugar estos acontecimientos, y le sucedió Alfonso II que renovó su alianza con Pedro de Médicis, con

(1) Comines, lib. VII. cap. 5.—(2) Id. t. III, p. 429.—(3) Era nieto del Estuardo que se estableció en Francia reinando Carlos VII.

Alejandro VI y los señores de la Romanía. Su hermano Federico tomó el mando de la armada napolitana que tomó el rumbo de Génova, su hijo Fernando llegó hasta la Romanía con un ejército de cuatro á cinco mil hombres, y se reunió con los señores de este país. La armada napolitana desembarcó algunas tropas en Rapallo, los suizos del duque de Orleans cayeron sobre ellas y las desbandaron, de tal modo que se aterró la Italia, acostumbrada hasta entonces á mirar la guerra como un juego poco sangriento. «Estas pobres gentes no habian visto nunca nada que se pareciera á un combate tan terrible, dice Comines»

El ejército de Fernando no se atrevió á atacar el Milanésado, y luego que vió á los suizos de Aubigny, emprendió la retirada.

Carlos entonces se puso en marcha con todo su ejército, pasó los Alpes por el monte Genebre (setiembre), llegó á Turin, donde fué recibido con grandes festejos, y atravesó el Milanésado. Los franceses comenzaron á desconfiar de las costumbres é intrigas italianas luego que llegaron á Pavía (14 de octubre): vieron morir al jóven Galeas, victima de un veneno que le habia dado su tio: supieron que el pérfido Federico habia aconsejado á los florentinos que se defendiesen; y decian todos que era forzoso dar el ducado de Milan á los Visconti, de los que era heredero el duque de Orleans. Ludovico llegó á desvanecer todos estos motivos de encono con sagacidad y política, y Carlos no se atrevió á manifestar la compasion que le inspiraba Galeas; pero luego que el ejército pudo continuar su camino, se supo que habia muerto el jóven duque, y que su tio en detrimento de sus sobrinos segundos, se habia hecho elegir duque de Milan.

El ejército pasó el Apenino por el collado de Pontremoli, y entró en Toscana (28 de octubre). Fueron asolados los primeros caseríos, y llegó á las murallas de la fortaleza de Sarzana que cerraba el camino. Los florentinos se arrepintieron de intentar la guerra contra la Francia, «de la que en todas épocas han sido verdaderos servidores y fieles partidarios (1).»

Un monje lleno de elocuencia llamado Savonarola, que predicaba la reforma de la Iglesia y la restauracion del gobierno de-

(1) Comines, tomo III, p. 211.

mocrático, era entonces el ídolo del pueblo por sus ideas revolucionarias: decía «que el rey de Francia era el látigo de Dios enviado para castigar á los tiranos de Italia, y que la Iglesia sería reformada por la espada (1);» y animó con sus predicaciones subversivas á los florentinos contra los Médicis. Pedro no había tomado ninguna medida de defensa contra el ejército que descendía de los Apeninos, perdió la cabeza con los clamores de sus conciudadanos, se precipitó solo en el campamento de los franceses, que se hallaban embarazados con el sitio de Sarzana, y firmó con ellos á la desesperada un tratado por el que les entregó á Sarzana, Pisa, Liorna, todas las plazas de la república, 200,000 ducados, etc. Los consejeros del rey estaban absortos. Alzóse un grito de indignación en Florencia al ver tan extrema cobardía, y al regreso de Pedro se sublevó el pueblo en masa contra él, huyó á Venecia donde le custodió el senado. Los Médicis fueron proscritos de Florencia, y se puso á precio la cabeza de Pedro.

Carlos replegó en el desembocadero del Magra á los suizos que habían peleado en Rapallo, los bagajes y la artillería que habían desembarcado en la Spezia, y vióse entonces al frente de un ejército formidable, el cual contaba mil ochocientas lanzas, formada cada una de cinco hombres y once caballos, seis mil arqueros bretones, seis mil ballesteros ó arcabuceros gascones, y ocho mil suizos formados por batallones cuadrados de ocho hombres ó filas, de las cuales la primera estaba armada de arcabuces, la segunda de alabardas y las demás de largas picas. La artillería se componía de treinta y seis cañones de bronce, de los que algunos tenían diez piés de longitud y pesaban seis mil libras, de cien cañones de hierro mas ligeros y de doscientos portátiles ó mosquetes. Las piezas gruesas estaban colocadas sobre cureñas de cuatro ruedas, cuyas dos últimas podían quitarse, eran fáciles de maniobrar y conducir, y estaban servidas por seis mil doscientos artilleros ó *bastardiers*, dos mil cuatrocientos carpinteros, ocho mil caballos gobernados por cuatro mil conductores; y todo estaba mandado por Guillot Louziers y Chandoit. Además la casa ó servicio real comprendía mil ó mil

(1) Comines, t. III. p. 188.

doscientos gentiles hombres ó arqueros, los numerosos voluntarios de la nobleza, los ministros, consejeros, magistrados y obispos de la corte. Todos reunidos y contando la servidumbre y los cuerpos de Aubigny, formaban mas de sesenta mil hombres y treinta y cinco á cuarenta mil caballos (1).

Despues que Carlos hubo ocupado las fortalezas toscanas y dejado descansar á las tropas, volvió á emprender su marcha por Luca, y llegó á Pisa (9 de noviembre de 1494), antigua rival de Génova y de Venecia, la cual habia sucumbido un siglo hacia bajo el yugo de los florentinos, que arruinaron su comercio, destruyeron su poblacion y arrebataron su territorio, y acogió á los franceses con trasportes de alegría gritando: libertad!— El rey se enterneció de su desgracia y les devolvió la independencia. Los florentinos enviaron al campamento de los franceses á Savonarola, pero Carlos escuchó con indiferencia al monje entusiasta, que hacia cuatró años profetizaba la invasion de los bárbaros. Sin hacer caso de nadie el rey se acercó á la ciudad, cuyo saqueo codiciaban los soldados, y á pesar de los ruegos de los habitantes entró en ella como conquistador, puesta en la culla la lanza y con un aparato tan terrible, que Florencia la hermosa, creyendo ver en él al enviado de Dios, como lo predicaba Savonarola, le acogió con aclamaciones de alegría (17 de noviembre).

La república empero queria hacer algun tratado, y como Carlos la consideraba cual conquista, no podian hacer ningun arreglo definitivo. «Pues bien! exclamaron los comisionados florentinos; haced sonar vuestras trompetas que nosotros haremos oir nuestras campanas.» Los franceses no ignoraban los recursos de esta ciudad inmensa de torcidas calles, de casas fortificadas y habituada á las guerras civiles é intestinas: hicieron un tratado, y por él Florencia volvió á ser aliada de Francia mediante un tributo de 120,000 ducados y la ocupacion de sus fortalezas durante todo el tiempo que durase la expedicion.

§. VI.—*Entrada en Roma.—Tratado con el papa.*—El ejército se puso en marcha otra vez, atravesó la república de Siena, y se

(1) Para saber las armas, usos y orden de este ejército del que datan los modernos, léase á Sismondi, República ital. t. XIII, p. 431, y á Segur en la Historia de Carlos VIII, t. I, lib. IV.

dirigió á Roma. Mientras esto acontecia, Federico de Nápoles, arrojado á la Romanía por Aubigny, y viéndose acosado por Carlos VIII, no se atrevió á mantenerse fuerte en Viterbo donde todo le convidaba en su favor, y se retiró á Roma, donde su presencia reanimó el valor de Alejandro VI, mientras Aubigny pasó los Apeninos y se reunió con el ejército del rey.

La Italia comenzaba á salir de su letargo con la llegada de aquellos extranjeros que trastornaban su existencia, sus estados y su política, y concebía temores por su independencia, su civilizacion y sus riquezas. Venecia y el rey de Aragon hacian vivas representaciones y contaban con la resistencia del papa; pero Roma no podia pensar en defenderse, pues se veia amenazada por sesenta mil hombres que tenian esforzados capitanes, una nombradía justificada por las victorias y el apoyo de numerosos descontentos. Alejandro estaba temblando de miedo y de irresolucion: no temia una conquista, sino el ser depuesto; y su mayor enemigo, el cardenal Rovera, se hallaba en el campamento francés, y animaba contra él al rey de Francia. No esperando nada de la fuerza el pontífice, enredó al jóven rey que era tan ignorante y frívolo en negociaciones tortuosas y complicadas, y detuvo al ejército francés durante veinte y cinco dias.

Resignábase á dejar la alianza napolitana, pero no permitia de ningun modo la entrada de los franceses en Roma; sin embargo era lo que mas anhelaba el caballeresco rey, ávido de mostrarse á la ciudad eterna á guisa de triunfador como los emperadores que habia leído en la historia. Finalmente cuando el papa vió que los barones romanos habian rendido sus fortalezas, que los franceses pasaban el Tiber, que los napolitanos se habian puesto en retirada, y que Carlos y su consejo le prometian resetar su autoridad, dejó que entrara libremente en la ciudad y se retiró al castillo de San Angelo. Transportado el rey de alegría hizo su entrada de noche, « en hermoso y terrible orden de batalla, haciendo oír las trompetas y á tambor batiente, » en medio del favor que inspiraba tan brillante ejército; y se creyó un héroe, un hombre grande, mientras todos se lo decian y la Francia aplaudia con entusiasmo una conquista tan fácil (31 de diciembre).

Los cardenales impelieron á Carlos para que convocase un concilio que destituyese al papa. Muchos de ellos, tal vez envidio-

sos, dijeron que eran grandes sus crímenes; que era sacerdote simoníaco, incestuoso, envenenador y amigo de los turcos; que había denunciado al sultán Bayaceto los proyectos de los franceses; que recibía de él 40,000 ducados por tener cautivo á Djem su hermano, quien se había salvado en Europa después de haberle disputado el trono, y que le había prometido envenenarle por 300,000 ducados. Pero los consejeros del rey les hicieron ver el peligro de un cisma, la corrupción de algunos cardenales y la facilidad de poder hacerse un aliado de Alejandro, y dieron principio las negociaciones con el pontífice. Se pasó un mes en parlamentos y resoluciones contradictorias. Finalmente se hizo un tratado (16 de enero de 1495) por el cual el papa prometió dar á Carlos la investidura de Nápoles, entregarle tres fortalezas, la persona de Djem y su hijo César en rehenes.

§. VII.—*Entrada en Nápoles.*—El ejército siguió su expedición (27 de enero) tomando el camino central de San Germano mientras un pequeño cuerpo seguía el de los Abruzos. Solo tuvieron que sitiarse algunas fortalezas, y las tropas napolitanas en todas partes retrocedieron sin presentar batalla. El reino entero llamaba con afán y trasporte á los franceses, y Alfonso tenía en contra suya, no solo al pueblo, sino también á la nobleza.

Alfonso II era uno de los más absurdos y sanguinarios tiranos que deshonraran jamás la Italia. Vióse perdido, abdicó en favor de su hijo Fernando, y se retiró á Sicilia donde murió.

Carlos VIII llegó á Velletri, y empezó á temer de su expedición. El embajador de Fernando é Isabel, que seguía el ejército, protestó contra la invasión de la Italia y rompió el tratado de 1492. Djem murió al mismo tiempo envenenado; César Borgia huyó; no fueron entregadas las fortalezas pontificias, y supo por fin que Alejandro le negaba la investidura de Nápoles, y negociaba con Venecia y el rey de Aragón para formar una liga contra los franceses, de modo que los vencedores se veían amenazados de inminentes riesgos por su espalda, pero se hallaban demasiado avanzados para retroceder, y continuaron marchando sobre Nápoles.

El nuevo rey Fernando II intentó defender el Garigliano en la temida posición de San Germano; pero sus condottieri, en especial Trivulzio que era un emigrado lombardo, se pasaron á las

filas francesas, se dispersó el resto del ejército, y Nápoles cerrándole las puertas y queriendo hasta entregarle á los franceses, le obligó á refugiarse en Ischia. Carlos entró en triunfo en la ciudad (22 de febrero) que acudió á admirar su brillante ejército con trasportes de alegría y saludándole como un libertador y soberano legítimo. «Decían los soldados que jamás ningun pueblo demostró tanto afecto como el de Nápoles á Carlos VIII y á sus soldados (1).» Capituláron los castillos de Nápoles abrasados por la artillería francesa, rindiéronse todas las ciudades, y en ninguna parte hallaron la mas leve resistencia los invasores.

Tan rápida y sorprendente conquista llenó de consternacion á los enemigos de Francia, y esparcióse entre los turcos y griegos el nombre belicoso de los francos que se despertaba tan terrible como en el tiempo de las cruzadas. Los turcos evacuaron las costas del Epiro, los griegos se sublevaron, y Bayaceto «tuvo tal terror, que mandó reunir todas sus tropas marítimas para salvarse en Asia.» Carlos estaba en relaciones con los pueblos de Albania, Macedonia y Tesalia, les proporcionó armas, dinero y hasta un jefe de la familia de los Paleólogos; pero Venecia descubrió la conjuración á Bayaceto, y la sublevación de la Grecia fué extinguida con la sangre de cuarenta mil cristianos (2).

Los Franceses habian tenido una dicha inaudita y maravillosa en su conquista, pero era indispensable mucha prudencia para conservarla. El jóven rey estaba embriagado con sus victorias: se creia que era una perfecta imágen de Carlomagno, á quien habia tomado por modelo; pero no trató mas que de divertirse. Distribuía los feudos y dignidades entre sus compañeros sin acordarse de los barones angevinos que tanto habian sufrido, ó de los barones aragoneses á quienes era forzoso atraer y contentar. No desconfiaba de nadie, daba continuos torneos y fiestas, galanteaba las mujeres, se presentaba vestido con los ornamentos imperiales, se hacia coronar rey de Jerusalem, y creia tan seguro y tranquilo su reino de Nápoles como el de Francia. No pensó ya mas en la cruzada de Constantinopla.

S. VIII.—*Liga contra la Francia.—Retirada de Carlos VIII.*—

(1) Comines, t. III, p. 226.—(2) Véase el *Ensayo histórico sobre las relaciones de Francia con el Oriente* de T. Lavalée en la *Revista independiente* del 25 de octubre de 1843.

Recobrados de su estupor los italianos vieron que estaba perdida la independencia de su país y que habia cambiado su faz el paseo de los franceses. Ludovico sabia que le odiaba Carlos VIII, y como se veia amenazado por el duque de Orleans en la posesion de su ducado de Milan, compró á Maximiliano la investidura de esta dignidad, y entabló negociaciones con los venecianos para hacer de la Italia un sepulcro para los franceses.

Venecia vió con terror la revolucion que causaba en la península un poder mayor que el suyo. Además esta república continuamente ocupada en sus intereses particulares, esperaba hacerse ceder los puertos de la Pulla en pago de los socorros que daría á la casa de Aragon, y llegar á ser de este modo señora de las dos costas del Adriático. Todos los enemigos de la dominacion francesa á ella elevaban solo sus quejas: enviáronla diputados Ludovico, Alfonso II, Maximiliano, el Papa, Fernando é Isabel, y despues de negociaciones muy secretas, todas estas potencias firmaron una liga defensiva por la que se comprometian á sostener en Italia, durante veinte y cinco años, treinta y cuatro mil caballos y veinte mil infantes (31 de marzo de 1495).

Luego que se hubo hecho esa liga, el senado se la manifestó solemnemente á Comines que se hallaba de embajador de Francia en Venecia, y toda la Italia hizo por este motivo públicos regocijos. Decian que la Francia iba á verse atacada al mismo tiempo por los Pirineos, por la Picardía y la Champaña, que Gonzalo de Córdoba seria enviado á la Calabria, y una armada veneciana á la Pulla, que se iba á cerrar completamente el paso de los Apeninos, á sitiarse en Asti al duque de Orleans, etc. Los Borgia dieron principio á las hostilidades con una guerra de bandidos y guerrillas en el Estado de la Iglesia, y todos los franceses aislados ó que viajaban fueron pasados á cuchillo.

Los napolitanos se cansaron muy pronto de la dominacion francesa tan orgullosa, despreciadora y tan poco cuidadosa de sus costumbres, privilegios y necesidades: los vencedores eran unos extranjeros que fueron á apoderarse de sus mujeres y tesoros, pero nó á gobernarlos, que nó hacian caso de que algunos castillos permaneciesen fieles al partido aragonés; que saqueaban los almacenes de armas y víveres, que los vendian ó daban; y todo el país vió con escándalo al ayuda de cámara de Car-

los VII convertido en duque de Nola y gobernador de Gaeta:

Formábase entretanto la liga en Venecia; Otranto, Reggio, Bari y Gallípoli volvieron á enarbolar el pendon aragonés, y Gonzalo de Córdoba desembarcaba en Sicilia. Al recibir estas noticias los franceses empezaron á recordar todos los rios, montañas, ciudades y enemigos que los separaban de Francia, y ya no eran mas que veinte mil para defender su conquista y vencer á cincuenta ó sesenta mil hombres que iban á obstruirles el camino. Se resolvió la partida. Estaban casi seguros de Florencia, que habia vuelto á manifestar sus simpatías en favor de la Francia, poseian las fortalezas pontificias, y se mofaban por fin de todos esos lombardos, albaneses y alemanes, que Venecia y Ludovico reunian apresuradamente, no creyendo los franceses «que existiera en Italia nadie mas que ellos que empuñase ó supiese empuñar las armas (1).»

Gilbert de Montpensier quedó de virey del reino de Nápoles, y Stevardo Aubigny de condestable con cinco mil infantes y mil trescientas lanzas francesas é italianas, formando un ejército de once mil hombres. El rey partió el 20 de mayo con un número igual de hombres y la artillería tan temida de los italianos.

El rey pasó por Roma, donde reunió todas las guarniciones que habia dejado en las fortalezas, y se dirigió hácia Florencia cuya ciudad se habia erigido en república democrática bajo la dominacion de Savonarola, y habia hecho proclamar rey á Jesucristo; ofreció á Carlos 100,000 ducados y cuatro mil hombres si queria devolverle á Pisa y sus fortalezas, y al ver que el rey se negaba, tomó las armas, fortificó las calles y envió á Savonarola al campo de los franceses para intimarles á que cumpliesen su palabra. Carlos no se atrevió á pasar por esta ciudad amenazadora, se dirigió á Pisa que recibió el ejército francés con trasportes de alegría, y dejó en ella guarnicion.

§. IX.—*Batalla de Fornovo*.—Todas aquellas dificultades desanimaron á los franceses entorpeciendo su marcha, y cuando llegaron á Sarzana, supieron que se reunia en el paso de los Apeninos el ejército confederado compuesto de cuarenta mil hombres. Contaban con el duque de Orleans, que habia recibido

(1) Comines, t. III, p. 266.

de Francia cinco ó seis mil hombres, y que debia avanzar desde Asti á Parma para combinar sus operaciones con las del ejército y darle la mano; pero este príncipe inepto, á quien trastornaba la cabeza su ducado de Milan, y á quien habian aconsejado que atacase á Ludovico, tomó á Novara, y en vez de arrojarle sobre Milan ó Pavía, donde tenia numerosos partidarios, se dejó bloquear por un ejército lombardo y se vió privado de toda comunicacion, ya con el rey, ya con la Francia.

A pesar de este importuno contratiempo, se decidió Carlos pasar el Apenino y atravesar por en medio del enemigo. Rindióse Pontremoli; pero como los suizos habian incendiado la ciudad y pasado á cuchillo á sus habitantes, faltaron víveres y guías para aventurarse en unas montañas de diez y siete leguas de travesía, y por un sendero tan escarpado que apenas un hombre podia afirmar el pié. Era por lo mismo indispensable arrastrar los cañones de seis á siete mil libras de peso; pues el ejército cifraba toda su gloria en su artillería, y no queria dejar una sola pieza á los italianos.

Pasó el primero el mariscal de Gié con mil y cuatrocientos hombres, hizo frente al ejército enemigo, y le contuvo durante tres dias. Los suizos entretanto queriéndose disculpar del saqueo de Pontremoli, se unieron á los trenes de artillería, y con increíbles trabajos arrastraron los cañones á través de los peñascos y precipicios. La Tremoille y los demás capitanes daban ejemplo llevando las balas y la pólvora. En fin se llegó á atravesar tan formidable desfiladero casi sin pérdida alguna, y este paso fué celebrado en toda Europa con razon, como la accion militar mas notable de la época.

El ejército veneciano y lombardo, mandado por Gonzaga marqués de Mantua, estaba atrincherado al otro lado de Fornovo en la orilla derecha del Taro, y contaba veinte y tres mil infantes, catorce mil caballeros italianos, y dos mil quinientos caballos estradiotas, que era una milicia bárbara que peleaba como los turcos. Creian estos que el ejército francés evitaria su encuentro precipitándose sobre el camino de Génova, y que puesto en él, donde de ningun modo podrian pasar lo carros, fácilmente se desordenaria; pero Carlos solo envió por aquel lado un pequeño cuerpo que debia recobrar esta ciudad con ayuda de los desertados genoveses.

El enemigo quedó en extremo admirado de la audacia de los franceses, de modo que no se atrevió á atacar la débil vanguardia de Gié, y dejó que todo el ejército se desplegara en la llanura y ocupase á Fornovo (5 de julio de 1495). Carlos mandó que se pasase á la orilla izquierda del Taro. La vanguardia mandada por Gié se componía de cuatro mil infantes, dos mil caballeros y la artillería: en el centro iba el rey con ochocientos ó novecientos gentiles hombres; y la retaguardia mandada por la Tremoille solo contaba dos mil doscientos hombres. Estos nueve mil soldados, puestos delante de cuarenta mil, estaban llenos de confianza y de entusiasmo. «El pequeño rey, dice Comines, estaba desconocido por su grandeza, constancia y audacia.» Los confederados se repartieron en tres cuerpos para atacar el ejército francés, por el frente, por los flancos, y por la retaguardia.

La vanguardia pasó el Taro: Carlos la dejó partir imprudentemente largo rato, á causa de las negociaciones inútiles que había entablado con los comisionados venecianos; y en la retaguardia se había apoderado el desorden de la turba de criados y bagajes. Los estradiotas se arrojaron por aquel lado para hacer botín, el rey acudió en defensa de los suyos, y se vió al frente de quince á diez y seis mil hombres con solos tres mil. Se precipitó de pronto al frente de su nobleza sobre este ejército. La pelea duró apenas un cuarto de hora, y el enemigo fué rechazado y vencido por el furor de los franceses, que lo dividieron en pequeñas columnas, lo persiguieron hasta su campamento, dejando mas de tres mil hombres sobre el campo de batalla. Entretanto quince mil lombardos y alemanes detuvieron la vanguardia, pero á la primera carga de los suizos se dispersaron; y Gié hubiera podido destruirlos completamente á haber sabido lo que pasaba en la retaguardia. Jamás se había manifestado tanto la cobardía italiana, pues los franceses tuvieron solo doscientos muertos y casi todos criados de bagajes.

Bastaba esta hermosa victoria para dar la posesion de Italia: solo era bastante seguir la guerra: Milan abria sus puertas: Roma volvía á firmar su alianza, y Nápoles estaba libertada, segun opinion de los mas sábios consejeros del rey; pero Carlos tenía deseos de volver á Francia, estaba disgustado de Italia,

y desperdiciando segunda vez la fortuna que tan propicia le sonreía, no logró de su victoria mas que un camino libre para su retirada.

Se puso pues en marcha por un país abandonado de habitantes, sin provisiones, sin guías, sin vestidos y con grandes sufrimientos. Recobrado el enemigo de su estupor, se reformó y emprendió su persecucion; pero sufrió algunas cargas de los suizos que lo mantuvo á alguna distancia, y por fin el ejército francés llegó á Asti debilitado por el hambre y la fatiga, mas sin haber perdido un cañon, una carga de pólvora ni una cureña.

§. X.—*Regreso del rey á Francia.—Ruina del ejército de Nápoles.*—Fué preciso entonces pensar en socorrer al duque de Orleans, que se hallaba rodeado en Novara por cincuenta mil hombres, y que solo tenia siete mil quinientos y ninguna provision; pero un partido poderoso queria la paz á todo precio. El rey y sus jóvenes favoritos, detenidos á su pesar en un país tan triste y desagradable, solo pedian salir de allí aunque fuera á costa de condiciones humillantes. Vendió pues el rey Pisa á los florentinos, pero su comandante entregó la ciudad á sus habitantes; las demás fortalezas fueron entregadas á precio de oro por los capitanes que las custodiaban; el nombre francés llegó á inspirar tal horror en la Toscana, que se perdieron los socorros que Florencia habia prometido para Nápoles.

Novara se vió reducida entonces á tan extremos apuros de hambre, que se decidió á tratar de rendirse; pero al mismo tiempo llegaron diez mil suizos que habian sido llamados de sus montañas, á los que seguian otros diez mil, y estos pastores codiciosos acudieron en tropel al saqueo de Italia. El partido de la guerra volvió á tomar vigor, pues con treinta mil hombres no solo se podia marchar sobre Milan, sino conquistar toda la península. Mas el rey no se creia seguro entre aquel ejército compuesto de feroces montañeses, hizo la paz con Federico (10 de octubre de 1495), le cedió á Novara en propiedad, y á Génova en feudo, bajo la condicion de que renunciaria á la alianza de Venecia y del rey de Aragon.

Al saber los suizos el tratado á instancias del duque de Orleans se sublevaron, y el rey huyó no pudiendo librarse de ellos

sino adelantándoles tres meses de paga. Despues se dió prisa á pasar los Alpes (7 de noviembre).

Entre tanto llegaron á Sicilia algunas tropas aragonesas con un capitan muy célebre por sus victorias; era este Gonzalo de Córdoba. Desembarcaron en Calabria con Fernando II y se reunieron con seis mil hombres de guerrillas napolitanas. Aubigny atacó con mil y doscientos caballos en Seminara á este ejército desordenado, y lo derrotó completamente (24 de junio). Fernando se refugió en Sicilia, y equipando allí una pequeña armada, se presentó delante de Nápoles. La ciudad se sublevó en seguida, arrojó á los franceses, y recibió con trasportes de alegría á Fernando. Montpensier se retiró á los tres castillos con seis mil hombres, donde fué sitiado. Perey, que mandaba en la Basilicata con tres mil hombres, corrió á libertar al virey, y venció á diez mil napolitanos en Eboli; pero cuando llegó á Nápoles, acababa de capitular Montpensier, viéndose sin víveres, y se retiraba á Salerno con dos mil y quinientos hombres.

La lucha continuó muy débilmente y sin mas resultado que el saqueo del país: los franceses, al verse sin dinero y sin municiones, se debilitaban y no recibian mas que medianos socorros; pero Fernando habia agotado tambien sus recursos y el entusiasmo efimero se sus súbditos, y compró el auxilio de los venecianos entregándoles los puertos de la Pulla. Finalmente, despues de numerosas vicisitudes, abandonado Montpensier por los suizos y sus aliados de Nápoles, quiso llegar á Venosa, pero fué sorprendido y rodeado en Atella (20 de julio) por Fernando de Córdoba, y se vió obligado á firmar una capitulacion por la cual los franceses debian evacuar el reino. Habia aun cinco mil hombres que fueron amontonados en naves españolas, pero una epidemia los diezmo y murió el mismo virey. Aubigny y los demás jefes capitularon unos despues de otros, y regresaron á Francia.

§. XI.—*Resultado de la expedicion.—Fin del reinado de Carlos VIII.*—Aquel fué el desenlace de una expedicion comenzada, seguida y abandonada con tanta ligereza; capricho de jóvenes insensatos que cambió el sistema político de Europa, y que pareció tan extraño á los hombres de estado que lo atribuyeron á un secreto designio de la Providencia. «Fué un misterio de

Dios,» repite muchas veces Comines. Esta guerra hizo mucho eco en toda la Francia y adquirió gran popularidad, pues era la primera excursion lejana emprendida por uno de sus reyes despues de San Luis. Solo se vió su brillo, pero atestiguó que habia pasado la época de las guerras feudales, empezaba la de las exteriores, y que la guerra, tanto tiempo hecha en Francia, iba á trasportarse en adelante á las demas naciones, donde podia saciarse la actividad de sus belicosos habitantes. El trono habia terminado su lucha contra la nobleza: jamás fuera tan fácilmente obedecido como bajo el reinado de un niño tan frívolo y débil, que reunia tan fácilmente en torno suyo, con el amor de la gloria y de la guerra, á todos aquellos nobles tan turbulentos y temibles cuando reinaba su padre. El reinado de Carlos VIII era la apología del de Luis XI: la obra del padre era tan duradera, que continuaba sosteniéndose por si sola, y se mostraba en completo triunfo en el trono de su hijo tan caprichoso y tan inconsiderado.

No obstante de hallarse definitivamente reconcentrado el poder en Francia, manifestábase la fuerza de este reino, que acababa de trastornar y cambiar tan fácilmente la faz de una comarca; y se iban á aglomerar contra él los esfuerzos de la mitad de Europa, para detener su amenazador acrecentamiento.

Vuelto á Francia Carlos VIII tuvo que rechazar una invasion española en el Languedoc (1496); pero pronto se terminó por una tregua. Los enemigos que debian atacar por la Champaña y la Picardía no pusieron sus tropas en campaña. Érale pues posible dedicar todos sus cuidados á la guerra de Nápoles, pero se contentó con enviar allí cuatro mil suizos y dos pequeñas escuadras, y despues ya no pensó mas sobre este asunto. «No daba oidos á los que de allí venian, é iba y volvia de Lyon á Moulins ó Tours sin pensar en otra cosa que en justas y torneos.» En vano la nobleza ardia en deseos de volver á comenzar una guerra tan gloriosa; en vano sus aliados de Italia le llamaban para que les defendiera, y en vano por fin la misma Venecia le invitaba á destronar al traidor Ludovico: Carlos frustró muchas veces los preparativos de una nueva expedicion por su incuria y su prodigalidad: arruinó su tesoro y su salud en fiestas y amores continuos; y contribuyó á que sus aliados y servidores se olvidasen de la guerra.

No obstante, los desastres de su ejército de Nápoles, la muerte de sus hijos, que murieron de tierna edad, y en fin las quejas del pueblo le hicieron volver en sí, «porque, según dice Comines, la voz del pueblo es la voz de Jesucristo.» Pensó entonces en hacer un esfuerzo para vivir según los mandamientos de Dios, poner en orden la justicia y arreglar sus rentas y haciendas (1). Entonces fué cuando dió principio (1497) á la redacción de los usos ordenados por Carlos VII, Luis XI y los estados de 1484, y que solo se llevó completamente á cabo bajo el reinado de Carlos IX. Quería también hacer algun trabajo para adelantar la reforma de la Iglesia, tan necesaria é indispensable como amenazadora; resolvió abolir los impuestos y reducirse á vivir con las rentas de sus dominios, «lo que muy bien podia hacerlo, dice Comines, porque sus rentas son inmensas, y ascienden á un millon de francos con las ayudas y gabelas (2);» pero la muerte le sorprendió en medio de tan buenas intenciones y proyectos (abril de 1498).

CAPÍTULO II.

Primeras guerras de Luis XII en Italia.—Tratados de Blois. (1498—1503.)

§. I.—*Matrimonio de Luis XII con Ana de Bretaña.*—Luis XII duque de Orleans, nieto del hermano de Carlos VI, era el pariente mas próximo del rey difunto, y le sucedió sin obstáculo. Este jefe de la oposicion aristocrática bajo el reinado de Carlos VIII, luego que empuñó el cetro, abrazó exactamente el sistema político de sus antecesores. Impelido además por su carácter bondadoso, acogió favorablemente á todos los que le habian sido contrarios, diciendo «que el rey de Francia no debía vengar las injurias del duque de Orleans.» Casó á su hija única Ana de Beaujeu con Carlos conde de Montpensier (3) (después condes-

(1) Comines, t. III, p. 212 y 429.—(2) Id. ibid.—(3) Era hijo de Gilberto de Montpensier muerto en el reino de Nápoles en 1496. Este Gilberto era hijo de Luis I que se casó con la heredera de los delfines de Auvergne y que era hijo segundo de Juan I duque de Borbon.

table de Borbon), y renunció á los derechos estipulados por Luis XI para la reunion de los dominios de la casa de Borbon á la corona, en el caso que Ana y su marido no tuvieran hijos varones. Dejó á la Tremoille sus dignidades y honores, y rogó «que le fuera tan leal como habia sido á su antecesor (1).»

Fué su principal ministro Jorge de Amboise, arzobispo de Ruan, que sobrellevó con él su mala suerte; los demás habian envejecido en los negocios en el reinado de Luis XI: estos eran Luis de Amboise, obispo de Albi, el mariscal de Gié, el almirante de Graville, el canciller de Rochefort y el señor de Bouchage.

Ana de Bretaña, que era muy poco francesa y muy celosa de su corona ducal, vivia retirada en su país desde la muerte de Carlos VIII. Era forzoso impedir que pasara á manos extranjeras su ducado por medio de un segundo enlace, y por esta razon el nuevo rey trató de casarse con ella. Luis XII estaba casado hacia veinte y dos años con Juana, princesa fea y disforme, pero buena y piadosa, de la que se habia separado sin tener hijos. El interés de la nacion exigia un divorcio que altamente reprobaba la moral y que ninguna razon honesta justificaba. Habló empero con Alejandro VI, que accedió á la peticion del rey, y nombró jueces enteramente adictos á su causa; y en recompensa logró el papa para su hijo César (2) el ducado de Valentinois con una rica pension, una princesa de Albret por esposa, y la promesa de que le ayudaria á despojar á los señores de la Romanía. Despues de un proceso muy escandaloso que excitó los rumores de todos los que tenian sentimientos cristianos, se decretó el divorcio y Luis se casó con Ana de Bretaña (8 de enero de 1499). Pero esta orgullosa princesa hizo comprar muy caro su consentimiento al segundo matrimonio: quiso que su ducado formase un estado separado, como en tiempo de los antiguos príncipes: disfrutó enteramente del gobierno y de las rentas: logró el derecho de imponer contribuciones y alzar ejércitos, lo que aprobaron los estados; que la Bretaña pasase á su segundo hijo varon ó á su hija mayor, y finalmente «á los próximos y verdaderos herederos de dicha

(1) Memorias de la Tremoille, cap. 8, p. 45.—(2) Nombrado al principio cardenal por su padre, dejó la púrpura despues de la muerte de su hermano mayor el duque de Candia.

señora, sin que puedan pedir lo contrario los demás reyes ó los sucesores del rey (1).»

Luis XII era muy amigo del orden y del bien público, y borró el escándalo de su divorcio con una sábia administracion: abolió muchos impuestos, restableció la disciplina de las tropas asalariadas, restringió los privilegios excesivos de la universidad, y publicó una ordenanza para la reforma de la justicia, en la que sometió á exámenes á los magistrados y á censura los tribunales, y reprimió las rapiñas de los notarios y procuradores. Creó en Provenza un parlamento (1501) y otro en Normandía, reemplazando al *echiquier* de los antiguos duques (1499). Pero mientras estas sábias medidas le conciliaban el cariño del pueblo y daban prosperidad al reino, el rey pensaba en arrojar á la Francia, para servir á sus miras de ambicion enteramente personal, en una política contraria á la de Luis XI y mas desastrosa que la de Carlos VIII. La Italia era la sombra fatal que iban á perseguir obstinadamente los reyes de Francia por espacio de sesenta años.

§. II.—*Conquista del Milanésado.—Traicion hecha á Sforza por los suizos.—Alianza de Luis XII con los Borgias.*—No solamente pretendia Luis XII el reino de Nápoles sino el ducado de Milan, del que se creia legítimo señor, como nieto de Valentina Visconti. Sus derechos eran por lo menos muy dudosos, porque el emperador Venceslao al conferir este ducado á los Visconti, excluyó para siempre á las mujeres, y además porque Luis XI y Carlos VIII habian reconocido el derecho de los Sforza haciendo con ellos alianzas. Renovó los tratados con Maximiliano, el archiduque Felipe, Fernando de Aragon y Enrique VII, tomó suizos asalariados y buscó aliados en Italia. Era tan extrema la inconstancia de las ideas políticas en este país, que la mayor parte de los enemigos de Carlos VIII hicieron amistad con Luis XII. El papa le manifestaba la mas decidida adhesion: los florentinos hicieron con él un tratado de amistad: los venecianos convinieron en atacar el Milanésado por su parte y darle seis mil hombres: y finalmente el duque de Saboya le concedió el paso de los Alpes y un cuerpo auxiliar de seiscientos hombres de armas. Ludovico quedó solo y sin aliados.

(1) Pruebas de la historia de Bretaña, t. III.

Reunióse en Lyon el ejército real, que se componia de mil seiscientas lanzas ú ocho mil caballos, de doce mil suizos y gascones, cincuenta y ocho cañones y culebrinas, y eran sus generales Aubigny y Trivulzio (1499). Pasaron los Alpes: todas las ciudades de Lombardía se rindieron fácilmente: Ludovico, vendido por los señores que mandaban su ejército y aborrecido por sus súbditos á causa de los impuestos excesivos que les habia exigido, se salvó en el Tirol; y los franceses entraron sin obstáculo en Milan el 2 de Octubre.

El rey siguió al ejército, tomó posesion del ducado, le dió una buena administracion y á Trivulzio por gobernador, y despues de adquirir en Italia una brillante nombradía de grandeza y de justicia regresó á Francia.

Era Milan una ciudad gibelina; Trivulzio, espíritu activo y violento, trató á los gibelinos con pasion, y los milaneses al ver sus parcialidades y su rigor, se dispusieron á sacudir el yugo de la dominacion francesa. Acudió Ludovico con veinte mil aventureros, gente de vida airada, que solo anhelaba el botin (febrero de 1500). Todo el país se sublevó en favor suyo, fueron pasadas á cuchillo las guarniciones francesas, y atacado Trivulzio en Milan por sus habitantes, barrió las calles y despedazó los edificios con su artillería para abrirse paso, y retrocedió hasta Mortara sin cesar de combatir. Su ejército estaba reducido á setecientas lanzas y tres mil infantes, pero bien pronto se vió reforzado por quince mil suizos y mil doscientos hombres de armas que conducian la Tremoille y Jorge de Amboise. Ludovico hizo su entrada triunfal en su corte, se apoderó de Novara, y puso su campo junto al ejército francés.

Eran entonces los suizos los mejores soldados de infantería de Europa, pero codiciosos de oro y de saqueo, llenos de orgullo y ferocidad, vendian su espada á todos los soberanos, y hacian depender todas las contiendas de sus brutales y mercenarios caprichos. Componian casi la mitad de los ejércitos de Luis XII y de Ludovic, y al hallarse frente á frente intentaron sobornarse mutuamente.

El ejército francés bloqueó á Novara: Ludovico salió de la ciudad para presentar batalla; pero se amotinaron los suizos que hicieron tocar á retirada, y se pusieron secretamente de acuerdo

con los franceses. Vióse perdido y abandonado traídoramente y quiso rendirse: sus mercenarios le detuvieron á viva fuerza, fingieron que empezaba el combate, se pasaron á las filas francesas, y confundido entre ellos arrastraron y entregaron al desventurado Sforza (10 de abril).

Saciados de oro pero llenos de deshonra los traidores suizos volvieron entonces á pasar los Alpes, y se apoderaron de Bellinzona, que es una de las puertas del Milanesado, la cual jamás han abandonado.

Sforza fué conducido á Francia, donde sufrió el mas duro cautiverio, y su familia se refugió en la corte de Maximiliano. Milan alcanzó el perdón mediante algunos suplicios y enormes contribuciones, y todo el país volvió á caer bajo la dominación francesa. El rey le dió por gobernador á Carlos de Amboise, señor de Chaumont.

Era forzoso pagar á los aliados de Francia, Venecia, Florencia y Roma. Venecia obtuvo á Cremona y un territorio á lo largo del Adda; Florencia pidió que le ayudasen á recobrar á Pisa, libertada del yugo florentino por Carlos VIII, y que luchaba con heroísmo seis años hacia con su rival formidable. Atacaron, pues, á Pisa ocho mil suizos y seiscientas lanzas francesas (24 de junio); pero los pisanos solo se defendían gritando—¡viva la Francia!—llevando víveres á los sitiadores y abrumándoles á agasajos. Los franceses levantaron el sitio, y Pisa quedó libre hasta el año 1509.

Luis XII dió á César Borgia trescientas lanzas francesas y cuatro mil suizos, y este consiguió, á fuerza de perfidias, violencias y asesinatos, llevar á cabo la conquista de la Romanía. En vano elevaron sus quejas al rey todos los gobiernos de Italia, y principalmente Venecia que tenía asalariados y bajo su dependencia á todos los tiranuelos romanos: Luis les declaró que miraría como una injuria hecha á su persona toda oposición dirigida contra las conquistas pontificias (1).

Borgia aseguró su dominación en la Romanía, amenazó á Bolognia, y llenó de terror á Florencia. Era amado del pueblo porque lo había libertado de sus tiranos, y le dió una buena adminis-

(1) Guichardin, lib. V, p. 258.—Sismondi, República Ital. t. XIII, p. 85.

tracion: se hizo partidarios suyos á algunos hombres de estado que atribuian todas las desgracias de su país á la falta de unidad y de energía; y Maquiavelo le llenó de alabanzas y excusó todos sus crímenes, porque creyó que era el hombre destinado á dar la independencia á la Italia.

§. III.—*Tratado de Granada.—Conquista y particion del reino de Nápoles.*—La península se llenaba de indignacion contra sus dominadores los franceses, por la proteccion tan decidida que daba á los Borgias, el sitio de Pisa y la traicion de Novara, al mismo tiempo que Luis anunciaba en alta voz sus pretensiones sobre Nápoles. En vez de acceder este á la proposicion de Federico, sucesor de Fernando II, que le ofrecia reconocerse su feudatario, firmó en Granada un tratado secreto con el rey de Aragon (11 de noviembre de 1500) por el cual los dos reyes debian hacer juntos la conquista de Nápoles y repartirse este reino, quedándose Fernando con los ducados de Pulla y de Calabria, y Luis con el resto del país y el título de rey. Convenio absurdo, porque el rey de Francia se hacia cómplice de la perfidia del rey de Aragon para con su pariente, é introducía de una vez en Nápoles al rival que habia de arrojarle del reino.

Amenazó entonces Bayaceto á Italia. Venecia llamó en su ayuda á los reyes de Europa, y el papa mandó la imposicion de un diezmo en toda la cristiandad para hacer la guerra á los turcos. El impuesto produjo muchos caudales, pero se los guardaron el papa y los reyes. Luis XII y Fernando se sirvieron de ellos para reunir tropas, y ocultaron bajo el pretexto de la cruzada sus preparativos de guerra contra Nápoles.

Luis reunió en Lyon nuevecientas lanzas, siete mil infantes y treinta y seis cañones, y dió el mando de este ejército á Aubigny (2 de junio de 1501). Una escuadra armada en Tolon conducía seis mil hombres de desembarco, y después de la conquista de Nápoles debia dirigirse á Grecia con la armada de los cruzados que se reunia en Génova. El ejército francés atravesó el Piamonte, la Toscana y el estado pontificio sin obstáculo, y César Borgia se le reunió con sus tropas.

El rey de Nápoles no tenia la menor sospecha del tratado de la particion, y contaba con el auxilio del rey de Aragon. Llamó á Gonzalo de Córdoba, le entregó sus principales plazas y

repartió sus tropas entre Aversa, Capua y Nápoles. Los franceses se apoderaron de Capua, pasaron á cuchillo á todos sus habitantes, y saquearon la ciudad espantosamente: al mismo tiempo arrojaron la máscara los aragoneses. Federico huyó á la isla de Ischia, y trató con Aubigny para la cesion de su reino. Pero Felipe de Ravenstein, que mandaba la escuadra francesa, no quiso reconocer este convenio, y el desventurado monarca se rindió entonces á discrecion, y fué conducido á Francia, donde murió cautivo.

Los españoles y franceses se repartieron el reino. La escuadra de Ravenstein con la de los venecianos tomó el rumbo hácia Grecia, encalló delante de Lesbos, y fué víctima de las tempestades.

§. IV.—*Proyectos de César Borgia.—Guerra entre los aragoneses y franceses.—Desgracias de los franceses.—Muerte de Alejandro VI.—Desastres de Garigliano.*—Esta guerra movió nuevamente á toda la Italia. Borgia se aprovechó de la proteccion francesa apoderándose de Urbino, Sinigaglia y Camerino. Este hombre desenfrenado y feroz, sin compasion ni fe, exterminaba á sus enemigos, violaba todos los tratados, y desplegaba tantas y tan torcidas intrigas, como si tratase de dominar la Europa entera. No se oia mas que un grito universal de indignacion contra él y el rey de Francia, que se asociaba á sus crímenes. Luis se llegó á conmover, pero Borgia tenia por protector al cardenal Amboise, cuya ambicion se dirigia hácia la tiara, y que debía esperar en César el mas formidable apoyo. Continuó pues sus empresas con una perfidia que se ha llamado *maquiavélica*, porque Maquiavelo la presenta por modelo en su obra *del Principe*: hizo perecer á muchos de sus capitanes, que se habian sublevado contra él: rompió la liga que le amenazaba y de la que eran el alma Venecia y Florencia; y contando finalmente con la ceguera de Luis y su ministro, llegó hasta hacer la guerra á los aliados de la Francia y á negociar con el rey de Aragon.

Luis de Armañac, duque de Nemours, é hijo de Santiago, decapitado en 1477, partió no obstante á Nápoles con la dignidad de virey. Aubigny quedó muy descontento, y ya la discordia habia debilitado el ejército francés, cuando estallaron las contiendas entre españoles y franceses, con pretexto de la Capitanata

y la Basilicata, que pretendian los primeros no estar comprendidas en el Abruzzo y el Labor. Empezó una guerra de sorpresas y guerrillas (19 de junio de 1502).

Los franceses lograron al principio la ventaja, conquistaron la Pulla y la Calabria, sólo quedaron á los españoles cinco plazas y Gonzalo de Córdoba se vió cercado siete meses en Barletta. Pero el duque de Nemours, en vez de apresurar el sitio de esta ciudad, esperó la terminacion de las negociaciones hábilmente entabladas por Fernando para dilucidar la contienda.

La casa de Austria continuaba engrandeciéndose por medio de matrimonios (1). Felipe, hijo de Maximiliano de Austria y de María de Borgoña, y soberano de los Países Bajos, que estaba casado con Juana, hija única de Fernando é Isabel, fué enviado á Francia para terminar las relaciones relativas á Nápoles; y quedó muy fácilmente de acuerdo con Luis, que solo deseaba la paz. El tratado, objeto de las conferencias, fué ilustrado y mantenido; y el rey, por instigacion de su mujer «que tenía poca simpatía á la nacion francesa,» y con disgusto de Bretaña y Francia, hasta prometió casar á Claudia, su primogénita, con Carlos, hijo de Felipe (3 de abril de 1503). El emperador accedió á este convenio, y todo el mundo esperaba la paz; pero Fernando engañó á todos, incluso á su yerno, pues solo queria con esto ganar tiempo, y se negó á ratificar el tratado.

Gracias á esta pérdida negociacion tuvieron suficiente tiempo de llegar á Nápoles los refuerzos de España, y Gonzalo de Córdoba tomó otra vez la defensiva. Aubigny fué vencido en Seminara (21 de abril), perdiendo la Calabria; la Palice cayó prisionero despues de haber hecho hazañas casi fabulosas: el duque de Nemours atacó á Gonzalo, que estaba situado en una posicion formidable en Cerignola; perdió la batalla y fué muerto (29 de abril); todas las plazas cayeron una tras otra: los cuerpos franceses solo pudieron pelear aisladamente: cayó prisionero Aubigny, rindióse Nápoles; y en fin solo Venosa y Gaeta quedaron en poder de los franceses para reunir en sus recintos los restos de su ejército.

(1) Esto dió lugar al siguiente dístico:

Bella gerant alii; tu, felix Austria, nube,
Nam quæ Mars alius, dat tibi regna Venus.

Luis XII formó dos ejércitos con el precio de las dignidades judiciales y algunos empréstitos. El primero, que mandaba el mariscal de Rieux, se componia de setecientas lanzas, dos mil y quinientos caballos ligeros, diez y seis mil infantes y cuarenta naves, y atacó al Roselion; pero estrellándose en el sitio de Salces, se retiró al llegar el ejército aragonés que era en fuerzas superior. El segundo se componia de mil y doscientas lanzas y diez mil infantes, pasó los Alpes al mando de la Tremoille, y llegó al estado pontificio donde negoció con Borgia, cuyas intenciones eran sospechosas.

Murió entonces repentinamente Alejandro VI (18 de agosto de 1503).

Los barones romanos se sublevaron y obligaron á César á ponerse bajo la proteccion de las lanzas francesas. El cardinal Amboise se presentó en el campamento, y logró detener durante seis semanas en Nepi al ejército, creyendo traerle por apoyo la tiara; pero le ganó por la mano el cardinal de la Rovera, que se creia amigo de la Francia, y fué elegido con el nombre de Julio II.

César Borgia se puso de acuerdo con el nuevo papa, anciano lleno de energía, el cual solo anhelaba, segun decia, arrojar á los *bárbaros* de Italia; y se preparó para reconquistar la Romanía á los barones sublevados. Fué preso empero por orden de Julio y despojado de los restos de su poder. Pudo huir de la cárcel y llegar al campamento de Gonzalo, que le hizo prisionero, y fué enviado á España, donde murió tres años despues.

Tenian lugar estos sucesos mientras el capitán Luis de Ars se cubria de gloria en Venosa con los restos del ejército francés, y defendia vigorosamente á Gaeta el marqués de Saluces, que sucediera en el mando al duque de Nemours. El ejército de la Tremoille, desmembrado por la mitad á causa de las deserciones y la indisciplina, entró al fin en el reino de Nápoles y llegó al Garigliano (18 de octubre).

Gonzalo defendió este rio con sus tropas y los refuerzos que le habian enviado los venecianos y los barones romanos, y obligó durante dos meses á los franceses á que se consumieran en los pantanos con las continuas lluvias. Viéndose la Tremoille falto de víveres y destruido por las enfermedades, se decidió á em-

prender la retirada; pero le persiguieron con encarnizamiento, y le derrotaron completamente (27 de diciembre). Cayó prisionero la mitad del ejército con toda su artillería, una parte de él pereció de miseria ó bajo los puñales de los campesinos: el resto se refugió en Gaeta, donde capituló bajo la condicion de que tendría la retirada libre, y que todos los prisioneros serian rescatados; pero se hallaban todos muertos. Solo quedó Luis de Ars, que se negó á reconocer la capitulacion de Gaeta desde Venosa donde se defendia, continuó la guerra con sus restos, y se abrió un camino glorioso al través de toda la Italia hasta Francia.

§. V.— *Tratados de Blois*.—Llenó de consternacion á todo el reino la noticia de aquel espantoso desastre, y todos creian ya que Gonzalo de Córdoba habia salido á conquistar toda la Italia. Luis solo tenia á Florencia aliada, estaban descontentos de él los suizos y los venecianos, el papa se mostraba ya enemigo suyo, y todos los príncipes italianos se habian sacrificado inútilmente por los Borgia. Disgustado de Italia y ansiando terminar cuanto antes tan triste y desgraciada guerra, firmó una tregua de tres años con Fernando, quien de ello tenia necesidad para asegurar su dominacion en Nápoles. Siguiéron á la tregua las negociaciones para casar á Claudia de Francia con Carlos de Austria, dando á los esposos el reino de Nápoles bajo la tutela de Felipe. Fernando se opuso á este enlace; y el archiduque de Austria y el emperador, irritándose contra él, hicieron con Luis XII los tres tratados de Blois (22 de setiembre de 1504). Luis y Maximiliano, solicitados por los legados de la Santa Sede, hicieron alianza por el primero «para castigar las iniquidades de los venecianos, que tantos perjuicios causaron á la Iglesia romana, al santo imperio y al rey cristianísimo apoderándose de muchas ciudades y provincias.» Por el segundo dió Luis á Claudia en dote, pero solamente para despues de muerto él, los ducados de Milan, Bretaña, Génova, Astí y Blois, y además la Borgoña si llegaba á morir sin hijos varones.

Luis sacrificaba todos los intereses de la Francia á su pasion de duque de Milan por medio de estos tratados, que fueron completados al año siguiente por un convenio mas impolítico aun, pero que, segun él mismo decia, bastaba para desarmar al último de sus enemigos.

Murió Isabel de Castilla (26 de noviembre de 1504) dejando á su marido el gobierno de su reino en detrimento de su hija Juana, y se trabó una contienda entre Felipe y Fernando, quien quiso entonces hacer la paz con Francia, y Luis XII firmó con él un tratado, por el cual le cedia sus derechos sobre el reino de Nápoles, con la única condicion de tomar por esposa á su nieta Germana de Foix (12 de octubre de 1505).

Los venecianos supieron cuál era el espíritu del primer tratado de Blois, se quejaron al rey de Francia, que nada hizo para tranquilizarlos, y aplazó solamente la conclusion de la liga formada contra ellos. Jorge de Amboise pidió á Maximiliano la ejecucion del segundo tratado, y recibió la investidura del ducado de Milan en nombre de Luis XII (6 de abril). El tercer tratado excitó grandes rumores en Francia, todos á una voz pedian que Claudia se casara con Francisco, duque de Angulema y sobrino heredero del rey, para que no se desmembrase del reino la Bretaña, «y no se hablaba de otra cosa entre personas de todas categorías.» Luis conoció su yerro, y habiendo caido enfermo de peligro, mandó por medio de su testamento el enlace de Claudia y Francisco. Cuando recobró la salud, confirmó esta disposicion, declarando «que el matrimonio de su hija con Carlos de Austria era contrario al bien, provecho y utilidad de la república.» Pero la reina Ana, que tenia un ilimitado ascendiente sobre su esposo, se opuso á la violacion del segundo tratado de Blois, «pues ella odiaba como una extranjera la Francia», no queria la reunion á la corona de su querido ducado; y en fin todo lo hubiera sacrificado á la dicha de ver casada á su hija con el heredero de Maximiliano, Fernando y Felipe. Entonces el rey resolvió consultar á la nacion, y convocó en la ciudad de Tours los estados generales (1506).

§. VI.—*Estados de Tours.*—Las guerras de Italia habian costado muy poco al reino, pues eran enteramente personales para el trono: el rey no pedia hombres para sus ejércitos, pues tenia bastantes con su nobleza y sus aventureros asalariados: no habia aumentado los impuestos, y hasta los habia repartido con equidad introduciendo considerables economías en la hacienda. Los desastres de Italia habian costado pues muy pocos sufrimientos al pueblo, á quien no daba ningun cuidado esta guerra; creia

que el rey era la causa del bienestar que gozaba, y solo miraba en él su trato afectuoso y agradable, su benevolencia y la protección que daba á los campesinos y á la agricultura. «Hace mas de trescientos años, decian todos, que la Francia no ha gozado tanta dicha y prosperidad como al presente (1).»

De modo que Luis XII era amado y mirado como el mejor de los reyes. Los estados de Tours fueron el eco de la opinion pública al adornarle con el hermoso dictado de Padre del pueblo, y se enterneció el rey sobre manera al recibir «el nombre mas santo que se puede dar á un príncipe (2) (14 de mayo).» Pero al mismo tiempo hicieron sus representaciones sobre los tratados de Blois, y pidieron con vivas instancias al rey que llevase á cabo el enlace de su hija con el duque de Angulema.

Luis XII recibió mucho placer con estas representaciones, tal vez por él mismo sugeridas; y como se creía entonces muy cerca del sepulcro, hizo que sus estados juraran que harian ejecutar este matrimonio, y que reconocieran despues de él por legítimo soberano de Francia á su sobrino. Mandó despues que Claudia contrajera esponsales con Francisco, pidió á Felipe de Austria la continuacion de la paz, le declaró que era ya nulo el tercer tratado de Blois, «como contradictorio al primer juramento solemne prestado por él en Reims, que consistia en prometer ejecutar todo lo que conviniera al reposo, ventura y conservacion del reino, sin consentir ni permitir la disminucion ni desmembramiento de ninguna de estas cosas.»

Felipe no se atrevió á reclamar contra esta injuria, pero se dispuso para emprender la guerra. Hallabase entonces en España, y acababa de arrebatár el gobierno de Castilla á su suegro, cuando murió de edad de veinte y ocho años, dejando dos hijos, Carlos y Fernando (25 de setiembre de 1506). Su mujer se volvió loca por el dolor que le causó su muerte, y Fernando el Católico tomó el gobierno del reino de Castilla en nombre de su hija.

Carlos de Austria heredó entonces directamente de su padre Felipe los Países Bajos, que fueron regidos por Margarita, hija de Maximiliano, durante la menor edad del jóven príncipe que se educaba en Gante.

(1) Comines, t. III, p. 46.—(2) Id. ibid. p. 449.

CAPÍTULO III.

Liga de Cambrai. (1507.—1515.)

§. I.—*Rebelion y sumision de Génova.—Guerra del emperador y los venecianos.*—La república de Génova, despues de haber perdido su antiguo esplendor, se habia puesto durante el último siglo bajo la proteccion de todos los soberanos alternativamente, y por fin buscó el apoyo de los duques de Milan. Cuando cayó bajo la dominacion francesa, y despues que Luis XII reemplazó á Sforza, quiso todavía trocar de soberano; y á instigacion del papa y los venecianos, se sublevó, pasó á cuchillo á los franceses, sitió los restos de la guarnicion en la ciudadela, y se puso bajo la proteccion del emperador (1507). Los enemigos de Francia empezaron á moverse cuando supieron esta rebelion, Julio II escribió á todos los príncipes que habia llegado la ocasion de dar á la Italia su independenciam, y Maximiliano se preparó á sostener á los rebeldes con todo su poder.

Luis XII conoció que era preciso herir con un golpe terrible á Génova si no renunciaba á abandonar vergonzosamente la Italia, formó con rapidez un ejército de cincuenta mil hombres, pasó los Alpes, reunió en el Monferrato los contingentes de los duques de Saboya, Mantua y Ferrara, sus aliados, y marchó hácia los Apeninos.

Los genoveses intentaron vanamente defender los pasos y desfiladeros, y la ciudad se vió obligada á rendirse á discrecion (29 de abril). Luis la trató con severidad, castigó en el cadalso á un gran número de rebeldes, impuso enormes sumas, abolió la constitucion republicana, y declaró que «el señorío de Génova quedaba reunido al dominio real para ser gobernado con las leyes francesas.»

Aquella repentina é inesperada expedicion llenó de terror á toda la Italia; el papa solicitó la alianza francesa, y Luis, que deseaba hacerse amigo de Julio á toda costa, le ayudó á apoderarse de Bolonia, ciudad separada del estado de la Iglesia un siglo hacia y muy adicta á la Francia. Fernando de Aragon fué

á felicitar al rey á Saboya, y prometió al cardenal Amboise hacerle subir al trono pontificio. Solo Maximiliano continuó sus preparativos de guerra.

Este príncipe convocando una dieta en Constanza por agosto á la que pidió subsidios para restablecer á los Sforza y devolver á la Alemania la dominación de la Italia, logró reunir treinta mil hombres, pidió paso á los venecianos, y les propuso la particion del Milanesado, manifestándoles el tratado que el rey de Francia habia hecho con él para el desmembramiento de sus estados. El senado empero quedó fiel á la alianza francesa, y negó el paso á las tropas imperiales. Luis XII entonces reconoció sus conquistas para siempre y le envió tropas; y dejando el Milanesado en estado de defensa, reunió un ejército en Borgoña y amenazó los Países Bajos.

El emperador estaba escaso aun de dinero, y á todos los soberanos lo pedia. Corria de un lado para el otro, hacia mucho ruido y cada dia mudaba de planes y designios. Llegó con gran pompa á Trento (1508), y atacó las fronteras venecianas; pero como estaban ya expirando sus recursos, dejó su ejército sumido en la miseria y la desercion, y volvió á Inspruck para empeñar sus joyas. Recorrió despues toda la Alemania apresurando los contingentes y cambiando de lugares como de planes de tal modo «que no se supo donde se hallaba durante muchos dias.» Los venecianos le tomaron muchas plazas en el Adriático y quisieron atacar á Trento, pero habiéndose negado á ayudarles los franceses, hicieron con el emperador una tregua de tres años sin comprender en ella á la Francia (7 de junio).

Luis recibió grande enojo de tamaño insulto, recordó todos los actos hostiles de la república contra Francia, la batalla de Fornovo, los socorros suministrados á Fernando en la guerra de Nápoles, y la rebelion de Génova; y resolvió lograr una cumplida venganza. Maximiliano le propuso entonces que pusiera en ejecucion el primer tratado de Blois, consintió en ello Luis, y se abrieron negociaciones para la ruina de Venecia, á las que accedieron el papa, el rey de Aragon, el duque de Ferrara, etc.

§. II.—*Politica de los reyes de Francia en Italia.*—*Liga de Cambray.*—Siguiendo los recuerdos del imperio de Carlomagno, los emperadores eran aun de nombre los soberanos de Italia: Roma

les daba la corona imperial: de ella recibían los príncipes la investidura: las repúblicas reconocían su supremacía; y nadie contrarestaba su título mientras no se propasasen á ejercer su poder. Pero era solo de nombre toda esta grandeza; desde la ruina de los Hohenstauffen los emperadores no hicieron la menor tentativa para trocar en realidades sus pretensiones, y parecía terminada la antigua lucha de la independencia italiana contra la dominación germánica, cuando cambió de aspecto la cuestión con el advenimiento al trono imperial de la casa de Austria. La soberanía enteramente feudal de los pretendidos césares de Occidente tendió entonces á inaugurar la administración enteramente política de los príncipes austriacos en Italia. Interesaba sobremanera á la Francia convertirse en rival de estos soberanos legítimos, oponer á sus derechos su poder, y adquirirse la dominación de la península, excitando el odio de los italianos contra los alemanes. Convertíanse así en guerras de grande y sábia política las irreflexivas expediciones de Carlos VIII y de Luis XII.

Luis llegó á alcanzar este resultado, por decirlo así, á pesar de los desastres de Nápoles: dueño del Milanesado, apoyado por un lado por los suizos, y por los venecianos por otro, dominaba en realidad la Italia, cuya posesión depende enteramente del valle del Pó; pero para asegurar esta posesión era preciso mantenerse unido á los suizos y venecianos, los cuales cerraban los Alpes á los alemanes, y no fué esta por cierto la mezquina y caprichosa política de Luis, que toda su vida se mostró mas duque de Milan que rey de Francia. Verémosle bien pronto enemistarse con los suizos, y acabamos de presenciar su unión con su enemigo natural Maximiliano contra sus aliados los venecianos. Es decir, que para vengarse de un Estado que acababa no obstante de salvar su ducado de Milan, iba á introducir en Italia, lo mismo que hiciera en la partición del reino de Nápoles con Fernando, al rival que hubiera debido rechazar con todas sus fuerzas, y á dar para siempre á la casa de Austria la posesión de la Lombardia. Tan enorme yerro solo puede explicarse por el odio que todos los príncipes tenían á esta república de comerciantes tan próspera y activa, cuyo poder algo misterioso se extendía por tantos puntos á la vez, cuyas riquezas inmensas celebraba siem-

pre la fama, y cuyo gobierno tenia una política perseverante, feliz siempre y atenta á sus intereses. Causaban la envidia de todo el mundo sus mil naves, sus treinta mil marinos, sus manufacturas de sedas, espejos y muebles, sus posesiones de la Morea, Chipre, islas Jónicas, y sobre todo sus conquistas alcanzadas sobre todos sus vecinos de Italia. Luis XII codiciaba á Cremona, Bérgamo y Brescia, separadas del ducado de Milan en 1426 y en 1499; el papa á Rávena, Rimini y Faenza, arrebatadas al estado de la Iglesia despues de la caída de César Borgia; el rey de Aragon á Brindis, Otranto y Gallípoli cedidas por los últimos reyes de Nápoles; el emperador á Vicenza, Verona y Padua, usurpadas, segun él decia, al imperio que jamás ejerció sobre ellas mas que una soberanía ilusoria, y además á Trevisa y el Frioul quitados á la casa de Austria; y finalmente el duque de Ferrara y el marqués de Mantua reclamaban algunos territorios cercanos al Pó. La envidia y la codicia eran pues únicamente los que reunian tantas potencias enemigas contra un estado, que unos tenian grandes razones de defender, y los demás ningún motivo de temer.

El cardenal de Amboise y Margarita de Austria se reunieron en Cambray y firmaron allí una liga (10 de diciembre de 1508) «para hacer cesar los daños, injurias, rapiñas y males que los venecianos habian causado á la Santa Sede apostólica, al santo imperio romano, á la casa de Austria, á los duques de Milan, á los reyes de Nápoles, etc.» Esta liga era la consecuencia del nuevo sistema político que tendia á regir en Europa, formándose con ella una coalicion entre potencias que tenian intereses divergentes contra un estado único, cuya ruina se deseaba, y un arma terrible que se volvió casi en seguida contra la Francia, y que muy frecuentemente ha sido empleada contra ella.

§. III.—*Batalla de Agnadel. — Desgracias de los venecianos. — Sitio de Padua.*— El papa Julio II era el que menos interés mostraba en la ruina de Venecia, el único estado capaz de ayudar á arrojar á los bárbaros, y solamente queria infundirle terror para que le devolviese las ciudades de la Romanía. Entró pues en negociaciones con el senado, y le hizo sabedor de la liga.

Venecia no se acobardó, intentó al principio desunir á sus enemigos, y confiando despues en sus riquezas, en sus bien pa-

gados ejércitos, sus provistos arsenales y en la discordia que muy pronto debía estallar en una liga tan absurda, no quiso ceder nada al papa, y se preparó á hacer resistencia.

Conviniéronse los aliados en que Luis XII sería el primero en atacar, y que los demás se pondrían en marcha cuarenta dias despues, pues este era el medio de cargar sobre los franceses todo el peso de la guerra, y aprovecharse de sus victorias sin sacar la espada. Luis atendió á los gastos de la campaña vendiendo á los florentinos por 100,000 ducados el derecho de sitiar y arruinar á Pisa, convenio vergonzoso que le excusaba de pedir dinero á Francia.

Reunió en el Milanésado (8 de mayo de 1509) veinte mil infantes y ocho ó diez mil caballeros, y pasó el Adda. Los venecianos pusieron en pié de guerra treinta mil infantes y doce mil caballos mandados por Petigliano y Alviano; y se hicieron fuertes en Treviglio, donde se trabó un fuego de artillería durante te muchos dias. Queriendo Luis obligarles á abandonar esta posición, quiso cortarles los caminos de Crema y de Cremona, y se dirigió á Rivolta. Los venecianos hicieron una contramarcha hácia Vailla para anticipársele y detenerle (14 de mayo): se fortificaron en Agnadel y resistieron al principio á la vanguardia francesa; pero cuando llegó todo el ejército, y Bayardo, Alegre Molard y demás jefes de aventureros rodearon su flanco por las lagunas, se pusieron en completa derrota. Quedaron en el campo de batalla ocho ó diez mil con todos los bagajes y la artillería; cayó Alviano prisionero, y los franceses no perdieron mas que quinientos ó seiscientos hombres. Los restos del ejército veneciano se retiraron á Peschiera: rindiéronse Brescia, Crema y Bérnigamo; Peschiera tomada por asalto por los aventureros, fué entregada al saqueo, y los dos gobernadores fueron ahorcados por órden del rey á pesar de las súplicas de sus caballeros. Finalmente fué tomada Cremona y se detuvo el ejército francés. Quince dias le habian bastado para cumplir su tarea.

Todos los enemigos de Venecia arrojaron gritos de alegría con esta brillante campaña, y se pusieron en movimiento. El papa se apoderó de las ciudades de la Romanía; los puertos napolitanos se rindieron, sin combatir, á Fernando, á quien la república queria separar de la liga: los señores de Ferrara y de Mantua re-

conquistaron con poco trabajo los territorios que reclamaban: los vasallos de Maximiliano (que despues de haber pedido á todos, á Enrique VII, al papa, á la Alemania y á Luis XII, se hallaba sin dinero y sin soldados) se apoderaron del Frioul y de la Istria; y en fin la aproximacion de los franceses hizo rendir ante un pequeño cuerpo aleman á Verona, Vicenza y Padua. Así terminaron las victorias de los confederados.

Despues de su derrota llamó Venecia todas las guarniciones, abandonó sus estados de Tierra Firme, renunció á la política que hacia muchos siglos seguia; y retirada en sus inexpugnables lagunas, esperaba el efecto de las discordias que dividian ya á sus enemigos. Estaba en negociaciones con todos, excepto el rey de Francia, á quien odiaba á muerte por su perfidia, sus victorias y su encarnizamiento. Maximiliano rehusó sus ofertas, Fernando las aplazó, y el papa las acogió favorablemente.

Luis estaba detenido en el Adige. Dejó setecientas lanzas á Palice y á Bayardo para que ayudarán al emperador, trajo sus tropas al Milanésado, y regresó á Francia.

Maximiliano salió á campaña cuando todos sus aliados estaban en inaccion: los venecianos acababan de recobrar á Padua, donde habian reunido cuatro mil caballos, veinte mil infantes y toda su nobleza: y puso sitio á esta plaza con ochenta mil hombres, doscientos cañones, y un refuerzo de mil hombres de armas y quince mil infantes enviados por Luis XII (15 de setiembre de 1509). La ciudad hizo una heróica resistencia, rechazó dos asaltos, y el emperador levantó vergonzosamente el sitio abandonando el ejército, los bagajes y municiones para salvarse en Alemania. Acusó de pérfidos á sus aliados, y suplicó á los franceses que protegieran sus conquistas (3 de octubre).

Los venecianos recobraron á Vicenza, amenazaron á Verona, y sitiaron á Ferrara. Los franceses se vieron obligados á defender á Verona y pagar las tropas que abandonaba Maximiliano. El duque de Ferrara abrasó con su artillería la escuadra veneciana, que bloqueaba su ciudad, y la destruyó matándole diez mil hombres.

§. IV.—*Julio II, los suizos y Fernando se declaran contra la Francia.—Guerra con el papa.—Negocio de Bolonia.*—Al adherirse Julio II á la liga, se olvidó de su gran proyecto, la expulsion de

los bárbaros, y volvió á emprenderlo cuando logró su parte de los despojos de Venecia. Se reconcilió con la república, conservó sus conquistas, y buscó por todas partes enemigos contra la Francia (1510).

Al principio negoció sin éxito alguno con Maximiliano y con el rey de Inglaterra Enrique VIII, que acababa de suceder á Enrique VI. Despues se dirigió á los suizos, á este pueblo custodiador de los Alpes como los venecianos, y que Luis habia alejado de sus ejércitos por una imprudente economía, despues de haberle pedido un aumento en sus pagas, que les negó con el mayor desprecio. El papa les envió como legado al obispo de Sion, enemigo encarnizado de la Francia, que aumentó su enojo con sus prodigalidades y adulaciones, y ensalzó la gloria que alcanzaban siendo protectores de la Santa Sede. Se aliaron con Julio y los venecianos.

Luis acababa de perder á su amigo Jorge Amboise, y se hallaba solo para desenredarse de los apuros de su situacion. Estrechó su alianza con Maximiliano, y mandó á sus tropas que siguiesen con actividad la guerra con los venecianos; pero el emperador estaba inmóvil á pesar de sus promesas, y la campaña se pasó en saqueos sin utilidad. El papa entretanto desplegó una sorprendente actividad, llegó á obtener el auxilio de Fernando dándole la investidura de Nápoles, y los franceses se quedaron sin mas aliados que Maximiliano y el duque de Ferrara, inútil el primero, y el segundo en posicion de ser defendido mas que de ofender.

No obstante la liga formada contra Luis XII tuvo poco éxito, pues una escuadra veneciana sitió inútilmente á Génova, los suizos que bajaron al Milanésado (julio de 1510) se dejaron vencer por el dinero francés y se retiraron sin combatir, y los venecianos que sitiaban á Verona fueron vencidos por los alemanes y franceses (setiembre).

Dominado el rey por los escrúpulos religiosos de su mujer, miraba como una desgracia su guerra contra el papa, y reunió un concilio nacional en Tours, que no solo le autorizó á sustraerse á la obediencia de Julio, sino que le concedió subsidios para combatirle (14 de setiembre). Envió esta decision á todos sus aliados, y les incitó á que se convocase un concilio general para re-

formar la Iglesia en su jefe y sus miembros. No se intimidó el papa, confiscó los bienes del duque de Ferrara, y marchó contra él. Acudió en su defensa Chaumont de Amboise que mandaba el ejército francés, y amenazó á Julio en Bolonia, quien se entretuvo en negociaciones hasta que la llegada de un ejército veneciano obligó á los franceses á retirarse: excomulgó entonces á Chaumont, volvió á tomar la ofensiva dirigiéndose á la Mirándola, que pertenecía á un señor aliado de la Francia; y armado allí de piés á cabeza, y á pesar de su edad, apuntó la artillería, dirigió los ataques, y entró él mismo por la brecha (enero de 1511). Chaumont llegó demasiado tarde á defender la plaza, pero habiendo puesto sitio el anciano pontífice á los castillos que provisionaban á Ferrara, fué vencido por Bayardo, que le hizo perder mas de cuatro mil hombres, y le obligó á retirarse á Ravena. Murió Chaumont, y pasó el mando á Trivulzio (11 de marzo).

Luis XII seguía pidiendo á Maximiliano que apoyase su idea de convocar un concilio general, pero este temia un cisma y aun mas el poder de los franceses, á quienes veia reemplazar á los venecianos. Si el emperador hubiera podido recobrar sin combatir los territorios que reclamaba de la república, hubiese dado oido á las intrigas del papa y de Fernando que le impelían á que entrase en la liga. Convocó en Mantua un congreso para la pacificación de Italia. El rey de Francia hizo en él las mas moderadas proposiciones, pero el papa logró desbaratar é inutilizar el congreso. Luis entonces no trató mas con el pontífice; una asamblea formada por el clero francés decretó la convocacion de un concilio general en Pisa, publicáronse escritos amenazadores contra la autoridad pontificia, y un numeroso ejército se dispuso á pasar los Alpes.

Despues de la interrupcion del congreso, el ejército pontificio se retiró á Bolonia: siguióle Trivulzio, y al llegar ante los muros de esta ciudad, la atacó con su artillería durante muchos dias. Bolonia se insurreccionó y entregó sus puertas (21 de mayo), huyó el papa, y su ejército se dispersó sin combatir. Los franceses se arrojaron detrás de los fugitivos y mataron mas de tres mil, siendo el fruto de esta fácil victoria cuarenta cañones, todos los bagajes, y una multitud de prisioneros. Julio estaba humillado y furioso, y creyó que los vencedores no se detendrian hasta lle-

gar á Roma. Pero Luis no supo aprovecharse de sus victorias, pues embarazado por sus piadosos remordimientos y los ruegos de su mujer, se manifestó enteramente inclinado á la paz, y llamó sus tropas á Lombardía para unir las á las de Maximiliano. Cuando Julio se vió libre del peligro, se mostró aun mas encarnizado contra la Francia: reunió un nuevo ejército, excitó á los suizos á bajar á Milan, y procuró introducir en la liga á Margarita de Austria y al emperador. Luis dirigia en tanto todas sus fuerzas contra los venecianos, trabajando en pro de Maximiliano: tomó á Vicenza, devastó el Frioul y sitió á Trevisa; pero la miseria y las enfermedades diezaban el ejército francés y nunca llegaba el emperador. Habiendo sabido este príncipe caprichoso que el papa estaba mortalmente enfermo, pensó en hacerse elegir despues de él, y ascender al imperio su nieto Carlos. Luis condujo sus tropas al Milanesado.

Se inauguró el concilio de Pisa con cuatro cardenales y casi todos los obispos de Francia (1.º de setiembre de 1511), pero el papa puso en entredicho esta ciudad; se insurreccionó el pueblo, y el concilio se vió obligado á retirarse á Milan.

La opinion pública se pronunció muy vivamente contra esta asamblea que podia renovar el gran cisma: ningun príncipe ni aun la reina de Francia, como duquesa de Bretaña, queria enviar á ella á sus obispos: los reyes de Aragon y de Inglaterra hicieron con este objeto vivas representaciones á Luis XII; y Julio neutralizó el efecto de esta asamblea convocando un concilio en San Juan de Letran, y excomulgando el conciliábulo de Milan.

§. V.—*Formacion de la santa liga.—Campana de Gaston de Foix.—Batalla de Ravenna.*—Las intrigas de Julio y los yerros de Luis produjeron su resultado. El papa, Venecia y Fernando formaron una liga llamada *santa*, y se comprometieron á emplear todas sus fuerzas para arrojar á los franceses de Italia (8 de octubre). Enrique VIII accedió secretamente á esta liga, é hizo con Fernando un tratado particular por el cual volvía la Guiena á la corona de Inglaterra y quedaba Navarra para la de Aragon. Invitado Maximiliano á adherirse á los confederados, aprobó el concilio de Letran, y negoció con los venecianos. Finalmente los suizos, que hubieran permanecido amigos de Francia mediante diez mil ducados, se prepararon á invadir la Lombardía.

De modo que la coalicion formada por el rey de Francia contra Venecia se volvió contra él: se veía amenazado de la mitad de Europa sin tener un solo aliado, porque Maximiliano se hallaba sin recursos y pronto á abandonarle, y en fin estaba desacreditado en toda la cristiandad como jefe de su guerra contra el papa.

Luis convocó un ejército destinado á hacer frente al de la liga, pero en el momento en que se dirigia hácia la Romanía, pasaron los Alpes diez y seis mil suizos. Habia sido nombrado gobernador del Milanésado el duque de Nemours, Gascon de Foix (1), jóven de veinte y dos años de edad y lleno de actividad y audacia: tenia sobre su flanco á los venecianos, que habian tomado segunda vez sin obstáculo á Vicenza y el Frioul: sabia que estaba cerca de Imola el ejército de Aragon, compuesto de ocho mil infantes, cuatro mil caballos y veinte y dos cañones, y veia por fin detrás de sí á los suizos que se dirigian á Milan.

Vuélvese Gaston contra estos últimos, les coge los víveres, los acosa con pequeños combates y les obliga á retirarse á fuerza de dinero; marcha despues con mil y trescientas lanzas y catorce mil infantes á socorrer á Bolonia, que estaba sitiando el ejército de la liga, consigue entrar en la ciudad, y hace levantar el sitio (7 de febrero de 1512). Pero sabe en aquel mismo dia que Brescia ha abierto sus puertas á los venecianos, y que Bérgamo y Cremona van á seguir su ejemplo; y abandona en seguida á Bolonia, marcha con una rapidez maravillosa, vence á los venecianos, y llega en nueve dias á los muros de Brescia. Era una de las ciudades mas ricas de Italia, y mucho tiempo hacia codiciada por los aventureros franceses; fué tomada por asalto, saqueada y devastada sin compasion (19 de febrero). «Esto fué la ruina de los franceses, porque hicieron tan rica presa en esta ciudad, que la mayor parte de ellos se volvieron á su patria dejando la guerra.»

A pesar de estas ventajas cada dia era mayor el peligro. A instancias del papa acababa de enviar Enrique VIII á España diez mil hombres para atacar los Pirineos y apoderarse de la Guiena (4 de febrero). Los suizos avanzaban á la vez hácia la Borgoña y el Milanésado; Margarita de Austria se preparaba á atacar la Picardía, y Maximiliano en fin, siempre inconstante y pérfido, co-

(1) Era hijo de María, hermana del rey y de Juan de Foix vizconde de Narbona.

braba 50,000 ducados por una tregua de diez meses con los venecianos. La Francia se veía por vez primera atacada por todas sus fronteras y conquistas, y estallaban al mismo tiempo los odios concebidos contra ella desde la loca expedición de Carlos VIII. Todos los estados de Occidente olvidaban sus diferencias y proyectos anteriores para humillar y menoscabar á esta potencia, cuyo ambicioso capricho habia trastornado el sistema político de Europa.

Luis XII resolvió dar un golpe trascendental en Italia, y dió prisa á su sobrino para que marchara contra el ejército de la liga y le presentara la batalla. Gaston, que alcanzó el renombre de gran capitán con sus marchas rápidas y brillantes victorias, habia vuelto desde Brescia á Módena con mil y seiscientas lanzas, diez y ocho mil infantes franceses, italianos y alemanes, y la brillante artillería del duque de Ferrara. Componíase el ejército español y pontificio, que mandaba Ramon de Cardona, de mil y quinientas lanzas y diez y seis mil infantes, y se apoyaba sobre las últimas cordilleras de los Apeninos. Gaston marchó á Ravena, y fué perseguido por el enemigo que le encerró entre la ciudad y su campamento. Abandonó entonces el sitio y atacó el campo español (11 de abril). Fué rechazada su infantería, y mandó hacer fuego á su terrible artillería. Cansada la caballería del papa de ser despedazada por las balas, mientras se mantenía en la reserva la infantería española, se lanzó sobre los franceses y sufrió una derrota. Entonces se arrojó toda la infantería francesa sobre la española, que se retiró sin ser vencida. El fogoso Gaston no creyó completa su victoria, mandó dar otra carga contra los españoles, y fué vencido por un soldado enemigo que le hundió su espada en el pecho. Los vencidos perdieron doce mil hombres, sus bagajes y su artillería, y los vencedores seis mil, incluso su jóven y brillante general. Fué la batalla mas sangrienta que se habia visto hasta entonces en las guerras de Italia (1).

§. VI.—*Derrotas de los franceses.—Conquista de Navarra por Fernando.*—Palice sucedió á Gaston, y viendo la disminucion del ejército por la desercion de los alemanes, y temiendo por Milan que nuevamente amenazaban los suizos, dejó ocho mil hombres

(1) Guicciardini, lib. X. p. 585—596.—Sismondi, Repúblicas italianas, t. XIV, p. 196—212.

en la Romanía, y condujo el resto del ejército al Milanesado, donde se dispersó por la falta de dinero y de disciplina, hasta llegar al extremo de inutilizar enteramente la victoria de Ravena.

Los aliados volvieron bien pronto de su terror. Fortalecido el papa con el concilio de Letran, donde se hallaban reunidos ochenta y tres obispos, excomulgó á la asamblea de Milan, redobló sus violencias contra los franceses, y entregó su reino al que primero lo conquistase. A pesar de los testimonios de amistad que Luis XII daba al emperador, entró abiertamente éste en la liga, y envió á reconquistar el ducado de Milan á Maximiliano Sforza, hijo de Ludovico el Moro.

Llenos de odio y de furor contra la Francia, se dirigieron veinte mil suizos por Trento y Verona á reunirse con diez mil venecianos, y entraron en el Milanesado con Sforza. Palice solo tenia ocho mil hombres, y dejando algunas guarniciones en algunas plazas, abandonó el ducado. Se dispersó el concilio de Milan.

El papa reconquistó la Romanía, recobró á Bolonia (29 de junio de 1512), derrotó al duque de Ferrara, y se apoderó de Parma y Plasencia. Génova se sublevó, arrojó á los franceses, y nombró un dux: los españoles invadieron la Toscana, y para castigar á Florencia por su antigua adhesión á la Francia, devolvieron su posesion á los Médicis. Los franceses eran perseguidos y muertos por todas partes, y no poseian mas que las ciudadelas de Milan, Novara, Cremona y Génova. Todos los confederados se disputaban el Milanesado, y Sforza fué restablecido en su ducado, hecho jirones, pues se llevaron los Grisones, la Valtelina, el papa, Parma y Plasencia, y Maximiliano algunos territorios rayanos al Tirol.

Mientras todas las fuerzas de los aliados estaban ocupadas en el Milanesado, Fernando el Católico se aprovechó de la conflagracion general para unir á sus reinos de España el de Navarra, que era un estado que aseguraba su frontera por el lado de Francia, donde á la razon reinaba Juan de Albret en nombre de su mujer Catalina de Foix, y que era uno de los aliados de Luis XII, aunque no le habia enviado auxilios. Julio II le excomulgó como cómplice cismático del rey de Francia, y dió su reino al que primero lo ocupase. Fernando, al verse con un ejército inglés á su disposicion, atacó á Juan á pesar de sus protestas de neutrali-

dad, y le arrojó de sus estados en muy pocos días (julio de 1512). Corrió en su defensa Francisco duque de Angulema, venció á los aragoneses, y llegó hasta los muros de Pamplona; pero Navarra quedó por Fernando, y desde aquella época no ha dejado de estar unida á la monarquía española.

Murió Julio II (21 de febrero de 1513), y fué su sucesor Leon X, de la casa de Médicis, y enemigo declarado de la Francia. Su familia que habia sido arrojada de Florencia por los franceses, acababa de ser restablecida por los enemigos de Francia, y el mismo Leon habia peleado contra los franceses, cayendo prisionero en la batalla de Ravena. Además era un hombre de mucho talento y solo tenia treinta y siete años.

§. VII.—*Liga de Luis XII con los venecianos.—Batalla de Novara.*—Continuaba la guerra mezclada con negociaciones tan complicadas, innobles y contradictorias, que es difícil seguirlas. El mas astuto y falso de todos los soberanos de aquella época era Fernando el Católico, que con todo el mundo negociaba, para no cumplir si así le convenia. Al mismo tiempo que firmaba una tregua con Luis XII en nombre del emperador y del rey de Inglaterra, firmaba con estos dos una nueva liga, por la cual se resolvía atacar á los franceses, no solamente en Italia sino en las fronteras de Francia.

Luis buscaba por todas partes aliados con ahinco, y no pudo hallarlos mas que en el pueblo cuya ruina habia deseado. Después de haber hecho derramar tanta sangre para destruir á los venecianos, tendia los brazos á sus aliados naturales para salvarse á sí mismo. Después de haber padecido tanto los venecianos con la santa liga, se unian voluntariamente al autor primitivo de sus desgracias, temiendo mas de él que de Fernando, Maximiliano ó el papa. Se firmó un tratado por el cual garantizaban á Luis XII la posesion del Milanésado, y le dieron diez mil infantes y cuatro mil ginetes mandados por Alviano (24 de marzo de 1513).

Luis entonces solo pensó en volver á conquistar el ducado de Milan, en vez de reunir todas sus fuerzas para la defensa de su reino, pues sabia que los milaneses aborrecian ya á Sforza, sin tener mas apoyo que los suizos. La Tremoille y Trivulzio entraron en el ducado con dos mil lanzas y diez y seis mil infantes,

se rindieron todas las ciudades, y Sforza se encerró en Novara, donde le sitiaron los franceses (mayo).

Sforza no tenia mas tropas que los suizos, que tan indignamente habian vendido á su padre en esta misma ciudad; pero en esta ocasion se resistieron gloriosamente, y la Tremoille emprendió la retirada. Siguiéronle los suizos en número de veinte mil, y le acometieron de improviso, cerca de la Riotta (6 de junio). Nada pudo resistir á esta terrible infantería que no tenia ni un solo cañon: llena de terror la caballería francesa empezó á huir: quedaron en el campo de batalla mas de diez mil hombres, y toda la artillería cayó en poder de los vencedores.

Los franceses volvieron á pasar los Alpes, y el Milanésado entró segunda vez bajo la dominacion de Sforza. Ramon de Cardona venció al mismo tiempo en Vicenza el ejército veneciano, y los españoles devastaron sin compasion el estado de Vénezia, llegando hasta las mismas lagunas de la ciudad.

§. VIII.—*Jornada de las espuelas.*—*Invasion de Borgoña.*—*Dissolucion de la liga.*—*Muerte de Luis XII.*—La Francia estaba amenazada por todas sus fronteras al mismo tiempo. Los españoles entraron por el Pirineo, los suizos por Borgoña, y los ingleses desembarcaron en Calais. Enrique VIII, despues de haber esperado á Maximiliano, que llegó, como acostumbraba siempre, sin dinero y sin soldados, sitió á Terouane (1513). Un ejército francés intentó socorrer á la guarnicion, pero el cuerpo encargado de esta operacion se encontró con una parte del ejército inglés, y retrocedió hácia la caballería, la cual se arrojó en desórden sobre la infantería, y la derrotó huyendo todos repentinamente (16 de agosto). Queriendo impedir la derrota el duque de Longueville (Dunois), Bayardo y Palice cayeron prisioneros. Esta fué la deshonrosa accion de Guinegate, donde solo hubo cuarenta hombres muertos, y que se llamó por irrision la *jornada de las espuelas*. Terouane se rindió, y los ingleses pusieron sitio á Tournai. La toma de esta última ciudad indispuso á los dos aliados, y Enrique regresó á Inglaterra, á donde habia enviado ya la mayor parte de sus tropas, á causa de una invasion de Jacobo IV, rey de Escocia, fiel aliado de Luis XII. Los escoceses fueron vencidos en Flodden, y perdieron diez mil hombres y entre ellos á su rey.

La Borgoña echaba de menos su independencia, y era siempre objeto de las simpatías de la casa de Austria. Vióse acometida pues por la gobernadora de los Países Bajos de concierto con los suizos. Llegaron estos en número de veinte mil ante los muros de Dijon, que no se hallaba en estado de defensa (7 de setiembre). La Tremoille solo contaba con cuatro ó cinco mil hombres esparcidos en las plazas para defenderse del enemigo. Entró pues en negociaciones con los suizos, los sedujo, engañó y los convenció para hacer «un tratado maravillosamente extraño», según dijo el rey al saberlo, y estas sencillas gentes accedieron á la paz general sin aconsejarse de nadie. Luis debía darles 400,000 escudos de oro, abandonar el Milanesado, disolver el concilio de Milan, etc. Satisfechos y alegres de su obra, del dinero que se les distribuyó á cuenta y de las promesas que pródigamente recibieron, no pidieron nada y partieron (18 de setiembre).

«Sin esta honrosa derrota, dijo la Tremoille, estaba ya perdido el reino de Francia, pues acometido por todos sus vecinos y por todos lados, difícilmente hubiera podido sostener tantas batallas sin hundirse bajo sus ruinas.» El rey quedó no obstante muy poco contento del tratado, y negándose á ratificarlo, aumentó el resentimiento de los suizos.

A pesar de tantas derrotas dejaba de ser temible la coalicion y la Francia no habia perdido nada á excepcion de Terouane y Tournai. Leon X no profesaba á la Francia el odio furibundo de su antecesor, pues era un príncipe de costumbres muy cortesananas, que cifraba su ambicion en hacer feliz y rica á su familia, y en gozar su alta dignidad en medio de una pomposa corte. Negoció con todas las potencias, contemporizó con todas, excitando el amor de la paz, el temor de los turcos y el deseo de una cruzada; y cuando Luis XII abjuró de su concilio y dejó el Milanesado á Sforza, se reconcilió con él (17 de marzo de 1514).

Siguió á este tratado una tregua con Maximiliano, que estaba satisfecho viendo que los franceses renunciaban el ducado de Milan, y con Fernando á quien permitió que poseyera á Navarra. Viéndose entonces Enrique VIII abandonado por sus aliados, hizo tambien paz con Francia, y en prenda de esta reconciliacion Luis XII, que habia perdido á Ana de Bretaña y no tenia hijos varones, se casó con María hermana de Enrique (7 de

agosto). Pero esta princesa no tenia mas que diez y seis años, y el rey, que rayaba en los cincuenta y cuatro, gozaba de una salud muy delicada; cambió de vida con la compañía de su joven esposa, y murió seis semanas despues de su casamiento (1.º de enero de 1515), no dejando mas que dos hijas, Claudia, casada con Francisco duque de Angulema, y Renée, que fué despues duquesa de Ferrara.

§. IX.—*Estado de la Francia en el reinado de Luis XII.*—*Artes y letras.*—Luis XII bajó á la tumba acompañado de las lágrimas de sus súbditos, pues á pesar de sus desastrosas guerras, la Francia disfrutó bajo su reinado prosperidad y reposo. El pueblo, cuyo horizonte era tan limitado, tenia poco cuidado de la errada política del rey: jamás se mezclaba en los negocios sino cuando se le pedian impuestos ó experimentaba menoscabo en sus bienes; y mientras eran ligeras las contribuciones, estaban léjos los enemigos y no les robaban los soldados, trazaba alegremente sus sulcos y bendecia al rey que le permitia gozar unos tiempos tan bonancibles. Luis tenia además un carácter muy afable, excelentes y sanas intenciones y mucha economía, virtud muy rara en los príncipes y que no dejó jamás, á pesar de las burlas de sus cortesanos. «Mas quiero, decia, verles reir de mi avaricia, que ver á mi pueblo llorar por mis gastos.»

La agricultura adelantó de un modo muy sensible bajo su proteccion activa é ilustrada, y se cree «que en el término de doce años se cultivó una tercera parte de los yermos del reino.» Con la seguridad de los caminos se acrecentó el comercio interior, y empezó á desarrollarse el exterior. Las casas adquirieron mas comodidad, hubo mas elegancia en la vida privada y mas riqueza y buen gusto en los muebles y vestidos. Las artes, traídas de Italia y protegidas por Luis XII y Jorge de Amboise, alcanzaron una nueva vida; y la arquitectura de la edad media solo se empleaba en edificios religiosos. En tiempo del feudalismo solo se veian casas fortificadas y castillos; y habiendo desaparecido, el arte abandonaba las catedrales para construir elegantes casas y soberbios palacios. La arquitectura gótica se mezcló con gracia al estilo griego, y engendró admirables monumentos, de los que son los principales los castillos de Gaillon y el palacio de Justicia de Ruan, obra de Juan

Giocondo arquitecto de Luis y amigo de Jorge de Amboise.

El rey y su ministro trabaron amistad en Milan con Leonardo de Vinci, genio universal, pintor, arquitecto y mecánico, á quien hicieron ir á Francia; y sucedieron á los artistas sencillos, sin gracia y cristianos de la época de Luis XI, los pintores imitadores de la escuela italiana, en la que predominan la carne y las formas. La belleza física se insinuó victoriosamente en el cristianismo, se formó el arte pagano, y la escuela francesa no pudo conseguir ningun hombre célebre hasta Juan Coussin.

El contacto con la Italia dió una vida nueva á la literatura, pero fué menos graciosa y espontánea que la del siglo anterior. Se hizo de moda la erudicion, los escritores hicieron alarde de escribir latin en francés, y la literatura abrumada con el peso de la antigüedad, pedante y amanerada, solo fué una copia decrepita, falsa y detestable de la literatura antigua. Los poetas eran unos bárbaros y pueriles rimadores que confundian sus frases, hacian esfuerzos de ritmo y no eran mas que insulsos aduladores, de rodillas siempre y mendigando á algun señor. Asalariados tambien los historiadores como los poetas, pedantes y eruditos como ellos, solo nos han dejado recopilaciones indigestas, ignorantes y crédulas cuyas falsedades no han desaparecido aun de la creencia popular. No puede dudarse que el descubrimiento de la antigüedad y el renacimiento de sus letras desarrollaron poderosamente la inteligencia y la civilizacion, pero tambien quitaron al principio á nuestra literatura su carácter espontáneo y original, se enterpeció nuestro idioma con construcciones extrañas y ociosos epitetos, y el pensamiento se vió amenazado de desaparecer bajo las palabras.

Si el estudio de las letras antiguas no produjo ningun bien á nuestra literatura, dió en cambio al carácter nacional mayor gravedad y firmeza. La magistratura quiso imitar las austeras costumbres de Esparta y de Roma, fué sábia, patriótica, sencilla, laboriosa, leal en la defensa de las libertades de la Francia, y opuesta á la corte, á sus caprichos y excesos. Redactáronse bajo su influencia muchas ordenanzas muy prudentes y útiles, entre otras la de 1510 que reformó la justicia y mandó que las discusiones se tuvieran en lengua vulgar. Luis XII continuó la obra de su antecesor, é hizo redactar los usos de ocho provin-

cias. El autor de este trabajo fué Teobaldo Baillet, primer presidente del parlamento de Paris, «con el concurso de los bailes, senescales y estados de cada provincia.»

CAPÍTULO IV.

Batalla de Marignan.—El concordato.—Lutero. (1515—1520.)

§. I.—*Francisco I renueva la guerra.—Batalla de Marignan.—Paz general.*—Francisco I era nieto del conde de Angulema, el cual era hijo tercero del duque de Orleans asesinado por Juan Sin Miedo. Tenia veinte años, era hermoso, inteligente, valiente, magnífico, amaestrado en todos los ejercicios corporales é imbuido en las ideas romancescas de la caballería, que tan fatal influencia ejercieron en su destino; «y jamás se habia visto en Francia un rey tan á gusto de la nobleza (1)»

Despues de haber celebrado su advenimiento con festejos que agotaron su tesoro, entregó la espada de condestable al duque de Borbon, dió la superintendencia de rentas á Boissy, los sellos á Duprat, primer presidente del parlamento de Paris; pero el personaje que dominó la administracion fué Luisa de Saboya, madre del rey, mujer vanª y celosa, ávida de gozar y de gobernar.

Francisco pretendia los mismos derechos que Luis XII sobre el Milanesado como esposo de su hija Claudia, y su orgullo le arastró á vengar en Italia las humillaciones de la Francia. Luego que se sentó en el trono se preparó á hacer la guerra á Sforza, que no tenia mas apoyo que los suizos y la proteccion dudosa del emperador y el rey de Aragon. Renovó la paz con Enrique VIII y la alianza con los venecianos: volvió á tener bajo su dominio á Génova por medio de las intrigas de algunos ciudadanos de esta inconstante república; y entró despues en negociaciones contra el emperador y el rey de Aragon con el nieto de ambos, Carlos de Austria, á quien prometió la mano de la segunda hija de Luis XII, comprometiéndose á ayudarle un dia

(1) Bayardo, cap. 58.

á recoger las herencias de sus dos abuelos (24 de marzo de 1515). La santa liga se reformó al saber estos tratados para mantener á Sforza en la posesion del Milanesado, y entraron en ella el papa, Fernando de Aragon y los suizos.

Reuniéronse en el Delfinado dos mil y quinientas lanzas, seis mil infantes gascones, cuatro mil aventureros franceses y ocho mil *lansquenets* (1). El rey dejó la regencia á su madre, y partió acompañado del condestable de Borbon, de los duques de Lorena, Vendome, Alençon y Güeldre, de los mariscales Trivulzio, Chabannes, Tremoille, Bayardo, Lautrec, etc.

La santa liga se habia ya puesto en movimiento. El emperador solo contribuyó con sus promesas, pero los españoles mandados por Cardona habian arrebatado á los venecianos Brescia, Verona y Vicenza, el ejército del papa estaba en camino para reunirse con ellos, y Sforza envió veinte mil suizos al Piamonte. Estos suizos al mando de Próspero Colonna estaban encargados de impedir á los franceses el paso de los Alpes, y se colocaron detrás de estas montañas desde el monte Cenis hasta Ginebra, que eran los únicos pasos que se creian practicables para un ejército.

El ejército francés resolvió burlar las posiciones de los suizos atravesando las montañas intransitables hasta entonces: se dividió en tres cuerpos, y en muchos destacamentos destinados á distraer al enemigo en los pasos del monte Genebra y del Cenis. El del centro salió de Queyras hácia Durance (10 de agosto de 1515), y avanzó por la cordillera de Agnello, por un mal sendero practicado en la falda meridional del monte Viso, donde á duras penas iban los cazadores, por el que fué forzoso arrastrar con inauditos trabajos noventa cañones, y se dirigió á Saluces. El ala derecha salió de Barceloneta y llegó por la cordillera de Argentiera á Dermonte: el ala izquierda salió de Brianzon, subió la cordillera de Sestrieres, y se dirigió á Villafranca: y como era la mas cercana de los suizos, sorprendió en esta ciudad á su general y le hizo prisionero (15 de agosto).

Este paso maravilloso llenó de terror á toda la Italia: los suizos emprendieron hácia Milan su retirada, el ejército pontificio

(1) Era el nombre que se daba á los aventureros alemanes, de *landsknechte*, hijos del país.

se detuvo en Módena, y cortado Cardona por Alviano, que mandaba los venecianos, se retiró de Verona á Plasencia. Los franceses avanzaron rápidamente sin detenerse en tomar á Milan, marcharon contra los suizos que se retiraban á Plasencia para reunirse con sus aliados, y les ofrecieron por medio de negociaciones 700,000 escudos con una pension para Sforza, si salian del ducado. Se hizo el trado, y los suizos se dirigian al Simplon, cuando descendieron de los Alpes veinte mil compatriotas suyos con el cardenal Sion. No eran hombres estos que se contentaban con volverse sin botin, comprometieron á los primeros á violar el tratado, y tomaron las armas todos en número de treinta y cinco mil. Los franceses avanzaron hasta Malegnano ó Marignon, para poder reunirse mejor con los venecianos, y para separar á los suizos de los ejércitos español y pontificio.

Llegó en efecto á Lodi Alviano, que tenia á Cardona estrechado en la orilla izquierda del Pó, y los suizos entraron en Milan viéndose aislados de sus amigos. Volvieron á empezar las negociaciones, y teniendo Francisco por segura la victoria, se detuvo en una mala posicion cerca de Marignan, y los suizos, excitados por el cardenal de Sion, salieron de Milan y avanzaron sin reflexion hácia el campamento francés por una larga y estrecha calzada situada entre dos pantanos (13 de agosto). Sorprendido el ejército francés, se puso luego sobre las armas: el condestable queria mandar la retirada; pero el rey exclamó: «Antes pelearé yo solo, que huir ante esa turba de campesinos (1).»

Entonces la caballería, en número de quinientos ginetes contra quinientos montañeses, dió mas de treinta cargas á esta cabeza de columna sin poderla detener: en vano la artillería le hizo un fuego horroroso, y los lasquetetes arrojándose en los pantanos la acosaron por el flanco, seguidos de toda la nobleza de Francia por el frente; pues avanzaba siempre con las picas bajas, estrechando sus filas á medida que el cañon abria en ellas brechas y llegó hasta apoderarse de las primeras baterías. Solo la noche les detuvo.

Los combatientes permanecieron en el sitio donde acababan de pelear, y como los reductos de los dos campamentos se habían

(1) Vieilleville, t. I, p. 295.

cruzado indistintamente por ambos ejércitos, se mezclaron durante la noche los cuerpos suizos y franceses, y el rey se durmió sobre un cañón á pocos pasos de un batallón enemigo. Al rayar el día volvió á comenzar el combate; pero como el condestable habia reunido sus tropas y tomado buenas disposiciones, fueron rechazados los suizos. Finalmente cuando estos oyeron los gritos del ejército veneciano, que habia andado toda la noche para tomar parte en la batalla, se retiraron en buen orden dejando en el campo doce mil muertos, y volvieron á tomar el camino de sus montañas sin detenerse en ninguna parte. Sforza se encerró en Milan, donde muy pronto firmó una capitulación por la cual cedió el ducado á Francisco, y fué enviado á Francia donde murió. La victoria de Marignan, á pesar de costar seis mil hombres á los vencedores, hizo mucho ruido y fué muy ensalzada hasta por los enemigos de Francia, y dió fin á la preponderancia militar de los suizos. Francisco I adquirió una confianza tan extrema en su talento, que se creyó el mas grande de los monarcas de Europa, porque habia castigado á los que se llamaban «castigadores de los príncipes.»

Estaba vencida la liga, y los franceses dominaban otra vez en Italia. Francisco I quiso hacer en ella duradera su influencia, adquiriendo la amistad del papa y de los suizos, que eran la cabeza y los brazos de la liga. Leon X, que se creia perdido, intentó salvarse entregando á Parma y Plasencia, y el rey aseguró la posesion de Florencia á los Médicis (13 de octubre). Los suizos celebraron un tratado por el cual la Francia podia sacar soldados de su país pagando 700,000 escudos, y este tratado, que tomó el nombre de paz perpétua, ha durado tanto tiempo como la monarquía francesa (29 de noviembre).

No le quedaban mas enemigos que Fernando de Aragon y Maximiliano. Un convenio hecho con Cardona permitió á las tropas españolas regresar al reino de Nápoles. Maximiliano, que siempre llegaba demasiado tarde, hizo una invasion en los estados venecianos cuando Francisco se hallaba de vuelta de su expedicion en Francia (marzo de 1516).

El condestable, que habia quedado custodiando el ducado, retrocedió al principio ante el ejército de aventureros del emperador, pero llegaron en su ayuda diez mil suizos que excitaron

á la desercion á sus compatriotas del otro ejército, y temiendo una traicion, Maximiliano huyó vergonzosamente.

Murió entonces Fernando el Católico (23 de enero), dejando á su nieto los reinos de Aragon, Nápoles, Sicilia y Cerdeña, pero con grandes dificultades para apoderarse de su rica herencia; de modo que, á pesar de las instancias de Maximiliano para hacerle continuar la guerra, Carlos se apresuró á ganar la amistad de Francisco. Este no concibió ningun temor por la masa de estados que iba á recaer sobre este jóven príncipe, y con mas generosidad que prudencia, firmó con él un tratado de alianza ofensiva y defensiva. Carlos debia casarse con la hija de Francisco, y prometia dar una satisfaccion á Albret por el reino de Navarra (13 de agosto). Maximiliano accedió á este tratado (8 de octubre), devolvió á Venecia todos sus estados, pero excluida esta república del rango que hasta entonces habia ocupado, era incapaz en adelante de servir de barrera á la Italia y ser útil á la Francia. Todas aquellas negociaciones se terminaron con un tratado con Inglaterra, que daba á Tornai á los franceses, mediante 600,000 coronas.

§. II.—*Ministerio de Duprat.—Venta de los empleos judiciales.—El concordato.*—La Europa estaba en paz. Lleno de gloria Francisco I por su victoria de Marignan, por su dominadora influencia en Italia, y por su protectorado sobre los estados de Carlos de Austria, solo se ocupaba en fiestas, amores, torneos y liberalidades. Se creia un gran rey, y todos se lo decian, y ante él se humillaban. No existia en Europa un monarca mejor obedecido; habia desaparecido completamente la resistencia feudal, y si no hubiera sobrevenido una revolucion religiosa, haciendo renacer el poderío y la posicion de los señores, hubiese empezado entonces muy fácilmente la monarquía absoluta. Bajo este aspecto son dos hombres iguales Francisco I y Luis XIV, aunque separados por esta revolucion religiosa. El primero se alababa de haber librado de ayos á los reyes de Francia, y el segundo dijo: «El estado soy yo.»

Francisco dejaba el gobierno enteramente en manos de su madre, y ésta en las de Duprat «que era uno de los hombres mas perniciosos que existieran jamás.» Convirtiósese este ministro en objeto del odio popular por sus actos arbitrarios, el desprecio

que hacia de las leyes, los fallos inicuos que hizo pronunciar por medio de comisiones, y la multitud de tributos y vejaciones que inventó. «No tuvo otra idea, durante los veinte años de su ministerio en que todo lo podia y á todo osaba, mas que acrecentar su fortuna y la autoridad del monarca. Fué uno de esos ministros, que sin ser amados de su rey, emprenden la tarea de ser sus defensores y de aumentar sus prerogativas; un hombre de accion y despotismo, duro é insensible á las quejas de los súbditos, y atrevido en los golpes de estado; el Richelieu de su época, con grandeza y dignidad.» Las ventas de los empleos judiciales y el concordato fueron los actos mas impopulares de Duprat.

Los impuestos ordinarios no bastaron para satisfacer los gastos de unas guerras tan prolongadas y el extremado lujo de la corte. Luis XII habia podido seguir adelante por medio de su economía, empeñando sus dominios, creando nuevos empleos judiciales, que vendió, recibiendo de los adquirentes sumas adelantadas, las cuales recargaba sobre los impuestos venideros. Francisco I convirtió en un manantial perpétuo de rentas este último medio, que habia costado á su antecesor la fama de despota ilegal y dilapidador. Desde los primeros años de su reinado creó para tender á la guerra contra los suizos una cámara nueva en el parlamento de Paris, compuesta de veinte consejeros cuyas dignidades puso en venta. El parlamento hizo una enérgica resistencia, diciendo «que envilecía á la justicia el ponerla á precio de oro tan vergonzosamente,» y no dió su sancion á la ordenanza sino añadiendo la cláusula de «según la expresa voluntad y mando del rey, muchas veces repetido.» La creacion de las nuevas plazas continuó á pesar de todos y de las restricciones que pusieron los parlamentos en la admision de los nuevos magistrados, de modo que se dobló el número de los ugières, procuradores y escribanos, y se llenó la Francia de empleados judiciales, cuyo origen inducia á dudar de su desinterés, y que el estado retribuía, declarándoles exentos de las cargas del pueblo. Fué un mal de mucha trascendencia, y la nacion prosiguió quejándose inútilmente. Estos empleos comprados se convirtieron en propiedades que podian transmitirse y venderse, los tribunales de justicia adquirieron mas inde-

pendencia, y se desarrolló en ellos en muchas circunstancias un espíritu de oposicion al despotismo real, que se manifestó sobre todo en el negocio del concordato.

En la época en que hicieron la paz el rey y el papa, tuvieron ambos una entrevista en Bolonia, donde se firmó un tratado por medio del ministerio del canciller aboliendo la pragmática sancion (18 de agosto de 1516). El papa dió al rey el derecho de nombrar directamente todas las dignidades eclesiásticas, y abolió las reservas, gracias, espectativas y apelaciones á la corte de Roma; y el rey renunció á la convocacion periódica de los concilios y dió al papa el derecho de las anatas.

Fué preciso que el concilio de Letran y el parlamento de Paris ratificasen este arreglo, en el que ambos soberanos se concedian mutuamente lo que no les pertenecia. El concilio era una mezquina copia de las grandes y respetables asambleas de la edad media, el cual se componia de prelados italianos adictos á la voluntad del papa; y aceptó el concordato sin deliberacion, terminando de este modo sus sesiones (16 de marzo de 1517). Un grito general de indignacion respondió al fatal tratado que entregaba la Iglesia galicana á los caprichos del monarca, ó hicieron reclamaciones el clero, la universidad y el parlamento. El rey se enojó sobre manera, y exigió que esta materia fuera objeto de las deliberaciones del parlamento; pero despues de doce sesiones declaró este que no podia sancionar ni consentir la abolicion de la pragmática.

Francisco manifestó entonces una violenta cólera, y maltrató á los magistrados. «Veremos, dijo el monarca, si hay mas reyes que yo en Francia; no toleraré jamás un senado como en Venecia.» Todo el clero manifestó su terror, la universidad determinó que se hicieran rogativas públicas como en los tiempos de calamidades, y el parlamento se resistió todo un año. Empezaron las persecuciones, fueron encarcelados algunos miembros de la universidad, viéronse amenazados con la muerte los mas enérgicos consejeros, y hasta se dijo que iba á disolverse para siempre el parlamento, el cual hizo entonces su postrera protesta contra la violencia que se le hacia, apeló al concilio general, declaró que no dejaria en la nulidad los santos decretos de la pragmática; y obligado finalmente por la necesidad, sancionó el concordato (marzo de 1518).

A pesar de esta sancion, sostenido el parlamento por la nacion, que jamás dejó de acordarse de la pragmática, persistió en considerarla como no abolida. Viendo el rey la imposibilidad de vencer la resistencia del parlamento, le privó de la deliberacion en todos los negocios eclesiásticos, y dió esta prerogativa á su gran consejo en 1527. Se hicieron mucho tiempo rogativas públicas para la abolicion del concordato, se pidió al concilio de Trento el restablecimiento de las elecciones eclesiásticas; y esto mismo fué objeto de las peticiones de los estados generales de 1579 y de los concilios nacionales de 1581, 1583, 1595, 1605, 1606, etc. Nunca pudo conseguirse; y ha subsistido hasta el fin de la monarquía el concordato, «por el cual, segun dice Bossuet, los reyes de Francia tienen la conciencia cargada con un peso terrible, y la salvacion de sus súbditos sujeta á su voluntad.»

Los reyes disfrutaron por este medio sin violencia la posesion ó disposicion de todos los bienes del clero, que formaban mas de una tercera parte de los bienes de todo el reino, convirtiéndolos á su antojo en medio de corrupcion ó de gobierno; y diéronlos en *encomiendas ó beneficios* á sus cortesanos, capitanes y favoritos que gozaban de rentas y hacian ejercer las funciones eclesiásticas á sacerdotes ordinariamente venales y de malas costumbres. Llegaron entonces al colmo la disolucion y la insolencia de muchos prelados y los desórdenes de algunos conventos. «No existia, dice el cardenal Belarmino, ni severidad en los tribunales eclesiásticos, ni disciplina en las costumbres del clero, ni inteligencia de las ciencias sagradas, ni respeto á las cosas divinas, y en fin, casi no quedó religion.»

§. III.—*Situacion de la Iglesia.—Venta de las indulgencias.—Principios de Lutero.—Erasmo.*—La corte de Roma triunfaba á pesar de los desórdenes de algunos de sus pontífices, y todos los esfuerzos de los espíritus independientes habían sido inútiles para hacerlos desaparecer. Los concilios de Constanza y de Basilea, el parlamento y la universidad de Paris, los atrevidos innovadores como Wicleffe, Juan Hus y Savonarola, hicieron mucho ruido pero sin producir ningun efecto. Roma no había perdido su poder, y nada temia: veíase siempre respetada, fuerte y grande; y tenia mucha confianza en la fe de los pueblos, la antigüedad de su poder, y lo inveterado de sus abusos. Hacia tanto

tiempo que existía con todo lo que excitaba el disgusto de algunos, que si llegaban á pronunciarse en torno suyo palabras de reforma, estaba convencida de que salían de los labios de descontentos aislados, á quien era fácil reducir al silencio. Los felices reinados de Alejandro VI y de Julio II aseguraron su poder temporal en Italia; se había convertido en gibelina, se había apartado de su naturaleza política primitiva, vendiendo la causa popular para hacerse amiga de los emperadores y de los reyes de Nápoles; y había por fin terminado con una transacción hábil y prudente sus eternas discusiones con los reyes de Francia. Asociados estos desde entonces á la Iglesia para disfrutar de sus rentas, no debían hablar más de reformas ni concilios, y las anatas abrían á los pontífices un manantial de riquezas.

Toda la ambición de Leon X, el papa de los poetas y pintores que consideraba la vida como una fiesta perpetua, se reducía á *vivir en paz y con felicidad* (1). Pero después de unos hombres como Alejandro VI y Julio II, era extrema la decadencia de la tiara, poseyéndola Leon X, el papa amable, elegante, lleno de nobleza y buen gusto, epicureo agradable, pródigo y fastuoso; el soberano del catolicismo que solo amaba la caza, los festines, la música y los versos armoniosos; que pasaba su vida en las muelles y sábias conversaciones que con sus ingenios tenía en los sombríos bosquecillos de Malliana; el verdadero tipo del paganismo resucitado con la literatura antigua, que hizo florecer al pié de la cruz la mitología de la gracia y de la voluptuosidad, que entregó al Vaticano á la belleza material y al arte pagano, en sus pinturas, estatuas y gusto arquitectónico, y que no ejerció otra filosofía que la de Aristipo y de Lucrecio.

Roma veía entrar algunas veces por sus puertas algunos monjes de Alemania ó de las comarcas del Norte, que llenos de fe y de esperanza acudían á visitar la ciudad de los Apóstoles. Eran hombres del pueblo, ignorantes, austeros, nutridos de un espiritualismo exaltado, que se asombraban de ver convertida en pagana la ciudad de san Pedro, pues todo en ella reproducía la Roma de Virgilio y de Augusto, con sus estatuas, cuadros, comedias, poetas, artistas, sacerdotes y mujeres; y el pensamiento

(1) Relaciones de Marco Minio citada por Rauke en la Historia del pontificado en el siglo XVI, t. I, p. 468.

cristiano, alterado en su origen, bajo las pompas del renacimiento, se habia convertido en una especie de evocacion universal de la belleza y del genio antiguo. Entonces retrocedian aterrados al ver aquella corte voluptuosa, ante aquellos sacerdotes literatos que preferian á Sócrates comparado con Jesus, que no querian leer la Biblia, temerosos de bastardear su bello estilo; ante aquellos cardenales sábios, mundanos y sensuales y amigos de todos los sábios, llenos de ceguedad sobre la revolucion religiosa que la erudicion y la imprenta impelian irrevocablemente; y en fin ante aquel papa, que era ó un Julio II con el casco en la cabeza y la espada en la mano, ó un Leon X amable y cortesano.

Uno de esos monjes místicos y populares fué á Roma en 1510; se llamaba Martin Lutero, y habia nacido en Eisleben, Sajonia, el 10 de noviembre de 1483. Huyó de la ciudad aterrado, condenando ya interiormente á la Iglesia (1). Era una alma enérgica, ardiente, ruda y apasionada; se encerró en la soledad solo con sus pensamientos y sus estudios teológicos, y seis años despues cuando los jefes de la Iglesia y de las naciones se creian en paz, lanzó á los pueblos el grito de rebelion y libertad cuyos resultados existen en nuestros dias.

La predicacion luterana habia tenido un precursor en Erasmo, el hombre mas universal de su época, y el que ejerció en las letras la misma preeminencia en el siglo décimosexto que Voltaire en el decimoctavo. Su fina y satírica pluma habia dado golpes terribles contra la grosería, ociosidad y excesos de las órdenes monásticas, con mofa fuerte y delicada, verbosidad inagotable, y rebosando gracia y buen tono. Sus sarcasmos contra los predicadores de indulgencias hicieron creer á Lutero que apoyaria con su nombre el movimiento de la reforma; pero Erasmo queria conservar la unidad de la fe corrigiendo las formas y los abusos, cortar las ramas sin tocar al árbol, «alzar la voz contra los que abusan de la autoridad de los sacerdotes y los reyes, pero nó contra los mismos sacerdotes y reyes (2),» y en fin ocupar un término medio entre la reforma que empezaba y el catolicis-

(1) No quisiera haber visto á Roma, decia muy á menudo, ni por cien mil florines. No estaria en paz mi conciencia si no hubiera combatido al papa.

(2) Cartas de Erasmo.

mo angosto, tenaz y desordenado de su siglo. Personificábase en él la neutralidad al lado de una facción innovadora sin medida y sin autoridad y de un partido estacionario sin razón. No respondió á las primeras proposiciones de Lutero, y fué acusado por ambos lados de indiferencia. Había demasiada distancia entre él, espíritu delicado, fino, contemplativo y tolerante, carácter del siglo décimonono y nó del decimosexto, y Lutero el revolucionario apasionado, injusto, bárbaro y colérico, hombre de materia y no de espíritu, lleno de grosería y de vehemencia, personificación del pueblo y buscando siempre las simpatías populares. Como jefe de un tercer partido, que era el de la moderación, Erasmo tuvo al principio muchos sectarios, en especial entre los sábios, de modo que la universidad de París, guiada por su espíritu de astucia y libertad, desaprobó la predicación de las indulgencias y condenó las doctrinas de Lutero; pero cuando la reforma luterana se convirtió en revolución social y trastornó todos los ánimos, era imposible un partido medio: Erasmo se quedó solo.

§. IV.—*El libre exámen.*—*Leon X condena la doctrina luterana.*—*Lutero quema la bula del papa.*—Arrastrado Lutero por la discusión y la necesidad de defenderse, llegó mucho más lejos de lo que había pensado: en cada tésis se apartaba un poco más de la doctrina católica: de la cuestión de las indulgencias llegó al principio á atacar los abusos de la Iglesia, después su disciplina y por fin sus dogmas: y llegó á minar con sus argumentos las fiestas, los ayunos, las peregrinaciones, el culto de los santos, el purgatorio, el celibato de los sacerdotes, los votos monásticos, la confesión y el poder del papa (1). Solo respetó la Trinidad, la Encarnación, el Bautismo y la Eucaristía, pero aun cambió la transubstanciación en *impanación*, es decir, que Jesucristo estaba en la hostia bajo las especies del pan y del vino, sin que desapareciesen ninguna de las dos. Finalmente en un violento folleto dirigido «á Su Majestad imperial y á la nobleza cristiana alemana,» defendió que el poder temporal es superior al espiritual é igualmente instituido por Dios, relató los resentimien-

(1) En 3 de marzo de 1517 escribía así al papa: «Reconozco que la Iglesia romana es superior á todo, y que nadie es más que ella, sino es el mismo Jesucristo.» Y el 13 decía: «No sé si el papa es el Antecristo.»

mientos de los legos contra el clero y les excitó á sacudir el yugo de Roma (1).

Este rápido avance salvó á Lutero, pues atacándolo todo al mismo tiempo, hubiera causado espanto; y atacando una cosa despues de otra, preparaba y conducia naturalmente los ánimos á su última palabra. Esta palabra, consecuencia fatal de la duda engendrada por el gran cisma de Occidente, y que abrió el espantoso abismo donde se agita aun la humanidad, era... el *libre exámen*.

¡ La razon destronaba á la fe!

Inspiraba tanto temor la herejía, se tuvo tanto miedo de romper la unidad, y estaban tan habituados todos á rechazar la luz débil y orgullosa del raciocinio, que solo temblando se sirvieron al principio de este terrible instrumento. Lutero opuso á la infalibilidad de los papas ó de los concilios la autoridad de la Biblia, y quiso que esta reemplazara á la fe.

Estaba empero abierto el camino del exámen: todo caía bajo el imperio de la discusion: el edificio social estaba conmovido desde su base: no existia ya la fe; y el *exámen*... ese poder perpetuamente invasor que mira y escudriña, lo disecciona é hiela todo, iba á poner en discusion los abusos de la Iglesia, la misma Iglesia el Evangelio, todos los poderes é ideas, la tiara, las coronas, los derechos de los reyes y los sacerdotes, la ciencia, la moral, la política, al hombre y á Dios; y despues de haberlo reducido todo á polvo, á espantarse á sí mismo de la nada, que es el término de su desapiado y desconsolador análisis!

La causa del engrandecimiento de Lutero fué esta circunstancia, cuyo genio era mas revolucionario que reformador, mas social que religioso: su doctrina era en último resultado la insurreccion del entendimiento humano contra la autoridad absoluta, y el paso mas avanzado que la humanidad podia dar desde el principio del cristianismo hasta la revolución francesa, y era un hecho además inevitable é independiente de la cuestion de las indulgencias, porque, de un siglo hasta entonces, caminaba el pensamiento humano, mientras la direccion y gobierno del pensamiento permanecian estacionarios. Lutero, quitando las riendas

(1) Obras de Lutero, t. VI, p. 544.

al pensamiento, arrojó á la humanidad en un camino sin límites, y la fe victoriosa durante catorce siglos y el exámen soberano de la actualidad, estos dos grandes principios que agitan al mundo y que formularon por primera vez Platon y Aristóteles, se hallaban entonces frente á frente. El idealismo y el sensualismo tomaban los nombres de catolicismo y protestantismo (1).

Se alarmó la corte de Roma. Ya no era una discusion teológica, sino la reforma tantas veces pedida durante tres siglos, tan temida del clero, que iba á realizarse á su pesar y en contra suya, y tal vez contra el Evangelio y la sociedad entera. No era una herejía como las que hasta entonces habia vencido la Santa Sede, pues la de Lutero pretendia en su feroz orgullo ser la verdad única y estaba cerca del trono. No atacaba esta herejía como las demás en nombre de la ciencia, sino en el de la moral, y esta circunstancia hacia insuficiente todo el arsenal de argumentos teológicos, con los que la Iglesia habia salido triunfante de todas. No era, finalmente, solo una herejía, sino un despedazamiento social. Las nuevas ideas hallaban favorable acogida en todas partes, pues los ánimos estaban dispuestos para el gran cisma, los escándalos de muchos papas, la obstinacion del clero en sus abusos, el renacimiento de las letras, el despertamiento del entendimiento humano y el descubrimiento de la imprenta (2),

(1) Mientras Lutero fundaba prácticamente la libertad, la negaba teóricamente. Era un espíritu lleno de contradicciones, que apelaba siempre al exámen, é inmolaba el libre albedrío á la gracia, y la moral al fatalismo. «La mejor preparacion y la única disposicion para recibir la gracia, decia, es la eleccion y la predestinacion decretadas por Dios desde la eternidad. Las obras de la ley no bastan para salvarse porque son inútiles. La voluntad del hombre es esclava; solo Dios puede salvarnos (*). La gracia, lejos de ser una disposicion para hacer el bien que se adquiere por un don de Dios y las buenas obras, es una predestinacion de salvacion concedida gratuitamente y que nada puede cambiar. Los hombres están divididos en dos clases, la una de justos que no pueden faltar, la otra de malos que no pueden enmendarse.» Sus discipulos llevaron la consecuencia de estos principios hasta lo absurdo, diciendo que Dios hacia todas las cosas hasta las que son malas y execrables. Erasmo tomó la defensa del libre albedrío y arrojó victoriosamente á Lutero hasta los últimos límites de su teoría. En vano se defendió el reformador. «Me ha herido en el cuello!» exclamaba; y desde entonces solo pudo sorprender á Erasmo con injurias y furibundos insultos.—(2) Lutero llamaba á la imprenta el último y supremo don por el cual Dios hace progresar el Evange-

(*) Oper. Lit. t. I.

facilitaron su éxito, no solo al espíritu libelista y fácil del reformador, sino hasta sus violencias groseras é impudentes, pues «tenia la fuerza del genio, la vehemencia del discurso, una elocuencia viva, impetuosa, que arrastraba y asombraba á los pueblos; una osadía extraordinaria que todos sostenian y aplaudian, y un aire de autoridad que hacia temblar á sus discípulos (1).

La corte de Roma se apresuró á usar de las amenazas al principio de la contienda, pero se intimidó cuando la vió tan temible. Entró en negociaciones con Lutero para atraerle á una retractación, y dió tiempo con estas dilaciones á que se consolidasen sus doctrinas; y finalmente, solo cuando las hubieron adoptado una gran parte de Alemania y se propagaron en Suiza, Francia é Inglaterra, fué cuando Leon X, á instancias de todos los fieles se decidió á lanzar una bula que condenaba cuarenta y una proposiciones de Lutero. Si en el término de sesenta dias no se retractaba de sus errores, quedaba por ella excomulgado con todos sus secuaces como hereje, y se dió orden á todos los príncipes para que se apoderasen de su persona (15 de julio de 1520).

Lutero respondió á esta bula con invectivas é insultos, llamando al papa el Antecristo, y regocijándose de ser perseguido como «defensor de las libertades del género humano.» Despues publicó su obra: *De la cautividad de Babilonia*. «Hace dos años, dice en ella, estaba yo sumido en la supersticion de Roma. Hoy me veo libre. Entonces no rechazaba absolutamente las indulgencias, y ahora afirmo en voz alta que son consejos inventados por los aduladores de Roma. Admitia siete Sacramentos, y no reconozco mas que tres, que son el bautismo, la penitencia y la Eucaristía. Decia que el pontificado no era de derecho divino, y reconozco ahora que es una Babilonia. ¿Qué significa esa triple corona que llaman tiara los pontífices? Como vicarios de un Dios crucificado, ¿no deben renunciar á todas las pompas que corrompen la Iglesia? Propongo á todas las naciones una gran reforma, tras la cual los reyes tengan sobre los sacerdotes igual poder que los papas; y que estos, lo mismo que los obispos, estén bajo la sumision del emperador (2).» Finalmente

llo y la última llama que brilla antes de la extincion del mundo.»—(1) Bossuet, Historia de las variaciones de las Iglesias protestantes.—(2) Obras de Lutero, t. II. —Michelet, t. I, p. 48.

para llevar al colmo del escándalo aquella rebelion, el innovador arrojó á las llamas en la puerta grande de Wittemberg, en medio de los aplausos del pueblo, la bula del papa con las decretales y otros libros pontificios, el dia 10 de noviembre de 1520.

Estaba declarada la reforma, y hasta el siglo décimoséptimo va á ser el hecho predominante que engendra, trasforma y atrae á todos los demás. Se mezcló en los grandes sucesos y grandes hombres de que abundó la Europa; en la restauracion de la antigüedad; en la lucha de Francia con la casa de Austria, y en los hechos de Francisco I, Carlos V, Leon X, Enrique VIII, Soliman el Magnífico, Gustavo Wasa, el restaurador de la Suecia, Vassili Ivanowitch, fundador del poder ruso, Andrés Doria, el libertador de Génova, Erasmo, Rabelais, Rafael y Miguel Angel! ¡Deplorable separacion que hizo pedazos para siempre la magnífica unidad de donde salian para esparcirse en las masas las inspiraciones comunes que hacen obrar á los pueblos como un solo hombre! Iba á dominar el espíritu de individualismo; la sociedad á trocarse de feudal, caballeresca y militar, en ciudadana é industrial, y habian dado fin los siglos de poesía!

CAPÍTULO V.

Carlos de Austria emperador.—Batalla de Pavia.—Tratado de Cambray. (1520.—1529.)

§. I.—*Turbulencias de España.—Muerte de Maximiliano.—Eleccion de Carlos de Austria.*—Carlos de Austria fué á tomar posesion de las coronas de España, reunidas por primera vez en una cabeza y despues de ocho siglos en 1517, pero halló sus nuevos estados abismados en grande agitacion. La nobleza y el pueblo, celosos de sus libertades, habian soportado con repugnancia la dominacion de Fernando, y vieron con profundo dolor que la nacion iba á caer en manos de un príncipe extranjero, que tal vez arrastraría á la España fuera de sus caminos naturales de prosperidad y de grandeza. Los primeros actos de Carlos justificaron sus temores. Castilla ardía en rebelion; pero el

cardenal Jimenez, á quien dejó Fernando la regencia, «humilló la altivez de los nobles con sus sandalias de franciscano,» pacificó el reino y preparó el camino á la monarquía absoluta. Luego que llegó á España el joven rey, alejó del trono á este anciano tan venerable por su virtud como por su talento, distribuyó las dignidades y el tesoro entre los flamencos que le habian seguido, trató al país con arrogancia, y se hizo odioso de los castellanos. Los estados de Aragon le negaron los subsidios, y España entera vió que iba á ser sacrificada al engrandecimiento de su soberano por la Italia, los Países Bajos y tal vez la Alemania, hácia la cual Carlos dirigia sus miradas ambiciosas.

Murió Maximiliano (11 de enero de 1519). Este príncipe inauguró el engrandecimiento de su casa y la renovacion del orden en Alemania, á pesar de ser poco poderoso por sus propios dominios y á pesar de su política vacilante é irreflexible. La dieta de Worms creó bajo sus auspicios en 1498 la *Cámara imperial*, para arreglar las diferencias entre los estados alemanes, y dar una garantía legal á la existencia y los derechos de los miembros de la confederacion germánica: los estados mismos fueron los encargados de la ejecucion de las sentencias de este tribunal; y se dividió la Alemania en nueve *circulos*, que debian dar para este objeto contingentes en hombres y en dinero. Estos cambios acabaron de trasformar el imperio en una república federativa de príncipes y ciudades, cuyo jefe no tenia ningun poder, aunque se diese en sus edictos el título de señor absoluto del universo. Mas uniendo todas las partes de la Alemania y reemplazando á la anarquía una especie de regularidad, podian estos mismos cambios, en el caso de elegir un príncipe poderoso por sus propios estados, ayudar á la autoridad imperial, privada enteramente en esta época de fuerza material, de dominios y rentas, á hacerse absoluta y hereditaria. Esta era la ambicion de la casa de Austria, y Maximiliano hubiera querido con este objeto asegurar á su nieto la corona imperial, pero no siendo mas que el emperador electo ó rey de romanos, no podia hacer nombrar un sucesor antes de morir segun las constituciones del imperio. Además, Carlos como rey de Nápoles, estaba excluido de la dignidad imperial por una ley pontificia publicada despues de la ruina de los Hohenstauffen; y en

fin se presentaba aspirando á ella Francisco I, rival terrible, cuyas lecturas romancescas le impelían á tomar por modelo á Carlomagno.

La casa de Austria habia dado ya seis emperadores, y los tres últimos habian ocupado el trono durante ochenta años consecutivos. Amenazada la Alemania de convertirse en monarquía hereditaria en poder de esta casa, queria ponerse al frente un príncipe nacional; pero le faltaba un soberano poderoso por sí mismo á causa de los turcos que invadían la Hungría. Carlos tenia sus estados hereditarios de Austria expuestos al primer embate de los otomanos, confinaba con los infieles por la Italia y la España, las dos naciones cuyo poder marítimo era el mayor de toda Europa, era miembro del santo imperio por el Austria, el Tirol y una parte de los Países Bajos; y finalmente poseía numerosos estados muy dispersos, y su reino principal estaba situado lejos de Alemania; pero habia nacido en Flandes, hablaba francés, no tenia ninguna idea de la Alemania, y solo era conocido por su tiranía en España.

Francisco I era el primer rey de Francia que aspiraba á la dignidad imperial: era soberano de un reino vecino y enemigo de la Alemania, no perteneciendo al santo imperio mas que como duque de Milan y posesor del antiguo reino de Arles; y además era temible á los alemanes por su gloria militar y su carácter despótico. «Mal puede esperarse, decían los electores, que mantenga la libertad de Alemania cuando se ve que en Francia, donde hay tantos príncipes de grande autoridad que podrian defender la justicia y la libertad, no existe nadie, por gran personaje que sea, que no tiemble á la mas insignificante palabra del rey.»

La Europa se dividió entre ambos pretendientes. Los dos emplearon medios ilegales para ganar á los electores: Francisco impuso contribuciones en sus estados «para trabajar en pro suyo y alcanzar el imperio,» y distribuyó el dinero con escandalosa profusion: Carlos hizo otro tanto, y envió además un ejército á las cercanías de Francfort; pero todos los electores dieron sus votos á Federico elector de Sajonia. El protector de Lutero previó las turbulencias que iba á causar la reforma en Alemania, rehusó el imperio y aconsejó que eligieran á Carlos, el cual fué elegido el dia 5 de julio de 1519.

Este resultado fué una dicha para Francia. Si su rey hubiera subido al trono imperial, hubiesen sido sacrificados sus intereses, sus tesoros y sus hijos en guerras extranjeras, porque no es posible dudar que Francisco hubiera humillado su corona nacional ante la de los césares, comprometiendo su soberanía feudal de Francia, defendida con tanto teson por sus antecesores contra las pretensiones de los emperadores germanos. España supo con dolor la elección de Carlos, previendo, como efectivamente sucedió, que iba á ser sacrificada por la Alemania, como lo había sido por los Países Bajos y la Italia. España por su desgracia se elevó bajo la dominación de la casa de Austria á un engrandecimiento ficticio, que tan caro ha pagado y está pagando aun en nuestros días.

Carlos V, siendo soberano de Alemania, España, Italia y los Países Bajos, adquirió un poder desmesurado y muy peligroso para la independencia de Europa. Vefase renovado el imperio de Carlomagno en un hombre activo, astuto y ambicioso: tocábale á la Francia defender de nuevo la libertad del Occidente, debiendo trabajar durante ciento cincuenta años y casi sin descanso para hacer pedazos la union de tantas coronas en la casa de Austria, de un siglo á aquella parte tan feliz y acariciada por la fortuna. Esta política era tan sencilla, y estaba indicada con tanta claridad por la posición geográfica, el interés y la gloria de Francia, que Francisco I la abarcó desde un principio, aunque debemos confesar que le arrastró también su orgullo herido, y que no pensaba en otra cosa que en vengarse de su rival. La lucha en la apariencia era desigual, porque el rey de Francia era inferior al emperador tanto por su talento como por su poder; pero no obstante iba á poner un límite al acrecentamiento de la casa de Austria, terminando un siglo despues de la muerte de ambos rivales con el triunfo de la Francia.

§. II.—*Consecuencias de las turbulencias de España.—Batalla de Villalar.—Dieta de Worms.—Lutero en Wartburgo.*—No faltaban motivos de discordia entre los dos rivales. Francisco I pedía el reino de Nápoles para sí y el de Navarra para Juan de Albret: Carlos pretendía tener derecho á la Borgoña y á Milan: los dos buscaban aliados y se preparaban á la guerra, aunque con diferentes disposiciones: el primero se ocupaba exclusivamen-

te en fiestas y deleites, y el segundo se veía envuelto en apuros y turbulencias en sus numerosos estados.

Hallábase Carlos en España cuando fué elegido emperador: su ingratitude para con el gran Jimenez, á quien hiciera morir de pesar, le habia hecho decaer del ánimo y estimacion de los españoles: las cortes de Castilla y de Aragon no querian reconocerle como rey sino asociado á su madre doña Juana: los comuneros de Valencia se habian insurreccionado contra la nobleza; y todas las provincias le negaban los subsidios. Pero cuando supo su eleccion, se decidió á partir á Alemania, donde los señores se disponian á tomar las armas para defender la reforma luterana; y á pesar de las amenazas de los españoles que á la fuerza querian que no saliera del reino, se embarcó para los Países Bajos dejando el gobierno á su preceptor el cardenal Adriano (22 de mayo de 1521).

No tardó mucho en sublevarse Castilla, donde se formó una *santa junta* para pedir la abolicion de los privilegios de la nobleza y el aumento de las libertades municipales, tomando por jefe á Juan de Padilla, que destituyó á Adriano y gobernó en nombre de doña Juana la Loca.

Carlos intentó contentar á los rebeldes desde Alemania, á donde habia ya llegado; pero sus concesiones, llegaron demasiado tarde y orgullosos con sus victorias los comuneros, le pidieron instituciones que atestiguan una ciencia de gobierno é ideas de libertad muy avanzadas. Negóse con firmeza, y los reinos de España parecian perdidos para la casa de Austria; pero como obraban aisladamente, no tenian intereses iguales y no tendian á un mismo objeto, eran casi rivales y enemigos. Esta division salvó al trono. La nobleza tomó las armas contra los comuneros, y fueron completamente vencidos en la batalla de Villalar (1521).

Carlos convocó entretanto una dieta en Worms (6 de enero de 1521) «con el objeto de reprimir el progreso de las opiniones nuevas y peligrosas que turbaban la paz de Alemania y amenazaban destruir la religion.» Se intimó á Lutero que compareciese ante la dieta. Partió con un salvo conducto del emperador, á pesar de los consejos de sus amigos que le recordaban la suerte de Juan Hus. «He sido legalmente intimado, dijo, á comparecer en

Worms, y cumpliré el mandato en nombre del Señor, aunque estuvieran conjurados contra mí tantos demonios como tejas cubren los techos de las casas (1).»

Entró en la asamblea en compañía de los nobles que eran discípulos suyos, cantando juntamente con ellos su himno de reforma, que bien pronto iba á oirse en todas las batallas (5 de marzo) (2). Confesó sus obras, no quiso retractarse de sus doctrinas, al menos que no se le probase que eran erróneas por medio de la Escritura, y se dió prisa á salir de Worms, escribiendo al emperador: «Yo no defiendo mi propia causa, sino la de toda la Iglesia y especialmente la de Alemania; protegedme pues contra mis enemigos que son los vuestros (3).»

El elector de Sajonia temió que cometieran contra él alguna violencia, porque el legado amenazaba poner en entredicho á la Alemania si no le entregaban el hereje; y le hizo robar por caballeros enmascarados y conducir al castillo de Wartburgo, en Thuringia, donde permaneció nueve meses, ignorando su paradero amigos y enemigos, y continuando en herir con folletos populares «al monstruo que reside en Roma y se proclama Dios.»

Toda la Alemania empezó á moverse y á murmurar; un decreto imperial declaró á Lutero hereje y excomulgado, y se prohibió á todos los que perteneciesen al cuerpo germánico el darle asilo, bajo la pena de comparecer ante el tribunal del imperio.

§. III.—*Alianza de Enrique VIII y León X con el emperador.—Principio de la guerra entre Francisco I y Carlos V.*—Carlos y Francisco se preparaban para hacerse la guerra y buscaban aliados. La Inglaterra podía ya mezclarse en los negocios del continente, pues se veía libre de sus luchas civiles, y su joven y ardiente monarca parecía destinado á conservar la balanza entre el emperador y el rey de Francia, y á gozar un reinado floreciente. «Aquel á quien yo defienda será el vencedor,» tomó el mismo por divisa. Los dos rivales, pues, obsequiaban y acerciaban á cual mas á este príncipe caprichoso, tenaz y orgulloso, lo mismo que á su ministro, el cardenal Wolsey, que gobernaba el

(1) Lutero, Obras, lib. II, p. 412.—(2) Véase este canto traducido por Heine en la Revista de ambos mundos del 1.º de marzo de 1831.—(3) Sleidan, De statu relig. et republ. Germ. sub Carolo V, lib. III.

reino con autoridad absoluta. Carlos desembarcó en Inglaterra al viajar desde España á Alemania, visitó á Enrique, y le halagó prometiéndole á Wolsey el trono pontificio. Francisco tuvo también una entrevista con el rey inglés en un campo llamado del *Paño de Oro*, situado entre Guines y Ardres. Ambas cortes desplegaron allí una magnificencia ridícula, y los dos reyes se dieron mútuas muestras de la mas acendrada amistad (7 de junio de 1520); pero no originaron ningun tratado estas pomposas fiestas, y al regresar Enrique halló en Gravelines á Carlos que habia ido á encontrarle, y renovó con él sus promesas de alianza.

Del mismo modo se disputaban los rivales la amistad del papa. Leon X deseaba con afan que volviera á encenderse la guerra, y siguiendo el ejemplo de Julio II deseaba acrecentar los estados de la Iglesia y conquistar á Ferrara, Parma y Plasencia. Titubeó mucho tiempo entre los dos rivales, y trató con uno y con otro; al principio con Francisco para partir el reino de Nápoles, y despues con Carlos para hacer lo mismo con el Milanésado. Su política natural le inclinaba á favor de la Francia, pero tenia necesidad del emperador para sofocar las turbulencias religiosas de Alemania; «y temia con razon, dice un contemporáneo, que este quisiera tenerle sujeto con la doctrina luterana.» De modo que despues de haber sido lanzado contra Lutero el decreto imperial, hizo con Carlos una alianza ofensiva y defensiva para restablecer á Sforza en el Milanésado, dar al estado pontificio Parma, Plasencia y Ferrara, y crear para los Médicis una soberanía en Italia.

Mientras se llevaba á cabo esta alianza, empezaron las hostilidades en Navarra y en el Luxemburgo. Francisco I permitió al señor de Lasparre que invadiese la Navarra con seis mil hombres y llevase á cabo su intento de conquistar este reino. Jimenez habia destruido todas las fortalezas de este país para atajar las rebeliones de la nobleza, y los franceses lo cruzaron sin obstáculo arrojándose en seguida sobre las fronteras de Castilla la Vieja. Distraía entonces las fuerzas del reino la guerra de la nobleza y los comuneros: los dos partidos vieron al principio con indiferencia la invasion de los franceses en Navarra, pero cuando atacaron á Castilla, se reunieron todos los castellanos, der-

rotaron á los franceses y los rechazaron hasta el otro lado de los Pirineos (30 de junio de 1521).

En la misma época Roberto de Marck, duque de Bouillon, se pasó al partido del rey de Francia á quien entregó sus fortalezas, despues de haber sido víctima de una injusticia del emperador. Envió entonces un cartel de reto á Carlos y acometió el Luxemburgo. Marchó contra él el conde de Nasau, se apoderó de su ducado, y recibió del emperador orden de atacar la Champaña (junio de 1521).

Habia principiado ya la guerra, y ambos rivales se echaron mutuamente la culpa de haber sido los provocadores.

Francisco estaba desprevenido por culpa suya: habia agotado el tesoro con sus fiestas, prodigalidades y su ruínosa y vana entrevista con Enrique VIII; y estaban desmanteladas sus ciudades, sin guarniciones sus fronteras, y eran poco numerosas sus tropas. Visitó de prisa la Picardía y la Borgoña, acumuló dinero con la venta de los empleos judiciales y un empréstito de 200,000 libras, cargado sobre la ciudad de París (1), alistó lansquenetes y suizos, y mandó que se dirigieran á la frontera de Champaña veinte mil hombres mandados por el duque de Alenzon. Carlos se hallaba en Bruselas, y exclamó al darle esta noticia: «Alabado sea Dios, pues yo no soy el que principia la guerra, y el rey de Francia quiere hacerme mas grande de lo que soy! Dentro de poco tiempo seré yo un miserable emperador, ó él un pobre rey (2)!»

El duque de Alenzon retrocedió al acercarse el conde de Nasau que iba á sitiar á Mecieres (agosto). Montmorency y Bayardo se precipitaron dentro de los muros de esta plaza, que estaba sin guarnición y mal fortificada, sostuvieron vigorosamente los esfuerzos de los imperiales, y dieron tiempo á que el ejército francés hiciera levantar el sitio. Llegó Francisco I con su brillante nobleza y los suizos, alcanzó á los imperiales entre Cam-

(1) Para atender á los intereses al 12 por ciento, asignó (22 de noviembre de 1522) 16,666 libras tomadas de la contribucion del ganado vendido en París. Habiendo sido respetada esta asignacion y pagados con regularidad sus intereses, los vecinos se apresuraron á llevar á la casa de la ciudad sus ahorros, y fueron el origen de las primeras rentas perpetuas de la municipalidad y el fundamento de la deuda del estado.—(2) Cartas de Alcander de Galeazzi, t. I, f. 93.

brai y Valenciennes, y no se atrevió á trabar con ellos batalla. «Si lo hubiera hecho así, dice Dubellay, el emperador hubiese perdido desde aquel dia honor y dominios, pues se hallaba en Valenciennes tan aterrado y con tan poca esperanza, que aquella misma noche se retiró á Flandes con cien caballos.» El rey tomó á Heselin, y condujo su ejército á Amiens.

§. IV.—*Pierden los franceses el Milanesado.—Batalla de Bicoca.—Enrique VIII se declara contra la Francia.—Politica acertada de Carlos V.*—Era en aquella época gobernador del Milanesado Lautrec, hermano de la condesa de Chateaubriand, querida del rey, y aunque valiente y esforzado, «demasiado severo y poco á propósito para aquel gobierno. Era igual el número de los habitantes de Milan, que habia desterrado, al de los que aun permanecian.» Prosiguió de un modo absurdo y encarnizado á los güelfos, y no recibiendo dinero de Francia, permitió que sus soldados viviesen sobre el país y lo abrumasen con exacciones. El Milanesado estaba pues en disposicion de sublevarse cuando el papa se decidió á atacarlo con seiscientas lanzas y diez y seis mil infantes mandados por Pescara.

No ignorando Lautrec cuanta era la frivolidad y el desorden de la corte de Francisco, corrió de antemano á Paris, y pidió 400,000 escudos para pagar sus tropas, diciendo que si así no se hacia estaba perdido el Milanesado. La corte le prometió que se enviaria el dinero y que llegaria antes que él, pero no llegó nunca, y Lautrec se vió obligado á usar nuevas violencias para conservar la disciplina de las tropas.

El ejército pontificio sitió á Parma, Lautrec libertó esta ciudad, pero la defeccion de los suizos le redujo á mantenerse en la defensiva; y dejando pasar á los enemigos el Pó y el Adda, se retiró á Milan. Pero sorprendido allí por Pescara, y arrojado de la ciudad cuyas puertas abrieron los gibelinos, se vió obligado á refugiarse en territorio veneciano (noviembre de 1521).

Leon X reunió al estado de la Iglesia á Parma y á Plasencia, pero murió algunos dias despues, segun dicen unos, de alegría, y segun otros, víctima de un veneno (1.º de diciembre). El ejército pontificio se dispersó, y Lautrec hubiera podido haber recobrado el ducado, pero no dió un paso por hallarse sin tropas ni dinero.

Cuando llegó la primavera recibió un refuerzo de suizos (marzo de 1522), se reunió al ejército veneciano, pasó el Adda y amenazó á Milan. Fué rechazado en esta ciudad, se apoderó de Novara, y se dirigió á Monza, con el objeto de apoderarse del camino de Suiza, y recoger en Arona el dinero que acababan de enviarle de Francia. Pero los imperiales le interceptaron el camino á cuatro millas de Milan, y se fortificaron cerca del castillo de Bicoca en una posicion formidable, rodeada por la artillería, y practicable únicamente por un camino hondo, tambien defendido por cañones.

Lautrec se hallaba en una situacion muy dificultosa, pues sus ginetes estaban indisciplinados por no haber recibido una paga en diez y ocho meses, los venecianos repugnaban en continuar una guerra en que nada iban á ganar, y fastidiados los suizos de sus continuas marchas, le pedian su licenciamiento ó la batalla. Se vió obligado á atacar Bicoca (29 de abril) y tomó muy sabias disposiciones; pero las hicieron fracasar los suizos arrojándose en el camino, el cual era muy profundo, donde fueron despedazados sin poder alcanzar al enemigo; y avergonzados de su derrota, retrocedieron y se marcharon á su país en el acto y sin decir una palabra. Los venecianos se retiraron á su frontera, los franceses evacuaron todas las plazas, y el Milanésado quedó en poder de los imperiales.

Se convocó en Calais un congreso bajo la mediacion de Inglaterra para arreglar las diferencias del emperador y el rey de Francia, pero no dió ningun resultado. Habiendo intimado Francisco á Enrique VIII que sentenciase contra Carlos, fué acusado de haber sido el primero en las hostilidades por el inglés, que le declaró además la guerra (29 de mayo). Enrique y Carlos determinaron poner cada cual en pié de guerra cuatro mil infantes y diez mil caballos para atacar la Picardía y los Pirineos, pero la guerra se redujo en ambas fronteras á hostilidades insignificantes.

Lautrec al regresar á Francia se quejó del abandono del gobierno, y se supo que la madre del rey, con el objeto de causar la pérdida y deshonor de este general, á quien aborrecia, se habia guardado el dinero destinado para Milan. El superintendente de hacienda, Semblanzay, enseñó los recibos que de ella

tenia, y descubrió su infamia. La duquesa entonces, de acuerdo con Duprat, le formó un proceso inicuo, á cuyas consecuencias fué ahorcado en 1527.

Francisco I luchaba en medio de una corte llena de miserables intrigas, favoritos y queridas, y de negocios mal administrados, con un rival, que aunque no era hombre de genio, era económico, laborioso, activo y hábil en escoger sus generales y ministros. Carlos había afirmado su posición tan cercada de peligros al principiar la guerra, pues su amabilidad, su destreza y su afición á las costumbres nacionales habían pacificado á España, y de este país era de donde sacaba sus principales fuerzas en hombres y dinero. Hizo subir al trono pontificio á su preceptor Adriano VI (9 de enero de 1522), que era un espíritu conciliador, y virtuoso sacerdote, que deseaba vivamente la reforma de la Iglesia; pero no lograron éxito alguno sus buenas intenciones, porque como él mismo decía, hay épocas en las que el hombre mas virtuoso se vé obligado á sucumbir.

Habia en Génova un partido favorable al emperador, que ayudado por sus propias fuerzas arrojó á los franceses, y nombró un nuevo dux bajo la protección de Carlos. Este además excitó la indignación de los venecianos contra el rey frívolo y descuidado que los dejaba expuestos á todos los riegos de la guerra, y arrebató de este modo á Francisco sus últimos aliados (8 de agosto de 1523).

§. V.—*Liga contra Francia.—Traición del condestable de Borbon.*—Llevóse entonces á cabo una grande liga contra la Francia entre el papa, el emperador, el rey de Inglaterra, Fernando archiduque de Austria, Venecia, Florencia, Génova, etc. Próspero Colonna fué nombrado su generalísimo.

Francisco I despertó al ver tan inminente peligro. Veía defendido el Delfinado y la Provenza por la neutralidad de la Saboya, la Borgoña por la del Comté, una parte de la Champaña por la Lorena, y solo le quedaban abiertos al enemigo los Pirineos y la Picardía, donde ya se habían estrellado una vez los ejércitos imperiales. El rey se dispuso á llevar sus principales fuerzas á Italia. Mas no por esto dejó de seguir en sus locos gastos, permitiendo que sus soldados mal pagados asolasen las campiñas y gobernase su madre caprichosamente. Una traición de

trascendencia aumentó en aquella época los peligros de Francia.

Carlos III, conde de Montpensier, reunió con su enlace con Susana, hija única de Ana de Beaujeu y Pedro II, duque de Borbon, todos los dominios de la casa de Borbon; y poseía la Marca, el Borbonés, la Auvernia, el Forez, el Beaujolais, etc. Luis XI siempre había favorecido á esta casa casi siempre fiel y obediente á los Valois, y se unió con ella casando á su hija Ana con el señor de Beaujeu. Carlos VIII y Luis XII la miraron tambien con afecto; pero en el reinado de los aduladores y cortesanos, se resolvió librar al trono absoluto de Francisco I de un vasallo demasiado poderoso. Carlos era un hombre grave, valeroso y de mucho talento militar, pero altivo, iracundo y vengativo. Despreciaba la corte de Francisco con sus favoritos, sus queridas y su madre, á quienes tenia odio y envidia, y en especial al rey por su fama de gran capitán. Murió su esposa Susana despues de haberle hecho donacion de todos sus bienes (1521). Luisa de Saboya ofreció su mano al condestable; pero llena de indignacion por su negativa, juró perderle, y empezó la obra de su ruina de acuerdo con Duprat. Luisa puso pleito á la donacion de Susana en calidad de viznietta de los dos últimos duques de Borbon, é imitó su ejemplo el rey que pidió que sus dominios volviesen á la corona. Habiendo pasado la causa al parlamento, Borbon fué condenado en la peticion del rey, quedando confiscadas la mitad de sus tierras, que daba el rey á su madre; y el parlamento pidió dilacion para juzgar sobre la demanda de Luisa.

Carlos estaba imbuido en las ideas feudales, no tenia conocimiento de la unidad de la monarquía, consideraba sagrados sus derechos señoriales, y resolvió vengarse de las injusticias de su soberano conduciendo á Francia á sus enemigos. Negoció secretamente con el emperador y el rey de Inglaterra, y se resolvió entre ellos la reparticion de la Francia. Borbon debía quedarse con el Delfinado y la Provenza, formando con sus dominios el antiguo reino de Arles; Carlos V con la Borgoña, la Champaña y la Picardía, y Enrique VIII con todo lo que pertenecía á los Plantagenets, debiendo borrarse el nombre de Francia.

¡Jamás ningun señor feudal había tramado un crimen tan horrible! ¿Podía excusarlo con la injusticia ó ingratitude real?

El rey no se aperebió de nada y continuó con actividad sus

preparativos de guerra. Envió veinte y cinco ó treinta mil hombres á los Alpes, y partió con ellos haciendo él mismo de general. Supo en el camino la conspiracion del condestable, fué á encontrarle á Moulins, y le exigió la promesa de que no abrazaría el partido del emperador. Dióselo el traidor y prometió seguir al rey, pero huyó secretamente (7 de setiembre), anduvo errante cerca de dos meses por las provincias del mediodía, y llegó á Italia donde Carlos le recibió con frialdad. No era un príncipe que llevaba tras de sí un ejército, sino un proscrito que solo traía su espada.

§. VI.—*Atacan los enemigos de la Francia todas sus fronteras.—Derrotas de Bonivet en Italia.*—Desde la época de Luis XI, en que habian sido tan frecuentes las empresas parecidas á las del condestable, sin haberles dado jamás el ominoso dictado de traicion, se habia efectuado un inmenso progreso en las ideas de los señores, y se alzó un grito general de indignacion contra la defeccion del duque. Llenóse de terror Francisco I, y exclamó que le vendia una gran parte de la nobleza, y que se veía por todas partes acosado. Entraron en Borgoña doce mil lansquenetes, que debian reunirse con Berbon y cortar al rey la retirada de Italia, y al mismo tiempo los ingleses invadieron la Picardía, y los Pirineos los españoles. La entrada de los lansquenetes fué infructuosa á causa de la fuga del condestable: los españoles se apoderaron de Fuenterrabía, se estrellaron en Bayona, pero entraron en la Picardía treinta mil infantes y seis mil caballos (enero de 1521). La Tremoille que mandaba en esta provincia, «contaba con un número tan reducido de soldados, que se vió forzado á irse retirando de plaza en plaza mientras avanzaban los enemigos (1).» Hizo no obstante una heroica resistencia, pero no le fué posible impedir que los enemigos llegasen hasta el Oise á once leguas de Paris. El rey que se hallaba en Lyon, le envió toda su caballería, y temiendo los ingleses verse cogidos entre dos ejércitos, abandonaron la Picardía.

Una dicha inesperada libertaba pues la Borgoña, la Guienay y la Picardía, y la traicion del condestable no acarrea ningun desastre á su patria; pero en la inquietud de verse acometido

(1) Dubellay p. 228.

Francisco por tantos puntos á la vez, no se atrevió á salir de Francia, mientras el mando del ejército de Italia quedaba en manos de Bonivet, hombre libertino y sin talento, que excedía en vicios á su rey y era amante de Luisa de Saboya. Este ejército, que se componía de mil ochocientas lanzas y treinta mil infantes, pasó los Alpes en setiembre de 1523; pero se dirigió á Milan con tanta lentitud, que dió tiempo á Pescara para que reuniera veinte y cinco mil hombres y fortificase la ciudad. Bonivet se entretuvo en escaramuzas que debilitaron su ejército, se acantonó despues en el Tesino mientras el ejército enemigo se aumentaba con nuevas tropas venecianas y con seis mil aventureros, conducidos y asalariados por Borbon. Viendo entonces Pescara que sus fuerzas eran superiores á las del enemigo, pasó el Tesino, y quiso encerrar á los franceses en Italia apoderándose de Verceil. Bonivet se retiró apresuradamente á Novara, donde esperaba diez mil suizos, pero estos llegaron á Gattinara sin querer pasar mas adelante. Resolvió reunirse con ellos, con cuyo objeto pasó el Sesia por Romagnano, lo efectuó, y se dirigió á Ivrea para volver á pasar los Alpes (abril de 1524).

Los imperiales se arrojaron en su persecucion, y convirtieron su retirada hasta Ivrea en un combate continuo. Bonivet se puso en la retaguardia, donde fué herido, dejando el mando á Bayardo. El caballero *sin miedo y sin tacha* cayó tambien herido de un tiro de arcabuz, y expiró tres horas despues (1). El ejército pasó por fin los Alpes, se rindieron todas las plazas ocupadas por los franceses, y por segunda vez perdieron la Italia.

§. VII.—*Invasion de la Provenza.—Retirada de los imperiales.—Sitio de Pavia.*—Murió Adriano VI (14 de setiembre de 1523), y le sucedió Julio de Médicis, primo de Leon X, y jefe de la república florentina, bajo el nombre de Clemente VII. Era un pontífice moderado é inteligente, que deseaba libertar al pontificado de la dependencia imperial. De acuerdo con Venecia y Floren-

(1) El duque de Borbon encontró á Bayardo recostado al pie de un árbol, con el rostro vuelto hácia el enemigo, y le dijo que le tenia mucha compasion al verle en aquel estado, por haber sido tan virtuoso caballero.—Señor, le respondió Bayardo, no la tengáis de mí, porque muero siendo hombre de bien; pero yo sí que os compadezco al veros pelear contra vuestro rey, vuestra patria, y vuestro juramento.»

cia, pidió á Carlos que terminase una guerra que ningun objeto tenia, habiendo sido expulsados de Italia los franceses. Pero Borbon no abrigaba otro pensamiento que la ruina de su patria, y logró que el emperador consintiera en que penetrase en la Provenza y el Delfinado, para hacer sublevar el interior de Francia. Dirigióse pues hácia el Var, apoyado y vigilado por Pescara, con quince mil hombres y seiscientas lanzas (7 de julio de 1524).

Rindióse Aix y la mayor parte de las ciudades marítimas, pero Marsella hizo una resistencia heroica, y obligó á los imperiales á retirarse (19 de agosto). Llegó el rey con ocho mil caballos, treinta y cuatro mil infantes, dinero abundante (1), y una brillante artillería. Despues de cuarenta dias de saqueo en Provenza, se retiró Borbon precipitadamente por Niza (29 de setiembre), acosado por Chabannes y Montmorency, y acabó de ser derrotado en las montañas de Génova.

Francisco no pudo presenciar una retirada tan desastrosa sin abrigar el deseo de recobrar á Milan. A pesar de las instancias de sus antiguos generales, dejó la regencia á su madre, y se dirigió hácia los Alpes creyendo llegar á Milan antes que los imperiales. Y su marcha fué en efecto tan rápida, que entraba en Verceil cuando Pescara estaba aun en el Tanaro, con un ejército enfermo, desanimado, sin dinero y sin víveres. La vanguardia francesa llegó á Milan, donde acababa de declararse una peste espantosa. Los imperiales estaban completamente derrotados, y arrojaban sus armas corriendo á refugjarse al otro lado del Adda. Pescara dejó cinco mil hombres en Pavía con Antonio de Leiva, y se retiró á Lodi, donde se fortificó, mientras Borbon corrió á Alemania á reunir tropas. El emperador dejaba á sus generales sin dinero, y estaban reducidos á los medios mas miserables para alimentar á sus soldados. Si Francisco los hubiese perseguido los hubiera destruido enteramente, recobrando sus aliados de Venecia y de Florencia, y haciendo sublevar á Nápoles; pero no creyó acertado dejar detrás de sí plazas fuertes, y fué á sitiar á Pavía con dos mil lanzas y veinte y cuatro mil infantes (28 de octubre). Jamás se habia visto una posicion tan brillante: toda la Italia se alzaba en su favor: se ha-

(1) La contribucion ascendió aquel año á 5,360,000 libras.

bían declarado neutrales el papa, Venecia y Florencia: habia cesado en sus hostilidades Enrique VIII, que estaba descontento de la eleccion de Clemente VIII: la guarnicion de Pavía, viéndose sin víveres ni municiones, se amotinaba contra su capitán; y tan seguro se creia Francisco de ser muy pronto dueño de Italia, que destinó un cuerpo de ocho mil hombres para conquistar el reino de Nápoles.

§. VIII.—*Batalla de Pavía.*—*Cae prisionero Francisco I.*—Pescara no se movió: apaciguó sus soldados con la promesa del botín, y aumentó su ejército con doce mil aventureros, alistados en Alemania por la fama de Borbon y la esperanza del saqueo. Se halló entonces con fuerzas superiores á los franceses, y marchó á libertar á Pavía (enero de 1525). Cuando supieron esto los ancianos capitanes franceses, querian que se levantase el sitio y se tomase una buena posicion, seguros de que el ejército imperial se dispersaria sin pelear, ó que lo combatiría con ventaja en un país cortado por canales como el de Milan y Pavía; pero Bonivet y los demás favoritos dijeron «que un rey de Francia no vuelve las espaldas al enemigo, y no cambia de proyecto por necios caprichos (1).» Se resolvió pues esperar al enemigo en la orilla izquierda del Tesino, apoyando el flanco derecho en el rio, y el izquierdo en el parque de Mirebel, y el frente en un foso y una muralla.

Los dos ejércitos, compuestos ambos de quince mil hombres y mil y quinientos caballos, estuvieron frente á frente y sin pelear por espacio de un mes. Despues de numerosas escaramuzas, Pescara penetró en el parque de Mirebel con la esperanza de atraer á los franceses fuera de sus trincheras (24 de febrero); pero su vanguardia los halló en orden de batalla y su frente defendido por una formidable artillería, y se vió acribillado á balazos. El cuerpo de batalla y la retaguardia tenían orden de Pescara para exponerse tambien á este fuego mortífero, y á una señal convenida, los imperiales se pusieron á correr para atravesar el espacio que les separaba de una sinuosidad de terreno.

Al verlo, exclamó el rey: «Miradlos como huyen! á ellos!» Y salieron de las líneas en desórden todos los cortesanos, caballe-

(1) Brantome.

ros y ginetes pasando por delante de la artillería francesa, que se vió obligada á cesar el fuego. Pero los españoles estaban ya formados en batalla; recibieron con valor el choque de esta brillante nobleza, y aprovechándose del vacío que dejaban en los flancos de los suizos y de los lansquenets, se precipitaron sobre el ala derecha donde estaban los suizos. Aterrados estos con un ataque de flanco, que no habian previsto, empezaron á huir, no hicieron mayor resistencia los lansquenets, que fueron pasados á cuchillo; y la retaguardia, mandada por el duque de Alençon (1), se salvó huyendo sin combatir.

Hallóse entonces el rey con su caballería atacado por frente y por retaguardia: Bonivet, lleno de desesperacion por un desastre del que habia sido la causa principal, se suicidió, y murieron al lado del rey la Tremoille, Palice, San Severino y todos los demás ancianos generales de Luis XII. Francisco dió rienda suelta á su caballo, quiso pasar al galope al otro lado del Tesino, y un fusilero español le arrojó en un foso precipitándose sobre él muchos soldados. Un gentil hombre francés llamado Pomperan, que habia seguido al condestable, reconoció al rey y lo arrancó de las manos de los aventureros. El virey de Nápoles, Lannoy, corrió en busca suya y recibió su espada.

La batalla no duró mas de una hora, pero la matanza siguió todo el dia. Perecieron ocho mil franceses, y los imperiales perdieron solo setecientos hombres. Dispersáronse los restos del ejército vencido, y quince dias despues de la batalla, no habia ya un francés en Lombardia.

Francisco fué conducido á la ciudadela de Pizzighettore. No manifestó en su cautiverio una firmeza digna de su orgullo, pues escribió á Carlos V una carta muy humilde. «Si os place, le decía, tener esta justa compasion y darla seguridad que merece la prision de un rey de Francia que quiere ser vuestro amigo, podreis hacer una adquisicion que os convierta al prisionero.

(1) Este duque, que se llamaba Carlos IV, era hijo de aquel René que fué condenado por Luis XI á la confiscacion de sus bienes, que le devolvió Carlos VIII. Estaba casado con Margarita, hermana de Francisco I, y murió seis semanas despues de la batalla de Pavía sin posteridad. De este modo se terminó esta rama colateral de los Valois, que se remontaba hasta Carlos, hermano de Felipe el Hermoso.

mero inútil, en un rey esclavo vuestro para siempre (1).» Viéndose cautivo, lo creía todo perdido, y solo tenia esperanza en la generosidad del vencedor.

La batalla de Pavía aterró á la Francia. Aquellas guerras de Italia, solamente nacionales para la nobleza y que parecian un negocio personal del trono, tenian siempre un extraño resultado, y podian acarrear la ruina del reino. Es cierto que solo se habia perdido el dinero, pues las fronteras estaban intactas, y el ejército derrotado se componia casi enteramente de mercenarios extranjeros; pero en el reinado de Francisco I la Francia estaba donde la persona del rey, y la nacion temia que se iban á necesitar grandes sacrificios para pagar la libertad de su jefe. Finalmente no sabia á quien confiar su suerte en medio del peligro que le amenazaba: la nobleza estaba descontenta, el pueblo abrumado con los impuestos, y el clero agitado con la reforma luterana: no existia ningun príncipe de sangre real; una mujer impúdica era la regenta, y su principal ministro un hombre acusado de todas las desgracias de la Francia.

§. IX.—*Liga de Enrique VIII y los estados de Italia contra Carlos V.—Tratado de Madrid.*—El cautiverio de Francisco I demostró á los aliados del emperador el impolítico camino que habian emprendido, contribuyendo á derrocar el único campeón que podia proteger á la Europa de la dominacion invasora de la casa de Austria. Interesábanse entonces por la salvacion de la Francia como por la suya propia, y prometieron á la regenta su neutralidad ó su apoyo, al mismo tiempo que la indujeron á la resistencia, pues temian que comprase la libertad de su hijo con condiciones que originasen la esclavitud de Europa. Luisa y el canciller contribuyeron á este cambio en la política europea con sus activas é inteligentes negociaciones, y el primer soberano que se separó abiertamente de la alianza con el emperador fué Enrique VIII, impelido por el cardenal Wolsey, quien

(1) Sismondi, Historia de los franceses, t. XVI, p. 241.—Escribió tambien una carta á su madre, que aunque es muy insignificante, hablaremos de ella porque los historiadores cortesanos la han trasformado en esta frase lacónica que se ha hecho popular: «Todo se ha perdido menos el honor!» Hé aquí el principio de esta carta: «Para haceros ver cuan grande es mi infortunio, debo deciros que no me ha quedado mas que el honor y la vida etc.»

firmó un tratado de neutralidad con la regenta, con la expresa condicion de que no desmembraría el reino para libertar al rey (30 de agosto de 1525).

Siguieron su ejemplo los estados de Italia, que se veian amenazados por un ejército victorioso, desordenado y compuesto de bandidos y criminales, que solo vivian del pillaje, y eran mas soldados de sus jefes que del emperador. El papa, Venecia y los suizos formaron una liga con Enrique VIII para la libertad del rey de Francia y la independencia de Italia. El mismo Sforza, al ver que los imperiales arruinaban su ducado, entró secretamente en esta liga bajo promesa de que no se le quitaria el Milanesado. La regenta y el mismo rey entablaron secretamente las primeras negociaciones con la Turquía para formar alianza con esta potencia y humillar la casa de Austria; y segun dice un historiador turco, «movido de compasion el *padischah*, prometió á instancias suyas invadir la Hungría (1).»

La discordia de los jefes, la escasez de dinero, y la indisciplina de los soldados diezaban el ejército triunfador, y una parte de él se dispersó y otra fué licenciada. Temiendo Lannoy los proyectos que Pescara y Borbon pudieran tener sobre la suerte de su real prisionero, resolvió conducirlo á España, donde se hallaba el emperador. Igual peticion le hizo Francisco I, porque esperaba, teniendo una entrevista con el vencedor, atraerle á hacer condiciones moderadas; y dió orden á la escuadra francesa que recorria el Mediterráneo que se retirase á los puertos.

Se embarcó en Génova, llegó á España, y fué conducido á Madrid. Pero Carlos, que oyó la noticia de su victoria con falsa humildad, estaba aturcido con una dicha que tan pocos esfuerzos le habia costado, y creyendo que Francia habia agotado todas sus fuerzas, quiso abusar de su victoria. Trató con extrema dureza al prisionero, quien cayó enfermo de peligro, y puso por obra los medios mas vergonzosos y tiránicos para que firmara una paz deshonrosa. Desesperado Francisco, concibió al principio el designio de abdicar su corona en favor de su hijo, para frustrar las esperanzas que su rival cifraba en un cautivo, cuya desgracia espiotaba con tanta bajeza, pero no persistió en

(1) Véase el *Ensayo histórico sobre las relaciones de Francia con el Oriente* de T. Lavallée, inserto en la *Revista independiente* del 25 de octubre de 1843.

esta noble resolución. Viendo que Carlos estaba muy tenaz cuando supo la liga de los estados de Italia, resolvió firmar el tratado que se le proponía, protestando al mismo tiempo en secreto contra la violencia que se le hacía, circunstancia que anulaba, según él decía, lo que firmaba.

Cedia á Carlos por este tratado, reservándose el homenaje, la Borgoña con algunos dominios anejos, renunciaba sus derechos sobre Nápoles, Milan y Génova y el señorío feudal de Flandes y Artois; devolvía sus bienes á Carlos de Borbon, prometía hacer renunciar á Enrique de Albret al reino de Navarra, se casaba con la reina viuda de Portugal, hermana del emperador, daba á sus hijos por rehenes; y finalmente, por última humillacion, se obligaba á armarle un ejército y una escuadra para conducirlo á Roma á tomar la corona imperial y seguirle en la guerra contra los turcos y los herejes.

§. X.—*Falta Francisco I al tratado de Madrid, y vuelve á comenzar la guerra.*—Luego que Francisco volvió á su reino (18 de marzo) firmó el tratado hecho por su madre con Enrique VIII, declaró al papa que estaba pronto á sacrificarlo todo para la independencia de la Italia, y anunció en voz alta que consideraba como nulo el tratado de Madrid, llevado á cabo por la fuerza, y que era contrario á la voluntad de la Francia. Lannoy se presentó en nombre del emperador á reclamar la ejecucion del tratado. Se convocó en Cognac una asamblea, que declaró delante de Lannoy, que el rey no podía enajenar ninguna provincia del reino. Los diputados de los estados de Borgoña, que se hallaban en esta asamblea, protestaron de que su país no quería ser separado de la Francia, y que se resistiría con las armas al tratado de Madrid.

Creyendo el rey que habia justificado su falta de palabra con esta ceremonia, firmó un tratado de alianza con el papa, Venecia y Sforza (22 de mayo). Los confederados debían armar treinta mil infantes y dos mil cuatrocientas lanzas, cuya paga satisfaría el rey, con los que recobrarían para Sforza el ducado de Milan y conquistarían el reino de Nápoles. Enrique VIII fué declarado protector de la liga, de la cual era el alma Clemente VII, que deseaba hacer independiente la tiara, volviendo á abrazar la política natural de los papas, y formando alianza con la Francia,

cuya atrevida decision fué la causa de su pérdida. Nunca habia emprendido la Italia la guerra con tanto entusiasmo, y esta hermosa comarca, arruinada por tantos ejércitos extranjeros, creyó llegado el momento de recobrar su independenciam. « No se trata esta vez, decia Gibertó, el ministro de Clemente, de una insignificante venganza, de un punto de honor ó del interés de una ciudad, sino que esta guerra va á decidir de la libertad ó de la esclavitud de Italia. La gloria será nuestra solamente (1). » El momento que habian elegido los italianos era el mas favorable: Francisco I habia desistido de todos sus proyectos sobre la península, y solo era menester arrojar al emperador. En efecto, este veia entonces á todos sus estados en fermentacion, á los turcos invadiendo la Hungría y á la mitad de Europa contra él, y se arrepintió con dolor de sus yerros; pero muy pronto iba á repararlos la fortuna tan propicia siempre para la casa de Austria.

Todos esperaban que Francisco desplegara una actividad extrema para vengarse; pero no pensaba ya, como antes de su cautiverio, mas que en sus placeres, y le gobernaba su nueva querida la duquesa de Etampes. La administracion era siempre desordenada, y estaba el reino abrumado de impuestos: el pueblo se quejaba, y el parlamento intentaba dirigir al trono serias representaciones. El rey prohibió á los magistrados que se mezclasen en los negocios del estado, y satisfizo las quejas del pueblo vejando y persiguiendo á los empleados de la hacienda. Creia que Carlos se intimidaria con la liga italiana, le obligaria á pedir la paz, y alcanzaria de él condiciones ventajosas, aunque tuviera que sacrificar á sus aliados. Se contentó pues con enviar cuatro mil hombres á Italia, y dejó á los confederados expuestos á todo el peso de la cólera del emperador.

Manifestó entonces claramente la debilidad de aquella Italia tan despedazada, tan anárquica, y tan dividida por los extranjeros. Empezó la guerra con lentitud; y el ejército de los aliados, mandado por el duque de Urbino, aunque superior en fuerzas al de los imperiales, no hizo otra cosa que cometer yerros. Los españoles tomaron á Milan, que quedó durante muchos meses entregada al pillaje y la barbarie de la soldadesca; y capi-

(1) Lettere di principi, t. I, p. 492.

tuló Sforza sitiado en el castillo. Los italianos estaban desesperados de la inacción de los franceses. «¿No es bien culpable y extraño, escribía un embajador francés, que después de dos meses de concluida la liga, no haya contribuido á esta empresa con ningun auxilio, mientras que el papa y los venecianos han hecho tan terrible defensa, y se han comprometido tan seriamente?» La liga reanimó sus esfuerzos, pero todos temian sacrificarse por un príncipe tan fácil en hacer promesas, y que abandonaba en medio de los placeres una causa que era la suya propia.

§. XI.—*Toma de Roma por los imperiales.*—El ejército imperial iba aumentándose cada dia. Lannoy desembarcó en Gaeta con siete mil hombres, y contuvo el ejército pontificio que habia entrado en el reino de Nápoles. Una escuadra francesa, que apareció inútilmente delante de Nápoles, se contentó con saquear las costas. Frundsberg, jefe de aventureros, trajo de Alemania quince mil soldados salidos de la hez de todos los pueblos, fanáticos luteranos, que eran enemigos del papa, cuya prision ambicionaban, y amigos de Borbon que era su héroe (enero de 1527). Desfiló por el Mantuano sin que el duque de Urbino pudiese detener su marcha, y se unió á Borbon en Trebbia. Este no sabia qué hacer de su ejército, pues no tenia dinero con que pagarlo, el licenciarlo era entregarlo á sus enemigos; y se vió en apuros para sacarlo de Milan donde vivia hacia un año entre el desórden, la muerte y el saqueo.

Viéndose Borbon al frente de treinta mil bandidos, resolvió hacer la guerra en un país nuevo y donde pudieran mantenerse, y se dirigió al estado pontificio, esperando destruir la liga en su corazon atacando á Roma, y arrebatar para siempre á la tiara sus planes de independencía. Atacado el papa por un lado por Lannoy y por Borbon por el otro, sin conseguir ningun auxilio de los franceses, se llenó de terror, hizo un tratado con Lannoy y licenció sus tropas. Pero Borbon que habia llegado á Bolonia arrastrado por sus soldados que saqueaban todo lo que hallaban á su paso, y se aumentaban con todos los bandidos de Italia, se negó á cumplir la tregua hecha con Lannoy, pues se hubiera sulevado su ejército viendo terminada la guerra, y se dirigió á Roma sin obstáculo. El duque de Urbino se retiró á Toscana para defender Florencia.

Borbon llegó hasta los muros de la ciudad eterna con cuarenta mil hombres, y titubeó antes de consumir su sacrilega empresa; pero sus bandidos le arrastraron al asalto, y cayó muerto al empezar la batalla (6 de mayo de 1527). Jamás se había hecho un abuso tan abominable de la victoria. Se derramó muy poca sangre, porque, según dice Vettori, no muere quien no se defiende; pero ¡qué saqueo más espantoso! La destrucción de esta ciudad, llena de riquezas y adornada de tantas obras maestras, no duró un día... duró diez meses! Cada casa y cada familia fueron saqueadas y atormentadas á su vez con una especie de regularidad bárbara. Era un nuevo género de devastación de que habían dado ejemplo en Milan los españoles. Los luteranos pusieron á rescate á los cardenales, llevaron al tormento á los sacerdotes, profanaron los ornamentos sagrados, y proclamaron papa á Lutero en un concilio burlesco. El duque de Urbino no hizo ningun esfuerzo para libertar la ciudad, lo que fué traición ó cobardía: el papa capituló en el castillo de San Angelo: se desmoronó el estado de la Iglesia, se repartieron sus fragmentos los imperiales, los venecianos y los duques de Urbino y de Ferrara; y Florencia destituyó á los Médicis.

Alzóse un grito de indignación en toda Europa cuando se supo el saqueo de Roma. El emperador manifestó un dolor hipócrita, aunque no mandó á sus soldados que abandonasen su presa, y determinó hacer plegarias públicas para pedir al cielo la libertad del pontífice, mientras continuaba exigiendo las condiciones exorbitantes de su rescate. Francisco I y Enrique VIII reunieron tropas para libertar al papa y á la Italia (29 de mayo).

§. XII.—*Derrotas de los franceses en Nápoles y en Milan.*—Francisco I convocó en 19 de diciembre una asamblea de diputados, y les pidió que aprobasen la violación del tratado de Madrid. La asamblea declaró que el tratado había sido forzado, que no debía ejecutarlo, ni volver al cautiverio, y ofreció pagar al emperador dos millones por su rescate, con la condición de que sería puesto el papa en libertad. Carlos acusó á Francisco de perjurio y traidor, este le respondió que mentía, y le desafió á pelear en un palenque (28 de marzo de 1528). Francisco I era un rey caballeresco y empapado en las lecturas novelescas, y creía hacerse grande con estas baladronadas, que solo contribuyeron para envenenar el odio entre los dos monarcas.

Lautrec entró en Italia con mil lanzas y veinte mil infantes, se reunió con las tropas de Florencia, de Venecia y de Sforza, se apoderó de Pavía, y se dirigió á Roma (febrero). Los bandidos que habian saqueado esta ciudad, disminuidos en la mitad por sus excesos, se refugiaron en el reino de Nápoles, al mando del príncipe de Orange. Siguióles Lautrec. Todas las ciudades le abrieron las puertas con alegría, y la Italia parecia aun dispuesta á sacudir el yugo imperial. Puso sitio á Nápoles mientras la escuadra genovesa, mandada por Doria, bloqueaba por mar la ciudad. Pero el ejército estaba mal pagado, y la peste invadió sus filas; y descontento Doria de Francisco I, que arruinaba el comercio y las libertades de Génova, llevado tambien de la ambicion de dar la independencia á su patria, y sabiendo además que el rey habia mandado prenderle, se acogió á la proteccion del emperador. Abandonó pues á los franceses, alzó el bloqueo de Nápoles, é interceptó los víveres á Lautrec. Esta defeccion fué un golpe mortal para la causa francesa. Lautrec murió el dia 16 de agosto: los restos del ejército emprendieron la retirada; y acosados por los españoles, y destruidos por la peste y el hambre, capitularon en Aversa, y perecieron en lugares infectos ó degollados por sus enemigos. Doria condujo su escuadra á Génova, arrojó la guarnicion francesa, y dió á su patria una constitucion republicana que duró hasta 1797.

La Francia habia enviado á Italia un segundo ejército al mando del conde de San Pol, compuesto de mil lanzas y diez mil infantes: iba con el objeto de adelantar el sitio de Nápoles, pero fué detenido en Lombardia por Antonio de Leiva, y no pudo reunirse con Lautrec (1529). Redujéronle á una mitad la falta de dinero, la desercion y la incapacidad del general, y el resto fué sorprendido en Laudiano por Leiva, donde sufrió una derrota y dispersion completa (21 de junio).

§. XIII. — *Tratado de Cambray.* — *Sumision de Italia á la casa de Austria.* — Una guerra tan interminable habia agotado á todos los estados, y aunque habia aun muchos aventureros dispuestos á pelear, faltaba dinero para pagar á estos bandidos feroces ó insaciables. La Italia estaba amenazada de inminente ruina; Francisco se cansaba de una guerra en la que solo lograba humillaciones y derrotas, y Carlos temia perder todas las ventajas

que una fortuna siempre propicia le habia regalado, teniendo brillantes ejércitos sin pagarlos, ganando hermosas victorias que no esperaba, y haciéndose dueño de ciudades en las que jamás habia pensado. Entabláronse en Cambray negociaciones entre Luisa de Saboya y Margarita de Austria, y sin testigos ni ayuda de nadie firmaron allí estas dos mujeres la paz (5 de agosto de 1529).

El tratado de Cambray no fué mas que una modificacion del de Madrid. El rey conservaba la Borgoña, pero cedia sus derechos de soberanía sobre la Flandes y el Artois, renunciaba á Milan, Génova y Nápoles, pagando dos millones de escudos por su rescate, se casaba con la hermana del emperador, rompía su amistad con sus aliados de Italia, prometiéndole obligarles á que se sometiesen á Carlos, y devolvía por fin los bienes del condestable de Borbon á sus herederos (1). Fué uno de los tratados mas humillantes que sufriera hasta entonces la Francia.

Es verdad que solo se perdía la Italia, pero se entregaba en poder del dominador de la mitad de Europa, se sacrificaba á todos los que habian peleado por Francisco, sin pedir la generosidad ó compasion del vencedor; pues no se mentó en el tratado nada en favor de Venecia, Florencia ó Ferrara. La Francia adquirió un funesto renombre, y de esta mengua de su carácter, tan generoso y leal casi siempre, es deudora á Francisco I, á quien los cortesanos tomaban por modelo de fidelidad y de nobleza. El rey caballero no tuvo vergüenza de hacer secretas protestas contra sus renunciaciones, como si no las hiciera voluntariamente y estuviera aun cautivo y preso en Madrid. Artificio pueril é indigno de un príncipe y que violaba abiertamente la fe pública!

Precedió al tratado de Cambray el que hicieron el papa y el emperador. Conociendo la Santa Sede que eran vanos é impotentes todos los esfuerzos que hacia en apoyo de la independencia de Italia, se humilló ante la corona germánica, manifestando no tener otra ambicion que la de salvar los restos de su poder

(1) Un decreto del parlamento declaró á Borbon en 1527 culpable de lesa majestad divina y humana, y condenado á la confiscacion de sus bienes. El artículo del tratado de Cambray no llegó á cumplirse, y quedó sin sus bienes la casa de Borbon.

espiritual. Clemente dió á su vencedor la investidura de Nápoles, y recobró sus estados con la promesa de que restablecería á los Médicis en Florencia. Este tratado era el principio de la esclavitud de la Italia. Hecha la paz de Cambray, el emperador se embarcó en las galeras de Doria, y con un ejército de treinta mil hombres fué á tomar posesion de aquel hermosos país tan fácilmente cedido por su rival.

Desembarcó en Génova, tuvo una entrevista con el papa en Bolonia, y se ocupó en pacificar la península. Obligado á regresar á Alemania, donde los turcos sitiaban á Viena y los luteranos tomaban una actitud amenazadora, trató á la Italia con indulgencia, y además porque la liga en su terror se había humillado y dejado las armas. Sforza recobró su ducado, cuyas plazas fuertes recibieron guarniciones españolas, y pagó enormes contribuciones: el duque de Saboya se hizo partidario de la causa austriaca, perdiendo para siempre la Francia la alianza del duño de los Alpes; y quedó en poder del papa Florencia, la antigua amiga de los reyes franceses. Resistióse durante seis meses al ejército imperial (1), y capituló con la condicion de que conservaria sus libertades; pero fué violada la capitulacion, y se estableció la tiranía mas odiosa con la persona de Alejandro, primer duque de Florencia y bastardo de los Médicis.

Carlos se hizo coronar en Bolonia emperador y rey de Italia, y existió desde entonces en este país un poder mayor que el de Carlomagno y Othon. Ya no había barreras en Italia contra la Alemania, ó por mejor decir, contra la casa de Austria: la Francia abdicaba su protectorado; y puede afirmarse, que á contar desde esta época, dejó de existir la Italia como nacion. Entonces fué tambien cuando por vez primera se vió á un rey de Alemania escoger una iglesia italiana para recibir de manos del pontífice la corona de oro. Dejó de haber coronacion para los emperadores, que mas que nunca fueron soberanos nacionales para la Alemania, y señores extranjeros para la Italia: y que poco cuidadosos de hacer confirmar su dignidad por un poder espi-

(1) Este ejército era mandado por el príncipe de Orange que murió: entonces sus bienes pasaron á su hermana casada con el conde de Nassau cuyos hijos han hecho tan célebre el nombre de Orange.

ritual en decadencia, se contentaron en adelante con el título de *emperador electo*.

CAPÍTULO VI.

Progreso de la Reforma.—Segunda guerra de Francisco I y Carlos V.—Tregua de Niza. (1529—1538.)

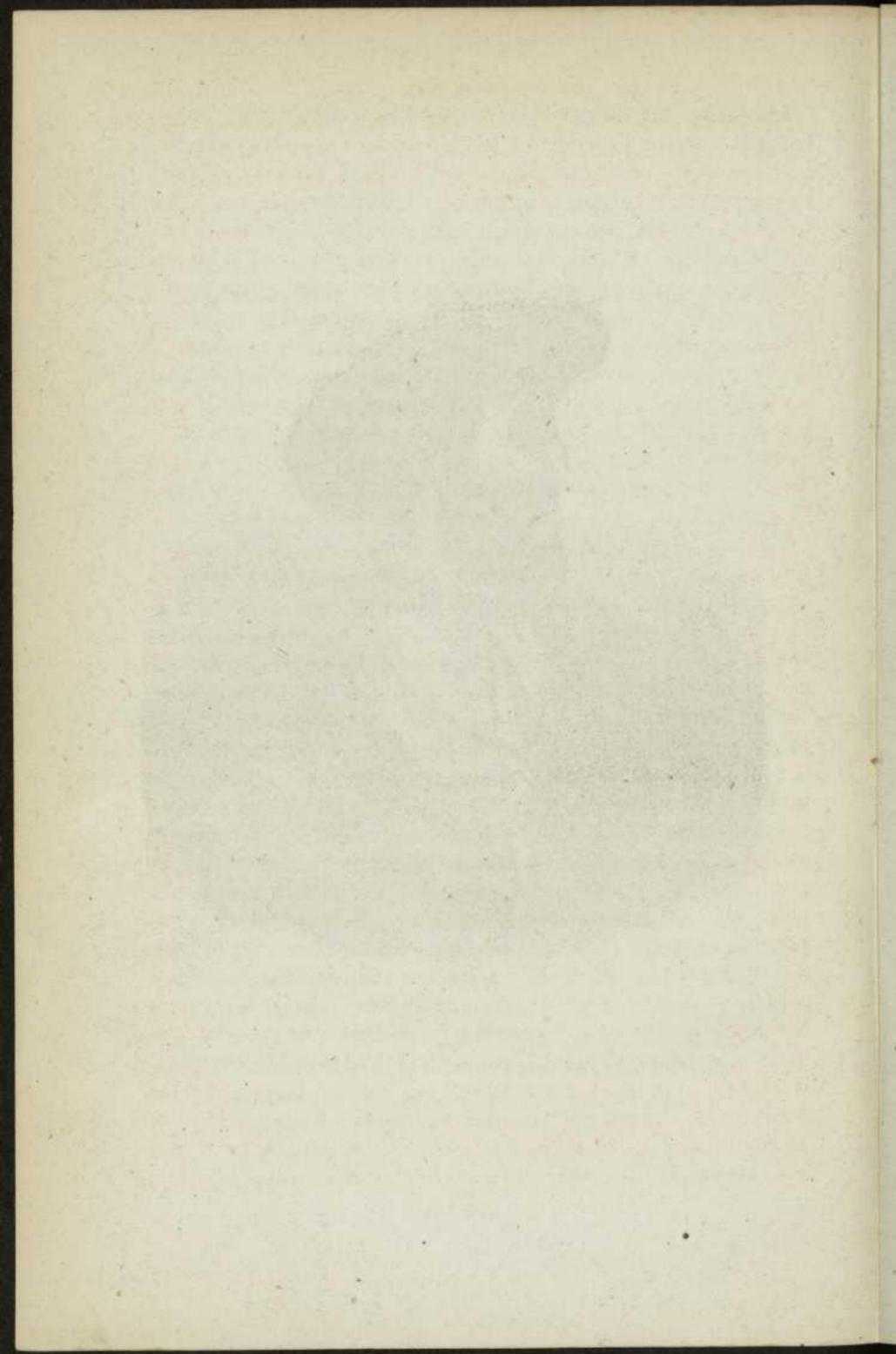
§. I.—*Agitaciones de Alemania.—Sectas luteranas.—Rebelion de Muncer.*—Lutero salió del castillo de Warburgo mas áspero y fogoso que antes, predicó contra los obispos, «receptáculo de ignorancia, de desórden y tiranía,» pidió la abolicion de los monasterios y la confiscacion de sus bienes, y publicó su famosa traduccion de la Biblia con comentarios, obra maestra de estilo que fijó la lengua alemana, y popularizó la reforma.

El pueblo comenzó á embeberse en sus teorías y á pasar de la teoría á los hechos, y la libertad religiosa que proclamaba, se convirtió en libertad política y social. El mismo Lutero había acarreado esta consecuencia. «Los príncipes, decia, sirven á Dios de lictores y verdugos, y son casi todos los mayores imbéciles ó los mas malos entre los perversos. El pueblo comienza á comprender y se agita por todos lados con los ojos abiertos. De modo que, nobles señores, gobernad con moderacion, porque las naciones no sufrirán mucho tiempo vuestra tiranía. El mundo de hoy no es el antiguo, en que ibais á caza de hombres como si fueran animales bravíos (1).» Este fué el estilo que usó al escribir á Enrique VIII, que publicó contra él una grande obra, á muchos príncipes de Alemania, y al mismo emperador. Aunque la reforma se puso al principio humildemente bajo la proteccion de la autoridad civil, para librarse de los papas, se veía arrastrada por sus principios á atacar esta autoridad, y al ver Lutero las agitaciones de la baja nobleza y del pueblo, exclamaba proféticamente. «Preveo un gran trastorno en los estados. La Alemania está amenazada por una guerra cruel ó su completa destruccion, y la veo nadar en sangre (2).»

(1) De *Seculari potestate*, apud Luter. Opera.—Cochlæus, vida de Lutero, p. 58.

—(2) Cartas de Lutero, 1523.





Alarmado no obstante de su propia obra y del espíritu de destrucción que por todas partes se despertaba, quiso detener la disolución incipiente, é intentó conservar algunos restos del antiguo edificio organizando una nueva Iglesia. ¿Pero cómo podía fundar si su obra solo se dirigía á destruir? En vano se enojaba contra todo lo que se separaba de su reforma, y era un absurdo que pretendiese ser el único intérprete del Evangelio, cuando su interpretación se habia dejado á la razon humana, y que invocase la autoridad para constituir su doctrina, siendo así que él habia invocado la libertad para separarse de la Iglesia. Allí existia la dolencia vital de la reforma luterana, que no queria confesar que al salir de la duda, la traia por consecuencia: que se atormentaba á sí misma para no ser invadida por este disolvente de todas las creencias, que se imponia doctrinas y dogmas inflexibles para tener unidad y renovar; pero cuya esencia eran el individualismo, la variacion y la division.

Los discípulos de Lutero llevaban la reforma mucho mas léjos de lo que queria su maestro, y eran estos Zwingle, el apóstol de la Suiza, que ponía á Hércules y á Numa en el número de los santos, Bucer, «el gran arquitecto de sutilezas,» Carlostadt, el destructor de la Eucaristía y de las imágenes, etc. Ellos llamaban ya á Lutero aliado del papa y Antecristo. Cada uno de estos jefes de secta deploraba la existencia de las demás, y todos se detestaban sin querer hacerse ninguna concesion. Su polémica estaba llena de ultrajes, violencias y furores: todas las prensas de Alemania estaban ocupadas en arrojar folletos, comentarios y disertaciones de Lutero contra sus adversarios, de sus adversarios contra él y contra ellos mismos, y de los católicos contra todos. Nadie se cuidaba de la elocuencia sino de la accion que esta habia de ejercer. Era la inauguracion del poder de la prensa, nueva reina, delante de la cual empezaban á humillarse los príncipes, pero degenerada ya, insultante y venal. «Jamás se habia visto nada tan licencioso y sedicioso al mismo tiempo, exclamaba Erasmo. Se pone fuego al edificio para consumir las inmundicias. El pueblo arroja el yugo de los superiores y no quiere creer á nadie.» Melanchton, el mas suave y pacífico de los discípulos de Lutero, se consideraba «en medio de estos demagogos como Daniel en la cueva con los leones. No es religion,

decía á su maestro, lo que ocupa á todos los ánimos, sino libertad!»

Finalmente Muncer llevó el principio luterano á sus últimas consecuencias; reanimando la antigua fermentacion husita que existía aun en Alemania, pidió para el pueblo la igualdad absoluta del Evangelio, abolió las distinciones de rango, familia y fortuna, declaró el trabajo obligatorio para todos, é insurreccionó á los campesinos de la Turingia, del Palatinado, de Suavia y de Alsacia contra los sacerdotes, los nobles y los magistrados. Los insurgentes se contentaron al principio con peticiones moderadas y equitativas, no querían ser tratados como bienes de sus señores, pedían la anulación de los servicios feudales, el derecho de elegir sus curas párrocos, etc.; pero Muncer los llamó á las armas con una proclama sanguinaria. «Ha llegado la hora de los malvados! Alemania, Italia y Francia se han alzado en masa contra ellos. Adelante! ¡Que no se enfrie jamás la cuchilla caliente con su sangre (1)!

Lutero se alarmó en extremo de esta jaquería terrible, niveladora y razonada. Los aldeanos le invocaban como árbitro, y los príncipes le acusaban de ser la causa de la rebelion; y respondió á los unos y á los otros, excitando á los aldeanos á la sumision, y á la moderacion á los príncipes, con el mas elocuente de sus escritos. No fué oída su voz y comenzó la guerra.

Ejércitos de campesinos salvajes y fanáticos destruyeron, robaron y pasaron á cuchillo, «á todos los que vivian en la ociosidad.» Lutero conoció que estaba comprometida la reforma, si le abandonaban los grandes aterrados con las consecuencias de su terrible principio, y no titubeó en declararse contra los que habian exagerado sus doctrinas. «Ya que no han dado oído á mis exhortaciones, dijo á los príncipes, que sean exterminados, que tomen las armas todos los señores, y solo sean perdonados los que se sometan!» Los príncipes de Sajonia, de Hesse y de Brunswick reunieron un ejército, rodearon las tropas desordenadas de Muncer, y las derrotaron completamente. Su jefe cayó prisionero, y murió en el suplicio (1525). Los restos de este ejército fueron atacados, perseguidos y rotos en todas partes, atravesaron el

(1) Sleidam, p 115.

Rhin, la Alsacia y la Lorena, y amenazaron la Champaña. Era gobernador de esta provincia Claudio, duque de Guisa, hermano del duque de Lorena, el cual reunió tropas que envió en persecucion de estos miserables, y acabó de destruirlos en tres batallas en que perecieron treinta mil hombres (1).

Lutero no manifestó lástima de tantas víctimas. «No haya perdon para los campesinos, decia, pues están condenados por Dios y el emperador. ¡Tráteseles como á perros rabiosos (2)!»

§. II.—*Estado de la reforma de Alemania.*—*Dietas de Spira y de Agsburgo.*—*Liga de Smalkalda.*—Salvada la reforma de estos sectarios fanáticos, continuaba sus progresos y se formaba una base durable despojando al clero de sus bienes. Nadie obedecía los decretos de la dieta de Woreux: el elector de Sajonia, el landgrave de Hesse y muchas ciudades imperiales abolieron solemnemente la misa: Alberto de Brandeburgo, gran maestro de la órden teutónica, abrazó la reforma, y por consejo de Lutero se creó, una soberanía de las provincias prusianas pertenecientes á la órden: los numerosos aventureros que por todas partes pululaban en Alemania, tomaron las armas para robar los bienes del clero; y la reforma estaba segura de hallar ejércitos en su defensa.

Carlos V conoció el trastorno que estas innovaciones causaban á la constitucion germánica; pero como en esta época la liga italiana amenazaba su poder, esperaba sacar partido de la reforma contra Clemente VII. Se convocó una dieta en Spira para ocuparse de la defensa de Hungría contra los turcos y de la estirpacion de la herejía (1529); y por instigacion secreta del emperador, pidió un concilio general, y declaró que los príncipes eran libres de gobernar sus estados á su arbitrio en lo relativo á la religion.

Este decreto era, el principio del establecimiento legal de la reforma, y fué publicado contra el papa al mismo tiempo que Borbon con su ejército se dirigía á Roma. Hallábase entonces Lutero en Spira, y con sus folletos incendiarios lanzaba á la Alemania en la guerra contra la Santa Sede. Frundsberg era el ejecutor de sus violencias, y cuando le pidieron subsidios para

(1) Michelet vida de Lutero, t. I. p. 195 — (2) Id. *ibid.* p. 201.

resistir á los turcos, respondió: «Tomad los bienes del clero, y servíos de ellos para atender á las necesidades de la república cristiana.» Pero luego que el emperador firmó el tratado de Cambray y la paz con el papa, cambió de plan, y resolvió hacer servir la conservación de la unidad religiosa para fundar su poder político en Alemania. La casa de Austria se hallaba entonces en el apogeo de su fortuna. Carlos V había vencido á la Francia, dominaba la Italia, y hacía casar á su hermano Fernando con la heredera de los reinos de Bohemia y Hungría (1). Convocóse entonces otra dieta en Spira, y declaró que el edicto de Worms sería ejecutado en todos los pueblos donde no estuviese establecido con regularidad el luteranismo. El elector de Sajonia, el landgrave de Hesse, el margrave de Brandeburgo, los príncipes de Anhalt y de Luneburgo, y las ciudades imperiales de Estrasburgo, Nuremberg, Ulm y Constanza *protestaron* contra «esta resolución injusta é impía,» y apoyados por Francisco I, declararon que no obedecerían.

Carlos acababa de ser coronado en Bolonia, y pasó á Alemania para convocar una dieta en Augsburgo (20 de junio de 1530). Acudieron á ella todos los príncipes, pues temían el poder del emperador. Los *protestantes* le presentaron su confesión de fe redactada por Melancthon y firmada por tres electores, cincuenta y dos obispos y abades, cincuenta y cinco príncipes, condes y barones, y treinta y nueve ciudades imperiales. Esta confesión reconocía la autoridad de los cuatro primeros concilios generales, el dogma de la Trinidad, la necesidad del bautismo, y la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía; abolía los votos monásticos, el celibato de los sacerdotes, y las ceremonias de la misa, y declaraba el poder eclesiástico distinto del seglar, y enteramente separado del gobierno.

El legado que asistía á la dieta, lleno de cólera, pidió al emperador el castigo de una adhesión tan solemne á la herejía; pero inquieto Carlos con una manifestación de independencia tan temible, y con la secreta satisfacción de ver tan rudamente ata-

(1) Después de la muerte del rey Luis II, muerto en la batalla de Mohacz en 1526, Fernando recibió de su hermano el Austria, la Stiria, la Corintia y el Tirol; y estaban anejas al reino de Hungría la Moravia, la Silesia, la Esclavonia y la Croacia.

cada la autoridad pontificia, hizo que se entablasen conferencias pacíficas entre los doctores de ambas comuniones, y esperaba llegar á una reconciliacion que humillaria á la tiara en provecho y enalzamiento de la corona imperial; pero á pesar de las mútuas concesiones de los doctores, no pudieron ponerse de acuerdo. Lutero, que dirigia desde léjos la conferencia con su ordinario ardor, se oponia á la menor tentativa dirigida á reunir las dos Iglesias, y si la dieta no era favorable, queria que se hiciese resistencia á sus decretos por medio de las armas. Carlos empleó todos los medios de seduccion para atraer al catolicismo á los príncipes disidentes, pero sin ningun éxito, y terminó publicando un decreto que condenaba la confesion de Melancton: mandaba la observacion del culto católico en todas sus partes, anulaba la venta de los bienes del clero, y amenazaba con el destierro y la muerte á todos los que persistiesen en la doctrina luterana (19 de noviembre).

Este decreto produjo una viva alarma, pues hacia del catolicismo el fundamento del imperio germánico, daba al emperador un poderío casi absoluto bajo el pretexto del mantenimiento de la antigua religion, y manifestaba los proyectos políticos que Carlos concibiera sobre la Alemania. Los príncipes protestantes le respondieron, uniéndose para la defensa de sus libertades, por medio de un tratado de alianza defensiva, que los libertaba en realidad de la confederacion alemana. Esta fué la famosa liga de Smalkalda, que rompía para siempre la unidad del cuerpo germánico, y la reforma se vió por decirlo así con su imperio, sus leyes y su ejército como el catolicismo. Bien pronto atestiguó su independencia entrando en negociaciones con las potencias extranjeras, y solicitando el apoyo de los reyes de Francia é Inglaterra.

Viendo Carlos en extremo comprometidos sus proyectos de monarquía absoluta y hereditaria, hizo todos sus esfuerzos para derrotar á los confederados, llevó adelante en todas partes la restitution de los bienes del clero, quitó á Alberto de Brandeburgo el gran maestrazgo de la órden teutónica, favoreció y apoyó la formacion de una liga católica, y convocó por fin una dieta en Colonia para hacer nombrar en ella rey de romanos á su hermano Fernando. Era un medio de asegurar de antemano al

imperio un soberano católico, porque los protestantes no desesperaban de ver en el porvenir ocupado el trono imperial por un príncipe de su comunión. El elector de Sajonia se negó á acudir á esta dieta, y convocó á los confederados en Smalkalda, pero no por eso dejó de ser elegido Fernando. Los luteranos protestaron contra esta eleccion, renovaron su alianza, publicaron un manifiesto contra los designios políticos del emperador, y prepararon dinero y hombres para hacer la guerra.

§. III.—*Francisco I protege á los protestantes de Alemania y hace alianza con los turcos.—Guerra de Soliman y Carlos V.*—Cuando Francisco I supo la liga de Smalkalda, creyó que habia llegado el momento favorable de vengarse de sus humillaciones, y siendo la reforma el peligro capital de su enemigo, veia designado claramente el papel que debia hacer. Erale preciso permanecer católico en el interior, y mostrarse protestante en el exterior; política que adoptaron siempre sus sucesores, que retrata fielmente á la Francia en la revolucion luterana, y la que convenia perfectamente á su carácter especial. Esta nacion móvil y simpática, meridional en las emociones y septentrional en el pensamiento, debia por una parte conservar el catolicismo restableciendo la disciplina de su clero, tomar por otra parte á la reforma su gran principio, hacer de él el fundamento de la filosofía moderna, aplicarlo tres siglos despues políticamente, y agitar con él el mundo entero. Impelido Francisco I por su orgullo herido, adivinó esta política, envió á Dubellay-Langey á los confederados de Smalkalda, y á pesar de las estipulaciones expresadas en el tratado de Cambray, les prometió que le encontrarían «dispuesto á auxiliarles sin perdonar ningun medio»; y tomando por fin bajo su proteccion á la liga, les dió dinero y armas (1).

No se contentó con esto el rival de Carlos V; renovó sus relaciones con los turcos é intentó hacer con ellos una alianza efectiva; alianza reputada monstruosa y sacrílega, pero que no exponía á la Europa á ser invadida por los bárbaros, como le decían sus enemigos á Francisco I. Era natural que la Francia, al verse rodeada por los estados de la casa de Austria y excluida del Mediterráneo, quisiera buscar en una potencia nueva los medios para

(1) Dubellay, lib. IV, p. 251.

restablecer el equilibrio en Europa, y solo lo podia hacer con el pueblo que amenazaba los estados austríacos por la Hungría y por el mar, con el cual no tenia ninguna rivalidad de posicion ó intereses, y que disponia de fuerzas para conmover las bases que el imperio tenia en Europa, Asia y Africa al mismo tiempo. Ya no hacia Francisco traicion á la causa cristiana, porque á pesar de las conquistas de los turcos, y de la toma reciente de Rodas á los caballeros de San Juan de Jerusalem (1), las cruzadas habian dado ya su fruto, llegaba demasiado tarde el islamismo, y el Occidente estaba tan robustamente constituido, que se consideraba invencible. Además la política de los intereses habia ocupado en esta época de triunfo del libre exámen el lugar de la política de los sentimientos, y la mayor parte de los príncipes, léjos de aterrarse con la muchedumbre de las victorias de los otomanos, estaban convencidos de que seria bastante una guerra ordinaria para contenerlos, y solo pensaban en sacar partido del poder de estos últimos invasores de Europa.

Era entonces padischah de los turcos Soliman, llamado el Conquistador, el Magnífico y el Legislador. Recibió al principio las proposiciones de alianza que le hizo Carlos V, y que rehusó abiertamente; pero acogió favorablemente, como ya hemos visto despues de la batalla de Pavía, las peticiones de Francisco I, que era el enemigo de su enemigo natural. Cumpliendo sus promesas, invadió dos veces la Hungría. La primera vez venció y mató al rey Luis II, último vástago de los Jagellones, en la batalla de Mohacz (1526); y la segunda fué á apoyar á Juan Zápoli, vaivoda de Transilvania, que disputaba el trono de Hungría al archiduque Fernando, y sitió sin ningun éxito á Viena (1529).

El tratado de Cambray no le hizo dejar las armas, invadió por tercera vez la Hungría, y estaba sitiando á Gunte, cuando recibió una embajada de Francisco I, que tenia por objeto pedirle el auxilio de sus escuadras si volvía á comenzar la guerra entre la Francia y el Austria. El enviado francés fué recibido con una

(1) La isla de Rodas fué defendida heroicamente por Villiers de L'isle Adam gran maestre de la orden, y no se rindió hasta despues de seis meses de sitio (1522), ciento veinte mil balas y bombas, y la muerte de 40,000 turcos. Los caballeros se retiraron con 5,000 rodenses á la isla de Malta, que les dió Carlos V, con la condicion de que harian una guerra sin tregua ni descanso á la marina otomana.

pompa y honores que jamás han sido concedidos á ningun embajador cristiano por la Sublime Puerta. El sultan accedió á la peticion de *su amigo el padischah de Francia*, y se dispuso á invadir la Alemania (1531).

Carlos V llamó á todos los cristianos á la defensa comun, y corrió á alistarse en sus banderas una turba de aventureros, desde el Vístula hasta el Rhin. Era tan inminente el peligro, que parecia despertarse el entusiasmo de las cruzadas. Habiendo el rey de Francia recibido la intimacion del emperador para que acudiera en su defensa, manifestó un extremado ardor en favor de la guerra santa, é impuso, á pesar del papa, los diezmos al clero, ofreciendo despues á su rival custodiarle la Italia durante su ausencia.

Carlos tuvo miedo al aliado infiel que iba á sublevar despues de su partida á toda la Alemania, y entró en negociaciones con los protestantes. Decidióse entonces la pacificacion de Nuremberg, que aplazó la decision de los negocios religiosos para un concilio general, confirmó la expropiacion de los bienes del clero, y compuso la cámara imperial de un número igual de católicos y luteranos (23 de junio de 1532). Llenos de satisfaccion y alegría los protestantes con tan grandes concesiones, se alistaron con ahinco en el ejército imperial, que se compuso de mas de ciento cincuenta mil hombres. Decíase que Soliman tenia trescientos mil, y se esperaba una gran batalla; pero Carlos se manejó hábilmente para libertar á la Alemania sin combatir, los turcos retrocedieron, y volvió con honor de esta guerra, que era la primera que hacia por sí mismo (1).

§. IV.—*Estado interior de la Francia.*—*Francisco I protege las artes y las letras.*—Viendo Francisco I inmóviles á sus aliados de Alemania y de Turquía, dilató sus proyectos de guerra, y se ocupó en la reforma y aumento del ejército, de la administracion de hacienda, y de la marina (2). Hacia quince años ya que los

(1) Véase el *Ensayo histórico de las relaciones de Francia con el Oriente en la Revista independiente* del 25 de octubre de 1843.—(2) En este tiempo fué cuando se verificó la definitiva reunion de Borgoña á la corona. Esta provincia, aun despues de la muerte de la reina Claudia, habia conservado su administracion peculiar, y los estados querian que se diese la soberanía al hijo segundo de Claudia y Francisco. Pero á fuerza de promesas consiguió el rey que proclamasen á su

bretones y normandos habian fundado pesquerías en Terranova; el navegante Verazzani habia explorado por órden del rey las costas de la América del norte; y Santiago Cartier penetró en 1528 en el rio de San Lorenzo, descubriendo el Canadá. Todos estos esfuerzos eran muy inferiores á los de los portugueses y españoles, pero manifestaban la actividad de la nacion y la extension que tomaba el comercio exterior. «La flota de Marsella cruzaba el mar de Levante, donde los franceses eran temidos y casi señores (1).» Ango, armador de Dieppe, formaba escuadras para castigar los reyes que insultasen su pabellon, y trataba de igual á igual con sus embajadores. A pesar de los desastres de la guerra anterior, de la enormidad de los impuestos y de los excesivos gastos de la corte, continuaba el progreso material, estaban florecientes la agricultura y la industria, y el país en general era rico y feliz.

Aunque el rey ponía mas cuidado en el gobierno, no habia abandonado su pasion por el lujo y los placeres; su corte era siempre galante, literata, caballeresca y frívola, y su reinado era siempre tambien el de las favoritas, las artes, las fiestas y la licencia. Edificó á Chambord y Saint-Germain, embelleció á Fontainebleau y empezó el Louvre, engrandeció la Biblioteca real y fundó el *Colegio de Francia* para el estudio de las lenguas latina, griega y hebrea, y mas tarde para el de las matemáticas, filosofía y medicina. A ejemplo de los príncipes de Italia, gustaba rodearse de sábios, poetas y artistas, les colmaba de riquezas y honores, y atrajo á muchos extranjeros á su corte.

Lascaris de Constantinopla hizo revivir en Francia el estudio de la lengua griega, fundó la Biblioteca de Fontainebleau, y fué embajador en Venecia: Leonardo de Vinci murió en los brazos del rey: Rosso de Florencia adornó con sus pinturas el castillo de Fontainebleau: Primatino de Bolonia continuó los trabajos de Rosso y trazó el plan de Chambord; y fueron honrados con beneficios reales Andrés del Sarto, Julio Romano, el Ticiano, Benvenuto Cellini y otros muchos célebres artistas.

Las artes adquirieron una perfeccion que no ha sido superada por el príncipe de Borgoña, y declarasen su ducado unido irrevocablemente y para siempre á la corona. (Actas de Bretaña, t. III, p. 1001.)—(1) Memorias de Vieille ville.

da, y que forma casi toda la gloria del reinado de Francisco I: la pintura italiana vino á adornar los castillos góticos: eleváronse monumentos llenos de gracia y majestad helénicas al lado de los robustos torreones de la edad media; y se inauguró la gloriosa série de artistas franceses con el pintor Juan Coussin, los escultores German Pitou, Juan Goujou, Pedro Bontemps y los arquitectos Juan Lescot y Filiberto Delorme. La Francia rivalizó en sábios con la Italia, y el rey se valió de ellos con buen éxito en sus consejos y embajadas. Los tres hermanos Dubellay eran al mismo tiempo diplomáticos, guerreros y escritores distinguidos: Guillermo Pelicier, Pedro Danés y Jorge de Lelve, al mismo tiempo que sirvieron á la Francia con sus negociaciones, la ilustraron con su erudicion: Guillermo Budé, que cultivó todas las ciencias y sobre todo la lengua griega, era preboste de los comerciantes de Paris, y «el prodigio de la Francia,» decía Erasmo, cuya escuela filosófica habia hallado en él un digno adversario. Vivian al mismo tiempo igualmente protegidos por el rey, Julio César Escalígero, el restaurador de la lengua latina, Jose Escalígero, el restaurador de la cronología, Roberto Etienne, el sábio impresor, Ramus, el adversario de Aristóteles, Turnebe, Muret, etc.

La erudicion era la grande pasion de esta época y la filología la ciencia favorita, pero la literatura fué disputadora y monstruosa. La poesía tuvo dificultades para hacerse oír en medio de los sábios y vastos comentarios que agotaban los ingenios, y aunque llena de gracia y finura bajo la pluma de Marot, quedó fria y erudita en manos de sus imitadores. Además el espíritu luterano que todo lo invadia ahogaba la imaginacion y mataba el instinto poético.

§. V.—*Restauracion de la filosofía antigua.*—*Miguel Servet.*—*Rabelais.*—*Anabaptistas de Munster.*—La resurreccion de los libros antiguos ocasionó una especie de restauracion de toda la antigüedad, y la filosofía escolástica de la edad media cayó bajo las obras recientemente descubiertas de la filosofía griega. Las escuelas se impregnaron con ardiente delirio en las ideas de Platon: todas le imitaron, comentaron y adoptaron con locura y sin crítica, dándole tanta fe como al Evangelio; pero todos los sábios fueron, mas que filósofos, eruditos en filosofía. El plato-

nismo quiso unirse á la reforma, Raunes intentó introducirlo en la universidad de Paris, ciega partidaria de Aristóteles; y hasta se pretendió restaurar con todo su vigor las ideas de Pitágoras, Zenon y Epicuro. Ninguno de estos pensamientos se llevó á cabo, pues era preciso que trascurriese un siglo para que el pensamiento de Descartes, hijo del de Lutero, crease la filosoffa moderna. Entretanto la escolástica no pudo detener su ruina; en vano se apoyó en la lógica de Aristóteles, que hacia un siglo triunfaba orgullosamente, no podia ser duradera al lado del libre exámen, siendo así que la religion le imponia los principios y las consecuencias de la discusion; de modo que la idea luterana quedó libre para arrojar la anarquía en los espíritus, esperando que la redujese á método Descartes.

La consecuencia inevitable del libre exámen era el *racionalismo*, á lo que se reduce en nuestros dias casi universalmente el protestantismo, y á la que fué arrastrado desde sus principios. Al despojar la razon á todas las creencias de todos sus misterios llegó á desnudar el cristianismo de su carácter divino, y á no ver en Jesucristo mas que un hombre, el mas sábio y perfecto de todos, el que ha hecho á la humanidad los mayores beneficios, y á quien la humanidad en recompensa adora como á un Dios. Era esto un desarrollo de la herejía de Arrio, y fué la de Miguel Servet, predicada luego por Socini. Los prosélitos poco numerosos de esta doctrina fueron perseguidos bajo los nombres de *ateos y libertinos* por ambas comuniones; y el mismo Servet pereció en el cadalso por órden de Calvino (1).

Otros fueron aun mas léjos, pues llegaron hasta la indiferencia en materias de religion, que es otra consecuencia del racionalismo de Lutero, y plaga que devora la época en que escribimos y tras la cual no se ve mas que la nada. Esta acusacion se hizo á Erasmo, pero este tipo de la moderacion no tenia mas que la tolerancia y la filosoffa cristiana de los tiempos modernos; y

(1) Servet nació en Aragon y estudió en Paris. Su primer folleto, *De Trinitatis erroribus*, apareció en 1531; el último, *De la restitucion del cristianismo en 1533*. Desterrado de Francia quiso salvarse en Suiza y pasó por Génova. Calvino le mandó prender contra todo derecho y sin justicia, le condenó á muerte, y le hizo morir en el suplicio. «Mientras prevalezca mi autoridad, decia el feroz sectario, no se irá con vida.»

el verdadero corifeo de la indiferencia ó del ateísmo fué Rabelais, ese espíritu maligno, osado y único que de todo se burla, lo mismo de la Iglesia, de los sacerdotes, de los reyes y de los grandes como del pueblo, y que no obstante fué leído y protegido por todos, en especial por la corte de Francisco I. Su *Pantagruel* y su *Gargantua*, que se publicaron en 1533 y 1535, atacaron los tronos, las creencias, el orden social, todo lo que es espiritualismo, alma, ciencia y filosofía, y todo lo que no es vino, carne, sentidos y materia con una verbosidad que raya en delirio, y con un estilo que ha dado á la lengua francesa sus graciosas riquezas. Son sátiras groseras, desordenadas y bufonescas, pero en extremo delicadas é ingeniosas, donde las perlas están ocultas bajo el cieno; obras extrañas y sin modelo en que se muestra al cura de Meudon como el último extremo del doctor de Wittemberg que cantaba: «Si no te gustan el vino, las mujeres y la música, serás un necio toda tu vida.»

Mientras ciertos espíritus llegaban á los extremos límites del libre exámen, los sectarios de Muncer ó *anabaptistas* (1), ponían en el terreno de los hechos las consecuencias de la libertad religiosa, y restablecían, según decían ellos, el reinado de Jesucristo. Estaban esparcidos por Holanda, Brabante, las costas del mar Báltico y por la Westfalia: impregnados de un misticismo demagogo, llevado hasta la extravagancia, se habían puesto en la cabeza restablecer las formas sociales de los hebreos; y la lectura de la Biblia había arrastrado á sus entendimientos vulgares á creer que debía ser la mejor la constitución política del pueblo de Dios.

Los anabaptistas de Munster consiguieron hacerse dueños de esta ciudad, arrojaron de ella á todos los que no profesaban sus creencias, pusieron todos los bienes en comunidad, y dieron principio á la realización de su sueño político. Gobernaban la república doce profetas, pero fueron bien pronto reemplazados por Juan de Leide, hijo de un sastre, jóven de veinte y siete años y de un carácter extraordinario, que se hizo nombrar rey de Sion, se rodó de una corte pomposa, estableció la poligamia y gobernó por inspiración de aquella turba delirante (1535).

(1) Llamábanse anabaptistas los sectarios de Muncer, porque miraban como nulo el bautismo dado á los niños.

Una de sus diez y siete mujeres llegó á dudar de y él, él entonces la cortó la cabeza por su propia mano en presencia de las demás que prosternadas, entonaban cánticos sagrados. Despues de haber hecho los anabaptistas á Munster teatro de todas las monstruosidades que puede inventar el pensamiento humano, fueron sitiados por el príncipe obispo de la ciudad auxiliado por muchos señores; pero aunque se defendieron con desesperacion durante seis meses, Munster fué tomada por asalto, ellos fueron todos exterminados, y Juan de Leide murió en los mas espantosos suplicios (1). Persiguióse la secta con encarnizamiento en Holanda y en la Baja Alemania, pero no fué enteramente destruida, y existe aun en la actualidad, aunque muy cambiada. Está generalmente fundada sobre las de los *cuáqueros* y *unitarios*, que son socinianas. Sus doctrinas pasaron á la Gran Bretaña, y fueron el fundamento del puritanismo, que un siglo despues debia realizar el sueño de una república militar y religiosa á imitacion de los hebreos.

S. VI.—*Enrique VIII se separa de la Iglesia romana.—Catolicismo equivoco de Francisco I y Carlos V.*—A pesar de estos excesos, contra los cuales declamaba con furor Lutero, la reforma hacia progresos. Gustavo Wasa y Federico de Holstein derrocaron en Suecia y Dinamarca al tirano Cristian II, que reinaba en los tres reinos del norte; hicieron esta revolucion pronta y durable apoyándola en un cambio de religion, adoptaron el luteranismo, y repartieron entre sus soldados los bienes del clero. Seis cantones de Suiza abrazaron la reforma de Zwingli, los demás permanecieron católicos. Siguióse una guerra civil, en la que fué muerto el reformador, y terminó por un tratado de paz que establecia la tolerancia mútua, dejando el país dividido en dos confederaciones enemigas. Finalmente los tres primeros monarcas de Europa, Carlos V, Enrique VIII y Francisco I, titubeaban en el catolicismo político que formaba toda su religion.

Desde el principio de la reforma habia sido Enrique VIII enemigo declarado de Lutero: escribió contra él una obra muy voluminosa, persiguió con severidad á sus sectarios, y obtuvo del papa el título de defensor de la fe. Pero estando enamorado es-

(1) Spanheim, de Origine et progressu Anabaptist. lib. III.

te tirano sanguinario y libertino de Ana de Boleyn, dama de honor de la reina, y queriendo casarse con ella, pidió al papa que anulase su matrimonio con Catalina de Aragon, tia de Carlos V (1529). Clemente VII negoció, temporizó, y obligado por su conciencia y el emperador, no quiso apoyar tamaño escándalo. Enrique VIII le amenazó con que abrazaría la doctrina luterana, y estrechó su alianza con Francisco I. Los dos reyes tuvieron una entrevista con pretexto de organizar una cruzada contra los turcos (20 de octubre de 1532). Francisco I aconsejó á Enrique que se casase con Ana sin consentimiento de la Iglesia, y Enrique á Francisco que se separase del papa para luchar contra Carlos V con armas iguales, poniéndose al frente de los reformados como el emperador lo habia hecho con los católicos.

Francisco no se atrevió á acceder á esta proposicion, porque aun estaba alucinado con sus proyectos sobre Italia, que solo podia llevar á cabo con ayuda del papa, y hasta ofreció á Clemente hacer casar á su segundo hijo con su parienta Catalina de Médicis para lograr su alianza (1). El pontífice miró esta proposicion como un ardid, y se negó pretestando la humildad de su familia en comparacion de la gloriosa casa de Francia. Creyendo el rey que esta negativa habia sido dictada por el emperador, se enojó en extremo, y envió á decir á Clemente «que considerara el estado en que se hallaban la Alemania, la Suiza y otros países de la cristiandad, separados de la obediencia de la Iglesia romana; y que debia temer el enojo de dos reyes poderosos, tratados injustamente, pues hallarian muchos que se les adheririan, y los dos podian hacer tal esfuerzo, que fuera imposible resistirlo (2).»

No estaba Carlos V al parecer mas firme en la fe católica que Enrique VIII y Francisco: no cesaba de atormentar al papa para que convocase un concilio general, con la esperanza de hallar en sus decretos armas con que restablecer la autoridad imperial á espensas de la Sede Apostólica; tuvo con él altercados muy vivos en una entrevista habida en Bolonia; y se decia públicamente que hubiera obrado sobre el fundamento de la revolucion

(1). Era hija de Lorenzo de Médicis, sobrino de Leon X y de Magdalena de la Tour condesa de Bolonia.—(2) Dubellay, lib. IV, p. 174.

religiosa la preponderancia de la corona imperial, á no ser por el temor de que la Santa Sede se arroja ra en brazos de la Francia y reconquistara la Italia para Francisco I.

El pontificado debia pues únicamente su salvacion á los mútuos temores sobre la Italia de ambos rivales. Clemente VII, persona ilustrada, de costumbres puras, amigo de las artes y amado de todos, pagaba las faltas de sus antecesores. Habia visto á Roma entregada á sangre y fuego, mancillada la gloria del Vaticano, separados de la Santa Sede los reinos del norte, y á los del mediodía amenazando seguir su ejemplo; de modo que perdió su cordura y divagó en una política equívoca y variable que hizo descender aun mas de su altura á la Iglesia romana.

Acosado por las peticiones de Carlos V, y considerando la convocacion de un concilio general como la ruina del pontificado, volvió sus ojos angustiados hácia el rey de Francia, le prometió su alianza para reconquistar la Italia, y llevó adelante con ardor el enlace de su prima Catalina de Médicis. Se dirigió á Marsella con la jóven, y se llevó á cabo allí esta union tan honrosa para los Médicis, que no acarreó ninguna ventaja á la Francia (13 de octubre de 1533).

Ya no temió el papa entonces á Enrique VIII, é iba á declarar su matrimonio con Catalina de Aragon legítimo é indisoluble, cuando este príncipe hizo anular su enlace por el arzobispo de Cantorbery, se casó con Ana de Boleyn, y obligó al parlamento á que decretara que Inglaterra quedaba desde entonces libre del poder y jurisdiccion del papa (28 de mayo de 1534).

Clemente le excomulgó. Enrique se apoderó entonces de los bienes del clero, pero no adoptó la doctrina luterana, pues pretendia permanecer católico, hacer una reforma á su modo, crear una Iglesia de la que habia de ser el jefe, y mandó á sus súbditos que profesaran sus mismas ideas teológicas. Entre él y el parlamento, que era un ciego instrumento de sus tiranías, se arreglaron los rezos, los dogmas y la liturgia. Las decisiones de los concilios solo tenian fuerza y validez con la aprobacion del príncipe, y toda especie de jurisdiccion emanaba de él. Los obispos solo eran sus vicarios; pero á pesar de sus esfuerzos para conservar los dogmas católicos, y á pesar de sus persecuciones

contra los luteranos, se hallaba abierta la puerta para el protestantismo, y sus súbditos sucumbieron á su influjo. «Hubo pues en su origen en Inglaterra dos reformas; la del príncipe y la del pueblo; la primera incierta, servil, mas adherida á los intereses materiales que á las creencias, alarmada con el movimiento que habia engendrado, y esforzándose en tomar del catolicismo todo lo que podia conservar separándose de él; y la segunda, espontánea, ardiente, despreciando las consideraciones mundanas, aceptando las consecuencias de sus principios, y verdadera revolucion moral, emprendida en nombre de la fé y con pasion, y que debia acarrear una revolucion política (1).»

§. VII.—*Estado de la reforma en Francia.—Calvino.—Francisco I se mantiene en el catolicismo.—Primeras persecuciones contra los luteranos.*—La Inglaterra abrazó el partido revolucionario como la Alemania, la Suiza y la Escandinavia; se hallaban agitadas la Escocia, la Polonia, la Hungría y los Países Bajos; sentíase sorda fermentacion en Italia y España, la Francia era un país muy dispuesto á aceptar la reforma. De esta nacion era de donde habian salido durante un siglo las mas rudas protestas contra el despotismo pontificio, la voz de los doctores franceses habia dominado los concilios de Constanza y Basilea, la universidad y el parlamento habian popularizado la idea de una Iglesia nacional, y finalmente la pragmática sancion; ¿qué era mas que el principio de una separacion de la Iglesia romana?

Las doctrinas de Lutero fueron acogidas pues en Francia muy favorablemente, en especial por la nobleza, la magistratura y la parte rica del pueblo, es decir por todos los que habian hecho oposicion á la autoridad, ya temporal, ya espiritual; y las adoptaron los sábios; los hombres de estudio é inteligencia y aun algunos poetas. Profesaban abiertamente la reforma Renée, hija de Luis XII y duquesa de Ferrara, Margarita, reina de Nápoles, viuda del duque de Alenzon y hermana de Francisco I, y era sospechosa de herejía la duquesa de Etampes. Cantábase públicamente en las calles de París los salmos de David,

(1) Guizot, Historia de la Revolucion de Inglaterra, t. I, p. 43.

traducidos en verso por Marot, vendíanse veinte y cuatro mil ejemplares de los *Coloquios* de Erasmo, y numerosos folletos repeticion contra la corte de Roma.

Pero todo esto era mas una violenta oposicion á la Iglesia romana, que una verdadera adopción del luteranismo. Juan Calvino, nacido en Noyon en 1509, formuló las doctrinas de los reformados de Francia en su libro *De la Institucion cristiana*, publicado en Basilea en 1535 y dedicado á Francisco I. Tomó por base de la creencia la inspiracion interior, estableció la justificacion del hombre con los méritos de Jesucristo exclusivamente, desechó la penitencia, la confesion, el purgatorio, el culto de las imágenes, la misa, la impanacion de los luteranos y la transustanciacion de los católicos; y solo conservó dos sacramentos, el bautismo y la comunión.

La doctrina calvinista, mas atrevida y mas lógica que la de Lutero, tuvo numerosos prosélitos. Calvino se habia retirado á Ginebra, ciudad que acababa de hacerse libre con ayuda de Francisco I, rechazando la dominacion de su obispo y del duque de Saboya, y cuyos magistrados adoptaban públicamente la reforma de Zwingle; bien pronto llegó á ser el único soberano por su fe severa, implacable y despótica, situándose, segun decia él mismo, «entre el paganismo de Zwingle y el papismo de Lutero;» y convirtió por fin á esta ciudad en la Roma del calvinismo.

Este hombre de costumbres austeras y crueles, de lenguaje lleno de hiel, pero fuerte y penetrante, estableció su iglesia sobre bases tan severas, que la sociedad parecia trasformada en un convento. Le dió formas enteramente republicanas: los ministros y los obispos eran elegidos por el pueblo; y el poder residia en el consistorio ó asamblea de los ancianos de cada iglesia que estaba encargado de las materias de fé y de disciplina, de las colectas hechas para el mantenimiento de los ministros y de las relaciones de la iglesia con el poder civil. No habia en su reforma libertad de conciencia, ni juegos ni diversiones, pues el único entretenimiento de los afiliados era la Biblia ó la predicacion. Eran castigadas sin piedad la menor infraccion en el culto, la mas leve flaqueza humana, y ordenanzas sanguinarias perseguian á los ateos y libertinos. «Sobre todo recomendaba Calvino, no os canseis de librar al país de esos malvados que excitan á

los pueblos para destruirnos. Semejantes monstruos deben ser ahogados, como he hecho yo con Miguel Servet »

Mientras se propagaba y organizaba el calvinismo en Francia, el gobierno estaba indeciso entre las antiguas y las nuevas doctrinas. Las relaciones de amistad del rey con Enrique VIII y los príncipes de Alemania hacían nacer dudas acerca de su fe; era protector de Rabelais y de Marot, todos los que le rodeaban estaban impregnados de ideas luteranas; deseaba libertarse de toda sujeción respecto á la corte de Roma, y hacer su poder tan absoluto en lo espiritual como en lo temporal. Pero la reforma era mirada en Francia al través de las turbulencias políticas de Alemania, los excesos de los anabaptistas y las declamaciones ruidosas, sin gracia y democráticas de Calvino. Francisco la consideraba como un atentado á la autoridad de los reyes, un alzamiento de la aristocracia feudal y una invitación á los pueblos para rebelarse. Conocía que acarrearía una fermentación política poco favorable á los gobiernos absolutos, que encerraba en su esencia una amenaza de cambio radical para las antiguas constituciones de los estados cristianos, y que tal vez la última consecuencia de la revolución luterana sería la destrucción de todo el sistema social.

« El rey de Francia está en la persuasión, decía Lutero, de que entre nosotros no existe autoridad política, ni iglesia, ni religión, ni aun matrimonio (1). » Por otra parte las maneras duras y feroces del calvinismo, que acusaba de idolatría el amor á las artes, que proscribía las pinturas y las diversiones y castigaba con la muerte el adulterio, no simpatizaba con la corte galante y licenciosa de Francisco. Este monarca no tenía finalmente un interés enteramente material para abrazar la reforma como Enrique VIII y los príncipes de Alemania: no iba á apoderarse de los bienes del clero. El concordato le había dado el goce de estos bienes, la reforma no podía añadirle nada á lo que ya poseía, y le era inútil lanzarse en un camino de turbulencias que entregaría al papa bajo la sujeción del emperador indispensablemente y haría que se frustrasen todos los proyectos y esperanzas de Francisco sobre Italia.

(1) Cartas de Lutero, febrero de 1537.

Habiendo mutilado los protestantes en Paris una estatua de la Virgen, el pueblo se amotinó lanzando gritos de indignacion, el gobierno mandó hacer informaciones sobre la herejía, y llevó al cadalso á algunos desgraciados sectarios con ceremonias expiatorias que presenció toda la corte (1528). Pero la persecucion no empezó realmente hasta siete años mas adelante, en que habiendo hallado el rey pasquines contra la misa, pegados en su misma habitacion, « se encolerizó de tal modo que determinó es-terminar á todos los herejes (1); » y declaró que « si sus propios hijos tenian la desgracia de sucumbir á tan execrables y malditas ideas, los entregaria al verdugo para hacer un sacrificio á Dios (2). » Mandó quemar con gran pompa á muchos herejes, publicó contra ellos edictos muy severos, prohibió la imprenta, y revocó esta prohibicion únicamente para imponer la última pena al que imprimiera una obra sin real permiso. Sus aliados de Alemania se alarmaron con esta persecucion, y se excusó diciendo que los que habia hecho morir « eran revolucionarios políticos parecidos á los anabaptistas, que los reformados de Francia respetaban como Lutero el Santo Sacramento, » y que le parecian tan razonables las doctrinas de la confesion de Augsburgo, que tendria un placer en tener una conferencia con Melancthon.

§. VIII.—*Francisco I se prepara para hacer la guerra.—Expedicion de Carlos V á Túnez.*—Francisco I continuó atrayéndose por un lado la alianza del papa, por otro la de Enrique VIII y los príncipes alemanes; y contando con la seguridad de este apoyo, hizo los preparativos necesarios para volver á emprender la guerra contra Carlos V. Acababa de morir su madre dejándole un tesoro de 1.500,000 escudos de oro, fruto de sus injustas exacciones, con el cual podia entrar en campaña. La Francia estaba menos agitada por las turbulencias religiosas que los demás paises, y ofrecia mas recursos que los estados tan desunidos y turbulentos del emperador: la nobleza continuaba manifestando mucho entusiasmo por las guerras de Italia: acababa de restablecerse el ejército de caballería bajo un pié formidable, y se habia formado una infantería nacional de treinta mil hombres

(1) Teodoro de Beze, *Historia eclesiástica*, lib. I. p. 15.—(2) Gaillard, *Historia de Francisco I*.

con picas y doce mil arcabuceros (1): estaba asegurado el pago de los soldados, y arreglada su disciplina por severas ordenanzas; y la Alemania habia prometido enviar soldados asalariados en número incalculable.

Pronto se presentó una ocasion para empezar la guerra.

Habia en Milan un agente secreto del rey de Francia llamado Maraviglia, que por instigacion del emperador y bajo pretexto de una contienda particular, fué preso, juzgado y decapitado (1533). Francisco reclamó contra esta violacion del derecho de gentes, sin obtener ninguna satisfaccion, y se dispuso atacar el ducado de Milan, al mismo tiempo que excitó á los confederados de Smalkalda para que diesen principio á sus hostilidades contra el emperador. Se unió por medio de un tratado secreto con el landgrave de Hesse, para que restableciese en el ducado de Wurtemberg á Ulrico, príncipe luterano, que habia sido depuesto por Fernando en 1520. En efecto, el landgrave con el dinero de Francia arrojó á los austriacos y restableció á Ulrico.

Carlos V se alarmó al ver que la liga no queria el concilio general, que Lutero no cedia en nada para ponerse de acuerdo con los católicos, y que el landgrave amenazaba invadir sus estados mientras Francisco I entrase en Italia. Decíase que el papa tenia con ellos secretas inteligencias. Carlos y Fernando negociaron con los protestantes, y firmaron en Kadan un tratado que confirmaba la paz de Nuremberg (29 de junio de 1534). Fué declarada irrevocable la confiscacion de los bienes eclesiásticos, el elector de Sajonia reconoció á Fernando como rey de los romanos y Ulrico se quedó con el Wurtemberg. Esta fué la época decisiva del triunfo de los protestantes en Alemania; habian abrazado ya la reforma el Wurtemberg, la Sajonia, el Palatinado, el Brandeburgo y la Pomerania.

No intimidándose entonces el emperador por los preparativos guerreros de Francisco I, que amenazaba la Italia, resolvió atacar el poder otomano en su marina, y por consiguiente la alian-

(1) Esta milicia nacional no duró mucho. «Viendo que el servicio de estas gentes poco aguerridas era enteramente inútil, se trocó en dinero, y llamaron á esta contribucion el pago de los cincuenta mil infantes, que pagaban todos los plebeyos: con este dinero se formaron valientes soldados y famosos capitanes (Memorias de Vielleville, lib. VII, cap. 3).»

za de la Francia con los turcos; y preparó con este objeto dos años despues una grande expedicion.

Dos hermanos llamados Barbaroja habian erigido una monarquía poderosa en las costas del África, y creado una marina de piratas muy temible. El primero fué vencido por los españoles en 1518, despues de haberse apoderado de Argel y Tremecen: el segundo que fué su sucesor, sometió á Soliman sus estados, quien le nombró almirante de todas sus escuadras, y se apoderó del reino de Túnez en nombre del sultan. Señor entonces de la costa septentrional del Africa, arrojó al Mediterráneo sus doscientas cincuenta naves, saqueó las costas de España é Italia y cautivó una multitud de cristianos. Impelido el emperador por el clamor público, resolvió destruir este poder bárbaro: intimó á Francisco en nombre de la religion y la humanidad que respetase la paz de Europa durante su ausencia, y no atreviéndose este á aparecer como cómplice de los piratas, aplazó sus proyectos de guerra, contando por otra parte con que Carlos volveria derrotado de su expedicion (1535). Pero á pesar de los ruegos del papa Paulo III, que acababa de suceder á Clemente VII, se negó á ayudar al emperador, y se reservó para su guerra de Italia el producto de los diezmos impuestos al clero de Francia para esta nueva cruzada.

Carlos salió de Cagliari con quinientas naves y treinta mil combatientes el 4 de junio. Doria mandaba la armada y Duquast el ejército. Desembarcó en Porto-Farina, sitió á la Goleta, venció al ejército de Barbaroja y se apoderó de Túnez. Recobró el trono el antiguo rey, que se reconoció tributario del emperador y le cedió la Goleta y muchos puertos.

Carlos se volvió á embarcar con veinte mil cautivos cristianos que habia libertado, y llegó á Sicilia dos meses y medio despues de su partida (4 de setiembre). Esta expedicion le dió una gloria incomparable, y Europa entera celebró su poder, su talento y su generosidad.

§. IX.—*Primeras capitulaciones entre la Francia y la Puerta.*—*Invasión del Piamonte.*—*El emperador declara la guerra á Francisco I.*—Francisco I y Soliman no dejaron de conocer la trascendencia política de la toma de Túnez y resolvieron hacer una alianza abierta y solemne que pudiese evitar sus consecuencias.

Firmáronse entonces las primeras *capitulaciones* entre la Puerta y la Francia (1535), que aunque ostensiblemente limitadas al comercio, dieron á los reyes franceses el protectorado de los cristianos de Oriente y de los santos lugares de Palestina, obligaron á todas las naciones cristianas á navegar por los mares otomanos únicamente con el pabellon francés, y trasformaron las factorías de sus comerciantes del levante en colonias francesas (1). A las estipulaciones comerciales, hechas públicamente, siguiéron otras secretas y políticas, habiéndose determinado por ellas que Francisco I invadiria el Milanesado con 50,000 hombres y Soliman atacaria el reino de Nápoles con todas sus escuadras.

En el momento en que el ejército francés iba á pasar los Alpes, murió Sforza sin herederos (24 de octubre). El Milanesado recayó en el imperio, y lo ocupó Antonio de Leiva en nombre de Carlos V. Francisco se vió detenido entonces en sus proyectos sobre Milan, y resolvió apoderarse de Saboya y del Piamonte, para que los franceses pudiesen en adelante avanzar é internarse en Italia sin inquietarse por su retirada. Era un nuevo modo de dominar la península.

Carlos VIII habia ambicionado á Nápoles, Luis XII estaba siempre pensando en su ducado de Milan, y Francisco I se arrojaba retrocediendo sobre el Piamonte.

Bajo el aspecto militar y político, era esta una ambicion mas prudente que la de sus dos antecesores, y bajo el aspecto moral la conquista del Piamonte era menos justa y digna de excusa que la de Nápoles y Milan. Francisco se quejaba de que el duque de Saboya se hubiera adherido enteramente al partido del emperador despues de haber sido amigo de Francia durante mas de un siglo, y pretendia hacerse dueño de Saboya y Niza en cambio de las posesiones imperiales del interior de Italia; pero no se atrevió á alegar estas razones, aunque dijo que eran suyas la Saboya y la Bressa como herencia de su madre. Su madre empero habia renunciado en 1523 á todos los derechos de que podia valerse contra su hermano. Reclamó tambien el rey Niza y Asti como feudos del Delfinado y de la Provenza, Turin y el

(1) Véase el *Ensayo histórico sobre las relaciones de Francia con Oriente*, en la *Revista independiente* del 25 de octubre de 1813 por T. Lavallée.

Piamonte como posesiones de Carlos de Anjou, hermano de San Luis, etc.

El emperador llegó en tanto á Nápoles (25 de noviembre de 1535) y oyó las quejas de todos los príncipes de Italia, tomándolos bajo su protección, mas se empeñó en evitar la guerra porque temia la invasion de los turcos, la liga de Smalkalda y las turbulencias de los Países Bajos. Francisco reclamó el Milanesado. Carlos prometió dárselo al tercer hijo del rey, con la condicion de que jamás se habia de agregar este estado á la Francia, que Génova seria libre, y Francisco le ayudaria eficazmente contra los turcos y los protestantes de Alemania. El rey rompió sin escrúpulo todas sus alianzas, hasta la de Enrique VIII, pero le pidió Milan para su segundo hijo. El emperador diferió la respuesta, negoció, prometió, desplegó todos los recursos de su astuta política, y consiguió suspender la guerra.

Un ejército francés de treinta mil hombres entró en los estados del duque de Saboya (11 de febrero de 1536), mientras tenían lugar estas negociaciones, y se apoderó de ellos sin obstáculo; pero en vez de dirigirse al Milanesado, que hubiera sido tomado de improviso, se detuvo por orden del rey, que confiaba en las artificiosas promesas de su rival.

El emperador aprovechó estas dilaciones para organizar tropas, renovar sus alianzas y negociar con Enrique VIII. Llegó á Roma el 8 de abril, tomó por su cuenta la causa del duque de Saboya, entretuvo con palabras á los embajadores franceses; y obligado por fin por sus perentorias peticiones, se quitó la máscara en un consistorio convocado por el papa y en presencia de todos los embajadores cristianos, olvidando su reserva acostumbrada y su hipócrita moderacion, alucinado por la prosperidad y enojado con los perpetuos ataques de un rival que despreciaba. Hizo un extenso relato de su vida, de su adhesion á la causa cristiana, los obstáculos que le habia suscitado el rey de Francia, sacrilego aliado de los turcos y herejes, y príncipe pérfido que acababa de despojar al duque de Saboya: le acusó de causador de la guerra que iba á comenazar, guerra terrible, tras la cual el vencido quedaria mas pobre que el último noble de Europa; y ensalzó con insolente orgullo sus hazañas, su poder y su grandeza. «Si no fueran mis recursos mas sólidos, dijo, y mis

esperanzas de triunfo mejor fundadas que las del rey de Francia, iría al momento con los brazos atados y la cuerda al cuello á arrojarme á sus piés é implorar su compasion (1).»

§. X.—*Pierden los franceses el Piamonte.—Invasion de la Provenza.—Retirada de los imperiales.*—Francisco I podia muy bien vengarse de estos insultos, pues siendo señor de un país erizado de fortalezas, no tenia mas que precipitar su marcha al Milanesado donde á penas hubiera podido Leiva reunir doce mil hombres; pero sus acostumbradas profusiones le habian dejado ya sin dinero, y despues de haber comenzado la guerra con tanto entusiasmo, ya no pensaba mas que en entablar negociaciones pacíficas. Además habia sacado muy pocas ventajas de su alianza con los turcos, pues la escuadra otomana se limitaba á saquear la Pulla y la Sicilia. Repartió entonces una parte de su ejército por las plazas del Piamonte, licenció el resto, y dió el mando de esta comarca tan importante al marqués de Saluces, hombre sin talento, aliado infiel, que estaba ya en correspondencia con el emperador.

Antonio de Leiva pasó el Sessia (7 de junio de 1536), Carlos se le juntó en Savigliano, y al ver la debilidad de su rival, que parecia huir ante él, resolvió entrar en Francia. Componian su ejército veinticuatro mil alemanes, catorce mil españoles, doce mil italianos y tres mil caballos, y eran sus generales Duguast, Leiva, el duque de Alba, etc. Rindiéronse todas las plazas del Piamonte por la traicion del marqués de Saluces que se pasó al campo imperial, y solamente Fóssano se defendió un mes.

Francisco volvió á organizar su ejército, pero con tanto trabajo, que no pudo custodiar los pasos de los Alpes y dejó que el enemigo penetrase en la Provenza. Carlos no hizo caso de los consejos de sus generales que le disuadian de que entrase en Francia, diciéndole que este era un país invencible en una guerra defensiva: se veia halagado por la fortuna, con fuerzas y talento; y deseaba esterminar á su rival, que tan inconsideradamente habia empezado la guerra, que con tanta rapidez abandonaba sus conquistas, y exponia tan locamente á una invasion su reino. Pasó el Var el dia 25 de julio.

(1) Robertson, Historia de Carlos V, t. III, p. 140.

Francisco encargó la defensa de la Provenza á Montmorency que era su principal ministro y hombre ignorante, altivo y desapiadado. Este concibió el plan de impedir la entrada al enemigo, arruinando tan completamente el país, que los imperiales no hallasen abrigo ni alimento alguno. Recorrieron la Provenza por órden suya bandadas de soldados, destruyendo no solo las aldeas, sino las ciudades no fortificadas, con sus molinos, casas de campo, pozos y víveres de todo género. Fueron demolidas y abandonadas por sus habitantes las ciudades de Tolon, Antibes, Braguignan y Aix, que hubieran podido ponerse en estado de defensa en menos de quince dias. No quedaron con guarnicion mas que Marsella y Arles. La Provenza parecia un desierto cubierto de escombros, los habitantes se refugiaron en las montañas y los bosques, un gran número de ellos murió de miseria, y quedaron arruinados mas de seiscientos mil. Nunca se habian empleado unos medios de defensa tan bárbaros, y no obstante Montmorency se alabó de ellos como de un acto de gran capitán.

Los imperiales llegaron á esta vasta soledad donde aun hallaron algunos recursos. Doria desembarcó en Tolon y trajo víveres, pero nada de esto era suficiente. El emperador hizo una inútil tentativa contra Marsella, se apoderó de Arles, donde quiso hacerse coronar rey de Provenza, pero habian abandonado la ciudad la nobleza, el clero y el parlamento. Atacó la disenteria á los soldados, de los que veinte mil estaban ya enfermos, reuníase en Avignon un ejército francés, y el emperador se vió obligado á retirarse. En vano los franceses ardian en deseos de arrojarle en su persecucion, pues Montmorency les obligó á permanecer en el campamento. Carlos volvió á pasar el Var, sin ser inquietado, pero con un ejército descalabrado, que dejaba el camino cubierto de cadáveres y rezagados. Luego que llegó á Genova (25 de setiembre) se embarcó para España, humillado por una expedicion anunciada con tanta pompa, y seguro de que la Francia, por inhábil que fuera su soberano, era un obstáculo invencible á su poder agotado con esta guerra de algunos meses.

§. XI.—*Hostilidades en Picardia y en Artois.—Operaciones de los franceses y de los turcos.—Tregua de Niza.*—La alegría de Francisco I se anubló con la muerte de su primogénito (10 de agosto). Acusó al emperador de haberle hecho envenenar, puso en el

tormento al copero del joven príncipe, le arrancó dos confesiones forzadas y le mandó descuartizar. A lo horrible siguió lo ridículo. Carlos, conde de Flandes y de Artois, fué citado ante el parlamento, acusado de haber hecho la guerra á su señor. Este se burló de la citacion, fué declarado traidor, y como tal excluido de sus feudos (15 de enero de 1537).

Tambien ardía la guerra en el norte. Mientras el emperador penetraba en la Provenza, hacia lo mismo el conde de Nassau en Picardía tomando á Guisa y sitiando á Perona. Fleuranges defendió valerosamente esta ciudad y venció al ejército imperial en su retirada. Despues de la fuga de Carlos, el rey se dirigió á Picardía, tomó á Heselin, devastó el Artois, puso guarnicion en Saint-Pol, que no estaba fortificada, y licenció su ejército al empezar la primavera y cuando el enemigo iba á salir á campaña. Efectivamente, los imperiales entraron en Artois, volvieron á tomar á Saint-Pol y pasaron á cuchillo la guarnicion abandonada tan absurdamente en una ciudad abierta (15 de junio de 1537). Llegó por fin Montmorency con un nuevo ejército, pero en vez de combatir, conferenció con el enemigo, y firmó una tregua para esta frontera.

Tambien se hacia la guerra en el Piamonte, y como en Artois, sin plan, sin órden ni constancia: los capitanes franceses combatian ó parlamentaban á su antojo, y sus tropas se insurreccionaban por no ser pagadas. Todas las ventajas fueron para los imperiales. Duguást tenia veinte y cinco mil infantes y tres mil caballos, se apoderó de todas las plazas y ocupó el paso de Susa.

El rey de Francia intentó sublevar los estados de Italia. Todas sus negociaciones fracasaron: Venecia llegó á ofrecer su escuadra al emperador, y llamó de nuevo en su ayuda á los turcos. Se determinó que Barbaroja desembarcaria en la Pulla con un ejército musulman que marchara sobre Roma, mientras un ejército francés atacara la Lombardia. Soliman llegó en efecto á Valona con doscientos mil hombres, dispuesto á hacer vela para Italia, y su almirante desembarcó cerca de Otranto con setenta galeras, taló las costas, y retrocedió ante las escuadras veneciana y genovesa. Alzóse un grito universal de indignacion en toda Europa contra Francisco I, que titubeó en mantener sus promesas á los turcos; entonces Soliman dirigió sus fuerzas contra la Hun-

gría, y ganó á Fernando la batalla de Essek en la que murieron veinte y cuatro mil cristianos.

Cuando los turcos evacuaron la Italia, entró un ejército francés que forzó el paso de Susa y reconquistó el Piamonte. Aterrado el emperador por la union de Francia con los infieles, entabló negociaciones con Francisco, que inquieto con los clamores de la cristiandad firmó una tregua, volvió á pasar los Alpes y manifestó proyectos pacíficos. Paulo III ofreció su mediacion á los dos soberanos, y les invitó á una entrevista cerca de Niza. Acudieron á ella, no quisieron verse, y convinieron tan sólo en una tregua de diez años, durante la cual conservarían lo que poseían (18 de junio de 1538). Se restablecieron las estipulaciones del tratado de Cambray, Francisco abandonó á sus aliados de Alemania y Turquía, y Carlos al duque de Saboya, que quedó despojado de sus estados.

CAPÍTULO VII.

Tercera guerra de Francisco I y Carlos V.—Tratado de Crespy — Muerte de Francisco I. (1538—1547.)

§. I.—*Francisco deja á sus aliados y se hace amigo de Carlos V. Viaje de Carlos á Francia.*—Montmorency adquirió una gran reputacion en la última guerra; á pesar de tener un talento limitado, un carácter dócil y mucha codicia, pasaba por persona de elevada inteligencia, austera é inflexible (1), y dominó el gobierno por su rudeza, su orgullo y su aplicacion á los negocios. Fué nombrado condestable, se apoderó enteramente del ánimo del rey, y le incitó á cambiar de política solicitando la alianza de Carlos V. Este era el único deseo del emperador, que jamás

(1) Todas las mañanas, dice Brantome, rezaba el rosario, y dicen que era preciso guardarse de los rezos del señor condestable, pues, mientras los decía entre dientes, cuando la ocasion se presentaba, gritaba:—Id y prended á fulano, coged á este de un árbol, haced pasar por las picas á aquel sin tardanza, haced pedazos á esos pícaros, pegad fuego á todo lo que halleis, etc.—Y mientras pronunciaba estas ó semejantes palabras de justicia ú órdenes de guerras, seguía su rosario, pues era tan escrupuloso, que hubiera creído cometer un pecado si lo hubiera dejado para más tarde.

había intentado hacer la guerra en Francia, pues el único pensamiento de toda su vida había sido restablecer su dominio absoluto y hereditario en Alemania é Italia. Solo en Francisco I hallaba un obstáculo á tan gran proyecto, y estaba dispuesto á todos los sacrificios para hacerse amigo de este rival, pues creía con seguridad, que una vez desembarazado de los protestantes y los turcos, volvería á recobrar todas sus ventajas. Los dos soberanos se negaron á verse en Niza, pero convinieron secretamente en volverse á encontrar sin testigos en Aigues-Mortes; y echando allí al olvido las injurias que recíprocamente se habían prodigado, se dieron las muestras mas notables de amistad (14 de julio de 1538).

Después de esta entrevista, Francisco I comenzó á desprenderse de los turcos, de los protestantes y de Enrique VIII. Interrumpió su correspondencia con Soliman, pero un refugiado español, que era agente suyo en Constantinopla, supo conservar al sultán favorable para la Francia. El mismo Carlos anunció á la dieta de Francfort que el rey cristianísimo estaba dispuesto á secundarle en el restablecimiento de la religion católica y de la autoridad imperial. Alarmáronse los suizos, y los príncipes protestantes negociaron con el rey de Inglaterra.

Enrique VIII continuaba sus reformas contra los luteranos y los papistas, sin decidirse en favor de ninguno de los dos partidos que dividian la Europa. Había visto con enojo al rey de Francia persistir en su fidelidad á la Iglesia romana, llamar á Italia á los turcos, y renovar su alianza con la Escocia con el matrimonio de Jacobo V con una princesa de Guisa. Estaba tambien indignado contra él por haber rehusado una esposa de su familia; y celebraba entonces el cuarto matrimonio, pues había hecho morir en el cadalso á Ana de Boleyn, y acababa de perder á Juana de Seymour su tercera esposa. Creyendo este rey libertino que el papa y Francisco estaban de acuerdo para efectuar un desembarco en Inglaterra, y que habían inducido al emperador á que los secundase en su empresa, hizo secreta alianza con Carlos y todos los enemigos de la Francia.

Francisco se hallaba sin aliados y permitía que el emperador desarrollase libremente sus ambiciosos proyectos. Gozoso este, con un cambio tan inesperado, abrumó á su rival con sus demos-

traciones de amistad, prometiendo dar Milan á su segundo hijo y ganándose su voluntad para interesarlo en su guerra contra los turcos. Érale muy necesaria la inacción de la Francia, pues jamás se habia visto tan apurado en el interior; su hacienda estaba mal administrada; las minas del Perú y de Méjico no daban aun mas que un mediano producto, y tenia una continua necesidad de dinero para sus continuas guerras; de modo que se hallaba con una dieta de siete millones de ducados, y dejaba á sus soldados sin paga por lo regular permitiendo que saquearan los países que ocupaban. Turbulencias casi continuas agitaban además la mayor parte de sus estados. Sus soldados se revolucionaron en Milan y en Sicilia, viéndose obligado á condenar á muerte á un gran número y licenciar sus bandas desordenadas y sin disciplina.

Viéndose España agotada y miserable con las contiendas extranjeras, se negó á proporcionarle los medios necesarios para emprender sus ruinosos proyectos. Cesó él de convocar las cortes de Castilla, y las reemplazó con una comision de treinta y seis diputados de las ciudades que sancionó todos sus deseos y caprichos.

Los Países Bajos habian sido abrumados á impuestos para seguir la guerra contra la Francia: Gante se acordó de sus antiguas franquicias y libertades, arrojó en una revolucion á todos los empleados y dignatarios imperiales, reclamó el auxilio de Francisco I, y ofreció ponerse bajo su inmediata dominacion (1539).

Carlos V recibió estas nuevas con terror, pues esta revolucion podia hacer concebir á Francisco I la idea de volver á Italia y emprender de nuevo la política verdadera y natural de su reino. El rey empero tenia fijos los ojos en Milan recordando las promesas del emperador; el condestable persistia ciegamente en su política de alianza con este, y fueron desoidas las ofertas de los ganteses.

Carlos supo las conferencias de sus indóciles súbditos y de sus medidas de defensa por conducto del rey de Francia, que llegó á invitarle á que pasase por su reino al ir á castigarlos, y le prometió que no le hablaría durante esta empresa de sus promesas sobre Milan. «Lo dejaba todo á su justicia y amistad,» dice Montmorency, que llevó á cabo este negocio con ciega obstinacion.

Gozoso Carlos al ver los yerros y la ceguedad de su rival, atravesó la Francia, y su paso fué una continuacion de festejos y honores (1540). Francisco le fué á buscar hasta Chatelleraut, creyendo sin duda vencer á fuerza de generosidad la astuta tenacidad de su rival, á quien demostró el mayor cariño (1). Pero á pesar de las promesas de Montmorency, no se hizo mas que hablar é importunar el emperador sobre Milan, y segun él decia, tantos honores y sonrisas no equivalian á las importunidades de que era víctima (2).» Se cansó de tantos festejos, creyendo no se descubriese su mala fe y sabiendo que muchos cortesanos habian aconsejado al rey que lo aprisionara, pues á pesar de la indignacion que Francisco habia manifestado al oír tan baja proposicion, concebía serios temores.

Apenas salió del reino cuando los embajadores franceses le pidieron la investidura de Milan. Pidió un plazo, llegó á Flandes, sometió á los ganteses, trató con excesivo rigor á esta ciudad que le viera nacer, y abolió para siempre sus privilegios. Quitóse entonces la máscara ante los embajadores, declarando que nada habia prometido, y al recordarle sus palabras, respondió: «Enseñadme donde están escritas.» No obstante deseaba conservar la alianza francesa, que tanta utilidad le reportaba, y proyectó engañar nuevamente á su rival. Propuso ceder los Países Bajos á su hija, á quien casaria con el duque de Orleans, segundo hijo del rey, bajo la condicion de que la Francia restituyera los estados de Saboya.

§. II.—*Rompimiento entre Francisco I y Carlos V.—Conferencia de Ratisbona.—Expedicion de Carlos á Argel.*—Francisco conoció que su extrema credulidad, despues de tantos motivos de des-

(1) Llegó su ceguedad hasta el extremo de escribir á Soliman una carta apasionada en favor de Carlos, que proponía una tregua á los turcos. El sultan le respondió: «Carlos rey de España desea y pide por vuestra mediacion una tregua de mi Sublime Puerta. Constante en la fraternidad que existe hoy entre vos y yo, y que confirmo por mi fe imperial, declaro que si el rey de España quiere una tregua, y es vuestra voluntad que la alcance, quiero que empiece por poner en vuestras manos todos los dominios, provincias y fortalezas que os ha quitado. Cuando haya cumplido con esta condicion, dareis aviso á mi Sublime Puerta, y haré lo que os plazca. Ella se abrirá al que se presente de vuestra parte, ya sea que yo conceda la paz, ya que declare la guerra á nuestro enemigo comun.—

(2) Brantome, t. II.

confianza que tenia contra su rival, le convertia en un objeto de mofa pública, y quiso volver á comenzar la guerra. Continuó no obstante discutiendo las nuevas proposiciones del emperador, pero como ninguno de los dos obraba con sinceridad, rompieron por fin abiertamente. El rey de Francia declaró que no debía restituir los estados de Saboya, y el emperador dió la investidura de Milan á su hijo Felipe. Profundamente entristecido Francisco con sus desaciertos, culpó á sus ministros y quitó la privanza al condestable. El almirante Chabot fué acusado de malversacion de caudales, emplazado ante una comision y condenado al destierro; pero los empeños y ruegos de la duquesa de Etampes le alcanzaron el perdon. Fué perseguido tambien (1541) el canceller Poyet, que sucedió á Duprat en 1538, amigo y hechura del condestable; y despues de un proceso que duró tres años, fué condenado á una multa y cárcel perpétua. Era un legista sábio, cuyas ordenanzas han servido de base á la jurisprudencia moderna de Francia. La de Villers-Cotterets es un código civil casi completo (agosto de 1540): en ella están instituidos los libros de registro de lo civil, se manda que se redacten las actas en francés, se determinan los límites de la jurisdiccion eclesiástica, etc.

El rey quiso renovar las alianzas que tan imprudentemente habia roto, y entró en negociaciones con los príncipes de Alemania. Hallábase entonces reunida una dieta en Ratisbona, á donde el papa habia enviado al sábio y moderado Contarini como legado, con objeto de atraer á los protestantes á la unidad de la Iglesia. El momento era el mas favorable para la reconciliación. Hallábase entonces en el mayor desaliento Lutero, que era casado, padre de familia, y se veia abandonado en la miseria por el elector de Sajonia, conociendo que habia trabajado únicamente en favor de la ambicion de los príncipes. «Ellos miran, decia, todo esto como si fuera una comedia en que hacen los principales papeles.»

La nueva iglesia, que habia alzado tanto el grito contra la tiranía del poder pontificio, se hallaba en un estado innoble de dependencia respecto al poder civil; se veia obligada á ser un instrumento de todos los caprichos de los príncipes, y á mendigar alimento y vestidos á los que ella habia enriquecido con los

bienes eclesiásticos; y llegó por fin á tal extremo de servidumbre, y este fué el motivo mayor de la tristeza de Lutero, que permitió al landgrave de Hesse que se casara con dos mujeres.

Las conferencias de Ratisbona no produjeron ningun resultado (1541). Las concesiones del legado se estrellaron ante la oposicion de los príncipes protestantes que veían con claridad que, restablecida la unidad religiosa en Alemania, el emperador adquiriría una omnipotencia política. Francisco I contribuyó tambien á este desenlace haciendo todos sus esfuerzos para que no se llevase á cabo la concordia; y quejándose al papa de la indulgencia del legado, ofreció para la defensa de la Iglesia su persona y la de sus hijos, y todas las fuerzas de su reino.

Viendo Carlos frustradas sus esperanzas de reconciliacion, tuvo cuidado de no enemistarse con los protestantes, pues de lo contrario los hubiera hecho amigos de su rival en una época en que ninguna intencion abrigaba de renovar la guerra contra su rival, porque estaba enteramente ocupado en defender la Hungría de Soliman, y tenia necesidad de que le auxiliara toda la Alemania (1). Fueron restablecidos los tratados de Nuremberg y de Kadan hasta la convocacion de un concilio general. Los protestantes declararon las proposiciones de alianza de Francisco I, y se apresuraron á reunirse con el ejército imperial.

Carlos encargó á su hermano que continuase la guerra en Hungría, y resolvió dar un golpe de muerte al poder otomano en su marina. Las naves turcas infestaban el Mediterráneo y despoblaban las costas de Italia y España, al mismo tiempo que las hordas de jenízaros convertían en un desierto la Hungría meridional. La cristiandad entera pedia la guerra para libertarse del enemigo comun. Carlos se preparó á destruir á Argel, que desde la conquista de los turcos se había convertido en albergue de todos los piratas, creyendo que aterraria al sultan, impediria

(1) Fernando y Zapoli estaban convenidos en que la corona quedara, para el último, con condicion de sucederle el primero. Zapoli murió dejando un hijo que fué reconocido rey bajo la tutela de Isabel su mujer y su ministro el cardenal Martinozzi. Fernando volvió á emprender la guerra, Isabel se puso bajo la proteccion de Soliman, que se apoderó de su hijo, invadió la Hungría y la reunió á su imperio.

que socorriese á Francisco en la guerra que este le tramaba, y excitaria de nuevo la admiracion de Europa, oponiendo su conducta generosa á la política bárbara de su rival. Eran formidables sus preparativos, pero se aproximaba el otoño, y Doria, el papa y sus antiguos capitanes querian disuadirle de una expedicion tan aventurada en el momento en que su hermano acababa de ser vencido en Buda, y cuando Francisco iba tal vez á invadir el Milanésado. Alucinado por su fortuna próspera, salió de Mallorca con veinte mil infantes y cinco mil caballos, y desembarcó cerca de Argel (18 de octubre de 1541).

Apenas pisaron la playa los soldados, se alzó una horrible tormenta, cual jamás habia visto en toda su vida el anciano Doria, que destrozó el campamento y la escuadra; y fueron presa del furor de las olas quince naves de guerra, ciento cuarenta de transporte, ocho mil marineros y todos los víveres y municiones. Muertos de hambre los soldados y acosados por los turcos, se arrastraron por el cieno durante cuatro leguas hasta llegar á la orilla, y volvieron á entrar en los restos de la escuadra. Carlos demostró su grandeza de ánimo en esta desgracia; y su humanidad, su arrojo y sangre fria salvaron los restos del ejército. Volvió á darse á la vela, una nueva tempestad destruyó una parte de la escuadra, y el emperador llegó casi solo á Cartagena.

El inmenso desastre causó la afliccion de toda la cristiandad, y fué un motivo de grande regocijo para la corte de Francia. El rey se dispuso á atacar á este rival que jamás habia vencido, á quien una tempestad acababa de robar su engrandecimiento, y que podia ser fácilmente humillado despues de haber sido vencido en Buda y en Argel, hallándose sin armada, sin ejército y sin tesoro. Hacia un año que existia ya el pretexto para hacerle la guerra.

§. III.—*Renúvase la guerra.—Alianza de los franceses y los turcos.—Sitio de Niza.*—Desde su rompimiento con el emperador, Francisco renovó sus negociaciones con Soliman. Convinieron en hacer un tratado de alianza y Francisco le envió dos agentes secretos que le llevaban la minuta de este tratado. Eran estos dos súbditos del emperador proscritos por él como traidores: quisieron ir á Constantinopla por Venecia, y atravesaron la

Lombardía sin salvoconducto, á pesar de las instancias de Dubbellay-Langey gobernador del Piamonte que tuvo cuidado de guardar sus despachos. Fueron asesinados por órden de Du-guast gobernador de Milan, que deseaba encontrar en sus papeles la prueba de la alianza sacrílega del rey de Francia con los turcos (3 de julio de 1541). Francisco pidió una reparacion al emperador, y manifestó á la Europa esta violacion abominable de la paz pública.

La Europa estaba suspensa con la expedicion de Argel, y no hizo caso de la cólera del aliado de los turcos contra el campeon de la cristiandad.

Despues de la desgracia de Carlos, Francisco envió á Soliman al capitan Paulin, soldado aventurero que llegó á ser general de las galeras y baron de la Garde; y este alcanzó del sultan «toda su formidable escuadra equipada con todo lo necesario, y con órden al capitan-bajá de dirigir todas sus empresas contra los enemigos del rey de Francia.» Buscó despues la alianza de Dinamarca, Suecia y Escocia, y armó al mismo tiempo cinco ejércitos. El primero compuesto de treinta mil hombres y mandado por el duque de Orleans, debía atacar el Luxemburgo: el segundo y tercero, mandados por los duques de Cleves y de Vendome (1), estaban destinados para la Flandes y el Brabante: el cuarto, mandado por el delfin y compuesto de cuarenta mil hombres, se dirigió al Rosellon; y el quinto, mandado por el almirante de Annebaud, con veinte mil infantes y dos mil caballos se hallaba en el Piamonte.

El duque de Orleans, ayudado por Claudio, duque de Guisa (2), conquistó en dos meses el Luxemburgo, donde no habia ningun preparativo de defensa (junio de 1542); y licenció des-

(1) Antonio de Borbon padre de Enrique IV.—(2) René II duque de Lorena dejó tres hijos: 1.º Antonio que le sucedió, murió en 1544 y tuvo por sucesor á su nieto Carlos III: 2.º un cardenal muerto en 1550: 3.º Claudio conde de Guisa, que habiendo logrado su parte en los dominios que su casa poseia en Francia, se estableció en este reino en tiempo de Luis XII, fué nombrado gobernador de Champaña, duque y par por Francisco I y murió en 1550 dejando seis hijos. Fueron estos; Francisco llamado el Grande, duque de Guisa asesinado en 1562; Carlos cardenal de Lorena; Claudio duque de Aumale; un cardenal de Guisa; un marqués de Elbeuf, y un gran prior de Francia. Una hija de Claudio, duque de Guisa, se casó con Jacobo V rey de Escocia, y fué la madre de Maria Stuardo.

pues su ejército para ir al Rosellon, donde se esperaba una batalla. Pero el duque de Alba, que defendía esta provincia, obligó al ejército del delfín á retirarse, y durante esta desgracia, se perdió el Luxemburgo. Los dos ejércitos del norte no hicieron al principio mas que devastaciones inútiles, y solo al año siguiente se apoderaron de Arles (junio de 1543). El rey visitó este país, fortificó á Landrecies, reconquistó el Luxemburgo, y se retiró al mismo tiempo que llegaba Carlos V.

El emperador había atravesado rápidamente la Italia y la Alemania, y se arrojó sobre el ducado de Cleveris con treinta mil hombres y cuatro mil caballos, lo conquistó, y obligó al duque á postrarse á sus piés, á renunciar á la alianza de Francia, y á cederle sus derechos sobre el Güeldre (agosto). Desde allí fué á sitiar á Landrecies. Esta ciudad hizo una vigorosa resistencia, Francisco corrió á defenderla, y se esperaba una batalla entre ambos rivales, cuando Carlos alzó el sitio (octubre).

Tambien los turcos estaban en campaña, y conquistaron casi toda la Hungría. Barbaroja, con una escuadra de ciento y diez navíos tripulados por catorce mil hombres, devastó la Italia y llegó á Marsella, donde debía reunirse con la escuadra francesa mandada por el conde de Enghien, y compuesta de cuarenta galeras y siete mil hombres. Las dos escuadras unidas se presentaron por órden del rey ante Niza, que era la única ciudad que le quedaba al duque de Saboya. Se apoderaron de la ciudad, y al saber que se acercaba un ejército imperial, levantaron el sitio del castillo. Niza sufrió el saqueo y el incendio á pesar de la capitulación (8 de setiembre), «de lo que no debe acusarse, dice Vielleville, á Barbaroja ni á los sarracenos, porque estaban ya léjos; y si se les imputó este crimen, fué por salvar el honor de la Francia y de la cristiandad (1).»

Este fué el resultado que produjo un armamento tan formidable y capaz de destruir completamente la marina española. Francisco dió 800,000 escudos á los turcos, les dejó Tolon para invernar, y al año siguiente se volvieron á Constantinopla con catorce mil esclavos (abril de 1544).

La Europa se llenó de indignacion. ¿Cómo podia ver sin es-

(1) Vielleville, t. I, p. 265.

panto á los infieles vender en Marsella á los cristianos cautivados en Italia, unirse la flor de lis con la media luna para arrebatar el último asilo de un príncipe cristiano al descendiente de San Luis, llamando á los enemigos de la civilizacion, que no perdonaban á los vencidos, y contra los cuales se peleaba hacia cinco siglos? Francisco I se avergonzó, y no se atrevió nunca mas á aprovechar la alianza de los turcos.

§. IV.—*Dieta de Spira.*—*Enrique VIII se declara contra la Francia.*—*Batalla de Cerisola.*—El emperador convocó una dieta en Spira, donde manifestó los peligros que amenazaban al imperio (20 de febrero). Aseguró que las victorias de los infieles solo eran debidas á la traicion que los franceses hacian á la causa cristiana, y que para vencerlos, era preciso empezar por aniquilar á la Francia que era la enemiga doméstica de Europa. «Toda mi vida, dijo, ha sido consagrada á apaciguar las turbulencias de la Iglesia y á salvar á la cristiandad de los turcos, y la vida entera del rey de Francia ha sido dedicada á favorecer las armas de los infieles y á perpetuar los trastornos de la Iglesia.» Enseñó á los protestantes las cartas que Francisco le habia escrito en 1540, ofreciendo sus tropas para pelear contra ellos, la asamblea enfurecida se negó á oír la justificacion del rey y á admitir sus embajadores, decretó el levantamiento de veinte y cuatro mil infantes, cuatro mil caballos y los subsidios necesarios para hacer la guerra á Francisco I, y aplaudió á los embajadores del rey de Dinamarca, que declararon que su soberano renunciaba á la alianza del amigo de los turcos.

Otro enemigo se pronunció tambien contra la Francia. Enrique VIII habia asegurado su despotismo en Inglaterra é Irlanda á fuerza de sangre y violencias; y queriendo extender su influencia y sus opiniones religiosas en Escocia, y obligar á Jacobo V á que rompiese su alianza con Francisco I, le declaró la guerra. Jacobo fué vencido, murió de pesar y dejó el trono á su hija María Estuardo, bajo la tutela de su esposa María de Guisa (14 de diciembre de 1542). Enrique quiso obligar á esta á que casase con su hijo Eduardo á la reina, pero la regenta se negó y pidió auxilio á Francisco I. El rey de Inglaterra, cuyo verdadero interés era atacar á los franceses, hizo entonces una alianza con Carlos V (11 de febrero de 1543). Convinieron en que los ejércitos

inglés y español marcharian simultáneamente sobre Paris sin detenerse en sitiar ninguna fortaleza.

Francisco I estaba lleno de temor al verse rodeado de enemigos, y conociendo que su alianza con los turcos le habia sido mas perjudicial que ventajosa. Hallábase agotada su hacienda, era preciso crear sin cesar cargos de judicatura y enajenar los dominios reales para atender al pago de las tropas, que ascendia todos los años á 9.000,000 de libras; y todo esto se hacia sin autorizacion de los estados generales, que no fueron reunidos hasta 1560 desde 1506, « porque dió el ejemplo el monarca de ordenar las contribuciones por su absoluta autoridad real, sin alegar mas razones que la de *tal es nuestro gusto* y voluntad (1).»

Habian sido inútiles las dos campañas; al empezar la tercera se enviaron refuerzos al Piamonte, al mando del conde de Enghien, hermano segundo de Antonio de Borbon, duque de Vendome. Sitiaron los franceses á Carignan. Duguast quiso interceptar la comunicacion de los enemigos con los Alpes, y penetrar en Francia: sus fuerzas eran superiores á las del conde de Enghien, que solo tenia veinte mil hombres (14 de abril de 1544): pero mientras afectaba este movimiento, fué atacado en Cerisola por el conde de Enghien con tanta impetuosidad, que fué derrotado completamente, dejando doce mil muertos, sus cañones y bagajes en el campo de batalla.

Tan brillante victoria debia ser el complemento de la conquista del Milanesado; pero estando amenazadas las fronteras de Champaña y Picardía, el rey llamó doce mil hombres al Piamonte, y Enghien, despues de haber tomado á Carignan, firmó una tregua de seis meses con los imperiales.

§. V.—*Los imperiales invaden la Champaña.—Tratado de Crespy.—Muerte de Francisco I.*—El emperador llegó al Luxemburgo con un ejército de cuarenta mil hombres, entró en la Champaña y sitió á Saint-Dizier (julio de 1544). Estaba muy mal fortificada esta ciudad, y solo contaba con dos mil hombres de guarnicion, pero tenia por comandantes á Sancerre y Lalande, que en el año anterior defendieran tan heroicamente á Landrecies; y despues de resistirse un mes capituló honrosamente. Este sitio dió tiem-

(1) Memorias de Sully, t. VI, p. 371.

po al delfin para reunir un ejército, fortificar otras ciudades y acosar y privar de víveres á los imperiales. Al proseguir Carlos su marcha hácia Paris, halló un país assolado, ciudades bien defendidas y rios custodiados; sus soldados perecian de hambre, y estaba muy comprometida su retirada. No obstante se apoderó de Epernai y Chateau-Thierry, donde encontró víveres en abundancia, hizo retroceder al delfin hasta Meaux, y sembró la alarma en Paris. Francisco estaba desesperado al ver tantos infortunios. «¡O Dios! exclamó, qué cara me haces pagar esta corona que creía haber recibido como un don de tus manos (1)!»

Entretanto Enrique VIII desembarcaba en Calais, pero se enojó al ver que el emperador, faltando á su convenio, se detenía á sitiarse á Saint-Dizier, y puso tambien sitio á Boloña. La discordia se mezcló entre los dos aliados y acabó por enemistarlos. Carlos veía su ejército reducido á una mitad; que el de los franceses se aumentaba sin cesar; cortada su retirada; á su aliado de Inglaterra dispuesto á ser su enemigo; y además era necesaria su presencia en Alemania, como frecuentemente sucedia, por la aproximacion de los turcos y la renovacion de la liga luterana. Había ya logrado el objeto que le impelia á hacer la guerra, sabia muy bien que la Francia era invencible en el interior, todo lo que queria era que no se mezclase en sus negocios y le dejase continuar sus proyectos sobre Alemania, y creía que la habia obligado á estarse tranquila por medio de sus victorias. Bajo estas ideas, propuso la paz á Francisco-I, que se apresuró á aceptarla; y se firmó el tratado de Crespy (18 de setiembre de 1544).

Ambos soberanos se dieron mutuamente sus conquistas: el duque de Orleans debía casarse con una hija ó nieta de Carlos, trayéndole la primera en dote los Países Bajos, y la segunda el Milanesado; y los estados de Saboya eran restituidos al duque cuando se efectuase éste enlace. Los dos rivales se comprometieron á trabajar de acuerdo en pro de la tranquilidad de la Iglesia y en defensa de la cristiandad contra los turcos.

La Francia se vió de un golpe en el mismo estado en que se hallaba al morir Luis XII. Gloria bastante fué no haber perdido nada en una lucha de tantos años, que tan desigual parecia; y

(1) Brantome, t. VI, p. 864.

(1) Mémoires de Louis XI, t. IV, p. 31.

que definitivamente permitió al vencedor á pesar de su poderío, engrandecerse con el Milanesado. Esta lucha interesante, y que hace muy recomendable la memoria de Francisco I á pesar de sus desaciertos, prueba que la Francia era ya tan fuerte y compacta, que ella sola pesaba tanto en la balanza política como España, Alemania, los Países Bajos y la Italia, y que era capaz de combatir por sí sola contra mas de la mitad de los estados europeos. Solo á esto se redujo la utilidad que sacó la Francia de tan larga guerra « que costó la vida á doscientas mil personas y causó la ruina de un millon de familias,» segun dice Montluc; pero el yerro estuvo de parte del rey, que trasladando el teatro de la guerra á los Países Bajos, hubiera alcanzado en vez del Milanesado compensaciones que en la actualidad seguiria disfrutando la nacion.

Aunque el rey de Inglaterra se vió abandonado por el emperador, se negó á acceder á la paz de Crespy, y continuó la guerra con poca actividad y sin ningun objeto ni motivo. Tomó á Boloña (14 de setiembre de 1544), y dejando en ella una fuerte guarnicion, se volvió á su reino. Al siguiente año se hicieron en Francia grandes preparativos de guerra: el almirante de Annebaud reunió en Havre, ciudad nueva edificada por Francisco I, una armada suficiente para hacer una invasion en Inglaterra; pero sus operaciones se limitaron á devastar la costa meridional. El mariscal de Biez reunió tambien treinta mil hombres para bloquear á Boloña, y no hizo mas que inútiles saqueos en el condado de Oye. El rey fué con sus hijos al campamento sitiador de Boloña, y el duque de Orleans murió víctima de una epidemia engendrada por las continuas guerras y miseria de que habia sido teatro durante dos años la Picardía (9 de setiembre de 1545).

Esta muerte daba al rey sus derechos sobre el Milanesado ó los Países Bajos, pero no quiso reconocerlos el emperador, que se manifestó dispuesto á volver á comenzar la guerra. Francisco se quedó entonces con el Piamonte y la Saboya, y renovó sus alianzas con los protestantes y los turcos. Enrique VIII se alarmó de los preparativos que hacia el emperador contra Alemania, firmó la paz con Francia (7 de junio de 1546), y prometió ceder á Bona en el término de ocho años mediante 2.000,000 de escudos.

Ocho meses despues murió (29 de enero de 1541), y ocho meses despues de su muerte, siguió al sepulcro al rey de Inglaterra (31 de marzo) el de Francia en el momento en que iba á comenzar nuevamente la guerra contra Carlos V, como veremos bien pronto.

Francisco tenia solo cincuenta y tres años. «Causáronle la muerte, dice Tavannes, las damas mas que los años. Experimentó mas desgracias que felicidades. Elevó á muchos de sus súbditos sin motivo, y se sirvió de ellos sin consideracion, dejándoles hacer la guerra ó la paz para vivir mas ociosamente. Las mujeres lo hacian todo, hasta los generales y capitanes, y esta fué la causa de la variedad de los sucesos de su vida, que estuvo mezclada de generosidad que le impelió á grandes empresas, y de voluptuosidad que le enervó en los mayores apuros. Amó las ciencias y las artes. Tres actos honrosos le dieron el nombre de grande: la batalla de Marignan, la restauracion de las letras y la resistencia que hizo á toda la Europa (1).»

CAPÍTULO VIII.

Restauracion del catolicismo.—Reinado de Enrique II.—Fin de las guerras de Italia. (1547—1559.)

§. I.—*Principio de la restauracion del catolicismo.—Institucion de los jesuitas.—Se establece la inquisicion.—Convocacion del concilio de Trento.*—Apenas hacia veinte y cinco años que Lutero habia proclamado su revolucion contra la fe, y ya la Iglesia romana estaba en la pendiente de su ruina con los inmensos progresos de la reforma: no se defendia: estaba como resignada con su derrota: dejaba que se le escapasen los reinos de las manos sin hacer resistencia; y parecia que iba á extinguirse el pontificado con Clemente VII, que se veia abandonado de todos sus súbditos, á pesar del genio de las artes que le cubria con un velo aun en su agonía. Entró en una nueva vida la monarquía pontificia con Paulo III, pontífice sin conviccion religiosa y príncipe

(1) Tavannes, cap. 8, p. 84.

enteramente temporal, pero con una alma grande y soberbia y una inteligencia sagaz y llena de perspicacia. Larga fué la retirada ante las armas de la rebelion, pero volvió la cara con ardor y emprendió el combate. Es cierto que su política estaba entorpecida mucho tiempo hacia por intereses temporales de que no podia deshacerse aun para reconcentrar su accion en los espirituales; pero veremos que si durante veinte años no logra detener los progresos de su enemigo, los amortiguará manteniéndose vigorosamente en la defensiva, y despues de esta época recobrará la ofensiva, con tanto éxito, que acabará por reconquistar la mitad de sus provincias perdidas. Pasaron ya los tiempos de Alejandro VI: la tiara va á recobrar la estimacion pública: los nuevos pontífices no son ya todos hombres virtuosos y llenos de santidad, pero no tienen malas costumbres, respetan su dignidad y ambicionan hacer recobrar á la Santa Sede todo su brillo; y aunque casi todos son personas exaltadas, están dotados de talento superior.

Desde su advenimiento, Paulo III llamó al sacro colegio á los sacerdotes de ciencia y virtud como Caraffa, Sadolet y Contarini, y hasta ofreció el capelo á Erasmo que no lo aceptó (1534). Ya hemos visto como se frustraron en las conferencias de Ratisbona sus ideas de conciliacion; y tomó entonces otro camino para alcanzar la restauracion del catolicismo. Ofrecia las mas graves dificultades una reforma en la disciplina, pues habia muchos intereses que atacar y derechos adquiridos que respetar, y pensó en abolir en parte las promociones simoniacas y los impuestos vejatorios que exigia la cámara apostólica á los fieles. Principió la reforma de las órdenes mendicantes, de la cancellería romana, y en especial del clero secular; reformas moderadas, graduadas y prudentes, de las que se burlaba Lutero, diciendo, que se divertía en curar las berrugas en tanto que descuidaba las úlceras.

El cardenal Caraffa fundó una congregacion de sacerdotes que se llamaron teatinos, y que se dedicaron á la predicacion, á asistir los enfermos, y á cumplir con los deberes eclesiásticos tanto tiempo hacia descuidados. Creáronse en Italia muchas otras instituciones del mismo género; pero á pesar del bien que reportaron, eran demasiado frias, restringidas y poco populares para

contener el progreso del protestantismo. Era indispensable una órden enteramente nueva, apropiada á las necesidades y peligros de la Iglesia, animada de ardiente celo religioso, que hiciera contra la herejía lúterana los mismos servicios que las órdenes mendicantes en épocas anteriores contra la herejía albigenese. Y esta fué creada.

Fué la órden de los jesuitas, y su fundador san Ignacio de Loyola.

El espíritu caballeresco se habia conservado mas tiempo en España que en otros países por motivo de su lucha contra los moros; Ignacio era un noble de Guipúzcoa, y estaba imbuido de él en alto grado; era un jóven exaltado, místico, ansioso de gloria, y soñó al principio en las hazañas de los antiguos caballeros; pero herido en el sitio de Pamplona en 1521, se vió obligado á dejar la carrera de las armas. Entonces su imaginacion, debilitada por su enfermedad y llena de éxtasis quiso adquirir la gloria de los santos, y resolvió consagrar su existencia á la defensa de la Iglesia. Se le vió durante muchos años recorrer la España mendigando, visitando los enfermos, partiendo su pan con los pobres, y mirado ya por el pueblo como un santo. A los cuarenta años fué á Paris á sentarse en los bancos de la universidad para aprender la gramática: se hizo allí amigo de muchos españoles, que se rindieron á su ascetismo exaltado, como Francisco Javier, Lainez y Salmeron; y trazó con ellos los planes mas extraordinarios para la salvacion de la Iglesia. Tan pronto queria fundar una órden nueva, como ir á predicar á los turcos, ó emprender misiones en la India.

Un dia se reunieron todos estos compañeros entusiastas por la fe en la iglesia de Montmartre, y sobre las manos de uno de ellos prestaron el juramento de guardar los votos de pobreza y castidad, de consagrar su vida á socorrer á los cristianos y ofrecer al papa sus personas para que las emplease á su voluntad (1536).

Este fué el origen de la Compañía de Jesus, llamada así por Loyola, porque estaba formada de soldados que hacian la guerra á Satanás; y segun su pensamiento, la órden que queria instituir no era mas que una caballería destinada á la defensa de la fe. Dos años despues era sacerdote Ignacio, y andaba errante

por todos los países predicando, mortificándose y haciendo discípulos con la exaltacion de su fe y caridad. Empezaba á ilustrarse su plan, desaparecieron las visiones estáticas que trastornaban á veces su imaginacion, y se corrigió él mismo de las maceraciones y del iluminismo que destruian su cuerpo y su inteligencia.

Fué á Roma con sus compañeros, é hizo voto de obediencia. Segun su parecer, la obediencia era la virtud suprema, y añadió á este voto « el de hacer siempre lo que mandara el papa, de recorrer el mundo é ir á predicar á los infieles sin objecion, condicion, salario ni tardanza alguna. » De modo que opuso al espíritu de rebelion que animaba á toda la Europa, el de obediencia absoluta; al espíritu de exámen, la abnegacion mas completa, y á la anarquía de disciplina del protestantismo opuso una inflexible gerarquía. Esta fué la obra maestra de Loyola. Él halló la piedra fundamental de la restauracion católica fundando la sociedad de Jesus (27 de setiembre de 1540).

Las demás órdenes habian sido fundadas para la salvacion individual de sus miembros, y esta fué establecida para la de todos, de modo que los jesuitas se dedicaron á una vida muy activa. No fueron excluidos del siglo, no se les impuso el traje, la soledad, las mortificaciones y los largos rezos del claustro; por el contrario, se les obligó á mezclarse en la sociedad y á vivir en el mundo; se les impuso la predicacion, el cuidado de los enfermos, la confesion y la instruccion de la juventud. Debiam ser en una palabra los caballeros de la Iglesia.

Hallábase la fe desquiciada en todas las clases, tanto en la corte, entre los nobles y magistrados, como en los pueblos; y los jesuitas fueron los confesores de los reyes, los maestros de la nobleza y de la magistratura, y los predicadores del pueblo, siendo todos ellos hombres de estado, sábios, misioneros, asociados á todas las profesiones, religiosos y legos, consumados en la vida práctica y positiva, y mezclados en todos los negocios. Eran las demás órdenes especies de repúblicas con sus capítulos generales y conventuales; pero esta fué una monarquía despótica con la mas completa unidad de accion y de pensamiento. El jefe de la órden debia tener, bajo la absoluta autoridad del papa, la autoridad mas absoluta, nombrando, dispo-

niendo y recompensando á su antojo. La obediencia substituía en ellos á todos los móviles que el mundo habia impuesto á la actividad humana. El jesuita debia dejarse gobernar y humillar como un instrumento inanimado, ó segun las palabras de san Ignacio, « como si fuera un cadáver ; disponiendo de él, de su talento, virtudes, acciones y pensamientos ; favoreciendo el desarrollo de todas sus facultades, pero para utilidad, uso y aprovechamiento de la sociedad ; sin tener mas que una voluntad á quien obedecer en la órden, y cediendo por fin á esta voluntad con una abnegacion tan absoluta de sí mismo, de sus inclinaciones, su libre albedrío y su propio pensamiento, que el superior pudiera imponerle hasta la obligacion de un pecado. El jesuita no debia tener mas soberano que el papa, otra patria que su órden, ni mas bien, gloria y felicidad que la de la Iglesia. Esta adhesion iba á ser el manantial de grandes acciones y sucesos, y á convertir la Compañía de Jesus en un estado aparte en los estados, una sociedad distinta de la general, y un gobierno rival con frecuencia hasta enemigo de los gobiernos políticos y que tendia á dominarlos á todos. Habiendo sido vituperada la ambicion y la codicia de las antiguas órdenes religiosas, se prohibió á los jesuitas aceptar ninguna dignidad eclesiástica, lo cual era un medio de acrecentar su influencia temporal, de adherirlos perpetuamente á la órden, y de separarlos de los gobiernos políticos. Siendo el renacimiento de las letras una de las causas de la reforma, los jesuitas hicieron salir á la instruccion de la senda profana, dándole un carácter religioso con unidad de disciplina y de método, y formando el cuerpo de enseñanza mas perfecto que existiera jamás. La inclinacion del siglo era hácia las ciencias positivas, y los jesuitas fueron matemáticos, astrónomos y los mecánicos mas sábios de Europa. El curso de las ideas se dirigia á la rehabilitacion de la materia, y los jesuitas se esforzaron en acomodar la religion á la época, costumbres y países, en hacer mas social y universal el cristianismo, y conciliar la ley cristiana, tan desprendida del mundo, con la sociedad tan llena de intereses materiales.

He aquí en resúmen la constitucion de la órden de los jesuitas, obra de un hombre exaltado y campeon de la caballería mística, y que no obstante halló en su cerebro enfermo una de las insti-

tuciones mas maravillosas de la historia. No ha existido jamás sociedad religiosa que se elevara con tanta rapidez, tuviera tan brillante destino, ni fuera gobernada con tanto tino y perseverancia, con mas sagacidad y empeño; que haya contado en su seno tantos talentos, prestado mayores servicios, parecido tan peligrosa á los gobiernos políticos, ni que se haya acarreado tantos odios. No abandonando jamás un fin que emprendiera, esta sociedad ha burlado siempre las dificultades, insinuándose en todas partes, sacrificándolo todo para lograr su objeto, hasta la moral; y hábil hasta ser desleal, capaz de todo, ductil, elástica y paciente, llevó hasta el último grado el arte de engañar y seducir á los hombres, el desprecio del dolor y de los ultrajes, y la elevacion y firmeza en las resoluciones.

«Antes que ellos, dice Ranke, no ha existido en el mundo una asociacion como esta de ciencia y de celo, de trabajo y de persuasion, de pompa y de mortificacion, de propagacion y de unidad sistemática (1).» En menos de cincuenta años llegaron á tal altura que instruian á la juventud de toda Europa, eran los confesores de los reyes, gobernaban las cortes, se mezclaban en las guerras, tratados y revoluciones, habian restaurado el catolicismo en Alemania, Francia é Italia, atraido el clero á la ortodoxia, consolidado el bamboleante trono de san Pedro, fundado misiones en la India, China y América, y asociado por fin sus trabajos á todos los progresos de la ciencia.

Apenas dió Paulo III la bula de institucion de la nueva milicia de la Sede apostólica, cuando tomó una medida de restauracion católica tan odiosa como ilegítima. La inquisicion habia decaido en manos de los dominicos, y era una arma de que raras veces hacia uso la Santa Sede y en intereses enteramente temporales; pero aconsejaron al papa que restableciese esta institucion tan eficaz un dia contra los albigenses. Loyola apoyó este proyecto con toda su influencia, y por una bula solemne de Paulo III se estableció en efecto un tribunal supremo de inquisicion, encargado de informar, juzgar y condenar á todos los herejes sin depender de los tribunales civiles y eclesiásticos, y con facultad de imponer toda clase de penas hasta la de muerte y confisca-

(1) Ranke, t. III, p. 43.

cian (1542). El jefe de este tribunal fué el cardenal Caraffa, anciano inflexible que desplegó el rigor mas extremado. Los príncipes de Italia favorecieron las indagaciones del tribunal, encendieron numerosas hogueras en todos los pueblos, se prohibieron los libros sospechosos, se inquietó el reposo de los sábios, se obligó á los débiles y tibios á declararse enemigos de la herejía; y por estos medios eficaces, aunque dignos de reprobacion, se ahogó en Italia el protestantismo en pocos años.

A todas estas medidas de restauracion católica añadió Paulo otra, que era la que mas temia y la que no cesaba de pedir el emperador amenazándole que él mismo la tomara; convocó un concilio universal en Trento en el mes de mayo de 1542. La guerra impidió durante tres años á los obispos el poder acudir á la asamblea; los luteranos le negaron su asistencia á pesar de los salvoconductos que se les diera, y el concilio no empezó sus sesiones hasta el 13 de diciembre de 1545. Al principio se mostró decidido á aniquilar la herejía confirmando solemnemente los dogmas puestas en duda por los protestantes, declaró que la santa Escritura solo podia ser interpretada por la Iglesia, que la tradicion no escrita, propagada por los Apóstoles bajo la inspiracion del Espíritu Santo, debia servir de regla á la fe lo mismo que la Escritura, y que la Vulgata era la traduccion auténtica de los libros santos. Fueron condenadas todas las opiniones protestantes sobre la gracia. Declaró tambien que los sacramentos eran indispensables para apoyar la justificacion del hombre en todos los actos de la vida, y completar el enlace místico entre el Criador y la criatura. De modo que el dogma fué proclamado inflexible con ardor, y no hubo ya lugar para la controversia: los ánimos dudosos tuvieron que ceder; y se puso una barrera insuperable entre ambas creencias. La una fué la verdad, la otra el error.

§. II.—*Guerra de los protestantes contra el emperador.—Batalla de Muhlberg.*—La restauracion católica habia emprendido una senda acertada con la orden de los jesuitas, la inquisicion y el concilio de Trento, pero iba á experimentar grandes obstáculos por la posicion difícil en que se hallaban los papas respecto al emperador. La corte romana no habia abandonado sus proyectos de dominacion en Italia, conocia que Carlos solo luchaba

contra los protestantes para engrandecer su poder imperial, y que la ruina de la herejía sería el señal de la esclavitud de la Santa Sede. No podía pues desear el triunfo completo del emperador; y esta fué la causa de la marcha equívoca que siguió la restauración católica, y que permitió á la herejía continuar sus progresos. Esta fué la dudosa y vacilante política de Paulo III, del pontífice que empezó forzosamente y contra su voluntad la reforma católica, y que sacrificó tan grande obra á miserables intereses temporales.

Los protestantes de Alemania consideraron los primeros decretos del concilio de Trento como una especie de declaración de guerra, creyeron que el papa y el emperador querían reducirlos á aceptar á la fuerza sus decretos, y se prepararon á un decidido rompimiento. Carlos reunió secretamente las tropas, hizo un tratado de alianza con Paulo (26 de junio de 1546), que prometió enviarle doce mil hombres, y respondió á las quejas de los protestantes con promesas de paz, pues no se hallaba aun dispuesto á comenzar la guerra. Pero el papa solo quería proporcionarle una media victoria, y como deseaba la destrucción de los confederados, nó como príncipes, sino como herejes, les avisó el peligro que les amenazaba, haciendo público su tratado de alianza con el emperador.

Corrieron en seguida á las armas el elector de Sajonia, el landgrave de Hesse, el duque de Wurtemberg, los príncipes de Anhalt y las ciudades de Augsburgo, Ulm y Estrasburgo, reunieron sesenta mil infantes, quince mil caballos, ciento veinte cañones, y entraron en negociaciones con los suizos, los venecianos, Inglaterra y Francia para que les ayudaran con sus fuerzas. El emperador apresuró la llegada de sus tropas y las del papa, citó al tribunal del imperio á los príncipes de Sajonia y de Hesse, y los declaró rebeldes, proscritos y despojados de sus bienes y dignidades. Se introdujo la discordia en las filas de los confederados, sus tropas estaban mal pagadas, y les trastornó la muerte de Lutero (1).

Carlos reunió muy pronto cincuenta mil hombres temibles por su disciplina y su valor, y tomó la ofensiva. Pero logró tan

(1) Lutero murió el 18 de febrero de 1546 de edad de sesenta y tres años.

pocas ventajas que la guerra se dilató debilitándose, hasta que Mauricio de Sajonia, yerno del landgrave y primo hermano del elector, hizo traicion á sus correligionarios. Trató secretamente con el emperador é invadió la Sajonia (noviembre de 1546). Esta traicion acabó de dividir á los confederados y causó su pérdida. El duque de Wurtemberg pidió su perdon, se sometieron las ciudades imperiales, siguieron defendiéndose el elector y el landgrave, y la confederacion quedó casi destruida.

Tuvieron lugar estos acontecimientos en la época en que Francisco I firmaba la paz con Enrique VIII y se disponia á volver á emprender la guerra contra el emperador. Negoció con el papa, Venecia y los turcos para salvar á la Europa de la ambicion de Carlos, dió dinero y municiones á los príncipes protestantes y reunió tropas. Paulo III recobró su posicion güelfa, llamó su ejército, hizo votos en favor de los protestantes, y excitó al rey de Francia á que tomase parte en la lucha.

« Su Santidad, le envió á decir por medio de su embajador, sabe que el duque de Sajonia dispone de respetables fuerzas, de lo que ha recibido grande alegría, pues desea que el enemigo comun se halle por estos medios imposibilitado de llevar á cabo sus empresas. Piensa tambien que seria útil sostener bajo mano á los que se le resisten, diciendo que seria el servicio mas útil que hayais prestado jamás (1). » Carlos estaba lleno de inquietud. « El papa, decia, quiso desde el principio de esta guerra arrojarnos en una posicion dificultosa para abandonarnos en el mayor peligro. »

Tendió Carlos sus miradas hácia Italia, donde temia que Paulo llamase á los franceses, y aunque Mauricio fué arrojado de Sajonia por el elector é imploraba su auxilio, le dejó entregado á sus propias fuerzas. La causa católica, ó por mejor decir la imperial, se hallaba en el mayor apuro cuando acaeció la muerte de Francisco I. Este fué un nuevo golpe de fortuna para Carlos V, que marchó al momento contra el elector de Sajonia con diez y seis mil hombres, y le derrotó completamente en Muhlberg del Elba (23 de abril de 1547).

El elector cayó prisionero y mostró grande dignidad en su

(1) Carta de Mortier al rey. (Ribier, t. I, p. 637.)

desgracia, no quiso abandonar su religion, fué condenado á muerte por un consejo militar, y rescató la vida con la abdicacion de su dignidad y la prision perpetua. Mauricio recibió sus títulos y sus estados. El landgrave de Hesse se sometió á instancias de su yerno, entregó sus estados, licenció sus tropas, y desmanteló sus ciudades; pero al ir á implorar el perdon del emperador, le hizo estè prender como á un criminal (18 de junio). Sometiéronse tambien todos los demás confederados. Carlos abusó de su victoria y no perdonó á nadie, quitó á las ciudades imperiales sus armas y privilegios, impuso á todos enormes contribuciones, trató rigurosamente á la Bohemia, que se había sublevado demasiado tarde en defensa del elector, y recorrió la Alemania en triunfo, arrastrando en su comitiva á sus dos prisioneros. Todos temblaron ante esta autoridad imperial, tan limitada hacia muchos siglos, y que parecia que solo tenia que dar un paso para hacerse absoluta (1).

§. III.—*Principios del reinado de Enrique II. — Amistad del papa y de la Francia. — Interim.*— Estos acontecimientos produjeron una grande impresion en Francia. Sucedió á Francisco I Enrique II, príncipe débil, ignorante, pródigo y rodeado de favoritos. Su padre le recomendó desde el lecho de muerte á sus ministros el canciller Olivier, el almirante Annebaud y el cardenal de Tournon, hombres activos é íntegros, que habian regenerado la administracion; y le demostró la ineptitud de la política de Montmorency y la ambicion de los Guisas. Apenas subió Enrique al trono, alejó á los ministros de Francisco I, llamó á los Guisas al consejo, y confió todo el gobierno á Montmorency, á quien llamaba su padre y amigo. Se hizo absoluto y temible el poder de su querida Diana de Poitiers, que tenia sobre él el mayor ascendiente á pesar de su edad. Los cortesanos se repartieron con avidez las dignidades, pensiones y grácias de toda especie. Disipóse en pocos dias un tesoro de 400,000 escudos de oro que habia reunido Francisco I para hacer la guerra de Alemania; y fué tan éxtrema la prodigalidad del nuevo rey, que en un reinado de doce años se empeñó la Francia en cuarenta y dos millones.

(1) Sleidan, de Statu religioso et reipublic. German. sub Canolo V.—De Thom. Robertson.

No obstante Enrique prometió socorrer á los protestantes , y pidió á los turcos que hiciesen la guerra á la casa de Austria; pero no hizo ninguna demostracion hostil, descuidó las negociaciones con el Papa, y excitó las conspiraciones en Italia, esperando que lo harian todo los odios de los pueblos contra los tiranos sanguinarios que Carlos les habia dado por gobernadores. Al saber Paulo III las victorias del emperador , trasladó el concilio de Trento á Bolonia temiendo no se convirtiera en instrumento de la ambicion personal , y fomentó las turbulencias en Italia obligando á la Francia á declarar la guerra. Carlos V se vengó. Antes de recibir las órdenes sagradas , tuvo el pontífice un hijo llamado Luis Farnesio, y deslumbrado por las ideas de nepotismo que dominaban aun á la corte romana , separó á Parma y Plasencia del estado de la Iglesia para crear una soberanía á su hijo. Pero Farnesio era el terror de Italia por su sanguinario enojo y abominables excesos: los principales señores de estos estados se pusieron de acuerdo con Carlos V y el gobernador de Milan , le mataron á puñaladas, y entregaron á Palencia á las tropas imperiales (10 de setiembre de 1547). El papa lleno de dolor y ansioso de venganza , suplicó á Enrique II que diese principio á la guerra haciéndole magníficas promesas. «La Sede apostólica, le dijo, solo ha sido poderosa cuando ha sido aliada de los franceses; si accede á mis justos deseos yo le prometo mi adhesion, y haré de él el primer príncipe de la tierra (1).» Trabajó sobremanera para revolucionar á Génova y á Nápoles y firmar una liga entre la Francia, los suizos y los venecianos; pero á pesar de sus esfuerzos, amenazas é intrigas, el emperador no rindió á Plasencia. Dominado Enrique II por los favoritos y las mujeres, y ocupado además con los negocios de la Gran Bretaña, le hizo muchas promesas pero no emprendió la guerra.

Paulo se vió entonces intimado por el emperador á que reuniese el concilio en Trento, pero se negó siempre y continuó negociando secretamente con la Francia y hasta con los protestantes de Alemania. Irritado Carlos declaró, que ya que el papa abandonaba el cuidado de la Iglesia, emplearia todo su poder en salvarla: convocó una dieta en Augsburgo, y propuso dar la paz á

(1) Carta del cardenal de Guisa al rey. (Rubier t. II. p. 75.)

la Alemania por una regla provisional de doctrina uniforme llamada *Interim*, hasta que se convocase un concilio libre é imparcial (15 de mayo de 1548).

Era una transaccion redactada en términos ambiguos, que dejaba indecisos todos los puntos de contestacion, pero cuyo fondo era enteramente católico; y en ella solo se concedía á los protestantes el matrimonio de los sacerdotes y la comunión bajo ambas especies. Los dos partidos condenaron el *Interim*, la dieta lo aprobó decididamente, la corte de Roma se indignó de la audacia del emperador que usurpaba las funciones del sacerdocio, y fueron obligados á obedecerlo los electores protestantes y las ciudades libres por la fuerza de las armas.

§. IV.—*Guerra entre Inglaterra y Escocia.—Estado de la reforma en Francia.—Negocio de los vaudeses.—Rebelion de la Guiena.*—La Inglaterra y la Escocia tenian dos soberanos de menor edad, Eduardo VI, hijo de Enrique VIII y María Estuardo, hija de Jacobo V. Eduardo estaba bajo la tutela del duque de Sommerset y María bajo la de su madre. Sommerset era celoso calvinista, é hizo abolir por un parlamento adicto á su voluntad las leyes religiosas de Enrique, y completó la reforma en Inglaterra. La iglesia anglicana se constituyó entonces sobre las bases del calvinismo con la gerarquía eclesiástica y el gobierno de los obispos; pero esto no se llevó á cabo sino tras vivas resistencias, pues era católica la mayor parte de la nacion. En la misma época casi todos los escoceses habian adoptado las doctrinas severas y exaltadas de Juan Knox, discípulo de Calvino, y viéndose perseguidos por la regenta María de Guisa, pidieron auxilio á Sommerset. Este quiso obligar á María á que casase á su hija con Eduardo para reunir los dos reinos, y le declaró la guerra al recibir su negativa (18 de junio de 1548). La regenta pidió el auxilio de Francia, Enrique II le envió ocho mil hombres, trató de casar á María Stuardo con su primogénito, é hizo que la reina se refugiara en Paris. Se declaró entonces la guerra entre la Francia y la Inglaterra, y el emperador hacia para ello los mayores esfuerzos. Pero ocupado Enrique únicamente en sus placeres, no queria combatir, y habiendo sido vencidos los escoceses, negoció, rescató á Boloña y obtuvo la paz para la Escocia (24 de marzo de 1550).

No era solamente la guerra de Escocia lo que ocupaba el gobierno de Francia impidiéndole tomar parte en los sucesos de Alemania é Italia, sino tambien la reforma que hacia en Francia amenazadores progresos. La nobleza previó desde un principio, al ver las ínfulas patricias del luteranismo, las probabilidades que presentaba de restablecer la independencia feudal; la parte rica del pueblo veia en el calvinismo las ideas de república municipal que tanto amaba; y la magistratura que conservaba su adhesion por la fe católica, aunque tambien su espíritu de oposicion á la corte romana, ejecutaba con repugnancia los edictos publicados contra los herejes, y se oponia al establecimiento de los jesuitas y de la inquisicion.

Solo el pueblo aborrecia sinceramente á los innovadores que condenaban las pomposas ceremonias y las interesantes imágenes de la Iglesia, daba crédito á las monstruosas calumnias que circulaban sobre sus costumbres y creencias, y empezaba á ser hostil contra ellos. Lo que atestigua mejor el encarnizamiento con que se discutia en Francia la cuestion religiosa, fué un suceso acaecido muchos años antes.

Habia en los Alpes de la Provenza un pueblo poco numeroso, industrial, pacífico, ignorado de todos, que hacia trescientos años que seguía las doctrinas de Valdo de Lyon, que eran casi parecidas á las de los albigenses. Pusiéronse en relacion con él los luteranos, pues por medio de los vaudeses y albigenses pretendian hacer remontar hasta los tiempos de los Apóstoles la filiacion perpétua de sus creencias. El parlamento de Aix, compuesto de ardientes católicos, informó en 1540 contra los vaudeses, y condenó diez y nueve á la confiscacion de sus bienes, destruccion de sus casas, y á la muerte en la hoguera. Enviáronse á sus valles salvajes, teólogos que examinasen su fe, y se les quiso convertir á la fuerza. Dubellay, gobernador del Piemonte, y Sadolet, obispo de Carpentras, los tomaron bajo su proteccion; y las reclamaciones de los suizos y los príncipes de Alemania indujeron á Francisco I á suspender su persecucion. Seis años despues hicieron creer al rey, quien estaba enfermo, triste y tiránico, que los vaudeses estaban en correspondencia con los extranjeros, se reunian para robar en los caminos y las iglesias, y podian poner en pié de guerra quince mil hombres;

y accediendo á las instancias del clero de Provenza, mandó que se ejecutase la sentencia de 1540. El presidente de Oppede y el abogado general Guerin reunieron ocho mil hombres mandados por el baron de la Garde, y entraron en el país de los vaudeses, que ocupaban las dos villas de Merindol y Cabrieres y treinta aldeas (1545). Merindol fué abandonada por los habitantes, Cabrieres quiso resistirse y fué destruida, y se asolaron y quemaron todas las casas, árboles y frutos. Fueron pasados á cuchillo tres mil vaudeses, un gran número de ellos pereció en las hogueras ó en las galeras, y el resto de la poblacion murió de miseria en los bosques y montañas (1).

Eran ya tan violentos los odios religiosos, que esta espantosa carnicería no excitó mas que los aplausos de los católicos. Francisco I tuvo empero grande remordimiento, mandó al parlamento de Paris que empezase una instruccion sobre este negocio, y al morir se lo recomendó á su hijo. Consagróse á él cincuenta audiencias, Oppede fué declarado inocente, y Guerin, condenado á muerte como falsario, fué ejecutado (1550).

Acusaron muchos de tibieza al parlamento de Paris en este proceso, pero manifestó su virtud, su energía y hasta su independencia, aunque no se atrevió á dar razon á las víctimas reinando un monarca tan activo perseguidor de la herejía; Enrique II aborrecia á los protestantes como enemigos de su poder, sus placeres y sus queridas; preveía las turbulencias que iban á causar; y se cree con fundamento que el calvinismo no dejó de influir en una terrible rebelion que estalló en Poitou, Saintonge y Guena, con motivo del impuesto sobre la sal que queria introducirse en estas provincias. Los aldeanos se insurreccionaron, mataron á los colectores, se apoderaron de Saintes y Cognac, y obligaron á Burdeos á secundar la rebelion (1548). El gobernador de esta ciudad fué sitiado en el castillo de Trompette y muerto despues de haber capitulado. Montmorency se dirigió á Burdeos con un ejército. El parlamento, que habia tomado parte contra los culpables, habia restablecido la calma, pero el condestable no quiso acceder á las proposiciones de la ciudad, cañoneó sus murallas y entró por la brecha. Mandó al

(1) De Thou, ad ann. 1545.

cadalso á un gran número de habitantes, quitó á Burdeos sus privilegios, le impuso enormes contribuciones, y suspendió el parlamento. Desde allí salió á recorrer las provincias que habian tomado parte en la insurreccion, y las trató con igual crueldad.

§. V.—*Alianza de Enrique II con los protestantes.—Sorpresa del emperador en Inspruck.—Toma de Metz, Toul y Verdun.*—Carlos V habia llegado al apogeo de su poder, España, Italia, los Países Bajos y Alemania veian perdidas sus libertades: olvidaban la guerra los turcos, Francia y el papa, y solo faltaba que su hijo fuera emperador para hacer de sus vastos estados un cuerpo regular y robusto, cuyas partes se ayudasen todas mutuamente, para dar vida y duracion á su obra y conservar la unidad de la monarquía austriaca. Pesaroso de haber hecho elegir á Fernando rey de los romanos, indujo á su hermano á que abdicase su título para salvar el engrandecimiento de su casa, pero este se negó, y al saber el proyecto del emperador, toda la Alemania se alarmó, protestaron los electores, y la liga de Smalkalda se preparó en secreto á volver á tomar las armas. La Francia, que no cesaba de buscar enemigos á la casa de Austria, de excitar contra ella conspiraciones y ponerle trabas en todas sus empresas, renovó sus alianzas con los protestantes. Mauricio cuando llegó al colmo de su ambicion, se enojó del cautiverio de landgrave y resolvió libertar la Alemania. Se preparó á su empresa con tanto secreto y tal astucia, que al mismo tiempo que daba á los luteranos las mas bellas esperanzas, no hacia concebir al emperador la menor duda sobre su fidelidad y su adhesion.

Carlos persistia en su proyecto, y esperaba conseguirlo por medio de un concilio que, restableciendo la unidad religiosa, le diera el poder absoluto en Alemania. Sucedió á Paulo III (8 de febrero de 1550) Julio II, que se hacia notar por su debilidad y su molicie; y á la primera peticion del emperador, no titubeó en reunir nuevamente el concilio en Trento (1551).

Carlos se fué á establecer en Inspruck para dominar la asamblea y observar la Alemania. Llenáronse de inquietud los luteranos: Mauricio protestó contra un concilio donde no eran recibidos con voto decisivo los teólogos de ambos partidos: Enri-

que II prohibió á sus obispos que fueran á Trento, y amenazó con hacer gobernar la Iglesia galicana segun los principios del concilio de Basilea. Carlos no hizo caso de estas oposiciones, y continuó permaneciendo en Inspruck mientras por todas partes se preparaba la guerra. Italia dió el primer grito.

Octavio Farnesio, nieto de Paulo III, habia quedado señor de Parma, y se veia hostilizado por el nuevo papa. Hizo alianza con la Francia que le envió auxilio (27 de mayo). El emperador ayudó al pontífice, y Brisac, gobernador del Piamonte, recibió entonces órden de principiar las hostilidades contra las tropas imperiales. Era el preludio de una guerra general.

El rey la emprendió con repugnancia, pues era indolente y solo se cuidaba de los placeres, pero los Guísas dominaban en el consejo, y á pesar de la oposicion del condestable salieron vencedores. Renováronse los tratados con los suizos y la alianza con los turcos: los corsarios franceses se arrojaron en los mares é hicieron ricas presas en los galeones españoles; y se firmó un tratado secreto entre el rey de Francia y Mauricio de Sajonia, en nombre de los príncipes de Brandeburgo, de Hesse y de Meklemburgo, «para resistir á las intenciones del emperador, dirigidas á hacer sucumbir á su querida patria en una bestial, insoportable y perpetua esclavitud, como lo habia hecho en España y en otras partes (3 de setiembre de 1551).»

Prometieron estos príncipes no hacer paz ni tregua con el emperador sin consentimiento del rey de Francia, que les concedia un subsidio mensual de 60,000 escudos. Enrique quedaba obligado á atacar la Lorena, «y aprobaron que se apoderase de las ciudades que pertenecian desde lo antiguo al imperio, y que no son de lengua germánica, como Toul, Metz y Verdun, y las conservase en calidad de vicario del imperio.»

Mauricio, reconocido en secreto como jefe de la liga, continuó engañando al emperador con los artificios mas sutiles y el mas profundo disimulo, haciéndole creer que sus relaciones con los confederados no tenían otro objeto que el de saber sus proyectos. Carlos no conoció la traicion á pesar de su sagacidad y desconfianza: hallábase enteramente ocupado en el concilio, y cuando recibió una embajada del nuevo elector y de los demás príncipes pidiéndole la libertad del landgrave, miró la conducta de

Mauricio como una artificiosa cautela, y se contentó con negociar con el que creia serle mas leal.

De pronto Mauricio se pone al frente de veinte mil hombres y cinco mil caballos reunidos en la Turingia por Jorje de Mecklemburgo, y declara en un manifiesto que ha tomado las armas en defensa de la religion protestante, para sostener la constitucion del imperio y libertar al landgrave (18 de marzo de 1552), y marcha rápidamente á Baviera.

Todas las ciudades le abrieron las puertas, entró en Augsburgo y se dirigió á Inspruck. El emperador quedó absorto con tan inesperado ataque; hallábase enfermo, sin ejército y sin dinero; intentó vanamente detener la marcha de Mauricio con negociaciones, y huyó conducido en una litera, atravesando las montañas con un tiempo borrascoso hasta Villac (23 de mayo). Mauricio llegó tres horas despues y volvió á Passau, donde se habian entablado negociaciones con Fernando. Se dispersó el concilio de Trento, y no se volvió á reunir hasta diez años despues.

Enrique II salió entretanto á campaña tomando el título de protector de las libertades de Alemania y dejando la regencia á la reina Catalina de Médicis (10 de marzo). Se reunió en Chalons con su ejército, compuesto de treinta mil infantes, franceses, suizos y alemanes, y de ocho mil caballos (1). Llegó á las murallas de Metz (10 de abril), populosa y rica ciudad imperial, de la que se apoderó por sorpresa: igual suerte tuvieron Toul y Verdun; y la Lorena, á pesar de su neutralidad, fué ocupada por los franceses. Desde allí marchó á la Alsacia, y quiso apoderarse de Strasburgo por traicion, pero los habitantes hicieron una viva resistencia.

El ejército estaba escaso de víveres: manifestaban su descontento los suizos que eran aliados de las ciudades de Alsacia; de modo que Enrique se vió reducido á volver á Lorena, y entró en el Luxemburgo para vengar los saqueos que las tropas imperiales cometian en Picardía y Champaña. Fueron tomadas y ri-

(1) Las rentas ascendian entonces á 8,548,000 libras, de las cuales 5,000,000 procedian de contribuciones, y el resto de los dominios, ayudas, gabelas, diezmos eclesiásticos, etc. Los gastos ascendian á 6,620,000 libras. El valor del marco era entonces de 14 libras y 10 sueldos.

gurosamente tratadas Ivoy, Montmedy, Bouillon, etc.; y el rey licenció sus tropas despues de haber dejado guarniciones y gobernadores en sus conquistas.

Con menos actividad se hizo la guerra en Italia, pues se limitó á escaramuzas y sorpresas de ciudades. Brissac solo tenía doce mil hombres para custodiar treinta y cuatro plazas, y estaba en posicion mas ventajosa que Gonzaga, gobernador del Milanesado. El papa se vió obligado á implorar una tregua.

§. VI.—*Paz de Passau.—Sitio de Metz.—Toma de Terouane.*—Entabláronse negociaciones en Passau entre el emperador y los confederados. Intimado Carlos por todos los príncipes, hasta por los que eran católicos, para que les devolviese sus libertades, y viéndose vencido, sin ejército y amenazado por los franceses y los turcos, no tuvo otro recurso que cōsentir en la paz. Enrique II no opuso ningun obstáculo, y se firmó un tratado por el cual ambas religiones gozaban entera libertad de culto é igualdad de derechos hasta que un concilio general hubiera restablecido la unidad entre los cristianos (2 de agosto de 1552). Alcanzaron la libertad los dos príncipes prisioneros, fué anulado el Interim, y se renovaron las antiguas constituciones del imperio. No fué comprendido en este tratado el rey de Francia, los confederados dieron la excusa de «que sus pretensiones se pondrian de manifiesto al emperador,» y ensalzaron su ingratitud.

Este tratado fué un acto importante de derecho público en Europa, y el primero que proclamaba la libertad de conciencia cambiando la base de la sociedad de la edad media. Fué esta la mayor humillacion que habia sufrido jamás el emperador. Ya le habia vuelto la cara la fortuna, y vencido por los franceses en Italia y en Lorena, veia disuelto el concilio de Trento, sus provincias invadidas por los turcos, y frustrados todos sus proyectos. La Francia habia sido la causa de este cambio tan trascendental, y contra ella dirigió todos sus esfuerzos.

El único entre todos los confederados que no habia admitido la paz de Passau era el margrave de Anspach, Alberto de Brandeburgo: era un verdadero jefe de bandidos, que lo mismo despojaba protestantes como católicos; y aunque decia que obraba así por defender á Metz, cuando invadió la Lorena, su intento se dirigia á sorprender esta ciudad y entregársela al emperador.

Carlos marchó contra él amenazándole con apoderarse de los Tres Obispados. Enrique II había declarado que quería agregar á la monarquía estas tres ciudades que defendían la Champaña y que franqueaban frecuentemente al emperador la entrada en Francia, recordando que todo el país que había hasta el Rhin perteneciera un día á los sucesores de Clodoveo y á los de Carlomagno.

El duque Francisco de Guisa se encerró en Metz, ciudad de mucha extension y mal fortificada (17 de agosto): la cercó de fosos y murallas, cerró las puertas inútiles, destruyó los arrabales, reunió víveres, armas y municiones, impuso una severa disciplina á la guarnicion, que se componia de diez mil hombres; y esperó al enemigo al frente de una brillante nobleza que no se habia desdeñado de tomar la pala y el azadon para fortificar la plaza. Llegó Carlos hasta sus muros con sesenta mil hombres, cien piezas de artillería, siete mil gastadores y sus mas ilustres generales (19 de octubre). La ciudad sostuvo el sitio con heroísmo á pesar de la traicion de Alberto de Brandeburgo que se unió al emperador. Despues de diez meses de esfuerzos y once mil disparos de cañon, despues de haber perdido Carlos la mitad de su ejército, víctima de la miseria, los combates y las enfermedades, y de ver el resto pereciendo en el cieno y el hielo, levantó el sitio desordenadamente y abandonó sus bagajes, su artillería y sus enfermos (1.º de enero de 1553).

Sus soldados se dispersaron ó quedaron exánimes en los caminos: los franceses se arrojaron en su persecucion; pero viendo la extrema miseria de estos desgraciados, los protegieron y curaron enviándoles despues con libertad á su país. Ejemplo de humanidad que colmó de gloria á la guarnicion de Metz, y que contrastó con la crueldad de la gobernadora de los Países Bajos que en aquel entonces invadia la Picardía incendiando setecientas aldeas (1).

La defensa de Metz dió una brillante nombradía al duque de Guisa y excitó en toda la Francia un vivo entusiasmo, creyendo que el emperador estaba arruinado para siempre. Nadie pensó en aprovecharse de su desordenada retirada, y mientras la corte

(1) Memorias de Vieilleville.—Relacion del sitio de Metz, por Salignac.

de Enrique se entregaba sin recelo á los continuos festejos, Carlos retirado en el Brabante, redoblaba su actividad y reunia otro ejército que lanzaba en el Artois atacando á Terouane que se hallaba sin guarnicion. Acudió en su defensa un hijo del condestable con Essé de Montalembert, antiguo soldado que habia hecho todas las guerras de Italia. La ciudad capituló despues de una resistencia heróica de seis semanas, y cuando, destruidas las murallas, murieron Montalembert y casi todos los suyos; pero los imperiales forzaron las puertas durante las negociaciones, pasaron á cuchillo á los habitantes, pusieron fuego á los edificios y la convirtieron en ruinas tan bárbaramente, que jamás ha vuelto á reedificarse (20 de junio). El emperador puso entonces sitio á Hesdin, la tomó y la entregó al saqueo. La Francia entera estaba llena de indignacion. El condestable reunió un ejército con extrema lentitud; y cuando se halló al frente de cincuenta mil hombres, se paseó en torno de los imperiales, asoló las campiñas, y permitió que los enemigos se retirasen sin daño alguno (julio).

Con igual energía se hacia la guerra en Italia. Revolucionóse Nápoles al verse tiranizada por los españoles; y habiendo enviado la Francia en su apoyo una escuadra, fracasó la expedicion por no haberse puesto de acuerdo con la armada túrca. Córcega se vió invadida por un ejército francés, Sena sacudió el yugo imperial y se puso bajo su proteccion (11 de agosto de 1552), y Brissac conservó su posicion ventajosa en el Piamonte por su humanidad y el cariño que le profesaban sus habitantes.

§. VII.—*Casamiento de María Tudor y Felipe de Austria.*—*Batallas de Renti y de Marciano.*—*Abdicacion de Carlos V.*—A pesar del superior talento político y militar que adornaba al emperador, su enérgica voluntad y su aficion á los negocios, se veia rodeado de peligros y temores, y conocia que estaba en decadencia su poder. Todos sus proyectos de dominacion universal habian sido constantemente frustrados por la Francia á pesar de su mal gobierno, y temia que el manejo de sus estados, tan difícil entonces de conservar unido, se desharía despues de su muerte. Carecian sus diversos reinos de unidad y hasta de creencia, no existia entre ellos mas lazo que su mano tiránica, y él mismo manifestaba un carácter de universalidad que no le hacia

nacional para ninguno de sus estados. Oprimia y vejaba á los unos para socorrer á los otros, no tenia capital ni residencia fija y viajaba continuamente (1). Ningun soberano sacrificó tanto el porvenir al presente, ni destruyó tan sin consideracion los manantiales de prosperidad de sus pueblos, ni dejó tras él tantos gérmenes de revolucion á la Europa. Todos los estados, que tanto poder y ventura habian tenido mientras estuvieran independientes y separados, se debilitaron y agotaron por la ambicion de un solo hombre. Bajo su reinado brilló la España con un falso engrandecimiento que ha sido su ruina, y se vió ya entonces sin comercio, sin agricultura y sin libertad: en su época empieza la decadencia y despoblacion de Italia: y la Alemania adquirió con él los gérmenes de una guerra de treinta años.

Solo habia un país que pudiera considerarse nacional para Carlos V, que reflejó el engrandecimiento del emperador y sacó utilidad y gloria. Era la Bélgica, su país natal. A pesar de los estragos de la guerra y de los 40.000,000 de escudos que arrancó á los Países Bajos, vieron acrecentar durante cuarenta años su comercio y opulencia, merced á la preponderancia europea del emperador, á sus numerosos estados que abrazaban todos los mares y á los tratados de comercio formulados en su beneficio. Amberes era la ciudad mas rica del mundo: entraban diariamente en su puerto quinientos barcos, y era la escala del comercio universal. Carlos amaba á los flamencos á pesar del rigor con que trató á Gante, y de la severidad inflexible con que persiguió á los herejes de los Países Bajos: rodeábale continuamente su nobleza; y deseaba convertir á este país, al que habia agregado las cuatro provincias de Utrech, Over-Issel, Güeldre y Groningue, en un estado que constituyera la vanguardia de la casa de Austria contra la Francia.

Halagado con esta idea, formó con las diez y siete provincias de los Países Bajos el *circulo de Borgoña* que puso bajo la proteccion de la Alemania, eximiéndolo de la jurisdiccion del imperio y dejando á cada provincia su particular constitucion. Quiso finalmente asegurar su independencia y separacion definitiva

(1) Fué diez veces á los Países Bajos, siete á Alemania, tres á Italia, dos á Inglaterra, dos á Africa y una vez á Francia.

de Francia, ligándola á Inglaterra, con la que estaba siempre en relacion por sus intereses mercantiles; é hizo casar á su primogénito con María, la hija de Enrique VIII, que acababa de suceder á Eduardo VI (2 de enero de 1554). De este modo rodeaba á la Francia con un cinturón continuo de estados enemigos, y fortificaba el principio católico arrancando á Inglaterra de la heraja.

Esta nacion no sabia qué religion profesaba hacia veinte años. Su parlamento cambiaba de religion en cada reinado, aboliendo lo que habia decretado, y persiguiendo lo que él mismo habia prescrito. Fué anglicana con Enrique VIII, calvinista con Eduardo VI, y católica con María, para convertirse despues definitivamente en protestante con Isabel. Una gran parte de la nacion estaba no obstante adherida á la reforma, y se llenó de terror con el enlace de María y Felipe de Austria, á pesar de las precauciones tomadas para alejar á este del gobierno de Inglaterra, pues temió verse como España arrastrada á las guerras del continente, sin lograr ninguna utilidad y convertida en una provincia de la monarquía austriaca.

Los reformadores excitaron una rebelion que fué ahogada completamente, y María, que era «una mujer virtuosísima y digna de alabanza,» aunque de un celo exaltado, resolvió que su reino volviera á entrar en la unidad romana. El parlamento, que siempre estaba dispuesto á sancionarlo todo, se dió prisa en abolir las leyes publicadas contra los católicos, lo mismo que los estatutos religiosos de Eduardo VI, y pidió despues por unanimidad que se volviera á entrar en el seno de la Iglesia. El pontífice envió un legado que reconcilió solemnemente á Inglaterra con la Sede Apostólica, declarando irrevocable la enajenacion de los bienes del clero (30 de noviembre). Restablecióse sin obstáculo el culto católico, y María de acuerdo con el parlamento, dió principio á la persecucion de los reformados.

Enrique II se alarmó altamente con el enlace de María y Felipe, fomentó las turbulencias en Inglaterra para impedir que la reina tomase parte en los negocios del continente, y resolvió llevar adelante con ardor las hostilidades. Se dirigió á los Países Bajos con veinte y cinco mil hombres, tomó á Mariemburgo, amenazó á Bruselas saqueando cuanto halló en su camino, y sin

que se atreviera á salirle al encuentro el duque de Saboya que acudió con ocho mil hombres. Se arrojó despues sobre el Cambrésis y el Artois, sitió á Renty, fortaleza que defendian los boloñeses, y se trabó ante sus muros un combate en que fueron derrotados los imperiales por el duque de Guisa, pero que no produjo resultado alguno por la inaccion del condestable (13 de agosto). El rey se vió precisado á levantar el sitio, el duque de Saboya asoló á su vez la Picardía, y la guerra degeneró en saqueos y sitios de castillos.

Cosme de Médicis, jefe de la república florentina, reunió sus tropas á las imperiales que sitiaban á Sena. El mariscal Strozzi mandaba en Toscana á los franceses. Era un emigrado florentino, que queria vengar en los Médicis las desgracias de su familia, y que fué derrotado en Marciano (2 de agosto) al ir á libertar á Sena. Esta ciudad se vió obligada á rendirse á pesar de la desesperada resistencia de la guarnicion francesa mandada por Montluc, que salió sin capitular con sus armas y bagajes (21 de abril del 1555).

Brissac solo tenia diez mil hombres en el Piamonte contra el duque de Alba que era el mas hábil teniente del emperador; pero desplegó tanta actividad, audacia y prudencia, y puso á su ejército bajo una disciplina tan severa, que quedó vencedor en una multitud de combates de poca importancia, en los que se agotó el genio de este gran capitán sin beneficio notable para la Francia.

La escuadra francesa mandada por el baron de la Garde se unió con las escuadras turcas, venció á los españoles y se apoderó de la isla de Córcega.

La Francia estaba cansada con esta guerra, agotábase su tesoro y se arruinaba el comercio, y los gastos producidos por los ejércitos solo pudieron satisfacerse creando una multitud de ruinosos destinos (1), haciendo empréstitos forzados y empeñando los dominios. Al ver un rey tan pródigoamente frívolo, los

(1) Se crearon sesenta tribunales *presidiales* que fallaban en lo criminal y civil por cantidades que no excedian de 250 libras. Acudian á ellos las apelaciones á las sentencias de los baiíos, en vez de ir al parlamento, facilitando así la administracion de justicia. Estos nuevos destinos judiciales fueron venales, y el aumento de los tribunales causó el de los agentes de justicia.

partidos de la corte y las disputas religiosas que presagiaban un porvenir amenazador, todos deseaban ardientemente la paz. Mas sombrío era todavía el porvenir para Carlos V: sus reinos no podían sostenerse de cansancio y debilidad, pues los vireyes, ambiciosos, crueles y tiranos, habían devorado hasta su sangre, y se contaban por centenares los pueblos de Italia y de los Países Bajos que habían desaparecido en el espacio de cuarenta años. La Alemania se mostraba cada día más amenazadora, Fernando se negaba á abdicar su dignidad, y se esforzaba por su moderación en adquirirse la adhesión de los alemanes. Se convocó una dieta en Augsburgo, y declaró, en defecto de un concilio general, que gozaran el libre ejercicio de su religión los estados luteranos y católicos, que conservasen los actuales poseedores los bienes eclesiásticos secuestrados antes de la paz de Passau; pero que los obispos que en adelante abrazaran la reforma, dejasen los bienes anexos á sus dignidades; que el poder civil de cada estado fuera el único regulador de la doctrina y del culto, etc.

Esto fué un golpe mortal para el emperador: se proclamaba la libertad civil y religiosa, y se hallaba rota la unidad de la Iglesia y del imperio. Abrumado Carlos por los disgustos y enfermedades, resolvió abandonar los negocios del mundo. Convocó los estados de los Países Bajos en Bruselas, y después de haber hecho una recapitulación de su vida, declaró «que sus fuerzas abatidas por las dolencias y los trabajos, no eran bastantes para sostener el peso de tan grande imperio, y que había resuelto renunciar sus reinos por el bien público, y sustituir á un anciano que veía abierto el sepulcro, un joven robusto y habituado al gobierno (25 de octubre de 1555);» é hizo reconocer como soberano de los Países Bajos á su hijo Felipe, á quien había cedido ya sus estados de Italia.

Tres meses después le trasmitió los reinos de España, y el 27 de agosto de 1556 dejó el imperio á su hermano. Finalmente se retiró al convento de San Yuste cerca de Palencia en Estremadura, donde murió dos años después. Seis meses antes de abdicar la corona imperial había enablado con Enrique II negociaciones que produjeron una tregua firmada en Vancelles cerca de Cambrai, que á pesar de ser para cinco años no duró cinco meses (5 de febrero de 1556).

§. VIII.—*Expedición del duque de Guisa á Italia.—Batalla de San Quintín.—Toma de Calais.*—Las ideas de una reforma católica continuaban dominando en la corte romana. Fué elegido papa, con el nombre de Paulo IV, el cardenal Caraffa, fundador de los teatinos y presidente del tribunal de la inquisición. Era un anciano lleno de celo en pro de la Iglesia, pero duro, violento y apasionado; que á ejemplo de Paulo III solo hizo precipitar el progreso del protestantismo con su política temporal, su odio contra la casa de Austria y su deseo de hacer independiente á su patria. Aborrecía á los españoles, á quienes llamaba «hez de la tierra y mezcla infame de judío y árabe,» quería devolver á la casa de Francia á Nápoles y Milan, y llevó á cabo atrevidamente una alianza con Enrique II en la que hizo entrar á todos los príncipes de Italia, quedando de este modo declarada la guerra.

Felipe II no dió tiempo al papa para sublevar la península, y el duque de Alba, virey de Nápoles, penetró por orden suya en el estado pontificio y amenazó á Roma (16 de setiembre). Paulo pidió auxilio á la Francia, tomó á sueldo soldados protestantes, y llegó al extremo de invocar la ayuda de los turcos. Se reunió un ejército francés al mando del duque de Guisa para pasar á Italia; pero el tesoro tenía un débito de 25 millones, los cortesanos se repartían las pensiones, abadías, dignidades y confiscaciones, y se dispersaron las tropas del Piamonte por falta de paga. No obstante el duque de Guisa condujo quince mil hombres, precisó á permanecer neutrales á los duques de Parma y de Florencia, y recibió al duque de Ferrara en la alianza francesa (enero de 1557). Pretendía el reino de Nápoles como descendiente de René de Anjou, y en vez de atacar la Lombardía, donde hubiera podido contar con el apoyo de los venecianos, dejó á Brissac y á Montluc en el Piamonte y Toscana, rechazó á los españoles, entró triunfante en Roma y penetró en el reino de Nápoles. Encallóse empero ante los muros de Civitella, vió su ejército diezmado por las enfermedades, y se halló en la necesidad de retirarse al estado pontificio perseguido por el duque de Alba. Viendo entonces el papa vencidos á sus aliados y su capital en peligro, hizo la paz con España; y el duque de Guisa, que manifestó en esta guerra su inferioridad de talento respecto al de Alba, condujo sus tropas á Francia.

Brissac quedó encargado de la defensa del Piamonte. La dominación española se hizo mas sólida que antes, y perdiendo la Santa Sede la última esperanza de libertarse de ella, se limitó únicamente á sus proyectos de reforma católica.

Por fin dejó de ser la Italia el teatro de las hostilidades entre Francia y la casa de Austria.

María habia declarado la guerra á la Francia, á pesar de la repugnancia de los ingleses, y enviado al rey de España un socorro de ocho mil hombres (1557). Felipe II resolvió dar un gran golpe en Picardía, y al mando del duque de Saboya formó un ejército de treinta y cinco mil infantes y doce mil caballos. Enrique estaba imposibilitado para oponer á fuerzas tan considerables la precisa defensa; reunió pues apresuradamente diez mil soldados mercenarios, y puso guarnicion en Rocroi, Mezieres y Mariemburgo. Los españoles penetraron en Picardía por medio de un falso ataque dirigido contra Rocroi, y llegaron á San Quintín, que les facilitaba el camino de Paris (28 de julio). Hallábase esta plaza sin murallas, municiones ni soldados, y se precipitó en ella el almirante Coligny con setecientos hombres, mientras acudia de Lafere el condestable con un ejército de treinta mil hombres con el objeto de proteger la entrada de un nuevo refuerzo en la ciudad (8 de agosto). El que condujo este cuerpo auxiliar era Baucelot, hermano de Coligny, pero no pudo penetrar en la ciudad mas que con quinientos hombres, y Montmorency se aproximó tanto con esta operacion al campo enemigo, que se vió en la precision de presentar batalla.

El orgullo característico de este general hizo que á pesar de los consejos de sus oficiales, se descuidase de custodiar una calzada que aseguraba su retirada; y el duque de Saboya envió á aquel sitio su caballería, en tanto que trababa con su infantería la batalla. Los franceses se defendieron al principio con ardor y heroismo, pero cuando se vieron acometidos por la espalda en su línea de retirada por la caballería empezaron á huir desordenadamente. La artillería completó su derrota, y fueron deshechos y enteramente derrotados en menos de una hora. Cayó prisionero el condestable con cuatro mil hombres y una multitud de señores, perdió toda su artillería, y dejó cuatro mil muertos en el campo de batalla.

Mucho tiempo hacia que la Francia no habia sufrido una derrota tan vergonzosa: Paris tembló: el duque de Saboya queria marchar hácia esta ciudad, y se lo impidió Felipe II, mandándole que continuara el sitio de San Quintin. Hizo esta plaza una admirable defensa, y fué tomada por asalto, saqueada y devastada despues de diez y siete dias de terribles ataques y despues de ver sus murallas abiertas por once brechas (27 de agosto).

La resistencia de San Quintin fué la salvacion del reino: Paris y las ciudades del interior dieron en tanto dinero y hombres: toda la nobleza tomó las armas: se hicieron levás en Suiza y Alemania: se pidió una escuadra á los turcos; y secretos emisarios excitaron á los escoceses á renovar la guerra. Se introdujo la indisciplina y el desórden en el ejército enemigo, desertaron los alemanes, se retiraron los ingleses, y el invierno terminó las hostilidades.

El rey llamó al duque de Guisa que se hallaba en Italia. Fué recibido en Francia como un libertador y nombrado general de los ejércitos; pero como el rigor de la estacion ponía al enemigo al abrigo de toda hostilidad, se resolvió emprender de improviso una hazaña que borraría la deshonra de San Quintin. Strozzi entró secretamente en Calais y examinó la plaza, que quedaba durante el invierno abandonada por la mitad de la guarnicion: el conde de Nevers dirigió cautelosamente tropas hácia el Boloñés: el duque de Guisa llamó la atencion en el Artois; y el dia primero de enero acometió repentinamente á la ciudad con veinte mil soldados. Componíase la guarnicion de novecientos hombres, pero sorprendida, llena de terror y acometida con vigor, capituló al cabo de ocho dias: y los ingleses perdieron el último rincón de territorio que poseían todavía en el continente (8 de enero de 1558).

La toma de Calais hizo olvidar la derrota de San Quintin, y causó una alegría universal en Francia. Aunque la conquista habia sido tan fácil, el resultado era tan inmenso, el orgullo nacional se veía de tal modo lisonjeado, y el país tan felizmente libre de una deshonra de dos siglos, que el duque de Guisa fué celebrado como el mayor capitán de la época, siendo desde entonces el hombre mas popular de la Francia. Esta pérdida causó un profundo dolor á los ingleses, que creían extinguida su antigua

gloria con la última de sus conquistas en Francia; y la reina María repitió muchas veces en su lecho de agonía, que si le abrieran el corazón, hallarian en él profundamente grabado el nombre de Calais (1).

§. IX.—*Batalla de Gravelines.—Tratado de Chateau-Cambresis.—Situacion del catolicismo.*—Renováronse las hostilidades al empezar la primavera, pero con igual lentitud por ambas partes. Enrique y Felipe se hallaban enteramente ocupados en los asuntos religiosos de sus estados y deseaban la paz; pero Enrique envió dos ejércitos al Luxemburgo, y al Artois. El primero, al mando del duque de Guisa, se apoderó de Thionville (22 de junio de 1558), y al dirigirse á Flandes por el Hainaut para reunirse con el segundo, que mandaba el mariscal de Thermes, la indisciplina de las tropas alemanas obligó á Guisa á no salir del reino. Mientras esto acontecia, el mariscal con doce mil hombres tomó á Dunkerque, Bergues y á Nieuport asolando toda la Flandes marítima, pero se vió obligado á retroceder ante el conde de Egmont, que se dirigió rápidamente á Gravelines con quince mil hombres y cortó la retirada á los franceses. El mariscal esperó en vano al duque de Guisa, se puso en camino en direccion del Artois por la orilla del mar, halló á los españoles sobre el Aa, les dió la batalla, y era ya suya la victoria cuando anclaron á su derecha diez navíos ingleses y cañonearon su ejército (13 de julio). Los franceses fueron completamente derrotados, dejando dos mil muertos, y cayeron prisioneros Thermes y todos sus capitanes.

La derrota de Gravelines determinó al rey de Francia á optar por la paz. La guerra se hacia sin objeto determinado: la monarquía de Carlos V, dividida entre Fernando I y Felipe II, era ya menos temible; y no podia desconocerse la imposibilidad de arrancar á la casa de Austria sus posesiones de Italia ó de los Países Bajos. Por otra parte la cuestion del equilibrio europeo, suscitada por las guerras de Italia y el acrecentamiento de la casa de Austria, debia ser aplazada para despues de solventarse la cuestion religiosa que iba á absorver todas las fuerzas y las inteligencias del mundo cristiano.

(1) Singard, t. III, p. 371 (edicion Charpentier).

Se abrió un congreso en Chateau-Cambresis. La muerte de María Tudor favoreció el desenlace de las negociaciones (17 de noviembre). Se presentaron dos pretendientes á la corona de Inglaterra; Isabel, la hija de Enrique VIII y Ana de Boleyn, y María Estuardo, nieta de Margarita reina de Escocia, hermana primogénita de Enrique VIII. El parlamento era católico, pero proclamó á Isabel, á quien se suponía entusiasta partidaria del protestantismo. La corte de Francia pretendía que era ilegítima la hija de Ana Boleyn, é hizo que tomase el título de reina de Inglaterra María Estuardo que acababa de casarse con el delfín. Felipe II pidió la mano de Isabel deseando arrancar á Inglaterra del poder de la reforma; pero el papa instigado por la corte de Francia, exigió que Isabel sometiese sus derechos al trono al fallo de la Sede apostólica y devolviese al clero sus bienes. Estas pretensiones hicieron abrazar abiertamente la reforma á la reina, y se declaró en el parlamento una mayoría calvinista que abolió los estatutos de María é hizo en la liturgia y en el dogma los cambios que actualmente constituyen la iglesia anglicana. Entonces Felipe II abandonó en el congreso los intereses de Inglaterra, y esta hizo paces con Francia cediéndole á Calais mediante una suma de 500,000 coronas.

Felipe y Enrique firmaron entonces el tratado de Chateau-Cambresis (3 de abril de 1559), se cedieron mutuamente lo que habían conquistado en los Países Bajos y en Picardía; el rey de Francia restituyó al duque de Saboya todos sus estados á excepción de Turin, Pignerol y Chivasso, evacuó la Toscana, entregó Sena á Cosme de Medicis, la Córcega á los genoveses, y abandonó por fin la posesión de ciento ochenta y nueve ciudades ó castillos. Fué acusado Montmorency de haber impuesto á Francia tan enorme sacrificio por su rescate, y toda la nobleza lanzó gritos de indignación. Quedaron en poder de la Francia los Tres Obispos, pero sin legitimar su posesión ningún tratado, y únicamente el emperador declaró en secreto que no daría ningún paso para recobrar estas tres ciudades.

Enrique enlazó á una de sus hijas con Felipe II y á otra con el duque de Saboya, y un sangriento y funesto acontecimiento anuló las fiestas de este doble casamiento. Luchando Enrique en un torneo con Montgomeri, capitán de guardias, recibió una

herida mortal con la lanza de su adversario (29 de junio). Dejaba cuatro hijos, de los cuales tres subieron al trono, dando fin á la dinastía de los Valois.

El tratado de Chateau-Cambresis fué el gérmen del de Westfalia que un siglo mas adelante debia reconstituir la Europa: por medio de él continuaba Enrique II la obra de sus antecesores; y agregándose al reino las ciudades de Calais, Metz, Toul y Verdun, quedaba mas robusto y poderoso que antes. Francia anhelaba, nó provincias aisladas, sino su unidad, y despues de cincuenta años de guerras en Italia, se contemplaba dichosa con la conquista de las cuatro ciudades que cerraban las puertas hasta entonces abiertas á Inglaterra y Alemania.

Era entonces la Francia el estado mas rico y unido de Europa, donde estaba mas arraigada la autoridad real, y donde era la nobleza la mas guerrera y el pueblo el mas sumiso. Habian terminado las guerras de Italia que alejaron de su verdadero objeto á la actividad nacional, y parecia que solamente tenia que dejarse llevar por el camino de un interminable progreso; pero iban á comenzar las guerras religiosas, y la lucha entre el protestantismo y el catolicismo elegia á la Francia por teatro de sus combates.

Tan numerosos intereses materiales se habian mezclado en la restauracion católica inaugurada por Paulo III, que no habia podido detener los progresos del protestantismo; pero luego que la corona imperial y la de las Españas empezaron á bambolear sobre una misma cabeza, los papas dejaron de aborrecer á la casa de Austria, manifestaron á los emperadores deferencias y concesiones, se hicieron aliados de los reyes de España y abandonaron sus proyectos de dominacion sobre la Italia. Esta trasformacion, que habia de dar á la restauracion católica una marcha firme y decidida, iba á efectuarse ante la Europa entera sin que de ello se apercibiera. La corte romana cambia sus relaciones, renueva su política, hace una retirada prudente y silenciosa hácia sus funciones eclesiásticas, pone hábilmente sus intereses temporales bajo los espirituales, ejecuta esta transicion con arte: y no abdicando el pasado, asegura empero su porvenir. No desespera de poder recobrar algun dia su antiguo imperio, pero concentra su energía en su dominio limitado: fija su accion en

el mediodía de Europa; y se arrima á la Francia que es la primogénita de la Iglesia, y en la cual existe aun su salvacion.

Era ya forzoso que se decidiera á esta nueva política: eran protestantes la Escandinavia, la Gran Bretaña y casi toda la Alemania: estaban á punto de serlo los Países Bajos, Polonia y Hungría; y se trataba de saber si la Francia seria arrastrada por el movimiento de reforma luterana que se habia apoderado de todo el norte de Europa, ó por el influjo de la restauracion católica que se estaba efectuando en el mediodía.

Donde verdaderamente debia discutirse la cuestion religiosa, vanamente agitada en otra parte, era en esta comarca intermediaria de todas las demás por su genio social y posicion geográfica; en ella debia ser discutida con mas pasiones y sufrimientos que en todos los demás países; y en ella era donde España, expresion del pasado inmóvil y del espíritu de autoridad, y Alemania reflejo del presente anárquico y del espíritu de examen, iban á hacer combatir sus infantes y sus lansquenetas.

Francia estaba encargada de decidir, despues de cuarenta años de guerras encarnizadas que debian remover desde su fondo el territorio y la sociedad, la lucha entre el federalismo feudal del protestantismo y la unidad monárquica del catolicismo.

SECCION V.

Guerras civiles religiosas.—(1559—1598.)

CAPÍTULO I.

R einado de Francisco II. (1559—1560)

§. I.—*Progreso del calvinismo en Francia.—Prision y condenacion de Anne de Dubourg.—Organizacion civil y religiosa de los protestantes.*—La victoria alcanzada á Carlos V por los protestantes de Alemania, el apoyo que les diera Enrique II y la política contradictoria de los papas, habian ocasionado el progreso de la reforma en Francia; pero el gobierno constantemente le habia hecho una formal oposicion. «El rey, dice Tavannes, mas aborrecia á los calvinistas por razon de estado que por reli-

gion, temiendo que los extranjeros se sirviesen contra su corona de sus súbditos, como lo habían hecho los príncipes luteranos alemanes contra el emperador (1).» Esta fué la razon que le inclinó á publicar contra ellos los edictos mas severos. De modo que no pudiendo impedir en 1551 que sus obispos acudiesen al concilio de Trento, impuso al menos silencio á las alegres exclamaciones de los protestantes poniendo en vigor el edicto de Chateaubriand, que prohibia las peticiones en favor de los herejes, concedia recompensas á los denunciadores y exigia certificados de catolicismo. Algun tiempo despues dió oídos á las proposiciones de Paulo IV para establecer la inquisicion, «que es el único ariete, decia el papa, con que se puede batir á la herejía:» el parlamento se alzó con energia contra este proyecto que logró aplazar para mas adelante; pero en 1557 una bula confirmada por Enrique, confió á tres cardenales «la introduccion y observacion del tribunal de la inquisicion,» y los magistrados la sancionaron con la condicion de que el nuevo tribunal solo podia juzgar á los clérigos, y que no procederia como jurisdiccion dependiente de la corte romana, sino bajo la inspeccion de los obispos.

Este edicto causó mucha alarma y sentidas quejas en Francia. «Los mas políticos y celosos en pro de la religion, dice Castelnau, creian que era necesario, tanto para conservar y defender la religion católica, como para reprimir á los sediciosos que tomando por máscara la religion y el estado político del reino, y finalmente para que el temor del suplicio arrancase de raiz la secta. Los que se interesaban poco por la religion y el estado, creian tambien de absoluta necesidad el edicto, nó para destruir enteramente á los protestantes, sino porque seria un medio de enriquecerse por las confiscaciones de los condenados (2).»

A pesar de los edictos y los suplicios, los protestantes eran tan tenaces y resueltos en su religion, que cuanta mayor era la determinacion de hacerlos morir en la hoguera, mas se obstinaban en reunirse, y cuanto mas riguroso era el castigo, mas se multiplicaban (3). Eran secretamente adictos á la reforma la mitad de la nobleza, una parte del clero, y puede decirse que una

(1) Tabannes, cap. 40.—(2) Castelnau, lib. I cap. 3.—(3) Id. ibid.

décima parte del pueblo. «No existe una sola provincia, escribía el embajador de Venecia, que se halle libre del protestantismo; y á excepcion del pueblo bajo que frecuenta siempre con celo las iglesias, todos los demás han apostatado, principalmente los nobles y casi todos los hombres de menos de cuarenta años (1).»

En 1555 solo existia una iglesia reformada en Francia, y en 1559 habia ya a dos mil. A pesar de las prohibiciones reales, tenian sus rezos públicamente, hacian procesiones de cinco á seis mil personas y se veian los mensajeros y legados de Calvino recorriendo las provincias excitando el entusiasmo, esparciendo escritos de su maestro y haciendo asociaciones y colectas. Hallabanse ya al frente del calvinismo personas notables por su cuna y por su talento; eran estos los dos principes de Borbon, de los que vamos á hablar luego, y los tres hermanos Chatillon, sobrinos de Montmorency, el primero almirante de Coligny, el segundo Dandelot, coronel general de infanteria, y el tercero, que era cardenal. En fin los parlamentos encargados de la persecucion de la herejía tenian sus mismas ideas. Era aquella la época floreciente de la magistratura francesa; Olivier L'Hopital, Dumoulin, Cujas y Coquille ilustraban la antigua legislación nacional, sacaban á luz los verdaderos principios del derecho civil, y presentaban una sucesion de magistrados consumados en ciencia y en virtud. Constantes los parlamentos en su oposicion á la corte romana y celosos por la conservacion íntegra de su jurisdiccion, especialmente el de Paris, eludian la aplicacion de los edictos, hacian inútil el establecimiento de la inquisicion, y salvaban una multitud de acusados con su compasion y ruegos ó con su connivencia. Muchos de los consejeros eran protestantes, otros tendiendo á formar un partido medio, pedian un concilio y la libertad de conciencia; y todos tenian un tinte de protestantismo por la austeridad de sus costumbre y sus relaciones amistosas con los sábios.

Era segura la pérdida del catolicismo si lo abandonaba la magistratura. Enrique II resolvió detener los adelantos del calvinismo en el parlamento de Paris por medio de un golpe de estado. Decia el monarca «que donde quiera que se habian pre-

(1) Relat. delle cose di Francia, t. III, p. 20.

dedicado las nuevas doctrinas, había perdido y bamboleado la autoridad real; y que era inminente el peligro de llegar á parar en una especie de república como la de los suizos.» Excitado por el cardenal de Lorena y por Diana de Poitiers, se presentó de súbito en el parlamento, y discutiéndose en él la necesidad de atenuar los castigos impuestos á los herejes, invitó á los magistrados á que hablasen con libertad (14 de junio de 1559). Los consejeros Anne Dubourg y Dufaur se distinguieron por el ardor de su lenguaje, pidieron la suspension de todos los castigos hasta la decision del concilio general, vituperaron los vicios de la corte, y apenas encubrieron su adhesion al calvinismo. Enrique se dió por insultado, en especial en lo relativo á su querida á quien pareció que designaba con sus palabras embozadas Dubourg, y en el acto dió la orden de poner presos á los dos consejeros. Otros tres fueron sorprendidos en sus casas, y se mandó una comision para instruir sus procesos.

Cuando los ministros de la iglesia reformada tuvieron noticia de estas prisiones se reunieron en Paris, y fué el primer sínodo nacional de los protestantes de Francia. Redactaron una constitucion propia para conservar la union entre sus pequeñas sociedades, y solicitaron la intervencion de los príncipes de Alemania en favor de los presos. El rey se enojó vivamente de ver á sus súbditos convocarse, deliberar sin su mandato y recurrir á la proteccion de los extranjeros; prohibió las asambleas bajo pena de muerte, y mandó que se persiguiera rigurosamente á los sectarios.

La muerte le sorprendió en medio de sus proyectos de persecucion.

El proceso de Dubourg continuó en el reinado de su sucesor y causó una fermentacion vivísima, en especial cuando vieron al presidente Manard, enemigo acérrimo del acusado, herido de muerte por un desconocido (19 de diciembre). Retractáronse los compañeros de Dubourg, y él despues de confesar con intrepidez su fe, fué condenado y ejecutado (23 de diciembre). Limpio entonces el parlamento de herejía, se mostró enteramente adicto al catolicismo y dedicado al sosten y defensa de las leyes, conservando siempre sus ideas de moderacion y de oposicion respecto á la corte romana.

El suplicio de Dubourg hizo arrojar exclamaciones de indignación á los protestantes, y les inspiró proyectos de resistencia. Bajo la influencia de Calvino, que les exortaba á defender la *causa* «hasta á arcabuzazos» resolvieron su profesion de fe, sus reuniones consistoriales, la libre eleccion de sus pastores, y el establecimiento de subsidios regulares. Era un estado completo que se formaba en el estado. Los negocios pasaban desde el consistorio de cada iglesia al sínodo provincial compuesto de los diputados de cada consistorio, y desde allí al sínodo nacional compuesto de los diputados de los sínodos provinciales; y en estas asambleas «no solo se trataba de la religion, sino de los negocios de estado, de buscar todos los medios posibles de conservacion y defensa, de reunir dinero para la guerra y de conquistar ciudades y fortalezas (1).» Los calvinistas estaban llenos de orgullo y de confianza, su número crecia todos los dias, y viendo á una gran parte de la nobleza dispuesta á empuñar la espada resolvieron apoderarse del gobierno por medio de la violencia é imponer á toda la Francia las nuevas doctrinas.

§. II.—*Se apoderan los Guisas del gobierno.—Continuacion de la reforma católica.—Política de Felipe II.*—La muerte de Enrique II era una excelente ocasion para los proyectos de los calvinistas. El nuevo rey Francisco II, de edad de diez y seis años, era tan débil de cuerpo como de espíritu é incapaz de empuñar las riendas del gobierno. Decíase que era preciso que los príncipes de la familia real se encargasen de los negocios; pero solo existian los de la casa de Borbon, y esta familia, separada del trono trescientos años hacia, solo tenia parentesco con la de los Valois por el grado vigésimoprimer, y además era pobre y estaba desacreditada desde la traicion del famoso condestable. El jefe de esta familia era Antonio duque de Vendome (2), que estaba casado con Juana de Albret, por la cual era rey de Navar-

(1) Castelnau, lib. I, cap. 6 y 7.—(2) Luis I duque de Borbon nació de Roberto de Clermont hijo de San Luis, y tuvo dos hijos; 1.º Pedro, tronco de la rama primogénita, ó de los duques de Borbon y de los condes de Montpensier, que acabó en 1527 con el condestable; 2.º Santiago conde de la Marche, tronco de la rama segunda. El hijo de este Santiago tuvo dos hijos, uno conde de la Marche que murió sin sucesion; y otro, conde de Vendôme, cuyo bizoieto fué Carlos duque de Vendome, el cual fué padre de los tres Borbones de quienes hacemos mencion.

el conde de Foix y señor de Bearne (1). Tenía dos hermanos; Carlos, cardenal de Borbon, y Luis príncipe de Condé (2). Antonio y Luis habían abrazado la reforma, y aunque no fuese muy ardiente su convicción religiosa, su entrada en el poder hubiera ascendido al gobierno al calvinismo. Hallábanse ausentes de la corte cuando enfermó Enrique II: el condestable de Montmorency temió la ambición de los Guisas, y excitó vivamente al rey de Navarra para que corriese á París y tomase las riendas del gobierno despues de la muerte del rey; pero Antonio era lento y falta de resolución, tardó en llegar, y cuando lo hizo, el catolicismo se habia apoderado del poder bajo la dirección de dos hombres que lo habían tomado por bandera y que estaban profundamente instruidos del espíritu de su época y del país.

Estos dos hombres eran el duque de Guisa y el cardenal de Lorena.

Eran tíos de María Estuardo, om nipotentes por su ingenio; y les costó muy poco esfuerzo cautivar al joven monarca que adoraba á su esposa, y que no tenia cariño al imperioso Montmorency ni á los Borbones, ambiciosos y tachados de herejes. Tuvíeron además cuidado de aliarse con la única persona que pudiera balancear la influencia de María en el ánimo del rey; era la reina madre, Catalina de Médicis, que habia observado la mas prudente conducta durante el reinado de su esposa, y que sumisa, pacífica é ignorada, y hasta sufriendo á la querida del rey, esperaba friamente y sin enojo el momento de hacerse dueña del poder.

El duque de Guisa se encargó de la administración de la guerra, el cardenal de Lorena de la de hacienda, y se nombró canciller á Olivier. Montmorency perdió su privanza y la mayordomía de la casa real que se concedió al duque de Guisa; el rey de Navarra, despues de haber permanecido algún tiempo en la corte, se retiró á sus dominios; y por fin los nuevos señores anunciaron la marcha de gobierno, renovando los edictos contra los herejes y haciéndolos morir en el suplicio.

(1) Juana era hija de Enrique II (de Navarra) y de Margarita de Valois hermana de Francisco I. Enrique II sucedió á Catalina de Foix y á Juan de Albret á quienes quitó el reino Fernando el Católico en 1512. — (2) Otro tercer hermano, que era conde de Enghien, y ganó la batalla de Cerisola, murió sin sucesión.

Al mismo tiempo que el advenimiento de los Guisas al poder llenaba de consternacion á los calvinistas, continuaba la reforma católica bajo la direccion de Carlos, que orillando todo pensamiento temporal, trabajaba en el «restablecimiento de la Iglesia á su primitiva pureza» con una energía ardiente, infatigable y apasionada. Dió á la inquisicion las formas mas severas, el derecho de la tortura, y el de emplazar á los tribunales á los cardenales, á los reyes y al mismo pontífice; se alababa de no haber pasado un solo dia sin haber dado una ordenanza de disciplina, y murió luego en medio de sus laboriosos proyectos.

La sociedad de los jesuitas hacia por otro lado admirables progresos: á la muerte de su fundador, acaecida en 1596, contaba ya catorce provincias y cien colegios: se hallaba establecida en el Brasil y en el Japon: dominaba toda la monarquía española: en Alemania, obligaba al protestantismo á retroceder ante sus pasos; y solo la Francia le cerraba aun sus puertas á instigacion de los parlamentos (1).

La reforma católica halló finalmente un brazo en Felipe II; ese genio extraño, austero, inflexible, lleno de sombría grandeza y poseido de una idea fija, cual era el restablecimiento de la unidad religiosa y política, consagró sus tesoros, su vida, sus súbditos y sus hijos á esta obra; y marchó hácia este fin con una constancia prodigiosa, empleando como armas ordinarias los suplicios, la perfidia y la violencia. La restauracion de la fe y de la autoridad era para él el único medio de alcanzar la dominacion universal.

Despues que Felipe hizo la paz con la Francia, se presentó ante la Europa como el campeon del catolicismo: ahogó la reforma en España y en Italia por medio de la inquisicion: introdujo á la fuerza este tribunal en los Países Bajos, y se preparó á hacer á la herejía en este país una guerra terrible: esparció á los jesuitas por Alemania; estaba en correspondencia con los católicos de la Gran Bretaña, y deseaba finalmente establecer en Francia su influencia. Esta era la posicion en que se habia colocado en

(1) Deben considerarse, dice Ranke, los progresos de esta institucion en Alemania como una nueva intervencion de la Europa romana en la Europa germánica. Nos han vencido en el territorio aleman. (Historia del pontificado en el siglo diez y seis, t. III, p. 44.)

el mundo católico, por lo cual los Guisas, al entrar en el poder, se pusieron en correspondencia con él, «asegurándole su ardor por la conservacion de la fe, y dándole gracias por el cuidado que tomaba para conservarla en Francia.» El monarca español en una carta de altiva proteccion le hacia protestas de su zelo en defensa suya, del rey y la reina, y le decia «que estaba dispuesto á perder su vida y cuarenta mil hombres, si existia quien osado quisiera sostener lo contrario (1).»

§. III.—*Situacion de la reforma en Escocia y en los Paisés Bajos. —Conjuracion de Amboise.*—En tanto que Felipe perseguia desde su monasterio del Escorial la reforma en todas partes, esta hallaba un asilo, un centro y una fortaleza en Inglaterra; y oponia esta nacion al genio, á los tesoros y á los soldados del rey católico, el talento, las riquezas y las armas de la hija de Enrique VIII. Iba á personificarse durante treinta años la lucha entre el catolicismo y el protestantismo en estos dos soberanos desigualmente convencidos, pero igualmente déspotas y poco cuidadosos de los medios que les conducian á su objeto, sirviéndoles uno tras otro de campo de batalla la Escocia, los Paisés Bajos y sobre todo la Francia.

María de Guisa gobernaba la Escocia, y por consejo de su hermano abolió la tolerancia religiosa que le habian impuesto sus barones. Revolucionáronse en seguida los calvinistas, y apoyados por los príncipes de la real familia, le quitaron la regencia (21 de octubre de 1559). Los Guisas le enviaron auxilio, pero Isabel que no habia perdonado á María Estuardo el haber tomado las armas y el título de reina de Inglaterra, que sabia que el triunfo del catolicismo en Escocia seria la señal de la rebelion de los católicos ingleses, que se hallaba hacia mucho tiempo en correspondencia con los rebeldes, y queria dominar este reino vecino por medio de la religion; envió una escuadra y un ejército en auxilio de los calvinistas. Los franceses se vieron obligados á evacuar el reino, murió María de Guisa, y su hija tuvo que entregar el gobierno á los príncipes reales, restablecer la libertad religiosa y ceder sus derechos á la corona de Inglaterra (julio de 1560). Desde entonces Isabel fué mas soberana en Escocia que la misma María Estuardo.

(1) Regnier de la Planche, p. 61.

Las victorias de los calvinistas de Escocia, el papel que tomaba Isabel, y las intrigas de sus embajadores ejercieron grande influencia en la reforma de los Países Bajos y de Francia. El movimiento se manifestó solamente en el primero de estos dos países por quejas que comprimó fácilmente la inquisición, pero los calvinistas de Francia, á quienes se comenzaba á designar con el nombre de *hugonotes* (1), representándose el ejemplo de sus vecinos, es decir, de los reinos de Inglaterra, Dinamarca, Suecia, Escocia y Bohemia, de los seis cantones principales de los suizos, las tres ligas de los grisonos y de la república de Ginebra, donde los protestantes gozaban la soberanía; á imitación de los protestantes del imperio se querian hacer mas fuertes para disfrutar con entera libertad de su religion, como lo esperaban de auxilio y apoyo de los extranjeros, diciendo que la causa era comun é inseparable (2).»

Publicáronse violentos folletos: unos pedian que se diese el poder á los príncipes de sangre real, y que se convocasen los estados generales: otros acusaban á los Guisas de miras ambiciosas sobre la corona, ó al menos sobre la Provenza; y todos reclamaban contra su tiranía y pedian su muerte (3). Los reformados se unieron con todos los descontentos, y si el número era tan excesivo, se debía al gobierno despótico de los Guisas. Vióse el cardenal de Lorena desembarazar la corte de los pretendientes que la abrumaban, haciendo levantar patíbulos para los que no partiesen á sus respectivos países en el término de veinte y cuatro horas. La mayor parte de estos pretendientes eran gentiles hombres que habian hecho la guerra en Italia, y que iban á esparcir su indignacion por las provincias. La nobleza estaba ya muy enojada del orgullo de estos príncipes extranjeros que ocupaban el sitio debido á los príncipes reales; desde que se habia tranquila en sus castillos, habia recobrado además sus recuerdos de independencia feudal, y deseaba volver á ganar en la monarquía el terreno perdido durante un siglo; finalmente habia gastado gran parte de sus riquezas, ya en las guerras de Italia, ya en las fiestas de la corte, y queria seguir el ejemplo

(1) Derivado de la palabra *eidgenossen*, confederados, con la que se designaba desde 1318 en Ginebra á los partidarios de la libertad.—(2) Castelnau, lib. 1, cap. 7.

—(3) D'Aubigné, t. I, lib. II, p. 89.

de los señores de Alemania é Inglaterra, que con tan poco trabajo habian arrebatado al clero tantas y tan ricas abadías y tan florecientes y pingües dominios. Estaba pues enteramente dispuesta á arrojarse como sus padres detrás de algun duque de Guiena ó de Borgoña para hacer la guerra al rey de Paris. Empezó desde entonces á formar una liga temible por su experiencia militar, su carácter aventurero y sus relaciones con el exterior; y se fué agrupando en torno de los dos Borbones, en especial de Condé, príncipe ambicioso, frívolo y libertino, pero lleno de ánimo y resolución.

Los hugonotes creyendo que tenian de su parte la opinion pública, y estando seguros de la disposicion de la nobleza, se pusieron en correspondencia con Ginebra, con los príncipes de Alemania y sobre todo con Isabel, que esperaba reconquistar á Calais (1) por medio de las turbulencias de Francia; y formaron el proyecto de introducir el calvinismo en el gobierno haciendo caer á los Guisas.

Algunos querian colocar á Condé en el trono, y otros establecer una república, «porque los hugonotes, segun dice Tavannes, están deseosos desde entonces de fundar una democracia ó aristocracia, convirtiendo la Francia en un estado igual al de Suiza, y su afan se ha dirigido siempre á establecer el dominio del pueblo.» Tuvieron lugar secretamente muchas asambleas de desconcentos: en una de ellas, á la que se cree que asistió Condé, se resolvió que no se atacaria abiertamente al rey, al gobierno ni á la religion, sino solamente á los Guisas como «usurpadores del poder, extranjeros y tiranos:» que no se comprometeria á Condé poniéndole al frente del movimiento, y que se encargaria de este peligroso papel un noble de cuna oscura y desconocida (2).

Salió elegido Renaudie, hombre resuelto, y que habia sido desterrado de Francia por falsario. Se decidió enviar á Blois, donde estaba la corte, un gran número de hugonotes á presentar peticiones al rey en favor de la libertad religiosa; que debian marchar hácia Blois quinientos caballos y mil infantes, todos nobles y escojidos, en pequeñas partidas, para reunirse con los su-

(1) Luigar, t. IV. p. 51 de la edicion Charpentier.—(2) La Planche p. 466.—D Aubigné, lib. II. p. 92.—Teodoro de Beze, t. I. lib. III. p. 254.

plicantes y los partidarios de Condé; poner presos ó matar á los Guisas, apoderarse del rey, dar el gobierno á los dos Borbones que convocarian los estados generales, y apoyar este atrevido golpe con un levantamiento en las provincias del Mediodía.

Resuelto este plan, se trabajó para reunir hombres y armas; pero un amigo, á quien confió Renaudie el proyecto, descubrió el complot al gobierno. Los Guisas trasladaron en seguida la corte á Amboise, ciudad capaz de resistir un golpe de mano, y como no sabian quienes eran los jefes de la conjuracion, llamaron á los Chatillon á la corte, con pretexto de pedirles consejo. Llegaron estos, y sea que no tuviesen conocimiento de la conspiracion ó que temiesen ser descubiertos, opinaron que la persecucion de los reformados era la única causa del descontento, y alcanzaron un edicto que suspendia las requisitorias contra los herejes hasta la convocacion de un concilio general (2 de marzo de 1560).

Este edicto llegó demasiado tarde, y los conjurados estaban marchando hácia la corte; pero Guisa llegó á conocer su plan de ataque, y resolvió cogerlos en fragante delito, distribuyendo tropas en las cercanías de Amboise, con orden de hacer fuego á todas las cuadrillas que encontrasen. Condé se apresuró á presentarse en la corte para evitar sospechas, segun decian algunos, ó para apoyar á los hugonotes, como estos aseguraban: fué colocado lo mismo que los Chatillon en los sitios mas expuestos, y obligado á fingir adhesion; en tanto que eran sorprendidos y muertos los nobles que se hallaban ocultos en las cercanías de Amboise.

A pesar de ser descubiertos, los conjurados creian que estaba de su parte la ventaja por la inteligencia en que se hallaban con sus partidarios de la corte (1), y Renaudie, buscando su salvacion en la audacia, continuó avanzando (15 de marzo).

Fueron sorprendidas y dispersas sus partidas, murió en la refriega, y todos los prisioneros subieron al cadalso. Creyendo los Guisas que habia pasado el peligro, se apresuraron á publicar un edicto de amnistía, pero una segunda turba de conjurados penetró por la noche en la ciudad, volvió á comenzar el combate, y Condé se vió obligado á bañar su espada en la sangre de sus

(1) Tavannes, cap. 15.

cómplices. Se revocó la amnistía, Guisa fué nombrado teniente general del reino, y se publicó la orden de matar á todos los que se hallasen con las armas en la mano.

«Durante muchos días y á presencia del rey ahorcaron, ahogaron ó decapitaron á los prisioneros sin formacion de causa. La sangre corria por las calles; el Loira estaba lleno de cadáveres. Las ejecuciones solo cesaron á ruegos de la reina madre, que libertó y perdonó á una multitud de conjurados (1).»

Muchos fueron no obstante puestos en el tormento, y sus revelaciones culpaban tan gravemente á Condé, que el cardinal quiso que se ordenara su muerte, pero se opuso el duque. El príncipe negó su participacion en el complot, diciendo «que habian mentido todos sus acusadores (2).» Hasta ofreció pelear con cualquiera «que se atreviese á sostener que habia sido el autor de aquella émpresa (3),» y huyó despues de la corte. Tambien se retiró Coligny despues de haber aconsejado á Catalina que se apoyasen los protestantes para tomar la direccion de los negocios (4).

Los Guisas dieron pruebas, por el número de las ejecuciones, de la importancia que atribuian á la represion de la primera conspiracion protestante, hicieron saber á toda la nacion la local tentativa de Amboise, «como proyecto de una completa revolucion en el estado, y como un hecho contra la autoridad real, que intentaban rebajar hasta igualarla con la de los súbditos (5).» Los calvinistas por su parte esparcieron que en este negocio habia «mas descóntento que hugonotería,» y que solo habian tomado las armas contra la tiranía de los Guisas.

La nacion quedó tan aterrada con la audacia de los conjurados, como llena de indignacion por la sangre vertida para extinguir la conjuracion; y la fama de los príncipes loreneses recibió una grave mancha. Por esta razon, á peticion de Catalina, se apresuraron á dar una amnistía general para todos los delitos perpetrados bajo prefexto de religion.

§. IV.—*Miguel de L'Hopital*.—*Asamblea de diputados*.—*Sentencia de Condé*.—*Muerte de Francisco II*.—La reina madre empe-

(1) Castelnau, lib. I. cap. 8.—(2) Id. ibid, cap. 10.—(3) Davila, lib. II. pág. 43.—

(4) Castelnau, lib. I. cap. 11.—De Thou, lib. XXIV.—(5) Memorias de Condé, t. I. p. 77.

zó á mirar con mas frialdad á los Guisas; con su talento de circunspeccion y de mejoramiento, al oír las quejas y clamores que excitaban las ejecuciones de Amboise, dudó de la culpabilidad del partido que acababa de conspirar, y temió, si no por la corona de su hijo, al menos por su propia autoridad. Llamó entonces á los calvinistas, oyó sus quejas, y quiso inspirar moderación al consejo, haciendo suceder al canceller Olivier, que acababa de morir, á Miguel de L'Hopital. Su reputacion de ciencia y de virtud era la mas elevada de la magistratura, pero pertenecia al partido de los descontentos, y eran calvinistas su mujer y sus hijos (1).

El primer acto del nuevo canceller fué el decreto de Romorantin, por el cual se prohibió el fallo de los delitos de herejía á los tribunales seculares, y se concedió exclusivamente á los obispos. Era el único medio de impedir que se estableciera la inquisicion con las formas que tenia en España.

Despues de haber dado este primer paso en el camino de la moderacion, Catalina intentó poner una barrera á la exorbitante autoridad de los Guisas, convocando en Fontainebleau un congreso de diputados ó mas bien de señores y consejeros de estado. Ella misma presenció la apertura de esta asamblea, rogando á sus individuos que tomasen las mas eficaces medidas para aliviar al pueblo y atraer á su deber á la nobleza (21 de agosto de 1560) (2).

Los dos Borbones no se atrevieron á presentarse en la asamblea, temiendo ser presos, pero Coligny, en nombre de los protestantes, presentó una representacion al rey, pidiendo la concesion de templos, la suspension de los castigos impuestos á los heréjes, y la convocacion de un concilio nacional. «Están prontos, dijo, cincuenta mil hombres á firmar esta representacion (3).» Los Guisas le respondieron recordándole la conjuracion de Amboise. «Si hay cincuenta mil protestantes, dijeron, prontos á firmar la representacion, el rey hallará un millon de su religion que firmarán lo contrario (4).»

Venció empero el partido moderado, que estaba representado por los dos obispos Montluc y Marillac, sospechosos de calvinis-

(1) D'Auvigné dice que firmó la conjuracion de Amboise.—(2) De Thou, lib. XXV.
—(3) Castelnau, lib. II. cap. 8.—(4) Id. Ibid.

mo y consejeros íntimos de la reina madre. Se resolvió que se convocaran los estados en Orleans, que se suspendiera el castigo de los herejes, y que se reunieran los obispos en sínodo nacional (1).

Esto era una derrota para los católicos: Felipe II se alarmó y se quejó «de la poca religion de la reina madre, quien para arreglar los negocios los comprometia (2),» y aterrado el papa Pio IV, que acababa de suceder á Paulo IV, de la proposicion de un concilio nacional, publicó una bula ordenando la contiaguacion del concilio de Trento. Los hugonotes por su parte, llenos de audacia y de seguridad, se persuadieron de que en el momento que se permitiera manifestar las opiniones secretas, se verian en Francia mayor número de calvinistas que de católicos. «Estableciéronse en toda Francia numerosos proscritos, hasta muchos ministros de Ginebra y de Inglaterra, dando ánimo á los protestantes que se habian entibiado en continuar sus asambleas y el ejercicio de su religion (3).»

Alzábanse partidas de nobles en las provincias: en el Delfinado y en la Provenza se habia trabado ya una guerra de partidarios, llegando al extremo de ser presa de las llamas muchos templos; y dirigian todos estos movimientos desde el fondo de sus castillos los Borbones y los Chatillon. Se formó una nueva conjuracion para derribar á los Guisas y dar principio á la guerra civil en todos los puntos del reino al mismo tiempo. Descubrióronla los príncipes loreneses y desplegaron la mas terrible actividad. Prohibieron las predicaciones, ahorcaron á los predicadores, confiscaron los bienes de los perturbadores y enviaron tropas á todas partes. Orleans recibió una guarnicion de diez mil hombres. Se apoderaron tambien los Guisas de muchos papeles que comprometian á los Borbones, resolvieron hacerlos condenar, destruir el calvinismo por medio de los estados generales, y arrojar del reino á todos los hugonotes, pues segun decian ellos, era forzoso cortar de un golpe la cabeza á la rebelion.

Los dos príncipes de Borbon titubearon en acudir á los estados generales, que con tanto empeño habian pedido, pero se resolvieron á partir con una escolta de nobles. Habiéndoseles prohi-

(1) De Thou, lib. XXV.—Castelnau, lib. II.—(2) Le Laboureur, Adiciones á las memorias de Castelnau; t. I. p. 459.—(3) Castelnau, lib. I. cap. 41.

bido el presentarse con armas, intentaron retroceder, pero vieron que tenían á sus espaldas provincias bien provistas de tropas, y estaban muy lejanos de poder comenzar la guerra civil, á pesar de haberles ofrecido un cuerpo de seis mil hombres los diputados de las iglesias protestantes. Continuaron su camino, con la seguridad prometida por el rey de que serian recibidos segun su dignidad (1), y llegaron á Orleans. Pero su recibimiento fué del modo mas siniestro, en medio de las amenazadoras filas de soldados, y llegaron á la presencia del rey (29 de octubre de 1560).

«He sabido, dijo el jóven Francisco á Condé, que habeis intentado muchas empresas contra mi persona y contra mi estado, y os he mandado llamar para averiguar la verdad (2).» En seguida le hizo poner preso y le encerró en un oscuro calabozo. El rey de Navarra, contra quien todavia no tenían pruebas, fué detenido solamente con guardias de vista. Se nombró una comision para instruir el proceso del príncipe, y á pesar de sus apelaciones al parlamento y de los ruegos de su esposa y de sus amigos, la causa fué llevada adelante con rigor.

Pero la prolongada enfermedad del rey le iba aproximando con rapidez al sepulcro; y viendo los Guisas que el poder se les escapaba de las manos, se desprendieron de todo comedimiento, y pidieron con empeño á la reina madre que ordenara la muerte de los dos Borbones, y se apoderará de la regencia que iba á disputarle el rey de Navarra, prometiéndola sostener con todas las fuerzas de los católicos (3). Rechazó sus peticiones Catalina aconsejada por L'Hopital, pues se veia á merced de estos ambiciosos si los Borbones cesaban de hacer contrapeso á su poderío, y porque sus ideas de moderacion la impelian al partido de los protestantes. Llegó al extremo de hacer alianza secreta con el rey de Navarra, bajo la promesa de que no le disputaria la regencia: Condé fué sentenciado á muerte; pero Catalina hizo suspender la ejecucion del fallo, y murió el monarca en esta misma época (5 de diciembre).

Francisco II no dejó ningun hijo. La viuda, que apenas contaba diez y ocho años, y que educada en Francia era enteramente francesa, no tenia el menor deseo de volver á su salvaje

(1) La Planche, p. 599.—(2) De Thou, lib. XXV.—Castelnau, lib. II, cap. 40.—

(3) De Thou, lib. XXVI.—D'Aubigné, t. I, lib. II.—Mathieu, lib. IV.

y calvinista Escocia, donde Knox era el soberano absoluto; pero como no se había granjeado el cariño de la reina madre, se vió obligada á partir. La desventurada princesa vertía copiosas lágrimas al verse sobre la nave que la alejaba del país que tanto amaba, y repetía sollozando: «Adios, Francia querida, adios!» Pasó cerca de la escuadra que Isabel había lanzado al mar para apoderarse de la que aborrecía tanto por mujer como por reina, y llegó á su reino donde tantas desventuras la esperaban.

CAPÍTULO II.

Primera guerra civil. (1560—1563.)

§. I.—*Toma la regencia la reina madre y protege el calvinismo.*
—*Estados de Orleans.*—Sucedió á Francisco II Carlos IX, hijo segundo de Enrique II y de diez años de edad. La reina madre se apoderó del poder por consejo de L'Hopital sin tomar el título de regenta y sin esperar la voluntad de los estados que había convocado; mas para dar una sombra de autoridad á los Borbones, nombró al rey de Navarra teniente general del reino, prometiéndole gobernar por sus consejos. Catalina era una mujer de gracia y de talento, pero sin convicciones religiosas, de ideas políticas muy avanzadas y llena de egoismo, que solo pensaba en el presente, que creía suplir la energía con la finura, que gustaba de compromisos, de torcidos caminos y negociaciones, y que anheló á cualquier precio la paz y la conciliacion. Su política mezquina y sin dignidad, aunque laboriosa y activa, consistió en la moderacion, la tolerancia y la balanza entre los partidos, y todos sus intentos se dirigieron á salvar la autoridad real que deseaba ejercer en nombre de su hijo. Tomó por guia á L'Hopital, que era una imaginacion grande y de ideas modernas, una alma pura, un carácter de rectitud y desinteresado; pero que no pertenecía á su siglo tan combatido por las pasiones y la ceguedad de los partidos, y en el cual trabajó tanto para conseguir la tolerancia.

La marcha del nuevo gobierno se anunció por sus determinaciones y decretos. Los Guisas conservaron sus dignidades y fin-

gieron reconciliarse con los Borbones: el duque quedó de jefe de la casa real, y el cardenal de ministro de rentas: el condestable volvió á la corte, el rey de Navarra entró en el consejo y Condé salió de su prision. Gracias á estas medidas prudentes y conciliadoras, la reina tomó la rienda de los negocios con público consentimiento y aprobacion.

Parcía que Catalina habia acertado en la verdadera política nacional siguiendo el camino de la moderacion, pues los estados estuvieron tambien unánimes en pedir que se dulcificasen las penas impuestas á los herejes. El clero manifestó mucha equidad y deseo de felicidad pública, confesó la relajacion de que justamente se habia visto á veces inculpado, y emitió el parecer de que se restableciesen las elecciones eclesiásticas: la nobleza pidió templos para los calvinistas, y el tercer estado la reforma de los abusos de la Iglesia, la abolición de la venalidad de los empleos y la institucion de estados generales periódicos.

Las cuestiones sobre hacienda fueron objeto de graves y vivísimos debates: la deuda ascendia á 43.000,000, y el ingreso, que solo llegaba á 12.000,000, era muy inferior á los gastos. Llenó de terror los diputados con tal situacion, no se atrevieron á poner remedio á la deuda sin haber consultado antes á sus respectivas provincias, y se emplazaron para el mes de agosto próximo (31 de enero de 1561).

Las peticiones de los estados sirvieron de base á la ordenanza de Orleans, que introdujo una verdadera reforma en la administracion del reino y en la disciplina de la Iglesia galicana, y que atestiguó la tendencia de la autoridad real á libertarse de las trabas del catolicismo, para ser mas absoluta, mas rica y mas pomposa. Seducida Catalina por las ideas de moderacion, se dejó arrastrar hácia el partido perseguido: la conjuracion de Amboise le hizo creer que la nacion odiaba el sistema riguroso del catolicismo seguido por los Guisas, y las peticiones de los estados le persuadieron de que la opinion de Francia se inclinaba á la reforma.

Coligny y los demás jefes calvinistas le exageraron y se exageraron á sí mismo las fuerzas de su partido, y creian que si el gobierno no ponía estorbos á la marcha del protestantismo, no pasarian diez años sin que la Francia entera fuera ya protestan-

te. Además, ¿por qué Catalina se habia de estrellar en lo mismo que habian tan fácilmente triunfado Enrique VIII y Gustavo Wassa? ¿No habia sido bastante la voluntad de sus príncipes para hacer protestantes á Inglaterra y á Suecia?

Arrastrada la reina por estas ideas, su escepticismo y su entusiasmo femeníl por la novedad, entró de lleno en el calvinismo, creyendo con esto probar su elevada política y consolidar mas la corona de sus hijos. Por consejo de L'Hopital, cuyo ánimo por otra parte estaba en favor de la reforma, prohibió bajo la última pena los dictados de hugonotes y papistas, dió libertad á los que se hallaban presos por causas religiosas, llamó á los proscritos, devolvió los bienes á los condenados, hizo entrar á Condé en el consejo, y hasta tuvo la debilidad «de instruir al jóven monarca en las ideas contrarias á los ritos romanos,» haciendo que predicase en su presencia el obispo de Valence, «que segun expresion del embajador de Venecia, hablaba sobre todos los puntos con tanta libertad como si se hallara en Ginebra. (1),» y en fin permitió que el cardenal de Chatillon celebrase la cena en la catedral de Beauvais.

Los hugonotes cobraron ánimo, tuvieron asambleas públicas, pidieron la expulsion de los Guisas, y presentaron una exposicion al rey para obtener el libre ejercicio de su culto, el permiso de edificar templos y la destruccion de estatuas, imágenes y otros signos, segun ellos decian, de idolatría. El resultado de esta exposicion fué turbar el órden público y agitar á los buenos católicos: la reina la pasó al parlamento, y mientras se esperaba su decision, prometió á Coligny una conferencia teológica entre las dos religiones, lo cual era un verdadero triunfo para los hugonotes, pues se les concedia una tribuna pública y la ocasion tan deseada de exponer públicamente sus doctrinas.

§. II.—*Opinion del pueblo.—Triunvirato.—Decreto de julio.—Estados de Pontoise.—Coloquio de Poissy.*—La masa del pueblo y una gran parte de la magistratura y la nobleza miraban con repugnancia todos estos acontecimientos. Montmorency, que era el representante del partido de los descontentos católicos, se

(1) Carta del nuncio Santa Cruz (45 de noviembre de 1564) en las actas eclesiásticas, civiles y sinodales, t. I.—*Le Laboureur*, Adicion á las *Mémoires de Castelnau*, t. I, lib. II.

indignó de la apostasía de la reina, y se hizo amigo de los Guisas á pesar de la influencia de sus sobrinos, «persuadido, decia, de que no podia hacerse una mudanza de religion sin haber tambien un cambio de estado (1).» El parlamento se negó á sancionar las ordenanzas del canciller, prohibió las predicaciones con la pena de muerte, conservó vigentes los edictos de Enrique II, y acusó de traicion al gobierno.

A pesar del ruido que hacian, los protestantes no formaban mas que una fraccion muy ínfima de la poblacion; y ni ellos, ni Catalina, ni sus consejeros, «habian advertido esa clase numerosa del pueblo, que durante mucho tiempo parecia que no tomaba ningun interés en los negocios públicos, pero que cuando se lanza de pronto por el sendero de sus pasiones, hace callar con la suya todas las demás voces (2).» El protestantismo fué acogido en un principio en Francia favorablemente, porque su principio estaba en armonía con el genio nacional, pero le quitaron con rapidez toda su popularidad, su alianza con los partidos de la corte, su carácter aristocrático, su alarde de arrogancia y sus proyectos de destruccion. La sociedad francesa era fundamentalmente católica: en ella la religion unia gerárquicamente á todos sus individuos desde el siervo hasta el monarca: el catolicismo era el alma de la familia, de la ciudad y de la nacion, estaba profundamente insinuado en todas las venas del cuerpo social; y era para el pueblo la sancion del pasado y del porvenir, la garantía de todos sus derechos, el manantial de todos sus goces, y en fin su vida entera. Las leyes, las costumbres, las acciones, los pensamientos, las artes, las ceremonias, el hogar doméstico y la existencia pública, estaban impregnadas de catolicismo. De modo que el pueblo miraba á los protestantes como sacrílegos, infieles y salvajes, que querian destruir la sociedad desde sus cimientos, como osados innovadores que solo se diferenciaban de sus creencias por algunos dogmas, como enemigos y extranjeros que le insultaban con su desprecio hácia todos los objetos de su veneracion; y cuando vió que destruían las iglesias, la cruz y los sepulcros, y atacaban todo lo que era para él civilizacion, gloria y felicidad, es decir, las innumerables

(1) De Thou, Adicion á las Memorias de Castelnaud, t. I, lib. II.—(2) Id., libro XXVII.—La Place, lib. V.

obras maestras de las artes que habia engendrado la fe de la edad media, los tomó por unos bárbaros parecidos á los sarracenos y los trató como á tales.

Viendo los Guisas que el pueblo estaba alarmado con la marcha del gobierno, resolvieron defender á toda costa el catolicismo, y se reconciliaron con el partido de los descontentos políticos. Formóse entonces una estrecha alianza entre el duque de Guisa, el condestable y el mariscal Saint-André, que los protestantes apellidaron con el fastuoso nombre de *triumvirato*, fingiendo creer que tenia por objeto entregarlos á proscipciones parecidas á las de Octavio.

Los triunviros buscaron el apoyo del parlamento y del pueblo de Paris, se pusieron en relaciones con Felipe II, y se quejaron amargamente de la violacion de las leyes y la licencia de los reformados.

Soñando aun el canciller en su proyecto de conciliacion, determinó acallar estas quejas estableciendo legalmente la posicion de los protestantes, que se hallaban proscritos por los edictos y protegidos por el gobierno, y convocó los miembros del parlamento y del consejo real para discutir sobre la exposicion que recientemente habian presentado los hugonotes, diciendo, «que no solamente se trataba de religion, sino de evitar las turbulencias y asegurar la paz pública (julio de 1561). Pero los miembros del parlamento se habian hecho profundamente católicos desde el suplicio de Dubourg, y no logró de ellos lo que deseaba.

El *decreto de julio*, que era un resultado de las opiniones de esta asamblea, declaró ilícita la predicacion de los protestantes, arrastró á los culpables á los tribunales eclesiásticos, que solamente podian imponer la pena de destierro, prohibió á los calvinistas la exaccion de hombres y dinero, y á los católicos las denuncias relativas á la fe y las injurias y atropellos contra los herejes, citó á un coloquio en Poissy á los prelados y ministros de ambas comuniones, y proclamó finalmente una amnistía general para los delitos religiosos. Este decreto fué una victoria para los católicos, y el duque de Guisa dijo «que desenvainaria su espada siempre que se quisiera impedir su ejecucion (1).»

(1) Pasquier, p. 83.

El canciller quiso entonces reforzar el partido moderado con unos estados generales que fueran de su devoción: los convocó en Pontoise el día 1.º de agosto; pero en vez de formar una verdadera representacion nacional, no hizo mas que nombrar trece diputados por cada órden, y no acudieron los diputados del clero á causa del coloquio de Poissy. Los veinte y seis diputados de la nobleza y del pueblo, que casi todos eran moderados ó calvinistas, se pusieron de acuerdo para hacer exorbitantes peticiones, como la convocacion de los estados cada dos años, la abolicion del decreto de julio y de todos los demás contrarios á la libertad religiosa, la convocacion de un concilio nacional, la reforma del clero, el ejercicio del culto calvinista en todas las ciudades, la abolicion de muchas órdenes religiosas, la amovilidad de los magistrados, etc. Aprobaron al gobierno tal como estaba constituido, con la reina madre ejerciendo la regencia, proponiendo que fuesen excluidos del consejo los príncipes extranjeros y los cardenales; y en cuanto á la cuestion de hacienda, pidieron con toda formalidad que se despojase al clero de todos sus bienes, y que se aplicara el producto de la venta á extinguir la deuda, á aligerar los impuestos y á asalaridar sacerdotes segun la valuacion que hicieran los cuerpos municipales (1).

Estas peticiones encerraban una completa revolucion: Catalina se alegró extremadamente, porque veia sancionadas sus ideas por la voluntad nacional; y aterrado el clero, se apresuró á parar el golpe que le amenazaba haciendo un regalo de 15.000,000 para extinguir la deuda, con lo cual se quitó la proposicion de la venta de sus bienes. El gobierno respondió favorablemente á las demás peticiones de los estados, prometió la abolicion del decreto de julio y el ejercicio del culto calvinista en todo el reino, y en fin dió esperanzas de que el rey y sus hermanos serian educados en la nueva creencia (2).

Se disolvieron los estados y parecia que todo estaba preparado para un cambio de religion.

Mientras el canciller inauguraba la reforma con un simulacro de estados generales, Catalina queria completarla con un simu-

(1) La Place, lib. VI.—La Popeliniere, lib. VII.—Observaciones sobre las Memorias de Castelnaud, t. II, p. 429.—(2) Memorias de Condé, t. II, p. 53.—Observaciones sobre las Memorias de Castelnaud, t. II, p. 423.

lacro de concilio general. El negocio para ella de mayor importancia era el coloquio de Poissy: se creia destinada para alcanzar la gloria de conciliar á las dos comuniones; y escribió al papa pidiéndole la supresion de las imágenes, la comunion bajo las dos especies, los rezos en lengua vulgar, etc., «porque es imposible, decia ella, reducir por medio de las armas ó de las leyes á los que se han separado de la Iglesia romana, pues es muy crecido su número, poderosos por los nobles y magistrados que han abrazado este partido y porque adquieren cada dia mas unidad y fuerza (1).» El papa se alarmó con esta carta y con el coloquio, que era un grave atentado contra su poder en el momento en que convocaba un concilio general; y envió á Francia un legado para que dominase las conferencias y reforzase con su influencia al partido católico.

Los hugonotes estaban llenos de confianza despues de haber sido tan favorecidos por las peticiones de los estados. ; Era para ellos un paso tan inmenso el tener una discusion de sus creencias libre y solemne abierta bajo un pié de igualdad con el catolicismo! Sus ministros, acudieron con salvoconductos y escoltas de nobles, y se hallaba al frente de ellos Teodoro de Béze, el mas ilustre discípulo de Calvino, orador fácil y lleno de facundia, pero doctor tan exclusivo é intolerante como su maestro. Los obispos acudieron al coloquio con profunda repugnancia, á excepcion del cardenal de Lorena, que era un sábio teólogo, elegante orador, que tenia una extensa instruccion en materias de disciplina, y que esperaba hacer triunfar en él su sabiduría, su elocuencia y sus ideas de moderacion.

Toda la corte asistió á este torneo teológico (9 de setiembre de 1561). La discusion fué cortés en un principio; Teodoro de Béze expuso con claridad su profesion de fe; pero cuando empezó á decir «que el Cristo en la Eucaristía estaba tan léjos del pan y vino, como la tierra del cielo (2),» todos los obispos se alzaron de sus asientos llamándole blasfemo, y acusaron al gobierno «de querer innovar la religion y no apaciguar las turbulencias.» Lainez, general de los jesuitas que acompañaba al legado, protestó contra el escándalo que daba la reina ordenando conferen-

(1) De Thou, lib. XXXVIII.—(2) Id. Ibid.

cias religiosas cuando el soberano pontífice había indicado un concilio general; y degenerando el coloquio en disputas violentas, hubo absoluta necesidad de disolverlo.

§. III.—*Alarma de los católicos.—Decreto de enero.—Principian las turbulencias.*—No por eso dejó Catalina de continuar protegiendo á los protestantes; permitió que se reunieran públicamente; mandó el desarme del pueblo en las grandes ciudades, y por fin «para formar una contra liga y resistir á los Guisas, consintió en que el príncipe de Condé, los tres hermanos Châtillon y los hugonotes hiciesen alianza con ella pública y secretamente, y le ofreciesen cincuenta mil hombres (1).»

«Viendo el peligro que corría la fe, los obispos, curas y demás ministros católicos comenzaron á rivalizar con los nuevos falsos apóstoles con tanto deseo y entusiasmo por el adelanto de la religion como ellos, tuvieron mas cuidado en vigilar á su rebano, en estudiar las Santas Escrituras, y en predicar con mas celo de lo que acostumbraban (2).» Los frailes, y en especial los jesuitas que empezaban á introducirse en Francia, se esparcieron por las ciudades y campiñas, exponiendo los errores de las doctrinas protestantes, excitando el fervor de los fieles, y demostrando los peligros que amenazaban al estado con un cambio de religion. Hiciéronse mas violentos los odios entre ambos partidos, estallaron vivos altercados en muchas partes, y los hugonotes llegaron á trabar un combate con los católicos en la iglesia de San Medardo de Paris. Era inminente el riesgo de una guerra civil.

Los Guisas salieron de la capital para manifestar el horror que les inspiraba la marcha del gobierno: Felipe II, á instancias del clero francés, pidió formalmente á Catalina la destruccion de los herejes; y escribió diciendo «que si la reina faltaba á tan justo deber, estaba resuelto á sacrificar todos sus bienes y hasta su propia existencia para detener el curso de una peste que consideraba tan amenazadora para Francia como para España; que todos los católicos franceses imploraban sin cesar su apoyo; y que no se reputaria responsable de las inculpaciones que pudieran hacerle si emprendia la guerra en un país vecino, porque las fuerzas españolas no podian ser consideradas como extranje-

(1) Tavannes, cap. 46.—(2) Castelnaud, lib. III, cap. 46.

ras en una circunstancia tan crítica como la de la defensa de la religion (1).»

El rey de Navarra habia sido arrastrado á la reforma por el influjo de su mujer, ardiente calvinista, que habia proscrito el culto romano en sus estados: estaba celoso de Condé, á quien los hugonotes miraban como su jefe: se veia burlado por Catalina que no le hacia partícipe en el poder; y deseaba finalmente con ardor recóbrar el reino de Navarra ó alcanzar de Felipe un estado equivalente. Con tales disposiciones podia considerársele fácil de atraer al catolicismo, y esto fué obra del cardenal legado. Antonio hizo alianza con los triunviros, y su título le permitia convertirse en caso de necesidad en jefe de gobierno.

Esta defeccion causó una sensacion extrema; mas al apoyar á los Guisas, no hizo mas que arrojar al gobierno en los brazos del partido contrario con mas decision. Alucinada la reina con las peticiones de los estados y las bravatas de los protestantes, que le hacian creer que eran mas de dos millones de asociados, no creia que causaba la guerra civil con sus actos, sino que aseguraba la paz del reino, la corona en las sienes de su hijo y el poder en sus manos.

A pesar suyo y de L' Hopital se puso otra vez en vigor el decreto de julio, y como las peticiones de los estados de Pontoise y el resultado del coloquio de Poissy lo permitian, se resolvió introducir definitivamente en la ley la tolerancia. Con este efecto y para obligar al clero, al parlamento y á los triunviros, el canciller convocó en San German una asamblea de magistrados elegidos por él mismo en los ocho parlamentos de Francia, casi todos protestantes secretos ó declarados (7 de de enero de 1562), y les hizo saber sus ideas de tolerancia. «No se trata, les dijo, de deliberar sobre las dos religiones, ni de saber cuál es la mejor: el estado político es distinto del religioso; se puede ser súbdito fiel y mal cristiano; y un excomulgado no deja por eso de ser ciudadano.»

Estas máximas solo estaban al alcance de L' Hopital y de algunos hombres de su temple, y en aquella época y sobre todo en Francia, donde se confundian completamente el estado polí-

(1) De Thou, lib. XXXVIII.

tico y el religioso, parecian á todos los partidos blasfemias y absurdos. Era preciso cruzar cuarenta años de guerras civiles para que entrasen en el dominio de la opinion general, estableciéndose la tolerancia religiosa.

La asamblea de San German redactó conforme á las miras del gobierno un decreto de tolerancia, llamado de *enero*, por el cual se autorizó el culto protestante en las campiñas y se prohibió en las ciudades cerradas, se suspendieron todos los castigos impuestos á los herejes, y se les impidió turbar el antiguo culto, predicar contra las doctrinas católicas, impedir la recaudacion del diezmo, reunir tropas ó dinero, conservar las iglesias, tierras y objetos del culto arrebatados á los católicos, etc.

Este decreto, que en realidad cambiaba la constitucion de la Francia estableciendo legalmente dos religiones rivales, causó una fermentacion universal. Los protestantes lanzaron gritos de alegría, pues su victoria parecia segura. « No se oían, dice Aubigné, mas que canciones en alabanza del monarca: constituidos por su decreto, creían que habian desaparecido todas las dudas; y con el derecho de enero siempre en la mano, se propagaban mas allá de los límites en él fijados (1).» Insultaron á los católicos, se apoderaron de las iglesias, destrozaron las sagradas imágenes, hicieron salir por fuerza á las religiosas de sus conventos, y tuvieron amenazadoras asambleas. Hubo por doquiera sangrientas contiendas y combates, en especial en Cahors, en Sens, en Troyes y en Tolosa: Paris estaba en una extrema agitacion; y el consejo municipal y las hermandades de los oficios pidieron al rey la conservacion de la religion antigua y se organizaron militarmente. El parlamento no quiso sancionar el decreto « que violaba todas las leyes del reino y destruía la unidad francesa, » y opuso una resistencia de dos meses.

Los protestantes le amenazaron con su cólera anárquica y revolucionaria: se decía que se dirigian á Paris seis mil hombres: grupos inmensos de calvinistas decían á gritos en los patios del palacio; « que si se les negaban templos se los tomarían (2); » y finalmente fué sancionado el decreto « de un modo provisional. »

(1) Aubigné, lib. I, t. III, p. 129.—(2) Memorias de Condé, t. III, p. 91.

Paris tenia en aquella época una poblacion de doscientas cincuenta mil almas, en la que apenas se contaban siete ú ocho mil calvinistas y casi todos eran pertenecientes á la nobleza ó ciudadanos ricos. «Era la lucha de una mosca contra un elefante,» dice Lanoue. No obstante, los protestantes no temian irritar esta gran masa de católicos llamándolos «idiotas populares:» creian que dominaban esta populosa ciudad por la superioridad de sus luces y de su valor; y Condé con un acompañamiento de cuatrocientos nobles desafiaba á todos los parisienses al conducir pomposamente á los ministros calvinistas á la iglesia de Charenton.

Dice Castelnau «que mientras esto acontecia, el clero, una parte de la nobleza y casi todo el pueblo miraban al cardenal de Lorena y al duque de Guisa como los *enviados de Dios* para la conservacion de la religion católica; y les parecia no solamente una impiedad el cambiarla ó alterarla en lo mas mínimo, sino del todo imposible sin ocasionar la ruina del estado, pues á la verdad estas dos cosas van tan unidas entre sí que el cambio de la una altera la otra (1).» El duque salió de la corte dejando en Paris á Montmorency y á Saint-André para dirigir y observar la marcha de la opinion pública: con la certeza de que era inminente la guerra civil, y juzgando que su mision era la de ponerse al frente del partido católico, marchó á Alsacia á conferenciar con los príncipes luteranos de Alemania, y fingiendo que se inclinaba en favor de la confesion de Augsburgo, alcanzó la promesa de que en caso que estallase la guerra, no darian socorro alguno á los calvinistas; y cuando el condestable y el mariscal atrajeron á su partido á Antonio de Borbon, pidieron al duque de Guisa que regresara á Paris, pues veian ya la opinion católica pronunciarse con ardor contra el decreto de enero y estaban seguros del ánimo de la capital.

§. IV.—*Mortandad de Vassy.*—*Se apoderan los Guisas del gobierno.*—*Liga de los protestantes.*—El duque salió de Joinville con una escolta de doscientos nobles, y pasó por Vassy donde le esperaban sesenta hombres de armas de su compañía (1.º marzo de 1562). Era domingo: los calvinistas de Vassy hacian sus cere-

(1) Castelnau, lib. I, cap. 3.

monias en una granja y se oían sus cantos desde la iglesia donde el duque asistía á la misa: sus gentes se dirigieron á la granja para hacer callar á los cantores: se trabó una contienda: los católicos sacaron las espadas, y los protestantes se defendieron á pedradas. Acudió el duque, y una piedra le tocó en la mejilla. Entonces sus nobles se arrojaron sobre los protestantes, mataron á sesenta é hirieron á mas de doscientos.

La mortandad de Vassy fué la señal de la guerra civil. Los hugonotes á pesar de las negativas del duque de Guisa, vieron en esta carnicería una accion premeditada, y tomaron las armas. Condé pidió justicia á la reina y le ofreció el auxilio de dos mil iglesias reformadas y de cincuenta mil hombres pagados por seis meses: Catalina prohibió á los Guisas la entrada en Paris, y les invitó á que se presentasen en la corte que á la sazón se hallaba en Fontainebleau.

Pero el duque y el cardenal sin hacer caso de la prohibicion, entraron con gran pompa en la capital con el condestable, los mariscales Saint-André, Brissac, Thermes y tres mil caballos, en medio de las aclamaciones del pueblo que llamaba al duque defensor de la fe, y que le hizo los honores acostumbrados en las entradas de los reyes (15 de marzo) (1).

La ciudad entera tomó las armas y amenazó á los hugonotes con un degüello general: se dió la órden de que en el término de veinte y cuatro horas saliesen de Paris «todos los que tenían la deshonra de pertenecer á la nueva religion:» se exigió á todos los habitantes confesion de fe y certificados de catolicismo: el clero predicó la guerra, y en especial los jesuitas, que á favor del movimiento religioso y á pesar de la oposicion del parlamento, llegaron á establecerse tambien en Francia con la condicion de que estarian sumisos á la jurisdiccion de los obispos.

Catalina se aterró al saber estas nuevas, y vió en el mayor compromiso la paz, la corona de su hijo, su propio poder y todo lo que habia querido asegurar con su política de conciliacion. Escribió al principio á Condé diciéndole que reuniese tropas; pero deseando conservar la paz á toda costa, le mandó que saliera inmediatamente de la capital. Obedeció

1) Diario de Brulart, t. I de las Memorias de Condé, p. 35.

el príncipe al verse inferior en fuerzas para luchar en París contra los Guisas, y escribió á Coligny (23 de marzo): «El César ha pasado el Rubicon.» Se dirigió á Meaux, donde se le unió el almirante con algunos nobles, y se halló al cabo de algunos días al frente de quinientos hombres determinados, con los que podía apoderarse de la corte. Pero los triunviros, que se habían presentado ya en Fontainebleau, manifestaron á la reina que iban á trasladar al rey á París, que podía ella seguirle ó retirarse á donde gustase, aunque fuese á Italia; y á pesar de sus lágrimas arrebataron al jóven monarca.

Catalina «se exageró tanto á sí misma su peligro, que pensó entregarse voluntariamente con sus hijos en poder de Condé (1); pero conociendo que había elegido un partido desesperado, y empezando entonces á ver claramente la impotencia é impopularidad de los calvinistas, se decidió á seguir á los triunviros á París.

Condé llegó demasiado tarde á Fontainebleau (31 de marzo); dirigióse entonces á Orleans con cinco mil hombres, ganó por la mano á las tropas católicas y se apoderó de la ciudad (2 de abril). Era esta una plaza muy importante para la seguridad de los reformados tan numerosos en el mediodía y para facilitar su paso hácia el norte. Envió desde allí un manifiesto á las iglesias de Francia, á los protestantes de Alemania y á los parlamentos, en el cual tomaba el título de protector de la casa y corona de Francia, hacia protestas de su obediencia á las leyes, y concluía declarando que solo dejaría las armas cuando viese al rey libertado del poder de los Guisas, léjos de la corte á sus enemigos y observado el decreto de enero (7 de abril).

Los calvinistas formaron por consejo de Coligny una liga por la cual reconocieron á Condé defensor del rey y legítimo protector del reino (11 de abril): juráronle obediencia, prometieron darle armas, municiones, bienes y personas: nombraron después á Coligny y á Dandelot jefes inferiores á él, hicieron alianza con la reina de Inglaterra y le pidieron auxilios. De modo que también la Francia tenía su liga de Smalkalda que amenazaba su unidad.

(1) Tavannes, cap. 17.

En menos de tres semanas los hugonotes se apoderaron de mas de doscientos pueblos entre los que se contaban las ciudades de Ruan, Lyon, Tours, Poitiers, Montpellier, Grenoble, etc.: sorprendieron en todas partes á los católicos que de ningun modo esperaban la guerra; y como eran los mas agitadores y pertenecian á la parte mas belicosa de la nacion, parecian mas fuertes de lo que eran en realidad. Casi toda la nobleza entró en la liga protestante, por el odio que profesaba á la corte, á Paris y al clero: hacia la guerra con extremado gusto contra esos reyes que le habian arrebatado tantos privilegios, contra aquella capital tan odiosa para los castillos de las provincias, y contra los sacerdotes cuyas riquezas habia codiciado tantas veces. Nombró sus jefes en todas las provincias; Rochefoucauld lo fué del Poitou, Rohan de Bretaña, Grammont de la Gascuña, Montgomery de Normandía y Portien de Champaña. Condé reunió un rico tesoro saqueando las iglesias y robando las arcas de los recaudadores reales, con el cual dió consistencia á la causa acuñando moneda, pagando tropas y fabricando armas.

§. V.—*Principio de la guerra.—Hostilidades en el norte y en el mediodía de la Francia*—Los Guisas se preparaban á la guerra pero usando de muchos miramientos: publicaron un manifiesto en el cual declaraban que el decreto de enero estaba en vigor provisionalmente, excepto en Paris: justificaron su conducta con numerosos escritos; y escribieron á las potencias cristianas que la cuestion era enteramente política y que los calvinistas no eran mas que rebeldes.

Los dos partidos pidieron el auxilio de los extranjeros, determinacion que no debe admirar, porque la adhesion á la creencia era entonces mas poderosa que la que se tenia á la patria; y como todavia se miraban como hermanos todos los pueblos cristianos, los que se separaban de la unidad religiosa parecian extranjeros. Era pues muy natural que los Guisas pidiesen socorro á Felipe II y al papa, lo mismo que Condé á Isabel y á los príncipes de Alemania; y que estos príncipes no respondiesen con una negativa. «Además los extranjeros, segun dice Lanoue, tenian fervientes deseos de entrar en Francia.»

Felipe envió al ejército de los Guisas y á Guiena seis mil hombres pertenecientes á las antiguas tropas españolas, é Isa-

bel envió tres mil ingleses para defender á Ruan y á Dieppe, pero con la condicion de que le entregarian el Havre donde pondria guarnicion y que no devolveria sino en cambio de Calais. En medio de este ardor de llamar á los extranjeros, los calvinistas que representaban un partido, mientras los católicos formaban la nacion, eran los primeros que cedian á vergonzosas condiciones.

La Francia entera se habia puesto entretanto sobre las armas, y no se veia por todas partes mas que combates, sorpresas é incendios de ciudades ó de castillos. A pesar de la sangre que se habia derramado ya, los jefes de ambos partidos titubeaban en salir á campaña, y durante dos meses continuaron los preparativos, repartieron manifiestos é intentaron conciliarse con negociaciones. El rey de Navarra se dirigió por fin con siete mil hombres hácia el Loira para poner sitio á Orleans, y Condé salió de esta ciudad con ocho mil hombres para hacer una tentativa contra Paris.

La reina madre al ver cercana la guerra que tanto habia temido, quiso en vano que los dos hermanos tuviesen una entrevista en Toury (2 de junio de 1562). «No queremos dar leyes á los de la Iglesia romana, decian los protestantes, pero tampoco queremos recibirlas de ellos (1);» y pretendian además que habian tomado las armas por mandato de Catalina y para libertar al rey.

Los Guisas ofrecieron á Condé el permiso de ejercer privadamente el culto calvinista, y respondió que los reformados preferirian salir del reino antes que renunciar al ejercicio público de su religion, y que estaban dispuestos á abrazar este partido extremo. Le intimaron á que cumpliese esta última determinacion, se negó, deshizo las conferencias y cuando regresó á su campamento, fué acogido con trasportes de alborozo. Todo el afan y esperanza de los hugonotes estaban cifrados en la guerra, pues no dudaban de la victoria. «Jamás seremos amigos suyos, decia Dandelot, sino cruzamos con ellos ántes nuestras espadas.» Exaltados por sus ministros, por la seguridad de su superioridad intelectual, por el elevado carácter de sus jefes y el aspecto de su

(1) Carta de Coligny, en *Laboureur*, t. I, p. 757.

ejército ardiente y austero, creían que al menor esfuerzo se humillaría ante ellos toda la masa popular que tanto despreciaban, y se dejaría imponer sin quejarse las nuevas doctrinas.

El principio de las hostilidades no acreditó la verdad aparente de sus esperanzas. Los calvinistas tomaron por asalto á Beauregency, que entregaron al saqueo (30 de junio): y en seguida los católicos se dirigieron á Blois, Tours y Angers, las trataron] con igual furor, y en pocos dias se hicieron dueños de todo el] Bajo Loira. Introdújose el desaliento en el ejército protestante, se dispersaron sus jefes, ya para buscar nuevos refuerzos en las provincias, ya para pedir auxilio á Alemania é Inglaterra: y Condé y Coligny se quedaron en Orleans, «deteniendo á su lado á los mas ensusiasmados, poniéndose en estado de defensa mientras llegaban los extranjeros, y enviando á los descontentos á hacer la guerra en su país. Estos se portaron mejor de lo que se creía, unos por su propia conservacion, otros con la esperanza de establecer dominios independientes y muchos con el afan de saquear (1).» Viendo el ejército católico la dispersion de los hugonotes, se dividió en muchos cuerpos: el duque de Montpensier (2) sometió la Turena y el Anjou, el duque de Nemours (3) el Berri, y el mariscal de Saint-André el Poitou. La toma de Poitiers causó la rendicion del Angoumois y de la Saintonge, donde eran mas numerosos los calvinistas, y sucumbieron tambien todas las ciudades del Alto Loira y del Allier.

Todas las provincias ardian en el fuego de la guerra civil: los decretos del consejo real y del parlamento declararon á los hugonotes rebeldes y criminales de lesa majestad, mandando á todos que les persiguiesen sin descanso: tocaron á rebato en las campiñas; y las cuadrillas de aldeanos furiosos mandados por frailes se entregaron á todos los excesos. La reaccion fué espantosa en el norte, donde eran numerosos los católicos y donde querian vengarse de la deshonra de una sorpresa. Reconquistaron casi todas las ciudades de que se habian hecho dueños los hugonotes, imitando con sus atrocidades los sacrilegios de sus enemigos. Persiguianse con encarnizamiento padres, hijos y hermanos: pocas veces se hacian prisioneros; y las mujeres

(1) Tavannes, cap. 18.—(2) Luis de Borbon, nacido en 1513.—(3) Santiago de Saborza, nacido en 1531.

morian con el vientre abierto por el acero, y los niños ahogados ó estrujados. «Bajo el velo de religion, no se respiraba mas que afan de venganza, odio, carnicería é incendio (1).»

El mediodía era todavía una nueva Francia con sus grandes ciudades municipales, sus estados provinciales de Provenza, Languedoc y Delfinado, con el espíritu republicano de sus habitantes, los recuerdos de su independencía, de las conquistas que habia sufrido y de la guerra de los albigenses, y tenia costumbres, lenguaje y legislacion particulares. Mirado siempre de mal ojo por los reyes, que muy pocas veces lo visitaban y le imponian enormes cargas, celoso del norte en provecho del cual se creia tiranizado y opuesto siempre á la opinion de Paris, habia abrazado la reforma con una especie de entusiasmo adhiriéndose á ella como á un símbolo de libertad é independencía. Se creia que casi la mitad del mediodía era protestante: el calvinismo se habia esparcido hasta por las campiñas; y no habia partidarios mas feroces, sanguinarios y belicosos que los montañeses de los Cevenas, del Gevaudan, del Rouergue y de los altos Alpes.

La nobleza meridional no habia participado de los favores de la corte: era brutal, orgullosa, pobre y atrevida: se puso casi en masa bajo las banderas de Condé, como en otros dias lo hicieron sus padres bajo las de los Plantagenet y del príncipe Negro para saquear y matar á los del norte. Cuando se les hablaba de la obediencia al rey, decian, «¿que rey? nosotros lo somos. Ese de quien habláis es un insignificante soberano, á quien daremos de azotes y le haremos trabajar para que se gane la vida como los demás hombres.» Y estas ideas de independencía republicana estaban esparcidas hasta entre la multitud: los sacerdotes predicaban públicamente que los reyes no tenian mas poder que el que les daba el pueblo; y otros decian que ellos no eran mas que la nobleza (2).»

Como los partidos estaban mas balanceados en el mediodía, se hacia la guerra con mas encarnamiento que en el norte; no hubo ciudad que no sufriera su batalla y su sitio; y los protestantes se lanzaron en este país á toda satisfaccion sobre las iglesias, estátuas y reliquias, «destruyendo los monasterios, arro-

(1) Thou, lib. III.—(2) Montluc, lib. II.

jando de sus retiros á los religiosos, y violando á las religiosas. Un solo día bastó para convertir en ruinas lo que habia costado cuatro siglos para edificar, y no se respetaron ni aun los sepulcros de los reyes y de nuestros antepasados (1).» El culto católico fué enteramente proscrito en Montalvan, en Nimes y en muchas otras ciudades: y en el espacio de cuatro días destruyeron los protestantes de Montpellier (2) veinte y seis iglesias, conventos y colegios. Los calvinistas se apoderaron del Capitolio de Tolosa donde los sitió el parlamento, trabándose una batalla de ocho días en las calles, en la que capitularon los protestantes, que despues fueron pasados á cuchillo en número de tres mil; y á pesar de tres amnistías concedidas por el rey, el parlamento hizo morir en el cadalso á los restantes (mayo de 1562).

Los católicos eran deudores de sus victorias á Montluc, gobernador del Quercy, que llegó á ser el jefe de Languedoc y de Guiena. Era un soldado feroz que iba siempre acompañado de dos verdugos, mandando ahorcar y decapitar á cuantos protestantes llegaban á sus manos, y que se ensalzaba de sus ejecuciones, que él mismo ha relatado, «enseñando á sus hijos á seguir su ejemplo en defensa de la religion.»

Su émulo en talento y en crueldad fué el baron de Adrets, jefe de los protestantes del Delfinado y de Provenza: era Valence su plaza de armas y tenia un ejército de seis mil hombres: arrojó á los católicos de Grenoble; se apoderó dos veces de Lyon, y venció en muchos encuentros á las tropas pontificias de Aviñon. Casi todo el Delfinado era protestante, y ya no se conocia en él el culto romano; pero por el contrario la Provenza era enteramente católica, y se cometieron en ella, y en especial en Orange, increíbles barbaries contra los calvinistas.

El relato de todas estas guerras, aunque compendiado, sería una monótona enumeracion de atrocidades que solo inspiraría al lector un profundo disgusto. «Seria imposible, dice Pasquier, contar las bárbaras crueldades que se han cometido por una parte y por otra. Donde manda el hugonote no se ve mas que destruccion de sagradas imágenes, demolicion de sepulcros y tumbas, hasta las de los reyes, y el robo de todos los bienes

(1) Castelnau, lib. V, cap. I.—(2) Memor. de Philippi.

sagrados y dedicados á las iglesias; y el católico á porfia mata, ahoga y destruye á todos los que sabe que pertenecen al calvinismo (1) » La guerra civil, dice Castelnau, era un manantial inagotable de maldades, robos, muertes, estragos, incestos y parricidios. Y lo peor de todo es que las armas que se habian tomado en defensa de la religion solo sirvieron para anonadarla (2).» No podemos concebir ahora todo aquel furor, todos aquellos crímenes y sufrimientos, porque no existe ya la pasion que los engendrara, y porque la libertad religiosa es una cosa vulgar, comun, y por decirlo así, de ningun precio en nuestro siglo; pero al abreviar el relato de tanta abominacion, no olvidemos que la sangre y las lágrimas derramadas entonces han evitado para el porvenir la intolerancia religiosa.

§. VI.—*Sitio de Ruan.—Batalla de Dreux.—Sitio de Orleans.—Muerte del duque de Guisa.*—Los hugonotes habian emprendido la guerra con el entusiasmo de innovadores, que creian hacerse dueños de la Francia por sorpresa. Al principio les sonrió la victoria. «El pueblo no podia creer que existieran tantos protestantes en Francia, ni que se atrevieran ó pudiesen hacer frente al rey, á poner sobre las armas un ejército y alcanzar socorro de Alemania (3);» pero luego que volvió de su estupor, demostró á los hugonotes su escaso número, y reconquistó todas sus ciudades con mas rapidez que habian sido tomadas. En general el calvinismo perdió mucho empezando la guerra; mientras habia sido solamente una secta religiosa y perseguida, habia hecho prosélitos; pero desde el momento en que tomó las armas y manifestó su afan de destruccion, sus ambiciosos proyectos y sus ideas republicanas, perdió su porvenir y la esperanza de dominar en Francia. Levantáronse contra esta secta la repugnancia y la adersion de la nacion, y ella misma tuvo la culpa de llegar á situacion tan desastrosa.

Debieran haberla ilustrado los resultados de su primera tentativa de guerra; apenas hacia seis meses que peleaba, cuando ya le habian tomado con pasmosa rapidez mas de doscientas ciudades, y le quedaban cinco ó seis en el norte y diez ó doce en el mediodía. Ruan y Orleans eran sus principales plazas en el norte.

(1) Pasquier, t. II, p. 99.—(2) Castelnau, lib. V, cap. 1.—(3) Id, lib. I, cap. 7.

La corte determinó sitiar á Ruan para impedir que se estableciesen los ingleses en Normandía. Mandaba el rey de Navarra el ejército real que se componia de diez y ocho mil hombres (28 de setiembre de 1562). Montgomery defendia la plaza con mil y quinientos hombres además de los vecinos protestantes que habian arrojado á los habitantes católicos, é hizo una vigorosa resistencia. En uno de los ataques, fué herido el rey de Navarra y murió algunos dias despues, dejando un hijo de corta edad, que despues fué conocido con el nombre de Enrique IV. La ciudad fué tomada por asalto, «y saqueada por espacio de ocho dias, sin respetar calvinistas ni católicos (1) (26 de octubre).»

Montgomery huyó por el Sena; pero á excepcion del Havre, se rindió toda la Normandía.

Encerrado Condé en Orleans, esperaba refuerzo del mediodía; pero estas tropas auxiliares fueron vencidas en Ver del Perigord por Montluc (10 de octubre), y no tenia mas esperanza que en los auxilios que Dancelot traía de Alemania, que consistian en siete mil hombres reunidos por los príncipes de Sajonia, Hesse, y Palatinado, pagados por Isabel, y que pudieron entrar en Orleans huyendo de dos ejércitos católicos. Salió entonces Condé de la plaza, se apoderó de los pueblos de Beauce, perdió el sitio de Corbeil, y llegó á atacar los arrabales de Paris.

Aterrada la reina entró en negociaciones; pero las rompió cuando vió á las milicias urbanas reforzadas con siete mil españoles y gascones, y Condé se retiró al Havre á recibir tropas de Isabel (5 de diciembre). Le siguió el ejército real y le obligó á detenerse en Dreux. Era inevitable la batalla (19 de diciembre), y ambos partidos se prepararon durante dos horas como para un desafío que debia decidir de la suerte de la Francia, «pensando todos que los que veian delante no eran españoles ni ingleses, sino franceses, entre los cuales estaban sus propios compañeros, parientes y amigos (2).»

El ejército real se componia de catorce mil infantes y dos mil caballos, y lo mandaban Montmorency y el duque de Guisa. El ejército calvinista contaba ocho mil caballos y cinco mil infan-

(1) Castelnau, lib III, cap. 45.—(2) Lanoue, cap. 10.

tes alemanes. El condestable dejó que la caballería enemiga, superior en número á la suya, se desplegara en la llanura y la acometió con su infantería; y Guisa se quedó en la retaguardia con una division de la nobleza. Condé rechazó el centro de los católicos con una vigorosa carga en la que Montmorency fué herido y cayó prisionero. Pero los batallones suizos resistieron las demás cargas de caballería, se introdujo el desorden entre los protestantes, y el duque de Guisa se precipitó entonces sobre ellos con su escogida tropa, y los derrotó completamente.

Condé cayó prisionero.

La batalla fué muy encarnizada: quedaron ocho mil cadáveres en el campo, entre los cuales se veia el del mariscal de Saint-André, y la pérdida fué igual por ambas partes. Coligny tomó el mando de los protestantes y efectuó con mucho orden su retirada.

Ya no existia el triunvirato, y el partido solo tenia un jefe, pero era el hombre mas fuerte del reino: Catalina se apresuró á conferir al duque de Guisa la tenencia general del reino: su nombre fué el único: los católicos lo ensalzaron hasta las nubes, y los protestantes le juraron el odio mas profundo.

Coligny partió al Berry, Guisa le siguió hasta las puertas de Orleans, donde se esperaba una segunda batalla (2 de enero); pero los auxiliares alemanes estaban amotinados por la falta de sueldo, el almirante conoció que la reina queria corromperlos y resolvió llevarlos á Normandía donde esperaba recibir el dinero de Isabel. Creia de este modo arrastrar en su persecucion al ejército real y libertar á Orleans. Dejó á Dancelot en esta ciudad, atravesó el Beaucé y saqueó toda la Normandía. A pesar de los clamores de los católicos de esta provincia, el ejército real sitió á Orleans, y la atacó vigorosamente (5 de febrero de 1563). Los calvinistas estaban desesperados: en todas partes sufrían derrotas: acababan de rendirse Montalban, Lyon y Grenoble, que habían sitiado los católicos; y Coligny estaba muy léjos y sin fuerzas por las numerosas deserciones. Si Orleans sucumbia, estaba ya juzgado el calvinismo en Francia. Solamente un crimen podia salvar la ciudad y el partido: era la muerte del hombre que parecia el alma del catolicismo. El duque de Guisa fué asesinado

por un noble llamado Poltrot de Mérei (18 de febrero) (1).

§. VII.—*Pacificación de Amboise.*—Cambió rápidamente la faz de los negocios, se alzó el sitio de Orleans, el partido católico cayó en la mayor consternación, y los calvinistas volvieron á alzar su cabeza, comparando con Judit al asesino, y declarando por boca del mismo Coligny que la muerte de Guisa «era el mayor bien para el reino y para la Iglesia de Dios (2).» El almirante arrojó sobre su fama una mancha indeleble. Acusado por Poltrot de haberle arrastrado al crimen, «se defendió tan débilmente, dice Pasquier, que los que le apreciaban hubieran preferido que él mismo fuera el asesino ó hubiera hecho mejor defensa (3).» Confesó que siempre que había oido decir á alguno, que si pudiera mataría al duque de Guisa en su mismo campamento, jamás había tratado de disuadirle (4).» Finalmente «dejó comprender que eran justas las amenazas de Poltrot, y que no le causaban ningun enojo (5).»

Desde los acontecimientos de la guerra, la reina se fué apartando de su inclinación á la reforma: ya no creía en la fuerza de los protestantes, á los que empezaba á mirar como enemigos del trono; y además, desde que se veía libre de los triunviros, no hallaba ningun peligro en ser católica. No por eso se desprendió enteramente de sus ideas de conciliación, siguiendo siempre los consejos de L'Hopital, que solo pensaba en la paz; creyó que hallándose sin jefes los dos partidos seria fácil ponerlos de acuerdo, y con este objeto entabló negociaciones con Condé. Los Cha-

(1) Ya durante el sitio de Ruan se formó una conspiración contra la vida del duque de Guisa. Sabiendo este quien era el jefe, le mandó á llamar. Cuando estuvo en su presencia le habló así, al verte palidecer y temblar con el remordimiento: «Caballero, no dudéis de que os lo conozco, y de que lo demuestra vuestro semblante.» El conjurado quedó anonadado y convicto, y no le quedó mas recurso que implorar el perdón del príncipe, á cuyos piés se quiso arrojar, excusándose con el interés de su partido, y con que algunos le habían hecho creer que seria una acción piadosa estirpar un enemigo tan poderoso de su religion. «Pues yo os quiero demostrar, respondió el príncipe, cuanto mas noble y humana es mi religion que la que profesais: la vuestra os aconseja que me mateis sin haber recibido de mí ninguna ofensa; y la mia me manda que os perdone, aunque estéis convicto de haberme querido asesinar sin razon. (Ensayos de Montaigne, lib. I, cap. 23).» (2) Carta de Coligny á la reina.—(3) Pasquier, lib. IV, p. 108.—(4) Memorias de Condé, t. IV, p. 285.—(5) Sismondi, t. XVIII, p. 376.

tillon y los ministros protestantes, tan orgullosos é intolerantes como al principiar la guerra, pusieron trabas, amenazaron á Condé con que le abandonarían é hicieron las mas extrañas peticiones. Mas este príncipe á quien la muerte del rey de Navarra y la del duque de Guisa hacian esperar la tenencia general del reino, no oyó sus quejas, y firmó en Amboise un tratado de pacificación que fué publicado en forma de edicto real (12 de marzo de 1563).

El culto protestante quedaba autorizado en las casas de los nobles, en la extension de los dominios de los señores de horca y cuchillo y en una ciudad por cada bailio; se concedia amnistia completa á los calvinistas, y el rey reconocia que Condé solo habia tomado las armas en su servicio.

Ambos partidos se indignaron con esta paz: por ambos lados los duros sufrimientos no habian hecho mas que encender los odios y el deseo de venganza: nadie queria conciliacion ni compromisos; y todos deseaban la victoria y la dominacion completas. Por mas que hiciera L'Hopital, podria atraer á los jefes á firmar una tregua, pero no conseguir que las dos religiones vieran juntas en paz, ni se sufriesen y tolerasen. Colocar las ceremonias calvinistas al lado de la misa, era permitir á un partido que tuviera su gobierno, sus leyes y bandera al lado del gobierno, de las leyes y de la bandera de la nacion.

Los calvinistas creian que llegarían á triunfar por medio de la guerra y estaban furiosos. Coligny dijo á Condé «que habia destruido él mas iglesias con un rasgo de pluma, que podían haberlo hecho en diez años las fuerzas enemigas.» Los católicos no cesaban de exclamar que aquello era una traicion y maldecian á Catalina, y el parlamento no quiso sancionar el edicto. «Decid á esos señores, respondió la reina, que veo el reino en una próxima ruina, y ellos las primeras víctimas, si se rompe este edicto, y que pueden pensar que mi objeto al llevarlo á cabo solo ha sido el hacer la felicidad pública.»

El parlamento sancionó el edicto; pero empezaron sus quejas, cuando para pagar á los alemanes llamados por Condé, se propuso vender los bienes del clero hasta la cantidad de tres millones; «cosa, dice Pasquier, que nadie se hubiera atrevido á pensarlo diez años antes,» y que hizo que acusasen al gobierno de que

queria facilitar el camino á la nueva religion, pues siguió el ejemplo de los príncipes de Alemania. Fué indispensable pues pasar por esta dura necesidad, porque los gastos ordinarios ascendian aquel año á diez y ocho millones, y la recaudacion á ocho.» De este modo salieron los extranjeros del reino y pareció que estaba asegurada la paz; pero solo el partido católico podía justamente quejarse de las condiciones del edicto, pues siendo vencedor, veía á los vencidos agraciados con nuevos derechos, y se veía obligado á pagar á los instrumentos de su rebelion.

CAPÍTULO III.

Segunda y tercera guerras civiles. (1563—1570.)

§. I.—*Fin del concilio de Trento.*—Las turbulencias de Francia habian llamado la atencion de toda Europa: Alemania, Inglaterra, Italia y España habian contribuido á ella con dinero, soldados y negociaciones; y nadie habia tomado tanto interés como la Santa Sede. Habia parecido á todos en un principio tan fuerte y amenazador el partido protestante, que se creyó que Roma perdía para siempre la Francia; y con el objeto de dar fuerza al principio católico, el papa convocó de nuevo el concilio de Trento, interrumpido ya tres veces (18 de enero de 1562).

El concilio era favorable al pontificado, habia enunciado y fijado con claridad el dogma, y ya no intentaba atraer á los protestantes, sino completar la reforma interior de la Iglesia, rehacer enteramente la disciplina, establecer la gerarquía de un modo inmutable, lo mismo que los deberes de los sacerdotes, la administracion de los sacramentos, y las ceremonias del culto, limitando en todo su accion á las naciones católicas. La Francia intentó restringir en esta asamblea las prerogativas pontificias y hacer prevalecer las ideas de moderacion. Fueron enviados á ella, en calidad de embajadores, tres magistrados imbuidos en la política de L'Hopital y con instrucciones prudentes y sagaces para apoyar al cardenal de Lorena, que queria pedir el matrimonio de los sacerdotes, la comunión bajo ambas especies y los rezos en lengua vulgar; concesiones que no por eso hubieran atraí-

do á los reformados, pero que hubieran contribuido poderosamente á cortar las alas á la reforma.

Los padres del concilio rechazaron todas estas proposiciones, despues de haberlas discutido formalmente, pues los calvinistas franceses parecian ya muy temibles, pero luego que tuvieron noticia de la victoria de Dreux, que creian decisiva para siempre, no abrigaron mas que ideas de catolicismo inflexible. Manifestaron una extrema sumision para con la Santa Sede, no considerando legítimos sus decretos sin que los hubiera antes adoptado, no dejando ninguna libertad á las iglesias nacionales, dando inmenso poder á la inquisicion, y publicando decretos en menoscabo de los derechos é independencia de los reyes; y autorizaron al papa para que lanzase una bula contra la reina de Navarra declarándola excluida del trono.

Los embajadores franceses protestaron con orgullo contra los actos del concilio, y tuvieron la osadía de denunciar el papa á todos los cristianos. La contienda amenazaba ser grave con una reina, que como Catalina de Médicis, manifestaba tanta inclinacion al calvinismo; pero el cardenal de Lorena logró conciliarlo todo, se retiraron los decretos que atentaban al trono y la bula publicada contra Juana de Albret, y se disolvió el concilio (3 de diciembre de 1563).

El concilio de Trento fué la manifestacion de la restauracion católica efectuándose por sí misma en el seno de la ortodoxia y bajo la autoridad pontificia. Sus decretos anatematizaron la herejía, en vez de atraer con concesiones á los disidentes, hicieron definitiva su separacion, pusieron fin á todas las tentativas de reforma, que ningun católico hubiera aceptado, y formularon las creencias de un modo irrevocable.

Una cadena indisoluble enlazó á la cristiandad entera. Se formó la union del mediodía: alzóse en torno de la fe apostólica una muralla que restringió su accion y sus límites, pero que reconcentró sus fuerzas, aseguró su inviolabilidad y redobló su poder: presidió á los destinos de la confederacion meridional un símbolo definitivo, mas fuerte tal vez que la autoridad pontificia; y este símbolo fundó sobre bases reconocidas de todos la unidad y supremacia de Roma.

Este concilio, que el pontificado habia mirado al principio con

tanto terror porque iba á derrocar sus prerogativas, se persuadió de que la salvacion de la Iglesia dependia de la unidad y la autoridad, y ensalzó, extendió y engrandeció el poder espiritual mas allá de lo que jamás lo habia sido. Por él fueron los pontifices los reguladores de la disciplina, los supremos intérpretes de los cánones, y los jefes incontestables de todos los obispos. Su voluntad desde entonces tuvo fuerza de ley y reemplazó la decision de los concilios, que no se convocaron ya despues. Nunca estuvo tan reconcentrada en Roma la direccion de la Iglesia, ni fuera nunca mas única, mas conforme á la naturaleza del poder espiritual ni mejor reconocida.

§. II.—*Toma del Havre.—Restricciones del edicto de Amboise.—Política de Catalina.—Desórdenes de la corte.*—España é Italia se apresuraron á adoptar todos los decretos del concilio, pero la Francia dilató esta adopcion diciendo por boca de L'Hopital: «Hemos comprado la paz á muy alto precio para querernos arrojarnos en una nueva guerra.»

La idea preponderante del gobierno era siempre la conciliacion, y Catalina quiso manifestar á la Europa que habian cesado las turbulencias del reino, conduciendo unidos á una guerra nacional á protestantes y católicos. Se trataba de reconquistar el Havre. Se dirigió contra esta ciudad un numeroso ejército (6 de julio), á donde acudió Condé con muchos jefes calvinistas; pero Coligny se negó á presentarse, y aun hubo algunos hugonotes que entraron en la plaza. Evacuáronla los ingleses despues de una débil resistencia (28 de julio).

A la vuelta de esta expedicion, Catalina y L'Hopital hicieron declarar mayor de edad á Carlos IX (17 de agosto), creyendo con esto aumentar la fuerza del gobierno y evitar las pretensiones de Condé á la tenencia general del reino. Los jefes calvinistas, aunque vencidos en su primera tentativa de guerra, estaban muy léjos de perder su esperanza y la certeza del triunfo: se consideraban aun capaces de imponer á la nacion sus ideas; y no perdian ocasion alguna para poner coto á la autoridad real. De modo que cuando el parlamento de Paris empezó á hacer informaciones sobre la muerte de Guisa (1), todo el partido calvi-

(1) Francisco dejó tres hijos; Enrique, llamado el Acuchillado, duque de Guisa,

nista amenazó diciendo que tomaria las armas, y el rey se vió obligado durante tres años á suspender las pesquisas.

No respetaban mas los católicos la autoridad real, pues exceptuando los lugares donde dominaba el partido moderado ó formaban mayoría los protestantes, el edicto de Amboise fué despreciado y contrariado. ¿Podian acaso hacer ejecutar de buen grado Montluc, Tavannes y Montpensier este edicto sacrilego, mostrar imparcialidad y castigar á los católicos que maltrataban é insultaban á los hugonotes, á quienes ellos mismos habian perseguido tan cruelmente? Ciento treinta y dos calvinistas fuéron asesinados aisladamente en el espacio de algunos meses, sin que la justicia persiguiese á los culpables; todos los parlamentos eran católicos; y el gobierno mismo, á pesar de su deseo de tolerancia, se acordaba continuamente de la guerra ocasionada por los hugonotes. Los veía aislándose de la nacion, formando un cuerpo aparte, altaneros, sombríos y siempre con la espada desenvainada, y tomaba severas precauciones para impedir que formasen un estado diferente y encendiesen de nuevo la guerra. Numerosos edictos dirigidos á confirmar ó interpretar el de Amboise, habian en realidad restringido las libertades concedidas á los protestantes. Unos prohibian á los nobles admitir en sus ceremonias mas personas que sus vasallos, otros mandaban que los religiosos volvieren á entrar en sus conventos ó saliesen del reino, y otros prohibian hacer colectas para el mantenimiento de los ministros, mandaban la demolición de las fortificaciones construidas durante la guerra, etc. Todas estas órdenes se dirigian á favorecer el poder real; pero los protestantes exhalaban gritos de alarma, exigian de Condé que se quejase en la corte, y le acusaban de traicion, porque solo se cuidaba de sus diversiones y de sus amores con la hermosa Limenil, escándalo que acriminaban incesantemente los ministros protestantes que condenaban á muerte á los adúlteros.

La reina veia muchos obstáculos para conservar la paz y su poder en medio de aquellos hombres ambiciosos y sanguinarios y rodeada de partidos llenos de odio y de fanatismo: indiferente

el duque de Mayenne y el cardenal de Guisa. Cuando murió su padre, Enrique tenia solo trece años.

á todas las opiniones, su único afan era salvar el trono de sus hijos y reinar con ellos y en nombre suyo, lo que llevaba adelante por todos los medios que le sugeria su genio fácil, conciliador y amable: gustaba del descanso, los placeres, la elegancia y las bellas artes; y hubiera querido formarse una corte tan pomposa y brillante como la de Francisco I, donde fuera sumisamente obedecida, rodeada de artistas y literatos. Catalina tenia todos los nobles gustos é instintos de su familia; «y envió á los países extranjeros, dice Palma Cayet, á algunos sábios para que recogieran antiguos libros manuscritos de todas las lenguas, con lo que aumentó y honró la biblioteca, que es en la actualidad la mas rica del mundo.» Tambien mostraba aficion á edificar magníficos monumentos, y en 1564 hizo poner los cimientos del Palacio de las Tullerías segun los planos de Filiberto Delorme: admiraba las obras de Ronsard: nombró á Amyot preceptor de Carlos IX: leia con placer los cuentos licenciosos y atrevidos de Brantome; y amaba al escéptico Montaigne, cuyo carácter tenia mucha semejanza con el suyo. A pesar de su gracia y hermosura, eran puras sus costumbres por mas que la hiciesen culpable de toda clase de excesos; pero poco cuidadosa de las virtudes, arrastraba á los demás á las pasiones desordenadas, queriendo ahogar los odios en los placeres, y atraer á costumbres mas afeminadas á los jefes de partidos, á quienes conocia mas ansiosos de poderío que de celo religioso. Dió magníficas fiestas, se rodeó de mujeres seductoras y se formó una corte galante y pomposa; pero todas sus mascaradas, bailes é intrigas amorosas, en vez de dulcificar las costumbres, las depravaron; multiplicaron las causas de discordia, y dieron á las diversiones los hábitos violentos y crueles de la guerra. Los desafíos y asesinatos se hicieron comunes y diarios; el amor adquirió formas frenéticas y feroces: solo se escribia con sangre á las queridas: ninguna pasion tenia encanto si no estaba sazónada con algunas puñaladas; y para agradar á aquellas damas febricitantes, sanguinarias y ávidas de emociones violentas, fué preciso arrojar-se en los rios sin saber nadar, atravesar siete filas de enemigos formados en batalla, abrirse una vena del brazo, y acometer toda clase de aventuras sobrehumanas y extravagantes (1). Nadie

(1) Le Laboureur, t. II.

pensaba mas que en ejercicios corporales, bárbaras locuras, combates ó torneos, desaffos ó adulterios, procesiones solemnes y visitas á los astrólogos. El jóven Carlos IX era el tipo de esta corte ardiente, brutal y depravada; y todas estas extrañezas, voluptuosidades y escándalo, «flores de placer teñidas de sangrienta púrpura,» como dice Pasquier, eran un objeto de horror para los severos calvinistas que miraban la corte como á una nueva Babilonia.

§. III.—*Viaje del rey por las provincias.—Entrevista de Bayona.*—Catalina resolvió por consejo de L'Hopital hacer viajar al rey por las provincias durante dos años (1564). De este modo las provincias lejanas iban á ver al rey de quien apenas tenían noticia, arrastrando al mismo tiempo tras sí á la corte, á los grandes de ambos partidos, haciendo mas obligatoria la obediencia á los gobernadores, y asegurándose de los recursos de los hugonotes.

La corte se dirigió á la Lorena, donde Catalina conferenció con muchos príncipes alemanes que le prometieron no auxiliar á los calvinistas: despues partió á Borgoña, donde era muy poderoso el catolicismo, y donde Felipe II, biznieto de María de Borgoña, era considerado como el principal destructor de la herejía, y desde allí marchó al Leonés, al Delfinado, á la Provenza, al Languedoc y á Guiena, países erizados de fortalezas, poblados de feroces sectarios y cubiertos con las ruinas de la guerra civil, á los que inspiraba profunda desconfianza el paso de aquella corte pomposa, brillante y anhelosa de festejos y alegría. El rey construyó fortalezas en todas las ciudades donde eran mas fuertes los protestantes, como Lyon, Montalban y Valence, hizo demoler las fortificaciones que pudieran defender á los pueblos, cambió los gobernadores sospechosos de calvinismo, publicó continuamente edictos que interpretaban las concesiones hechas al partido vencido; y al ver destruidas las iglesias, desiertos los conventos, mutiladas las cruces y profanadas las tumbas, no pudo contener el horror que le causaba el estrago que habian hecho por donde quiera los rebeldes.

La corte se detuvo en Bayona, á donde acudió Isabel reina de España acompañada del duque de Alba (junio de 1565). Esta entrevista, que en la apariencia solo se hacia por diversion, se

empleó en discusiones sobre el estado de los partidos.

En el año anterior el papa, Felipe II y el duque de Saboya enviaron una embajada pidiendo la revocacion del edicto de Amboise, el castigo de los asesinos de Guisa y la adopcion de los decretos del concilio de Trento. El rey respondió á sus aliados dándoles las gracias por su solicitud, y diciéndoles que tenia poderosas razones que le impedian seguir sus consejos: no por eso dejaron los tres soberanos de continuar sus instancias; y la reina que deseaba dar gusto á todos, conservó sus amistosas relaciones con ellos. Cuando pasó por el Delfinado, encontró al duque de Saboya que iba á visitarla, y tuvo con él muchas conferencias acerca sus planes en favor del catolicismo. En Aviñon habló de estos mismos planes con un legado, y escribió al papa que difería la publicacion de los decretos hasta que hubiera podido asegurar el orden público en sus estados.

En Bayona halló al confidente y ejecutor de la política de Felipe II. El duque de Alba dijo á la reina «que no habia accion mas digna de castigo que la de permitir á los pueblos vivir segun su conciencia, introduciendo en el reino tanta variedad de religiones como caprichos habia en la cabeza de los hombres; que las controversias sobre la fe eran siempre un pretexto para los descontentos; y que era forzoso evitarlo y extirpar el mal de raiz sin ahorrar el acero ni el fuego (1).»

Segun parece, el plan de Catalina consistia en hacer cada vez mas difícil para los débiles el culto reformado, por medio de restricciones continuas al edicto de Amboise, hasta hacerlo abandonar; y en tener aislados á los poderosos, atraerlos al catolicismo por medio de la corrupcion ó la violencia. Conforme con este plan, manifestó al duque de Alba lo que habia hecho hasta entonces, el desarme de los protestantes, la construccion de ciudades en las poblaciones sospechosas, los entorpecimientos impuestos á los sínodos y subsidios, etc.; pero no aprobaba el duque esta guerra sorda y simulada, ni los miramientos que se tenian á los jefes de los sectarios; y si hemos de dar crédito á los escritores protestantes, decia «que diez mil ranas no valian tanto como una cabeza de salmon.» Añaden tambien que aconsejó

(1) Davila, lib. III, p. 146.

á Catalina que hiciera unas vísperas sicilianas con los hugonotes, y que quedó resuelto en la conferencia «que las dos coronas se protegerian mutuamente, conservarían la religión católica, perseguirían á los rebeldes, y conducirían al cadalso á los jefes de la sedición (1).»

Estas medidas no concordaban con las ideas de astucia y contemporización de la reina madre, y los rumores que se esparcieron fueron causa de que los protestantes estrechasen cada vez mas su confederacion. Tenian repartidas ya las cuotas de dinero y de soldados, almacenes de armas, sus citas, sus jefes, asambleas y negociaciones con los extranjeros, y estaban dispuestos á un alzamiento general. Alarmáronse los católicos y desconfiaron de la marcha vacilante del gobierno; y para no ser víctimas de una sorpresa como la vez primera, formaron tambien sus ligas por provincias, independientes del trono y poco favorables al gobierno. El núcleo de estas ligas existía en las cofradías que tenían sus asambleas, su tesoro, policía, jefes y bandera, y un juramento prestado en pro de la defensa de la fe, convirtiéndose mas tarde en verdaderos cuerpos militares, dispuestos siempre á tomar las armas, y en una verdadera milicia del catolicismo.

§. IV.—*Ordenanzas de Moulins.—Exigencias de los protestantes.—Proyectos de la corte.*—El rey regresó á Blois despues de haber viajado dos años, y el gobierno solo se ocupaba al parecer de satisfacer los intereses populares por medio de reformas en las leyes y en la administración; pues en esto consistía una de las grandes ideas que el canciller habia inspirado á Catalina para distraer al pueblo de las controversias religiosas. Publicó muchas ordenanzas simplificando los procesos, abreviando las jurisdicciones y disminuyendo las formalidades: creó en Paris y en doce ciudades mas tribunales de comercio que debieran juzgar sumariamente todos los negocios. Una ordenanza fijó el principio del año en el primero de enero en vez del dia variable de Pascua; y admitió con otra los decretos de Trento relativos al dogma, exceptuando los pertenecientes á la disciplina. La asamblea de diputados convocada en Moulins confirmó todos estos

(1) Tavannes, cap. 13.

cambios, y publicó la célebre ordenanza de 1566, que hasta 1760 fué el código judicial de la Francia.

Esta ordenanza dió formalmente al parlamento el derecho de representar, arregló sus atribuciones, organizó los tribunales inferiores, y el nombramiento y obviaciones de los jueces, introdujo la uniformidad en los procedimientos, restringió los privilegios de los empleados de la corona, abrevió la ejecución de los decretos, arregló las donaciones, las tutelas, los contratos, la policía municipal, etc.

Los Chatillon se purificaron en esta asamblea, por medio del juramento de su complicidad en el crimen de Poltrot de Merey; y aunque el joven duque no presenció este acto solemne, ambas familias se unieron con los sagrados lazos de la amistad. Empero no era mas sincera la paz y union de estas familias que la que enlazó á sus respectivos partidos. Catalina se esforzaba en vano en conservar á los jefes en una igualdad de privanza y poderío, repartiendo los mismos destinos á unos que á otros; las dos religiones se hallaban frente á frente y con las armas en la mano, rivalizando siempre y por donde quiera en celo y en rigor; y no se oía hablar mas que de muertes, motines y ataques de ciudades y castillos. Mayor era el número de las víctimas entre los hugonotes que entre sus enemigos, y la voz pública aseguraba que pasaban de tres mil las muertes en el mediodia sin que el gobierno hubiese dado paso alguno para vengarlas.

El partido de la reforma, sin hacer caso de presagios tan espantosos, manifestaba en todas sus acciones una tenacidad y dureza que rayaban en locura, y queria reinar cuando debia haber permanecido oculto y sigiloso. Los hugonotes repetian sin cesar «que valia mas prestar obediencia á Dios que á los hombres; y que permanecer tranquilo é inerte, en vez de trabajar en pro de la verdad, era ofender á su Providencia.» Eran mas acres y ofensivos de dia en dia los folletos que hacian crujir la prensa. Decíase en ellos imprudentemente «que era lícito matar al rey ó reina que se opone á la reforma del Evangelio;» y Catalina llegó á encontrar en su mismo aposento escritos altamente ofensivos, en los que la acusaban de enormes crímenes, y le presagiaban igual suerte que al duque de Guisa.

Ya Condé, despertando de su indolencia y olvidando sus amo-

rosas intrigas, amenazaba con un levantamiento general de su partido, si no se hacia justicia á sus reclamaciones y quejas. No tardaron mucho los hugonotes en implorar á los príncipes protestantes de Alemania que enviaran al rey una solemne embajada (1586), prometiendo en ella la neutralidad en caso de guerra, y pidiendo la completa libertad de conciencia para los calvinistas de Francia.

El monarca francés, aunque de poca edad, tenia tanto talento como orgullo y decision, y no desconociendo que los embajadores estaban en relacion directa con Condé y Coligny, les respondió: «Tambien yo tengo necesidad de suplicar á vuestros soberanos, que permitan en sus dominios y ciudades á los católicos que prediquen y celebren la sagrada misa.» Los despidió con enojo, diciéndoles que los príncipes luteranos obraban muy mal mezclándose en negocios ajenos y apoyando un partido rebelde y revolucionario.

En otra ocasion, habiendo Coligny dirigido al rey amargas quejas sobre los edictos publicados en aclaracion de la paz de Amboise, le respondió Carlos: «En un principio solo pediais un poco de indulgencia, en la actualidad ya quereis ser iguales á los leales católicos, y presumo que muy pronto aspirareis á ser nuestros soberanos y arrojarnos del reino.» Dichas estas palabras, el jóven monarca se dirigió á la habitacion de su madre, y le habló con enojo de esta manera: «El duque de Alba tiene sobrada razon: los hugonotes se presentan con la cerviz demasiado erguida; y para humillársela no será bastante la astucia, sino la violencia y el rigor (1).»

Catalina creia no obstante que la astucia seria el arma mas poderosa para completar su ruina; y, segun dice Pasquier, mas daño recibieron los hugonotes con los edictos durante la paz, que con la fuerza durante la guerra. La reina, que de partidaria y amiga de los reformados se habia convertido en su enemigo mas oculto y encarnizado, esperaba con afan la ocasion propicia de humillarlos y hacerles respetar la autoridad real, de causar la ruina de sus jefes, ejércitos y asambleas, y de obligarles por fin á hacerles ver como una victoria el ejercicio privado de su culto.

(1) Davila, lib. IV, p. 158.

Pero los protestantes adivinaron este proyecto; y ya llenos de alarma con tanta muerte impune, tantos edictos restrictivos y tantas quejas sin fruto, discutian los medios de volver á tomar las armas, cuando los acontecimientos de Escocia y los Países Bajos produjeron una nueva guerra civil (1).

§. V.—*Revolucion de Escocia y los Países Bajos.*—*Segunda guerra civil.*—Inútiles é infructuosas fueron para María Estuardo su mágica hermosura, la prudencia de su administracion y su elevacion de ideas y sentimientos, y no pudo hacer olvidar su religion á sus súbditos fanatizados por el feroz Juan Knox. Solo consiguió la reina apaciguar los odios casándose con lord Darnley su primo hermano, que era protestante; pero permaneció constantemente adicta al catolicismo, creyendo que algun dia le seria posible restablecerlo en su reino y tal vez en la misma Inglaterra. Con este objeto estaba en correspondencia con el papa, los Guisas y Felipe II. El secretario privado de María era un anciano italiano llamado Rizzio.

Darnley habia conseguido hacerse odioso á su régia esposa por sus vicios y crímenes, intentaba arrebatarla toda su autoridad, y desconfiaba de sus relaciones con los príncipes católicos. Con el apoyo de algunos nobles hizo que asesinasen á Rizzio en presencia de la reina, la cual en vano defendió á su confidente con su mismo cuerpo de los puñales de los asesinos (9 de marzo de 1566).

Solo un noble, el conde de Bothwell, permaneció adicto á su reina, pues á pesar de sus sesenta años y su repugnante fealdad, aspiraba á la mano y al trono de María. El anciano consiguió el logro de sus afanes á fuerza de horribles crímenes. Hizo saltar la casa en que moraba Darnley (10 de febrero de 1567), consiguió que el parlamento decretase la disolucion del enlace de María, é hizo firmar á la nobleza una acta que le recomendaba como el pretendiente preferible á la mano de la reina. Apoyado con un poderoso partido, el ambicioso conde arrebató á la desventurada princesa, la encerró en uno de sus castillos y la obligó con violencia á que le diese la mano de esposa (15 de mayo).

(1) De Thou, lib. XLII.

El conde de Murray sublevó entonces en masa á la Escocia contra Bothwell, venció á este traidor y le obligó á huir hasta Noruega.

Los barones aborrecian á María por su papismo, y cuando se presentó en la corte, la acusaron de complicidad en la rebeldía de Bothwell y la encarcelaron en el castillo de Lochleven. La desventurada reina logró huir del castillo y convocó tropas; pero fué vencida, y buscó un asilo en los estados de su *bucna hermana* la reina de Inglaterra.

Isabel hundió en una prision á su rival. Jacobo VI, hijo de María y de Darnley, subió al trono de Escocia bajo la tutela del conde de Murray, y fué educado en la religion protestante.

La derrota de María arrojaba irrevocablemente á la Gran Bretaña en brazos de la reforma, y daba á Isabel la mas amplia libertad de dedicar todos sus cuidados en pro de sus amigos del continente. Lleno de pena y desconsuelo el pontífice incitó á los reyes de Francia y España á que declarasen la guerra á la *Jezabel* de Inglaterra, y preparó contra la infiel princesa los rayos del Vaticano. Los protestantes franceses estallaron de alegría al saber el cautiverio de María, y lo miraron como una feliz victoria. Ya pensaban en los medios que podian hacer triunfar la *causa* en Francia, cuando los acontecimientos de los Países Bajos precipitaron sus bélicos proyectos.

Habian abrazado el protestantismo los Países Bajos, especialmente las provincias septentrionales; y la cuestion de la reforma incluía allí como en todas partes la de libertad é independencia política. Felipe II no era tan querido de los belgas como su padre: español de carácter y afecciones, dejaba en el olvido á la nobleza flamenca; odiaba los privilegios y el espíritu de independencia de los Países Bajos, y estaba resuelto á imponerles su despotismo político y religioso, sustituyendo á sus fueros un sistema de gobierno igual al que esclavizaba á los españoles. Gobernaba estas provincias en aquella época su hermana Margarita, duquesa de Parma. Era una mujer prudente, ilustrada y enemiga de los sistemas políticos violentos; pero su ministro y celador, el cardenal Granvelle, era un implacable ejecutor de la despótica voluntad de Felipe, instituyó la inquisicion con las crueles fórmulas que tan temible la hacian en España, publicó

los decretos del concilio de Trento, abrumó la nobleza con desprecios y al pueblo con exorbitantes impuestos, y apoyó su tiranía con un ejército español permanente.

No tardaron las turbulencias y asonadas; trescientos nobles formaron una confederacion, y pidieron á Margarita que suspendiera los edictos publicados contra los herejes (5 de abril de 1566). Vanos y desoidos fueron sus clamores, á pesar de que Granvellé, cediendo al odio general, huyó de los Países Bajos. Un consejero de la duquesa tuvo valor para arrojar á los conjurados en su mismo rostro el apodo de *miserables*, el cual tomaron por dictado para distinguirse en la revolucion. El pueblo se sublevó en Brabante, en Holanda y en Frisa; convirtió en escombros los templos y abolió el culto católico; pero fué un movimiento poco unánime y terrible. Margarita entabló negociaciones con los insurgentes, derrotó sus tropas desordenadas, llegó á restablecer la religion católica y desbarató la liga de los nobles. Los condes de Egmont y de Horn y Guillermo de Nasau (1), príncipe de Orange, eran los mediadores entre el poder y el pueblo; y pidieron la abolicion de la inquisicion, haciendo protestas de lealtad y de obediencia. ¿Era posible que Felipe accediera á las súplicas y exigencias de los Países Bajos, sin ver destruida su obra en España y en Italia? «Estoy resuelto, dijo al papa, á perder estas provincias antes que permitir que en ellas se extinga la religion católica; prefiero no tener súbditos á reinar en herejes.» La respuesta que dió á las súplicas y á la sumision equívoca de los tres señores, fué mandar al duque de Alba que dejase la Italia y partiese á los Países Bajos con catorce mil hombres de sus antiguos ejércitos. La nobleza de este país al saber tamaña decision huyó al extranjero: el príncipe de Orange creyó que había llegado el momento favorable de unirse á los descontentos, y partió á Alemania con sus dos hermanos á organizar un ejército. Los dos condes, sus amigos, se negaron á seguirle y per-

(1) Esta casa, que ha dado un emperador, Adolfo de Nasau, estaba dividida en muchas ramas. Guillermo pertenecía á la de Dillemburgo; heredó el principado de Orange de su primo hermano René de Nasau, que era sobrino por su madre de Filiberto de Orange, muerto en el sitio de Florencia en 1550. Era vasallo del imperio como conde de Nasau, de Francia como príncipe de Orange, y de España como poseedor de numerosos dominios en los Países Bajos.

manecieron en Bruselas. Margarita dejó el gobierno de los Países Bajos.

Estos acontecimientos causaron notable eco y sensación en Francia; Coligny y los demás jefes calvinistas eran los que habían incitado al príncipe de Orange y á la nobleza flamenca á que tomasen las armas, y ellos los que aconsejaban á Catalina que diese apoyo á la rebelion de los Países Bajos, diciéndole que habia llegado la ocasion de reunir á la Francia estas provincias (1567).

El duque de Alba se dirigió con su ejército por Saboya y la Lorena, pidió á Carlos IX el paso por las fronteras de Champaña, y solo alcanzó la negativa. Por consejo de los jefes calvinistas puso la reina las fronteras en estado de defensa y asalarió seis mil suizos; y por una extraña contradiccion se negó al mismo tiempo á dar auxilio á los insurgentes de los Países Bajos, mientras enviaba víveres á las tropas españolas. Los hugonotes continuaron sus rebeldes preparativos, y Condé tuvo la audacia de ofrecer al rey veinte mil hombres. Carlos los rehusó lleno de enojo, indignándose al ver que uno de sus súbditos se arrogaba el derecho de tener un ejército en su reino; y esta oferta manifestó á la corte las tentativas de los calvinistas. Pero ya entonces una turba de nobles habia partido á defender á Ginebra alejándose del ejército del duque de Alba, y despues de haber recorrido la Borgoña é intentado apoderarse de Metz, habia regresado á Champaña.

El duque de Alba llegó á los Países Bajos. Catalina no licenció el ejército real, pero llamó á los suizos á las cercanías de París. Los protestantes se alarmaron con esta medida, pidieron que se volviesen á enviar estas tropas á la frontera, y no habiendo logrado su peticion, tuvieron una asamblea de jefes por instigacion del embajador inglés, y tomaron las armas con tanta union y tan rápida y secretamente, que mostraron á todos la formidable organizacion de su partido. Un señor de la corte les dió el falso ó cierto aviso de que el gobierno habia resuelto prender á Condé, matar á Coligny, inundar de tropas las principales ciudades y revocar el edicto de Amboise; convocáronse entonces en Chatillon-sur-Loing, permanencia de Coligny, y resolvieron salir por medio de la guerra del estado de incertidumbre en que vivian hacia cinco años.

El plan de campaña era el siguiente: organizar un ejército *valiente*, tomar pocas ciudades, acometer de improviso á los suizos, apoderarse del rey y de la reina, y gobernar en su nombre dejando á los católicos la libertad de conciencia. Era una segunda conjuración de Amboise, pero mas extensa y atrevida. Enviaron desde allí órdenes y advertencias á todo el reino; «no se escasearon correos de á pié, cifras, firmas, contrafirmas y caracteres misteriosos y convencionales; y las iglesias y sus ministros vigilantes y advertidos prepararon sorpresas, armas y traiciones (1).»

§. VI.—*Los protestantes intentan apoderarse del rey en Meaux.—Batalla de San Dionisio.*—No hay duda que la corte proyectó medidas violentas, pero no pensó formalmente en ponerlas por obra. Hallábase el rey en Monceaux de Brie enteramente ocupado en fiestas y diversiones, cuando sus consejeros tuvieron noticia de que los caminos estaban ocupados por hombres armados. No les dieron crédito la reina y el canciller, y enviaron á Châtillon un espía que vió á Coligny «ocupado en la vendimia.» Era el 26 de setiembre. Al siguiente dia toda la nacion se vió inundada de ginetes y compañías de hugonotes; «y en un solo dia tomaron estos cincuenta plazas fuertes (2).» Condé, Coligny y Dancelot aparecieron en Rosoy de Brie, á cuatro leguas de la corte, al frente de cuatrocientos nobles. Este era el punto de cita indicado á los insurgentes.

Al dia siguiente se dirigieron á Monceaux; pero á la primera noticia que tuvo la corte de su llegada, se retiró rápidamente á Meaux antes de acercarse los rebeldes, y envió mensajeros á los parisienses y los suizos. Este paso se dió contra el parecer del canciller, que viendo con dolor el amago de otra guerra civil, queria que no se desoyesen las quejas de los reformados (27 de setiembre).

«¿Osais defender, le dijo la reina, que los hugonotes empuñan las armas en servicio del rey?» Y continuó tomando medidas acertadas de defensa con sangre fria y actividad, enviando al campo de los protestantes al mariscal de Montmorency (3) que

(1) Tavannes, cap. 20.—(2) Pasquier, lib. V, carta 2.—Tavannes.—(3) Era primogénito del condestable. Tenia tres hermanos; Damville, que fué mariscal y condestable, Thoré y Meru.

hizo perder tiempo al enemigo con su parlamento. Llegaron los suizos á media noche, y despues de tres horas de descanso, se formaron en cuadro. El rey, la reina, sus damas y los ministros se colocaron en el centro; ochocientos nobles formaron la vanguardia y la retaguardia; en este orden de batalla emprendieron su marcha hácia Paris (28 de setiembre).

El ejército de Condé intentó interceptar el camino, pero no pudiendo romper el frente de los suizos, se contentó con hostigarlos por los flancos. El jóven monarca estaba furioso; repetidas veces quiso arrojarle sobre los rebeldes, y nunca olvidó su insolente ataque. Luego que se supo que no estaba léjos un cuerpo de parisienses que habia salido en su defensa, la corte salió del cuadro escoltada por doscientos cortesanos, y mientras los hugonotes caian vencidos bajo las picas de los suizos, el rey y su acompañamiento, que á todo escape se habia arrojado por un atajo, llegaron sin lesion á Paris.

Luego que la reina se vió dentro de las murallas «de la ciudad que ha seguido constantemente los destinos de los reyes de Francia (1)» mandó que todos sus vecinos corriesen á las armas. Condé se arrojó con cuatro mil hombres pertenecientes á la bellosa nobleza en pos de la reina, incendió los molinos, se apoderó de los puentes, caminos y aldeas cercanas, y desplegando una actividad que triplicaba sus fuerzas, intentó rendir Paris por hambre. Defendian la ciudad dos mil soldados y diez y seis batallones de milicia urbana; pero la reina prefirió las negociaciones á las hostilidades. Los calvinistas manifestaron tanto orgullo como si tuviesen ante la ciudad un ejército de cien mil hombres; pidieron la absoluta libertad de culto, la convocacion de los estados generales, la abolicion de los impuestos, el licenciamiento de las tropas extranjeras, etc. La reina respondió á sus exageradas exigencias intimándoles que dejasen las armas, y declaró por medio de un decreto del consejo rebeldes y criminales á Condé y á todos sus secuaces.

Despues de manifestar tan rigurosamente su voluntad, la reina reunió un numeroso ejército, pidió auxilio á Felipe II, y arrojó de las plazas mas principales á los protestantes. El blo-

(1) Pasquier, lib. V, carta 2.

queo no disminuyó los víveres en París ; pero los rebeldes esperaban respetables refuerzos , ya del mediodía que se había sublevado en masa, ya de Alemania donde Juan Casimiro, hijo del elector palatino, organizaba un ejército. Habiéndose acantonado Condé en San Dionisio con seis mil hombres , la corte creyó indispensable arrojarle de allí antes que recibiera los refuerzos extranjeros. Los parisienses obligaron al condestable, á quien acusaban de connivencia con sus sobrinos , á que saliera de la ciudad ; y contando este con diez y seis mil hombres, aprovechó la conyuntura de haber partido Dancelot á hacer una correría por Poissy con mil y quinientos caballos. El ejército de Condé se veía entonces reducido á cuatro mil hombres sin artillería ; pero como necesitaba atestiguar su valor y sus fuerzas para atraer los auxilios del mediodía y de Alemania , se desplegó animosamente en órden de batalla en la llanura de San Dionisio (10 de noviembre de 1567).

El anciano condestable tomó tan poco acertadas disposiciones que inutilizó la ventaja que le daba su artillería , y fué causa de que la infantería se desordenase á las primeras cargas del enemigo. Él mismo , al frente de su caballería , recibió una herida mortal, y se trabó en torno de su cuerpo un encarnizado combate. Logró por fin libertarle el mariscal de Montmorency , que obligó á los protestantes á emprender la retirada. La batalla solo duró una hora , y costó seiscientos muertos á los dos ejércitos.

§. VII.— *Los protestantes se reúnen con los auxiliares de Alemania.—Paz de Longjumeau.*—Condé se retiró á Champaña y se dirigió hácia Lorena para reunirse con los diez mil hombres que le traía Juan Casimiro. Su pequeño ejército no perdió su valor y audacia á pesar de hallarse sin víveres, sin dinero, acosado por el cansancio, andando en lo mas riguroso del invierno por caminos intransitables, á través de pueblos enemigos, y á pesar de ser perseguido por tropas cinco veces mas numerosas. Viéndose la reina libre felizmente de Montmorency, no quiso dar á nadie el cargo de condestable, é hizo nombrar teniente general á Enrique, duque de Anjou, su hijo favorito, que solo tenia diez y seis años de edad, dándole por ayos á los duques de Montpensier, de Nevers (1)

(1) Tercer hijo de Federico de Gonzaga, duque de Mantua; era duque de Ne-

y de Nemours. Las discordias de estos tres jefes salvaron el reducido ejército calvinista.

Llenos de audacia y de union habian los hugonotes tomado las armas en el mediodía, haciéndose dueños de Montpellier, Nîmes y Montalban despues de haber pasado á cuchillo á los sacerdotes, incendiado los templos, y renovado todos los desórdenes y estragos de la primera guerra. Eran superiores en número á los católicos, y formaron en el Languedoc un ejército de siete mil hombres que se dirigió á marchas forzadas á defender á Condé. Montluc pudo contener en la Guiena á los protestantes por medio del rigor y la crueldad, envió á la reina algunas tropas auxiliares, pero en vano puso cerco á la Rochela, que era entonces la plaza de armas de los reformados en el sudoeste del reino.

El ejército de Condé llegó á Pont-á-Mousson, y despues de seis días de terror y de esperanza, pudo reunirse con Juan Casimiro que venia al frente de tres mil lansquenets y seis mil quinientos *reitres* (1) (11 de enero de 1568). La libertadora presencia de los alemanes produjo en los calvinistas un entusiasta alborozo; pero como estos les habian prometido 100,000 escudos cuya suma debía enviar Isabel, y no habian recibido nada, los auxiliares amenazaron con regresar á su país, pues «los *reitres*, dice Castelnau, son soldados de alquiler que solo pelean por el dinero y por el botín (2).» Viendo los hugonotes que el peligro era inminente, y habiendo costeadado hasta entonces la guerra á sus expensas, hicieron un esfuerzo para reunir una suma de 30,000 escudos, por la cual consintieron en seguirles sus aliados. Componiéndose entonces el ejército de Condé de veinte mil hombres, tomó la direccion del Beauce para reunirse con los siete mil protestantes del mediodía que habian llegado al Berri, y para libertar á la ciudad de Orleans que habian tomado sus amigos por sorpresa y que estaban sitiando los realistas. Coligny estaba al frente de la administracion de estas tropas aventureras, el cual para proveer todo lo que necesitaban, exigia rescates á los pueblos y saqueaba las iglesias. Los de Condé se reunieron con el ejército del mediodía (23 de febrero), hicieron levantar el cerco de Orleans, tomaron á Beaugency y á Blois, y llegaron á sitiar á Chartres, sin

vers por su enlace con Enriqueta de Cleves, heredera de este ducado.—(1) *Reiter*, caballero.—(2) Castelnau, lib. IV, cap. 8.

que el ejército católico que estaba sumido en la discordia, hiciese el menor esfuerzo para contener á los calvinistas.

Pero bien pronto se desordenó el ejército rebelde, que como solo vivia de robos y saqueos, era continuamente hostigado por los campesinos, y tenia además á sus espaldas otro ejército que iba á causar su ruina con mas seguridad que con la fuerza de las armas. Los auxiliares se quejaban y desertaban, los nobles se iban á las provincias á defender sus castillos, y muchos jefes, en especial el cardenal Chatillon, que estaba en negociaciones con la reina, estaban inclinados á la terminacion de la guerra por medio de una paz honrosa. Finalmente, esta campaña de algunos meses les habia desilusionado mas que la primera: conocian que en realidad les eran contrarios el trono y la mayoría nacional; que su alzamiento habia excitado contra la nobleza todas las pasiones democráticas, y que los católicos, cuya confianza no tenia límites justamente, no se humillarían jamás á sufrir su dominacion.

En los reinados de Enrique II y de Francisco II el número de reformados se aumentaba notablemente de dia en dia, pero disminuia en el de Carlos IX, ya á causa de la persecucion, ya por el terror que inspiraban sus proyectos, ya por la rigidez de sus doctrinas. Los calvinistas no podian creer en la victoria, y lo único á que debian aspirar era á que la nacion tolerase su culto.

La reina madre no cesaba de proponer la paz, pues esta mujer de infatigable actividad jamás estaba en reposo, y mandando siempre é intrigando, á nadie desechaba, á ningun partido maltrataba ni ofendia. Su único objeto era la terminacion de la guerra. El cansancio y abatimiento de los reformados y la moderacion de las proposiciones de la reina, que ellos aceptaron sin titubear, ocasionaron la paz que se firmó en Longjumeau (27 de marzo). Restablecióse entonces sin restriccion el edicto de Amboise, los protestantes prometieron dejar las armas, volver á tomar los sitios que ocupaban, y el tesoro real tuvo necesidad de pagar á los alemanes para que regresasen á su país.

Esta paz no causó alegría á ninguno de los dos partidos; á los católicos, porque sus enemigos habian alcanzado condiciones tan favorables, en vez de ser castigados por su rebeldía; y á los protestantes, porque no teniendo para el cumplimiento del tra-

tado mas garantía que la promesa del rey , temieron que se les preparase una celada. Ambos partidos permanecieron pues en una posicion hostil y llenos de odio y desconfianza ; y ni unos ni otros se contuvieron de violar el tratado, que á nadie logró reconciliar, pues aquella paz no era en realidad mas que una suspension de armas.

§. VIII.— *Pontificado de Pio V. — Crueldad de Felipe II. — Catalina se dispone á hostilizar á los protestantes.*— En el estado de irritacion y de odio en que se hallaban todos los ánimos era imposible una paz definitiva: la reaccion católica se llevaba entonces á cabo con extrema energía y por todos los medios, el fuego, el acero, la predicacion y las súplicas. Pio V habia sido el sucesor de Pio IV ; era un anciano respetable, de exaltada devocion y de una austeridad y humildad dignas de los Apóstoles, pero al mismo tiempo el mas inflexible y cruel de los enemigos de la herejía (1566). Habia sido gran inquisidor y llevó consigo la severidad inquisitorial á la silla de san Pedro ; impuso á todo el clero una reforma en sus costumbres y educacion, y castigó como crimenes las mas insignificantes infracciones en la disciplina de la Iglesia. Cesó con él la corte pontificia ; y este monje austero que seguia las procesiones de Roma con los piés descalzos y cubierto de cilicios , lavó con sus lágrimas la depravacion de Alejandro VI. Acabó también con él la política mundana ; no reconocia mas que príncipes católicos que amaba de todo corazon, y príncipes herejes cuya ruina deseaba, y no cesaba de amonestar á los reyes, diciéndoles que su salvacion dependia de su union con la Iglesia. La restauracion católica recibió con su esfuerzo tanto impulso, que á la hora de su muerte el triunfo era ya seguro en Polonia, Hungría, Alemania meridional, Bélgica y Francia.

Impelido Felipe II por este anciano devorado por el santo celo religioso, redobló su energía y crueldad. Su hijo don Carlos, joven de pasiones violentas y feroces y de carácter odioso é indomable, quiso oponerse á la política de su padre, entabló una secreta correspondencia con Isabel, hizo alianza con los rebeldes de los Países Bajos ; y el rey « prefiriendo el honor de Dios, la conservacion de la religion católica y la salvacion de sus reinos su propia sangre, » le hizo matar en secreto (21 de enero de 1568).

Los moros de España, aunque pacíficos y sometidos al trono castellano, habian conservado sus relaciones con sus hermanos de Africa, y habiéndoseles obligado á abrazar la religion cristiana, se sublevaron. Marcharon contra ellos muchos ejércitos, y despues de dos años de guerra fueron esterminadas ó expulsadas del reino ochenta y cinco mil familias moriscas (1568 á 1570).

La inquisicion declaró en los Países Bajos herejes á los estados generales, y el duque de Alba recibió la orden de no tener ya mas miramientos (10 de febrero de 1563); se instituyó entonces un consejo en Bruselas, «tribunal de sangre» que hizo morir á diez y ocho mil personas, desterró á treinta y dos mil; y los condes de Egmont y de Horn (1) subieron al cadalso para servir de ejemplo á todos los nobles, y segun decia el duque de Alba, para mostrar á aquellas gentes que no inspiraban temor alguno (5 de junio). Los insurgentes impetraron el auxilio de los príncipes de Nasau y de los calvinistas de Francia: dos de los Nasau entraron por la Frisa y el Güeldre, mientras una division de protestantes franceses penetraban en el Artois; de los dos hermanos, el uno murió y el otro fué vencido, y el ejército francés se vió pronto disperso y disuelto por orden de Carlos IX. El príncipe de Orange llegó demasiado tarde, perdió su fuerza en marchas forzadas é inútiles, y se vió obligado á pedir á Condé un asilo en Francia.

El protestantismo conoció que su progreso estaba definitivamente paralizado y se aterró con tantas persecuciones y derrotas. La reaccion católica se hizo tan poderosa, que ni la corte de Francia pudo resistir su impulso; aunque es forzoso confesar que la reina madre ya no veia en los hugonotes mas que una faccion política, enemiga del trono y deseosa del desmembramiento de la Francia, y habia resuelto vencerla por la fuerza; «creyendo dice Tavannes, que era justo apoderarse de los que habian asaltado á Meaux.» No licenció los suizos, puso guarniciones en todos los pueblos fortificados, y no dió ningun paso para reprimir las violencias de los católicos. «Solo les quedan tres meses de vida, decíase por todas partes; y si el rey trata de impedirlo, será destronado y hundido en un convento (2).» Formáronse ligas pa-

(1) El primero, era descendiente de los duques de Güeldre, y habia ganado la batalla de Gravelines; el segundo era almirante del ejército de los Países Bajos.—

(2) De Thou, lib. XLIV.

ra la conservacion de la religion católica, la unidad nacional y el trono de los Valois, y estas ligas entablaron correspondencias con él papa y Felipe II.

Bien pronto atestiguaron sin rebozo la corte, Catalina y su hijo que dejaban por fin resueltamente el partido de la moderacion con la caida de L' Hopital. Su conducta durante la guerra habia parecido á todos favorable para los rebeldes, le aborrecia la corte romana y el pueblo le acusaba de protestantismo, y decia: «Dios nos libre de la misa del canciller.» Por peticion de Catalina, el papa habia publicado una bula permitiendo la enajenacion de los bienes del clero por valor de 570,000 escudos, con la condicion de que se emplearan para esterminar á los herejes. L' Hopital se negó á sancionar esta bula y su negativa le acarreó su destitucion. Fué su sucesor Morvilliers que no tardó mucho en ser reemplazado por Birague.

§. IV.—*Tercera guerra civil.—Situacion brillante de los reformados.*

La reina empezó sus hostilidades contra los protestantes exigiéndoles juramentos de fidelidad, por los que se comprometian á no tomar las armas sin mandato del rey, á no formar ligas secretas y á vivir en armonía con los católicos. Pero los hugonotes permanecian en su desconfianza, no habían abandonado las plazas que ocupaban, en todas partes estaban aun sobre las armas, continuaban sus secretas correspondencias con los extranjeros y enviaban auxilios á los rebeldes de los Países Bajos. Condé eludió los juramentos que la reina le exigia y no quiso prestarlos en nombre de sus amigos. El gobierno reclamó los 300,000 escudos que habia dado á los alemanes y que se habian obligado á restituir los jefes calvinistas. Condé y Coligny miraron esta peticion como una declaracion de guerra; se reunieron en Noyers de Borgoña; y sabiendo allí que por todos lados se veian tropas dispuestas para apoderarse de ellos, huyeron con sus familias escoltados por ciento cincuenta soldados (23 de agosto de 1568). Perseguidos con marcada negligencia por Tavannes, gobernador de Borgoña, que indirectamente les habia dado aviso de las órdenes de la corte, consiguieron pasar el Loira á vado cerca de Sancerre, y habiéndoseles agregado muchas partidas de nobles, llegaron á la Rochela, despues de haber cruzado veinte leguas de camino rodeados de inminentes peligros.

La reina de Navarra supo al mismo tiempo que iban á aprisionarla en el Bearne; se puso en marcha con cuatro mil hombres, atravesó la Guiena, hizo retroceder á Montluc, y despues de veinte dias de camino entró con su hijo Enrique en la Rochela, donde la recibieron con entusiasmo los protestantes. Bien pronto se reunieron con ella Soubise, Montgomery, Lanoue y Genlis que habian sublevado el Poitou, el Perigord y el Quercy, y comenzó la guerra por todos los ángulos del reino.

Altamente enojada la corte, ya por el nuevo alzamiento, ya por haber visto burlados sus deseos, publicó un edicto que prohibia bajo la pena de muerte el ejercicio de otro culto que no fuera el católico, concedia á los hugonotes el perdon de sus errores, si se sometian de antemano á la Iglesia romana, y mandaba á los sacerdotes reformados que salieran del reino (28 de febrero).

La reina madre «se habia asombrado mas que los mismos á quienes intentara sorprender;» no estaba aun dispuesta á emprender la guerra, y dió tiempo á los rebeldes para que pidieran auxilio á los extranjeros, se apoderasen de casi todas las ciudades de occidente y mediodía, equipasen una armada, y reunieran un tesoro y un ejército. Se alzó en masa todo el partido; el edicto no le dejaba mas recurso que la guerra, y el ardor del combate aumentó la ferocidad de los hugonotes. Por todas partes partidas llenas de furor robaban los pueblos, degollaban los sacerdotes y religiosos, y convertian en escombros las iglesias. Los católicos por su parte no tenian ningun miramiento con este partido eternamente rebelde; toda la Francia se vió inundada de soldados, aventureros y facinerosos; los dos partidos se hicieron la guerra sin piedad; no hubo prisioneros, ni se perdonó á los niños ni á las mujeres, y aquellos feroces guerreros olvidaron, ultrajaron y pisotearon la humanidad, la buena fe y todo lo que existe de noble en el corazon humano.

Jamás habian llegado á un estado tan próspero los negocios de los protestantes; eran suyas Angulema, Saintes y San Juan de Angely, y les obedecia todo el Poitou. Condé salió de la Rochela con fuerzas respetables; era esta ciudad la que con mas adhesion se habia pronunciado en favor de la *causa*; en ella estaba el corazon, el refugio y el tesoro del calvinismo; y sus numerosas naves, tripuladas por atrevidos corsarios, recorrían el Océa-

no, robaban á todos los mercaderes papistas, detenian las flotas españolas, recibian los socorros de Isabel, y llevaban á Inglaterra los despojos de las iglesias que vendian á ínfimo precio (1).

El Languedoc se habia sublevado tambien: en el Crussol Acier reunió veinte y cuatro mil hombres, y marchaba por el Rouergue á engrosar las filas de Condé. El duque de Montpensier, uno de los mas crueles jefes católicos, derrotó una parte de aquel ejército, pero no pudo impedir que se juntara con el de la Rochela, y retrocedió para reunirse al ejército real que llegaba al Poitou. Condé rebosaba de triunfante alborozo, parecia el soberano de todo el mediodía, pues tenia derecho de vida y muerte, confiscaba y distribuía las tierras, imponia contribuciones de dinero y de sangre, entablaba negociaciones con las potencias extranjerias, y segun dicen, no se cria muy léjos de la corona. El pensamiento favorito de los protestantes era sentar al rey de los fieles en el trono, y se cree que se acuñaron monedas con la siguiente leyenda: «Luis XIII primer rey cristiano de Francia (2).»

La reina se proporcionó dinero con la venta de los bienes de los rebeldes y haciendo en Italia empréstitos onerosos; despues organizó un ejército de diez y ocho mil infantes y cuatro mil caballos, y dió el mando á su hijo Enrique duque de Anjou, guiado por Tavannes y Biron.

Los dos ejércitos, de igual número de combatientes, marcharon en diferentes direcciones entre el Charente y el Loira durante cuatro meses, colocándose muchas veces frente á frente; pero el rigor del invierno les impidió dar la batalla, y ambos se separaron, teniendo por una y otra parte pérdidas considerables.

§. X.—*Batalla de Jarnac.—Coligny refuerza su partido.—Llegada de los alemanes.*—Volvieron á comenzar las operaciones con mas vigor al llegar la primavera, pero el ejército de Condé se habia disminuido de la mitad, y el del duque de Anjou habia recibido refuerzos considerables (1569). Los protestantes esperaban dos ejércitos auxiliares: el uno organizado por los señores del Quercy que hacia frente á Montluc, y el otro de ale-

(1) Castellan, lib. V, cap. 2.—(2) Memorias de la Academia de inscripciones, tomo XVII, p. 607.

manes que conducia el duque de Deux Ponts; querian reunirse primero con el ejército de Quercy y avanzar despues por el Berri hasta el Loira para reunirse con los alemanes. El duque de Anjou resolvió darles la batalla antes de la llegada de estos auxiliares, se dirigió por Poitiers á Bellac, volvió hácia el oeste, pasó el Vienois en Confolens y costó el Charente bajando por la orilla izquierda, con el objeto de impedir la reunion del ejército del Quercy, que llegaba por el Perigord con el de Condé, que venia de la Rochela por San Juan de Angely y era dueño de todos los pueblos del Charente; pues de este modo aislaba á Condé de las provincias meridionales, dejándole expeditos los caminos del norte. El de Anjou intentó apoderarse de Jarnac, fué vencido en el puente, y retrocedió á Chateaufeuf, pueblo situado en la orilla meridional.

El ejército calvinista, perdiendo la esperanza de reunirse con las tropas de Quercy, determinó entonces dirigirse hácia el Loira, creyendo ganar algunas jornadas á los católicos, á favor de los puentes del Charente que estaban todos cortados. Condé salió de Jarnac para Saintes; Coligny, que mandaba la retaguardia, dejó algunas tropas delante de Chateaufeuf; pero durante la noche y sin que tuviesen noticia los protestantes, los católicos utilizaron el puente y comenzaron á pasar á la opuesta orilla. El almirante dió en seguida la órden á sus tropas dispersas para que se reunieran y emprendiesen la retirada; pero no habiéndole obedecido hasta que el ejército real acabó de pasar y empezó el combate, se hizo fuerte en Bassac detrás de un arroyo. Cuando Condé supo que los realistas atacaban á Coligny, corrió en defensa de los suyos con trescientos caballos y mandó á la infantería que le siguiese; dió una carga con valor heróico, pero vencido por el número, viendo á todos sus soldados muertos en torno suyo, y herido y peleando de rodillas, no tuvo mas medio que rendirse (13 de marzo). Montesquieu, capitán de los guardias del duque de Anjou, le mató por la espalda de un pistoletazo.

Los hugonotes al mando de Coligny se retiraron á Cognac y Saintes: solo habian perdido cuatrocientos hombres, pero eran todos nobles, y se hallaba entre ellos su valeroso jefe. Ya se hablabla en el campamento de encerrarse en la Rochela, y la dis-

cordia empezaba á dividir á los orgullosos señores del partido, cuando llegó á Saintes Juana de Albret, que arengó á los soldados con su habitual entusiasmo y les ofreció por jefes á su hijo Enrique y al hijo de Condé. Enrique tenia solo quince años; habia nacido en Pau, donde habia recibido la severa educacion de un noble montañés, y era entusiasta, valiente y despejado. Los protestantes le reconocieron por su generalísimo (27 de mayo) bajo la direccion de los dos Chatillon. Habiendo muerto Dancelot poco tiempo despues, Coligny se vió cargado con todo el peso del partido protestante. El almirante no era un gran capitan, ni hombre de estado muy notable, pero tenia calma, tenacidad, valor y dignidad en su exterior; inspiraba extrema confianza á sus soldados, y consiguió arrancar al partido del abatimiento en que yacía.

Volfgaud de Baviera, duque de Deux Ponts habia reunido en tanto en Alsacia ocho mil caballos y seis mil infantes, aventureros todos ansiosos del saqueo, que hacian de la guerra una industria. La reina pidió tropas al duque de Alba para detener este ejército, y asalarió seis mil alemanes católicos que envió á Lorena á los duques de Aumale y de Nemours; pero no llegaron los refuerzos españoles, y la discordia separó á los dos jefes católicos. El duque de Deux Ponts consiguió entrar en Borgoña donde se reunió con un ejército protestante, y el duque de Anjou se apresuró entonces á impedir su marcha.

El jóven príncipe no habia sabido aprovecharse de la victoria de Jarnac, dió tiempo á los vencidos para que pudieran rehacerse de su derrota, puso sitio á Cognac y Angulema, y salió frustrado su intento en ambas plazas. Cuando supo la entrada de los alemanes, se dirigió á Gien, pero el duque de Deux Ponts logró pasar el Loira por Charité, atravesar el Berri y entrar en el Limousin, donde enfermo de cansacio, murió el dia 11 de junio. Continuó su marcha su ejército al mando del conde de Mansfield, venció á los católicos en el paso del Vienne y se reunió por fin con Coligny. Esta osada expedicion de doscientas cincuenta leguas de camino al través de tantos enemigos, hizo mucho honor á los alemanes, y orgulleció y dió desmesuradas esperanzas á los calvinistas. Los dos ejércitos reunidos ascendian á veinte y cinco mil hombres, pero el del duque de Anjou, au-

mentado con seis mil italianos que envió el papa, contaba treinta mil (1).

§. XI.—*Combate de la Roche-Abeille — Sitio de Poitiers. — Batalla de Moncontour.*—Los dos ejércitos pasaron inútilmente el tiempo en operaciones y escaramuzas sin resultado, de las cuales la mas formal fué el combate de la Roche-Abeille, en la que fueron vencidos los católicos, y los protestantes pasaron á cuchillo á sangre fria á todos los prisioneros (23 de junio). Se apoderó el desórden del ejército real compuesto de alemanes, italianos, españoles y franceses, que á duras penas cobraban su sueldo, y creyendo la reina que con mas seguridad sería vencido y aniquilado el enemigo por una larga campaña, que por medio de una batalla, dió orden al duque de Anjou de que dispersase sus tropas por los acantonamientos. Coligny no sacó partido de esta inaccion, se entretuvo en sitiar castillos y ciudades, exigir rescate á los pueblos y disciplinar sus tropas; y se hallaba enorgullecido con el poder que adquiría su causa, que dominaba absolutamente en todo el mediodía, porque además del numeroso ejército que estaba á sus órdenes, partidas independientes ocupaban muchas provincias, y Montgomery era dueño de los países cercanos á los Pirineos con ocho mil hombres. Tantos esfuerzos agotaron no obstante á los hugonotes; no había cesado su persecucion en el norte, el parlamento acababa de poner á precio la cabeza del almirante, su numeroso ejército no tenía probabilidades de larga duracion, y era forzoso antes de ser destruido dar un golpe decisivo que conquistara una paz honrosa.

La nobleza del Poitou indujo á Coligny á que pusiese sitio á Poitiers (24 de julio); pero los duques de Guisa y de Guiena pudieron penetrar en la plaza con seis mil hombres y la defendieron heroicamente. Las enfermedades diezmaron á los sitiadores

(1) Pio V mandó á sus soldados que no dieran cuartel á ningun hugonote y que mataran á todos los que cayeran en su poder. (Catena vida de Pio V, p. 85).—El mismo escribió á la reina «No dejéis al enemigo comuna posibilidad de alzarse contra los católicos. No tengais compasion de los que Dios ha alejado de su seno por indignos de perdon, y continuad combatiendo sin tregua ni descanso hasta la muerte á los que desean la ruina de la religion católica. Hombres tan execrables solo merecen vuestra indignacion y justos suplicios etc.»

y Coligny, al saber que el duque de Anjou habia aumentado su ejército y estaba sitiando á Chatellerault, abandonó á Poitiers, obligó á los católicos á salir del campo y los hizo retroceder hasta Chinon. El duque de Anjou recibió en este punto los refuerzos que esperaba, y que añadían á su ejército veinte y cuatro mil hombres.

El almirante se puso en observacion y se dirigió á Parthenay con intencion de llegar á las provincias del mediodía y reunirse con Montgomery. Se componia su ejército de quince mil infantes y siete mil caballos; pero cansados todos de la guerra y desanimados por el mal éxito del sitio de Poitiers, deseaban salir de la incertidumbre por medio de una batalla. En el momento en que los protestantes pasaban el Dive por Moncontour, el ejército real que habia salido de Chinon, se halló en frente de ellos de improvisó é intentó interrumpir su marcha. Se trabó un violento combate entre la retaguardia de los hugonotes y la vanguardia de los católicos que salieron vencedores. Coligny en tanto pasó el rio, pero en vez de apresurar la retirada, y á pesar de los consejos que le dieron muchos señores del ejército real (1), se detuvo entre el Dive y el Thoué en medio de las extensas llanuras y apoyando sus dos alas en los rios (3 de octubre).

El ejército calvinista se hallaba en el mayor desorden; los nobles pedian la batalla, los mercenarios el dinero; no se tomó ninguna disposicion, y dejaron que el duque de Anjou pasase el Dive cerca de su nacimiento y se adelantase hácia ellos entre los dos rios. Tavaunes era el que, con destreza digna de guerra mas gloriosa, dirigia las operaciones de los católicos.

Trabóse la batalla que apenas duró una hora; los protestantes fueron completamente derrotados, murieron diez mil, se dispersaron los restantes, y cayeron en poder de los católicos los cañones, los bagajes y las banderas. Estos no perdieron mas que quinientos hombres. Coligny, que solo habia sabido ser valiente en la batalla, se retiró con los restos de su ejército á la Rochela dejando guarniciones en Niort, San Juan de Angely y Angulema para contener al ejército victorioso. Los mas influyentes del partido estaban desesperados y querian huir á Inglaterra.

(1) D'Aubigné, t. I, lib. V, p. 304.—De Thou, lib. XLVII.—Mergéy, p. 79.

Todo el mundo creyó ya decisiva y completa la destrucción de los protestantes, y la victoria de Moncontour se celebró con muestras de inmenso júbilo en todos los países católicos. Pio V creyó que los herejes no alzarían jamás la cabeza, y seguro del triunfo de la fe, excomulgó á Isabel, y se preparó á conducir en persona una cruzada contra Inglaterra.

Las discordias de los católicos salvaron á los protestantes. Carlos IX estaba celoso de la gloria de su hermano; los cortesanos le aconsejaban que tomase el mando de las tropas, y salió con este objeto de la corte. Los realistas acababan de apoderarse de Châtellerault, Saint-Maixent y Niort; Tavannes queria que se persiguiese al enemigo hasta los Pirineos sin darles tiempo para tomar aliento, y el rey determinó no dejar á su espalda ninguna plaza enemiga, y se entretuvo en poner sitio á San Juan de Angely (16 de octubre). Pero esta plaza hizo una heroica resistencia, y cuando capituló, los católicos habian perdido seis mil hombres al pié de sus murallas, y los hugonotes habian tenido tiempo para rehacerse de su derrota.

§. XII.—*Marcha de Coligny atravesando toda la Francia.—Combate de Arnay-le-Duc.—Paz de San German.*—Coligny reanimó la confianza de su partido, pidió socorros á Alemania, mandó á Montgomery que viniera á reunírsele en el Languedoc, y emprendió su marcha hácia la Guiena con los dos Borbones y tres mil caballos (18 de octubre). Cruzó sin obstáculo el Dordoña y el Lot, hizo retroceder á Montluc, y encontró en Agen á Montgomery, á quien el mariscal de Damville habia dejado pasar al Languedoc (10 de diciembre). Desde allí se dirigió á Tolosa, viviendo durante su camino del saqueo, y haciendo recobrar á su pequeño ejército su antiguo valor y audacia. Reunió soldados leales en los países cercanos á los Pirineos, recibió dinero de la Rochella, y llegó á Nimes, ciudad adicta á la *causa*, donde los hugonotes acababan de saciar su bárbaro furor en los católicos (abril de 1570).

Anunció Coligny en esta ciudad á sus compañeros que habia resuelto aproximarse á Paris, cruzando la mitad del reino para reclutar soldados y hacer abundante botín; último recurso ya del partido que no se atrevia á presentar batallas, ni acercarse al ejército real, ni aun á permanecer acantonado en una provin-

cia, pues se hallaba reducido á la existencia de una banda de aventureros y bandidos, cambiando sin cesar de permanencia, viviendo de un dia para otro, y llenando de inquietud y de alarma al reino con sus apariciones y saqueos. Coligny entró en el valle del Ródano, arrastró tras de sí á la nobleza del Delfinado y se dirigió á Borgoña.

La corte se aterró conociendo que era interminable la guerra, pues los protestantes en vez de hallarse abatidos con sus continuadas derrotas, eran mas que nunca temibles y un obstáculo para la paz y prosperidad del reino, y su marcha á través de las provincias, entorpecía el gobierno, la recaudacion de los impuestos y el comercio. Era indispensable transigir y considerarlos como amigos. Además el papa y Felipe II, creyendo que estaba terminada la guerra con la victoria de Moncontour, habian llamado sus respectivas tropas; los alemanes desertaban por falta de paga, y el ejército católico solo ascendia á siete ú ocho mil soldados. Finalmente, la ventaja estaba de parte de los protestantes en Saintonge, donde Lanoue que los mandaba habia vencido al baron de la Garde, general de las galeras, tomado las Arenas de Olonne, Luzon y Fontenay (junio), y despejado de enemigos las cercanías de la Rochela, apoderándose de las islas circunvecinas. Catalina, dispuesta siempre á entablar negociaciones amistosas, hizo favorables proposiciones á Coligny.

Los hugonotes tenian ya necesidad de paz y descanso; su reducido ejército de cinco á seis mil hombres, desnudo, sin provisiones y sin artillería, estaba rendido con aquella marcha de cuatrocientas leguas, que no ponia fin á su existencia aventurera. Pero no por esta razon se habian disminuido su altivez y desconfianza, y aun cuando ya no ambicionaban ser los soberanos de la nacion, aspiraban al menos á ocupar una posicion igual á la de los papistas. Coligny creyó que eran muy poco ventajosas las proposiciones de la reina, y continuó su marcha por la Borgoña. Salióle al encuentro un ejército católico de doce mil hombres y le detuvo en Arnay-le-Duc. Despues de un encarnizado combate (26 de junio) en el que los dos Borbones pelearon al frente de las tropas, Coligny forzó el paso, y perseguido por los católicos, que se veian entorpecidos por su artillería, se di-

rigió á marchas forzadas por entre el Loira y el Yonne, y llegó á Loing.

Entonces fué cuando pidió la paz.

El papa y Felipe II hicieron los mayores esfuerzos para impedir un arreglo: el embajador de España declaró que su soberano accedería á toda clase de condiciones si se continuaba la guerra (1), pero la reina madre salió con su intento, y los vencidos en Jarnac y en Moncontour lograron que se restableciese el edicto de San German, que era mas favorable á su causa que si hubiesen sido los vencedores (8 de agosto).

El tratado les concedió la amnistía con aprobacion de la conducta observada por los príncipes, el ejercicio del culto protestante en dos pueblos por cada provincia y en todos los que estaba ya establecido, la ocupacion de cuatro plazas por espacio de dos años, ó cuatro ciudades donde los reformados tendrían su guarnición y gobernadores pagados por el rey (2), la admision de los calvinistas á todos los empleos, el permiso de recusar los jueces en los parlamentos sin manifestar el motivo, restitucion de los bienes confiscados, la concesion de tierra y pensiones á los gefes calvinistas, etc. Este tratado, ignominioso para la autoridad real, que se veía obligada á dar á sus súbditos rebeldes garantías de fidelidad y abhesion, creaba en realidad un estado dentro del existente, reconocia legalmente la existencia de un gobierno distinto del general y admitia dos pabellones, dos cultos y dos leyes.

Alzóse un grito general de indignacion contra esta paz sacrilega en toda la Europa romana. «Somos de parecer, dijo el papa, que es el golpe mas funesto que ha recibido la fe desde que establecieron las turbulencias religiosas.»

La Francia católica creyó que la hacian una traicion, y pensó desde entonces en salvarse á sí misma á pesar del trono.

(1) De Thou lib. XLVII.—2 Estas plazas eran: la Rochela, que facilitaba la comunicacion del partido calvinista con Inglaterra; Cognac, que dominaba el Poitou, la Saintonge y el Angoumois, provincias donde eran muy numerosos los reformados; Montauvan, capital de los protestantes en el mediodía; la Charité, que daba el paso del Loira á los alemanes.

CAPITULO IV.

Matanza de San Bartolomé.—Cuarta guerra civil.—Muerte de Carlos IX. (1570.—1574)

§. I.—*Carlos IX abraza la política protestante.—Privanza de Coligny.—Proyecto de guerra contra España.*—La paz de San German no era una celada, como han pretendido los protestantes en vista de los acontecimientos que siguieron á ella; era otro ensayo del poder para hacer que existieran unidas ambas religiones, dar á la Francia el descanso que necesitaba, y para tratar de vencer tal vez y aquietar durante la paz á los calvinistas tan indomables á pesar de sus derrotas. La reina madre impelió á Carlos IX á esta política de moderacion que reclamaban la necesidad y el abatimiento del reino; pero este joven príncipe, débil, caprichoso y lleno de envidia, no se contuvo en los límites que le habia impuesto Catalina; y adhiriéndose con el ardor brutal de su carácter á la última idea que acababan de inspirarle, quiso libertarse del ascenso de su madre, y de la gloria y reputacion de su hermano, y mandó llevar á cabo con extraño rigor el edicto de paz, oyendo con benevolencia todas las quejas de los calvinistas, arrastrando al cadalso á los católicos que los ultrajaran, y rechazando con aspereza las reclamaciones del papa y del rey de España.

Los hugonotes desconfiaban de la paz que habian conseguido: las órdenes de sus jefes se dirigian todas á que permaneciesen sobre las armas; Coligny y los príncipes estaban retirados en la Rochela, ciudad considerada como la ciudadela del calvinismo por lo inexpugnable de sus murallas, el número de sus naves, sus comunicaciones con Inglaterra y los Países Bajos, y por el espíritu republicano de sus habitantes; y desde allí dirigian sus quejas á la corte y velaban por el bien y prosperidad de la causa.

La desconfianza y la ferocidad de los calvinistas eran mas amenazadoras cuanto mayores eran las pruebas y demostraciones de benevolencia y de lealtad que el monarca les manifestaba, y

cuanto mayor empeño ponía este en desvanecer sus temores. Se quejaba de su posición hostil, les invitaba á que partieran á la corte, y les proponía asegurar para siempre la unión de los partidos por medio del casamiento de su hermana Margarita con el príncipe de Bearn. Habíase trocado de pronto su política exterior: acababa de casarse con la hija del emperador Maximiliano II, príncipe enteramente favorable á los protestantes (22 de octubre de 1570): había renovado las relaciones de su padre con los príncipes reformados de Alemania: intentaba casar á su hermano el duque de Anjou con Isabel de Inglaterra, y determinó intervenir en la rebelión de los Países Bajos contra España.

Tan numerosas pruebas de amistad vencieron por fin la desconfianza de Coligny y de la mayor parte de los jefes protestantes. La nueva política del rey estaba acorde con los intereses de la nación, y era tan conforme á la que habían seguido Francisco I y Enrique II, que ninguno de ellos dudó de su sinceridad. Entablaron conferencias con la corte, exigieron condiciones favorables y concibieron la esperanza de arrastrar al gobierno á una política enteramente protestante. La guerra de los Países Bajos les parecía una cuestión decisiva; unir á la Francia con Inglaterra, Alemania y los Países Bajos era precipitarla en los brazos del protestantismo, y aislar á España é Italia de Francia, causar la ruina del cristianismo. De modo que los calvinistas desplegaron un entusiasmo y afán increíbles en la solución de esta cuestión: remitieron al rey numerosas memorias sobre la legitimidad de esta guerra y el buen éxito y admirable resultado que acarrearía á la Francia, pues se reunirían á ella las antiguas posesiones de la casa de Borgoña. Por otra parte, este era el verdadero medio de asegurar la paz, porque la guerra civil había sido fomentada más por el espíritu rebelde y belicoso de los nobles que por el entusiasmo religioso, y con la intervención en los Países Bajos se saciaba su actividad, imitando lo que habían hecho en épocas análogas con las guerras de Italia Carlos VIII y sus sucesores. El mismo Coligny decía, «que eran sus partidarios tan amigos de revueltas, guerras, saqueos y tumultos, que solo conduciéndolos al extranjero podía calmarse su impaciente y belicoso carácter (1).»

(1) Brantome.

Anheloso de gloria y poderío Carlos IX abrazó estas ideas con el ardor irreflexivo que acostumbraba. Entonces los hugonotes volvieron á tomar aquella orgullosa confianza de sí mismos que tantos enemigos les habia acarreado ; pues á pesar de estar seguros de que podian ser vencidos por la masa popular de la nacion , veian que formaban la parte mas ilustrada , y si conseguian arrastrar al gobierno , no con sus ideas religiosas , sino en sus ideas de política exterior , su porvenir era brillante y seguro , quedaban reparadas sus derrotas , y hasta podian esperar para en adelante el triunfo completo de sus doctrinas. Era ya extrema la inquietud de Felipe II y del papa ; habian perdido el aspecto amistoso las relaciones con España , y los piratas de la Rochela acometian con permiso del rey á las naves españolas. «Esto no puede durar, escribia el embajador de España á su soberano ; es preciso que vuestra majestad rompa con el rey de Francia , ó que este haga la guerra á los rebeldes (1).»

El enlace del jefe de los hugonotes con la hermana del rey sancionó este cambio político. Juana de Albret estaba deslumbrada , y su familia podia desde entonces , á pesar de su pobreza , aspirar á entrar en el gobierno y recobrar tal vez el reino de Navarra. Partió entonces á Blois con su hijo y un acompañamiento de quinientos nobles , y fué recibida con demostraciones del mas acendrado cariño. Solo faltaba allí Coligny : el rey habia dicho que no se decidiria la cuestion de los Países Bajos hasta que se presentara este veterano capitán , único militar de mérito que habian respetado las guerras civiles. Seducido el almirante por el deseo de mandar el ejército de los Países Bajos , se presentó en la corte. «Por fin os tenemos á nuestro lado , padre mio , le dijo el rey tendiéndole los brazos , y no os ireis cuando queráis (2).»

El joven monarca en su alborozo declaró que el dia mas feliz de su vida habia sido aquel en que veia asegurada la tranquilidad pública con la presencia de Coligny (octubre de 1571), y le dió una guardia de cincuenta nobles , pensiones y honores. La corte accedió á todas las peticiones de Coligny , le llamó á todos los consejos , interpretó el edicto consultando su voluntad , y en-

(1) Archivo de Simancas, segun Capefigue, Historia de la Reforma y de la Liga, t. III, p. 30.—(2) De Thou, lib. XLVII.—D'Aubigné.

vió comisionados á las provincias para vigilar la rigurosa ejecucion de la paz. Carlos le miraba con veneracion, le escuchaba con gusto, y adoptaba todas sus ideas y proyectos. «La reina, que conocia la influencia que ella ejercia sobre su hijo, no concebía inquietud alguna de tan notables ideas, segura de que podria cambiarlas en un momento, pero los cortesanos creian de buena fe que el rey iba á ser pronto hugonote (1).»

Los calvinistas empezaban á orillar su desconfianza y manifestar alegría: «Nos parece, decian, que Dios nos mira con ojos mas propicios;» y abusaban de su poder, como antes lo habian hecho. Mostrábanse exigentes, altivos, arrogantes, é imponian al trono condiciones onerosas para mayor seguridad de su partido; fué preciso, á petición suya, pagar 450,000 escudos á los *reitres*, dejar que las guarniciones de los pueblos del mediodía fueran calvinistas, y sus correligionarios impusiesen y recaudasen dinero, quitar las armas á las milicias urbanas, y enviar cartas sobre cartas para hacer observar el edicto «mas que nunca, segun decia el rey, castigando tan severamente á los que contravinieran á él en lo mas mínimo, que sirviera de ejemplo á todos los súbditos.» Los hugonotes, dice Tavannes, resolvieron obligar al rey á declarar la guerra á España, y hacerlo aliado de los ingleses sus amigos; prepararon contiendas civiles ó extranjeras, intrigaron contra los Montmorency, y excitaron la envidia del rey con la reputacion y gloria de su hermano, proponiéndole que lo desterrara de Francia por medio de un casamiento en Inglaterra. Este enlace además unia á Francia con Inglaterra, á los hugonotes con los católicos. La sangre jóven é hirviente del monarca aprobaba tan locos proyectos (2) »

Mientras la corte seguia un camino tan errado é imprudente, los católicos estaban rebosando en odio y furor. Todas las concesiones hechas á los calvinistas parecian ultrajes y robos á la masa general del pueblo; los púlpitos lanzaban invectivas contra los herejes y contra el gobierno, se estrechaban mas y mas las hermandades, los jesuitas estaban de acuerdo con el Papa y el rey de España, y todas las miradas estaban fijadas en los Guisas, á quienes el rey amenazaba con una caída, al decir: «Si

(1) Tavannes. cap. 24. — (2) *Id. ibid.*

no quieren reconciliarse, tendrán que formar una causa aparte.»

Los Guisais se alejaron de la corte quejándose de que la monarquía estaba abandonada y á merced de los hugonotes. El cardenal de Lorena partió á Roma, el duque de Mayenne á la guerra que se hacia á la sazón á los turcos y el duque de Guisa á sus dominios, para seguir desde allí el curso de los acontecimientos.

§. II.—*Batalla de Lepanto.*—*Carlos IX se prepara á auxiliar los rebeldes de los Países Bajos.*—El gobierno francés abandonaba al parecer el sistema católico en una época en que la cristiandad se veía amenazada de nuevos peligros y por sus eternos enemigos. Selim II, sucesor de Soliman el Magnífico, hacia una guerra encarnizada á la república veneciana, y acababa de arrebatárle la isla de Chipre, donde habia perecido toda la población cristiana. Venecia pidió socorros al papa, á España, á Francia y al emperador, pero ya no habia mas soberanos enteramente católicos que Pio V y Felipe II. Bajo los reinados de Maximiliano II y Carlos IX el sistema protestante dominaba en Alemania y Francia; las dos naciones que habian hecho en otros siglos la guerra mas encarnizada á los sarracenos, quedaron inmóviles é insensibles al oír las súplicas de Venecia, y el mundo acusaba de esta indiferencia á los herejes, que miraba como á otros infieles, aliados sin duda de los turcos. El papa emprendió con ardor la cruzada contra Selim; reunió soldados, dinero, naves, y concluyó una estrecha alianza entre Venecia y España, potencias naturalmente enemigas. Don Juan de Austria, hermano de Felipe II, tomó el mando de las tres armadas compuestas de doscientas galeras, atacó cerca de Lepanto á la escuadra turca que tenia doscientas cincuenta velas, y alcanzó la mas completa victoria (7 de octubre de 1571).

Los trofeos de esta gran batalla naval, última de las cruzadas, y que detuvo definitivamente la invasion musulmana, consistieron en sesenta galeras destruidas, ciento treinta prisioneras, quince mil turcos muertos y doce mil esclavos cristianos libertados. La marina turca perdió toda su influencia y empezó entonces la decadencia del imperio otomano. El catolicismo habia salvado otra vez á la Europa. ¿No era él pues el que realmente representaba á la cristiandad?

Los católicos de Francia ensalzaron con trasportes de alegría

tan brillante victoria ; proclamaron á Felipe II gran monarca y campeón de la fe cristiana ; compararon su adhesion á la causa europea con la conducta de Carlos IX, dominado por los herejes, y fraguando por sus consejos hacer alianza con los turcos para aniquilar al monarca español ; y dijeron públicamente que era una traicion la política de la corte (1).

A pesar de este público clamor, Carlos persistia en sus nuevas ideas, y continuaba sus preparativos de guerra, al mismo tiempo que hacia á los católicos protestas de su celo por la fe, y á Felipe de sus intenciones pacíficas. Dió dinero al príncipe de Orange para que organizase tropas en Alemania, mandó á Coligny que reuniera en Normandía un ejército protestante bajo las órdenes de Lanoue y Genlis, propuso á los príncipes alemanes una alianza ofensiva y defensiva contra España, y preparó dos escuadras, una en la Rochela y otra en Burdeos, «esparciendo el rumor de que estaban destinadas para hacer alguna conquista en el hemisferio recién descubierto, aunque es verdad que el mismo pueblo decia que era un ejército para enviar á Flandes.» Por su parte Felipe tambien hacia preparativos hostiles, estimulaba la indignacion de los católicos de Francia, y mandaba al duque de Alba que redoblase su rigor para apresurar la sumision de los Países Bajos.

Este desventurado país estaba cubierto de cadalsos, los cuales, decian, que guardaban ya cincuenta mil víctimas; sesenta mil familias habian emigrado á Inglaterra á donde habian llevado la industria flamenca, y hasta los mismos católicos estaban abrumados con ruinosos impuestos. Los proscritos inundaron los mares, hicieron la guerra á las naves españolas, y acabaron por apoderarse del puerto de la Brille (1.º de abril de 1572).

Sublevarónse al saber esta victoria la Holanda y la Zelanda. La escuadra del duque de Alba se reunió con la de los refugiados ; Luis de Nasau y Lanoue sorprendieron á Valenciennes y Mons con tropas francesas, y Genlis se disponia á entrar en

(1) No se habia interrumpido aun la alianza de la Puerta con la Francia. Carlos IX, á petición del sultan interpuso su mediacion entre los turcos y venecianos. Ambos pueblos firmaron la paz en 1574 por medio de Francisco de Noailles obispo de Aecs, embajador francés en Constantinopla. (Lavalée, *Ensayo histórico sobre las relaciones de Francia con el Oriente.*)

Flandes con la vanguardia del ejército que debía conducir Coligny.

Los calvinistas pedían con instancias y públicamente que el gobierno declarase abiertamente la guerra á España, pero la reina madre impedía al rey que tomase una resolución tan peligrosa, y el duque de Anjou y Tavannes se oponían vigorosamente, diciendo «que no querían que los vencidos de Jarnac y de Moncontour arrastrasen bajo sus órdenes, para lograr sus designios, á los vencedores.»

Coligny, que era un hombre brusco y sin talento, «violentaba á los consejeros; y ofreció al rey diez mil hombres despues de haber tenido muchos y secretos coloquios.» «Señor, dijo Tavannes á Carlos, cualquier súbdito que os haga semejante proposición, solo merece que le mandéis cortar la cabeza. ¿Cómo os puede ofrecer lo que es vuestro? Eso indica claramente que es jefe de partido y que perjudica vuestro poder y vuestra dignidad (1).» Pero el rey, aunque lleno de inquietud y de resolución, no prestaba oídos á Tavannes, á quien creía partidario del duque de Anjou, ni á su hermano á quien aborrecía, ni á su madre, cuyo ascendiente le impacientaba, y que empezaba á temer mucho de sus simpatías para con los protestantes. Recomendaba el almirante que no hablase á Catalina de sus proyectos, y un día que ella le preguntaba lo que había dicho el jefe de los hugonotes en una de sus conferencias, le respondió con su brutalidad acostumbrada: «Me ha dicho que mis mayores enemigos sois vos y mi hermano (2).» A pesar de todo esto no se atrevió el rey á pronunciarse decididamente en favor de esta guerra, se limitó á hacer continuar los preparativos de Coligny, y apresuró los casamientos de sus hermanos, que tanto favorecían la causa protestante.

El proyecto de enlace del duque logró al principio buen éxito. Isabel unía á una alma grande, una voluntad enérgica y un talento ilustrado, una coquetería tan pueril que hubiera sido la deshonra de una mujer ordinaria; aunque fea, vieja y de impúdicos modales, no dejaba de creerse, como le decía Shakspeare, «la hermosa vestal que reina en el trono de Occidente.» Exigia

(1) Tavannes, cap. 26.—(2) Le Laboureur, t. III, p. 30.

que sus ministros, su pueblo y sus aliados se mantuviesen constantemente de rodillas delante de sus atractivos, de los que se envanecía mas que de su poder. Muchos príncipes habian pedido su mano, y permitió que la obsequiasen, aunque siempre se negó á aceptar un soberano. El duque de Anjou, que por otra parte se cuidaba muy poco de este matrimonio, «se esmeró en vano en decirle que era la hermosura mas perfecta que Dios habia creado quinientos años hacia;» no fué mas feliz que los demás pretendientes. Las negociaciones no produjeron mas que un tratado de alianza defensiva contra Felipe II en especial, aun en el caso de que la invasion de Inglaterra fuese motivada por la religion (22 de abril de 1572).

Diversas eran las dificultades que entorpecian el enlace de Enrique de Bearne con Margarita de Valois: no se amaban los dos prometidos esposos: Margarita se veia rodeada de galanterías convirtiéndose mas tarde en la mengua de su sexo, y Enrique manifestaba ya aquella pasion por las mujeres que agostó prematuramente su vida. Además la austera Juana de Albret desconfiaba de aquella corte corrompida, intrigante y pérfida (1), y Pio V negaba obstinadamente las dispensas necesarias para este matrimonio. Pero no intimidaron á Carlos IX estos obstáculos, y decia con su grosero lenguaje que si el papa se oponia casaria él mismo á Margarita y á Enrique (2) »

§. III.—*Los hugonotes en Paris.—Derrota de Genlis en Saint-Guilain.—Catalina proyecta la muerte de los jefes calvinistas.—Casamiento del rey de Navarra.*—La corte se trasladó de Blois á Paris. Extremo fué el enojo de la populosa ciudad cuando vio cruzar por sus calles á aquellos nobles del mediodía, á aquellos sacerdotes de rostro sombrío y austero, y á todos aquellos malvados hugonotes que habian saqueado tantas iglesias, muerto tantos sacerdotes y peleado tan encarnizadamente durante diez años; creíase invadida por extranjeros é infieles, y miró con aire feroz á aquellos hombres cuyo traje, ademanes y lengua le parecían tan nuevos. Los púlpitos arrojaron quejas é imprecacio-

(1) Ella escribia á su hijo: Aunque conozco cuan inmensa es la corrupcion de esta corte, aun la creia mayor. Aquí no son los hombres los que buscan y ruegan á las mujeres, sino ellas á los hombres. (Le Laboureur, t. I, p. 59).—(2) L'Étoile, t. I, p. 73.

nes, trabáronse pependencias y alborotos, y todos decían en voz alta que era preciso quitar de en medio á los herejes á pesar de la voluntad del rey. La reina, «que veía á su hijo entregado enteramente al capricho de los hugonotes, y resuelta ya la guerra de España,» estaba llena de terror y de proyectos siniestros.

Los protestantes, confiados en la justicia ó bondad de su causa, no se alarmaron con estos síntomas tan alarmantes, y solamente algunos creían que era un ardíd la conducta que con ellos observaba la corte. «El rey es demasiado bueno para nosotros, dijo á Coligny uno de los jefes, y por esta razón tengo prisa de salir de París (1).» «Si las bodas del príncipe de Bearne se hacen en París, decía otro, creo que los trajes serán rojos.» Pero lleno de presunción el almirante, se negaba á creer tanta perfidia en un rey de veinte y dos años, y recordaba á los que temían un complot los tratados formales de Carlos con Inglaterra y Alemania, sus preparativos de guerra, y el terror de Felipe y del Papa. Alucinado por los agasajos del rey, lleno de ideas ambiciosas y gozoso con su poder, no quería abandonar su feliz posición y el porvenir que aun podía esperar su partido para arrojarse de nuevo en la guerra que tantos sacrificios había costado y tan pocas ventajas había proporcionado á la causa. Continuaba no obstante conservando aquella inmensa red de fuerzas protestantes, que hacían de él un nuevo rey de Francia, y teniendo bajo sus órdenes en todas las provincias gobernadores, recaudadores de impuestos y partidas dispuestas á salir á campaña; pero le repugnaba el verse obligado á empuñar otra vez la espada, deseaba alcanzar con la paz lo que no había podido con tres guerras, y decía muchas veces «que mas quería morir que lanzarse otra vez en un abismo de confusiones y de males.» Queriendo corresponder á la confianza del rey, le entregó las plazas que tenía su partido, á excepcion de la Rochela que era ciudad libre, y apremió al príncipe de Bearne para que se presentase en la corte. Un acontecimiento de trascendencia no obstante llenó de terror su alma; la muerte casi repentina de Juana de Albret, que habiendo llegado á París el 15 de mayo, espiró el 9 de junio. Se dice que murió envenenada pero no hay pruebas que

(1) Lanoue, cap. 30.

justifiquen esta asercion. Su muerte retardó el casamiento del príncipe de Bearne, y solo contribuyó á acrecentar la desconfianza y el odio. Los sucesos de los Países Bajos precipitaron la crisis.

Los españoles habian recobrado á Valenciennes, y estaban sitiando á Mons, que defendia Lanoue. Genlis partió con secretas instrucciones del rey y ocho mil hombres á libertar esta plaza, y al mismo tiempo el príncipe de Orange se dirigió al campo español con veinte mil hombres reunidos en Alemania (8 de julio de 1572). Aterrado el duque de Alba con este doble ataque; acudió á donde creia que era mayor el peligro y acometió á la vanguardia de Genlis creyendo que le seguiria al momento el resto del ejército francés. Envuelto Genlis en el Hainaut cerca de Saint-Guilain por fuerzas superiores fué completamente derrotado, perdió mil y doscientos hombres, cayó prisionero y fué asesinado (11 de julio).

Esta derrota, dice Tavannes, unida á las amenazas é imprudencias de los hugonotes, les acarreó su perdicion. La reina se llenó de terror con la victoria de los españoles. El almirante, devorado por el despecho, culpó de esta derrota á los que habian impedido al rey que se declarase; y lleno de audacia, sin considerar donde se hallaba y abusando de la seguridad del rey, le dijo: «No puedo contener por mas tiempo á mis partidarios, y es menester escoger entre la guerra civil ó la guerra contra España (2).»

Muchas veces habia hecho ya Coligny temblar al rey con estas arrogantes palabras, y era el terror de la corte por sus amenazas, sus alianzas exteriores, su espíritu de independencia republicana, y finalmente por sus virtudes que eran la censura viviente de los escándalos del Louvre. El gobierno se hallaba por un lado oprimido por la insolencia de los hugonotes, y por otro por la justa ira de los católicos. Previendo Catalina una terrible reaccion, suplicó á su hijo bañada en llanto que no abrazase el partido calvinista, «porque», decia ella, no quiere solo la guerra contra España, sino la turbacion y cambio de todos los estados para hacerse de todos soberano.» Le recordaba los atentados de Amboise y de Meaux; le demostraba

(1) Tavannes, cap. 27.

que el almirante tenia mas poderío y era mejor obedecido que él ; que por medio de la grande autoridad que le habia usurpado , podia Coligny sublevar á sus súbditos siempre y cuando quisiera , de modo que no podia el rey llamarse como él absoluto , pues solamente mandaba en una parte de su reino (1).» La madre logró turbar y enojar al hijo , pero no pudo «distrarle del deseo que tenia de adquirir gloria y reputacion por medio de la guerra de España.» Viéndole entonces mas entusiasta , «y mas enojado contra ella,» persuadida de que el almirante le habia infundido siniestros designios , resolvió hacerle volver á entrar en el partido católico por medio de un golpe de estado.

La idea de que era preciso acabar con los herejes , matando á todos sus jefes, era entonces casi popular ; algunos políticos hablaban de ella con tanta frialdad como si se tratara de una medida inevitable despues de tantos tratados , combates y temporizaciones inútiles ; y habia sido discutida con ardor en la entrevista de Bayona. Catalina se unió con los Guisas y los parisienses, tomó el parecer del duque de Anjou , del canceller Birague, del conde de Gondi, del mariscal de Tavannes, del duque de Nevers y del de Angulema], hijo bastardo de Enrique II , y despues de muchas dudas y contradicciones, «se decidieron , dice Adriani, á seguir los consejos que habia dado el duque de Alba segun el parecer del rey católico , y se convencieron de que no podia alcanzarse ningun resultado decisivo sin la muerte de todos los jefes calvinistas.» Pero « como la reina creia que todo el partido consistia en la cabeza de Coligny,» quedó resuelta por entonces únicamente la muerte de «este segundo rey de Francia.»

Acababa de morir Pio V y de subir á la cátedra pontificia Gregorio XIII, persona adicta á la reforma católica , pero de carácter suave y pacífico , que envió las dispensas condicionales para el casamiento del rey de Navarra con Margarita de Valois, el cual se celebró con gran pompa (18 de agosto de 1572). Era el sello de alianza del gobierno con los rebeldes , de modo que los parisienses vieron con horror aquella ceremonia celebrada en la puerta de Nuestra Señora , sin que [los hugonotes se dignasen

(1) Carta del rey á M. Schomberg.

entrar en la iglesia. Se alzó en toda la ciudad un rumor amenazador, y solo se hablaba de los proyectos de la guerra contra Felipe II. Los Guisas habian vuelto á Paris; recorrían las calles rodeados de gente armada en medio de los aplausos del pueblo, mientras los nobles hugonotes eran acompañados por silbidos y signos de desprecio de «los miserables idiotas populares.» No estaba lejano el dia en que debia estallar un sangriento combate. El rey, siguiendo el parecer de Coligny, mandó entrar en la ciudad su regimiento de guardias francesas (1) y consiguió de este la promesa de que permanecería tranquilo á pesar de las amenazas de los Guisas.

§. IV.—*Herida de Coligny.*—*El rey adopta el consejo de la matanza.*—*Preparativos.*—Dos dias despues del casamiento del rey de Navarra, al salir el almirante del Louvre para retirarse á su casa, un noble llamado Maurevel (2), oculto desde un edificio, le disparó un arcabuz que le fracturó un brazo (21 de agosto). Bien pronto llegó á oídos del rey la noticia de este crimen: «Vive Dios! exclamó, que no voy á poder estar jamás en paz!» Ciego de cólera fué á visitar al herido con su madre y sus cortesanos, y le juró con execrables promesas que vengaría aquel atentado de un modo tan terrible que habia de durar su memoria hasta el fin de los siglos. Coligny se quejó amargamente de la triste situacion de los protestantes, de la muerte de Genlis, de los entorpecimientos que se habian puesto á la guerra de Flandes, y hasta llegó á decirle que desconfiase de la reina, ofreciéndole contra ella todas las fuerzas de su partido. El rey aprobó y oyó con benévola cuanta le dijera el almirante, le dió para su seguridad una compañía de sus guardias con los suizos del rey de Navarra, y permitió que los protestantes pudiesen reunirse en grupos armados cerca de sus habitaciones. Amenazó al duque de Guisa acusado de haber impelido al crimen á Maurevel «y no pudo, dice Margarita de Valois, moderar el ardiente deseo de hacer justicia, mandando que se le buscara y encerrase en un calabozo.» Finalmente acometió á su madre:

(1) Creado por Catalina en 1563.—(2) Era ya célebre por haber asesinado en 1570 á uno de los jefes protestantes, al conde de Mouy que defendía á Niort.

«¡Vive Dios, exclamó, que es cierto lo que dice el almirante! Todos los negocios del gobierno están en vuestras manos y en las de mi hermano, mas yo tendré cuidado de arrancároslos antes de que muera mi mejor y mas leal súbdito.»

París en tanto hervía en la agitacion mas terrible y corria á las armas, cerrábanse las puertas, se señalaban con el dedo las casas de los hugonotes, y estaban en movimiento los mercados, los oficios, las cofradías y los frailes. El asesinato de Coligny era considerado por todos como la señal de la guerra civil; los católicos se preparaban á rendir á los cinco ó seis mil herejes que dominan la ciudad, y no hacian caso del rey ni de sus órdenes, pues estaban dispuestos á tomar por jefes al duque de Guisa y á sus hermanos

Los hugonotes, ciegos de cólera é indignacion, pasaban en numerosos grupos armados por delante del palacio de los Guisas haciendo alardé de hostilizarle; pedian venganza al rey con palabras tan insolentes, que este palidecia, y «se le erizaban los cabellos;» amenazaban con tomarse la justicia por su mano, y se reunian con armas, ya cerca de la casa del almirante, ya de la del rey de Navarra, ya en el barrio de San German. Parecia á todos inevitable una batalla.

Entonces fué cuando Catalina convocó á sus consejeros. Habiéndose errado el golpe con la herida del almirante, y siendo amenazadora la sublevacion de los parisienses, se decidió hacer con todos los jefes calvinistas lo que se habia intentado con Coligny. Pidió una entrevista al rey y le confesó que ella habia sido la que habia mandado matar á Coligny; le manifestó tambien «que los hugonotes habian tomado las armas para vengar la herida del almirante y que organizaban un ejército en Alemania; que los católicos por su parte, habiendo decidido terminar favorablemente este negocio, estaban indecisos en elegir entre ellos un capitán general que tomase su partido bajo su proteccion; y finalmente que el rey iba á verse envuelto por dos grandes partidos, sobre los cuales no tendria poder ni influjo alguno. Que un solo golpe podia remediar tantas calamidades, y que era preciso matar al almirante, jefe ó autor de todas las guerras civiles. Que los designios de los hugonotes acabarian al mismo tiempo que su jefe, y que los católicos satisfechos con el sacrificio de

una, dos ó tres personas, permanecerian siempre tranquilos y obedientes al monarca (1).»

«Los parisienses están armados, dijo el canciller; en menos de una hora se pueden exterminar todos los hugonotes; si el rey no aprovecha la ocasion que se le presenta, preciso es confesar que una vez curado el almirante, inmediatamente abrasará á la Francia una nueva guerra civil (2).» «Siendo infalible la guerra, añade Tavannes, es preferible ganar una batalla en Paris, donde se hallan todos los jefes, que exponerse á perderla en la campaña, volviendo á caer en una guerra incierta y peligrosa (3).» «El rey, aunque algo temeroso del peligro que le auguraban, se enfureció espantosamente, rechazando la idea de hacer ningun daño al almirante, pero deseando saber si se podia remediar aquel conflicto de otro modo (4).» Los consejeros volvieron á la carga, y «al fin salimos vencedores, dice el duque de Anjou, al instante reconocimos una oculta mudanza y extraña metamórfosis en el rey que se inclinó á nuestro partido; y si antes nos habia sido difícil persuadirle, despues nos vimos nosotros en la precision de contenèrle, porque alzándose del asiento, tomando la palabra é imponiéndonos silencio, nos dijo lleno de furor y enojo, jurándolo por la muerte del Salvador, que ya que nosotros éramos de parecer de que debia matarse al almirante, lo aprobaba él tambien, pero con la condicion de que se habia de matar á todos los hugonotes de Francia, para que no quedase ninguno de ellos que pudiera acercarse hasta su trono (5).»

De modo, dice Tavannes, que fué desde entonces una necesidad la resolucion de matar al almirante y á todos los jefes del partido; consejo originado por la ocasion, el yerro y la imprudencia de los hugonotes, y que no hubiera podido ejecutarse sin ser descubierto, si hubiese sido obra de la premeditacion (6).»

Discutiéronse sin tardanza los medios de ejecucion, y se resolvió comenzar la matanza al dia siguiente, domingo 24 de agosto, san Bartolomé, á las tres de la mañana. Guisa queria

(1) Discurso de Enrique III á su médico Miron sobre las causas de San Bartolomé, en las Memorias de Villeroy. t. II, p. 59.—(2) Relacion del estado de Francia en el reinado de Carlos IX, t. I, p. 208.—(3) Tavannes, cap. 27, p. 265.—(4) Memorias de Villeroy, t. II, p. 59.—(5) Id. *ibid.*—(6) Tavannes, cap. 27, p. 265.

que se incluyera en el degüello á los dos Borbones y á los cuatro Montmorency, y se opuso á ello la reina. Despues de haber llenado de armas el Louvre, se mandó llamar á Charron, preboste de los comerciantes, y en presencia del rey se le mandó que cerrase las puertas de la ciudad, pusiese las cadenas en las calles, tuviese sobre las armas á las compañías urbanas, la artillería en la casa de la ciudad y cuerpos de guardia en las plazas, y que al oír la campana del palacio mandase matar á todos los que le indicaba. «Si así lo quereis, dijo el preboste, daremos tantos golpes á diestro y á siniestro que quedará un recuerdo para siempre (1).»

Eran las doce de la noche y todo el mundo estaba sobre las armas en la Greve y los malecones del rio. El duque de Guisa en medio de las aclamaciones de los vecinos se aproximó á ellos y les arengó diciendó: «La voluntad del rey es que se extermine á los rebeldes hugonotes que tenemos como prisioneros en nuestra ciudad. Al rayar el dia se oirá la gran campana del reloj del palacio real, que será la señal de comenzar nuestra obra.»

§. V.— *Las visperas parisienses.*— *Siguen su ejemplo todas las provincias.*— *El rey autoriza la matanza.*— El monarca no podia disimular su inquietud; para ahogar sus pensamientos con un ejercicio violento, se fué á una fragua que habia mandado hacer en una de las bodegas del Louvre donde trabajaba muchas veces y se puso á forjar con feroz ardor y sin descanso. La reina madre estaba agitadísima, y «fácilmente se hubiera vuelto atrás, á no ser por el aliento que le inspiraban otra vez los capitanes que le manifestaban el peligro en que se hallaban ella y sus hijos (2).»

No obstante á media noche fué á ver al rey que estaba con el duque de Anjou y demás autores del exterminio. «Los protestantes están alarmados, les dijo, y se les ha visto en cuadrillas armadas que intentan penetrar en casa del almirante.» Carlos entonces rompió el fuego de pronto y mandó que se empezase la carnicería. Era la una y media, y como la campana del palacio estaba demasiado léjos, Catalina mandó tocar la de San German de Auxerrois. Dada esta señal, el toque de rebato resonó en to-

(1) Brantome.—(2) Tavannes, cap. 27.

das las iglesias se inundaron de luces todas las ventanas, y los soldados y paisanos, marcados con una manga blanca y una cruz en el sombrero, llenaron las calles, gritando: ¡ Viva Dios y el rey !

Apenas Carlos, la reina y el duque de Anjou oyeron el primer pistoletazo, cuando « llenos de terror por los desórdenes que iban á cometerse (1) » volvieron á caer en su incertidumbre y enviaron la órden de suspender la matanza. Pero habia partido ya el duque de Guisa, que se dirigió á casa del almirante con el bastardo de Angulema y trescientos soldados. Los guardias entregaron la puerta, los suizos huyeron, y mientras los duques esperaban en el patio, sus satélites penetraron en la habitacion de Coligny, lo traspasaron á cuchilladas y arrojaron su cadáver por la ventana. Guisa, despues de haberle reconocido y pisoteado gritó: ¡ Valor! Ahora á los demás; ¡ el rey lo manda!; y repetia sin cesar: « Esta es la voluntad del rey (2) ! »

Paisanos y soldados corrieron entonces de casa en casa degollando á los hugonotes y á todos los sospechosos de herejía, « unidos nobles y arqueros y toda clase de personas del populacho confundidas con ellos que á su sombra robaban las casas y mataban á sus dueños. La cólera, la sangre y la muerte habian llenado de tal modo de terror las calles, que sus mismas majestades, que eran los autores de aquel desórden, no podían disimular su miedo dentro del Louvre. Paris parecia una ciudad tomada por asalto, con disgusto de los consejeros que solo habian resuelto la muerte de los jefes y de los revoltosos; pero por el contrario el pueblo mataba á todos los protestantes indiferentemente, sin perdonar á los niños ni á las mujeres, y ni el rey ni sus consejeros podian contener las armas que ellos mismos habian dado á rienda suelta (3). »

Caian los cuerpos despedazados y los miembros sangrientos por las ventanas, las puertas estaban obstruidas por cadáveres ó personas que agonizaban, y las calles con cuerpos que arrastraban al rio. Perekieron en aquella infausta noche Teligny yerno, del almirante, la Rochefoucauld, amigo del rey, Piles, Pardaillan, la Force y los mas ilustres capitanes de los hugonotes; el profesor Ramus fué asesinado por sus discípulos, y Juan Goujou

(1) Memorias de Villeroy, t. II, p. 60.—(2) Memorias del estado de Francia en el reinado de Carlos IX, t. I, p. 209.—(3) Tavannes, cap. 27.

muerto en el taller donde elaboraba sus esculturas del Louvre.

Los protestantes apenas se resistieron, y únicamente los del barrio de San German pudieron huir guiados por Montgomery. En el Louvre hicieron pasar los católicos á los nobles proscritos por entre dos filas de soldados que los degollaron; mataron hasta en el mismo lecho de la reina Margarita, y el rey no pudo salvar mas que á su nodriza y á su cirujano Ambrosio Paré. Mandó que los dos Borbones se presentasen en su cámara, y les declaró allí que les esperaba la suerte de sus compañeros si en el término de tres dias no habian abjurado el calvinismo. El fogoso Carlos una vez lanzado en el camino del crimen, se precipitaba por él á ciegas, y llegó mas allá de lo que hubiera deseado su madre, siendo así que ella confesaba, con la ligereza sanguinaria de su época, que de las tres ó cuatro mil víctimas, solo «seis le remordian la conciencia.» El rey gritó durante toda la noche, dice un testigo muy dudoso: «Matad! matad!» Y al rayar el día, al ver los que se salvaban por el barrio de San German, tomó un enorme arcabuz de caza y lo disparó sobre ellos, pero en vano, pues el arcabuz no podia alargar el tiro hasta donde se encontraban. En seguida, experimentó gran regocijo cuando desde sus ventanas vió pasar por el rio mas de cuatro mil cuerpos entre los que se ahogaban y los muertos (1);» y en fin, durante el dia recorrió las calles con su corte para aprobar el exterminio con su presencia.

Cuando empezó á declinar el dia habia llegado el desórden á su colmo; los robos y la muerte hacian ya sus víctimas en los católicos: los ladrones eran dueños de la ciudad: matábase ya por venganza, por envidia y por codicia, y el vecindario estaba alarmado. Apareció un edicto á instancias del preboste, imponiendo pena de muerte á los bandidos y asesinos, mandando á la casa de la ciudad que desplegara todas sus fuerzas para contener el desórden, que no se hiciera ningun daño ni ultraje á los religionarios, bajo la misma pena de muerte, y que solo se les custodiase rigurosamente.»

Nadie obedeció al rey, y el pueblo dominaba á la corte; los mandatos reales solo exigian la muerte de los jefes, y la furia

(1) Brautome, t. IV, p. 203 y 566.

popular no se contentaba sino con el exterminio de todo el partido. La matanza se prolongó durante muchos días, se enteraron mil y seiscientos cadáveres desde el cinco al trece de setiembre, y hubo muertes aisladas hasta el diez y siete.

La corte estaba horrorizada de una mortandad tan odiosa: el rey, que al principio habia manifestado tanta furia, estaba ya inquieto y devorado por los remordimientos, y dió muestras de su horror al oír contar que los asesinos habian muerto á los ancianos, las mujeres y los niños. «Continuamente, dijo, me parece que se presentan ante mis ojos los cadáveres sangrientos de las víctimas con la faz moribunda, roja y cárdena, y hubiera deseado que se hubiese perdonado á los débiles y á los inocentes.» Catalina y los demás motores de la matanza no sabian como excusar su crimen, «y habia ocupado sus ánimos tanto tiempo el proyecto de la ejecucion, que vacilaban segun las circunstancias (1).»

El gobierno pretendió en un principio dar toda la culpa al pueblo: se dió prisa á escribir al dia siguiente del de San Bartolomé, diciendo para desaprobár el crimen, que habia sido una contienda entre las familias de Guisa y de Chatillon, «que no se habia podido evitar tan pronto como se deseaba;» declaró que existia aun en vigor el edicto de San German; y mandó á los gobernadores que reprimieran con mano fuerte toda clase de violencia, para que, decia Carlos, no sea causa esta contienda de que se subleven los súbditos unos contra otros, y se renueven los excesos de mi corte en todos los pueblos del reino.» Pero lo mismo obedecieron al rey las provincias que Paris, y todas las ciudades y villas tuvieron sus *vísperas parisienses*, unas tras otras, sin órden, sin union, y desplegando todas una furia salvaje y espantosa. En Meaux las tuvieron el 25, en la Charité el 26, en Orleans el 27, en Saumur y Angers el 29, en Lyon el 30, en Troyes el 2 de setiembre, en Bourges el 11, en Ruan el 17, en Romans el 20, en Tolosa el 29, en Burdeos el 3 de octubre, etc. La muerte se extendió al través de la Francia como un reguero de pólvora que se inflama. Muchos gobernadores lograron la gloria de contener la furia popular; citándose entre ellos á Gordes en el Delfinado,

(1) Tavannes, cap. 27.

Saint Héran en Auvernia, Chabot-Charny en Borgofia, el conde de Tende en Provenza, el vizconde de Orthez en Bayona, etc. (1),

La carta real del 25 de agosto causó grande indignacion á los parisienses, y los Guisas se enojaron de la responsabilidad que el rey lanzaba sobre ellos. La reina manifestó á su hijo que descubria su impotencia y su debilidad al decir que los Guisas habian podido matar en su corte mas de tres mil súbditos suyos: que si no se arrojaba en brazos del partido católico veria bien pronto á los Guisas mas queridos y respetados que él en Paris; y que dehia cargar con la responsabilidad de la matanza, declarando que era un hecho premeditado, y una victoria definitiva ganada á los protestantes. Carlos cuya movilidad era extrema en todas sus impresiones, siguió su consejo, y escribió (26 de agosto) á todos los gobernadores contándoles la tiranía que sobre él ejercia el almirante. «No me ha sido posible, les dijo, sufrirle por mas tiempo, y he resuelto permitir que se ejecutara contra él una justicia, tal vez extraordinaria y distinta de la que hubiera deseado,

(1) Los escritores protestantes aseguran que la corte envió órdenes para repetir el San Bartolomé en las provincias. No existe ningun documento que lo pruebe, á excepcion de la famosa carta del vizconde de Orthez, pero publicada por el protestante Aubigné que escribia en 1618. No obstante es forzoso creer que hacia muchos años que existia el plan de una carnicería ya parcial, ya general, y que habia estado á punto de ejecutarse durante la última guerra. Así resulta de una carta inédita del marqués de la Chartre, gobernador del Berri, con fecha del 21 de enero de 1570, cuyo original posee en la actualidad M. de Girardot. Dice así:

Señor: He recibido la carta que os hobeis dignado escribirme por medio de Chambelan, y he visto el despacho que me enviáis, el que para alejar mis dudas debia estar mas legalizado. He enviado al capitan Marini cerca de Vuestra Majestad para saber la verdad y hacerle ver los inconvenientes y consecuencias que va á ocasionar lo que se me ordena, por la venganza que podrian lograr vuestros enemigos con los numerosos prisioneros que tienen en Sanserre y la Charité... Sabed, señor, que si se permite al pueblo de Bourges tal ejecucion, y llega á conocer que es esta vuestra voluntad, no solo se contentarán con representar á menudo semejante tragedia, en las personas que me mandáis, sino que bien pronto lo intentarán contra vuestros leales servidores... Sin embargo, señor, si creéis que el hacerlos morir es la via de justicia mas propia, y que mis servicios y mi reputacion no se mancharán con un baldon indeleble, os suplico que os sirvais de mí en otros negocios mas dignos de un caballero, que conserva puro el honor de sus antepasados, los cuales han servido al rey y al país sin mancha de traicion ni accion ninguna indigna, etc.

pero la única que podía hacerse á tan terrible y poderoso enemigo (1).»

Poco tiempo despues declaró solemnemente al parlamento que deseaba que supiera todo el mundo que el hecho del 24 de agosto habia sido ejecutado por orden suya, para castigar á los culpables, y no con objeto de faltar al edicto de pacificacion, que debia observarse todavía, sino para precaver una conspiracion tramada por Coligny y sus partidarios con objeto de exterminar á la familia real (28 de agosto).

El parlamento dió las gracias al monarca como al salvador del estado, Carlos infamó la memoria y la familia de Coligny, mandó que todos los años se hiciese una procesion en conmemoracion del San Bartolomé, y para legitimar la matanza, condenó á muerte é hizo subir al cadalso, como cómplices de la fabulosa conspiracion de que habia hecho mencion el rey, á dos señores protestantes que habian podido salvarse del hierro de los asesinos.

El monarca recobró entonces su popularidad, y numerosos aplausos le rodearon cuando fué á ver el cadaver de Coligny que el populacho habia colgado en Montfaucon. Publicáronse apologías del San Bartolomé, que lo pintaron como un acto de legítima defensa, y se celebraron pomposas fiestas por la salvacion de la Iglesia y la felicidad de la familia real. Una multitud de folletos sanguinarios, canciones brutales y bárbaros grabados celebraron la victoria del pueblo y la venganza nacional, y eran la expresion salvaje de la alegría de la muchedumbre.

§. VI.—*Efecto que el San Bartolomé produjo en el extranjero.—Cuarta guerra civil.—Sitio de la Rochela.—Cuarta paz.*—La noticia de las vísperas parisienses causó un profundo horror en Alemania é Inglaterra, y Carlos se dió prisa á negar su complicidad, diciendo que la contienda no habia sido religiosa sino política. «Su majestad no ha podido precaverla; y eran tan extremos el furor y la rabia popular, que bastante trabajo ha tenido para conservar su vida.» En Italia y España fué recibida la noticia de esta abominable carnicería con indecibles aclamaciones, y el rey se vanaglorió por medio de sus embajadores en estos

(1) Carta del rey á M. Schomberg.

países como si hubiera llevado á cabo una hazaña. En Roma, donde no se esperaba de ningun modo la matanza, pues la correspondencia de Salviati, nuncio del papa en Francia rebosaba en amargas quejas contra la apostasía de la corte, se celebró con fiestas y procesiones, se acuñaron medallas, llenaron de elogios al rey y á su familia, y se publicaron muchas obras entre las cuales las de Capilupi (1) y de Davila (2), demostraban que el San Bartolomé había sido una admirable estratagema, concebida, meditada y estudiada durante ocho años, y en la cual Carlos IX había desplegado la mas profunda prudencia y habilidad. Esta opinion fué, la que repetida por los historiadores católicos de Francia y en especial por Augusto de Thou, corroboró las declamaciones de los protestantes sobre la premeditacion de aquel hecho.

Felipe II, que tan inquieto se hallaba hacia mucho tiempo, expresó el entusiasmo que le inspiraba «aquel gran servicio á la gloria de Dios y al bien universal de la cristiandad;» comparó esta victoria á la de Lepanto, y dijo á Carlos «que era la noticia mas grata que habia recibido durante toda su vida. Acabad de purgar vuestro reino del veneno de la herejía, pues de hacerlo así, depende la completa conservacion de vuestra corona.

Pero el papa y Felipe, que creian ó querian hacer creer, que el golpe se habia calculado desde ocho años atrás, quedaron asombrados cuando supieron, por medio de sus embajadores que fueron á visitar á Carlos, que «el monarca desaprobaba el desastre, que afirmaba que él no lo habia mandado por odio al protestantismo, sino por su propia defensa, y se mostraba muy enojado de que las demás ciudades del reino hubiesen seguido el ejemplo de Paris.» Esto indicaba que la corte habia vuelto á caer en el abismo de inconsecuencia é irresolucion que le impidieron sacar partido de su crimen. Como la matanza no habia sido premeditada parecia tan asombrada la corte del éxito como los protestantes de su derrota, y no supo qué hacer de su horrible victoria. Un desastre no mata á un partido; y las diez, veinte ó treinta mil víctimas (3) no habian muerto sino debilitado la cau-

(1) Estratagema de Carlos IX contra los hugonotes rebeldes.—(2) Historia de las guerras civiles de Francia.—(3) De Thou hace subir el número de las víctimas á

sa. Al principio los hugonotes solo trataron de huir ó de ocultarse, un gran número de ellos partió á Alemania y á Inglaterra, otros se refugiaron en las ciudades donde dominaba su partido, ó bien en las soledades mas ocultas de los Cevenas ó los Alpes, donde podian facilmente defenderse. Pero cuando vieron la incertidumbre del rey, sus negativas y sus protestas en favor del calvinismo, se reunieron poco á poco, y hallándose sin jefes, sin gobierno y sin ejército, se prepararon á defenderse aisladamente. La Rochela, Montalban, Nimes y Sancerre cerraron sus puertas; y se sublevaron en masa el alto Languedoc y la Guiena que estaban erizados de fortalezas inexpugnables. De modo que la corte en vez de destruir al partido protestante se habia acarreado una cuarta guerra civil; y como no se hallaba preparada, pues la matanza de San Bartolomé habia sido un hecho inesperado, en medio del embarazo que este enorme crimen le habia causado no tomó ninguna medida, y dejó que el calvinismo se alzara de entre sus ruinas.

El San Bartolomé fué un acontecimiento fatal para los protestantes de los Países Bajos. Seguro el príncipe de Orange del auxilio y apoyo de la Francia, habia entrado en el Hainaut y en Flandes con veinte y cinco mil aventureros, cuando supo la fatal jornada que le quitaba toda esperanza de socorro por medio de los hugonotes. Sus tropas se dispersaron, él se retiró á Holanda, y se reconcentró la lucha en el norte, mientras que los españoles, que acababan de reconquistar á Mons, trataban el mediodia con la mas terrible crueldad.

Carlos IX se apesadumbró con estos sucesos; conocia entonces con claridad que la verdadera política nacional consistia en la alianza con los insurgentes de los Países Bajos y los luteranos de Alemania é Inglaterra; el ensayo que acababa de hacer le habia acarreado la mas sangrienta catástrofe; y si insistia en su proyecto anterior, se arriesgaba á verse abandonado por la nacion. Para que esta política hubiera podido triunfar, era preciso que el protestantismo no hubiese sido un partido rebelde, sino solamente un culto disidente, y tendremos ocasion de ver en efecto en el siglo siguiente, que reducido el trono á este es-

treinta mil, el protestante Popeliniere á veinte mil, el Martirologio de los calvinistas á quince mil, Papire Masson, apologista de San Bartolomé, á diez mil.

tado, volvió á abrazar con éxito la política protestante de Francisco I y Enrique II.

Carlos IX no podía empero separarse completamente de esta política, y al mismo tiempo que aseguraba á Felipe que sus preparativos de guerra habían sido únicamente un ardid, renovaba á los príncipes de Nasau sus promesas de apoyo, daba pensiones á los príncipes de Alemania conservando su alianza para hacer subir al duque de Anjou al trono de Polonia, protegía á Génova contra el duque de Saboya, deseaba atraer á la Inglaterra para que conservase su neutralidad, y proponía casar con Isabel á su segundo hijo el duque de Alençon.

Las desgracias habían hecho á los protestantes mas ardientes y altivos que antes, se creían extranjeros en su propia patria y tomaban por modelo la rebelion de los Países Bajos. Sus ministros llenos de indignacion y furia contra el gobierno real, formaron una constitucion federal para todas las iglesias calvinistas, con tendencias á convertir en una república independiente á todo el mediodía. Carlos IX mostraba una extrema repugnancia á emprender la guerra; se le había pasado ya la fiebre del San Bartolomé; ávido de fiestas, diversiones y cacerías, quería la paz á cualquier precio é hizo tentativas de arreglo con los calvinistas. Lanoue protestante moderado y querido de los católicos, que volvía de Mons, donde se había defendido heroicamente de los españoles, llevó á la Rochela las proposiciones del monarca, pero los habitantes rechazaron toda clase de arreglo é indujeron al embajador á que tomase el mando de la ciudad (3 de marzo de 1573). Lanoue pidió el consentimiento del rey, y era tan ardiente y extremadamente extraño el deseo que tenía Carlos de la paz, que accedió á todo lo que le propusieron. Entonces Lanoue, exhortando á la sumision á los de la Rochela, hizo durante cuatro meses respetables preparativos de defensa, salió con honor de la posicion extraña en que se hallaba, y se fué de la plaza cuando recibió orden del rey para que lo efectuara.

El duque de Anjou, acompañado de los príncipes de Borbon, que habían abjurado á la fuerza el calvinismo, puso sitio á la Rochela con un ejército de veinte mil hombres indisciplinados y sin provisiones. La ciudad, excitada por el fanatismo de sus ministros, se defendió con heroismo y rechazó veinte y nueve

asaltos; las mismas mujeres pelearon en la brecha, y le llevó socorros Montgomery con una escuadra de cincuenta barcos pequeños tripulados por dos mil refugiados. Las discordias y las enfermedades se cebaban en el ejército real, que no podía pagarse ni alimentarse; y el duque de Alençon, el rey de Navarra y el príncipe de Condé apoyados por muchos nobles, daban aviso diariamente á los de la Rochela de las deliberaciones del ejército (1).»

Los calvinistas desplegaban al mismo tiempo y en todas partes una resistencia sombría y desesperada; la guerra se prolongaba con atrocidad en Guiena, en el Languedoc y en el Delfinado, y Sancerre no sucumbía á pesar de sufrir un sitio espantoso. Peligrosamente enfermo el rey á consecuencia de sus continuas cacerías y ejercicios violentos, cansado de todo, pesaroso de ver tantos obstáculos y entorpecimientos, depositó el gobierno del reino en manos de su madre, y esta halló con asombro y temor las arcas reales vacías, destruidos los ejércitos, y mas agotado el reino con esta guerra de ocho meses que con todas las guerras anteriores. Era preciso, como antes del San Bartolomé, manifestar otra vez moderación á los hugonotes, é indispensable pensar en vivir unidos con esta facción indestructible. Además era muy temible el partido de los católicos descontentos llamado vulgarmente el *tercer partido*, el cual reconocía por jefes á los cuatro Montmorency, que habían dado asilo á los protestantes después del San Bartolomé, y tenía esperanza de lograr la asociación del duque de Alençon, cuyo carácter ambicioso se hallaba dispuesto á acceder á todo lo que le diese influjo y poderío.

La corte firmó una nueva paz, que impusieron esta vez los rocheleses; fué confirmada por el edicto de Bolonia, mas breve que el de San German, pero que concedía á los protestantes una completa amnistía, les reintegraba sus bienes y honores, y permitía la libertad de conciencia y la de culto en la Rochela, Nimes, Montalban, etc. (10 de julio de 1573). De modo, dice Tavannes, que Dios permitió milagrosamente y por nuestros pecados, que renaciese un partido muerto, destruido y aniquilado enteramente, para que causara la ruina del reino y las horribles turbulencias de la liga (2).»

(1) Tavannes, t. II, p. 43.—(2) Id., cap. 10.

S. VII.—*El duque de Anjou es elegido rey de Polonia.—Conspiración del duque de Alençon.—Quinta guerra civil.—Muerte de Carlos IX.*—En esta época se llevó á cabo una negociacion en la que habia desplegado Catalina mucha actividad; su hijo favorito, el duque de Anjou, fué elegido rey de Polonia. Se habia extinguido en este reino la raza de los Jagellones, que reinara en él por espacio de ciento ochenta y seis años, y los nobles polacos querian elegir un príncipe extranjero que les trajese una alianza poderosa contra la casa de Austria. El duque era célebre por sus victorias; mas bajo la capa de elegancia y generosidad ocultaba sus gustos afeminados, su molicie y sus excesos; y por las intrigas del embajador Montluc, obispo de Valence, las recomendaciones del sultan y el oro profusamente repartido por Catalina, logró el duque treinta mil votos de los treinta y cinco mil á que ascendía el total (9 de mayo). Pero el nuevo rey de Polonia que veia á su hermano mortalmente enfermo y sin hijos, consideraba su reino como un lugar de destierro, y antes de su partida aseguró sus derechos al trono de Francia. Fué consagrado en Cracovia el 22 de febrero de 1574.

Los protestantes veian aun muy lejano el dia en que pudieran imponer á la Francia sus doctrinas, los habian diezmando la guerra y el San Bartolomé, la mayor parte de ellos estaban pobres y arruinados, casi todos habian perdido su entusiasmo, y por fin conocian que si el gobierno se humillaba en favor suyo, el pueblo estaba enfurecido contra ellos por la sangre que habia vertido, y el clero, antes frívolo y corrompido, austero y celoso entonces, le impelia á la persecucion. No obstante reanimaron su valor las promesas de Isabel y la paz de la Rochela, y tuvieron una numerosa asamblea en Montalban para reorganizar su partido, nombrar jefes, arreglar la distribucion de armas y subsidios, formar un ejército de veinte mil hombres, y finalmente para crearse un gobierno independiente. Todo esto se hacia para asegurar la paz y prometiendo al rey la fidelidad de sus súbditos.

Enviaron tambien diputados á la corte para exponer en ella sus peticiones. «¡Cómo! exclamó la reina, si Condé estuviera en el centro de Franciá al frente de veinte mil caballos y cincuenta mil infantes, no pediria la mitad de lo que esas gentes tienen la

insolencia de proponernos (1).» Pero el gobierno, hallándose sin rentas y sin ejército, no podía de ningún modo volver á comenzar la guerra, y se limitó á hacer promesas á los protestantes. Estos se pusieron entonces de acuerdo con el rey de Navarra, el duque de Alenzon y los Montmorency, y bajo los auspicios del embajador de Inglaterra se tramó una vasta conjuración. Trábase en ella de afirmar en el trono al duque de Alenzon después de la muerte de Carlos IX, quitar á Catalina las riendas del gobierno, convocar los estados y decretar la libertad religiosa. El plan de la parte activa consistía en que los dos Borbones habían de huir de la corte y sublevar el mediodía, entretanto que los Montmorency se apoderaban del rey y de Catalina.

Carlos IX estaba entonces muy enfermo. La reina madre consiguió arrancar el secreto del complot al duque de Alenzon (23 de febrero de 1574), trasladó la corte de pronto de San German á París, encerró en Vincennes al duque y al rey de Navarra, y mandó poner preso al mariscal de Montmorency. Condé logró salvarse; Damville, advertido á tiempo, se puso en el Languedoc en estado de defensa, y sus dos hermanos Thoré y Merú protestantes declarados, huyeron á Alemania.

El duque de Alenzon lo confesó todo cobardemente, y el rey de Navarra manifestó mucho orgullo. «Estando sin libertad, no es de admirar, dijo, que haya tratado de lograrla, y lo haré cuando la ocasión me sea favorable.» La Molé y Coconnas, confidentes del duque de Alenzon, fueron procesados y subieron al cadalso (30 de abril) (2).

El descubrimiento de la conspiración no detuvo el levantamiento, y comenzó la quinta guerra civil. Se sublevaron el Lionés y el Delfinado, Lanoue revolucionó todo el Poitou, Damville firmó una tregua con los hugonotes, á pesar del parlamento de Tolosa que se negó á prestarle obediencia, y Montmorency, después de haber desembarcado en Normandía con los refuerzos de

(1) De Thou, lib. LVII.—(2) Coconnas «se alataba de que en el San Bartolomé había arrancado de las manos del pueblo hasta treinta hugonotes, para tener el placer de hacerlos morir á su capricho, cual era el de obligarles á renegar de su religión, prometiendo salvarles la vida; y que en habiéndolo logrado, los acuchillaba y los hacía agonizar y morir poco á poco y cruelmente.» (L'Etoile, t. I, página 83.)

Isabel, fué derrotado, cayó prisionero y pagó su rebelion con la muerte.

El rey se hallaba ya agonizando, y en medio de todas estas intrigas, del estruendo de las armas y de todos sus súbditos furibundos y excitados, solo pedia un momento de descanso. «¿No me dejarán morir en paz?» exclamaba con amargura. Entregó todo el poder á su madre, y mientras ella conjuraba el peligro, entablaba negociaciones con los rebeldes, y organizaba tres ejércitos, el rey veia llegar la muerte lleno de remordimientos y de turbacion con el recuerdo del San Bartolomé. Su enfermedad estaba situada en el pecho y vomitaba sangre. En medio de su delirio solo veia sangre en torno suyo, y exclamaba: «¡Cuánta sangre y cuanto cadaver! ; Ah! ; qué consejos tan infames he seguido!» Nombró á su madre regente del reino hasta que llegase el rey de Polonia, y murió á los veinte y cuatro años de edad (30 de mayo).

CAPÍTULO V.

Quinta paz.—La santa liga.—Sexta y séptima guerras civiles.
(1574.—1584.)

§. I.—*Nueva situacion de los partidos.—Politica de Catalina.—Alianza de los políticos con los hugonotes.*—El concilio de Trento habia asegurado definitivamente la reaccion católica inaugurada por Paulo III: las batallas de Francia, el rigor de Pio V y Felipe II la habian continuado, y habia alcanzado el triunfo mas completo con el San Bartolomé, á pesar de que parecia que las inconsecuencias de la corte habian hecho infructuoso este gran crimen. La Francia se hallaba decididamente arrojada en los brazos del sistema católico.

Dice uno de los motores de las vísperas parisienses, que «el San Bartolomé impidió que las tres cuartas partes de Europa abrazasen el partido de los herejes por medio de matrimonios y alianzas; que á no haberse efectuado la mortandad, hubiera sido protestante infaliblemente el reino de Francia, y en seguida la cristiandad entera; pero desde este golpe están ya tan debilita-

dos y en tan corto número, que en vez de alzarse como en tiempos anteriores, formando formidables ejércitos, no pueden salir á campaña sino con el apoyo de los católicos descontentos (1).

La cuestión iba pues á cambiar de aspecto; el partido calvinista, aunque era siempre el origen de las turbulencias civiles, iba á extinguirse y á representar tan solo un papel secundario en los acontecimientos. Nuevos peligros amenazaban al trono, y se iba á manifestar mas y mas en la guerra civil el aspecto político.

Catalina intentó, durante la ausencia del nuevo rey, conservar en paz á todos los partidos, y consiguió firmar una tregua con los protestantes. A medida que las circunstancias eran mas difíciles y peligrosas, ella redoblaba su actividad, su finura y su disimulo, lo hacia todo por sí sola, escribia sin cesar á todo el mundo, y sin perder la esperanza ni malquistarse con nadie, trabajaba para conservar la paz, y entablaba negociaciones á pesar de ver á los dos partidos con las armas en la mano y sin hacer caso de las victorias ni de las derrotas (2). Pero su política habia sido siempre tan embrollada y vacilante, que en vez de reconciliar á los partidos, solo lograba aumentar contra ella sus odios y su desconfianza. Todos la acusaban de las calamidades que habia sufrido el reino: sus continuas defecciones, tanto en favor de los católicos como de los protestantes, y su indiferencia tan marcada entre ambas religiones, hacian que la imputasen combinaciones maquiavélicas dirigidas todas al mal (3).

Su objeto habia sido siempre el mismo: salvar la corona de sus hijos y reinar en su nombre. Cuando empezaron las turbulencias políticas, y vió que los Guisas se presentaban como defensores del catolicismo y amenazaban el trono de Carlos IX co-

(1) Tavannes, t. II, p. 503.—El embajador de Venecia afirmaba en 1582 que los protestantes de Francia habian perdido un 70 por 100 de su número.—(2) No hemos tenido en Francia, dice Brantome, una mujer tan amante de la paz.—(3) Hé aquí cual era la opinion de Enrique IV acerca Catalina de Médicis: «¿Qué podia hacer una pobre mujer, que despues de la muerte de su marido, tenia que defender á cinco hijos de corta edad, y veia á dos familias que pensaban apoderarse de la corona, cual eran la nuestra y la de los Guisas? ¿Le era preciso que confiase en personas extrañas para engañar á unos y á otros, y defender entre tanto, como lo ha hecho, á sus hijos, que han reinado sucesivamente por la prudente conducta de una mujer tan inteligente y precavida? (Memorias de Groulard, p. 38).

mo jefes de partido, Catalina se inclinó en favor de los protestantes; era la época en que la Francia parecía dispuesta á hacerse calvinista por la manifestacion de los estados de Orleans y de San German. Algun tiempo despues, cuando se vió rodeada de hugonotes, cuyo ardor por las turbulencias y cuyas tendencias republicanas la llenaban de inquietud, se volvió á inclinarse en favor de los católicos, en los cuales reconocia la mayoría nacional, afanándose empero para hacerlos amigos de los protestantes, tan fuertes á pesar de su escaso número, tan turbulentos á pesar de sus derrotas, y tan indestructibles al parecer que era preciso habituarse á vivir con ellos para que estuviesen quietos; política peligrosa, difícil, sembrada de escollos, pero que era la única que podia seguirse.

Catalina vió burlados todos sus deseos. Su hijo se lanzó demasiado léjos en esta senda de conciliacion, el gobierno se dejó dominar por los protestantes, la nacion miró con desconfianza al trono, y estalló el San Bartolomé. Catalina se apresuró á dirigir la matanza, y el trono recobró en parte su popularidad, pero fué por poco tiempo, porque mientras la marcha del gobierno era indecisa é inconstante, la popularidad habia pasado á ser herencia de una familia, que jamás habia dejado de unir su causa á la del pueblo, de identificarse con el catolicismo y de enlazar su destino al de una ciudad enteramente católica. Esta familia era la de los Guisas. La opinion pública habia elevado á estos príncipes de tal modo despues del San Bartolomé, y eran tan poderosos por sus gobiernos, obispados, regimientos y amigos, que la reina los miraba siempre como á los enemigos mas temibles de los Valois. Era indispensable pues que el trono por una fatalidad volviese á seguir su política vacilante, pues no tenia otra; era preciso que unas veces humillase á los Guisas y otras á los hugonotes; doble abismo que el último de los Valois iba á evitar con todos sus esfuerzos, y donde debia hallar su perdicion. Para que el trono hubiera hecho triunfar su sistema, hubiese sido necesario que se apoyara en el partido de los católicos ó políticos. Esta es la conducta que observó la nueva dinastía de los Borbones, y que fué su salvacion; pero en la época en que nos hallamos de nuestro relato, el tercer partido era enemigo del trono.

No impelían á este tercer partido las ideas de prudencia y tolerancia de L' Hopital; se componía casi enteramente de cortesanos descontentos, egoístas, sin convicciones, y que únicamente deseaban la independencia señorial. Los despreciaban los protestantes, y los católicos los miraban como ateos, y los infamaban con el nombre de *politicos*, dando á entender que preferían los intereses temporales á los de la conciencia. Consideraban todos como jefe de este partido á Montmorency-Damville, el cual ostensiblemente católico, se habia distinguido por sus persecuciones contra los protestantes, y solo ambicionaba convertir en una soberanía su gobierno del Languedoc; y como acababa de ser destituido por la reina por la posición hostil que habia tomado, se sublevó abiertamente (julio de 1574).

Los hugonotes tuvieron en esta época una asamblea general de sus iglesias en Milhau, y nombraron jefe á Condé, que se hallaba refugiado en Alemania. Damville hizo proposiciones de alianza á esta asamblea y le ofreció sus fortalezas, sus soldados y su familia; socorro precioso para los hugonotes, que se apresuraron á aceptarlo, y con el cual se reanimó de pronto su partido. A consecuencia de esta liga, tanto mas temible cuanto menos religiosa era, hugonotes y políticos publicaron un manifiesto en el que pidieron la libertad de conciencia y la convocación de los estados generales. De modo que la contienda adquiría cada vez mas el aspecto de una guerra de los señores y las provincias contra la corona. Jamás se habia alzado tan terriblemente el feudalismo desde el reinado de Luis XI.

§. II.—*Regreso de Enrique III á Francia.*—*El duque de Alençon se pone al frente de los hugonotes y los políticos.*—*Combate de Fismes.*—*Quinta paz.*—Para librar al trono del doble peligro en que le habian puesto los Guisas y el pueblo por un lado, y los señores y los hugonotes por otro, hubiera sido preciso un rey hábil y enérgico, pero no lo era Enrique III, el hombre mas á propósito para disgustar al pueblo con el trono, y que estaba ya cansado de la nación medio salvaje que le habia elegido. Luego que Enrique supo la muerte de su hermano huyó de su palacio de Cracovia como un niño ó como un criminal (18 de junio), sin consultar á nadie, sin encargar á otro el gobierno del país cuyo destino se le habia confiado, y en el momento

mismo en que Turquía amenazaba á Polonia con la guerra (1).

Se dirigió á todo escape hácia la Moravia, cruzó los estados austriacos, y llegó á Italia, donde se detuvo cerca de tres meses, á pesar de las instancias de su madre, en medio de fiestas y diversiones. Pagó la acogida que le hiciera el duque de Saboya con la cesion de Pignerol, Perusa y Savigliano, últimos trofeos de las antiguas guerras de Italia (2).

Cuando Enrique llegó al Delfinado (5 de setiembre) se manifestó decidido á no hacer ninguna concesion á los hugonotes, «creyendo por este medio, dice Sully, impedir las sublevaciones de los pueblos.» «Que abracen en adelante el catolicismo, dijo á los embajadores de los príncipes alemanes, y obedezcan las leyes de la monarquía, y de lo contrario que salgan todos del reino (3).» Pero no hizo ningun preparativo de guerra, y se limitó á mandar á los jefes de los rebeldes que dejaran las armas. «¿Qué significa esto? respondió Montbrum, jefe de los protestantes del Delfinado; ¿el rey se atreve á hablarme como á tal y como si yo debiese reconocerle? Quiero que sepa que esto es muy justo en tiempo de paz, pero en tiempos de guerra, cuando el brazo está armado, todos somos iguales y compañeros (4).»

No hubieran dicho otro tanto los señores del siglo duodécimo; pero al año siguiente pagó caro este lenguaje, cuando despues de ser vencido cayó en poder del rey, y fué sentenciado á muerte.

El rey emprendió un simulacro de guerra contra los castillos de las orillas del Ródano, despues partió á Aviñon (5) donde solo se ocupó en cofradías y procesiones, mientras Damville se apoderaba casi á sus ojos del pueblo de San Gilles, y se hacia dar el mando de los hugonotes mientras se esperaba la llegada de Condé. Enrique se dirigió despues á Reims, donde le consagraron, y se casó con la hija del conde de Vaudemont, casamiento

(1) La dieta de Polonia, despues de haberle intimado que regresase á sus estados, declaró vacante el trono, y eligió el 15 de diciembre de 1575 á Bathori, wayvoda de Transilvania.—(2) En 1552 Catalina hizo un tratado con el duque de Saboya, por el cual le dió Turin y Civasso, cedidos por el tratado de Chateau-Cambresis, por Perusa y Savigliano.—(3) L'Etoile, t. I, p. 103.—(4) Brantome, t. IV, p. 35.—(5) Allí murió el cardenal de Lorena á la edad de cuarenta y seis años.

desigual y precipitado, que solo servia para engrandecer á los Guisas, que eran primos de la nueva reina (15 de febrero de 1575). Manifestaba siempre una extremada afición á las fiestas y romerías, creyendo de este modo alcanzar el cariño popular; pero se olvidaba de la guerra, del gobierno y de todo negocio de gravedad é importancia, pasaba los dias enteros en adornar á su esposa ó á sus favoritos, tenia una pasión decidida por los perros y papagayos, y recorría las calles con hábito de penitente y el látigo en la mano. Católicos, protestantes y políticos publicaban á porfía sus torpezas, sus hábitos afeminados y orientales, sus indignos desordenados favoritos, sus ocupaciones bajas y pueriles. Finalmente, aun no hacia seis meses que estaba en Francia, y su conducta habia sido tan increíblemente loca y deshonrosa, que se habia borrado todo el brillo del vencedor de Moncontour, convirtiéndose en un objeto de desprecio universal, y habia desvanecido la postrera aureola del trono. Los hugonotes y los señores pensaban sacar partido de semejante rey para poner en planta sus designios de independenciam, y los católicos creían deber á sustraerse de la humillacion de aquel jefe, y que debían buscar su salvacion fuera del trono.

Continuó en tanto la guerra en el Languedoc, el Poitou y la Provenza, se fortificó la liga de los hugonotes y políticos, y se convocó en Milhaud una numerosa asamblea donde Condé, Damville y las iglesias protestantes firmaron un tratado de union y confederacion (10 de febrero de 1575). Se nombró en ella á Condé, aunque ausente, jefe de los hugonotes y políticos, y á Damville su teniente, con la condicion de que los dos partidos emplearian sus armas por el bien comun de la nobleza y el pueblo, que no harian la paz sino tenia por base la convocacion de los estados generales y la libertad de conciencia, etc. Se decretó tambien en ella un impuesto de hombres y dinero, se pidió un ejército á los príncipes alemanes, se arregló la administracion del partido, sus jefes y su justicia, y envió la asamblea al rey condiciones que este rechazó con indignacion. Preparáronse entonces los rebeldes á continuar la guerra, y la evasion del duque de Alençon, que se puso al frente de su ejército, aumentó su fuerza de una manera muy notable.

Era este un príncipe tan sumido en los excesos y tan vil é in-

capaz como su hermano, pero era el heredero presunto de la corona, el último Valois, y le acogieron con el mayor regocijo. Condé y Damville se apresuraron á reconocer su autoridad, y él publicó un manifiesto en el que decia que iba á conseguir la prosperidad del reino, ahogando las contiendas religiosas. Tres ejércitos se prepararon á apoyar su declaracion de guerra; el de Damville que tenia catorce mil hombres, el que Condé organizaba en Alemania, y cuya vanguardia compuesta de cinco mil hombres habia salido á campaña al mando de Montmorency; el de Thoré, y el del elector Palatino, quien habia exigido en pago de su servicio la cesion de los Tres Obispados.

La corte estaba alarmada; el duque de Guisa, gobernador de Champaña, salió al encuentro de Thoré, le rodeó con fuerzas superiores en Fismes, le derrotó, y habiendo sido herido en la mejilla en este combate, tomó el sobrenombre de Acuchillado (11 de octubre de 1575).

El monarca se ocupaba tanto mas en excesos; niñadas y locuras, quanto mas aumentaba su rival la popularidad; su madre estaba llena de desesperacion al ver caída en el polvo la autoridad real, y desplegaba una extremada actividad para romper la liga rebelde. Era indispensable la paz y á cualquier precio; Catalina corrió en pos del duque de Alenzon, no le abandonó jamás, le obligó á entablar negociaciones, y logró por fin una tregua con condiciones muy humillantes (22 de noviembre). Eran estas: que Condé conservaría su ejército, el cual seria pagado por el rey, que la corte licenciaría sus tropas, que entregaría á los rebeldes seis ciudades, etc.

Los católicos lanzaron gritos de alarma y de indignacion, Paris negó al rey toda clase de socorro de dinero y personas, y no se llevó á cabo la tregua. Condé y el elector se decidieron entonces á invadir la Champaña con diez y siete mil hombres y diez y seis cañones (enero de 1576). Estos soldados mercenarios, que habian tomado las armas únicamente por la esperanza del botin, saquearon ó exigieron crueles y crecidos rescates á todos los pueblos que hallaron en su camino, cruzaron la Borgoña, pasaron el Loira por la Charité y se reunieron en Moulins con las tropas del duque de Alenzon.

Ambos ejércitos, sin contar el de Damville que ocupaba las

provincias meridionales, ascendian á mas de treinta mil hombres, y además de Condé el duque de Alençon y del elector, tenían los rebeldes otro nuevo jefe que era el rey de Navarra, el cual huyó de la corte, y al reunirse con sus antiguos compañeros se apresuró á abrazar otra vez la religion protestante (20 de febrero). «Ya no vuelvo mas á Paris, dijo, sino me llevan arrastrando.»

Es cierto; solo debia volver á entrar en ella siendo rey de Francia.

El trono se hallaba en el mayor peligro; los católicos desconfiaban de él y le negaban su auxilio, y era forzoso pues, precipitándose fatalmente en el abismo de su perdicion, que sufriese el yugo de los rebeldes, y se expusiese de este modo á ser acusado de traicion por el pueblo. Catalina renovó las negociaciones, que eran su postrer recurso. Los hugonotes manifestaron una extraña arrogancia y presentaron condiciones superiores á su poder efectivo; si las hubieran alcanzado, quedaba la Francia desmembrada, restablecido el feudalismo y destruida la monarquía. La reina madre llegó á contenerlos desplegando todo su talento, y se firmó por fin la quinta paz en Chastenoy, cerca de Chateau-Landon, que se llamó la paz de *Monsieur* (1) (6 de mayo de 1576).

Por ella la corte cedía al duque, además de su infantazgo, el Anjou, la Turena y el Berri, con la única condicion del homenaje, pero con todos los derechos de regalía para él y todos sus herederos varones; daba al rey de Navarra el gobierno de la Guiena, á Condé el de la Picardía; permitía á los protestantes el libre ejercicio de su religion en todo el reino, á excepcion de Paris, con muchas fortalezas de seguridad en todo el mediodía, la libertad de tener sínodos y escuelas, tribunales compuestos de calvinistas en igual número que católicos en los parlamentos; rehabilitaba la memoria de Coligny, Montgomery, la Molé, Coconnas, etc.; daba á los alemanes tres millones y medio «por haber arruinado á la Francia,» y finalmente convocaba los estados generales en Blois.

Esto daba á entender que el trono habia hecho traicion aun

(1) En esta época empieza el uso de llamar *Monsieur* al hijo segundo del rey.

otra vez al catolicismo, que habia sido inútil y desaprobado el San Bartolomé, y que habia recobrado todo su poder el agonizante partido protestante. El pueblo negaba desde entonces su confianza á un rey que le arrastraba á su propia ruina, é iba á formar una liga, como lo habian hecho ya los calvinistas, pero una liga que comprendia á toda la nacion contra un partido, y que iba á destronar una dinastía envilecida, impotente y anti-pática para combatir hasta la muerte con los rebeldes.

§. III.—*Formacion de la santa liga.*—*Impopularidad de Enrique III.*—Alegres los hugonotes con su victoria, pero siempre desconfiados, se habian esparcido por las provincias conservando sus armas, sus jefes y su organizacion de guerra. Los alemanes se hallaban acuartelados en la Champaña y vivian sobre el país sin freno alguno, esperando los tres millones y medio, para cuyo pago fué preciso vender 200,000 libras de rentas de los bienes del clero. Éste se hallaba justamente enojado con tan enorme suma de menos, el parlamento con la creacion de las cámaras de calvinistas y el pueblo con la paz, que le pareció tan humillante, que impidió en todas partes que se cantase el *Te-Deum*. Finalmente, la Francia entera estaba indignada con los impuestos destinados á pagar la rebelion, y cuyas cantidades pródigamente repartia entre sus favoritos el monarca. El descontento creció de tal modo que se formaron á un mismo tiempo y en todas las provincias ligas clandestinas con objeto de conservar la fe; estas se habian intentado ya en 1565 hasta 1572 en que se extinguieron al mismo tiempo que desapareció la desconfianza que las habia originado; y tomando ejemplo de la asociacion de los protestantes y políticos, se organizaban contra estos dos partidos. Era una idea que los Guisas tenian concebida desde la época del triunvirato; ellos se sirvieron para propagarla de los jesuitas que en todas partes redactaron las actas de union, y convirtieron unos y otros esta convocacion popular en una combinacion política de alta importancia.

La liga provincial mas importante era la de Picardía. Habiendo sido nombrado Condé gobernador de esta provincia, Humieres, noble enteramente adicto á los Guisas y que mandaba en Perona, se negó á entregar la plaza al jefe de los protestantes, y formó con los católicos de la provincia una liga para opo-

nerse al establecimiento de los hugonotes (1576). Todas las demás ligas tomaron esta por modelo, tenían correspondencia entre sí, dirigían representaciones amenazadoras al rey, y terminaron por reunirse en una sola, establecida para « conservar las leyes y la religión antigua de la monarquía. » Los socios consagraban á este objeto su vida y haciendas, juraban no retirarse de la *Union* bajo pena de muerte; y bien pronto se hizo tan formidable, que se desprendió del misterio con que se rodeaba, y se presentó ante sus enemigos y el trono unida, terrible, amenazadora, con un ejército enteramente organizado, un tesoro inagotable, y un jefe que nadie nombraba pero que todos conocían, era el duque de Guisa, en apoyo del cual circulaban ya folletos que reivindicaban los derechos de su familia al trono como descendiente de Carlomagno. Enviaron los católicos al papa escritos cuyo objeto era estimularle á que ayudase al duque á subir al trono: los calvinistas se apoderaron de ellos y los dieron á luz pública; y por ellos se supo que los designios de los de la liga se dirigían « á hacer sentenciar al hermano del rey por ser aliado de los herejes, imitando el ejemplo del rey católico respecto á su propio hijo, y emplear todas las fuerzas de la liga en exterminar á los hugonotes, mientras el duque de Guisa hacia encerrar al rey en un convento, » como lo hiciera su antepasado Pepino con Childerico. »

Francia estaba pues dividida en dos confederaciones independientes de la autoridad real; en una parte se hallaba el norte, el pueblo y el espíritu de unidad, y en la otra el mediodía, la nobleza y el espíritu de confederación. La liga católica era poderosa por su número, el entusiasmo, los recursos y la unión, pues tenía un fin conocido y un solo jefe, por cuyas órdenes todo se movía como un solo hombre; la liga protestante no tenía tanta unidad de objeto, de movimiento y de jefe; el duque de Alençon, á quien llamaban duque de Anjou, era católico, el rey de Navarra sospechoso por su espíritu de conciliación y sus desordenadas costumbres, y Condé, envidioso de los dos, era solo querido de los hugonotes. Además, las ideas republicanas de la Rochela y otras ciudades, las ambiciones feudales de los señores, las opiniones democráticas de los ministros, y los intereses egoístas de los políticos complicaban las miras del partido y entorpecían sus movimientos.

La monarquía, abandonada y despreciada por las dos ligas, aislada, sin partidarios y asombrada de su aislamiento, se iba á precipitar tan pronto en la una como en la otra, sin recibir de ellas mas que desprecios, y sin salir de su ruina, hasta que una nueva dinastía, nacida de la minoría, del mediodía y de la nobleza, haciéndose amiga de la mayoría, del norte y del pueblo, salvase al mismo tiempo la unidad monárquica de Francia.

Un rey virtuoso y sábio hubiera podido tal vez disolver estas dos confederaciones independientes; pero Enrique III solo servia para acrecentarlas. No le faltaba empero inteligencia y valor; era hermoso, elegante y gracioso, y reunia todas las cualidades exteriores que seducen al pueblo, pero la depravacion de sus placeres y costumbres le hacian incapaz de ocupar un trono, cualquiera que fuera la época en que hubiera vivido. Su vida escandalosa estaba en oposicion con el ardor religioso de la nación y con la senda austera que habia emprendido el catolicismo. Placiale « ir á pié á las iglesias de Paris, llevando en sus manos gruesos rosarios cuyas oraciones iba balbuceando por las calles, y decíase que lo hacia por consejo de su madre, para convencer al pueblo de que era muy devoto y católico (1).»

Sabia Enrique la existencia de la liga y sus proyectos, pero contaba para desbaratarla con los estados convocados en Elois creyendo que las elecciones se harian en sentido moderado como en 1560. Los estados habian sido siempre objeto de terror para sus antecesores, porque á falta de una constitucion que definiera su poder y atribuciones, podian aquellos atreverse á todo y usurpar el influjo del trono, lo mismo que humillarse y acceder á toda clase de exigencias; pero Enrique no tenia otro recurso, y contaba además con la gracia de su exterior y la facilidad con que se expresaba, para seducir á los diputados y recobrar su popularidad. Enrique se engañaba porque habia pasado la época de las sorpresas protestantes, el catolicismo habia adquirido energía, el clero el celo y la virtud, y la liga era muy poderosa.

Los predicadores y folletistas trabajaron con tanto ardor en las elecciones que no se atrevieron á acudir á ellas los protestantes, y se terminaron en un sentido tan extremadamente católico,

(1) L'Estoile, t. I, p. 140.

que todas las instrucciones que se dieron á los diputados basaban en este lema: *Una fe y una ley para el reino.*

§. IV.—*Primeros estados de Blois.—Sexta guerra civil.—Paz de Bergerac*—Los estados se abrieron el 6 de diciembre. Acudieron á ellos trescientos doce diputados, de los cuales ciento cincuenta pertenecian al pueblo, ciento y cuatro al clero, y setenta y dos á la nobleza. Esta no se hallaba representada por ningun hombre célebre, el pueblo no habia llevado allí ningun magistrado ni sábio distinguido, á no ser Bodin, diputado del Vermandois y autor del tratado *de la República*, y el clero solo tenia allí hombres de ciencia y de negocios. El rey, que aparentaba mucha dignidad siempre que se hallaba en escena, abrió la sesion con un discurso notable. « Cuando considero, dijo el extraño cambio que en todo se advierte desde la época de los reyes mi padre y mi abuelo, conozco que feliz era su situacion, y cuan apurada y triste es la mia; porque yo no ignoro que en todas las calamidades públicas y particulares que sobrevienen á un estado, el vulgo, que discierne muy poco para conocer la verdad de la causa de todos los males, los atribuye á su príncipe, á quien acusa, como si estuviese en sus manos el poder evitar todos los acontecimientos adversos.»

Este lenguaje tan sentido y triste interesó muy poco á los estados, que solo pensaban en poner trabas á la autoridad real. Propusieron dar fuerza de ley á las deliberaciones acordadas por unanimidad por las tres órdenes, sin que tuvieran necesidad de la sancion real, y de arreglar las demás por medio de un consejo compuesto de veinte y cuatro miembros nombrados por el rey y treinta y seis comisionados de los tres órdenes. El rey se indignó al oír esta proposicion, dijo que no queria abdicar su autoridad para trasmitirla á los estados, pero que accedia en admitir en su consejo á los treinta y seis comisionados. Y en seguida por consejo de sus ministros, resolvió precaver los ataques de los estados declarandose abierta y decididamente en favor del catolicismo. El 12 de diciembre firmó el acta de union, se declaró jefe de la santa liga, é hizo firmar esta acta á su hermano y á todos los gobernadores y tenientes del rey en las provincias. Creia de este modo desarmar á sus enemigos, quitar de la acta de union el artículo di rigido contra los Valois y satisfac-

cer por fin la voluntad nacional. Pero los estados dieron muy poco crédito á esta demostracion de celo, y con intencion de ponerle á prueba, decretaron por unanimidad que se suplicase al rey que no permitiera en su reino mas que una religion, y que anulara el edicto de pacificacion. Enrique declaró sin tardanza que, siguiendo el parecer de los estados, revocaba su último edicto, concedido por la fuerza y contra el juramento prestado en su consagracion (1.º de enero de 1577).

La nacion declaraba pues la guerra á los calvinistas por medio de sus representantes, y anunciaba en alta voz su voluntad de ser únicamente católica. Condé protestó contra la « asamblea ilegal » de Blois, y apeló á Dios y sus armas victoriosas « de la injusta violacion de los tratados; » el rey de Navarra excitó al mediodía á la guerra, se apoderó de Perigueux, de la Réole y de Marmande, y Lanoue empezó las hostilidades en el Poitou.

Los estados se alarmaron con esta guerra súbita, en especial al oír de boca del rey el mal estado de la hacienda pública, la deuda que ascendia á cien millones, y cuando supieron la necesidad de nuevas contribuciones para reunir tropas. Negaron entonces sus votos, á excepcion de la nobleza que solo contribuía con su espada, y despues de largas y tempestuosas discusiones, en las que Bodin representó un gran papel como representante del partido moderado, fueron desechadas todas las proposiciones sobre impuestos. En vano Enrique suplicó, intrigó y amenazó; en vano su madre negoció con su actividad y astucia habituales, porque todo fué inútil. Ultimamente el rey pidió: 1.º que los estados nombrasen treinta y seis diputados para asistir con él á la deliberacion de los acuerdos; 2.º que determinasen un impuesto para los gastos de la guerra, y 3.º que autorizasen la venta de 300,000 libras de renta de los bienes de la corona. Los estados rechazaron la primera proposicion, porque se establecian por ella unos estados en compendio, á los que fácilmente podian seducir ó intimidar, y sobre los cuales pesaria la responsabilidad de los actos reales; suplicaron al rey, en cuanto á la segunda proposicion, « que tratase con dulzura á los sêcuaces de la nueva religion para que tuviesen ocasion de renovar la guerra; y en el caso de ser indispensable hacer frente á los enemigos, el clero ofreció asalarar á sus expensas cinco mil infan-

tes y mil doscientos caballos, la nobleza sus servicios y sus fuerzas (1), y «el tercer estado negó rotundamente todo género de socorro.» El clero y la nobleza accedieron también á la tercera petición, y la rechazó el tercer estado.

El rey se apesadumbró tanto con esta resolución, que casi le brotaron las lágrimas de los ojos cuando le hicieron saber tanta tenacidad. «Enorme crueldad, dijo, es esta por cierto; no quieren socorrerme con lo suyo, ni que yo me ayude con lo que me pertenece (2).» Finalmente los estados llegaron al colmo de su oposición y animadversión (1 de marzo) al pedir que se aboliese el culto reformado sin recurrir á la guerra, como si fuera muy fácil reducir con edictos á un partido que estaba por sexta vez con las armas en la mano; y se disolvieron despues de haber abandonado de este modo al trono á sus propias fuerzas, sin tropas y sin dinero, para obligarle tal vez á que ofreciera á los rebeldes una paz que le acarrearía el odio de toda la nación.

Semejante conducta parecía, no resultado de la ignorancia, sino un cálculo de maldad; pues esta asamblea, tan ciega y tenaz en las cuestiones religiosas, mostró ilustración y ciencia política y administrativa. Sus acuerdos sirvieron de base al edicto de Blois del 25 de enero de 1580, complemento de la ordenanza de Moulins, monumento preciso del progreso de las inteligencias en medio de las turbulencias civiles, por medio del cual se introdujo la reforma en todos los ramos de la administración, en la legislación civil, en la policía, etc. Esto explica, que mientras la ambición de los grandes y las pasiones del pueblo trastornaban la Francia, la magistratura contaba en su seno una multitud de hombres austeros, dedicados á la ciencia, custodios impasibles de las leyes, enteramente ocupados en sábias reformas, católicos porque el catolicismo era el fundamento de la monarquía, y enemigos de los hugonotes porque estos estaban en contra de la ley y la autoridad real. A ellos se deben las cuarenta y seis ordenanzas del reinado de Francisco II, las ciento ochenta y ocho del reinado de Carlos IX, y las trescientas treinta de Enrique III. Parecía que los magistrados se habian impuesto la tarea, durante las discordias civiles, de reedificar el edificio social mientras lo iban convirtiendo en ruinas las pasiones populares.

(1) L'Étoile, t. I, p. 147.—(2) Diario de G. de Tâix.

Enrique entabló negociaciones con los hugonotes, y las apoyó con los dos reducidos ejércitos que le organizaron los de la liga. Tuvo la dicha de que el partido se hallase sin aliento, lleno de discórdias y casi sin recursos, que no contase con buenos jefes, y que los rebeldes solo hubieran tomado las armas para robar y pelear por los caminos sin táctica militar. El duque de Anjou se habia mantenido fiel desde la última paz. Condé organizaba tropas en Alemania, y Catalina se hacia partidario suyo á Damville, á quien dió el marquesado de Saluces (1) « con atribuciones en su mando superiores á las que jamás habia tenido ningun gobernador, porque, segun decia la reina, todo el mal ó el bien debia venir de Damville.»

La causa debilitada por todas sus anteriores derrotas, falta del apoyo de los políticos y los extranjeros que tan temible la habian hecho últimamente, no experimentó mas que pérdidas y la guerra no ofreció interés alguno. Los duques de Anjou y de Guisa se apoderaron de la Charité y de Issoire, el duque de Mayenne de los pueblos del Aunis; fué destruida la escuadra rochelesa, y el rey de Navarra se encerró en la Guiena donde hizo una guerra de partidario.

Los protestantes pidieron la paz; y el rey que agotaba ya sus recursos, se apresuró á concederla. Esta fué la paz de Bergerac. Por ella lograron los calvinistas la libertad de culto con escuelas y sínodos en los pueblos donde dominaban, pero conformándose con la policia exterior del culto católico; y ella les concedió la restitution de sus gobiernos, cargos y empleos, los tribunales, las ciudades de seguridad por seis años, etc. (17 de setiembre de 1577).

Era este el tratado más claro y previsor de todos cuantos se habian llevado á cabo, pero estableció con regularidad al partido protestante como un estado en el estado, una opinion armada y una secta independiente. Excitó en el más alto grado el furor de los católicos, porque el trono era tan desgraciado ó tan poco hábil, que cuanto mas vencidos se hallaban los protestantes mayores y mejores condiciones les concedia, y esta sexta

(1) El Marquesado de Saluces, feudo del Delfinado, pertenecia á la Francia desde 1548, en que Enrique lo confiscó á su poseedor, que queria entregar á Carlos V sus fortalezas.

paz, hecha en una época en que su partido estaba casi destruido, les fué mas ventajosa que todas las demás. De modo que cuando supo Felipe II este tratado, es fama que exclamó: «La fe es incompatible con la casa de Valois, y es preciso que baje del trono.»

Esta era también la opinion de toda la liga.

§. V.—*Política y carácter de Enrique III.—Sus favoritos.—Costumbres de la corte.*—A nada condujo la paz de Bergerac, los dos partidos quedaron con las armas en la mano y hasta continuaron la guerra de castillos y saqueos. Los protestantes eran menos capaces cada dia de luchar aisladamente contra sus enemigos, y no daban ningun paso para apoyarse en el tercer partido; los católicos aumentaban su confederacion, y estaban dispuestos á alzarse á la primera traicion para hacer pedazos á los rebeldes.

En medio de estas dos ligas tan exaltadas, feroces é intratables, Enrique III seguia una política enteramente conforme á sus placeres, é indiferente á todas las creencias religiosas, creia que le seria posible atenuar las convicciones depravando las costumbres, que lo mirarian como un católico porque se rodeaba de frailes, vestia hábito de capuchino y llevaba siempre un rosario de calaveras en torno de su cintura, y que mezclando las procesiones con los bailes, las penitencias con las mascaradasaria fin á todas las controversias, al fanatismo y á las guerras tan fatales para el trono. Apasionado por las costumbres y fiestas de Italia, aficionado á la poesía y á las artes, valiente hasta la temeridad, considerando el valor como la perfeccion del caballero y del rey y hasta exigiendo que sus favoritos perfumados expusiesen la vida con esa frivolidad feroz que habia puesto tan en boga la guerra civil, Enrique III hubiera sido sin duda alguna en época de paz y de regularidad un monarca mas apreciable que Francisco I, pero en aquel entonces, en que el trono se veia en el borde de un abismo, en que las ideas democráticas fermentaban lo mismo en el catolicismo que en la reforma; sus vicios, sus costumbres y sus yerros solo podian excitar disgusto, odio y exacerbacion pública.

Enrique III era el complemento y resúmen de la familia suntuosa, atrevida y loca de los Valois, tan poco útil á la Francia, y

él iba á pagar las faltas de sus antepasados. Todos los partidos se encarnizaban contra él, cualquier hecho suyo era mirado como una falta ó una calamidad, se habian dado á luz contra él las calumnias mas atroces, los folletos mas asquerosos y las caricaturas mas sangrientas; el púlpito sobre todo se habia trasformado en una tribuna política desenfrenada, cínica y furibunda, que manifestaba continuamente al pueblo los escándalos del rey, su hipocresía, sus gastos y sus impuestos, y que despedazaba una á una y sin piedad las últimas ideas de veneracion que debia al trono. ¿Y qué hacia Enrique en tanto para defenderse de estos ataques? Rodeado de jóvenes fastuosos y atrevidos, con los cuales se habia formado su guardia de confianza y su consejo íntimo, creia que estos adictos cortesanos, salidos de la multitud y elevados hasta las gradas del trono, estaban siempre dispuestos á sacar la espada en defensa de su soberano.

Tambien el duque de Guisa, el rey de Navarra y el duque de Anjou eran tan desordenados como Enrique; tambien se rodeaban de favoritos, cortesanos y espadachines, y tenian asesinos asalariados lo mismo que los criados. Los favoritos de Guisa y los de *Monsieur* peleaban todos los dias contra los del rey: Bussy de Amboise, el mas galan y atrevido de todos, no cesaba de lanzar injurias contra los amigos de Enrique y contra el mismo monarca: los patios del Louvre eran un campo de batalla donde los nobles jóvenes se ejercitaban en el manejo del puñal y la pistola, y las calles de Paris eran continuamente el teatro de combates á muerte de dos á dos, diez á diez ó veinte á veinte. Tuvo lugar un desafio entre tres favoritos de Enrique y tres de Guisa; «famoso combate, dice Brantome, en el que los segundos se batieron tan solo por capricho,» y de los cuales murieron cuatro, dos de ellos muy queridos del rey (27 de abril de 1582). Las pruebas del cariño que Enrique profesaba á sus favoritos se manifestaron bien claramente en el dolor excesivo que manifestó en esta ocasion.

Al ver las costumbres brutales, anárquicas y materiales de este siglo, diríase que agitaba á estos hombres turbulentos, sensuales y ávidos de toda clase de emociones, ya de placer, ya de sufrimiento, un movimiento perpetuo de ardorosa fiebre. Jugaban con la muerte, querian tocar de cerca el dolor, se deleita-

ban con los suplicios, anhelaban ver derramar sangre, y tenían un indecible placer en empaparse con ella las manos como Montluc, ó de lanzarla al rostro como Brissac. Todos los días se contaba un nuevo crimen, la corte era un sentina de abominaciones; y los adulterios y los asesinatos eran acontecimientos ordinarios. La reina de Navarra hizo matar á Duguast, favorito del rey que habia descubierto sus amores con Bussy de Amboise: la dama de Chateaufort, querida del rey, mató con sus propias manos á su marido Antinotti que le habia sido infiel: Villeguier, favorito del rey, mató á su mujer por adulterio, «en el mismo palacio y con consentimiento del rey que aborrecia á esta dama porque no habia accedido á sus torpes deseos: Cimier, favorito del de Anjou, mató á su hermano, á quien sorprendió en los brazos de su esposa: Lavardiu, favorito del rey de Navarra, asesinó á Randan, que obsequiaba á su querida: el duque de Guisa hizo matar á Saint-Megrin, favorito del rey, que hacia la corte á su esposa; y Bussy de Amboise fué muerto alevosamente por Monsoreau, que habia obligado á su mujer á que le diera una cita. Y en medio de estos asesinatos; qué fiestas! qué orgías! Y el rey en tanto se vestia de mujer, mandaba á sus favoritos que se disfrazasen con el mismo traje, y se hacia servir á la mesa por mujeres desnudas! Y las damas de honor de la reina madre formaban una especie de harem donde buscaban sus queridas todos los príncipes y en especial el rey de Navarra! Y Margarita de Valois, distinguiéndose entre estas mujeres perdidas, tenia una lista de amantes casi innumerable, donde se ve el nombre del duque de Guisa, de Bussy de Amboise, del vizconde de Turenna, de Saint-Luc, Champallon, y hasta, segun asegura la fama pública, de sus dos hermanos!

Enrique III, en continua discordia con el duque de Anjou por sus favoritos, sus queridas y por Margarita, le mandó prender: Margarita le libertó, y el duque huyó á los Países Bajos (14 de febrero de 1578).

§. VI.—*Sucesos de los Países Bajos.—Los insurgentes llaman al duque de Anjou.—Declaracion de independencia de las Provincias Unidas.*—El gobierno español habia mandado llamar al duque de Alba, y nombró en su lugar á Requesens. Era este un hombre moderado; pero que no pudo atraer á la sumision á un pueblo

blo enojado con seis años de castigos y riguroso despotismo. Continuó la guerra; el príncipe de Orange derrotó en Middelburg á la escuadra española (1574); pero Luis de Nassau que habia reunido diez mil hombres con el dinero de Carlos IX, fué vencido y muerto en Nooker.

Requesens murió, y sus soldados, faltos de jefes, se entregaron á toda clase de excesos. Se reunieron católicos y protestantes para hacerles frente, y las provincias del norte y las del mediodía firmaron un tratado de union general para expulsar á los españoles (1576).

Flandes y el Brabante habian reconocido por gobernador á Guillermo de Orange; pero toda la nobleza, envidiosa de él llamó al archiduque Matías, hijo del emperador Rodolfo II, príncipe incapaz á quien dieron por teniente á Guillermo. Los insurgentes fueron vencidos en Gembloux por don Juan de Austria que habia sucedido á Requesens (1578).

Isabel les envió refuerzos, y pagó un ejército de aventureros reunido por Juan Casimiro, pero las devastaciones de los alemanes solo sirvieron para atraer á muchas provincias á la dominacion española. Los belgas entonces despidieron á Matías y llamaron al duque de Anjou. La cooperacion de este príncipe era muy importante por sus riquezas y por la Francia á la que podia arrastrar en la contienda de Isabel, con la cual estaba arreglando su enlace. Organizó un ejército de siete mil hombres, y entró en el Hainaut á pesar de las órdenes de su hermano. Los belgas le proclamaron protector de su libertad y prometieron tomarle por soberano; pero á instancias de Isabel, que temia que la Francia se apoderase un dia de los Países Bajos, no le proporcionaron ningun auxilio y le dejaron seguir la guerra á sus expensas. El duque en su descontento se apoderó de algunas plazas, despues licenció su ejército y se dirigió á Inglaterra á apresurar su matrimonio.

La sublevacion de los Países Bajos no tenia mas unidad que el odio de todas las provincias contra la tiranía española: las del norte, calvinistas y aun mas anabaptistas, eran republicanas y solo esperaban su prosperidad y su salvacion de sus propias fuerzas; las del sud, católicas y adictas á la Francia por sus recuerdos, se inclinaban á formar otra vez con el duque de Anjou

una nueva dinastía. Había muerto don Juan de Austria y era su sucesor Alejandro Farnesio duque de Parma. Este nuevo virey tan hábil político como gran capitán, se dedicó principalmente á conseguir la sumision de las provincias del mediodía, y llegó en efecto á atraer el Artois, el Hainaut y la Flandes. El príncipe de Orange había conocido que era imposible la union de las diez y siete provincias, y que era preciso limitar la confederacion á las siete del norte, que en religion, intereses y costumbres eran enteramente diferentes de las diez provincias del mediodía y además porque no tenia ningun rival en las siete primeras. Aprovechándose de las divisiones que separaban á las del mediodía de las del norte, indujo á las siete provincias de Holanda Zelanda, Frisa, Utrecht, Güeldre, Over-Issel y Groninga y á muchas ciudades del mediodía á formar un tratado de union perpetua y á declararse independientes de la dominacion española.

Se firmó este tratado el dia 23 de enero de 1579.

Las siete *Provincias Unidas* debian por él formar una república federal cuyo jefe, bajo el nombre de *stathuder*, velaria por la ejecucion de las leyes, trataria con las potencias extranjeras, elegiria los magistrados de las ciudades y presidiria la administracion de justicia. Eligieron stathuder á Guillermo al mismo tiempo que capitán general y gran almirante de las fuerzas de mar y tierra (17 de mayo de 1578). Algunas provincias del mediodía hicieron la paz con el duque de Parma, y las restantes continuaron sus negociaciones con el duque de Anjou.

§. VII.—*Séptima guerra civil.—Paz de Fleix.*—A pesar de su indolencia, Enrique III seguía con interés los acontecimientos de los Países Bajos, y procuraba conservar la paz de su reino, esperando que algun dia le seria posible intervenir en los negocios de un país cuya existencia parecia ligada á la de Francia. Fundó la orden del Espíritu Santo para estrechar los lazos entre el monarca y los señores, y formar entre los nobles una especie de confederacion contra la liga (31 de diciembre), envió comisionados á las provincias con el único objeto de hacer ejecutar el edicto de pacificacion, é hizo convocar los estados provinciales para restablecer el orden en los países devastados por la guerra. La reina madre, siempre vigilante y activa, viajaba por el mediodía para apaciguar las insignificantes hostilidades que no ha-

bian cesado con el edicto y reconciliar con su marido á la reina de Navarra; y al mismo tiempo que se ligaba con el partido moderado, hacia concesiones á los hugonotes y castigaba las infracciones de la paz. Tuvo muchas conferencias en Nerac con el rey de Navarra, y le concedió otras nueve plazas de seguridad (18 de febrero de 1579).

A pesar de todos estos cuidados, los hugonotes deseosos de aventuras y de botín, solo querian la guerra; cuanto mas se les concedia, mas pedian; no existian entre ellos esas convicciones religiosas y esos austeros sacrificios que habian ennoblecido sus primeras rebeliones, y solo odios ciegos, ambiciones mezquinas, bajas venganzas y torpes intrigas les hacian empuñar la espada. La guerra civil, siempre dispuesta á encenderse, era cada dia menos viva, menos excusable, mas odiosa y casi ridícula. La pequeña corte de Nerac rivalizaba con la de Paris en desaffios, intrigas y excesos. El rey y la reina de Navarra, tan disoluto el uno como la otra, sufrían sus mútuas infidelidades, pero Enrique III, que participaba del genio chismoso de las mujeres, advirtió á su cuñado de los desórdenes de Margarita. El bearnés se enojó de ver á «su mujer deshonorada por su propio hermano» ante toda la Francia, y se vengó de la publicidad que daba á su deshonor, acriminándole por las infracciones del edicto y renovando las hostilidades. En vano los rocheleses, los ministros y las personas graves del partido querian conservar la paz; los *enamorados* (así llamaban á los frívolos y feroces que rodeaban á Enrique de Borbon), no hacían mas que precipitar la guerra. El rey de Navarra sorprendió á Cahors y tuvo en las calles un terrible combate que duró seis dias (5 de mayo de 1580), y los protestantes pasaron allí á cuchillo á todos los católicos. A esto se reduce lo que logró el partido hugonote; Biron venció á las tropas navarras en el combate de Monterabel; la Feré, donde se habia refugiado Condé, cayó en poder de los católicos, y el príncipe se salvó en Alemania.

Nada nos prueba mejor la anarquía en que se veía sumida la Francia, que esta guerra sin razon y sin entusiasmo, hecha por el capricho del desordenado navarro y de sus turbulentos capitanes; guerra de bandidos que se redujo á convertir en escombros los castillos y las iglesias. Los católicos alcanzaron en ella

toda la ventaja, pero el rey, ocupado enteramente en sus favoritos y fiestas escandalosas, no tenia ya dinero para continuarla, y llenaba el vacío de su tesoro con empréstitos y malversaciones de toda especie. De modo que no tenia mas deseo que lograr la paz, y se presentó la ocasion favorable.

Las Provincias Unidas solo habian experimentado derrotas desde su declaracion de independencia, y aterradas con el ascendiente que adquiria Alejandro Farnesio, ofrecieron al duque de Anjou el gobierno y la soberanía de su país (16 de setiembre de 1580). El príncipe aceptó, y para reunir un ejército aconsejó á su hermano que hiciera la paz. Contento Enrique viendo alejarse de su lado al duque de Anjou, dando al mismo tiempo un golpe á Felipe II y arrojando á los malhechores del reino, firmó la paz de Fleix con las mismas condiciones que la de Bergerac (26 de noviembre).

§. VIII.—*Hostilidades contra Felipe II en los Países Bajos y en Portugal.*—El duque de Anjou sacó un inmenso partido de esta paz, incitó á los jefes calvinistas á hacer la guerra en Flandes y juntó diez mil infantes y cuatro mil caballos. Felipe II se enojó en extremo con estos preparativos de guerra, Enrique III le declaró que esta empresa era enteramente personal á su hermano, y que hacia todos los esfuerzos para disuadirle (1581). El duque de Anjou se dirigió á Cambrai que sitiaba el duque de Parma, libertó esta ciudad y tomó por asalto á Chateau-Cambresis; pero en vez de avanzar por el Brabante para juntarse con el príncipe de Orange, prolongó la guerra para hacerse necesario, y partió á Inglaterra á terminar las negociaciones relativas á su casamiento con Isabel. En el momento mismo en que iba á firmarse el tratado, la anciana reina, aunque locamente enamorada del jóven príncipe, le declaró que la voluntad de la nacion se oponia á su enlace. Entonces el duque regresó á Anveres, donde fué coronado duque de Brabante y conde de Flandes en medio de las mas entusiastas aclamaciones (19 de febrero de 1582); los flamencos creyeron que todas las fuerzas de la Francia iban á venir en su defensa, y hasta habia entre ellos numerosos partidarios de la reunion de sus provincias á la corona. Todo era feliz y próspero al duque, alistáronse bajo sus banderas los protestantes de Francia y un gran número de católicos, pero él solo pensó en

gozar y divertirse y permaneció en la inaccion. En vano fué á juntarse con él el príncipe de Orange, en vano los estados votaron 4.000,000 de florines para pagar sus tropas, y en vano en fin el duque de Montpensier le llevó siete mil hombres pagados por la reina madre, pues el duque de Parma salió siempre vencedor y quedó en una posición mas ventajosa.

Enojado Felipe con estas intrigas indirectas de la Francia, redobló su amistad con la liga católica, persuadido de que le sería siempre contraria la política instintiva de los Valois. En efecto, á pesar de estar en paz con la Francia, veía á los franceses combatiendo no solo en Flandes, sino en Portugal, reino que quería agregar á su vasta monarquía. Había muerto sin sucesión el último rey de la casa de Avis (1578), y se presentaron muchos príncipes manifestando sus derechos al trono por las mujeres; eran entre otros muchos, Felipe II y Antonio de Crato, sobrino ilegítimo del último monarca. Habiendo los portugueses reconocido á este, fué vencido por las tropas de Felipe y se vió obligado á refugiarse en Francia (1580); y todas las provincias de Portugal, excepto las islas Azores, se sometieron al rey de España. Catalina de Médicis abrazó la causa de Antonio, le acogió en Francia como á un rey y le dió una fuerte escuadra para ocupar las Azores. Esta escuadra fué vencida (1582) pereciendo en el combate dos mil franceses, y doscientos ochenta prisioneros fueron ahorcados como piratas. Antonio regresó á Francia donde murió, y Felipe II vió asegurada la sumisión de Portugal.

§. IX.—*Independencia de los gobernadores y de las principales ciudades.—Joyeuse y Epernon.—Conjuracion de Salcedo.—Muerte del duque de Anjou.*—Una sana política inspiraba estos esfuerzos aislados contra la monarquía universal de Felipe II; pero era tan infeliz la posición que ocupaba Enrique respecto á su pueblo, que no se atrevia á autorizarlos, y su madre y hermano obraban en su propio nombre. Enrique veía tan amenazadora la liga católica, que si hubiera declarado abiertamente la guerra al campeón de la fe, hubiese caído sin duda del trono. Bajo estas ideas contestó á las acriminaciones del rey de España deseándole la victoria, protestándole de las empresas de su hermano y su madre, y declarando que le era imposible impedir que la nobleza hiciese la guerra á sus expensas.

Y era cierta esta impotencia ; la Francia habia vuelto, por decirlo así, al estado político que tenia en el siglo doce, y se habia reconstituido el feudalismo, sino en la jerarquía, en las obligaciones y los servicios mútuos de sus miembros, al menos en la independencia política de los grandes señores y de las ciudades municipales. Los gobernadores de las provincias eran unos soberanos tan independientes como los antiguos condes de Tolosa y los duques de Borgoña ; y Damville en Languedoc, el rey de Navarra en Guiena, el duque de Guisa en Champaña, el duque de Mayenne en Borgoña, el duque de Aumale en Picardía y el duque de Mercœur (hermano de la reina y primo de los Guisas) en Bretaña, recaudaban é imponían contribuciones, pagaban tropas y hacían alianzas como soberanos absolutos. Apenas conservaban, respecto al rey, el respeto y la independencia de los feudatarios para con su soberano feudal, y eran amados y obedecidos por las provincias á las que en parte daban su antigua existencia política. Al mismo tiempo y en medio de la anarquía de las guerras civiles las grandes ciudades habian recobrado su importancia y su libertad municipal, y se gobernaban por sí solas sin contar con la autoridad real, Paris, Marsella, Tolosa, Burdeos, Ruan, la Rochela, Nimes y Montalban; que eran ya verdaderas repúblicas cuya organizacion era igualmente democrática, á pesar de ser las unas protestantes y las otras católicas.

Enrique veía con dolor este restablecimiento del feudalismo, que le dejaba sin poder, y por decirlo así, sin reino ; y bien pronto la alianza de Damville con el rey de Navarra, le hizo enemigo todo el mediodía, en tanto que los Guisas gobernaban la cuarta parte del reino y casi todo el norte. Para balancear el poderío de los gobernadores elevaba sin cesar á sus favoritos con la esperanza de oponerlos un día á los usurpadores, y con este objeto los henchía de riquezas y honores. Dos eran en especial los que lo grababan toda su gracia, Joyeuse y Nogaret de la Valette. Los creó duques y pares con la condicion de ser antes que todos los demás, é inferiores á los príncipes de la casa real ; casó á Joyeuse con una hermana de la reina, gastando en esta boda en lujo y fiestas extravagantes la enorme suma de 1.200,000 escudos (1581), compró para la Valette el ducado de Epernon, y le prometió otra hermana de la reina ; dió á Epernon el gobierno de

los Tres Obispados, y mas tarde le nombró coronel general de infantería. Estos dos favoritos se apoderaron de las riendas del gobierno, y se convirtieron en blanco de todos los odios que no podían alcanzar al rey. Enrique les entregó los restos de su autoridad, y en tanto persistia en su indolencia, sus procesiones, sus romerías y sus fiestas, se formaba una guardia adicta de cuarenta y cinco nobles, hacia que fuera muy rigurosa la etiqueta de su corte, prohibia los adornos lujosos á la clase media, inventaba una infinidad de impuestos cuyo producto disipaba con loca prodigalidad, y no pagaba á los magistrados, á los embajadores ni al ejército. Todos sus actos eran acusados de malicia ó de maldad, pero á pesar del odio ciego que le habia jurado su pueblo, no era déspota ni cruel, y respondia con chistes ó bromas á los predicadores furibundos que le injuriaban y á los folletistas que ensalzaban los derechos al trono de la casa de Lorena. Vivía de un día para otro, poco cuidadoso del porvenir, pues no tenia hijos, no creia que estuviera tan próxima la crisis, y pensaba que la monarquía tenia suficientes elementos de conservacion para durar tanto como su existencia.

Turbó empero su indolente ociosidad el descubrimiento de una conspiracion fomentada por la liga. Un tal Salcedo, que habia ofrecido al duque de Anjou un regimiento pagado á sus expensas, inspiró sospechas al príncipe de Orange. Fué detenido, conducido á Paris y puesto en el tormento (21 de julio de 1582). Hizo allí confesiones de las cuales se desprendia el descubrimiento de un vasto plan concebido por Felipe II, para acabar con el protestantismo en Inglaterra, en los Países Bajos y en Francia: en Inglaterra, apoyando todos los atentados contra la vida de Isabel, en los Países Bajos, poniendo precio á la cabeza del príncipe de Orange, á quien ya un asesino le habia herido de un pistoletazo; y en Francia, pasando él mismo los Pirineos con un ejército, mientras los Guisas encerraban á Enrique en un claustro.

Las revelaciones de Salcedo eran sin duda exageradas en algunos puntos, pero comprometieron á toda la corte. El rey conoció su aislamiento y quiso dar un golpe de muerte á la liga entregando á Salcedo, que era un fiel agente de los Guisas, á una comision que le condenó á ser descuartizado como reo de lesa majestad (25 de octubre). No se inquietaron por eso los Gui-

sas; los de la liga miraron á Salcedo como un mártir y redoblaron sus acusaciones de traicion contra el rey.

El duque de Anjou entretanto, alarmado con el poco afecto que le profesaban los flamencos por sus vicios, resolvió ponerse al abrigo de los caprichos de su pueblo desconfiado, apoderándose por sorpresa de las principales plazas. La empresa le salió bien en Dunkerque, Derdermonde, Alost, etc.: pero no así en Brujas, Ostende y Amberes, y el duque perdió en esta última ciudad la mitad de su ejército (17 de enero de 1584). Se acarreo con esta accion el odio de los pueblos que le habian llamado, todos se sublevaron contra él obligándole á salir del país, dejando cinco ó seis mil hombres pagados por los estados.

Al regresar á sus dominios continuó sus negociaciones con los insurgentes, proponiéndoles que volvieran á reconocerle por soberano; se comprometió á hacer declarar la guerra á España por la Francia, con la condicion de que los Paisés Bajos se reunirian á la corona si moria sin sucesion. Los estados titubearon en ponerse bajo tal dependencia, y buscaron al principio el apoyo de Alemania; pero continuaron siendo vencidos, perdieron á Iprés y Brujas y vieron cual bloqueaban á Gante los españoles. Aceptaron entonces las proposiciones del duque de Anjou.

Solo faltaba decidir á Enrique III á llevar á cabo las promesas de su hermano, cuando el duque, que estaba afectado de la misma enfermedad pulmonar que su hermano, murió á la edad de treinta años (10 de junio de 1584).

CAPÍTULO VI.

Octava guerra civil.—Las barricadas.—Los estados de Blois.—Muerte de Enrique III. (1584—1589.)

§. I.—*Enrique de Navarra heredero del trono.—Los Paisés Bajos intentan reunirse á la Francia.—Tratado de Felipe II con la liga.*—Muerto el duque de Anjou, ya no tenia la casa de Valois esperanza de prosperidad; y como todos decian que Enrique III, enfermo como sus hermanos, no tenia tres años de vida, era menester que la nacion tratase de darle un sucesor. Ya no queda-

ban mas ramas de la familia Capeta que la de los Borbones, y Enrique rey de Navarra, representante de esta rama, llevó adelante sus pretensiones para ser reconocido heredero presunto de la corona.

Solo era pariente de Enrique en el vigésimosegundo grado, y no habia ejemplo en la historia de ninguna nacion, de haberse dado un trono por derechos tan lejanos y perdidos en la noche de los siglos. Además ceñia una corona extranjera y era mirado como extranjero por el reino, y prescindiendo de todo esto era hereje y hereje relapso, y jefe del odioso partido que veinte años hacia causaba la ruina de la Francia. La nacion en masa se conmovió con estas pretensiones; semejante príncipe no podia ser su representante, porque hacia mucho tiempo que su familia tenia intereses diversos de los de Francia, hablaba una lengua y seguia unas leyes que no eran las suyas, estaba en estado de guerra y rebelion contra ella y era enemigo de su religion. Un rey de Francia hereje era una idea que hacia estremecer de horror á todos los católicos. ¿ El partido tantas veces vencido iba á ser pues dueño del gobierno, á perseguir la religion santa, á destruir las iglesias y á cambiar la sociedad? Contábanse por do quiera los sufrimientos de los católicos de Inglaterra, que estando en mayoría, habian dejado que la minoría se apoderase del gobierno y sentase en el trono á la vieja y malvada Isabel en vez de la hermosa y santa María Estuardo, y exponian en las puertas de las iglesias cuadros espantosos que representaban las torturas de los católicos ingleses. Decian los predicadores que la misma suerte esperaba á los fieles de Francia si permitían que el navarro se ciñese la corona de los reyes cristianísimos.

La liga adquirió entonces un inmenso ascendiente; desde que amenazaba el peligro á la nacion, aparecia mas claro su objeto, y queria alejar á cualquier precio del trono al hereje. Los Guisas renovaron sus calumnias con el rey de la herejía y amigo del bearnés, sus negociaciones con Felipe II y sus intrigas con el consejo secreto de la Unión, que ponía desde Paris á todo el reino en movimiento. Empezaron á tomar consistencia las ambiciosas esperanzas de estos príncipes. ¡ Parecia tan natural á un pueblo católico tomar sus reyes de una familia enteramente adicta á la conservacion de la fe! Pero como no habia llegado aun la época

de manifestarse, presentaron como heredero legítimo de Enrique III al cardenal de Borbon, anciano ignorante y libertino, tío del rey de Navarra. Era un fantasma detrás del cual podían ocultar sus maquinaciones.

Los políticos y el rey mismo se aterraron al ver los proyectos de la liga, y entablaron negociaciones con el rey de Navarra para que se hiciese católico. Borbon se negó á hacerlo, pues con su defeccion hubiera dejado de ser jefe de partido sin atraerse á los de la liga, y por otra parte desconfiaba de Enrique III. No obstante ofreció al rey su asistencia, tomó el papel de defensor del trono, se hizo amigo de los favoritos á quienes odiaba, y desplegó por fin esa astucia y talento que mas tarde le dieron el trono. «El bearnés, dice Aubigné, representó un nuevo papel; no hablaba mas que de la felicidad del reino, y era el mas astuto príncipe que haya existido en el mundo (1).» Intrigó para que le dilatasen el tiempo que le habian dado para conservar las plazas de seguridad, con intencion de quedarse con el mediodía, si al morir Enrique III, perdía el trono francés. «Fortificaos, decia el navarro á Rosny, jóven que aspiraba á su lado á hacer fortuna y que posteriormente llegó á ser duque de Sully; fortificaos en las provincias de allende el Loira de modo que podais apoderaros de la mitad para que sirvan despues para la conquista de todo el reino (2).» Al mismo tiempo entabló negociaciones con Isabel, manifestándole el miserable estado en que se veian los reformados de Francia, los cuales no podian salir á campaña mas que con seis mil arcabuceros, trescientos ginetes y 300,000 escudos de renta en una época en que la liga católica amenazaba en todas partes á la reforma.

Era muy cierto que en la lucha empeñada sesenta años hacia entre los dos principios que se disputaban la Europa, el catolicismo parecia en esta época que habia recobrado todas sus ventajas. Habia ganado tanto terreno en Alemania, en Suiza y en Hungría, que parecia próximo á reconquistar todas estas comarcas; habia reducido la reforma á los Países Bajos y á Francia; y aunque parecia hallarse vencido en Inglaterra, solo faltaba que, muerta Isabel, subiese María Estuardo al trono, para

(1) Aubigné, lib. V, cap. 45.—(2) Sully, cap. 24.

que hubiese en el parlamento y en la nacion una mayoría católica. Felipe II era el alma de todas estas conquistas de la Iglesia romana, se gloriaba de serlo, ó mas bien se gloriaba en Dios, de quien se llamaba instrumento: desde el fondo de su Escorial ponía en movimiento á toda la Europa; tenia agentes, espías y jesuitas en todas partes, y prodigaba dinero y soldados para lograr su intento. Para llevar á cabo su gigantesco plan, miraba como medios políticos las muertes de los príncipes, las rebeliones de los pueblos, las conspiraciones y batallas. Sostenía contra Génova al duque de Saboya, fomentaba los complots contra Isabel, hacia que el papa lanzase contra ella una bula, minaba su trono por medio de los jesuitas, y en nombre de María Estuardo, era dueño de la liga de Francia y estaba en continua relacion con los Guisas, y enviaba en fin á los Países Bajos soldados y verdugos.

El príncipe de Orange fué asesinado el dia 10 de julio de 1584.

La muerte de este grande hombre dió tanto ascendiente á España que todas las Provincias Unidas resolvieron salvarse de una completa ruina arrojándose enteramente en brazos de la Francia. Enrique III deseaba con afan tan magnífica adquisicion. Esta era la verdadera política de su corona; pero el que habia ocasionado el san Bartolomé para impedir que la siguiese Carlos IX, sabia cuan peligrosa era, y sabia igualmente que al declarar la guerra al rey católico, iba á justificar todas las declamaciones de la liga y tal vez á ocasionar que se alzase en contra suya.

Ya todos se quejaban del rigor con que hacia ejecutar el edicto de pacificacion, de sus negativas en admitir los decretos del concilio de Trento, de sus ordenanzas contra toda clase de asociacion que no tuviera el consentimiento real, del aumento de su guardia y del alistamiento de ocho mil suizos; y se decia públicamente que queria establecer bajo un pié de igualdad á las dos religiones, convocando al mismo tiempo una asamblea del clero en San German y un sínodo protestante en Montalban. No obstante, venció su deseo de reinar en los Países Bajos al temor que le inspiraban estos rumores y amenazas, entabló negociaciones con los estados generales, cuyos embajadores se dirijieron á Paris, y pidió su apoyo á la Puerta Otomana, con la que habia re-

novado la capitulación de Francisco I, para combatir á las escuadras españolas (1).

La liga se preparó á tomar las armas cuando supo estas negociaciones, y Felipe II firmó un tratado secreto (31 de diciembre) con el duque de Guisa y el cardenal de Borbon, por el cual este era reconocido heredero de Enrique III, se excluían para siempre del trono á todos los príncipes que no fueran católicos, y se prohibía en Francia cualquiera otra religion que no fuera la católica, etc. El rey de España se obligaba á dar 50,000 escudos para hacer la guerra á los herejes. El papa aprobó este tratado y la liga (15 de febrero de 1585), seguro, decia él, de que tambien lo aprobaría el rey de Francia, pero que no siendo así, no debía por eso la union católica dejar de proseguir en la ejecución de su plan. Quitaba todos los escrúpulos de conciencia que pudiera ocasionar esta empresa, y concedía indulgencia plenaria á todos los que coadyuvasen á los príncipes católicos en una obra tan santa.

§. II.—*Manifiesto y sublevacion de la liga.—Situacion de Paris.—Tratado de Nemours.*—Los mensajeros de las Provincias Unidas llegaron á Paris (12 de febrero de 1585). El rey los recibió muy honoríficamente, y le ofrecieron la soberanía de los Países Bajos. El embajador de España hizo las mas enérgicas protestas contra tan grande insulto hecho á Dios y á su soberano; y aunque Enrique pidió una dilacion para responder á las ofertas de los insurgentes, la liga declaró la guerra (21 de marzo). Los duques de Guisa y de Mayenne se retiraron á sus gobiernos donde juntaron tropas; sus partidarios se dirijieron á Alemania á hacer levás ó intentaron sorprender á muchas plazas: Lyon, Bourges, Orleans y Angers se declararon en favor de la liga con una multitud de elevados personajes, como la Chatre gobernador del Berri, Brisac general de infantería, el arzobispo de Lyon, el cardenal de Pellevé, Jeannin presidente del parlamento de Dijon, etc.

El cardenal de Borbon publicó un manifiesto (1.º de abril) en el que recordaba las traiciones del rey, sus tendencias heréticas y su mal gobierno. «El reino cristianísimo decia, no permitirá nunca que reine un hereje; y declaramos que hemos jurado to-

(1) Ensayo histórico sobre las relaciones de Francia con Oriente. Lavallée.

dos y prometido santamente no envainar la espada hasta que haya recobrado toda su dignidad la santa Iglesia de Dios, que la nobleza goce todas sus franquicias, el pueblo se vea aliviado y feliz, que los parlamentos tengan la soberanía absoluta en sus sentencias, y se reúnan en adelante cada tres años los estados generales con entera libertad y sin traba alguna (1).»

La sublevación y el manifiesto de la liga imponían al trono la obligación de abarcar un partido decisivo, y no eran ya á propósito las miras de perfección y mejora que le habían salido mal hasta entonces. Epernon y los políticos aconsejaban á Enrique que busease el apoyo del rey de Navarra, y Joyeuse y los demás cortesanos que contemporizase con la liga. El rey se inclinaba más á este partido, porque estaba bien convencido de que si se ligaba con los hugonotes, arrojaba el guante para siempre á la mayoría de la nación; y le fué indispensable sufrir la ley del duque de Guisa.

Enrique malgastó el tiempo en rodeos, no sacó ningún partido del desorden que había introducido en la liga la primera rebelión, y en vez de destruirla, se entretuvo en responder al manifiesto del cardenal, mientras sus leales servidores salían espontáneamente á campaña para dispensar las reuniones de los miembros de la liga. Despidió después á los embajadores de las Provincias Unidas, declarándoles que estaba muy interesado en su suerte, pero que no podía aceptar sus ofertas, les aconsejó que se dirigieran á la Inglaterra, y aun indujo en secreto á Isabel á que les prestase su apoyo. Ultimamente entró en negociaciones con el rey de Navarra para impedir que tomase las armas. Temeroso este de la guerra civil que le amenazaba, esparció escritos diversos contra la liga, «la que, según decía, trastornaba la monarquía desde sus cimientos,» descubrió la ambición de los Guisas, ensalzó la tolerancia y el deseo de paz que le animaba; pero en vez de dejar las armas, pidió á la *causa* que emplease en la guerra sus últimos recursos.

El duque de Guisa, que tenía en su favor una religión y una nación, titubeaba en empezar la guerra. «Si me hacen desenvainar la espada contra mi rey, decía, será preciso echar la vaina

(1) Memorias de Nevers, t. I, p. 461.—De Thou, lib. LXXXI.—L'Etoile, p. 298.

en el río.» Además no tenía dinero, no llegaban los socorros de España, su partido contaba en su favor al bajo pueblo, á los artesanos y habitantes del campo, pero no tenía partidarios entre la nobleza y la parte rica de la clase media, las únicas que daban soldados; salieron frustradas las tentativas de sus amigos para apoderarse de Marsella, Burdeos y Metz; muchos pueblos se negaron á declararse; los duques de Mercœur y de Elbeuf fueron vencidos por Montpensier y Joyeuse en el Poitou y la Turena, y Epernon había dispersado en Gien una reunion de miembros de la liga.

El duque de Guisa, con objeto de dar tiempo á la liga para que se asegurase, dirigió una declaracion á los parlamentos, á los prelados y á las ciudades, «explicando, segun él decia, las causas que le habian obligado á tomar las armas, y en ella intimaba al rey á que recobrase por mediõ de las armas que habian empuñado los católicos» las plazas cedidas á los protestantes y obligase á todos los súbditos á seguir la religion romana.

Casi todas las provincias se adhirieron á esta declaracion. Paris se hallaba sumido en la mas terrible agitacion. Su organizacion municipal, que habia empezado en el reinado de Francisco I, se habia completado durante las guerras civiles; un preboste de comerciantes y cuatro regidores, elegidos por los vecinos, formaban el consejo de la ciudad y tenian el derecho de custodia, convocacion de milicia y de junta; la milicia estaba mandada por diez y seis comandantes de los diez y seis barrios de Paris, que tenian á sus órdenes coroneles, ó *centenarios y decenarios* (1). Además de estas autoridades oficiales, se habia creado otra recientemente; la componian diez y seis personas, casi todos abogados ó procuradores, que habian sido elegidos por el consejo secreto de la Union para propagar la liga en los barrios, y que dominaban en realidad á los artesanos, las cofradías, milicias y al mismo cuerpo municipal. No se pasaba un dia sin que estos alarmasen á la poblacion con noticias falsas, excitándoles á tomar las armas y anunciándoles que venian numerosos ejércitos de España. Los predicadores, y sobre todo los jesuitas, que eran los agentes mas activos de la liga, tenian siempre á la ciu-

(1) Jefes de milicias urbanas que mandaban una decena ó un centenar de hombres.

dad exaltada con sus declamaciones contra el rey y los hugonotes. Los que poblaban los mercados estaban impacientes por dar el grito de guerra sin esperar á los jefes, á quienes veían desunidos y sin decision; «ellos mismos trazaban los planes de su empresa para destronar al rey, sin contar con príncipes, jefes ni consejo alguno (1);» y apremiaban al duque de Guisa para que se presentase luego en Paris. Viendo el duque que el rey permanecía en su indolencia y su incertidumbre, se puso en marcha hácia Paris con doce mil hombres y el cardenal de Borbon. Enrique vió que era segura su perdicion, y envió á su madre los de la liga para entablar negociaciones.

Esta mujer, siempre activa aun que enferma, sufrió todo género de humillaciones para asegurar sobre las sienes de su hijo aquella corona de Francia tan vacilante veinte años hacia; pero su astucia y su constancia se estrellaron contra las exigencias de los Guisas, y obligada por Enrique, que se veía casi solo y sin recursos, firmó por último el tratado de Nemours (5 de julio de 1585), por el cual se aprobaban todos los alistamientos de soldados hechos por la liga, el rey se comprometía á prohibir el ejercicio de cualquiera otra religion que no fuera la católica, á recolectar de los protestantes las plazas de seguridad, á mandar á los ministros calvinistas que salieran inmediatamente del reino, no dando mas que un mes de tiempo para que hicieran lo mismo á los reformados que no quisieran abjurar, pagar las tropas asalariadas por la liga, dar á los jefes once plazas de seguridad, empleos, pensiones, etc.

§. III.—*El rey pide dinero para hacer la guerra á los protestantes.—Situacion de los protestantes.—Ultimos esfuerzos de la reforma.*—La liga lograba del trono condiciones parecidas á las que tantas veces se habian concedido á los protestantes, y se apoderaba del gobierno. El rey se apresuró á revocar sus edictos de pacificacion y llevar á cabo todas las condiciones de la paz de Nemours (18 de julio). Su declaracion fué recibida con trasportes de alegría, y al salir Enrique del parlamento á donde habia ido para sancionarla, fué colmado de aplausos por los parisienses. Sus amigos, y en especial su madre, le aconsejaban que se arro-

(1) Proceso de Nicolás Poulain, á continuacion del Diario de Enrique III.

jase decididamente en brazos de la liga, que satisficiera las exigencias populares convirtiéndose en un perseguidor, y que volviera á poner en planta la política que profesaba en el san Bartolomé.

«Era el único medio, según le decía Villeroy, de recobrar su popularidad y arruinar á los Guisas. Los pueblos solo amaban al duque porque esperaban por medio de él verse libres de los herejes y estar menos agobiados que con el rey; y para cambiar las afecciones del pueblo, no era preciso mas que exceder á Guisa en ambas cosas.» Pero Enrique, que se hallaba profundamente humillado, intentó impedir la guerra que tenia que emprender con disgusto, haciéndola penosa á los de la liga; y creyó que pidiendo dinero á los vecinos, entibiaria su entusiasmo y les haria retroceder.

Llamó al Louvre al primer presidente del parlamento, al preboste de los comerciantes, al dean de la catedral y al cardenal de Guisa, y les dijo: «He anulado y revocado mi último edicto de pacificación, movido por vuestras quejas y ruegos; pero falta que todos los hombres de bien y adictos á mi servicio y al de la religion me presten su auxilio para terminar la guerra. Yo la hago contra mi parecer, porque me habeis obligado; ahora es menester que coopereis á que se lleve á cabo pronto y con ahinco. Señor primer presidente, habeis desplegado mucho celo tanto vos como vuestros colegas, para hacer revocar mi último edicto; pero es menester que sepais que la guerra no se puede hacer sin dinero, y que todo el tiempo que dure, tendreis buen cuidado de importunarme con la supresion de vuestros sueldos. Señor preboste, reunid inmediatamente á los vecinos de mi leal ciudad, y decidles que tengo necesidad del tesoro de la casa consistorial y que me den 100,000 escudos. Primo mio, le dijo al cardenal: ya veis como agoto los bolsillos de todos; decid al clero que esta guerra es una empresa santa, y que creo en conciencia que debo valerme para ella de las rentas de la Iglesia. No penseis que para hacerlo espero el consentimiento del papa, pues ya que el clero me ha obligado á que tome las armas, es muy justo que me ayude con todos sus esfuerzos.»

Todos le respondieron prorumpiendo en exclamaciones de pesar y asombro.

«Vosotros mismos, les replicó el rey, me habeis pedido que emprendiera la guerra; creo que es preferible la conservacion de la paz á vuestros proyectos de guerra concebidos en el fondo de una tienda ó del coro, pero veo que queriendo destruir la reforma vamos á poner la misa en eminente peligro (1).»

Esta conferencia satírica é iracunda era un nuevo yerro, y el pensamiento íntimo de Enrique, que tan imprudentemente descubria, no estaba de acuerdo con sus juramentos. Habia repetido el trono tantas veces la frase de *¿me habeis obligado!* que acababa de hundirse para la opinion pública (2).

El rey de Navarra quedó consternado al saber el tratado de Nemours. En vano intentó desbaratar las negociaciones, prometiendo su ayuda á Enrique III; era indispensable hacer una desesperada resistencia. No tenia que habérselas ahora, como tantas otras veces, con el trono benigno y dispuesto siempre á contemporar, sino con la nacion entera, que exaltada é implacable estaba resuelta á exterminar á sus enemigos, aun á costa del sacrificio de su monarca. Nunca se habia hallado el protestantismo en situacion menos feliz para emprender la guerra, érale imposible organizar un ejército, formaba apenas la vigésimaquinta parte de la poblacion, se habia separado de tal modo de su primer objeto, que ya no combatia por el triunfo de su causa, sino por los intereses egoistas de su jefe; y en fin, despues de haber adquirido una organizacion que se parecia casi completamente á la de las Provincias Unidas, abrazaba el partido de la monarquía absoluta, y defendia en favor de las pretensiones de Enrique de Navarra el derecho divino é innegable de las familias reales contra el derecho de los pueblos predicado por la liga.

La fuerza de las circunstancias trocó enteramente los papeles; los reformados pretendian, contradiciéndose en sus principios, que era preciso obedecer á un rey por su derecho de nacimiento, aun cuando fuese extranjero á la nacion por su patria y religion, y á pesar de hallarse fuera de la ley como rebelde y hereje, y los

(1) De Thou, lib. LXXXI.—Davila, lib. VII.—Mathieu, lib. II.—(2) «Hablando un dia con el marqués de la Force sobre el pesar que le habia causado la paz, le dijo, que al pensar sobre esto profundamente y teniendo la cabeza apoyada en sus manos, fueron tantas las desgracias que preveia para su partido, que esta idea le hizo encanecer la mitad de su bigote (Mathieu, lib. II).»

partidarios de la liga, tomando de la reforma su gran principio político, examinaban la conducta y el mal gobierno de Enrique III, pretendian que tenian poder de deponer á un rey que hacia traicion á los intereses nacionales, y se creian finalmente libres de tomar otro que profesara su religion, aunque no fuera de familia real.

Enrique de Navarra desplegó una actividad increíble para salvar á su partido de tan inminente ruina. Suplicó al rey que fuera á enarbolar el real pendon en su campamento, donde solo hallaria súbditos fieles; publicó manifiestos en los cuales se esforzó á dar á la lucha un color político, hizo alianza con Montmorency y el tercer partido, y excitó á toda la Europa á que acudiera en su defensa. Manifestó á Isabel que la reforma no tenia mas jefes que ella, que él en su vencimiento era el blanco de todos los esfuerzos de Felipe II, y le dijo: «Tomadme por capitán general vuestro contra el enemigo comun.» La reina de Inglaterra conoció el peligro. Quedó resuelto que saldrian á campaña en el mediodía partidas esforzadas de bearneses, en tanto que Isabel enviaria tropas inglesas á los Países Bajos, y levantaria con su dinero en Alemania un respetable ejército.

Era el postrer esfuerzo que hacian las naciones del norte ó protestantes para invadir y dominar á las del mediodía ó católicas. Felipe II por su parte, mientras la liga exterminaba á la heregía en Francia, se preparó á perseguirla en los Países Bajos y á conquistar la Inglaterra, refugio y postrera esperanza del protestantismo. Jamás habia sido tan general y solemne la lucha, y ambos partidos echaban en ella el resto.

§. IV.—*Octava guerra civil.—Excomunion de los Borbones.*—Dióse principio á la octava guerra civil que iba á ser la postrera, durar trece años y causar la ruina de la dinastía de los Valois y la elevacion de la de los Borbones. Enrique titubeaba al comenzar esta guerra fatal; efectivamente, solo podia dar el mando de su ejército á los Guisas, sus mortales enemigos, que iban á engrandecerse con sus victorias ó á hacerle culpable y causador de todas sus derrotas. Antes de empezar las hostilidades pidió al rey de Navarra que se hiciera católico, entregara sus plazas de seguridad é impidiese la entrada de los alemanes; pero al saber su negativa formal, envió contra él un ejército de diez y seis mil

hombres mandado por el duque de Mayenne. La liga suplicó al papa que dirigiera su rayo espiritual sobre la frente del hereje y rebelde bearnés.

Habia sucedido á Gregorio XIII Sixto V, hombre de genio á quien su talento le habia elevado desde simple sacerdote á la condicion y categoria mas distinguida del mundo; era un déspota ilustrado, profundo, severo, imbuido en las sublimes y altas ideas sobre el poderío pontificio, y mas soberano que sacerdote, creia en el derecho divino de los reyes sobre los pueblos. Habia reprobado la liga viendo que su objeto era muy ostensible y poco disimulado. «Vuestras intenciones son buenas, les decia á los de la liga; ¿pero en qué escuela habeis aprendido que se pueden formar partidos contra la voluntad de vuestro rey legítimo? El rey de Francia mira vuestras ligas como atentados contra su autoridad, y aunque la necesidad de los acontecimientos le obligue á disimular, no por eso deja de teneros por enemigos y enemigos mas temibles y crueles que los mismos hugonotes. Estoy temiendo que querais llevar tan adelante las cosas, que el rey se vea reducido, á pesar de ser católico, á llamar en su auxilio á los herejes para libertarse de la tiranía de los católicos (1).»

Despues del tratado de Nemours la liga suplicó al papa, no obstante sus ideas, que hiriese de tal modo á los jefes de los calvinistas que fuera ya imposible á Enrique hacer alianza con ellos, y pedia la excomunion de los dos príncipes de Borbon. Sixto V accedió á sus deseos, á pesar de las fatales consecuencias que preveia y la repugnancia que le inspiraba la dominacion española, y lanzó una bula por la cual los dos Borbones perdieron sus derechos como príncipes de sangre real, y fueron declarados indignos de suceder á la corona y de poseer ninguna soberanía; los súbditos del rey de Navarra quedaban por ella libres de todos sus juramentos de fidelidad, y el rey de Francia era el encargado de apoderarse de sus dominios y perseguirle hasta la muerte (10 de setiembre de 1585).

Esta bula legitimaba todas las pretensiones de la liga, y produjo un efecto inmenso á pesar de las reclamaciones de Enrique III y del parlamento, que la consideraban como un atenta-

(1) Memorias de Nevers, t. I, p. 666.

do contra la majestad real. El rey de Navarra se enfureció en extremo é hizo plantar en las puertas del Vaticano (6 de noviembre) una protesta en la cual declaraba que «Sixto V, que se llamaba papa, mentia infame y maliciosamente,» invitaba á los reyes cristiaños á unirse con él para vengar la majestad real, y apelaba de la sentencia del pontífice á un concilio general.

§. V.—*Derrota de Condé cerca de Angers.—Hostilidades en Languedoc y en Provenza.—Conferencias de Saint-Bris.*—Habia empezado la guerra; pero «todos los que mandaban y dirigian entonces al partido hugonote, dice Pasquier, tomaron diferente consejo y parecer que el difunto almirante, el cual, durante nuestras primeras y segundas turbulencias estaba rodeado de gente armada en las campiñas para pelear con mucha ó poca gente, segun le convenia. Estos pensaron que debian parar el golpe permaneciendo cerrados dentro de los muros de sus ciudades (1).»

Condé mandaba en el Poitou, zeloso en favor de la reforma; pero poco hábil y envidioso del rey de Navarra, rechazó al principio un ataque del duque de Mercœur, é hizo una tentativa contra Brouage (setiembre). Desde allí, guiado por vanas esperanzas, creyó preferible acometer á Angers donde tenia algunos partidarios, y le salió fallida la empresa.

Los hugonotes al pasar el Loira se hallaban en un país enteramente enemigo, y á su regreso vieron los de Condé que les habia cortado el enemigo el paso. Desesperados, acosados por numerosos ejércitos y hostilizados por los campesinos, intentaron en vano cruzar hácia el norte ó hácia el mediodía. Fuéles indispensable buscar su salvacion dispersándose, y despues de abandonar sus armas y bagajes y de verse amenazados por inminentes peligros, llegaron á pasar el Loira uno tras otro. Condé se dirigió por el Maine y la Normandía, y se refugió en Inglaterra. Allí alcanzó de Isabel dinero y soldados, volvió á entrar en la Rochela y muy pronto salió otra vez en campaña.

El rey de Navarra no se intimidó por este desastre; incapaz de luchar en campo raso con el ejército de Mayenne, que era dueño del Poitou, se habia hecho fuerte en sus fortalezas del mediodía, y hacia desde la Rochela con sus partidas ligeras una guerra

(1) Libro XI, carta 18.

de sorpresas y asechanzas en las costas. La peste invadió el ejército católico que se dispersó, y Mayenne volvió á Paris acusando al rey de haberle dejado sin recursos.

Enrique organizó dos ejércitos, les dió abundantes provisiones, y los puso á las órdenes de Joyeuse y de Epernon (junio de 1586). El primero marchó al Languedoc y el segundo á Provenza. Montmorency con los hugonotes y los políticos luchaba en el Languedoc contra el mariscal de Joyeuse, padre del favorito que estaba al frente de los católicos, repartiéndose el dominio de la provincia, con la cual aspiraban á formarse una soberanía, pero la llegada de las tropas reales dió todas las ventajas á Joyeuse. En la Provenza, los hugonotes mandados por Lesdiguières habian vencido á los católicos; Epernon con su ejército de diez y siete mil hombres obligó á Lesdiguières á retirarse al Delfinado, y el parlamento de Aix persiguió á los vencidos con inaudita crueldad.

Estas victorias no eran decisivas, y el rey veía ya agotados todos sus recursos. Publicaba sin cesar edictos pidiendo dinero, se apoderaba de las rentas de la casa de la ciudad, creaba una multitud de nuevas gabelas, hacia empréstitos forzados, vendía los bienes del clero, y esperaba á fuerza de gastos hacer á todos aborrecible la guerra. Pero no era ignorado que el dinero no se empleaba solamente en pagar las tropas, que los favoritos se llevaban la mejor parte, que el rey, apasionado por el lujo y las puerilidades, gastaba 100,000 escudos anuales en perros y papagayos, y se hablaba continuamente con horror de la escandalosa distribución que hacia á sus cortesanos y queridas de los obispados y abadías, constituyendo pensiones y «traficando con los beneficios, vendiendo, empeñando é hipotecando el dominio de Dios.» ¡Su capitán de guardias Crillon disfrutaba el arzobispado de Arles, cinco obispados y una abadía! El parlamento le dirigia continuamente severas representaciones y se negaba á sancionar sus edictos, diciéndole que «habia gastado mas dinero desde que era rey que diez antecesores suyos en doscientos años (1).»

La liga esparcia por todas partes la calumnia de que Enrique

(1) L'Etoile, t. I, p. 330.

estaba de acuerdo con Isabel para hacer morir á María Estuardo, con los rebeldes de los Países Bajos contra Felipe II, y con el rey de Navarra para hacer entrar en Francia el ejército alemán. No se ignoraba que había pedido al bearnés que cambiara de religión para juntar á las suyas sus fuerzas y hacer la guerra á la liga, y era cierto que la reina madre había tenido conferencias con Enrique de Bearne en el castillo de Saint-Bris, las cuales no dieron ningun resultado, porque los calvinistas, aunque se hubieran fiado de la palabra del rey, sabían muy que de poco les iba á servir, pues no era él el verdadero soberano del reino (diciembre de 1586).

Enrique estaba inquieto y sin saber á qué resolverse, desconfiaba de todos, veía á sus ministros y cortesanos tramar traiciones sin atreverse á castigarlas, y solo pensaba en la venganza. Para disimular el odio profundo que tenía á los Guisas, aparentaba mas benignidad que antes; para calmar el fanatismo del pueblo, redoblaba sus romerías religiosas, y para acallar las declamaciones de la liga y aterrar á los antiguos adversarios de san Bartolomé, perseguía con rigor los calvinistas. «Yo me vengaré de mis enemigos por medio de mis enemigos,» decía siempre en voz baja. Para conseguirlo hubiera querido obtener la paz á cualquier precio, pero la guerra del catolicismo y el protestantismo abrasaba entonces á toda la Europa occidental.

§. VI.—*Guerra entre Felipe II é Isabel.*—*Muerte de María Estuardo.*—La Alemania estaba llena de agitacion al ver el peligro que amenazaba á la reforma, no se hablaba en ella mas que de los proyectos de la gran liga católica y de los preparativos de Felipe II contra los protestantes, y el anciano Teodoro de Béze recorría todos los países del norte predicando una cruzada contra la Francia. Enrique III recibió una embajada de los príncipes luteranos que le recordaron sus edictos en favor de los católicos (octubre); les respondió que no tenía necesidad de recibir consejos de nadie, y «miente, dijo, cualquiera que diga que he faltado á mis juramentos al revocar mis edictos de pacificación!»

Los príncipes alemanes convocaron entonces una asamblea general en Fridelsheim, y empezaron á formar sus ejércitos á pesar de las órdenes del emperador Rodolfo II.

Isabel habia declarado la guerra á Felipe II mientras tenian lugar los anteriores acontecimientos. Sus navíos, fabricados por el célebre Drake recorrían todos los mares, se apoderaban de los barcos mercantes hasta en la América, y devastaban las colonias españolas y las costas de España. Envió Isabel á los Países Bajos un ejército de seis mil hombres al mando de Leicester, favorito de la reina, el cual se aprovechó del abatimiento de los insurgentes para hacerse nombrar su gobernador general (1.º de febrero de 1586). Pero el duque de Parma le venció en todas partes, regresó vergonzosamente á Inglaterra (noviembre de 1587), y la mayor parte de sus soldados desertaron y se pasaron al servicio de España.

Felipe II se disponia con su perseverancia enérgica á combatir los últimos esfuerzos de la herejía; le parecia que la liga de Francia seria suficiente para vencer al ejército alemán, pero la Inglaterra era para él un gran obstáculo para el restablecimiento de la unidad religiosa. De esta ciudadela de la reforma protegida por el Océano salían incesantemente dinero, armas y escuadras para todos los rebeldes, y el único medio de destronar la herejía era hacer católica á la Inglaterra. La empresa parecia fácil; solo por medio de la tiranía se habia llevado á cabo en este reino la reforma, que incompleta y bastarda, habia conservado la gerarquía eclesiástica, las riquezas del clero, y parecia que solo se sostenia por medio de los suplicios. Isabel habia establecido comisiones religiosas tan crueles y ejecutivas como los tribunales de la inquisicion, sobre los cuales estaban modeladas; habia declarado reos de la lesa majestad á todos los que indujeran á sus súbditos á apartarse de la religion del estado, y condenaba á muerte no solamente á todos los sacerdotes católicos, sino á los que les daban asilo. Es cierto tambien que la mitad de la Inglaterra seguia secretamente la religion romana y solo deseaba la caída del gobierno, pero la otra mitad era anglicana ó puritana: los anglicanos poco zelosos y entusiastas estaban dispuestos á abrazar la religion que siguiera el poder, y los puritanos eran enemigos del gobierno que los perseguia y los temia por sus ideas republicanas. Existia por fin en Inglaterra un pendon enteramente adicto á los católicos; era el de una mujer interesante por su hermosura, sus desgracias y sus mismos yerros,

una reina á quien miraban como la única legítima y por la cual habia rodado mas de una noble cabeza en el cadalso. Era María Estuardo. La reina de Escocia, cautiva veinte años hacia contra todo derecho y justicia, y en poder de la que debia mirarla como su mas próxima heredera, se consideraba á sí misma como una mártir, atribuía á su creencia todas sus desgracias, por ella esperaba subir al trono, aborrecía á los herejes como á perseguidores suyos, el catolicismo era para ella una causa enteramente personal, y la exaltacion de su piedad un medio de salvacion y una esperanza de triunfo. Estaba en correspondencia con el papa, Felipe II y los Guisas, seguía con ansiedad los progresos de la liga católica, era la causa ó pretexto de todas las turbulencias de Inglaterra, y daba tormento hasta en su mismo palacio y en los brazos de sus amantes á su feliz y triunfante rival. «Me ha creado tantos enemigos, decia Isabel, que no sé á que lado volver la cabeza.» El rey de España habia resuelto hacer subir á María Estuardo al trono de Inglaterra para coronar de este modo al catolicismo. No lo ignoraba Isabel, y sus ministros la incitaban á que respondiese á las amenazas de Felipe presentándole la cabeza de María. La muerte de esta mujer, decian ellos, es la salvacion de la reforma. ¿Que seria de la Inglaterra si la reina de los papistas llegara á suceder á Isabel? Pero esta titubeaba; «decia con hipocresía que era su buena hermana y querida prima. ¿Podría yo dar la muerte á la pobre avecilla que se ha refugiado en mi seno (1)?»

Toda la Europa tenia fijos los ojos sobre esta lucha entre dos hermanas que se aborrecian, la una en su prision y la otra en el trono; pero la primera apoyada por la liga católica, con la exaltacion de su espíritu y la increíble mágia de su hermosura aun no marchitada, parecia mas poderosa que la segunda, tiránica, vieja y aborrecida de una gran parte de sus súbditos. Estas dos mujeres representaban los dos principios que luchaban en Francia, y la muerte de una de ellas debia ser la ruina de la causa que defendiera. Si Isabel deseaba ardientemente la muerte de María, y si llegó al extremo de pedir muchas veces á los que la custodiaban que la matasen en secreto, María en cambio fo-

(1) Lingard, t. IV, (edicion Carpentier).

mentaba todos los complots dirigidos contra la existencia de Isabel, creyéndose con derecho para obrar así, procurando su libertad por todos los medios, y valiéndose de las únicas armas que estaban en su poder.

Estalló por fin una conspiración, y la reina se apoderó de los papeles de María, cuyo secretario llevó al tormento. La prisionera lo negó todo, pero fué entregada á una comisión que la condenó á muerte. En vano Enrique III suplicó á la reina que perdonara á la viuda de su hermano, en vano Jacobo VI hizo tentativas y amenazas para salvar á su madre: Isabel permitió hipócritamente que le arrancaran la orden de la ejecución.

La nieta de Enrique VII, la heredera del trono inglés, la reina de Francia por matrimonio y reina consagrada de Escocia, subió al cadalso el día 8 de febrero de 1587.

Este acontecimiento hizo estremecer á toda la Europa, y el eco ha llegado hasta nuestros días. La reforma recibió en todas partes inmensa fuerza despues de esta sentencia y ejecución de una reina santa y católica; se consolidó el trono de Isabel, y «la esperanza que los Guisás habian concebido, segun decian los protestantes de Francia, de dominar la Inglaterra, habia muerto con la reina de Escocia (1).» Todos los católicos, exhalaban gritos de dolor y furia elevando al rango de los santos á la desdichada María, y se prepararon á llevar á cabo terribles represalias. Sixto V renovó su bula contra la *loba de la Bretaña*, y Felipe II apresuró el armamento de una formidable escuadra para vengar á la mártir y ceñirse la corona de Inglaterra.

§. VII.—*Batalla de Coutras*.—La muerte de María fué para la liga una ocasion excelente para acriminar á Enrique III. Decíase públicamente que él habia sido quien habia incitado á Isabel á hacer morir á la reina de Escocia, que por él estaba la Francia vendida á los alemanes, y que se hallaba en secreta inteligencia con los príncipes protestantes para arruinar al catolicismo. Los diez y seis publicaron un manifiesto en el que repetian todas estas calumnias, invitaban á los de la liga á tomar las armas, y proponian juntar un ejército de veinte y cuatro mil hombres. Estas tropas debian permanecer en la defensiva hasta que el rey

(1) Memorias de la Liga, t. II, p. 87.

manifestase su traicion abiertamente, pero á una voz de los Guisas ó al morir Enrique, debian ponerse en pié de batalla para elegir un príncipe católico, en especial al cardenal de Borbon, «nó como heredero y sucesor, siendo su grado de parentesco tan lejano, sino como católico, príncipe francés y hombre virtuoso (1).» Enrique creyó que el mejor medio de acallar estos clamores seria terminar la guerra.

Habiendo destruido la peste al ejército del Poitou, organizó otro cuyo mando dió á Joyeuse con órden de marchar contra el bearnés, é impedir que se juntase con los alemanes (agosto). El favorito salió á campaña, y se dió á conocer en el Poitou por el rastro de saqueo y mortandades que dejaban sus pasos. El rey de Navarra salió de la Rochela, y se situó en el Loira donde se reunió con las partidas de Condé y de Conti; esperaba hallar en el rio al ejército alemán, pero aun no habia acabado de pasar la frontera. Temiendo entonces dejarse encerrar entre el Loira y las tropas de Joyeuse en un país enteramente católico, intentó juntarse con los alemanes, revolviendo hácia el Dordoña, subiendo por el cauce del rio, y precipitándose en el valle del alto Loira. Su reducido ejército retrocedió á marchas forzadas, pasó el Charente y se dirigió á Coutras situado en el confluente del Isle y del Dronne. Joyeuse le siguió y marchó en su misma direccion para juntarse con el mariscal de Matignon que conducia la nobleza de Guiena. Los hugonotes llegaron antes que los católicos á Coutras, y se hallaron situados en la confluencia de dos rios y en posición muy peligrosa. No obstante se decidieron á presentar batalla no teniendo mas que cuatro mil infantes y dos mil quinientos caballos con tres cañones (20 de octubre de 1587); pero todos eran soldados veteranos y aguerridos en las pasadas contiendas civiles, y el rey de Navarra los colocó con destreza militar.

El ejército católico tenia diez ó doce mil hombres, pero sus jefes eran cortesanos fastuosos, desordenados, sin disciplina, que inutilizaron su artillería, precipitándose á la desbandada sobre los hugonotes. Estos los rechazaron y llegaron hasta la última línea de los arcabuceros y ginetes de Enrique, los cuales á pesar

(1) Palma-Cayet, p. 99.

de hacer un fuego terrible, se vieron obligados á desordenarse, á combatir desesperadamente y á perecer casi todos. Joyeuse quedó en el campo de batalla con cuatrocientos nobles, tres mil soldados, los cañones, bagajes, etc.

Esta era la primera victoria de los hugonotes que causó inmenso júbilo á su partido, dió gran nombradía al rey de Navarra y fué una nueva calamidad para Enrique III. Pero los calvinistas no supieron sacar partido de su triunfo, se dispersó su ejército que se hallaba sin víveres, sin dinero y abrasado por las discordias, los nobles se apresuraron á abrazar otra vez su partido, y el rey de Navarra, á quien sus libertinajes apartaban sin cesar de sus deberes, se fué al Bearne á presentar á la hermosa Corisanda de Gramont las banderas conquistadas en Coutras. Esta debilidad inconcebible iba á dejar á los alemanes aislados en un país enemigo, sin que supieran á donde dirigirse, y expuestos al choque de tres ó cuatro ejércitos. Se alzó un grito general de indignacion de todos los protestantes contra la conducta culpable del bearnés que exponia la suerte de la reforma en toda la Europa.

§. VIII.—*Destruccion del ejército aleman.—Destruccion de la armada Invencible.*—El grande ejército aleman emprendió su marcha por agosto (1587); se componia de ocho mil *reitres*, cuatro mil lansquenetes, veinte mil suizos y cuatro mil arcabuceros franceses. Debia mandarlo Juan Casimiro, administrador del palatinado de Baviera, pero cometió el yerro de cedérselo á un simple caballero, al baron de Dohna. Los alemanes entraron en Lorena. El ejército destinado para combatirlos se reunia en Gien, y contaba ocho mil caballos y veinte y dos mil infantes.

El duque de Guisa solo recibió á sus órdenes tres mil de estos soldados para hacer frente á los alemanes, pero aumentó su fuerza con diez mil lorenenses. Se precipitó entonces con la mayor actividad sobre los flancos del enemigo, cuya marcha entorpeció, impidiendo al mismo tiempo que saquease los pueblos. Dohna entró en Champaña, pasó el Marne, el Sena y el Yonne hostigado por los habitantes que le interceptaban los víveres, y seguido por el duque de Guisa que solo tenia un puñado de soldados, pues los lorenenses solo le prestaron ayuda en su país. Los alemanes llegaron al Loira cerca de Charité, pero en vez de pasar el

rio y dirigirse por el Borbonés y la Auvernia á juntarse con el navarro, que acababa de ganar la batalla de Coutras, bajaron por el Loira desafiando el ejército católico y saqueando la Beauce.

Una sedición popular había obligado á Enrique III á ponerse al frente de su ejército; se hallaba el rey en Etampes con veinte y dos mil hombres, teniendo situada la vanguardia, que mandaba Epernon, cerca de Montargis (12 de setiembre). Los alemanes se dirigieron hácia este punto y llenaron de terror á Paris. Enojado Guisa de la escasa fuerza que habían puesto á sus órdenes, acusó al rey «de haber dejado entrar en Francia á los extranjeros, para que al acercarse estos á Paris, obligasen á los católicos á pedir una paz vergonzosa (1).» Corrió pues en defensa de la capital con cinco mil hombres alistados por sus hermanos en sus dominios, y sabiendo que los alemanes estaban acampados con el mayor desorden cerca de Vimaury, se dirigió hácia allí, sorprendió uno de sus cuarteles y lo derrotó completamente (26 de octubre).

Dohná se aproximó entonces á Gien para pasar el Loira, pero le cerró el paso Epernon. Las enfermedades, la falta de víveres y las bandas de campesinos diezmaron su ejército, y le abandonaron los hugonotes franceses. Continuó empero avanzando por la Beauce; pero cerca de Chartres, viendo los veinte mil suizos á sus compatriotas del ejército real, manifestaron que querían regresar á su país. La discordia dividió á los alemanes y Guisa logró con esto sorprender en Auneau á una de sus partidas en la que hizo una espantosa carnicería (11 de noviembre). El rey entabló negociaciones con las demás para que evacuasen el reino en pequeñas divisiones, y bajo juramento de no volver mas á Francia. Se firmó el tratado (8 de diciembre); pero Guisa que hacia la guerra á sus expensas, no se creyó comprometido por este arreglo y se arrojó en persecucion de los alemanes con tanto ardor, que solamente siete mil volvieron á pasar la frontera.

Toda la gloria de esta campaña pertenecía al vencedor de Vimaury y de Aunneau, que había libertado á la Francia con sus propios recursos, en tanto que se le dejaba con un puñado

(1) Archivo de Simancas, segun Copefigue, t. IV, p. 336.

de soldados expuesto á ser despedazado, y permanecia en inaccion Enrique con veinte mil hombres. La recompensa del duque de Guisa fué una especie de destierro; el rey le prohibió que entrase en Paris, donde la liga le preparaba un triunfo.

Dos meses despues de haberse estrellado en las llanuras de Francia el grande ejército protestante, amenazaba á Inglaterra la inmensa escuadra católica. Componíase de ciento treinta velas, entre ellas sesenta navíos de guerra; llevaba ocho mil hombres de tripulacion, veinte mil de desembarco, y dos mil seiscientos treinta cañones, y la mandaba el duque de Medinaceli. Debían reforzar este ejército, el mas considerable que surcara jamás el Océano, treinta mil soldados de las tropas de Flandes.

La *Armada*, llamada ya de antemano la *Invencible*, salió de Lisboa (29 de mayo de 1588); mas apenas se halló en alta mar, la acometió una espantosa tormenta, y llegó en desórden á la vista de las costas de Inglaterra ocupando siete millas de extension (6 de agosto).

Se dirigió hácia Calais para embarcar allí el ejército de Flandes, pero fué hostigada durante su travesía por la escuadra inglesa compuesta de navíos muy pequeños y ligeros, que destruían las inmensas fortalezas españolas. El duque de Parma no pudo convencer á sus soldados para que se embarcaran, perdióse el tiempo en dilaciones, los ingleses lanzaron proyectiles incendiarios que llenaron de confusion al ejército español, y por último un fuerte viento del sud arrastró á toda la armada en dispersion por el mar del Norte á las Orcadas y á las costas de Noruega.

El almirante dió la órden de regresar á España á los navíos alejados por el huracan, pero no volvieron mas que cincuenta, y se perdieron ochenta con diez y seis mil hombres (setiembre).

La reforma se vió libre del peligro mas eminente á que jamás se hubiera expuesto; Felipe II, empobrecido con los 120.000,000 de ducados que habia gastado en su armada, ya no podia hacer contra ella mayores esfuerzos, y á pesar de que dijo que aquello no era mas que «una rama cortada á un árbol robusto,» la monarquía española entró desde entonces en su período de decadencia.

§. IX.—*Asamblea de Nancy.—Las barricadas.—Fuga del rey.*—

La lucha del catolicismo y el protestantismo estaba desde entonces reducida al reino francés. Pero la liga estaba tan altiva y alborozada con la derrota de los alemanes, tan satisfecha de su duque de Guisa y tan enojada contra las traiciones de Enrique III, que recibió al rey, á su regreso á la capital, con morfos é insultos (23 de diciembre de 1587). «No hubo predicador, dice l' Etoile, que no exclamara que Saúl habia muerto á mil y David á diez mil.» Todos hablaban tan solo del de Guisa, de sus victorias, de su talento, de su grandeza de alma y de su inteligencia vasta y penetrante, y no cesaban de acusar al rey de haber intentado sacrificar al libertador de la Francia. La Sorbona se atrevió á sentar el principio de «que era justo quitar el gobierno á los príncipes que no eran capaces para dirigirlo (1).»

Todos pedian el destierro ó la muerte de los favoritos y ministros, á quienes llamaban políticos infames que se hartaban con las riquezas del pueblo y estaban en connivencia con los hugonotes; querian que el rey continuase la guerra en el mediodía donde el bearnés solo tenia algunos castillos y acababa de perder á su primo el príncipe de Condé. Y en medio de aquellos discursos, escritos y rumores, entre la agitacion de la multitud, se veia el presagio y el deseo de una revolucion. El duque de Guisa reunió en Nancy á sus hermanos y á los principales jefes de la liga (enero de 1588), y quedó allí resuelto que se dirigiera al rey una exposicion pidiéndole, ó por mejor decir, intimándole á que se declarase abiertamente en favor de la Union, publicando los decretos del concilio de Trento, estableciendo la inquisicion, dando á los católicos plazas de seguridad y haciendo á toda costa la guerra á los herejes. Esta exposicion audaz formulaba con claridad el objeto de la liga y daba unidad á sus movimientos. Los católicos manifestaban por medio de aquel mandato indirecto que querian separar al rey de todos los que le rodeaban, atarle las manos y convertirle en un esclavo y ciego instrumento de su partido. Enrique no concibió ningun temor, creyendo que ésto era un tiro aislado contra sus favoritos, y especialmente contra de Epérnon, que aparecia como su único ministro, y á quien habia nombrado gran almirante y gobernador de Proven-

(1) L'Etoile, p. 343.

za, Normandía y Angulema; entabló negociaciones con los Guisas, se limitó á discutir sobre las plazas de seguridad que le pedían, y prometió acceder á todo lo que le mandaban (febrero).

Mientras el rey pensaba nuevas dilaciones para ganar tiempo, era extrema la impaciencia de los miembros de la liga en París; acusaban estos al de Guisa de lentitud é irresolucion, «le intimaban á que cumpliese su promesa y no fardase en cumplirla, y le decían que todos los suyos estaban preparados, con armas y en número considerable, y que únicamente faltaba su presencia. Los diez y seis habian hecho una secreta revista de sus partidarios, y vieron que podian contar con treinta mil combatientes (1).» Aquellos habian tramado ya muchas conspiraciones, frustradas por la traicion de uno de ellos, en las que se determinara envenenar ó asesinar al monarca; estaban no obstante decididos á apoderarse de su persona, matar á sus favoritos, y á poner en manos de la liga las riendas del gobierno.

El duque de Guisa titubeaba, y envió delante á sus amigos para que se encargasen del mando de las milicias urbanas; «se aumentaron el valor y la insolencia del pueblo temerario con el apoyo que le daban estas personas de calidad por su riqueza y lujo, que entraron en la gran ciudad por diferentes sitios y que desaparecieron entre la multitud sin ser apercibidos ni reconocidos mas que por sus partidarios (2).»

Alarmado el rey con el movimiento de París, mandó á cuatro mil suizos y á las compañías de guardias que estaban acuartelados en las cercanías, que se situasen en los arrabales. Este mandato era un atentado contra los privilegios de la ciudad; los vecinos se alarmaron, y los diez y seis llamaron al duque de Guisa, diciéndole «que si no acudia en su defensa con presteza estaban en peligro de ser ahorcados (3).»

El duque partió apresuradamente de Nancy. Al saberlo Enrique III, le envió al consejero Bellievre que le encontró en Soissons y le dijo, «que no pasara adelante si no queria aumentar la fermentacion del pueblo, y que si entraba en París contra la voluntad del monarca, seria considerado como un criminal y autor de las turbulencias del reino.» El duque le respondió con

(1) Proceso verbal de Poulain.—(2) Relacion manuscrita citada por Capetigue, t. IV, p. 373.—(3) Miron.

palabras ambiguas, encargó á Bellievre que manifestase al rey sus excusas, y continuó su marcha por caminos extraviados.

Entró el de Guisa en Paris (9 de mayo) sin llevar en su compañía mas que siete personas; pero al rumor de su llegada, toda la ciudad en masa le salió al encuentro ébria de júbilo y con increíbles aclamaciones. Le llamaban el libertador de la Francia, la columna de la Iglesia, el defensor de la religion, el Macabeo francés, y el justo que venia á confundir á la corte de Herodes. El pueblo besaba sus vestidos, le cubria de flores, y hacia tocar sus sombreros á su traje. Él marchaba con la cabeza descubierta, pausadamente, «saludando, acariciando y regocijando á todos con sus miradas, sonrisas y palabras,» y llegó de este modo hasta el palacio de Soissons donde vivia la reina madre (1). Catalina palideció al verle, le vituperó su llegada en semejantes circunstancias, y subió á su litera para conducirle al Louvre.

Cuando supo el rey la audacia de Guisa, «reflexionó algunos momentos, mandó á sus guardias que se hiciesen fuertes en el Louvre, y resolvió dar muerte á su mortal enemigo (2).» Sus consejeros le hacian desistir de este proyecto, cuando aun no terminada la deliberacion, entró el duque en el alcázar. Se estremeció su corazon de terror al verse cercado por aquellos guardias sombríos y silenciosos, no oyendo ya al regocijado pueblo en torno suyo; y fingiendo la moderacion y humildad que no sentia, llegó hasta la presencia del rey. Enrique le dijo, mordiéndose los labios, que hallaba muy extraña su venida á la corte sin que hubiese recibido órdenes para ello. Guisa se excusó y pidió perdon, «apoyándose en el deseo que tenia de manifestarle en persona la sinceridad de sus acciones y de defenderse de las calumnias é imposturas de sus enemigos (3). «Vuestra inocencia será cierta, le dijo Enrique, si vuestra llegada no causa ninguna novedad ni turbulencias en el estado.» Él iba á dar sin duda alguna la orden de prenderle, cuando le dijo la reina madre que debía temer la furia popular. Guisa se aprovechó de este momento de pausa é indecision, y con el pretexto del cansancio del viaje, saludó al rey y se apresuró á salir del alcázar.

Cuando entró en su palacio (4), se rodeó de armas y soldados

(1) Donde se halla el mercado de los cereales.—(2) Miron.—(3) Id.—(4) Amplifi-

y mandó secretamente á los regidores que prepararan las compañías de milicias urbanas. Al dia siguiente (10 de mayo) fué á visitar al rey al palacio de la reina madre, pero lo hizo acompañado de una numerosa escolta, y le manifestó todas sus condiciones. «Vuestra majestad, le dijo, he jurado exterminar á los herejes, y estos, aunque derrotados siempre, solo están sostenidos por vos y los políticos de vuestra corte. Es preciso que alejéis de vuestro lado á Epernon y demás consejeros, que pongáis en vuestro ministerio católicos zelosos, y que continúeis á toda costa la guerra.—Ya sabéis, le respondió el rey, que no soy amigo de los hugonotes; no obstante todas vuestras acusaciones se cifran en la pretendida proteccion hácia ese partido y en el odio contra los que mas amo.»—Sé muy bien, replicó Guisa, que vuestra majestad no profesa cariño á los hugonotes, y no obstante, la conducta que sigue conducirá imperceptiblemente hasta el trono á un hereje. Puedo asegurar á vuestra majestad que no emprenderé nunca nada contra su persona ó contra su estado; pero declaro al mismo tiempo que haré todos los esfuerzos posibles, si vuestra majestad llega á morir antes que el rey de Navarra, para que no ciña este la corona. Esta es mi voluntad y el deseo universal de los católicos (1).» El rey respondió que sin dinero no se podia hacer la guerra, y que este se lo negaban: que atribuía la insolencia de los parisienses á algunos miles de extranjeros que habia en la ciudad, y que pronto iba á desembarazarse de todos ellos.

Después de esta entrevista, se prepararon por ambas partes medidas de violencia. El rey dió orden á los vecinos para que dejaran las armas, y á los regidores que averiguasen el número de extranjeros residentes en la ciudad, y mandó á los suizos y á los guardias que entrasen en la ciudad al dia siguiente (11 de mayo). Su plan consistía en apoderarse de algunos vecinos de los mas influyentes de la liga y de algunos partidarios del duque de Guisa, y hacerlos morir á manos del verdugo para que sirvieran de escarmiento á los demás. Guisa hizo circular entre los vecinos unas listas de desterrados por el rey, y les excitó á que se defendieran de los soldados, á los cuales, segun él les de-

cacion de las particularidades que ocurrieron en París en el mes de mayo de 1588.

(Folleto de aquella época).—(1) L'Etoile, t. 1, p. 359.

cia, habian prometido un saqueo y un san Bartolomé de católicos.

Al día siguiente (12 de mayo) los cuatro mil suizos y los dos mil guardias mandados por d' O y Biron, entraron con la mecha encendida y á tambor batiente, y ocuparon las plazas del norte y los puentes de la Cité, lanzando bravatas é injurias, diciendo «que aquel día el rey sería el que mandase, y que no habría mujer ó hija de ningun parisiense que no fuese víctima de los suizos.» El pueblo se llenó de emocion y enojo, todos se ocultaron en sus casas, cerrando las puertas y tomando las armas. Los seis mil hombres del rey no pudieron ocupar toda la ciudad, se hallaban sin custodia los barrios del mediodía y los de oriente, y una inmensa muchedumbre se acumuló en la plaza de la Bastilla y en la de Maubert. Llegó esto á oídos del rey que mandó á sus tropas que se posesionasen de estos sitios; pero cuando llegaron, los barqueros y estudiantes, incitados por los condes de Bois-Dauphin y de Brissac, se apoderaron de estas dos plazas donde comenzaron á formar barricadas á los gritos de ¡viva la Union! ¡viva la santa liga! Este movimiento se comunicó rápidamente á los barrios del norte; los vecinos se apoderaron del puente de San Miguel, del Chatelet y de la plaza de la Greve; el conde de Brissac trabó combate contra las tropas reales, tocaron á rebato las campanas, se desempedrarón las calles y se tiraron las cadenas, que se reforzaron con toneles, maderos y muebles. En menos de tres horas se halló Paris cruzado con mil barricadas, y la última se situó á treinta pasos del Louvre.

Los suizos y los guardias, sin víveres, sin órdenes y sin jefes fueron atacados en las angostas calles bajo una lluvia de piedras y de balas. «Al principio se defendieron heroicamente y rechazaron á los paisanos, pero animados estos por algunos nobles y capitanes extranjeros, acometieron tan furiosamente á los del rey por todos lados y principalmente por las ventanas, que se vieron obligados á rendirse á discrecion para salvar la vida. Algunos gritaban que eran fieles católicos, otros enseñaban sus rosarios, y muchos se ponian de rodillas (1).» El rey se aterró sobremanera; no tenia mas que quinientos nobles para defender

(1) Amplificación de las particularidades que ocurrieron en Paris, en el mes de mayo de 1588. (Folleto de aquella época.)

el Louvre, y los insurgentes empezaban á sitiarse el alcázar.

El duque de Guisa no queria atacar al monarca; salió de su palacio con una varilla en la mano, y para dar á entender que aquellas hostilidades solo habian consistido en una defensa, impidió la mortandad de los suizos, mandó que se devolvieran las armas á las compañías reales, y las hizo salir de Paris por la puerta de San Antonio al llegar la noche (1).

Esperaba la humillacion y las proposiciones de la corte. Efectivamente, la reina madre fué á visitar al duque de Guisa á instancias de su hijo; «pero á duras penas pudo pasar por las calles, tan cortadas y fortificadas con las barricadas, y los centinelas no quisieron hacer en ellas mas abertura que la necesaria para que pasase su litera.» Guisa recibió á la reina con aire de triunfo y expuso sus condiciones. Eran estas la tenencia general del reino para él, la convocacion de los Estados en Paris, la declaracion de exclusion á la corona de los Borbones, diez plazas de seguridad, el destierro de Epernon, Biron, d'O y de los ministros, el gobierno de las provincias y todos los empleos para sus amigos, el mando de dos ejércitos contra los hugonotes, la reduccion de los impuestos, su votacion por los estados, etc.

El rey deliberó toda la noche con su consejo, y su madre le indujo á que huyera en secreto de Paris antes que sufrir tales condiciones, pues decia que la autoridad no podia restablecerse sino léjos del movimiento popular. Los vecinos y partidarios de Guisa estuvieron toda la noche sobre las armas, fortificaron y aseguraron sus barricadas, y el duque, para obligar al rey á que aceptase sus proposiciones, mandó que bloquease el Louvre secretamente por el lado del campo un cuerpo de quince mil hombres.

Al siguiente dia por la mañana (13 de mayo) la reina madre volvió al palacio de Guisa para discutir las condiciones de la víspera, y despues de haber estado dos horas defendiendo uno á otro los restos de la autoridad real, advirtieron al duque que el rey acababa de huir de Paris. «Me han vendido! exclamó; mientras vuestra majestad me entretenia, el rey ha salido de su palacio con intencion de hacerme la guerra.» Catalina fingió gran

(1) Amplificación de las particularidades que ocurrieron en Paris, en el mes de mayo de 1588. (Folleto de aquella época.)

sorpresa y se volvió tranquilamente al Louvre. ¡Había retardado aun otra vez la ruina de los Valois (1)!

Enrique había salido de su alcázar con traje de paseo como para distraerse por el campo, pero cuando llegó á las Tullerías, montó á caballo y salió por la Puerta Nueva (2). Los vecinos de la puerta de Nesle (3) descargaron sobre él y su escolta algunos arcabuzazos; «se volvió entonces hácia la ciudad, pronunció contra su ingratitud, perfidia y cobardía algunas palabras de indignacion, y juró que solo volveria á entrar en ella por la brecha (4).» Dirigióse á todo escape hácia Saint-Cloud y Rambouillet, y llegó al dia siguiente á Chartres. Juntáronse con él allí sus tropas y ministros y comenzó á establecerse el gobierno real.

§. X.—*Tratado y edicto de la Union.*—Guisa se apesadumbró con esta impensada fuga. Ya no podia alimentar la ilusion de apoderarse de la persona de Enrique y gobernar en su nombre, y se veia impulsado á mostrarse rebelde al trono sin rebozo. El movimiento popular no le permitió permanecer mucho tiempo en estado de incertidumbre. Se apoderó de la Bastilla, de Vincennes y de los pueblos cercanos para asegurar los víveres de la ciudad (15 de mayo); depuso al preboste y á los regidores, magistrados moderados en exceso, adictos á la autoridad real «y poco queridos del pueblo», y los reemplazó con miembros de la liga sacados de los diez y seis. Chapelle Marteau obtuvo el cargo de preboste de los comerciantes.

Los nuevos magistrados se inauguraron, «cambiando los coroneles, capitanes y cuartenarios que no eran de su partido y poniendo en su lugar vecinos adictos á la Union (5);» establecieron sin tardanza una junta permanente y se ocuparon del gobierno de la ciudad con actividad. Trataron del arreglo de la policía de las calles, de los almacenes de armas, de la custodia de las puertas, de las visitas domiciliarias, de la expulsion de todas las personas de oficio ú ocupacion desconocidos, y de la proscripcion de los hugonotes; lo pusieron todo en órden y escribieron á todas las ciudades pidiendo su auxilio.» Ha llegado ya

(1) Pasquier, lib. XII.—De Thou, lib. XC.—Aubigné, lib. 1, cap. 19.—David, lib. XIX.—(2) En la orilla derecha del Sena, poco mas ó menos en el puente Nacional.—(3) En la orilla izquierda del rio en la calle del Sena.—(4) L'Etoile, p. 361.—(5) Palma-Cayer.

la ocasion favorable, decian, de morir todos ó conservar la religion, y romper la vergonzosa servidumbre en que nos habia sumido Epernon (1).»

Desde aquel dia Paris se vió libre de la autoridad real bajo un gobierno municipal enteramente democrático, y fué durante seis años el centro de la república católica.

Solo un pensamiento animaba al rey, á quien hicieron mas sombrío y mas disimulado las adversidades: la venganza. «Yo castigaré tan atrocmente ésta ofensa, decia, que le ha de quedar á Paris una señal para siempre.» Ya no era indolente, ni tenia fiestas, ni se rodeaba de cortesanos; miraba á Epernon con desconfianza y ni aun á su madre confiaba sus proyectos; pero no tomaba ninguna medida de defensa, no queria hacer la guerra á la liga y se limitaba á entablar con todos negociaciones. La empresa mas importante para él consistia en privar á la Union su apoyo exterior; se quejó pues de Felipe por el auxilio que daba á sus súbditos rebeldes, y le pidió que llamase á su corte al embajador, «el cual se habia mostrado favorable en exceso al movimiento.»

El rey de España le respondió, que «haria dirigir las turbulencias en pro del término de la obra católica; que, pues lo queria, le ayudaria con todo su poder si abandonaba enteramente á los herejes y no tenia otra mira que la gloria del Señor; porque no es tan solo, le dijo, un negocio particular de cada nacion la lucha contra la herejía, sino interés de la cristiandad entera que debe hacer un esfuerzo para apagar este incendio.»

El duque de Guisa y los diez y seis, á favor de las disposiciones pacíficas de Enrique, pudieron organizar un gobierno independiente de la autoridad real. No queriendo sobre todo merecer la justa acusacion de rebeldes, enviaron al rey sus protestas de fidelidad y una justificacion de su conducta y proposiciones de arreglo. Imitó su ejemplo el parlamento, que no habia querido sancionar los últimos cambios de la capital.

Alarmado Enrique con la noticia del espíritu de las provincias, recibió favorablemente á los diputados de la ciudad y del parlamento, revocó sus últimos decretos de hacienda, prometió con-

(1) Archivo de Simancas, segun Copefigue, t. V, p. 23.

vocar los estados, principió sus negociaciones con el duque de Guisa, pero á pesar de las súplicas de su madre, se negó obstinadamente á volver á Paris. Los de la liga enviaron á Chartres la hermandad de los penitentes en solemne procesion, ya para pedir perdon al rey, ya para expiar su conducta, ya por fin para excitar contra él á los católicos de esta ciudad (17 de mayo). Enojó altamente á Enrique la ridícula mascarada que formaron ante él los penitentes, y no creyéndose seguro en Chartres, se retiró á Ruan (11 de junio). Las negociaciones continuaron entre tanto; y para facilitar su terminacion, despidió el rey á sus ministros, quitó á Epernon el gobierno de Normandía y le obligó á retirarse á Angulema. Viéndose este convertido en el blanco de todo el odio de la liga, hizo alianza con los hugonotes.

Se firmó y publicó por fin un tratado con el título de edicto de la Union (1.º de julio de 1588), en el cual juraba Enrique no dejar las armas hasta la completa destruccion de los herejes, mandaba á sus súbditos que prestaran igual juramento, declaraba excluidos del trono á todos los príncipes que no fueran católicos, nombraba al duque de Guisa teniente general del reino, concedia plazas de seguridad á los duques de Nevers y de Mayenne, convocaba los estados en Blois, etc.

El pueblo oyó el edicto de la Union con trasportes de júbilo; era dueño del rey que tanta desconfianza le inspiraba; estaba asegurada la salvacion de la fe, la liga triunfaba, y alcanzaba de la debilidad de Enrique despues de su fuga de Paris, todo lo que le habia pedido durante la insurreccion de las barricadas; y el trono estaba vencido, envilecido y humillado. A tal extremo habia llegado á parar este príncipe tan popular en el san Bartolomé, pues se prestaba entonces al bárbaro furor del pueblo. Ahora era mirado como enemigo, y yacia en una especie de cautiverio por haber intentado seguir el camino de la moderacion. ¡Tan espantosamente tiránicas son las preocupaciones de las masas!

§. XI.—*Segundos estados de Blois.*—*Muerte del duque y del cardenal de Guisa.*—*Muerte de la reina madre.*—Todos los partidos y el rey mismo confiaban en los estados; pero la liga desplegó tanta destreza y actividad en las elecciones, que no solamente no salió elegido ningun calvinista (lo hacia imposible la revo-

cacion de los edictos de tolerancia, sino ningun político ni moderado. Casi todos los diputados habian prestado juramento á la liga, y el consejo de la Union les impuso como un mandato la adopcion de los decretos del concilio de Trento, la incapacidad de los herejes para suceder al trono, la sumision de la autoridad real á la de los estados, etc. Habia ciento noventa y un miembros del tercer estado, ciento ochenta de la nobleza, y ciento treinta y cuatro del clero.

Los estados se abrieron el 16 de octubre. El clero eligió presidente al cardenal de Guisa, la nobleza al conde de Brissac, y el tercer estado á Chapelle-Marteaux. Estas elecciones anunciaban bien claramente el espíritu que animaba á la asamblea, y no lo contradijeron sus primeros actos. Desde un principio pidieron á Enrique con discursos que ultrajaban la majestad real, que jurara el edicto de la Union como la ley fundamental del reino. «El pueblo, le dijo Brissac, se ha olvidado de un modo sorprendente del cariño que debe á los príncipes. Si no se cumplen las determinaciones de esta asamblea, perderéis el resto de fidelidad y de amor que aun os profesa el pueblo. Su mucha paciencia despreciada por vos, será la causa de un rigor sin piedad (1).» Enrique cedió á la voluntad de los estados, prestó el juramento exigido, por el cual se declaraba nuevamente jefe de la liga, y todos los diputados repitieron el juramento con gritos de entusiasmo. Declararon en seguida al rey de Navarra reo de lesa majestad divina y humana, indigno de sucesion y excluido de todos sus derechos y dominios. Despues se ocuparon del gobierno, tratando con preferencia de la hacienda.

Los ingresos no ascendian mas que á nueve millones, y se necesitaban seis para los funcionarios públicos y la dieta, tres millones para la casa real, y dos para hacer la guerra á los hugonotes. Pero no se creia la asamblea convocada con objeto de acceder á las necesidades del gobierno, sino tan solo para determinar lo que el pueblo deseaba ciega y apasionadamente, lo que pedia quince años hacia, sin tomarse el cuidado de averiguar si eran contradictorias la destruccion de los herejes y la abolicion de los impuestos. De modo que la asamblea pidió la supresion

(1) Piezas justificativas de los estados de Blois, t. IV.

de todas las nuevas contribuciones establecidas desde 1576, y creó un tribunal de informacion contra los empleados de hacienda. En vano el gobierno suplicó á los diputados que aplazasen la supresion de los impuestos hasta que se pudiese hallar otro manantial de rentas; ellos le amenazaron con retirarse si no mandaba en el momento la supresion que le pedian, se opusieron á que se adjudicase á nadie el impuesto de la sal, le obligaron á que aboliese todas las plazas de la magistratura creadas en los quince años anteriores, concedieron al clero la facultad de rescatar á precio ínfimo los bienes que el gobierno le habia obligado á vender desde el año 1563, y finalmente votaron una multitud de gastos sin mencionar ningun medio de recaudacion. Enrique, al verse obligado á ceder á todas sus exigencias, estaba lleno de indignacion, sus tropas se hallaban dispersas y sin disciplina por falta de paga, no tenia con que atender á los gastos de su casa, sabia que el duque de Saboya acababa de apoderarse en medio de la paz del marquesado de Saluces (1), y no tenia un solo escudo para vengarse de tamaño insulto. Se humilló, confesó sus pasados yerros, y agasajó á los mas ínfimos diputados, pero de ningun modo pudo atraerse el cariño y lealtad de estos partidarios exaltados. Cuanta mas humildad les manifestaba, mayor era el orgullo con que le trataban (2); y decian que «los estados representaban el poder y la voluntad nacional, y que al rey solo le pertenecia ejecutar sus órdenes y deseos.» El mismo duque de Guisa intentó vanamente moderar las fatales resoluciones de los estados en materias de hacienda, y fueron vencidas sus justas razones y su inmensa popularidad por el odio ciego de sus afiliados.

El rey estaba desesperado; conocia que todos deseaban su perdicion. Solo acusaba á un hombre en medio de su desgracia; «creia que los estados no tomaban ninguna resolucion sin haber oido antes el parecer del duque de Guisa.» Se engañaba; el duque de Guisa, aunque representante de las pasiones de la muchedumbre, no las inspiraba, sino que por el contrario, toda su fuerza estribaba en estas pasiones. Mo obstante el rey le aborrecia con furor; creia que era él el que gobernaba á aquel pueblo

(1) Miron—Pasquier.—(2) Archivos de Simancas, segun Copefigue, t. V, p. 115.

ingrato y fanático, el que le habia arrojado de su capital y su palacio, el que inspiraba á los estados sus infernales decisiones, el que durante quince años le habia humillado tanto mofándose de su autoridad y empujándole á un abismo, y él en fin el que habia resuelto quitarle la corona por medio de los facciosos convocados en Blois ¿No enseñaba su misma hermana la duquesa de Montpensier las tijeras con que queria hacer al postrer Valois la tercera corona, la de fraile?

Enrique III resolvió matar al duque de Guisa. Creía que muerto el pastor se dispersaria el ganado, que no existiendo el jefe de la liga volvería á ser rey, y que estarían sumisos para siempre los estados, la liga, los diez y seis y toda la turba implacable y fanática que insultaba al trono. Confió su designo al canciller Rambouillet, al mariscal d' Aumont y al coronel d' Ornano. «El duque de Guisa, les dijo, está muy próximo á quitarme la existencia y la corona, y me ha reducido á un estado que es indispensable que muera uno de los dos. Estoy resuelto á hacerle matar en mi misma estancia. Es ya tiempo de que sea yo el único rey. Quien tiene compañero é igual tiene tambien soberano (1).» Se encargaron de la ejecucion Montpezat, Longnac y ocho individuos mas de su guardia.

La audacia del duque de Guisa crecia á medida que aumentaba la paciencia del rey y la insolencia de los estados; queria hacerse nombrar condestable, pedia guardias para su persona y desdenaba los consejos de sus amigos. Su prosperidad le deslumbraba, y al ver á Enrique abismado en sus necias devociones y su aparente estupidez, apenas observaba en su presencia el respecto debido á un soberano. En vano Felipe II le decia que desconfiase del rey. «Si comienza, le respondia, acabaré peor que lo hice en Paris. ¡Que tenga cuidado! (2).» «No se atreverá,» decia á los avisos secretos que de todas partes le llegaban; y «además las cosas han llegado á tal extremo, que cuando vea entrar la muerte por la ventana, no tendrá ánimo para salir por la puerta huyendo de ella (3).»

Habiendo acudido el duque de Guisa al consejo el dia 23 de diciembre á las ocho de la mañana, un ujier le invitó á que en-

(1) Miron.—Pasquier.—(2) Archivo de Simancas, segun Capefigue, t. V, p. 115.
—(3) Id., p. 158.

trara en el gabinete del rey. Enrique habia colocado á los asesinos en la antecámara, de modo que cuando el duque empujaba la puerta de la real estancia, ellos le acribillaron á puñaladas y espiró en el acto.

Al saber esta fatal desgracia, el cardenal de Guisa y el arzobispo de Lyon que se hallaban en el consejo quisieron pedir auxilio, pero fueron arrestados, puestos en un calabozo, y al dia siguiente murió el cardenal traspasado con alabardas. Enrique entonces prendió á la madre y á los hijos de Guisa, á sus amigos y parientes, al cardenal de Borbon, al conde de Brissac, á Chappelle-Marteau y muchos otros diputados, etc., y envió emisarios para matar al duque de Mayenne que tuvo tiempo de salvarse huyendo á Borgoña.

Despues de la muerte del duque, Enrique se dirigió al aposento de su madre que se hallaba mortalmente enferma. «Señora, le dijo, ya soy otra vez rey de Francia, porque he hecho matar al rey de Paris.—¡Has hecho morir al duque de Guisa! exclamó Catalina. ¡Dios quiera que no seas ahora rey de nadie. Hijo mio, es preciso remediar lo que has hecho. ¿Has tomado todas tus medidas?—Todo está previsto.—Dos cosas son necesarias; Enrique, prontitud y resolucion (1).»

Y la anciana reina volvió á caer sobre el lecho de dolor inquieta con este golpe de estado que no habia aconsejado, y presagiando la ruina de su familia, por la cual habia arrastrado una existencia tan agitada y laboriosa. Algunos dias despues descendió al sepulcro con la desesperacion de dejar á su hijo en medio de tan terrible crisis sin consejos ni amigos (5 de enero de 1589). Habia dejado ya de vivir la mujer que habia conservado la corona en las sienes de su hijo Enrique III con tanto trabajo, tanta paciencia y destreza, en medio de las rebeliones de los pueblos y de las ambiciones de los grandes.

La dinastía de los Valois solo iba ya á arrastrar algunos meses de penosa agonía.

§. XII.—*Rebelion de Paris y de casi todo el reino.—Gobierno de la Union.—Situacion angustiosa de Enrique III.*—La noticia de la muerte de los Guisas llegó á Paris durante la noche de la fiesta

(1) De Thou, lib. XCIII.—Davila, lib. IX.

de Navidad; el pueblo se hallaba en las iglesias, y fué recibida con increíble esplosion de dolor, furia y espanto. El rey se habia arrancado por fin la máscara, era un monstruo, un tirano, un hereje, y habia roto los lazos que le unian á la nacion. «Ahora, decian todos empuñando las armas, ahora es cuando es necesario ayudarnos mútuamente (1).»

Los predicadores hicieron jurar al pueblo que verteria «hasta la última gota de su sangre y el postrer escudo de su bolsillo para vengar á los dos mártires; ya no era necesario, decian ellos, predicar el Evangelio sino los hechos y hazañas abominables del tirano; y el púlpito se convirtió en una tribuna pública, donde se daban órdenes, exhortaciones y noticias. Celebráronse ceremonias fúnebres acompañadas de ayunos y duelos en honor de los Guisas. Se paralizó el comercio, se suspendieron las diversiones; todos vivian en las calles, en las iglesias y en la casa de la ciudad, y nadie se ocupaba de otra cosa que de procesiones y preparativos de guerra. Los diez y seis se pusieron al frente del gobierno de la ciudad y le dieron el mas enérgico impulso, escribieron á todas las ciudades de la Union para que se pudiesen sobre las armas, é hicieron que el duque de Aumale aceptase el mando de Paris. La Sorbona decretó, «que el pueblo estaba libre del juramento de fidelidad prestado á Enrique III, y que sin remordimiento de conciencia podia armarse, unirse, recaudar dinero y contribuir para la defensa de la religion católica contra los consejos de la maldad y los esfuerzos del monarca (2).»

Este decreto excluia á Enrique de sus derechos á la corona. El pueblo la aprobó con entusiasmo, destrozó los escudos de armas del rey, hizo trizas sus retratos y destruyó los túmulos de los favoritos.» Su nombre se habia hecho tan odioso, que se exponia mucho la vida con solo pronunciarlo (3). Ya se hablaba públicamente de «formar una república y desechar á todos los reyes y príncipes.»

El parlamento, como adicto á la autoridad real, queria resistirse á este movimiento tan violento y democrático, y era una corporacion tan respetada que la revolucion no podia adquirir solidez sin su consentimiento. Los diez y seis hicieron tomar

(1) L'Etoile, t. I, p. 389.—(2) Adicion al diario de L'Etoile, t. I, p. 347.—(3) L'Etoile, t. I, p. 389.

las armas á las milicias urbanas é invadieron el palacio; Bussy-le-Clerc, gobernador de la Bastilla, entró en el parlamento con una partida de los de la liga, é intimó á los magistrados, cuyos nombres leyó, á que le siguieran como «acusados de ser partidarios de Enrique de Valois y de conspirar contra la ciudad (17 de enero de 1589).» Se levantaron sesenta con el presidente Harláy, y fueron conducidos á la Bastilla en medio de los alaridos y mofas del populacho. Los demás, en número de ciento sesenta, se reunieron bajo la presidencia de Brisson, prestaron el juramento de la liga, confirmaron el decreto de la Sorbona, y declararon «que se unirían con todos los parisienses para ayudarles y asistirles en todo, y para contribuir á los gastos de la guerra resuelta por el bien público (1).»

La Union tenia ya su parlamento, y estaba legitimada la revolucion.

El movimiento se esparció con rapidez por todas las provincias: todos los parlamentos imitaron al de Paris, todas las ciudades se confederaron «para conservar la religion, tomando las armas espontáneamente y sin recibir orden alguna; y por donde quiera se formaron juntas de union que estaban en correspondencia con la junta central, y que prestaron como el parlamento de Paris el juramento de vivir y morir en defensa de la religion. Se sublevaron sin jefes la isla de Francia, la Normandía, la Picardía y la Champaña; Mayenne hizo pronunciar á la Borgoña, Mercœur á la Bretaña, el duque de Nemours al Lionés, y siguieron el movimiento el Berri, el Maine y la Auvernia. Tolosa apoyó con exaltacion á la liga, y habiendo intentado dos de sus magistrados aplazar la declaracion de deposicion de Enrique, fueron inhumanamente despedazados, La Guiena y el Delfinado permanecieron en parte obedeciendo la autoridad real y en parte la de los hugonotes, y generalmente la liga fué menos activa y violenta en el mediodía que en el norte.

El duque de Mayenne convocó la nobleza de Borgoña y de Champaña, llegó á Paris con un escaso ejército (12 de febrero), y proyectó dar solidez y duracion á la revolucion organizando un gobierno regular y fuerte. Celebróse en la casa de la ciudad

(1) L Etoile, t. 1, p. 385.

una asamblea del pueblo, del parlamento y del clero, donde se creó un gobierno provisional con el nombre de «consejo general de la Union, para el bien y conservacion del estado, tanto para la guerra como para la hacienda y policia del reino, mientras se esperaba la apertura de los estados generales (16 de febrero).» Este gobierno se componia de cuarenta miembros que habian formado parte del consejo secreto de la Union, y de los cuales veinte y dos pertenecian al pueblo, nueve á la nobleza, seis eran curas y tres prelados. Mayenne era el presidente, quien mas adelante agregó como ministros ó consejeros á quince personas versadas en los negocios, entre los cuales se distinguian Jeannin y Villeroy. Los primeros actos de este consejo fueron decretar la disminucion de las contribuciones, la convocacion de los estados generales en Paris, nombrar á Mayenne teniente general del reino con prerogativas reales, etc. Sus órdenes empezaban con la siguiente frase: «Por el consejo general de la Union de los católicos hasta la convocacion de los estados generales, etc. (1)»

El duque de Mayenne poniendo en planta luego y con energía el poder y autoridad que le habian confiado, juntó tropas, aseguró la recaudacion de los impuestos, enlazó á todas las provincias con la Union enviándoles gobernadores adictos, y se puso en relacion con Felipe II que le prometió dinero y soldados. «Los católicos, escribió á este príncipe, están resueltos á oponerse á todos los designos y tiranías del rey, y á no dejar las armas hasta haber dado fin á su existencia y autoridad, pues de lo contrario no pueden esperar seguridad para ellos ni para la religion; han dado tanto impulso á su empresa, que mas de dos terceras partes del reino se han separado del tirano, y no solo del pueblo y de las grandes ciudades, sino de la nobleza y de los principales señores. La causa de nuestro rey es ahora ya la causa de los herejes.»

Enrique habia caído otra vez en su indolencia y sus irresoluciones al ver formarse una revolucion tan temible por su unanimidad y su energía, y reconocia que la muerte de Guisa, en vez de apaciguar los ánimos, no habia hecho mas que exaspe-

(1) Capefigue, t. V, p. 305.

rarlos. Intentó buscar un apoyo en los estados, pero estos rechazaron todas sus pretensiones á pesar del terror en que estaban sumidos. Entonces apresuró la formación de sus deliberaciones y cerró la asamblea (17 de enero de 1589). Enfermo, vendido por todos, no sabiendo á que recurrir, escribía continuamente, pero nada ponía por obra. Pidió á Felipe II que no auxiliase á la liga pues no era mas que un centro de rebelion, y el embajador de España partió á Paris y reconoció como gobierno legítimo al consejo general de la Union. Hizo protestas al papa de la pureza de su fe, y este le amenazó con la excomunion por la muerte de un obispo. Intentó hacer un tratado con Mayenne, dejando á su arbitrio todas las condiciones, y este parodiaba la autoridad real y juntaba contra el rey dos ejércitos. Solo algunos señores reconocian su poder por ambicion y deseo de independencia; Longueville en Picardía, Montpensier en Normandía y Matignon en Guiena, y solo Epernon le había proporcionado algunos socorros. Declaró Enrique reos de lesa majestad á los duques de Mayenne y de Aumale, mandó al parlamento de Paris y al tribunal de cuentas que se trasladasen á Tours, y él mismo fué á establecerse en esta ciudad (marzo).

§. XIII.—*Alianza de Enrique III y el rey de Navarra.*—*Bloqueo de Paris.*—*Asesinato del rey.*—Viéndose Enrique desechado de todos, no hallaba mas recurso que el apoyo del rey de Navarra; triste medio, pues al echar mano de él justificaba las acusaciones de herejía que pesaban sobre su frente. El partido reformado se hallaba además en una situacion tan mísera que no tenia ejército, hacienda ni gobierno; el rey de Navarra solo poseia á la Rochela y algunos castillos; y desde allí había protestado contra la exclusion de los calvinistas en los estados de Blois y los decretos de proscripcion que habían publicado contra su persona. Los últimos acontecimientos abrieron no obstante al bearnés un nuevo camino, presentándosele la ocasion tan anhelada de hacerse amigo del rey y velar con este nombre las empresas de su partido y sus ambiciones personales. Se precipitó pues en él con su acostumbrada destreza, publicó un manifiesto sagaz y elocuente, en el que aparecía como un mediador entre la liga y el trono, llamando á todos los franceses para que se reunieran con él con objeto de salvar la patria; y hacia pre-

sagiar ya en él su conversión al catolicismo (marzo). Después ofreció sus fuerzas á Enrique III , pidiéndole tan solo en recompensa una tregua de un año. El desventurado monarca , á quien tantos acontecimientos habian arrastrado fatalmente á esta alianza , repugnó mucho tiempo á admitirla ; pero adelantándose ya contra él Mayenne con un ejército , y manifestándole Epernon que era el único medio de salvacion , firmó con el rey de Navarra un tratado por el cual este prometia servirle « contra los que violaban la autoridad de su majestad y trastornaban su estado (3 de abril). »

Ambos reyes tuvieron una entrevista en Plessis le Tours , y se publicó el tratado (30 de abril). Esta alianza cambió enteramente el carácter de la guerra civil , que se convirtió en una lucha de la autoridad real contra los partidarios de la soberanía del pueblo. En tanto que la liga adoptaba todas las ideas democráticas de la reforma para salvar la fe y las instituciones nacionales , los reformados abdicaban sus esperanzas de efectuar una revolucion en el estado , se destruian como partido para elevar al trono á su jefe , el cual no podia conservarse en él si no los abandonaba , é iban á defender al rey que los habia diezmado en el san Bartolomé , para servir á la ambicion de un príncipe cuya doblez , egoismo é indiferencia religiosa conocian , mas que los tenia alucinados por su talento , su valor y sus promesas.

La reunion de los reformados con los realistas realzó el partido de Enrique III y reanimó por todas partes la guerra. La nobleza , que despreciaba la democracia del populacho y de la liga , acudió en masa bajo el pendon real. Los hugonotes , contentos y ufanos viéndose por vez primera á las órdenes del soberano legítimo , corrian presurosos desde sus montañas y castillos con la esperanza de un sueldo y tal vez del saqueo de Paris ; y apresurándose á desmentir la calumnia que les habian lanzado sobre su espíritu de rebelion , se demostraban entusiastas defensores de la autoridad real. Mayenne intentó apoderarse de los arrabales de Tours , pero fué rechazado por la vanguardia del bearnés. Epernon en tanto defendia á Blois , y Montpensier á la Normandía ; Harlay de Sancy partió en busca de quince mil suizos ; el duque de Longueville venció al duque de Aumale delante de Senlis y llenó de terror á Paris (15 de mayo). Mayenne retroce-

dió apresuradamente hácia esta ciudad al ver á los realistas aumentarse sin cesar y ganar victorias en todas partes: Enrique III animado por la esperanza y hallándose rodeado por veinte y cinco mil hombres, avanzó hácia el Beauce, tomó y saqueó á Gergeau, Pithiviers y Etampes; se juntó con el ejército suizo y el de Montpensier, con los que ascendieron sus fuerzas á cuarenta mil hombres (30 de julio). Entonces fué á bloquear á Paris: «Doloroso me seria, dijo Enrique desde las alturas de Saint-Cloud, donde habia situado su cuartel general, convertir en escombros una ciudad tan hermosa; no obstante, es preciso que acabe con los rebeldes que alberga. Paris es el corazon de la liga, y el golpe mas certero es el que va dirigido al corazon.»

Mayenne solo tenia ocho mil hombres para pelear con tan formidable ejército. La ciudad estaba estremecida; se veia amenazada de una completa ruina por aquel rey irritado, aquellos hugonotes ansiosos de venganza, y aquellos señores enemigos del pueblo, y se preparó á una resistencia desesperada. El pueblo lanzaba furiosas inectivas contra el tirano, el perseguidor, el Neron. Hombres, mujeres, niños, todos trabajaban en fortificar las murallas, y en reunir armas y víveres; se hundian en calabozos á los sospechosos; se disciplinaban las milicias y se confiscaban los bienes de los políticos ausentes.

Un hombre convirtió en accion el odio popular: era un dominico llamado Santiago Clemente de veinte y cinco años de edad, fanático, ignorante y grosero que resolvió libertar á Paris, á la liga y la santa fe matando á Enrique III. Hizo que le dieran las cartas de los presos de la Bastilla, y salió de la ciudad la víspera del dia en que iba á darse un asalto general. Conducido hasta la presencia del rey, le entregó las cartas, y en el momento en que este las leia, le hundió un cuchillo en el vientre (1.º de agosto). Enrique dió un grito, acudieron precipitadamente sus gentiles hombres, se arrojaron sobre el asesino y le mataron.

El rey estaba herido mortalmente; manifestó el pesar que sentia al dejar el reino en un estado tan deplorable, exhortó á su ejército que reconociera á Enrique de Navarra por rey de Francia, y dijo á su cuñado abrazándole: «Estad cierto que nunca sereis rey si no os haceis católico.»

Así termina tristemente con tres hermanos, como la de los Ca-

petos, la desdichada rama de los Valois, tan fatal á la Francia, y bajo cuyo dominio marchó la nacion al través de arroyos de sangre y de lágrimas; estirpe que no cuenta mas que un hombre grande y aun este es un tirano! linaje que era preciso maldecir, si el genio de las artes no ocultase sus vicios y sus yerros, y si la muerte miserable de sus tres postreros reyes no excitase en el alma un profundo sentimiento de tristeza y compasion.

Iba á empezar una nueva dinastía brillante y gloriosa, que entre siete reyes cuenta dos hombres grandes, que termina tambien con tres hermanos y mas trágicamente aun que la de los Capetos y los Valois; pero necesitaba aun nueve años de trabajos y desgracias para llegar sólidamente hasta el trono y cicatrizar la llaga de las guerras civiles.

CONTINUACION DEL LIBRO SEPTIMO

FIN DEL TOMO TERCERO.

FIN DEL LIBRO DEL TERCERO

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS QUE CONTIENE EL TOMO TERCERO.

CONTINUACION DEL LIBRO SEGUNDO.

	Pág.
Cap. III.—Desmembramiento de los estados de la casa de Borgoña (1479—1483).	7
Cap. IV.—Regencia de Ana de Beaujeu.—Estados de 1484.—Tratado de Senlis (1483—1493).	25

SECCION CUARTA.

Guerra de los Franceses en Italia (1491—1559).

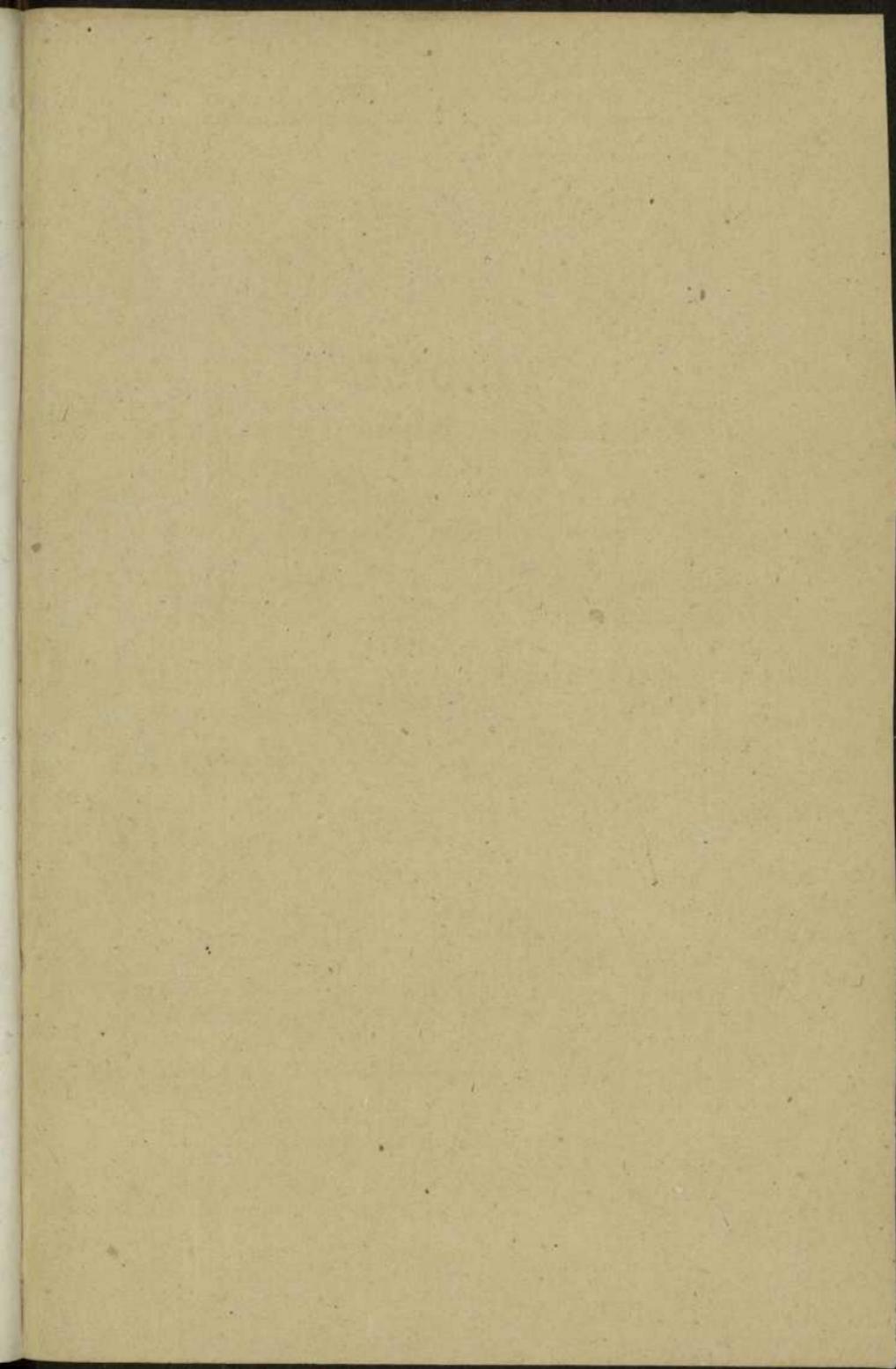
Cap. I.—Conquista de Nápoles por Carlos VIII (1494—1498).	36
Cap. II.—Primeras guerras de Luis XII en Italia.—Tratados de Blois. (1498—1503)	63
Cap. III.—Liga de Cambrai. (1507—1515).	75
Cap. IV.—Batalla de Marignano.—El concordato.—Lutero. (1515—1520).	92
Cap. V.—Carlos de Austria emperador.—Batalla de Pavia.—Tratado de Cambrai (1520—1529).	106
Cap. VI.—Progreso de la Reforma.—Segunda guerra de Francisco I y Carlos V.—Tregua de Niza. (1529—1538).	132
Cap. VII.—Tercera guerra de Francisco I y Carlos V.—Tratado de Crespy.—Muerte de Francisco I. (1538—1547).	159
Cap. VIII.—Restauracion del catolicismo.—Reinado de Enrique II.—Fin de las guerras de Italia. (1547—1559).	172

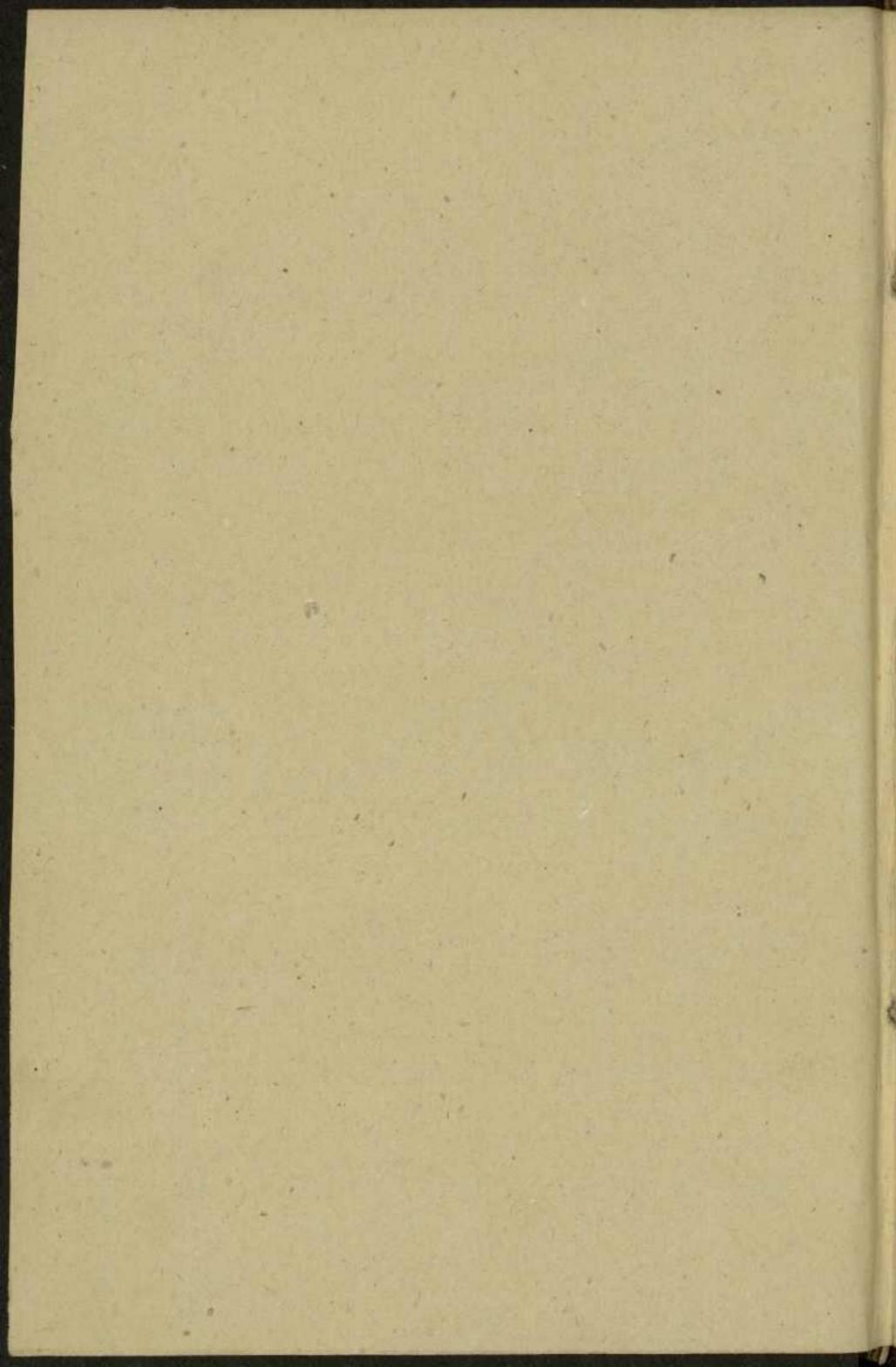
SECCION QUINTA.

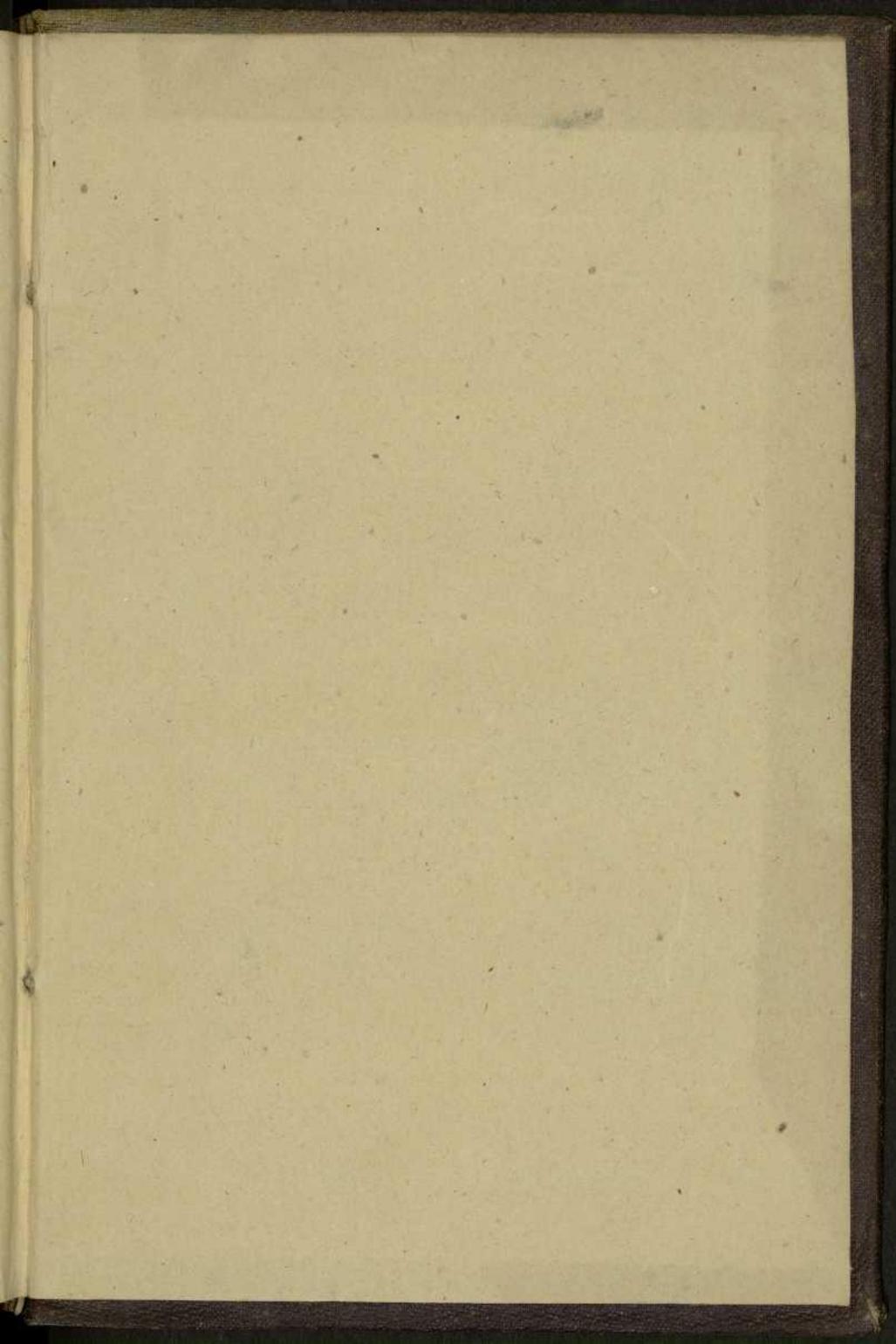
Guerras civiles religiosas. (1559—1598).

Cap. I.—Reinado de Francisco II. (1559—1560).	202
Cap. II.—Primera guerra civil. (1560—1563)	217
Cap. III.—Segunda y tercera guerras civiles. (1563—1570)	240
Cap. IV.—Matanza de San Bartolomé.—Cuarta guerra civil.—Muerte de Carlos IX. (1570—1574).	271
Cap. V.—Quinta paz.—La santa liga.—Sexta y séptima guerras civiles. (1574—1584).	297
Cap. VI.—Octava guerra civil.—Las barricadas.—Los estados de Blois.—Muerte de Enrique III. (1584—1589).	322

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO TERCERO.









HISTORIA
DE
FRANCIA

3

16.125